



Universidad
de Guadalajara

CUCSH
CENTRO UNIVERSITARIO DE
CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Colección Graduados 2020
Serie Sociales y Humanidades

3

César Augusto Ricardi Morgavi

Movilidad intergeneracional de clase social en perspectiva comparada en México y selección de países de América Latina y Europa: Modelos explicativos y estudio de cohortes



Son varios los países de América Latina y la OCDE que concentran sus esfuerzos en enfrentar la rigidez de sus estructuras de movilidad de clase social, buscando reducir el peso que tienen los factores adscriptivos (etnia, edad, género, clase) sobre la movilidad social, los que afectan con mayor fuerza a las cohortes de las generaciones más jóvenes.

La presente publicación ofrece evidencia de la investigación comparada de los patrones de movilidad intergeneracional de clase social en una selección de países de América Latina y Europa, explorando las diferencias y similitudes a través del tiempo y en el marco de las especificidades y transformaciones de sus regímenes de bienestar social.

Los resultados dan cuenta de los cambios y continuidades en la distribución de oportunidades de movilidad y fluidez social a través de las clases, generaciones, cohortes de nacimiento, países, regiones y sociedades de industrialización temprana, media y tardía, permitiendo conocer los contextos y barreras estructurales que la frenan. La evidencia analizada permite comprobar el grado en que el origen de clase del padre determina el destino de clase de sus hijos. El libro invita al lector a revisar y evaluar la vigencia de las principales perspectivas y tesis desarrolladas en el campo de la investigación de la movilidad social.

Movilidad intergeneracional de
clase social en perspectiva comparada
en México y selección de países
de América Latina y Europa:
Modelos explicativos y estudio de cohortes

COLECCIÓN GRADUADOS

Serie Sociales y Humanidades

Núm. 3

César Augusto Ricardi Morgavi

Movilidad intergeneracional de
clase social en perspectiva comparada
en México y selección de países
de América Latina y Europa
Modelos explicativos y estudio de cohortes

Universidad de Guadalajara
2020

Esta publicación fue evaluada, aprobada y recomendada por un Comité Dictaminador como resultado del reconocimiento al trabajo de investigación recibido por la Academia Mexicana de Ciencias (AMC) en el año 2017.

Primera edición, 2020

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades
Coordinación Editorial
Guanajuato 1045
Col Alcalde Barranquitas
44260, Guadalajara, Jalisco

Obra completa ISBN: 978-607-547-832-6

ISBN E-book: 978-607-571-009-9

Editado y hecho en México

Edited and made in Mexico

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	18
PRÓLOGO	20
Carlos Eduardo Barba Solano	
INTRODUCCIÓN	29
CAPÍTULO I ■ Perspectivas y debates sobre la movilidad social	33
1. Posiciones teóricas y tesis de la movilidad de clase social	33
1.1. Tesis de la similaridad entre naciones	34
1.2. La hipótesis de Featherman, Jones y Hauser (FJH) y la tesis de la fluidez social constante de Erikson y Goldthorpe (EG)	41
1.3. La perspectiva de los teóricos de la diferenciación transnacional de los regímenes de movilidad social	46
1.4. La posición de los teóricos liberales de la industrialización	62
1.5. Las tesis de los teóricos de la proletización como respuesta a las posiciones teóricas liberales	68
1.6. Las contribuciones al debate de las teorías de la reproducción y correspondencia	76
1.7. Algunas contribuciones a la discusión de la movilidad social en España y América Latina	92
CAPÍTULO II ■ Regímenes de bienestar en el contexto europeo y latinoamericano	100
2. El concepto de regímenes de bienestar en América Latina	100

2.1. La aplicación del concepto de <i>regímenes de bienestar</i> en América Latina	100
2.2. Desafíos a la extrapolación de la clasificación de regímenes de bienestar a la realidad latinoamericana	101
2.3. Pertinencia del análisis comparado de los regímenes de bienestar y movilidad social en América Latina	106
2.4. Desigualdad y pobreza en América Latina durante el modelo de industrialización por sustitución de importaciones	111
2.5. Una clasificación epistemológicamente ajustada al contexto latinoamericano	118
2.6. Progresión de los regímenes de bienestar en América Latina	124
3. Los regímenes de bienestar europeos	136
3.1. Alcances y limitaciones de la clasificación de regímenes de bienestar	136
3.2. Las "edades" de los regímenes de bienestar social	140
CAPÍTULO III ■ Alcances y limitaciones de la investigación:	
Unidad de análisis, comparación internacional y efectos temporales	144
4. Problemas clásicos de la investigación sobre movilidad social	144
4.1. El debate de la unidad de análisis y su relación con las instituciones de los regímenes de bienestar social	145
4.2. La comparación transnacional de los regímenes de movilidad asociados a la variación de regímenes de bienestar social	155
4.3. Los efectos temporales de edad, cohorte y período en el estudio de la movilidad	178
CAPÍTULO IV ■ Diseño y metodología	184
5. Las fuentes y bases de datos	184
5.1. Escalas y esquemas de estratificación social:	
Clases, grupos ocupacionales y estatus	184
5.1.1. La medición de clases	184
5.1.2. La medición de grupos ocupacionales	188
5.1.3. La medida del estatus	190

CAPÍTULO V ■ Movilidad social	
en Europa y América Latina	192
6. Esquemas de clases en el análisis de movilidad social comparada en Europa y América Latina	192
6.1. Matriz de movilidad, movilidad vertical, horizontal y distancias de la movilidad	193
7. Pruebas de hipótesis con chi-cuadrado para origen y destino de clase social	200
8. Estructura y cambio en la distribución de clases de origen y destino	202
9. Renovación de la estructura de clases en Europa y América Latina	209
9.1. Movilidad social y reproducción en casos europeos	209
9.1.2. Herencia, ascenso y descenso en España	209
9.1.3. Herencia, ascenso y descenso en Suecia	214
9.1.4. Herencia, ascenso y descenso en Reino Unido	218
9.1.5. Herencia, ascenso y descenso en Alemania	221
9.2. Movilidad social y reproducción en los casos latinoamericanos	225
9.2.1. Herencia, ascenso, y descenso en Chile	225
9.2.2. Herencia, ascenso, y descenso en México	229
9.2.3. Herencia, ascenso, y descenso en Uruguay	233
10. Movilidad social de salida (<i>outflows</i>)	237
10.1. Flujos de salida en las sociedades industrializadas europeas de España, Suecia, Reino Unido y Alemania	237
10.2. Flujos de salida en las sociedades latinoamericanas (Chile, México y Uruguay)	242
11. Movilidad social estructural y de reemplazo en Europa y América Latina	255
11.1. La discusión y posiciones en torno a la movilidad estructural y de reemplazo	255
11.2. Tasas de movilidad estructural y reemplazo (análisis comparado)	263
 CAPÍTULO VI ■ Movilidad social comparada, cambio temporal en Europa y América Latina	 271
12. Movilidad social comparada en perspectiva diacrónica	271
13. Reproducción y movilidad social intercohortes	278

13.1. Herencia, ascenso y descenso, cambio temporal en los casos europeos	278
13.2. Herencia, ascenso y descenso, cambio temporal en los casos latinoamericanos	285
14. Evolución de las tasas específicas de movilidad social	294
14.1. Tasas agregadas y desagregadas de movilidad social, cambio temporal en los casos europeos	294
14.2. Tasas agregadas y desagregadas, cambio temporal en los casos latinoamericanos	301
CAPÍTULO VII ■ Fluides social comparada cambio temporal en Europa y América Latina	310
15. Análisis de la movilidad social relativa en Europa y América Latina	310
15.1. Criterios para la evaluación de los modelos de fluides social	310
15.2. Patrones de fluides social en selección de países europeos	313
15.2.1. España: Movilidad de corto alcance concentrada en los extremos y fluides social estancada hacia la generación joven 1976-86	313
15.2.2. Suecia: “Recintos cerrados” de fluides social en la base y cumbre de la estructura y tendencia a la rigidización social en la generación joven 1976-86	318
15.2.3. Reino Unido: Dificultades para experimentar trayectorias extensas y reducción de la fluides social en la generación joven 1976-86	322
15.2.4. Alemania: Escasa fluides social en la zona de amortiguación, polarización de la fluides y rigidi- zación social en la generación joven 1976-86	326
15.3. Patrones de fluides social en selección de países latinoamericanos	333
15.3.1. Chile: Rigidización social sostenida con tendencia incremental progresiva intercohortes	333
15.3.2. México: Trayectorias de corto alcance, fluidización hacia la cohorte intermedia 1961-75 y pérdida de fluides hacia la generación joven 1976-86	336

15.3.3. Uruguay: Rigidización, pérdida de fluidez en las clases bajas y en la generación joven 1976-86 respecto a las cohortes senior 1931-50 e intermedia 1951-75	340
CAPÍTULO VIII ■ Conclusiones	347
16. Resultados en perspectiva comparada a la luz de las hipótesis	347
17. Desarrollos pendientes de investigación a futuro que se desprenden de esta investigación	385
ANEXO	396
BIBLIOGRAFÍA	419

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. América Latina (10 países) Incidencia de la pobreza y de la indigencia en los años ochenta	113
Cuadro 2. América Latina (10 países) Ritmo de crecimiento y cambios en la distribución de ingreso y la incidencia de la pobreza en los años setenta	115
Cuadro 3. Dinamización de estudios comparados sobre regímenes de bienestar en América Latina hasta el año 2000	123
Cuadro 4. Síntesis comparada de los rendimientos durante los años noventa de los regímenes de bienestar latinoamericanos reformados	124
Cuadro 5. Esquema de clases EGP original	186
Cuadro 6. Esquema de clases EGP	186
Cuadro 7. Escala de clasificación de grupos CIUO-88 con sus niveles agregados de educación	190
Cuadro 8. Esquemas de clases EGP empleados en el análisis	192
Cuadro 9. Matriz de movilidad social EGP7. Herencia, ascenso y descenso social	193
Cuadro 10. Estratos jerárquicos en la selección de países de Europa y América Latina	194
Cuadro 11. Matriz de movilidad social EGP7. Movilidad horizontal, países europeos	195
Cuadro 12. Matriz de movilidad social EGP7. Distancias de movilidad (corta, larga y extensa). Países europeos	196
Cuadro 13. Matriz de movilidad social EGP7. Movilidad horizontal, países latinoamericanos (Chile y México)	197
Cuadro 14. Matriz de movilidad social EGP7. Distancias de movilidad (corta, larga y extensa), países latinoamericanos (Chile y México)	198
Cuadro 15. Matriz de movilidad social EGP5. Movilidad horizontal, países latinoamericanos (Uruguay)	199
Cuadro 16. Matriz de movilidad social EGP5. Distancias de movilidad (corta, larga y extensa), países latinoamericanos (Uruguay)	200
Cuadro 17. Cambios y evolución histórica de los regímenes de bienestar (<i>path dependency</i>) en Europa	407
Cuadro 18. Cambios y evolución histórica de los regímenes de bienestar (<i>path dependency</i>) en América Latina	412

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Valores de la prueba de independencia con chi-2 para origen y destino de clase social. Selección de países Europa y América Latina	201
Tabla 2. Estructura de clases de destino (D) en selección de países. Personas de 25-65 años de edad (porcentajes)	205
Tabla 3. Estructura de clases de origen (O) en selección de países. Personas de 25-65 años de edad (porcentajes)	206
Tabla 4. Cambios en la distribución marginal de clases de origen (padres) y destino (hijos/as) (índices de disimilitud). Selección de países. Personas de 25-65 años de edad (porcentajes)	207
Tabla 5. Distribución de las clases de destino según clase de origen I-II. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	246
Tabla 6. Distribución de las clases de destino según clase de origen IIIa+b. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	247
Tabla 7. Distribución de las clases de destino según clase de origen IVa+b. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	247
Tabla 8. Distribución de las clases de destino según clase de origen IVc en Europa y V+VI en América Latina. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	248
Tabla 9. Distribución de las clases de destino según clase de origen V+VI en Europa y VIIa en América Latina. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	248
Tabla 10. Distribución de las clases de destino según clase de origen VIIa en Europa y IVc en América Latina. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	249
Tabla 11. Distribución de las clases de destino según clase de origen VIIb. Selección de países, 25-65 años. Porcentajes de salida (<i>outflows</i>)	249
Tabla 12. Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina. Cohorte 1 (antigua) (1930-50, 1931-50, 1935-50, 1947-60)	307

Tabla 13. Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina. Cohorte 2 (intermedia) (1951-75, 1961-75)	308
Tabla 14. Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina. Cohorte 3 (joven) (1976-86)	309
Tabla 15. Movilidad social relativa (España). Modelos log-lineales de movilidad	318
Tabla 16. Movilidad social relativa (España). Parámetros Phi (unidiff)	318
Tabla 17. Movilidad social relativa (Suecia). Modelos log-lineales de movilidad	322
Tabla 18. Movilidad social relativa (Suecia). Parámetros Phi (unidiff)	322
Tabla 19. Movilidad social relativa (Reino Unido). Modelos log-lineales de movilidad	326
Tabla 20. Movilidad social relativa (Reino Unido). Parámetros Phi (unidiff)	326
Tabla 21. Movilidad social relativa (Alemania). Modelos log-lineales de movilidad	330
Tabla 22. Movilidad social relativa (Alemania). Parámetros Phi (unidiff)	330
Tabla 23. Movilidad social relativa (Chile). Modelos log-lineales de movilidad	336
Tabla 24. Movilidad social relativa (Chile). Parámetros Phi (unidiff)	336
Tabla 25. Movilidad social relativa (México). Modelos log-lineales de movilidad	339
Tabla 26. Movilidad social relativa (México). Parámetros Phi (unidiff)	340
Tabla 27. Movilidad social relativa (Uruguay). Modelos log-lineales de movilidad	343
Tabla 28. Movilidad social relativa (Uruguay). Parámetros Phi (unidiff)	343
Tabla 29. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (España). Frecuencias absolutas y porcentajes	396

Tabla 30. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Suecia). Frecuencias absolutas y porcentajes	397
Tabla 31. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Reino Unido). Frecuencias absolutas y porcentajes	398
Tabla 32. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Alemania). Frecuencias absolutas y porcentajes	399
Tabla 33. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Chile). Frecuencias absolutas y porcentajes	400
Tabla 34. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (México). Frecuencias absolutas y porcentajes	401
Tabla 35. Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Uruguay). Frecuencias absolutas y porcentajes	402
Tabla 36. Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina, 25-65 años de edad	403
Tabla 37. Movilidad social relativa comparativa internacional (cohorte antigua). Modelos log-lineales de movilidad	404
Tabla 38. Movilidad social relativa comparativa internacional (cohorte joven). Modelos log-lineales	404
Tabla 39. Movilidad social relativa (países) cohorte antigua. Parámetros Phi (unidiff)	405
Tabla 40. Movilidad social relativa (países) cohorte joven. Parámetros Phi (unidiff)	405
Tabla 41. Indicadores comparados de desigualdad, gasto social y nivel educativo de la fuerza laboral. Selección de países de Europa y América Latina	417

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico I. Dimensiones de la movilidad social. Comparación internacional, selección de países de Europa y América Latina, 25-65 años (porcentajes)	214
Gráfico II. Movilidad social estructural y de reemplazo. Selección de países de Europa y América Latina, 25-65 años (porcentajes)	264
Gráfico III. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (España)	279
Gráfico IV. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Suecia)	280
Gráfico V. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Reino Unido)	282
Gráfico VI. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Alemania)	284
Gráfico VII. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Chile)	286
Gráfico VIII. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (México)	287
Gráfico IX. Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Uruguay)	289
Gráfico X. Parámetros unidiff (países). Cohorte antigua y cohorte joven	406

LISTADO DE ACRÓNIMOS Y SIGLAS

- BCG Bacillus de Calmette y Guérin
- BIC Bayesian Information Criterion (Criterio de Información Bayesiano)
- CASMIN Comparative Analysis of Social Mobility in Industrial Nations (Análisis Comparativo de la Movilidad Social en Sociedades Industriales)
- CEEY Centro de Estudios Espinosa Yglesias
- CEPAL Comisión Económica para América Latina y el Caribe
- CERLALC Centro Nacional para el Fomento del Libro en América Latina
- CIS Centro de Investigaciones Sociológicas
- CIUO Clasificación Internacional Unificada de Ocupaciones
- CLASE I+II Clase de servicio
- CLASE IIIa+b Clase no-manual de rutina
- CLASE IVa+b Pequeña burguesía (independientes no-agrarios)
- CLASE IVc Propietarios agrarios
- CLASE V+VI Trabajadores manuales calificados
- CLASE VIIa Trabajadores manuales de baja calificación
- CLASE VIIb Asalariados agrícolas
- CnSF Constant Social Flux (Fluidez Social Constante)
- D Destino o destinos
- ECBC Estructura, Conciencia y Biografía de Clase
- ECV Encuesta de Condiciones de Vida del Instituto Nacional de Estadística INE, España
- EGP Erikson, Goldthorpe, y Portocarero
- EGP5 Erikson, Goldthorpe y Portocarero 5 clases sociales
- ENES Encuesta Nacional de Estratificación Social
- ENOE Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo
- ESE Encuesta Social Europea
- ESRU Fundación Espinosa Rugaría
- ESS European Social Survey (Encuesta Social Europea)
- FCS Facultad de Ciencias Sociales
- FJH Featherman, Jones y Hauser
- H Herencia (reproducción)
- IADB Inter-American Development Bank (Banco Interamericano de Desarrollo)
- IDH Índice de Desarrollo Humano

INEGI	Instituto Nacional de Estadística y Geografía
ISCO	International Standardized Classification of Occupations
ISEI	International Socio-economic Index (Índice Socioeconómico Internacional)
ISI	Industrialización por Sustitución de Importaciones
LZ	Lipset y Zetterberg
NBI	Necesidades Básicas Insatisfechas
O	Origen u orígenes
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OECD	Organization for Economic Cooperation and Development
OIT	Oficina Internacional del Trabajo
PAD	Panel de les Desigualtats Socials a Catalunya
PBI	Producto Bruto Interno
PEA	Población Económicamente Activa
RB	Régimen de bienestar o Regímenes de bienestar
TA	Tasa de movilidad ascendente
TD	Tasa de movilidad descendente
TMT	Tasa de movilidad total
TNV	Tasa de movilidad no-vertical (tasa de movilidad horizontal)
TV	Tasa de movilidad vertical
TVC	Tasa de movilidad vertical corta
TVCA	Tasa de movilidad vertical corta ascendente
TVCD	Tasa de movilidad vertical corta descendente
TVE	Tasa de movilidad vertical extensa
TVED	Tasa de movilidad vertical extensa descendente
TVL	Tasa de movilidad vertical larga
TVLD	Tasa de movilidad vertical larga descendente
UN	United Nations (Naciones Unidas)
UNIDIFF	Uniform difference (diferencia uniforme)

Dedicado a Antonella Regina, musa inspiradora y motivo de mi perseverancia y constante superación.

A mi familia, mentores y amigos,
por su amor y apoyo en el camino.

A México, Jalisco y Guadalajara,
donde encontré arraigo, fraternidad y crecimiento.

AGRADECIMIENTOS

A quienes me cobijaron en su sabiduría y apoyaron animosamente en el transcurso de la investigación que resulta en este libro. A las instituciones que confiaron en este proyecto concediendo el soporte material y de operación necesario para llevarlo a cabo. Agradezco al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), por la capacitación recibida que favoreció la investigación, y a la Universidad de Guadalajara (UDG) por acogerme en su casa de estudio, que ahora es también la mía. Debo un especial agradecimiento al Dr. Carlos Barba Solano (UDG), por confiar en el proyecto, por sus alicientes morales y generosidad a la hora de compartir sus conocimientos que, sumado a la precisión y claridad de sus comentarios y asesorías en las diferentes instancias en que nos reunimos, contribuyeron a pulir y mejorar el producto final de investigación. En esta misma tónica y por sus certeros comentarios y cuidada selección de lecturas que me proporcionó, agradezco al Dr. Enrique Valencia Lomelí, cuya bondad intelectual y claridad a la hora de comunicar sus ideas, me pusieron en el camino correcto para alcanzar mis objetivos, así como a los doctores Jaime Preciado Coronado (UDG), Celina Becerra (UDG) y Patricio Solís Gutiérrez (Colmex), quienes realizaron observaciones en las fases iniciales y finales de esta investigación, permitiéndome dimensionar en su justa medida sus alcances y las limitaciones. Esta investigación no hubiese sido posible sin la retroalimentación que, ante las “infinitas” consultas formuladas, paciente y generosamente realizaron los doctores Marcelo Boado (FCS-Udelar) y Vicente Espinoza (USACH), quienes compartieron su conocimiento y experiencia para sistematizar la información, aplicar e interpretar modelos loglineales y aprovechar del mejor modo posible las bases de datos disponibles para los casos de Uruguay y Chile. Al primero, eternamente agradecido por su receptividad al transmitirle mis inquietudes y por la amistad que se tejió en el trayecto.

A la Dra. Florencia Torche (NYU), quien respondió todas y cada una de mis consultas de índole teórica, metodológica y técnica, específicamente relacionadas con el análisis comparado de los patrones de movilidad social para los casos latinoamericanos. De igual forma, me encuentro en deuda con los doctores Luis Moreno (CSIC) y Carmen Midaglia (FCS-UdelaR), quienes me han beneficiado con sus comentarios a la hora del análisis comparado entre regímenes de bienestar social, sus trayectorias y especificidades históricas en Europa y América Latina. Asimismo, agradezco al Dr. Guillermo Díaz (IDIES, Universidad Rafael Landívar) con quien he discutido cuestiones relacionadas a los esquemas de clases sociales aplicados a los países latinoamericanos. El reconocimiento y agradecimiento se hace extensivo a Eirik Staverstrand (ESS), Benjamin Beuster (ESS), Gyrid Havåg Bergseth (ESS) y Knut Kalgraff Skjåk (ESS), quienes consulté en reiteradas ocasiones respecto al diseño muestral y metodología en la construcción de las bases de datos de la Encuesta Social Europea (ESE). Finalmente, a la Dra. Kim Weeden (Cornell University) y al Dr. Stephen L. Morgan (Cornell University), por la retroalimentación recibida para alcanzar el esquema de clases EGP adaptado a los países bajo estudio, refrendando en este sentido el agradecimiento que corresponde a los doctores Marcelo Boado, Vicente Espinosa y Patricio Solís.

PRÓLOGO

Carlos Eduardo Barba Solano¹

Los estudios sobre la estratificación y la movilidad social son cruciales para explicar los patrones de reproducción intergeneracional de la desigualdad y permiten saber qué tanto los destinos de clase de las personas están relacionados con sus orígenes familiares. Por ello, su contribución es central para el análisis de la justicia social, de la equidad y la desigualdad de oportunidades en cada sociedad. El conocimiento que esta clase de investigaciones produce es indispensable para diseñar e instituir políticas que buscan garantizar la cohesión social y modificar, cuando se considera necesario, patrones de transmisión de ventajas y desventajas que afectan a grupos sociales específicos.

La movilidad social se refiere al ascenso o descenso jerárquico experimentado por los individuos a lo largo de un continuo de categorías sociales que forman parte de un sistema de estratificación social. La movilidad absoluta se refiere a la reproducción o herencia, al ascenso y descenso social que permiten la renovación de las estructuras de clases sociales, mientras la fluidez social (o movilidad relativa) se refiere a los niveles de dependencia o independencia neta (controlando efectos) existentes entre los orígenes familiares y los destinos de clase de los individuos.

Durante los años 1960 y 1970 en América Latina (AL) y México empezaron a realizarse los primeros estudios de este tipo en algunas de las áreas metropolitanas más importantes de la región: Buenos Aires, Ciudad de México, Montevideo, Monterrey y Río de Janeiro.² Dichos trabajos ocuparon un lugar central

¹ Profesor Investigador de la Universidad de Guadalajara, miembro del SNI, nivel III, integrante del Grupo “Pobreza y Política Social” de CLACSO.

² Ejemplos de estos trabajos pioneros en AL son: Costa Pinto (1956), Hutchinson (1962), Labbens y Solari (1961) y Germani (1971). También hay ejemplos mexicanos: Balán, Rrowning y Jelin (1977), Muñoz, Oliveira y Stern (1977) y Contreras (1978).

en la agenda de investigación de las instituciones de ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, la crisis del modelo de industrialización orientada al mercado interno no solo produjo una reorientación de nuestras economías hacia el mercado global, sino un cambio radical en la agenda de los estudios sociales de AL, que se concentraron en el análisis de las consecuencias de dicha crisis durante la década de 1980 y se focalizaron en la temática de la pobreza y los grupos sociales que se sitúan en el extremo inferior de la estructura social. Esto implicó el abandono de una perspectiva comprensiva del conjunto de la sociedad y llevó asimismo a la generación de políticas sociales focalizadas, que siguieron dichos parámetros (Filgueira, 2001; Zenteno y Solís, 2006; Barba, 2009).

Durante las últimas tres décadas, las economías industriales cerradas de AL, asociadas con el modelo de industrialización vía sustitución de importaciones (ISI), se han transformado en economías ligadas a la economía postindustrial y a las nuevas formas de capitalismo industrial de carácter global en países como China, Corea e Indonesia.³ Esta nueva etapa está marcada por un triple proceso: el desplazamiento o deslocalización de algunas actividades industriales del núcleo de la sociedad global a lo que antes era considerada su periferia, el surgimiento de nuevas potencias industriales y la transformación de las antiguas potencias industriales en economías postindustriales (Aguirre y Lo Vuolo, 2013; Boyer, 2014, 2016).⁴

En este contexto, sobre todo a partir de la década de 1990, los países de AL y de México han experimentado una transformación radical de sus economías y sociedades, producto de una radical apertura económica y comercial hacia el exterior. En este nuevo escenario se ha debilitado la centralidad de las manufacturas y la agricultura, a contra corriente de los servicios y el comercio, que han adquirido un papel cada vez más relevante. Esto ha generado nuevas formas de dependencia económica y ha transformado la estructura social: los trabajadores con bajas calificaciones enfrentan condiciones laborales muy difíciles, porque el empleo formal dejó de funcionar como un mecanismo de integración y de acceso a derechos y protecciones sociales, los ciudadanos se insertan ahora en débiles redes de empleo y protección social o en zonas de desempleo, trabajo

³ Todas ellas interdependientes entre sí: La economía china se ha convertido en la base industrial del mundo, la norteamericana funciona como su principal mercado y el capitalismo europeo ha perdido su centralidad a favor de la economía norteamericana y de las asiáticas, pero ha adoptado un patrón postindustrial (Boyer, 2014).

⁴ Como ha ocurrido en EUA y Europa Occidental.

informal o precario y enfrentan procesos crecientes de desafiliación social o de pobreza (Castel, 2010; Barba, 2019).

En muchos países de AL los riesgos sociales se han individualizado y la protección pública ha tendido a concentrarse en los más pobres, dejando al mercado la tarea de atender los riesgos sociales de quienes cuentan con fuentes de ingreso suficientes. Pero los cambios van más allá: en términos demográficos la fecundidad se ha reducido, en términos poblacionales se acentuaron los procesos migratorios, la población se concentró en áreas metropolitanas y el mercado de trabajo se ha convertido en un escenario en el que las mujeres participan de manera creciente (Zenteno y Solís, 2006).

Este conjunto de nuevas tendencias ha redefinido la cuestión social: justo cuando los trabajadores descalificados o informales, las mujeres, los jóvenes y los niños requieren una mayor protección de los pilares de bienestar tradicionales (Estado, mercado y familia), estos se han debilitado: la seguridad y los servicios sociales están en crisis o han sido reestructurados, las familias se han fragilizado y el mercado no ofrece alternativas de protección a quienes no pueden pagarlas (Esping-Andersen, 1999, 2002; Barba, 2016).

En este contexto, a diferencia de lo ocurrido en AL,⁵ en Europa y Estados Unidos los estudios sobre movilidad social han mantenido su vigencia e importancia y han superado el funcionalismo que los caracterizó durante las tres primeras décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que rechazaba el uso del concepto de clase social por considerarlo ideológico (Davies y Moore, 1945; Rogoff, 1953; Barber, 1957; Lipset y Bendix, 1959).

Han surgido nuevas perspectivas, entre las que destacan los trabajos desarrollados por Erikson y Goldthorpe (1993) y Wright (2000), quienes defienden la importancia del concepto de clase en el análisis de la movilidad social, los primeros autores desde una perspectiva weberiana, el segundo desde una perspectiva marxista, pero todos en pro de una agenda de investigación comparativa.

No sorprende entonces que dispongamos de un conocimiento menor que el que se ha desarrollado en Europa y los EUA sobre una serie de aspectos sociales cruciales: la estructura y las clases sociales, la distribución del poder, del prestigio, de distintas formas de capital y de las oportunidades que son fundamentales para dar cuenta de la movilidad social en nuestras sociedades (Filgueira, 2001). Esto constituye un déficit muy importante porque la estructura social y las condiciones para la movilidad social en la actualidad son muy distintas a las

⁵ Donde como ya lo mencioné, el paradigma hegemónico neoliberal rechazó el análisis de la totalidad de la estructura social porque considera superfluos los análisis sociológicos y recomienda concentrarse en el tema de la pobreza.

que caracterizaban a las sociedades latinoamericanas durante la etapa ISI. Por ello, requerimos desarrollar una intensa agenda de investigación sobre estas temáticas.

Afortunadamente, en México y América Latina a partir de la primera década del 2000 se han realizado un conjunto de nuevos estudios en este campo. Destacan, en el primer caso los trabajos de Behrman, Gaviria y Szekely (2001), Cortés y Escobar (2005) y Solís (2005), que exploran la movilidad estructural en el ámbito urbano, así como Zenteno (2003), Pacheco (2005) y Parrado (2005), que realizan estudios de alcance nacional incluyendo tanto el ámbito urbano como el rural.

En otros países de AL sobresalen las aportaciones de Costa Ribeiro (2006), Jorrat (2014), Torche (2005, 2007) y Boado (2003, 2008, 2013), quienes han realizado importantes estudios sobre la estratificación y movilidad social en varios países durante las últimas dos décadas. Carlos Costa Ribeiro analiza la movilidad intergeneracional en la sociedad brasileña y considera tanto criterios de clase como de raza. En Argentina, Jorge Jorrat se ha concentrado en la relación entre orígenes de clase de los padres y destinos educacionales y de clase de los hijos entre 2003 y 2012. Florencia Torche ha estudiado a la sociedad chilena actual, que se caracteriza por ser muy desigual y ha encontrado que en ella la fluidez es alta, pero solo entre las clases que comparten posiciones similares en la jerarquía social. Finalmente, Marcelo Boado se ha enfocado en la movilidad social en Montevideo, Uruguay, buscando responder preguntas sobre el acceso a la cumbre social, las distancias entre las clases, la vinculación entre la movilidad social y los cambios ocupacionales en torno a las posiciones intermedias de la estructura social y las diferencias en los patrones de movilidad y herencia de varones y mujeres.

Los trabajos mencionados sirvieron de marco para un proyecto que dinamizó a este campo de estudios, el cual fue encabezado por Patricio Solís y Marcelo Boado y abrió una nueva etapa, desarrollando un estudio comparado entre varios países,⁶ usando una misma perspectiva teórico-metodológica de carácter sociológico.⁷ En ese proyecto participaron varios de los autores ya mencionados, cuyos estudios monográficos fueron los más importantes de la primera década y

⁶ Argentina, Brasil, Chile, Perú, México y Uruguay.

⁷ El libro utilizó una versión adaptada del esquema CASIM propuesto por Erikson, Goldthorpe y Portocarrero (1979) y refrendado más tarde por Erikson y Goldthorpe (1993).

los primeros años de la segunda del 2000.⁸ El resultado de esa iniciativa fue la producción de un libro (Solís y Boado, 2016) que dio inicio a una perspectiva comparada de carácter latinoamericano, que incluyó tanto estudios monográficos,⁹ como un análisis integrado de corte comparativo,¹⁰ que permitió a los autores responder preguntas sobre la estructura de clases, los niveles de movilidad absoluta y la fluidez social entre cinco países.¹¹

En esta nueva oleada de estudios sobre la estratificación y la movilidad social en América Latina, se inscribe el libro que tengo el honor de prologar, que realiza una importante contribución a la línea de investigación comparativa que he subrayado. Este libro fue escrito por César Augusto Ricardi Morgavi, ganador del Premio de la Academia Mexicana de Ciencias (AMC) a las mejores tesis en Ciencias Sociales y Humanidades 2017, con su tesis de doctorado titulada: La movilidad intergeneracional de clase social en perspectiva comparada entre Europa y América Latina, presentada en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara.¹²

El proyecto de investigación que generó esta publicación y que yo tuve la suerte de acompañar como director de tesis a lo largo de cuatro años, fue muy ambicioso. Implicó un esfuerzo muy amplio: revisar las principales perspectivas y debates sobre la movilidad social, ligar dos temáticas que han sido poco exploradas: los regímenes de bienestar y la movilidad social en América Latina y en Europa, diseñar una rigurosa metodología a partir de la revisión de escalas y esquemas de estratificación social que consideran tres dimensiones: clases, grupos ocupacionales y estatus; y comparar la movilidad y la fluidez sociales en varios países de Europa¹³ y de América Latina,¹⁴ en distintas etapas. Este análisis comparativo implicó una utilización creativa del esquema de clases sociales diseñado por Erikson, Goldthorpe y Portocarero, para adaptarlo a los contextos contrastantes de Europa y América Latina, lo que sin duda fue una decisión muy

⁸ Raúl Jorrat y Gabriela Benza de Argentina, Carlos Costa Ribeiro de Brasil, Vicente Espinoza de Chile, Marcelo Boado de Uruguay, Patricio Solís de México y Martín Benavides de Perú.

⁹ Pero con la misma perspectiva teórico-metodológica.

¹⁰ De cinco de los seis países que participaron en el proyecto.

¹¹ Argentina, Brasil, Chile, Perú y México.

¹² Un posgrado acreditado por el Padrón Nacional de Posgrados del Conacyt como un programa de nivel internacional.

¹³ España, Suecia, Reino Unido y Alemania.

¹⁴ Chile, México y Uruguay.

acertada porque permite que los resultados de este trabajo sean comparables con los obtenidos por los trabajos más relevantes de este campo de estudio.

La orientación de este libro es muy clara: conocer qué tanto y de qué manera los orígenes sociales y familiares se relacionan con las posiciones de clase alcanzadas por las generaciones jóvenes de los países estudiados. Para ello, se utiliza un enfoque transcontinental para dar cuenta de similitudes y diferencias a partir de una perspectiva que compara distintos tipos de regímenes de bienestar. La intención del autor es conocer los niveles de apertura y cierre de las estructuras de estratificación social y su vinculación con distintos grados de desigualdad, comparando tres momentos; la etapa de industrialización y desarrollo de los regímenes de bienestar de los países estudiados, la etapa de las reformas liberalizadoras y crisis de las reformas, y la etapa actual en la que la economía global afecta de manera diferencial a distintos países y sociedades.

Realizar esta empresa no habría sido posible sin la generación de evidencia empírica comparable, diacrónica y sincrónicamente. Tampoco habría sido posible si se hubiera privilegiado un enfoque estático, como había ocurrido en América Latina hasta antes de este trabajo. Por ello, en este libro se pueden observar diferentes pautas históricas y estructurales de distintos regímenes de movilidad que comprenden los últimos cincuenta años y cruzan dos siglos.

Por todo lo anterior considero que este trabajo es sin duda una contribución rigurosa y original, basada en un excelente trabajo teórico que recupera tanto los debates clásicos y actuales más relevantes sobre desigualdad de oportunidades, movilidad social y estructura de clases, como las perspectivas más relevantes sobre regímenes de bienestar social y su evolución histórica en Europa y América Latina. Su aportación se sustenta también en una revisión bibliográfica y documental exhaustiva, así como en un trabajo estadístico profundo, bien orientado y productivo. Por todo ello, considero que este libro es muy relevante y seguramente logrará posicionarse en un lugar destacado en el campo de los estudios sobre la movilidad y la estratificación sociales en AL y México.

Bibliografía

- Aguirre, J. y Lo Vuolo, R. (2013). *Varietades del capitalismo. Una aproximación al estudio comparado del capitalismo y sus aplicaciones para América Latina*. (Documentos de Trabajo 85). Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas.
- Balán, J., Browning, H. y Jelin, E. (1977). *El hombre en una sociedad en desarrollo. Movilidad geográfica y social en Monterrey*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barba, C. (2009). Los estudios sobre la pobreza en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 71, número especial diciembre, 9-49.
- _____. (2016). La inseguridad en las sociedades postindustriales y en América Latina. *Estudios Jaliscienses*, 106, 5-26.
- _____. (2019). Desigualdad y regímenes de bienestar. Una mirada teórica. En C. Bayón (Ed.). *Las Grietas del Neoliberalismo. Dimensiones de la desigualdad contemporánea en México* (pp. 145-194). México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Barber, B. (1961). Family status, Local-Community Status, and Social Stratification: Three Types of Social Ranking. *Journal of the Pacific Sociological Association*, 4(1), 3-10. <https://doi.org/10.2307/1388480>
- Behrman, J., Gaviria, A. y Szekely, M. (2001). *Intergenerational Mobility in Latin America*. (Working Paper 452). Inter-American Development Bank, Research Department.
- Boado, M. (2003). *Movilidad ocupacional en dos ciudades del interior del país: Estudio de los efectos de los desarrollos locales de Maldonado y Salto*. (Informes de Investigación 34). Depto. de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República en Montevideo.
- _____. (2008). *La movilidad social en el Uruguay contemporáneo* [tesis de doctorado, Universidad Cándido Mendes, Instituto Universitario Pesquisa, Río de Janeiro].
- _____. (2013). Reproducción y movilidad sociales en Montevideo 1996-2010. En VV.AA. *El Uruguay desde la Sociología XI, 11ª Reunión Anual de Investigadores del Departamento de Sociología* (pp. 164-79). Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales.
- Boyer, R. (2014). *Is more equality possible in Latin America? A challenge in a World of contrasted but interdependent inequality regimes*. (Working Paper Series 67). International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America, Berlin.

- _____. (2016). *La Economía Política de los Capitalismos. Teoría de la regulación y de la crisis*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Moreno.
- Castel, R. (2010). *El Ascenso de las Incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Contreras, E. (1978). *Estratificación y Movilidad Social en la Ciudad de México*. México: IIS-UNAM.
- Cortés, F. y Escobar, A. (2005). Movilidad social intergeneracional en el México urbano. *Revista CEPAL*, 85, 149-67. <https://doi.org/10.18356/e53927eb-es>
- Costa Pinto, E. (1956). *Social stratification in Brazil: a general survey of some recent changes* [ponencia]. Third World Congress of Sociology, Amsterdam.
- Costa Ribeiro, C. (2006). Classe, raça e mobilidade social no Brasil. *Dados, Revista de Ciências Sociais*, 49(4), 833-873. <https://doi.org/10.1590/s0011-52582006000400006>
- Davis, K. y Moore, W. (1945). Some Principles of Stratification. *American Sociological Review*, 10(2), 242-49. <https://doi.org/10.2307/2085643>
- Erikson, R., Goldthorpe J. H. y Portocarero L. (1979). Intergenerational Class Mobility in Three Western European Society. *British Journal of Sociology*, 30(4), 415-41. <https://doi.org/10.2307/589632>
- Erikson, R. y Goldthorpe, J. H. (1993). *The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies*. Oxford: Clarendon Press.
- Esping-Andersen, G. (1999). *Social Foundations of Postindustrial Economies*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0198742002.001.0001>
- _____. (2002). Towards the Good Society, Once Again? En G. Esping-Andersen (Ed.). *Why We Need a New Welfare State* (pp. 1-25). Nueva York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199256438.003.0001>
- Filgueira, C. (2001). *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. (Serie Políticas Sociales 51). CEPAL en Santiago de Chile.
- Germani, G. (1971). *La movilidad social en una época en transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Hutchinson, B. (1962). Social Mobility Rates in Buenos Aires, Montevideo and Sao Paulo: a Preliminary Comparison. *Revista América Latina*, 5(4), 3-18.
- Jorrat, J. (2014). De tal padre ¿Tal hijo?. *Estudio sobre movilidad social y educacional en Argentina*. (Documento de Trabajo 70). Instituto Gino Germani en Buenos Aires.
- Labbens, J. y Solari, A. (1961). Movilidad social en Montevideo. *Boletim do Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais do Rio de Janeiro*, 4(4), 349-76.

- Lipset, S. y Bendix, R. (1959). *Social Mobility in Industrial Society*. Londres: Transaction Publishers.
- Muñoz, H., Oliveira, O. y Stern, C. (1977). *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*. México: UNAM-IIS.
- Pacheco, E. (2005). La movilidad ocupacional de los hijos frente a los padres. En M. Coubés, M. Zavala y R. Zenteno (Eds.). *Cambio demográfico y social en México en el siglo XX. Una perspectiva de historias de vida* (pp. 227-58). México: Cámara de Diputados, TEC de Monterrey, El COLEF y Miguel Ángel Porrúa.
- Parrado, E. (2005). Economic Restructuring and Inter-generational Class Mobility in Mexico. *Social Forces*, 84(2), 733-57. <https://doi.org/10.1353/sof.2006.0026>
- Rogoff, N. (1953). *Recent trends in Occupational Mobility*. Washington D.C.: Free Press.
- Solís, P. (2005). Cambio estructural y movilidad ocupacional en Monterrey, México. *Estudios Sociológicos*, 23(67), 43-74. <https://doi.org/10.2307/j.ctv6mtcv2.6>
- Solís, P. y Boado, M. (eds.) (2016). *Y sin embargo se mueve. Estratificación social y movilidad intergeneracional y de clase en América Latina*. México: El Colegio de México/CEEY.
- Torche, F. (2005). Unequal But Fluid: Social Mobility in Chile in Comparative Perspective. En *American Sociological Review*, 70(3), 422-50. <https://doi.org/10.1177/000312240507000304>
- _____. (2007). *Movilidad intergeneracional y cohesión social. Análisis comparado de Chile y México* [documento preparado para el proyecto Nacsal]. Cieplan-iFHC.
- Wright, E. O. (2000). *Class Counts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zenteno, R. (2003). Polarización de la movilidad social en México. *Demos, Carta Demográfica sobre México*, 16.
- Zenteno, R. y Solís, P. (2006). Continuidades y discontinuidades de la movilidad ocupacional en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 21(3), 515-546. <https://doi.org/10.2307/j.ctv6mtcv2.7>

INTRODUCCIÓN

La igualdad de oportunidades para la movilidad social se erige como uno de los objetivos centrales en todas las sociedades y democracias modernas que buscan garantizar la cohesión social. Son varios los países de América Latina y la OCDE que se encuentran preocupados por la rigidez de sus estructuras de movilidad social, esto es, por la forma y grado en que las ventajas y desventajas se transmiten de una generación a otra afectando con mayor fuerza a las más jóvenes.

La investigación que da lugar a este libro, busca contribuir al conocimiento de las dinámicas estructurales e institucionales que permiten explicar el comportamiento de la movilidad social en una muestra de países de Europa (España, Suecia, Reino Unido y Alemania) y otra de países latinoamericanos (Chile, México y Uruguay). Este libro tiene por nodo rector el interés por conocer la fuerza y el modo en que los orígenes y trasfondos familiares (*family backgrounds*) se hallan relacionados con las posiciones de clase alcanzadas por las generaciones jóvenes. El método que se aplica es esencialmente comparativo y fundamentado en el análisis de tasas de movilidad social y niveles de fluidez social a partir de modelos log-lineales entre países. Así, se podrán identificar patrones de movilidad social intergeneracional absoluta y relativa, constatar las relaciones estadísticamente significativas entre orígenes (O) y destinos (D) de clase y explicar sus similitudes y diferencias desde un enfoque comparativo de los regímenes socio-institucionales del bienestar considerados como unidades de análisis.

En términos generales, entendemos por movilidad social el salto jerárquico ascendente o descendente de los individuos de unas categorías sociales a otras en el sistema de estratificación social. Estudiaré la movilidad social entre padres e hijos partiendo del esquema original de clases sociales EGP (Erikson, Goldthorpe y Portocarero), así como adaptaciones de este a los diferentes con-

textos continentales, a razón de que es el esquema con más frecuencia empleado en el estudio comparado de la movilidad de clase social.

A la par con el estudio comparativo y más descriptivo de la movilidad social absoluta, se analiza la denominada movilidad relativa o fluidez social intergeneracional.¹ Esto supone intentar conocer los niveles de independencia existentes entre los orígenes (O) y destinos de clase (D). La relevancia de abordar este tipo de movilidad reside en que hace posible el conocimiento del nivel de apertura y cierre de las estructuras de estratificación social, así como su vinculación con los grados de desigualdad, tiempos de industrialización, etapas en el desarrollo de los regímenes de bienestar y niveles de educación de las fuerzas laborales de cada sociedad.

En un primer gran bloque de análisis comparativo e internacional de la movilidad social intergeneracional, se estudian y evalúan los resultados de las pruebas de hipótesis con chi-cuadrado (test de independencia) para orígenes y destinos de clase social. Bajo un enfoque comparativo, se analizan los cambios que experimenta la estructura de clase los/as hijos/as respecto a la estructura de clase de los padres (análisis de los marginales de la tabla de movilidad social). Se complementa con el análisis de la renovación de las estructuras de clase social, considerando las tres dimensiones básicas constitutivas de la movilidad absoluta; reproducción o herencia, ascenso y descenso social. Al análisis de la renovación de la estructura de clases se le suma el de los flujos de salida de la movilidad social (*outflows*). Para cerrar este primer bloque, se desarrolla el análisis de las pautas de la movilidad social denominada “estructural” (cambios de posiciones de clase entre padres e hijos/as explicables por los cambios en la estructura demográfica, sectorial, ocupacional y educativa) y de “reemplazo” (el resto de la movilidad social).

El segundo gran bloque de análisis comparativo se focaliza en el cambio temporal de la movilidad social absoluta (reproducción, ascenso, y descenso) asociado a las distintas etapas de desarrollo de los regímenes de bienestar social europeos y latinoamericanos. En este marco se desarrolla el estudio comparado e internacional de las tasas agregadas y desagregadas de movilidad con base en indicadores de dirección (movilidad vertical u horizontal) y distancia de los desplazamientos (extensa, larga y corta) en las distintas etapas de desarrollo de los regímenes de bienestar social.

¹ En este libro, en ciertas ocasiones, se emplea la expresión "movilidad social", en referencia a la movilidad social absoluta, mientras que la de "fluidez social" se refiere a la movilidad social relativa.

El tercer gran bloque de análisis comparado transnacional se centra en los regímenes de movilidad social relativa y patrones de fluidez social, en los que se evalúan los modelos log-lineales y los resultados que ofrecen. El objetivo es generar evidencia empírica sobre los niveles y patrones de movilidad social intergeneracional absoluta y relativa (fluidez social) en los países europeos y latinoamericanos seleccionados, en el marco de un análisis comparativo que explora y busca explicar su relación con los regímenes de bienestar social desde una perspectiva transversal (aproximación sincrónica) y a través de las distintas fases de sus desarrollos (aproximación diacrónica). Se trata de conocer las diferentes pautas históricas y estructurales de los regímenes de movilidad social en un período que comprende los últimos 50 años del siglo XX y primeros 10 del XXI —la población estudiada alcanza la madurez ocupacional entre los años 1950 y 2011—, desde una perspectiva transcontinental que toma a Chile, México y Uruguay como países de referencia para América Latina,² puestos en comparación con sociedades de economía avanzada europeas de industrialización temprana (Reino Unido), intermedia (Suecia y Alemania) y tardía (España).

Si hubiese que plantear el contenido de este libro como respuestas a preguntas que lo originaron, entre las mismas se contarían: ¿Qué patrones de movilidad social emergen en las sociedades latinoamericanas y europeas bajo estudio? ¿Qué los explica y qué ofrece la comparación de casos? ¿Siguen siendo, y de qué modo en cada país, los orígenes de clase social condicionantes de peso en la determinación de los destinos de clase? Y en este sentido, ¿países con fuerza laborales mejor educadas muestran condicionamientos menos fuertes entre los orígenes y destinos de clase social? ¿Son las férreas barreras a la movilidad social ascendente hacia el sector más aventajado de la estructura social, una característica específica y propia de las sociedades latinoamericanas (caracterizadas por su industrialización tardía respecto a de las europeas aquí comparadas)? ¿Es la movilidad social más alta en las cohortes jóvenes en los países de América Latina (Chile, México, Uruguay), como es esperable observar en las sociedades europeas (España, Suecia, Reino Unido y Alemania)?

² Donde la selección de estos países latinoamericanos responde a contar con al menos un caso que corresponda al régimen de bienestar dual-regresivo (México) y al universalista-estratificado (Chile y Uruguay), pero, sobre todo, como sucede también en los casos europeos, a la disponibilidad de bases de datos confiables para el análisis de los regímenes de movilidad social bajo los términos y exigencias que en este libro se plantean, condición que dificulta la integración de casos (países) comprendidos bajo el régimen de bienestar social excluyente, donde las bases de datos para tales efectos resultan inexistentes, precarias, o bien, poco confiables.

Algunas afirmaciones provisionales y de carácter tentativo (hipótesis) sobre las que avanzó la investigación contenida en este libro, y que toman en consideración investigaciones previas, son:

1. Diferentes regímenes de bienestar social, asociados a diferentes arreglos institucionales y perfiles de generación y provisión del bienestar, se corresponden con determinados niveles de movilidad social (Esping-Andersen, 1990, 1999; Hega y Hokenmaier, 2002).
2. En Chile, México y Uruguay se observan fuertes trabas a la movilidad social hacia y desde el sector más aventajado, lo que constituye una alta reproducción de posiciones entre las generaciones (Azevedo y Bouillon, 2009; Torche, 2007).
3. El patrón descrito en el ítem 2 es un rasgo específico de las sociedades latinoamericanas (Torche, 2007).
4. A menores niveles de desigualdad social mayores niveles de movilidad social (Bowles y Gintis, 1976; Jencks et al., 1972; Shavit y Blossfeld, 1993).
5. Países con fuerzas laborales mejor educadas, muestran asociaciones más débiles entre orígenes y destinos sociales (Beller y Hout, 2006).
6. En las clases sociales más bajas se detecta rigidez y mayor herencia que en las clases sociales altas, en las que se detecta mayor fluidez social (Hauser, 1977).
7. En la cumbre y en la base de la estructura de clase social, se conforman dos “circuitos cerrados” de movilidad que advierten de una tendencia a la reproducción y estrecha movilidad social a lo largo de la estructura de clase (Hout, 1983).
8. A mayores niveles de gasto social y gasto social en educación, mayor movilidad social (Hega y Hokenmaier, 2002).
9. Introducida la dimensión temporal mediante las cohortes de nacimiento, se observa la existencia de una movilidad definida por un patrón de fluidez social que es constante a través del tiempo, con una tendencia a la mayor fluidez cuanto más joven se hace la cohorte (Breen, 2004; Erikson y Goldthorpe, 1993).

CAPÍTULO I

Perspectivas y debates sobre la movilidad social

1. Posiciones teóricas y tesis de la movilidad de clase social

La movilidad social ha sido y sigue siendo un tema clásico en sociología. Es uno de los temas más complejos y relevantes que estudian los sociólogos, a fin de evaluar el modelo de justicia social e igualdad de oportunidades de cada país. El estudio de la movilidad social permite conocer cómo se estructuran y se redistribuyen las desigualdades de clase entre generaciones. Las clases sociales no son compartimentos estancos sino, siguiendo la metáfora de Schumpeter (1965), hoteles o autobuses con entradas y salidas que renuevan sus miembros y dinamizan la pauta de estratificación social. Su estudio viene motivado por el interés en conocer la conformación y las transformaciones de la sociedad, esto es, el interés por explicar en función de qué fuerzas se transforma, cómo cambia su constitución social y qué oportunidades ofrece a sus miembros.

Al conocer la movilidad social, conocemos también el grado de reproducción y cierre social en las sociedades estudiadas teniendo en cuenta el grado de desarrollo económico, de división del trabajo, de desigualdad social y de privilegios corporativos que las estructuran. Los estudios de movilidad social permiten un mejor conocimiento de las tendencias estructurales de fondo de la sociedad que nos permiten desvelar:

- a) el grado de herencia, rigidez clasista, renovación de la estructura de clases e igualdad fluida de oportunidades, que definen a una sociedad como cerrada (adscriptiva) o como abierta (meritocrática).
- b) el grado de predominio de las normas meritocráticas (educación, talento y capacidad) en el ascenso social, frente a los factores adscriptivos (familia, clase, género y etnia).



- c) la contribución de las políticas sociales en la reducción o mantenimiento de la herencia y las barreras de clase social.
- d) la contribución de la movilidad y la fluidez social a la cohesión social y la conformación de fronteras y condiciones de clase social.

El estado de debate y conocimiento hasta la fecha es muy amplio y puede ser sistematizado a partir de seis grandes debates **I)** el que tiene lugar a propósito de la tesis de la similitud de la movilidad social global entre naciones (tesis de la similaridad entre países); **II)** el que se genera respecto a la revisión de la hipótesis de Featherman, Jones y Hauser (FJH) (1978) y la tesis de la fluidez social constante de Erikson y Goldthorpe (1993), recientemente matizada por Breen (2004); **III)** el que propiciaron los teóricos de la diferenciación de los regímenes de movilidad; **IV)** el que surge de la producción de los teóricos liberales de la industrialización; **V)** el de la respuesta marxiana a los teóricos liberales, basada en la teoría de la proletarización; **VI)** y el desarrollado por las teorías de la reproducción social y de la correspondencia. En conexión con nuestros casos de análisis, se incluye el que surge de las investigaciones sobre **VII)** la movilidad social en España y América Latina.

1.1. Tesis de la similaridad entre naciones

I) En este apartado dedicado a las teorías que sostienen la existencia de pautas comunes de movilidad social (similaridad entre naciones) es menester recuperar los tempranos aportes realizados por Sorokin (1927) a la tesis de la similaridad, olvidados en gran medida y a pesar de su utilidad por las perspectivas sociológicas de la movilidad social de más reciente desarrollo. Sorokin define la estratificación social como la diferenciación que tiene lugar a partir de la ocupación o asignación de determinados individuos a clases jerárquicas y superpuestas. Su expresión es a través de la conformación de estratos o capas sociales bajas (inferiores) y altas (superiores), mientras que “la base de su existencia es una distribución desigual de los derechos y privilegios, los deberes y responsabilidades, los valores sociales y las privaciones, el poder y la influencia, entre los miembros de una sociedad” (Sorokin, 1956, p. 15). Sobre esta diferenciación entre estratos sociales altos y bajos, así como de los dos conceptos centrales de <<espacio social>> y <<distancia social>>, en su producción teórica Sorokin concluye que, aunque las formas específicas de estratificación son diversas y pueden variar, el grueso de estas se queda contenido en alguno de los tres tipos fundamentales de estratificación (económica, política u ocupacional). Se tratan a su vez de tres *campos de estratificación* que se encuentran interrelacionados entre sí.

La estratificación económica tiene lugar con base en la relación entre riqueza (prosperidad) y pobreza (carencia), teniendo la pirámide en la que se representa su *altura y perfil* una fluctuación limitada (Cachón, 1989), en cuanto existe en la nivelación “un <<punto de saturación>> más allá del cual no puede irse sin exponerse a grandes riesgos” (Sorokin, 1956, p. 68). Para Sorokin existen ciclos de crecimiento y decrecimiento de la distribución del patrimonio (riqueza) y de la desigualdad económica, producto de una “lucha constante entre las fuerzas de la estratificación y las de igualación [donde] las primeras operan permanentemente y constantemente y las segundas en forma convulsiva y violenta, y solo de cuando en cuando” (1956, p. 73).

Como precisa Cachón (1989) sobre la estratificación política que desarrolla Sorokin, esta no agrega mucho más que lo expuesto para la de tipo económica, enfatizando que su perfil resulta ser “más flexible, [y] varía dentro de los límites más amplios y más a menudo y bruscamente que el de la estratificación económica” (1956, p. 107). Sobre todo, Sorokin va a profundizar más allá de generalidades en la estratificación ocupacional diferenciando entre estratificación *intraocupacional* e *interocupacional*. La primera de ella refiere a la estratificación que tiene lugar al interior de cada clase ocupacional y corresponde al nivel micro, mientras que la segunda lo hace respecto a la jerarquía que se establece entre los grupos ocupacionales correspondiéndose con un nivel macro de abordaje del fenómeno de la estratificación. Al referirse a la movilidad social que tiene lugar a nivel interocupacional, Sorokin considera que esta ha crecido notablemente desde el siglo XVIII hasta comienzos del siglo XX, aunque dicho incremento no constituiría una pauta persistente. Adicionalmente, rechazó la idea influida por el dinamismo imperante en su época, según el cual es posible llegar a un estadio definido como el fin de la historia del *desarrollo industrial* dando paso a un incremento constante y perdurable de la movilidad vertical. En la concepción sorokiniana lo que realmente ocurre es que la movilidad social “funciona de forma cíclica, al examinarla desde una perspectiva histórica hay etapas en las que aumenta y otras fases en las que disminuye” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 116). Se tratara entonces de una fluctuación que no define tendencia, como acertadamente apuntan más tarde Erikson y Goldthorpe (1993), al señalar que aquellos que quedaron impresionados por la naturaleza particular y distintiva de la “era moderna” contaban con escaso conocimiento sobre las sociedades históricas y su diversidad, siendo el caso de Sorokin cuando afirma que lo que ha sucedido es solamente una alternancia —las olas de más elevada movilidad son suprimidas por los ciclos de mayor inmovilidad— y eso es todo (Sorokin, 1927, p. 152).

En todo caso, posiblemente Sorokin estuviese tempranamente acertado en que si cabría esperar la existencia de una tendencia en los niveles de movilidad que se mantiene en el tiempo, esta sería hacia su disminución en virtud de que los estratos sociales se han tornado más “cerrados” a través del tiempo como resultado acumulado de las posiciones superiores que utilizan su poder y ventajas comparativas en el fortalecimiento de las barreras que dificultan el acceso vía ascenso social desde los estratos jerárquicamente más bajos (Sorokin, 1927, p. 158). No obstante, como señala Erikson y Goldthorpe (1993), esta tendencia observada a lo largo del tiempo hacia el “cierre”, y que en Sorokin remiten a factores *endógenos*, no es la única que influye sobre las tasas de movilidad social. Los factores endógenos, de naturaleza fundamentalmente *psicológica*, inciden en aquellos modos de estratificación que tienden a la clausura social a razón de que los que ocupan las posiciones de prestigio y dominio cuentan con mayores recursos que el resto de la sociedad para defender sus posiciones de clase. En contraste, los factores *exógenos* impactan sobre la estratificación, aumentando la movilidad social. Es en períodos de agitación política y económica asociados a cambios sociales y económicos estructurales profundos, como revoluciones, guerras, cambios de paradigmas tecnológicos o comerciales, que entran en juego este tipo de factores (exógenos) en las formas de estratificación, generando aumentos de la movilidad en el conjunto de la estructura social y transformando el orden de la distribución del poder, los privilegios y las ventajas sociales. En síntesis, existen períodos históricos que ofrecen condiciones propicias para una movilidad elevada, así como períodos que favorecen la persistencia de niveles bajos.

A la par que avanzan las contribuciones de los *teóricos liberales funcionalistas*, Lipset y Zetterberg (1959) plantean su hipótesis a partir del rechazo de las posiciones que defienden el “excepcionalísimo” americano, basándose en evidencia disponible que indica que el nivel de movilidad en la sociedad estadounidense no varía significativamente respecto al de las sociedades modernas europeas, al tiempo que, en sintonía con lo afirmado por Sorokin (1927), sostienen que todas las sociedades industriales occidentales mantienen tasas de movilidad elevadas, por lo que no debería sorprender que así ocurra para el caso norteamericano. Si bien Lipset y Zetterberg admiten la existencia de datos insuficientes e inadecuados en su trabajo, su comparación temporal de la existencia de tasas de movilidad similares entre Estados Unidos y Europa, antes y luego de la Segunda Guerra Mundial, les permite refutar, por un lado, la hipótesis de que “la movilidad social es relativamente baja donde la estabilidad de estatus y las diferencias de clase reciben un énfasis especial y realmente alta donde se da gran valor a la igualdad de oportunidades para todos” (Cachón, 1989, p. 359), y por el otro,

la “apreciación trivial de que las sociedades de Europa Occidental son *estáticas* mientras que la norteamericana es *abierta*” (p. 359).

Sobre este marco, Lipset y Zetterberg propondrán la existencia de un patrón general de movilidad social que resulta ser elevado (tasas altas) al tiempo que compartido (similaridad) entre las naciones industriales occidentales como resultado de la industrialización misma (Lipset y Zetterberg, 1959). Como apuntan Erikson y Goldthorpe (1993), Lipset y Zetterberg trascendieron la posición de Sorokin en al menos dos sentidos; el primero, tras sugerir que los países occidentales no solo poseen elevadas tasas de movilidad social sino que asimismo resultan similares y, el segundo, al hablar de estos países como sociedades industriales cuyos elevados niveles de movilidad conforman una característica específica de la industrialización, lo que derivaría en que la posición de estos fuese asociada a la de los teóricos liberales funcionalistas. Autores como Erikson y Goldthorpe (1993), sugieren que la concepción de Lipset y Zetterberg no debería entenderse como adscripta a la posición liberal funcionalista, en cuanto conserva diferencias sustantivas respecto a la misma. En este sentido, puede argumentarse a favor de la observación de Erikson y Goldthorpe (1993), que la hipótesis propuesta por Lipset y Zetterberg se diferencia de la de los teóricos liberales, en cuanto no se encamina a defender que el patrón de movilidad se incrementa progresivamente con el desarrollo industrial, así como tampoco que las tasas de crecimiento económico se encuentren relacionadas con las variaciones en los niveles de movilidad. Antes bien, lo que ocurre es un *efecto umbral* en una fase temprana del desarrollo industrial y por sobre el cual la movilidad logra mantener tasas elevadas (Erikson y Goldthorpe, 1993). Como señalan Lipset y Zetterberg, “nuestra interpretación tentativa es que la movilidad social de las sociedades se vuelve relativamente alta una vez que su industrialización, y por lo tanto su expansión económica, alcanza un cierto nivel” (1959, p. 13).

Asimismo, Lipset y Zetterberg (1959) conjugan su propósito de ir más allá de las tesis empíricamente limitadas sobre movilidad social propuestas por los teóricos liberales, con un enfoque explicativo sobre la movilidad social basado en dos tipos de factores, a saber, el *motivacional* y el *estructural*. El primero, se vincula al modo en que los agentes actúan frente al lugar que ocupan en la jerarquía ocupacional y la forma en que él mismo es evaluado, de tal forma que “el afán por mantener las posiciones altas de la estructura sería consecuencia de una necesidad de defender su <<ego>>, mientras que los que compiten por ascender en la escala social pretenderían ensalzar [los suyos]” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 118). Mientras que, el segundo se vincula con las diferencias que tienen lugar entre la división social del trabajo, las que tienen lugar con relación a las cuotas de puestos laborales enmarcados en la economía informal

(i.e. precariedad, informalidad y subempleo) y con las diferencias en los factores demográficos que hacen variar los niveles de competencia (Echeverría Zabalza, 1999).

En cuanto a la similaridad de las tasas globales de movilidad social a la que hace referencia la hipótesis de Lipset y Zetterberg (LZ), como señalan Lipset y Bendix (1959), tiene que estar basada en algún rasgo compartido por las sociedades en las que tales tasas surgen como un “aspecto integral y continuo de los procesos de urbanización, industrialización y burocratización” (como se cita en Cachón, 1989, p. 359). La *similaridad* entre las tasas de movilidad de los diferentes países, pueden explicarse por el efecto que reciben de los diferentes procesos que tienen lugar en las estructuras sociales modernas, entre los que se cuentan: (a) las transformaciones en las limitaciones legales que se relacionan a potenciales oportunidades, (b) las diferencias entre los niveles de fertilidad, (c) las transformaciones en la proporción de posiciones intergeneracionalmente reproducibles (estatus hereditario), (d) las variaciones en la cuota de vacantes ocupables, (e) las transformaciones en la proporción de la jerarquía adjudicada a determinadas ocupaciones (Lipset y Zetterberg, 1959, p. 73). En el enfoque de Lipset y Zetterberg (1959), los puntos (c) y (d) resultan ser los de crucial relevancia, en la medida que el primero (c) enfatiza que “la familia cede el puesto a la empresa burocratizada y a métodos formalizados de selección donde el canal escolar, como planteaba Sorokin, va a asumir el *antiguo* papel colocador de la familia” (Cachón, 1989, p. 359) generando una “relativa disminución de posiciones heredadas” (Lipset y Zetterberg, 1959, p. 27), mientras que por su parte el segundo (d), “deriva del hecho de que una economía en proceso de desarrollo industrial, produce ocupaciones considerablemente diferentes de la generación anterior y amplía el número de plazas disponibles” (Cachón, 1989, p. 360), debido a lo cual “una amplia movilidad social ha sido concomitante con la industrialización” (Lipset y Zetterberg, 1959, p. 76).

No obstante, los aportes realizados por Lipset y Zetterberg no se encuentran exentos de objeciones y críticas: Broom y Jones (1969) precisan las deficiencias en las que caen los autores en el tratamiento de sus datos que, tras ser ajustados, informan de una tendencia hacia la variación más que a una de uniformidad (similaridad) entre naciones (Erikson y Goldthorpe, 1993). En adición, la variación transnacional que constatan, ha sido evidenciada en otros estudios con metodología más rigurosa, que emplean datos más recientes sobre movilidad social y que integran mayores exigencias en materia de comparabilidad, como son los de Broom y Jones (1969), Erikson, Goldthorpe y Portocarero (1979), Featherman, Jones, y Hauser (1978) y Pöntinen (1983) (Erikson y Goldthorpe, 1993). No obstante, en un trabajo más reciente Lipset ofrece evidencia sobre la

factibilidad de acogida de la hipótesis de LZ, así como de la posibilidad de que sea extensiva para las naciones cuyos estados resultan ser de raigambre socialista. Al respecto, conviene rescatar lo señalado por Erikson y Goldthorpe (1993), en cuanto que la posición más aceptada resulta ser la que sostiene que entre las naciones industriales, e incluso capitalistas, más que la existencia de diferencias insignificantes, lo que existe son “perfiles de movilidad”. En suma, la fuente más evidente de las dificultades que enfrenta la hipótesis de LZ descansa en el hecho de que, contrariamente a lo que suponen Lipset y Zetterberg (1959), los *efectos estructurales* pueden producir *tasas* generalmente *más elevadas* de movilidad a cierto *nivel de industrialización*, sin que ello implique que las tasas de movilidad sigan un patrón similar en todas las sociedades que han alcanzado dicho nivel. En particular, resulta pertinente señalar la existencia de un amplio caudal de evidencia que advierte de una extensa variación de las estructuras de empleo y ocupacional entre las sociedades industriales, así como en sus niveles y fases de desarrollo; variación estructural que luego se reflejará —y especialmente si las motivaciones para la movilidad se suponen constantes— en la variación de los flujos de movilidad social (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 23).

El trabajo de Featherman et al. (1978) propone una revisión y reformulación de la hipótesis de LZ, sosteniendo que la estabilidad y similaridad entre las tasas de movilidad entre los países deben ser consideradas a nivel “genotípico” (i.e. tasas relativas, movilidad latente o de circulación) más que a nivel “fenotípico” (i.e. tasas absolutas, movilidad observada o estructural). Si se considera la movilidad a nivel fenotípico, la similaridad entre naciones es difícil de advertir, precisamente porque las tasas absolutas observadas están muy influenciadas por la estructura de la división del trabajo así como por los efectos que se derivan de un amplio rango de factores económicos, tecnológicos y demográficos, los cuales es sabido que pueden alterarse y que, en tanto refieren a las familias e individuos, deben ser considerados como exógenamente determinados (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 24). En cambio, si la movilidad es considerada a nivel genotípico, es decir, si se asume el peso neto del conjunto de los efectos de todos esos factores, la probabilidad de similaridad entre países se torna mucho más alta de ser encontrada (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 24).

La hipótesis de FJH se podría formular entonces como la afirmación de la existencia de *patrones de movilidad relativa* (fluidez social) que, en sociedades industriales, con sistema familiar nuclear y economías de mercado, resultan ser bastante similares y estables a través del tiempo. En la hipótesis de LZ, son los cambios estructurales los que dan lugar a la similaridad de los niveles de movilidad entre naciones, mientras que en Featherman et al. (1978) son los factores denominados “endógenos” los que conducen a la similaridad transnacional de

las pautas de fluidez social. Estos últimos, observan que los cambios estructurales (factores exógenos) a los que apelan Lipset y Zetterberg, registran demasiada variación en la movilidad internacional, lo que les conduce a examinar circunstancias que exhiben un mayor grado de convergencia internacional de la movilidad, tal como el modo en que son organizadas las actividades del trabajo y las jerarquías ocupacionales, o la distribución de las oportunidades de competir para una movilidad hacia determinadas posiciones sociales según el origen social de procedencia (factores endógenos).

La tesis de FJH puede ser interpretada como una suerte de reafirmación de la hipótesis de LZ y *aggiornamento* de la posición de Sorokin, siendo más próxima a esta última y sin perder puntos en común con la primera. Los factores “endógenos” que operan en las formas de estratificación de las sociedades industriales y generan la similitud entre sus regímenes de movilidad, no se centran solamente en los procesos psicológicos (motivacionales) relacionados con la satisfacción de aspiraciones personales *egoístas* que propone Sorokin, sino que a su vez parten de procesos sociales y económicos, como es la competencia entre familias e individuos con diferentes recursos socioeconómicos, como proponen Featherman et al. (1978). Adicionalmente, la hipótesis de FHJ parece haber contado con mayor sustento empírico que la hipótesis de LZ, al tiempo que se opuso con mayor énfasis tanto a la tesis propuesta por la teoría liberal funcionalista, como a las teorías de la proletarización y las posiciones culturalista, institucionalista y política de la tesis de la variación de los regímenes de movilidad entre naciones; no así en cambio, respecto a las posiciones de los teóricos de la reproducción, con la que a pesar de las diferencias en las dinámicas propuestas para la explicación de las pautas de movilidad, mantiene mayor afinidad (Echeverría Zabalza, 1999). En este sentido, los teóricos de la reproducción social afirman que “se daba una pauta común en todos los países capitalistas [reproducción] y que las oportunidades de acceso a los puestos sociales dependían del origen social, aunque esta dependencia se presenta de forma determinista y única” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 119).

Erikson y Goldthorpe sostienen que, si bien algún efecto de desarrollo inicial en la fase temprana del proceso de industrialización podría ser compatible con la hipótesis formulada por la teoría liberal funcionalista, cualquier cambio continuo en las oportunidades de movilidad relativa queda claramente excluido (1993, p. 25), como lo sostuvieron también Grusky y Hauser (1984). En otras palabras, una vez que las sociedades pueden considerarse como industriales, sus regímenes de movilidad deben estabilizarse aproximándose al patrón común sin revelar ninguna tendencia persistente y específica de convergencia hacia una mayor apertura o clausura social. En este sentido, ninguna fuerza inherente

a la industrialización que transforme el patrón de las oportunidades de movilidad puede ser identificada y reconocida (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 25).

En su trabajo publicado en el año 1993, *The Constant Flux: A Study of Class Mobility in Industrial Societies*, Erikson y Goldthorpe vuelven a poner a prueba la hipótesis de FJH, sin encontrar evidencia suficiente que les permita acogerla. El estudio de Erikson y Goldthorpe (1993) que se profundizará a continuación, constituye un aporte invaluable a la posibilidad de pensar si la desigualdad socioeconómica y el modelo de estado socialdemócrata como factores, permiten explicar, o no, la apertura de los regímenes de movilidad, como se ha observado en países como Suecia y Hungría. Ganzeboom, Luijckx y Treiman (1989), Sørensen (1992) y Wong (1992), apoyados en evidencia empírica rechazaron la hipótesis de FJH por completo, tras verificar la existencia de variación estadísticamente significativa en los patrones de movilidad social en sociedades industrializadas.

1.2. La hipótesis de Featherman, Jones y Hauser (FJH) y la tesis de la fluidez social constante de Erikson y Goldthorpe (EG)

II) Impulsados por el objetivo de verificar que existen diversas estructuras de movilidad y una distribución ocupacional significativa, Featherman et al. (1978) replantean la hipótesis de LZ en términos de una “pauta genotípica de movilidad (movilidad de circulación) en las sociedades industriales con economía de mercado y sistema de familia nuclear que resulta ser básicamente la misma [compartida por estas sociedades]” (Featherman et al., 1978, p. 89) y una “pauta fenotípica de movilidad (movilidad observada) [que] difiere de acuerdo a la tasa de variación de la estructura ocupacional” (Featherman et al., 1978, p. 89). La hipótesis de FJH explica los cambios en la movilidad observada exclusivamente a partir de los cambios y diferencias que tienen lugar en la estructura ocupacional, no obstante, como apunta Cachón (1989), cabría preguntarse como lo hacen Erikson, Goldthorpe y Portocarero (1982), si más allá de la variación en la movilidad observada que guarda relación con factores estructurales, persisten diferencias entre naciones en la movilidad que es independiente de las influencias estructurales, esto es, en términos de fluidez social.

La contribución de Erikson y Goldthorpe (1993) pondrá a prueba no solamente la hipótesis de FJH, sino también la de LZ, la postura de los teóricos liberales, la de los teóricos de la reproducción y la tesis del excepcionalismo. Empleando una metodología que compagina el análisis comparado cuali-cuanti de las pautas de movilidad con las diferencias y semejanzas entre los procesos de industrialización y características culturales, institucionales y políticas entre

los países bajo estudio (12 en total), los autores Erikson y Goldthorpe ponen a prueba las hipótesis y posiciones que les precedieron. Prestando especial cuidado al aspecto metodológico y la comparabilidad, Erikson y Goldthorpe (1993) introducen al campo de la movilidad social la denominada *tesis de la fluidez social constante*, a partir de un modelo teórico de inspiración neoweberiana que entra en disputa con la perspectiva funcionalista liberal condensada en la *tesis del mejoramiento creciente*. La tesis de la fluidez social constante (CnSF), establece que el patrón de movilidad y reproducción social se mantienen constantes en el tiempo (entre generaciones) en Reino Unido y otras sociedades desarrolladas. Esta tesis se valida cuando se observa un patrón de movilidad social relativa sin grandes variaciones entre diferentes cohortes de nacimiento. Fachelli y López-Roldán (2012) entienden que el caso de la sociedad española se enmarca y queda comprendido por la tesis CnSF, en la medida que se trata de un contexto en el que el patrón de movilidad social relativa se ajusta con los patrones observados en los países europeos de economías avanzadas.

Entre las contribuciones significativas que efectúa la investigación de Erikson y Goldthorpe (1993) al campo de la movilidad social, destaca en *primer* lugar (i) el desarrollo de un potente modelo de tipo topológico que permite conocer y detallar el patrón de asociación en las sociedades de industrialización temprana a partir de considerar las preferencias por las diferentes posiciones de clase, así como las fronteras que separan los diferentes orígenes y destinos de clase, incorporando las barreras a la movilidad relacionadas con los cambios de *sector productivo* (efectos sector), *jerarquía* (efectos definidos por parámetros de ascenso y descenso social), *herencia* (efectos definidos por parámetros de propensión a la inmovilidad y movilidad) y *afinidad o aversión* a la movilidad entre posiciones. Se construye así el modelo central de fluidez social (*core fluidity model*, *CrSF*), denominado por algunos autores como modelo CASMIN (*Comparative Analysis of Social Mobility in Industrial Nations*), apelando a las siglas del proyecto que le dio origen. Como puntualizan los propios autores, es como resultado de intentar disminuir las dificultades existentes en la interpretación y selección del modelo topológico óptimo, propiciadas por una asignación de las celdas de la tabla de movilidad a los diferentes niveles de interacción, determinada de forma *ad hoc* con el simple propósito de que se ajusten los datos, más que siguiendo un fundamento teórico aceptado, que se logró proponer un modelo *CrSF* aplicado a la tabla de movilidad social que resultó ser el más sofisticado utilizado hasta entonces (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 122). En otros términos, se trata de un modelo que considera, además de la matriz de niveles individuales, un conjunto de matrices, cada una de las cuales es diseñada de un modo teóricamente bien

fundamentado para conseguir capturar el efecto específico ejercido sobre el patrón de las tasas relativas de movilidad (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 122).

Erikson y Goldthorpe (1993) van a señalar que otra de las razones de peso por las cuales han decidido analizar la movilidad social dentro del contexto de la estructura de clases, reside en que en su enfoque resulta ser algo más que un “marco” para la movilidad, lo que les conduce a considerar el hecho de que las propias posiciones de clase son definidas dentro de dicha estructura —por medio de las relaciones de clase— ejerciendo una influencia específica sobre la predisposición hacia la movilidad e inmovilidad social. Para Erikson y Goldthorpe (1993), y entre estos con bastante más antelación para Goldthorpe (1980), las principales consideraciones a tener en cuenta para capturar los efectos específicos ejercidos sobre la pauta de movilidad, podrían sintetizarse en: (a) las ventajas relativas adscriptas a los individuos por las diferentes clases de origen de las que proceden bajo las diferentes formas de capital cultural, económico y social, (b) las ventajas relativas de las distintas posiciones de clase consideradas como destinos y (c) las barreras relativas que enfrentan los individuos en el acceso a diferentes posiciones de clase y que pueden ser pensadas en términos de requerimientos de recursos (capitales) mencionados en el punto (a), tales como calificaciones, recomendaciones, credenciales, *curriculum*s, etc.

En *segundo* lugar, (ii) destaca la capacidad del análisis desarrollado por los autores con base en el modelo *CrSF* para detectar las causas de la variabilidad internacional y temporal en términos de patrones generales de movilidad social, así como la capacidad de identificación de las características centrales constitutivas de dichos patrones. En *tercer* lugar, (iii) destaca el tratamiento que los autores dan a las problemáticas vinculadas a la comparabilidad de las muestras y errores técnico-metodológicos, en los que con frecuencia se incurre en el estudio de la movilidad social. Posiblemente, la contribución más relevante de la investigación de Erikson y Goldthorpe (1993) reside en la refutación de la tesis defendida por los teóricos liberales sobre la persistencia de una evolución histórica de las sociedades hacia una mayor apertura social, así como de la tesis defendida por Lipset y Zetterberg sobre la existencia de elevadas y similares (homogeneidad) tasas de movilidad observada entre naciones industrializadas. Lo que Erikson y Goldthorpe identifican y describen, que desafía también a las posiciones que afirman la *excepcionalidad* de los casos de Australia y Estados Unidos —a los que podría sumarse Japón—, es una variación en las tasas de movilidad observada (absoluta) entre las naciones y en el tiempo, que como señala Echeverría Zabalza, “coexiste con un alto grado de constancia a través del tiempo y de similaridad entre naciones en lo que a las tasas de movilidad relativa se refiere, [es decir] las sociedades industriales tienen un grado de fluidez social

bastante similar entre ellas, y este apenas varía con el tiempo” (1999, p. 123). En este sentido, Erikson y Goldthorpe reconocen parcialmente la afirmación contenida en la hipótesis de FJH, tras haber observado variaciones significativas en las tasas de movilidad absoluta, explicables a partir de cambios, regularidades y (des)equilibrios que tienen lugar a nivel estructural. Como lo subrayan en su trabajo y a la luz de los resultados respecto a las influencias políticas en materia de movilidad social, creen que la hipótesis de FJH merece cierto reconocimiento, aunque este debe ser cuidadosamente concedido. El modo en que Featherman et al. (1978) limitan el rango de aplicabilidad de su hipótesis en su estudio original es, desde el punto de vista de Erikson y Goldthorpe, significativo. Como lo indicaron Erikson y Goldthorpe tempranamente, Featherman et al. tienen la intención que la hipótesis aplique a todas aquellas sociedades con economía de mercado y familia nuclear (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 178).

Si bien Erikson y Goldthorpe entienden que el rango contextual y temporal de aplicabilidad que establecen Featherman et al. (1978) para su hipótesis no es explicado en profundidad por ellos, sugieren que cabe recuperar —y de hecho lo hacen— el supuesto subyacente que esta plantea consistente en que son las instituciones familiares y económicas las que, en tanto cimientos de la sociedad, definen las oportunidades relativas de movilidad social intergeneracional. Por consiguiente, adhiriendo a lo apuntado por Echeverría Zabalza (1999, p. 124) en cuanto a la posición asumida por Erikson y Goldthorpe respecto al referido supuesto subyacente de la hipótesis de FJH, si las dos instituciones fundamentales de la sociedad a las que se hace referencia son *similares* entre las naciones, es esperable que también lo sean sus respectivos patrones de movilidad social relativa. Lo que desestimaron u omitieron Featherman et al. (1978) en la formulación de su hipótesis, entienden Erikson y Goldthorpe, es cualquier alusión al rol desempeñado por las instituciones políticas en la regulación, favorable o desfavorable, de los niveles de fluidez social a través de sus deliberadas acciones e intervenciones. Entre estas instituciones políticas, el Estado cobra especial interés para Erikson y Goldthorpe (1993), en tanto organismo capaz de intervenir, impulsando o conteniendo los procesos que tienen lugar en la sociedad mediante los cuales se produce, reproduce y perpetúa “naturalmente” la desigualdad de oportunidades para experimentar movilidad social. Lo que van a proponer Erikson y Goldthorpe es depurar la hipótesis de FJH mediante la combinación de sus principales supuestos subyacentes con los supuestos propuestos por los teóricos que defienden la variabilidad de los patrones de movilidad entre las sociedades industrializadas como el resultado de causas institucionales y políticas. Erikson y Goldthorpe sugieren que la hipótesis FJH debería ser refinada, esto es, su conformidad con los resultados empíricos sería más estricta si

afirmase que una similaridad básica es identificada en los patrones de fluidez social de las sociedades industriales, en la medida en que no se ha realizado ningún esfuerzo significativo para usar el *poder del aparato estatal moderno* para transformar los *procesos* y los *resultados* de estos que *generan y reproducen las desigualdades de clase* de una generación a otra (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 179).

Es necesario aclarar que la aparente estabilidad y semejanza (*similaridad*) a la que arriban Erikson y Goldthorpe, refiere a los patrones de fluidez social de las naciones industrializadas, no así respecto a la fluidez social que tiene lugar entre las distintas clases sociales (fluidez interclases) donde las divergencias (heterogeneidad) son evidentes, especialmente entre las clases trabajadoras manuales, no-manuales, agrarias y la pequeña burguesía. En consecuencia, son las pautas de fluidez social, diferenciadas según clase social (interclases), las que resultan ser semejantes entre las naciones industriales y constantes a través del tiempo (Echeverría Zabalza, 1999). Así lo enfatizan los autores, al sostener que la similaridad (*commonality*) no se cumple entre las clases sociales, sino que tiene lugar en las pautas de fluidez social que son representadas por su modelo *CrSF*; sin pasar desapercibida la similaridad, los efectos que esta última postula están generalmente presentes, siendo en gran medida representados para una gran proporción de la variación total internacional de la asociación entre orígenes y destinos de clase (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 181).

Análisis recientes, como el de Breen (2004), sobre la base de una metodología semejante a la empleada por Erikson y Goldthorpe (1993), demuestran que mientras las pautas de asociación entre orígenes (O) y destinos (D) de clase social pueden ser similares entre los países industrializados, la fuerza de la asociación y el grado de apertura social entre estos difiere significativamente. Cabe destacar que mientras Erikson y Goldthorpe (1993) analizan muestras representativas compuestas solamente por individuos varones, las recientes contribuciones del trabajo de Breen (2004) integran muestras representativas de varones y mujeres, con base en las cuales se constata el aumento de la fluidez social en nueve de las once sociedades que son estudiadas, concluyendo la negación del carácter constante de la fluidez social. En España y hasta el momento, el único análisis paritario (varones y mujeres) y robusto de la fluidez social ha sido realizado con datos para Cataluña (Martínez-Celorio y Marín Saldo, 2010a), cuyos resultados sustentan la refutación de la tesis de la fluidez social constante (o estancada), dado el cambio sucesivo, la elevada fluidez y la emancipación de los orígenes de clase (O) que han protagonizado de modo sistemático las mujeres. Por tanto, cabe tener en cuenta que los resultados de la movilidad social relativa dependen, o se ven condicionados en buena medida, de múltiples factores,

entre los que se cuentan si se incluyen o no a las mujeres en el análisis, el peso demográfico de esta últimas en el ciclo de vida activa, la naturaleza, alcance y limitaciones de las fuentes (*databases*) y los criterios bajo los cuales se definen las medidas y modelos para su captura.

1.3. La perspectiva de los teóricos de la diferenciación transnacional de los regímenes de movilidad social

III) En el marco de la teoría de la *diferenciación de los regímenes de movilidad*, los trabajos de Esping-Andersen (1990, 1993, 1999) se inscriben dentro de la posición *institucionalista* de la argumentación de la predominancia de una variabilidad frente a una uniformidad en las pautas de movilidad. Previo al desarrollo del argumento de la posición institucionalista propuesta por Esping-Andersen, conviene hacer referencia al grupo de teorías e hipótesis en el que se inscribe. Se trata, a decir de Erikson y Goldthorpe, de un grupo de hipótesis *ad hoc* más que de posiciones teóricas consolidadas, que en el fondo lo que advierten es un descreimiento frente a la evidencia presentada por, y razonamiento apoyado en, la lógica funcional del *industrialismo* defendida por los teóricos liberales, según la cual algunas de las diferencias transnacionales (*cross-national differences*) en las tasas de movilidad son de hecho esperables, pero solo en la medida que los países han alcanzado diferentes niveles de industrialización, y agregan para completar el cuadro del razonamiento, que para los teóricos liberales son las sociedades industriales avanzadas las que deben mostrar tasas de movilidad y grado de apertura más elevados respecto a las no avanzadas, no obstante, las tasas de estas últimas tenderán a converger en la medida que sus modelos de desarrollo e industrialización se aproximen al grado de avance alcanzado por las primeras (1993, p. 13).

En contraste con (a) la hipótesis que afirma la tendencia hacia una *convergencia* cada vez más probable de los *regímenes de movilidad* de los distintos países que avanzan en el camino de la industrialización —dado el incremento en los niveles de movilidad social y sobre todo del ascenso social que el proceso produce— defendida por los teóricos liberales funcionalistas, así como frente a (b) la tesis de los teóricos de la reproducción social, según la cual también existe una marcada tendencia hacia la uniformidad en términos de “leyes y mecanismos capitalistas que tienden a reproducir las relaciones sociales de producción y la posición de los agentes en ellas” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 110), como ante (c) los teóricos de la proletarización, que afirman la uniformidad entre naciones como resultado de la lógica y dinámicas del capitalismo, las *teorías de la variación internacional* de la movilidad advierten, en contraste, que las

sociedades industriales, independientemente de su grado de avance industrial, se diferencian en sus patrones de movilidad, debido a factores que poco tienen que ver con su estadio de desarrollo, o que en todo caso, han mostrado tener alta resistencia a los efectos del cambio económico (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 13).

Las teorías de la variación internacional en las tasas de movilidad social permiten hablar de la existencia de diferentes regímenes de movilidad, en función de que consideran superadas las lógicas que conducen a la convergencia y homogeneidad transnacional de las mismas. Para Erikson y Goldthorpe, en adición a la “superación” podría hablarse de “compensación” de dichas lógicas, en tanto que si la lógica del industrialismo es la que prima y opera para todo, entonces, se entiende que es la que se enfrenta a otras fuerzas compensatorias que a su vez la pueden anular (1993, p. 13). Las *fuerzas compensatorias* a las que se deben las tendencias hacia la diferenciación en los patrones de movilidad, surgen de las diferencias entre naciones en términos de sistemas de creencias, valores, formaciones sociales, culturas nacionales, instituciones y prácticas sociales que han seguido un desarrollo histórico diferencial en contextos nacionales diferentes (Echeverría Zabalza, 1999, p. 110). Dos de las posiciones en cuyos argumentos se plasman tales fuerzas, entienden Erikson y Goldthorpe (1993), son la culturalista (fuerzas y factores culturales), representada por los trabajos de Blau y Duncan (1967), Encel (1970) y Olson (1982), y la posición política (fuerzas y factores políticos) encarnada en los trabajos de Bauman (1971), Giddens (1973), Johnson (1981) y Parkin (1978); a estas, Echeverría Zabalza (1999) adiciona una tercera, la posición institucional (fuerzas de las configuraciones institucionales) representada por los trabajos de Esping-Andersen (1990, 1993, 1999).

La posición *institucionalista* sostiene el argumento de la existencia de una tendencia imperante en la literatura actual hacia la presuposición de la existencia de una homogeneidad internacional, o convergencia transnacional, en los patrones de movilidad, ante lo cual es necesario formular la hipótesis de la existencia de una variación significativa entre naciones. Esta hipótesis está contenida en el estudio de Esping-Andersen (1993), en el que se desarrolla un marco teórico para el análisis empírico de las fuerzas que se hallan detrás de los procesos de estratificación social en las sociedades posindustriales. El nexo que explora el autor es el que tiene lugar entre mercado laboral (trabajo), familia (hogares) y Estado (regulación), profundizando en *cómo* este último moldea la relación existente entre los dos primeros. De allí que el autor afirme que la idea central de su trabajo, se orienta a fundamentar la persistente necesidad en el campo de la sociología de desarrollar una teoría institucional de la estra-

tificación. Esping-Andersen es claro respecto al argumento que defiende en su obra: retomando el antecedente de una obra más temprana como *Three Worlds of Welfare Capitalism* (1990), el autor plantea el argumento teórico de que la estratificación social contemporánea se encuentra fuertemente moldeada por las instituciones, y entre ellas, muy particularmente por el estado de bienestar, lo que conduce a deducir que las pautas de estratificación social transnacionales deben diferenciarse sistemáticamente conforme a la naturaleza de cada estado de bienestar (Esping-Andersen, 1993, p. 1).

Posteriormente, en su estudio de 1999, Esping-Andersen vuelve a insistir en profundizar sobre la cuestión del *por qué* los países responden de forma diferente a un conjunto de *riesgos sociales* que parecen ser bastante similares con independencia del país al que se esté haciendo referencia (1999, p. 170). En este estudio, presenta datos sobre las diferencias entre los distintos regímenes de bienestar social —e.g. relativos a la estructura de las relaciones industriales entendidas como los ámbitos de cobertura de la negociación laboral, centralización y coordinación colectiva—, buscando soportar la acogida de la hipótesis de la tendencia a la diferenciación transnacional entre países en cuanto sus regímenes de movilidad social. La posición institucional de Esping-Andersen advierte de la necesidad de contar con una teoría institucional de la estratificación, en virtud de que las posiciones teóricas tradicionales, “no han tenido en cuenta la existencia de instituciones, centrándose en unas relaciones de intercambio no controladas, bien se pusiera el acento en el mercado, o bien, en el punto de producción” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 114). La necesidad de dicha teoría responde de igual modo a las transformaciones significativas que han tenido lugar en diferentes órdenes del bienestar social, como a la forma de concebir la movilidad de clase social en la era posindustrial; o incluso, como llega afirma Esping-Andersen, al hecho de que el propio concepto de *clase social* que permea su trabajo, permanece aún algo “brumoso”, mientras que existe a su vez, la conciencia de que aquello que definía la naturaleza del industrialismo debe ser reformulado mediante la identificación de las fronteras ahora más amplias del nuevo orden en transición (Esping-Andersen, 1993, p. 1).

Entiende Esping-Andersen que los estudios de clases social derivan en una contienda de tipo ideológica y entre ideologías, cuando en realidad la propia cuestión de la existencia, o no, de clases sociales sigue siendo una pregunta abierta, antes que una conclusión conocida con antelación como se observa en la teoría de clases de los teóricos posindustrialistas. En cambio, una teoría institucional de la estratificación basada en el análisis comparado de más de un país —a razón de que es en el análisis basado en un solo país, nación o caso donde anida el fracaso de las teorías de la estratificación que buscan descubrir la varia-

ción institucional transnacional—, permite descubrir el impacto e influencia de las grandes instituciones sobre la configuración de clases y la movilidad social (Esping-Andersen, 1993, p. 2). Entre las instituciones que intervienen en el bienestar social y que han sufrido cambios sustantivos que reclaman por este tipo de teoría, se encuentran el mercado laboral, la familia y un resto de instituciones (re)emergentes. En este sentido, Esping-Andersen entiende que el vínculo entre hogar y trabajo se han revolucionado, así como los motores generadores de empleo han cambiado su funcionamiento, resultado de que el mercado laboral se ha extendido sobre un conjunto de potentes instituciones, entre las que figura la educación de masas, el estado de bienestar, y las instituciones de negociación colectiva, todas ellas en mayor o menor medida desconocidas para las teorías clásicas propuestas por Durkheim, Marx y Weber (Esping-Andersen, 1993, p. 115).

Si bien se retomará más adelante la tipología de regímenes de estados de bienestar propuesta por Esping-Andersen, conviene introducir aquí una referencia a cada uno de los tipos clasificados. Entre los regímenes de bienestar propuestos por Esping-Andersen, que se asociarían a regímenes de movilidad social, se encuentra el *liberal* (e.g. Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, y Australia), cuyo nodo filosófico fundamental puede resumirse en la primacía de un mercado con efectos atomizadores sobre los individuos en sociedad, erigido como garantía de la igualdad, renuente a la concepción de la propiedad comunitaria y colectiva —en contraposición a la propiedad privada— y conducente a la profundización de la división social de clases. Como apunta Esping-Andersen, la naturaleza del régimen de bienestar liberal produce sendos conflictos que fuerzan al estado liberal a renunciar a sus ideales de igualdad y libertad, en aras de la defensa de las clases capitalistas, lo que para los teóricos marxianos supone el punto de origen de la dominación de clase (1990, p. 11).¹

El conjunto de países comprendidos en el régimen de bienestar liberal se caracteriza por la predominancia de sistemas de *protección social* basados en planes asistenciales que integra la “prueba de medios” (*means-tested assistance*), así como por modestos y limitados planes de seguridad social y transferencias universales. Estas prestaciones y beneficios se destinan principalmente a un contingente de individuos de bajos ingresos, en su mayoría dependientes de la asis-

¹ No obstante, sostiene Esping-Andersen (1990), la interrogante central que permanece abierta, no solo para los teóricos marxistas sino para el debate actual sobre el estado de bienestar, consistente en saber si, y bajo qué condiciones, las divisiones de clase y desigualdades sociales generadas por el capitalismo, podrían ser revertidas por los sistemas de democracia parlamentaria.

tencia estatal, y a trabajadores de la clase obrera. Este rasgo que caracteriza al modelo de prestaciones del régimen liberal, es el resultado de reformas sociales cuya evolución estuvo marcada por normas de ética de trabajo tradicional y liberal, esto es, donde los límites al bienestar equivalen a la propensión marginal de optar por el bienestar (*welfare*) en lugar de por el trabajo asalariado. En contrapartida, en el propio régimen de bienestar liberal “las normas de ayuda social son estrictas y a menudo estigmatizantes, al tiempo que los beneficios suelen ser bastante modestos” (Esping-Andersen, 1990, p. 26), guiados por un Estado que, a su vez, “estimula el mercado, tanto pasiva, garantizando la provisión mínima de bienestar, como activamente, subsidiando esquemas de bienestar privado” (1990, pp. 26-27). Como resultado, este tipo de régimen de bienestar restringe el ámbito de los derechos sociales, mientras que amplía los efectos de la mercantilización (*commodification*). La naturaleza de la estratificación que este régimen pone en marcha, se basa en una combinación de bienestar provisto a la mayoría, pero diferenciado por el mercado, una igualdad relativa de la pobreza entre los beneficiarios dependientes de la seguridad social estatal y un dualismo de clase política. En un estudio posterior a *The Three Worlds of Welfare Capitalism* (1990) y *Changing Classes* (1993), Esping-Andersen retoma el examen de los “mundos del bienestar capitalista” ofreciendo una descripción reactualizada de la esencia y características que hacen al *tipo ideal* liberal de régimen de bienestar, según la cual la *política social liberal* tiene su origen en la política económica inglesa del siglo XIX, en las ideas de menor elegibilidad (*less eligibility*), asistencia propia (*self-assistance*) y en una fe ilimitada en la soberanía del mercado. El régimen de bienestar liberal bajo su forma contemporánea, refleja un compromiso de minimización del estado, individualización de los riesgos y promoción de las soluciones de mercado, desfavoreciendo, en consecuencia, los derechos de los ciudadanos (Esping-Andersen, 1999, pp. 74-77).

Bajo la concepción propuesta por Esping Andersen, la política social liberal prevalece en los países donde los movimientos socialistas o cristiano democráticos son débiles o no existen. Si definimos el *régimen liberal* en términos del peso del *residualismo* (pocos derechos y niveles modestos de desmercantilización) y mercados, existe evidencia clara de agrupamiento de países y ambas categorías se encuentran altamente correlacionadas. El régimen de bienestar liberal engloba casi invariablemente a países anglosajones; Estados Unidos, Canadá, Australia, Irlanda, Nueva Zelanda y Reino Unido. Esta agrupación, es el resultado de considerar dos medidas claves, la asistencia por prueba de medios (*means-tested assistance*) como proporción del *gasto social total* (a principios de los años 90) y las pensiones privadas como proporción de las pensiones totales (en los años 80), que correlacionadas con la variable dicotómica de nación ‘liberal’

revelan una relación de asociación fuerte y positiva, en contraste con lo que se observa en los regímenes de bienestar socialdemócrata y conservador, donde resulta ser fuerte y negativa (Esping-Andersen, 1999, pp. 74-77).

Un segundo grupo de países entre los que contamos a Austria, Alemania, Francia e Italia forman parte del tipo de régimen de bienestar *conservador* o *corporativista*, cuya herencia histórica se ha renovado para dar respuesta a la nueva estructura de clases sociales emergente de la etapa posindustrial. Un rasgo en común de los países con regímenes conservadores, es la atenuación del énfasis puesto en la eficacia del mercado y los procesos de mercantilización, en consecuencia, el asunto de las garantías en derechos sociales no suele ser una cuestión de discusión política y agenda pública. En cambio, apunta Esping-Andersen, lo que predomina, y continúa haciéndolo, en este tipo de régimen es la preservación de las diferencias de estatus, por lo que, los derechos son unidos a la clase social y al estado (1990, p. 27). Se trata de un corporativismo que ha sido integrado a una estructura estatal, que impulsa el desplazamiento del mercado como único proveedor de bienestar social, y con prestaciones sociales que juegan un papel marginal; este es el caso, por ejemplo, del seguro privado y los beneficios ocupacionales complementarios. Bajo este esquema, el estado pone el énfasis en la defensa y protección de las diferencias de estatus mediante un débil impacto redistributivo. En la concepción de Esping-Andersen, los regímenes conservadores son también típicamente una formación y producto de la Iglesia, por lo que su orientación es hacia una fuerte preservación de la *institución familiar tradicional*. De igual forma, la *seguridad social* suele excluir a la esposa que no trabaja, mientras que los beneficios a *la familia promueven* la maternidad. El servicio de guardería, así como otros servicios familiares similares se hayan significativamente poco desarrollados, mientras que el principio de subsidiaridad constituye la base para afirmar que el Estado solo intervendrá cuando la capacidad de la familia para dar servicios a sus miembros se interpreta como agotada (Esping-Andersen, 1990, p. 27).

En *Social Foundations of Postindustrial Economies* (1999), Esping-Andersen profundiza con mayor grado de pormenorización, en el legado histórico que contribuyó a la conformación del régimen conservador. El rasgo medular de este régimen descansa en una combinación de familiarismo con estratificación social (*segmentation*), inspirada en el Imperio Germano de las reformas de la seguridad social, así como en la filosofía política impulsada por Bismarck, que deriva en objetivos alejados de las garantías de igualdad. Las reformas sociales más tempranas en este tipo de régimen fueron de corte netamente autoritario. Es más tardíamente que el régimen conservador se va caracterizando por sus estrategias de distribución de *riesgos*, solidaridad y *familismo*. Bajo este régimen,

la *herencia histórica* deviene en la conformación de un estado de bienestar durante la posguerra caracterizado por una fuerte función de la administración pública que se beneficia de contar con un esquema propio, así como por normas de elegibilidad y beneficios más fastuosos (Esping-Andersen, 1999). En este sentido, y a pesar de algunos intentos de consolidar la multitud de *esquemas ocupacionales*, las divisiones corporativistas con arreglo al estatus continúan permeando los sistemas de *seguridad social* en el régimen conservador. Por supuesto, el acento difiere entre esquemas individuales y también entre países. Alemania, por ejemplo, es un caso de modesto corporativismo en materia de *pensiones* (la principal distinción es entre trabajadores de cuello blanco o clase de servicio y trabajadores de cuello azul u obreros) mientras que en materia de *seguro de salud* resulta ser un laberinto de 1200 fondos estratificados en función de la región, ocupación y empresa (Esping-Andersen, 1999, p. 82).

Si bien se suele hablar de “residualismo” con relación al régimen de bienestar liberal, conviene destacar que el régimen conservador presenta también grados de este, aunque orientado hacia objetivos fundamentales diferentes a los del régimen liberal. El residualismo del régimen conservador se resume en una respuesta ofrecida por el Estado a las fallas y fracasos de las reciprocidades familiares para prevenir y proteger a sus miembros ante los riesgos sociales que enfrentan, mientras que en el caso liberal las fallas a las que se hace referencias son las creadas por el mercado que derivan en la necesidad de protección ante el riesgo de los ciudadanos.

Un tercer grupo de países se aglomera bajo el paraguas del régimen de bienestar *socialdemócrata*, también denominado *nórdico* o *escandinavo*, caracterizado por la prevalencia de los principios de desmercantilización de los derechos sociales, entendida como la disminución gradual de la dependencia de estos del mercado, y el universalismo; componentes que comprenden por igual tanto a las clases medias como bajas. El grupo de países que lo comprenden (e.g. Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia), se caracteriza por tener a la socialdemocracia como la *fuerza motora* detrás de la serie de reformas sociales que se han llevado a cabo, así como por políticas emancipatorias centradas tanto en la familia como en el mercado; jugando este último un rol central en la garantía del pleno empleo y, en función de este logro, en las políticas de bienestar social. A la inversa de lo observado en el régimen conservador, en el que el Estado interviene ante el agotamiento o saturación de la capacidad de la institución familiar tradicional para asegurar la provisión de bienestar, en el régimen socialdemócrata los costos de la ayuda familiar se socializan (colectivizan). Bajo este marco, el estado de bienestar socialdemócrata garantiza transferencias directas a los menores de edad y asume responsabilidades, también

directas, sobre el cuidado y asistencia de dependientes como ancianos, niños, discapacitados y desamparados (Esping-Andersen, 1990).

Se trata de un régimen que más que implementar los dualismos entre clase media y clase trabajadora y entre mercado y estado, edifica un régimen de bienestar social que incentiva un modelo de igualdad de los más elevados estándares, en contraste con el de igualdad de las necesidades mínimas que se observan en los otros regímenes de bienestar. En consecuencia, Esping-Andersen entiende que el régimen así planteado, desemboca en una combinación de programas de inspiración universalista y de incentivos a la desmercantilización, de tal forma que la clase de trabajadores manuales pasa a gozar de idénticos derechos que las clases de servicio y rutina no manuales. En otros términos, todos los estratos sociales son incorporados bajo un sistema universalista de protección social, donde la provisión de beneficios se evalúa conforme a los ingresos habituales de los miembros de la sociedad (Esping-Andersen, 1990, p. 28). El rasgo más sobresaliente del régimen socialdemócrata radica en la búsqueda de fortalecer la relación entre bienestar y trabajo, un genuino compromiso por garantizar el pleno empleo, respecto al cual tenga lugar una alta dependencia de la provisión del bienestar social, una equivalencia de estatus entre el derecho al trabajo y derecho a la protección del ingreso y los enormes costes que suponen mantener un sistema de bienestar de corte solidario, universalista y desmercantilizador orientado a minimizar los problemas sociales y sus efectos y maximizar la renta y beneficios del ingreso (Esping-Andersen, 1990, p. 28).

En un trabajo algo más germinal, Esping-Andersen (1985) plantea la posibilidad de la existencia de una movilidad “políticamente inducible” las sociedades con régimen socialdemócrata, lo que constituye un reto para el argumento central de la teoría liberal defendida por los funcionalistas. En este sentido, la problematización cobra una relevancia que alcanza el punto de cuestionar si tal variación no es más que aparente e ilusoria entre las sociedades capitalistas. Los países que han adoptado el tipo de régimen socialdemócrata, en los que los partidos homónimos (socialdemócratas) constituyen las fracciones políticas dominantes tras la posguerra, se caracterizan por haber llevado a cabo un abanico de políticas sociales orientadas hacia la disminución de las desigualdades sociales que la economía de libre mercado produce (Esping Andersen, 1985). En *Changing Classes* (1993), Esping-Andersen profundiza en los procesos que dieron origen al régimen de bienestar socialdemócrata; en los casos de Dinamarca, Noruega y Suecia, la piedra de toque del régimen descansa en el desarrollo de una gobernanza socialdemocrática estable durante los años 30 y 40, que en Finlandia se dio tardíamente en los años 50. En su origen, el modelo de política social escandinava era bastante liberal, y en este sentido no se distanciaba

demasiado del legado que caracterizó al de Gran Bretaña, basado desde el siglo XIX en la caridad y ayuda a los pobres. Posteriormente, el modelo transiciona gradualmente hacia uno basado en la asistencia social para más tarde, durante el período que se extiende desde los años 40 a 60, hacerlo hacia programas de derechos y prestaciones sociales; no obstante, el universalismo continuó siendo bastante germinal en las primeras fases del régimen de bienestar social nórdico y alcanzado en fases de mayor maduración. El caso danés puede considerarse precursor con la puesta en marcha en 1981, de un modelo de asistencia a la vejez basado en la prueba de ingresos (*income test*) que se expandió más tarde al resto de las etapas del ciclo vital. Por su parte, el caso sueco fue pionero en la implementación de un modelo de seguro de pensiones de tipo universalista hacia inicios de siglo XX en el año 1913. Hacia los años 60, por impulso de Dinamarca y Suecia, los estados-nación operantes bajo el tipo de régimen de bienestar socialdemócrata, se convirtieron en “estados de administración y servicio”, caracterizados por la edificación de una extensa y abarcativa infraestructura de servicios y cuidados sanitarios, orientada específicamente a cubrir y atender las necesidades de la familia.

Otro rasgo representativo del régimen de bienestar socialdemócrata identificado por Palme (1990), que lo distancia de los regímenes liberal y conservador, reside en la sujeción de los derechos sociales a los propios individuos, derechos que se encuentran basados en la ciudadanía y no en la contribución —como sucede en el caso de las pensiones en Alemania y Reino Unido—, las necesidades demostradas o la relación laboral. El régimen de bienestar socialdemócrata se separa de otros regímenes con sistemas de protección social que guardan aspiraciones de universalismo (e.g. Reino Unido), por su propósito expreso de limitar una asistencia basada en las necesidades (*needs-based assistance*). En adicción, si se sigue la lógica de la comparación del régimen socialdemócrata con el liberal de Reino Unido, puede afirmarse que mientras este último se ha orientado a fomentar el bienestar privado, especialmente en pensiones y los servicios de cuidado, el primero se encamina deliberadamente a limitar la acción del mercado a fin de maximizar la igualdad (Esping-Andersen, 1999). Cuando en la década de 1950 las pensiones privadas a las ocupaciones comenzaron a proliferar con el fin de compensar la uniformidad de las pensiones públicas, los países escandinavos con régimen socialdemócrata, exceptuando a Dinamarca, respondieron con un sistema público secundario, mientras que Reino Unido, en idéntica situación, primero titubeo y luego, con el tiempo, permitió que fuese el mercado el que reinara (Esping-Andersen, 1999, p. 79).

En el régimen socialdemocrático, el bienestar se encuentra inevitablemente controlado por la dominancia del estado. Recientemente, se ha observado que

este régimen de bienestar, particularmente en el caso sueco, atraviesa tiempos difíciles que lo podrían hacer entrar en crisis. Algunas de estas dificultades han surgido en materia presupuestaria, llevando a los gobiernos bajo este régimen a reducir sus prestaciones y niveles de cobertura social, así como a la dilación de las prestaciones médicas por enfermedad, disminuir las tasas de remplazo, la fijación de criterios de focalización de poblaciones objetivo para las pensiones y el tiempo de percepción del subsidio de desempleo (Stephens, Huber y Ray, 1994). De estas medidas y transformaciones, la que más desvirtúa la esencia del régimen es la relativa a las pensiones, en cuanto que, mientras los cortes en el margen apenas afectan la esencia del régimen socialdemócrata, la implementación de una prueba de ingresos para las pensiones si lo hace, y esto porque implica un retroceso cualitativo del principio de universalismo a la vez que una distorsión del concepto de solidaridad de los riesgos (Esping-Andersen, 1999, p. 80).

Es posible evaluar la validez y vigencia de los regímenes de bienestar, siguiendo a Esping-Andersen (1999), a partir de dos factores que son característicos del régimen socialdemócrata —el tercero es la *desfamiliarización*—, como son la limitación de la *provisión de bienestar privado*, capturada a través de las pensiones privadas, y el *universalismo*. El régimen socialdemócrata se caracteriza por un universalismo sólido, fuerte y estadísticamente significativo, mientras que el bienestar privado resulta ser débil y nulamente significativo. En contraste, en el régimen liberal el bienestar privado resulta ser positivo y significativo, mientras que en el régimen conservador la probabilidad de una provisión privada de bienestar a través de pensiones, no se diferencia de la de una provisión universalista.

Un cuarto régimen de bienestar introducido tardíamente por Esping-Andersen (1999) en su clasificación, refiere a los países bajo un régimen *mediterráneo* o *familista*, que se caracteriza por guardar aspectos en común con el régimen conservador, como es el fuerte componente de familismo basado en la figura del varón proveedor de bienestar y protección social (*male bread-winner*), y una alta centralidad de la familia que, inspirada en el principio de subsidiariedad, deviene en la institución más fuerte en la provisión de los servicios de cuidado a sus integrantes. En los países comprendidos en el régimen mediterráneo (Austria, Italia, España, Grecia), existe el mandato legal instituido de que los progenitores sean responsables de su descendencia, y viceversa, en cuanto a sus necesidades. Las prestaciones de asistencia social estatal no suelen cubrir las necesidades de los adultos, siempre que sus progenitores puedan cubrirlas en su lugar. Como deja en claro Esping-Andersen, más allá de la obligación legal, existe una renuencia sistemática a ofrecer servicios de cuidado por parte del

estado, es decir, cuanto más familiarista resulta el estado de bienestar, menos generosa son las prestaciones familiares (Esping-Andersen, 1999, p. 83). En resumen, con relación a las transferencias familiares, con frecuencia son consideradas redundantes, en virtud de la práctica del salario familiar, y dado que el modelo asume al típico varón jefe de hogar como sostén de la familia, la provisión de ayuda a hogares de configuración atípica como los monoparentales femeninos tiende a ser residual (1999, p. 83).

Por otro lado, debe reconocerse que los criterios empleados para delimitar las fronteras entre los regímenes de bienestar, no siempre suelen ser acertados. Como reconoce el mismo Esping-Andersen, si se consideran atributos alternativos a los aplicados la clasificación se modifica, pudiéndose integrar nuevos regímenes de bienestar adicionales; como es el caso del cuarto régimen de bienestar mediterráneo o el conformado por los países del este asiático. Por otra parte, la clasificación de los regímenes de bienestar desarrollada por Esping-Andersen ha recibido diferentes críticas —estas y las refutaciones a las mismas se retoman más adelante en esta investigación— que enfatizan su supuesta naturaleza problemática. Entre estas encontramos la que subraya que la clasificación se basa en el argumento de la experiencia del varón proveedor jefe de familia, desconociendo, omitiendo o siendo indiferente a la cuestión de género.

Retomando el hilo de lo expuesto, el régimen de bienestar familista característico del sur de Europa, se encuentra, según Leibfried (1992), limitado a un único programa, el de la asistencia social, cuya naturaleza resulta ser extremadamente residual, constituyendo la cara fuerte del familismo. A diferencia de otros regímenes, insiste el autor, la asistencia nunca fue actualizada ni expandida por dos razones fundamentales, a saber, que se asume que legalmente es la familia la institución a la que le corresponde la provisión de la ayuda social y que la misma suele ser muy exitosa en dicha función (como se cita en Esping-Andersen, 1999, p. 90).

Existe una segunda corriente y posición antagónica a la teoría liberal, que defiende la tesis de las variaciones en las tasas de movilidad entre países y considera que esta tiene lugar a consecuencia de factores intrínsecamente políticos (posición *política*). Los estudios de Parkin (1969, 1971, 1974, 1978) basados en los países de la Europa del Este de la posguerra, se inscriben en esta perspectiva. Parkin opone a los argumentos de los teóricos liberales que defienden la promesa de altas tasas de movilidad social derivadas del proceso industrializador, un argumento basado en la democracia liberal y sus fuerzas económicas e industrializadoras internas; frente a la idea de que solo las sociedades capitalistas, en contraste con las de regímenes socialistas, experimentan un crecimiento y firme estabilidad económica que conduce a la consolidación de flexibilidades

políticas y estructurales, que a su vez demandadas por el propio proceso de desarrollo económico e industrial dan lugar a una mayor fluidez social (movilidad relativa de clases), Parkin argumenta que la rigidez características de las sociedades socialistas, así como la predominancia de mecanismos ideológicos en lo social y económico, fueron parte solo de una primera fase embrionaria de dichas sociedades, que más tarde cedieron paso a mecanismos basados en criterios tecnológicos y de racionalidad económica.

Parkin (1974) entiende que se han superado los procesos de selección social característicos de la fase de “reconstrucción socialista”, los cuales son trascendidos al transformarse las consideraciones ideológicas. De ahí que para el autor resulte difícil afirmar que en las sociedades socialistas tuvo lugar una pauta distintiva de movilidad social y sobre la base de la evidencia ofrecida tan solo para dicha fase. Por el contrario, lo que puede ser afirmado con suficiente fundamento, entiende Parkin, es que los teóricos liberales subestimaron las diferencias entre las sociedades socialistas y capitalistas en lo relativo a la influencia diferencial de los factores ideológicos e institucionales sobre los patrones de movilidad social, lo cual conduce a su diferenciación en uno y otro régimen político tras la Segunda Guerra Mundial. En otras palabras, en las sociedades socialistas, sostiene Parkin (1974), la reproducción intergeneracional del capital económico (patrimonio) y cultural es más baja, como resultado de una menor propensión a legarse el capital a las nuevas generaciones pertenecientes al mismo estrato social, lo que conduce a que las posiciones más altas, en la cumbre de la estructura de clases sociales de las sociedades socialistas, tiendan a reclutar más desde posiciones de clase más bajas en comparación con las clases altas y medias respecto a las bajas de las sociedades capitalistas. Aledañamente, las distancias que separan a los obreros manuales de los trabajadores no manuales en materia de desigualdad retributiva y calidad de vida, resultan ser menores en las primeras respecto a las segundas.

Como precisa Erikson y Goldthorpe (1993), Parkin formula la hipótesis de que en las sociedades con regímenes socialistas respecto a las de regímenes capitalistas, la transmisión intergeneracional de la propiedad privada y riquezas desempeñan un rol menos preponderante en la determinación de las oportunidades de movilidad y reproducción social. En los regímenes socialistas, la propiedad privada y productiva son sometidas a férreos controles, así como la movilidad intraclase de corto alcance entre posiciones profesionales, administrativas y directivas ocurre de una forma más frecuente y exclusiva en comparación con el modo en que acontece en las naciones de régimen capitalista, al tener lugar con base en un capital cultural que como tal resulta más difícil de transmitir (heredar) a la descendencia que otros tipos de capitales. Sobre

esta base puede afirmarse que, en la perspectiva de Parkin, la *intelligentsia* de las sociedades socialistas representa un estrato superior relativamente más permeable que la burguesía y la *middle class* de las sociedades capitalistas de Occidente (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 17). Como apunta el mismo Parkin, la relación entre la capacidad individual y los estándares de desempeño, es distorsionada por la transmisión de lo que Bourdieu (1973) denomina “capital cultural” a lo largo de las líneas de parentesco, por lo cual las selecciones de clase mediante examinación (evaluación) de resultados y logros certificados, intencionalmente o no, derivan *de facto* en una exclusión colectivista y reproducción de clase (Parkin, 1974, p. 7). La esencia de la visión liberal es que las reglas de exclusión se ajustan a las normas de la justicia, solo en la medida en que tengan éxito en la discriminación entre los individuos sobre la base de las capacidades y desempeños que resultan ser no atribuibles a los hechos de la herencia social (Parkin, 1974, p. 8).

Un aspecto adicional a destacar de los trabajos de Parkin con relación a las oportunidades de movilidad social reside en su interpretación de los *sistemas de recompensa* que desplegaron los Estados de los regímenes socialistas respecto a los capitalistas; sistemas que generan una mayor aproximación entre los ingresos y estilos de vida de las capas de los trabajadores no-manuales y los manuales. Entre los impactos que estos sistemas producen sobre la movilidad de clase social, bajo los regímenes socialistas frente a los capitalistas, Parkin identifica el de una competencia más equitativa entre la descendencia de los trabajadores manuales y no-manuales en cuanto a los recursos materiales de origen (familiares) que poseen. Como también lo señalara Erikson y Goldthorpe (1993), estos sistemas de recompensa afectan hasta los niveles de ambición, que se vuelven más comparables entre la progenie de ambos sectores de trabajadores (no-manuales y manuales), exhibiendo las sociedades con régimen socialista frente a las capitalistas, una menor “diferenciación normativa” intraclasses (a lo largo de las líneas de clase). De modo que, en las sociedades con regímenes socialistas, o próximas a este, los/as hijos/as de trabajadores manuales no buscarán, como suele ocurrir en las capitalistas, un mero acceso al nivel más bajo de las ocupaciones no-manuales, sino que tendrán por objetivo el logro de un nivel de educación superior para acceder a posiciones dentro de la *intelligentsia* (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 17).

Las tasas de movilidad social resultan divergentes más que convergentes entre los países de régimen socialistas y los de régimen capitalista, mostrando características particulares en cada uno de ellos, como es la preeminente movilidad de largo alcance (*large-scale mobility*) en los países socialistas, que representa aquellos movimientos que tienen lugar en gran cantidad a través de todo

el rango de la jerarquía de posiciones de clase y no solamente en el reemplazamiento de efectivos en los marginales de clase, en contraste con la movilidad de corto alcance (*short-range mobility*) predominante en las sociedades capitalistas (Parkin, 1971, p. 157). Este diferencial que habla de una divergencia en la naturaleza y características de las pautas de movilidad entre regímenes, hunde raíces en la diferenciación entre lo que Parkin denomina “clases de designación” (*classes of nomination*) y “clases de reproducción” (*classes of reproduction*). El contraste entre uno y otro tipo de clases se apoya, en la diferencia entre una orientación hacia las normas de exclusión de tipo individualista y otra de tipo colectivista. Diferencia que afecta a los criterios y procesos de selección, sucesión y reclutamiento de las clases sociales, así como a los medios de supervisión y seguimiento del acceso a los recursos sociales, bienes y servicios públicos.

De acuerdo con Parkin, la iglesia medieval y el Partido Comunista de la Unión Soviética, ofrecen ejemplos de grupos dominantes cuyos criterios de selección y exclusión están diseñados para garantizar la continuidad a través de la designación de agentes sustitutos adecuados, en lugar de la transferencia de posiciones y puestos a amigos y parientes. Las clases de designación son el producto de las reglas de exclusión que singularizan los atributos específicos de los individuos, en lugar de los atributos generalizados de los colectivos sociales. Por el contrario, las prácticas de exclusión centradas en las cualidades colectivamente definidas de las personas, resultan ser estrategias de cierre social, usualmente adoptadas por las clases de reproducción, desde que el énfasis en el grupo frente a las características individuales constituye el modo más efectivo de legar privilegios a los *proprios*, sea que estos son definidos por el linaje, color, religión, idioma o lo que sea (Parkin, 1974).

La tercera posición dentro de la tesis de la variación de los regímenes de movilidad entre naciones, es la denominada *culturalista*, dentro de la cual es posible diferenciar dos líneas de desarrollo de la llamada *tesis del excepcionalismo*, o excepcionalismo nacional, en cuanto a movilidad de clase social refiere. El argumento central de esta tesis sostiene que la sociedad industrial surgida en los Estados Unidos de América (EUA), se caracteriza por ser más móvil y abierta que las naciones industrializadas más antiguas del continente europeo. Las tasas de movilidad social más elevada que se observan en la sociedad norteamericana respecto a las europeas, es explicada por los simpatizantes de esta tesis a partir de lo que denominan “modo de vida americano” (*american way of life*), en el que intervienen factores y elementos históricos diferenciales, entre los que destacan “la ausencia de instituciones y tradiciones feudales, práctica de unas relaciones interpersonales escasamente basadas en la sumisión, extensión de la idea de

la posibilidad de éxito material para cualquier ciudadano, etc.” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 111).

El mismo Marx advirtió de los elevados niveles de movilidad que registraba la sociedad estadounidense hacia mediados del siglo XIX los que, desde su propia perspectiva, resultaban ser transitorios, provisionales y con tendencia a desaparecer, una vez que se trascendiera la frontera de desarrollo industrial a gran escala. Los aportes de Tocqueville también contribuyeron a fijar la atención en la sociedad estadounidense y su particular sistema de estratificación. Trabajos más cercanos en el tiempo se alinean con las observaciones de estos dos clásicos de la sociología, como lo es el estudio de Blau y Duncan (1967), en el que más allá de defender con inspiración liberal funcionalista la tesis de la tendencia a la convergencia (homogenización) de los patrones de movilidad entre las sociedades industriales avanzadas, sostiene, no obstante, que los altos niveles de movilidad social de la sociedad estadounidense, deben ser entendidos como el resultado del desarrollo avanzado de la industrialización más que como el resultado de circunstancias particulares de la historia del país.

Otras sociedades han sido consideradas por la posición culturalista como casos confirmatorios de la tesis del excepcionalismo nacional y en términos de igualdad de oportunidades de movilidad social que ofrecen a sus miembros como resultado de una cultura que, junto a las circunstancias históricas en la que se nace, deviene en favorable. Es el caso de la República Federal Alemana (RFA), que es presentada como una sociedad de una apertura excepcional para la movilidad social, sobre la base de la separación cultural que experimentó tras la Segunda Guerra Mundial y de las secuelas que esta dejó, esto es, de la destrucción de la antigua definición del orden estatuario de la sociedad alemana y de sus formas institucionales jerárquicas, dando lugar a la aparición del nuevo espíritu de igualdad democrática que se consagró en la Constitución (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 15).

Si bien no resulta frecuente entre los defensores del excepcionalismo nacional, encontrar quien afirme que este tiene lugar para las tasas de movilidad más bajas, Olson (1982) ha afirmado que el caso de Reino Unido presenta niveles excepcionalmente bajos y estancados de movilidad social tras haber pasado la fase de su primera industrialización, en la que sí evidenció una apertura social en términos de movilidad social más elevada que la observada en la Europa continental. Este cambio en las pautas de movilidad social de Reino Unido responde, entiende Olson, a la relativa tranquilidad de la historia británica moderna, esto es, que mientras en el continente europeo, como el caso alemán lo ilustra, los patrones de la cultura preindustrial e instituciones asociadas han sido efectivamente desmanteladas por dos siglos de revolución, guerra, totali-

tarismo, derrota militar, y ocupación enemiga (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 15), la vida del caso británico se caracterizó por una singular estabilidad desde principios del siglo XVIII, que permitió que muchos valores y actitudes propios de la fase preindustrial se mantuvieran más o menos inalterados, así como una acumulación a largo plazo de las asociaciones de defensa y prácticas restrictivas por parte de grupos y estratos más privilegiados (1993, p. 15). A este respecto, Olson (1982) se refiere a la preponderante influencia de las escuelas públicas y las universidades más antiguas sobre los niveles superiores de educación, así como a la magnitud con que los sindicatos de trabajadores manuales y cuerpos de profesionales logran regular los mecanismos de contratación.

La hipótesis de la excepcionalidad nacional de Reino Unido formulada por Olson (1982), viene a cubrir un vacío en la explicación de los factores que dieron lugar al crecimiento de los países de Occidente. Como el mismo autor señala, este crecimiento se explica en los manuales y libros de historia, pero muchas veces con apelaciones a explicaciones monocausales. Las explicaciones “estándares” no proporcionan, asegura Olson, una perspectiva completa, sino más bien una de tipo convincente para el desarrollo experimentado por Occidente y, mucho menos aún, para el acaecido en casos específicos como el de Reino Unido durante la Revolución Industrial, o el de Francia y Holanda durante su revolución comercial. En consecuencia, concluye Olson, algo relevante debe haber sido dejado fuera, por lo cual, una de las preguntas que deben realizarse es ¿qué fue omitido o pasado por alto en las explicaciones convencionales? O más precisamente ¿qué ha sido dejado de lado que resulta ser tan crucial que no es posible alcanzar una explicación satisfactoria sin ello? (Olson, 1982, p. 2).

La hipótesis de la excepcionalidad nacional de Reino Unido, en acuerdo con lo señalado por Erikson y Goldthorpe (1993), resulta de especial interés en la medida que constituye una derivación de la teoría más amplia de las *rigideces sociales* y formula una objeción a la teoría liberal, que resulta más poderosa que la derivada de la tesis de la excepcionalidad norteamericana que se limita a la confirmación de la existencia de casos (países) cuyo régimen de movilidad se considera desviado, excepcional y no convergente. Si bien Olson acoge la idea impulsada por la teoría liberal de que una economía moderna con un buen funcionamiento deriva en altas tasas de movilidad y apertura social, discrepa respecto a que dicho funcionamiento vaya a prevalecer en el tiempo. Antes bien, lo que Olson observa es que las sociedades industriales avanzadas muestran una fuerte variación en los estándares de su rendimiento económico, lo que le conduce a interpelar la lógica funcional, teleológica y modernizadora que los teóricos liberales consideran consustancial al proceso de industrialización. El objetivo del estudio de Olson (1982), puede resumirse como encaminado

a mostrar cómo los individuos y las colectividades, siempre son propensos a resistir al cambio y actuar en favor de sus propios intereses, bajo formas que, intencionadamente o no, promueven la rigidez social y otros tipos de rigideces que culminan perjudicando el bienestar social de la sociedad en su conjunto. De ello se desprende que ninguna tendencia de desarrollo que resuelva estos problemas de forma automática es factible de ser asumida. Por el contrario, el mero paso del tiempo consigue, en la ausencia de factores de alteración, que sean los patrones culturales lo que se afiancen, así como la acumulación e intensificación de las rigideces sociales. En la teoría de Olson, el Reino Unido constituye un “caso excepcional”, porque se ha llegado a un extremo en el que la historia moderna de ese país ha generado escasos trastornos sociales (Erikson y Goldthorpe, 1993).

Estudios incluso más recientes, como el de Beller y Hout (2006), ofrecen sustento a la tesis de existencia de una correspondencia entre los regímenes de bienestar y regímenes de movilidad social. Sabemos por su estudio que, países con regímenes de bienestar social con perfiles de corte socialdemócrata, a diferencia de los de corte liberal, conservador o una hibridación entre ambos, exhiben una asociación más débil de determinación de las posiciones de clase de origen (O) sobre los destinos de clase (D). En su análisis, Beller y Hout (2006) advierten cómo las políticas sociales y educativas contribuyen diferencialmente según los regímenes de bienestar social a reducir la relación de determinación de los orígenes sobre los destinos sociales —con mayor fuerza constatada en el de corte liberal—, relación que de otro modo hubiese sido mucho más fuerte. Adicionalmente, otra contribución relevante del trabajo de Beller y Hout (2006), es la comprobación de que un mayor acceso a la educación como al empleo, no necesariamente se asocian con una mayor igualdad de oportunidades para experimentar movilidad de clase social. De igual modo, la evidencia reunida en su estudio, resulta ser escasa y débil para poder afirmar que la igualdad de oportunidades educativas guarda una relación de determinación fuerte y directa con la igualdad de oportunidades ocupacionales.

1.4. La posición de los teóricos liberales de la industrialización

En torno al debate a que da lugar la *teoría liberal de la industrialización* (IV), se agrupan los trabajos pioneros de Parsons (1968, 1988) y Treiman (1970). También puede incluirse aquí el trabajo de Blau y Duncan (1967). La tesis que sustenta esta perspectiva de la estratificación y movilidad social, afirma que las sociedades industrializadas respecto a las no industrializadas o preindustrializadas, tienen tasas de movilidad social (absoluta y relativa) más altas. Esta pers-

pectiva ha formulado una serie de tesis menores asociadas a la industrialización; a) la industrialización produce una tendencia hacia una movilidad social ascendente que predomina sobre la descendente, b) las oportunidades de movilidad social son más igualitarias respecto a las sociedades no han transitado el proceso, debido a que la competencia es más igualitaria entre individuos de diferente origen social para alcanzar, o evitar, una posición de clase social determinada, c) produce sociedades más abiertas en términos de movilidad social, d) genera mayor homogeneidad entre países, resultado de la tendencia al incremento del grado de igualdad de oportunidades y de las tasas de movilidad a medida que las sociedades se van industrializando, e) y produce una creciente relevancia de la educación y una decreciente del origen social, en la determinación de los destinos sociales. El sistema educativo comienza a ejercer una mayor influencia en las tasas de movilidad social mediante sus funciones de socialización, formación y selección, basadas en la igualdad de oportunidades y criterios meritocráticos más que en componentes adscriptivos asociados al origen social. Esta perspectiva asume al régimen de bienestar liberal como el caso que mejor representa sus formulaciones.

Conviene discutir los argumentos provenientes de la tesis de la industrialización que dan sustento a los presupuestos funcionalistas de la movilidad social recién apuntados. En este sentido, se rescatan los trabajos de Erikson y Goldthorpe (1993), Grusky (1982) y Parsons (1980, 1990), en los que se desarrollan detallados tratamientos de la tesis de la industrialización. En primer lugar, la tesis sostiene que la industrialización conlleva una separación entre el *mundo de la producción* y el *mundo de la familia*, otrora fuertemente vinculados en las sociedades preindustriales, lo que producía una mayor influencia de los orígenes sociales sobre las posiciones de clase de destino predeterminando la asignación de roles productivos. La dinámica de un desarrollo racional de la tecnología y los procesos de mejoría de los niveles de empleo que derivan de la industrialización, transforman la estructura de la *división social del trabajo*, que verá aumentar su grado de diferenciación orientándola al logro de mayores niveles de competitividad y eficiencia y dando por resultado la escisión entre familia y producción; separación que conduce a la reducción de las oportunidades de herencia (reproducción social) intergeneracional de las ocupaciones de padres a hijos. El desarrollo económico que acompaña al proceso de industrialización, produce una mudanza desde los criterios *adscriptivos* y valores particularistas apoyados en la esfera familiar, hacia criterios *meritocráticos* de logro diferencial y valores universalistas basados en procesos racionales de selección (e.g. eficiencia) como principios fundamentales de empleabilidad.

Por otro lado, dada la nueva configuración de la economía de las sociedades industrializadas, tres funciones de las instituciones educativas pasan a ser centrales tras la disminución de la función familiar en la educación, ahora demandada por el sistema económico para desarrollar los “nuevos” roles productivos. Las instituciones educativas comienzan a ejercer la función de preparar *moralmente* a los educandos en lo relativo a una educación comportamental y conductual requerida por el mercado de trabajo, pero también en lo relativo a conocimientos asociados a habilidades básicas, asimilación de conocimiento abstracto, informal, empírico e instrucción tecnológica (Parsons, 1990, p. 180). Conjuntamente a la función instructiva, la escuela ejerce una función resocializadora, encaminada a la formación de valores comunes que neutralizan las distancias sociales producto del origen de clase. Esta neutralización de las diferencias sociales que logran las instituciones educativas es vista por Parsons como una vía de conformación de una “nueva identificación, proporcionando al niño una estructura de su identidad fundamental, la cual se distingue de su identidad de origen asignada en tanto que hijo o hija de una familia determinada” (Parsons, 1980, p. 58).

La tercera función de la escuela en las sociedades industrializadas consiste en la selección y distribución desarrollada con arreglo al mérito de los educandos. De acuerdo con lo señalado por Erikson y Goldthorpe, esta función de la escuela es el correlato al cambio que se experimenta hacia los *mecanismos racionales* de selección social, que supone una traslación desde la adscripción (*ascription*) hacia el logro diferencial (*achievement*) como criterio rector y conlleva a que lo que realmente cuente sea lo que los individuos pueden *hacer* más que lo que pueden *ser* también en el ámbito educativo (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 6). Grusky lo traduce como la apertura que experimenta la sociedad industrial hacia las oportunidades para la movilidad social, que se soporta por “una transición hacia una asignación meritocrática que responde a los requerimientos funcionales de la sociedad industrial” (Grusky, 1983, p. 486).

En el marco de la explicación que ofrece la perspectiva liberal de la industrialización a las diferencias en materia de movilidad social entre las sociedades industriales y las preindustriales, Erikson y Goldthorpe (1993) enfatizan la relevancia que juegan los trabajos de Blau y Duncan (1967) y Treiman (1970), sobre todo en su función de reafirmación y difusión de los argumentos funcionalistas de la posición liberal. Treiman (1970) definió las relaciones y pautas que tienen lugar entre las dimensiones del modelo de logro de estatus, condensadas en el logro educativo, prestigio ocupacional de los/as hijos/as y origen social. Por su parte, Blau y Duncan (1967) establecieron la tendencia hacia el aumento de la movilidad social (ampliación del universalismo). De acuerdo con Carabaña

(1990), lo original de la contribución de estos autores es el modelo de logro de estatus apoyado en las siguientes hipótesis: (a) en las sociedades industriales la influencia entre el estatus de origen (padres) y el de destino (hijos/as) se debilita; (b) en las sociedades industriales se robustece el vínculo entre educación y prestigio ocupacional; y (c) en las sociedades industriales se incrementa la movilidad tras atenuarse la influencia del estatus de los padres sobre el prestigio de los/as hijos/as (1990, p. 40).

Con base en las conexiones que Blau y Duncan y Treiman desarrollaron sobre las relaciones entre movilidad e industrialización, Erikson y Goldthorpe distinguen tres tipos diferentes de efectos (*estructural*, *procesual* y *composicional*) en la tesis funcionalista de la movilidad social. Respecto al efecto *estructural*, resulta de la progresiva diferenciación laboral, creciente división del trabajo y avance tecnológico. En las sociedades industriales, como señalan Erikson y Goldthorpe, el dinamismo del desarrollo tecnológico deriva en constantes y veloces transformaciones de la estructura de la división social del trabajo, aumentando su grado de diferenciación. En el planteamiento del efecto estructural, el aumento de la diferenciación da lugar a altas tasas de movilidad social intergeneracional (generación tras generación) e intrageneracional (a lo largo del curso de vida en la misma generación), así como a una redistribución de la población económicamente activa (PEA) requerida por la sociedad industrial que estimula la movilidad. La redistribución de la población activa en el paso de la sociedad preindustrial a la industrial se caracteriza por movimientos desde el sector económico de los trabajadores del agro (agropecuaria, agricultura, etc.) al de los trabajadores manuales (industria manufacturera) y desde este último al sector de trabajadores de servicio, así como por movimientos entre diferentes tipos de industrias y ocupaciones (Erikson y Goldthorpe, 1993).

El cambio en la estructura de la división social de trabajo en la sociedad industrial se explica tanto por la expansión del sector servicios de la economía, que impulsó el crecimiento de las actividades burocráticas, específicamente las vinculadas a las posiciones de gerencia y administrativas, como por el crecimiento de los volúmenes de producción basados en una lógica económica racional. A la par, como señala Erikson y Goldthorpe, si bien tuvo lugar la caducidad de algunas destrezas y habilidades requeridas por la sociedad preindustrial, otras nuevas emergieron, dando por resultado un aumento en la demanda por mano de obra profesional y técnicamente calificada, en desmedro de la de mano de obra para ocupaciones obreras y de rutina (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 5). El crecimiento de la clase media, el aumento de la movilidad ascendente, o al menos, la tendencia hacia una mayor probabilidad de que esta ocurra, respecto al descenso social intergeneracional como intrageneracional, y el mejoramiento

constante de las oportunidades de “éxito”, son rasgos que caracterizan a las sociedades industriales (Clark, 1957; Landes, 1965; Kuznets, 1966; Rostow 1960, como se cita en Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 6).

Los efectos *procesuales*, por su parte, refieren a la transformación de la estructura de oportunidades a partir de la influencia que ejerce la industrialización sobre los procesos de asignación de posiciones a los individuos en la estructura de la división del trabajo. Este proceso se asienta en el cambio en los mecanismos de selección social, que como se indicó previamente, pasan de estar basados en criterios de adscripción a criterios de logros y méritos, y una demanda de trabajadores altamente calificados que reafirman e intensifican la expansión educativa; generalmente acompañada de una generación de reformas educativas que expanden las oportunidades de acceso al sistema de enseñanza para los sectores de diferentes orígenes sociales. Por consiguiente, los efectos procesuales de las sociedades industriales, se caracterizan por la predominancia del criterio de selección racional meritocrático, la expansión de la provisión educativa, el debilitamiento de la influencia de los orígenes sobre los destinos sociales y la apertura de la sociedad en términos de mayor igualdad en la distribución de oportunidades para la movilidad social relativa (fluidez social). Una serie de factores adicionales del industrialismo a los que se refiere Erikson y Goldthorpe, ejercen un efecto debilitador de la fuerza de la asociación entre orígenes y destinos de clase, entre los que cabe destacar, el desarrollo de la comunicación de masas y medios de información, orientados a ampliar los horizontes y aumentar las aspiraciones, los procesos de urbanización e incremento de la movilidad geográfica y el mejoramiento en la igualdad de ingresos y nivel de vida (*equality of outcome*), el cual aumenta la disponibilidad de medios y recursos requeridos para la consecución exitosa de logros de clase (1993, p. 6).

Finalmente, los efectos *composicionales*, refieren al diferencial existente en el procedimiento de selección social, donde el acento estará puesto en un criterio adscriptivo en los sectores y formas organizacionales económicas en declive conformadas por actividades agrarias, el taller doméstico, los emprendimientos a pequeña escala y la empresa familiar, al tiempo que el criterio meritocrático prevalecerá en los sectores económicos en expansión, como son el de servicios y la industria manufacturera con dotación tecnológica avanzada. Los efectos composicionales de la movilidad, tienen lugar en la medida que aumenta la cantidad de población que se incorpora al nuevo régimen de movilidad de la sociedad industrial, convirtiendo en sectores y áreas de actividad económicas marginales a aquellas que se le resisten (Erikson y Goldthorpe, 1993). El esfuerzo de síntesis de los efectos de las teorías funcionalistas que realiza Erikson y Goldthorpe, es

posible conjugarlo con la esquematización desarrollada por Echeverría Zabalza (1999), cuando este último indica que:

- ❖ En primera instancia, el desarrollo productivo y tecnológico acompañado de un aumento del sector servicios restringen las ocupaciones obreras rutinarias, dando lugar a la expansión de las ocupaciones técnico-profesionales y administrativas propias de la organización burocrática; los procesos de avance tecnológico y el progresivo aumento de la división social del trabajo, generan los *efectos estructurales* de las sociedades industriales que dan lugar al crecimiento de las clases medias —o a lo menos, como señalan Erikson y Goldthorpe, de una “masa media” (*middle mass*) (1993, p. 6)— y prevalencia del ascenso social sobre el descenso (Echeverría Zabalza, 1999, p. 94).
- ❖ El cambio de criterios en la selección social basada ahora en el valor meritocrático, la emergencia de los medios de comunicación de masas y los procesos de migración interna campo-ciudad (urbanización), atenúan la influencia de los orígenes sobre los destinos sociales, sugiriendo una mayor apertura de la sociedad industrial (*efectos procesuales*).
- ❖ En la sociedad industrial, los *efectos composicionales* son un resultado del diferencial de criterios aplicados en la selección social racional según los sectores de la economía; en los sectores en fase de obsolescencia predomina la selección por adscripción, mientras que en los de vanguardia y en expansión lo hace la selección por logros. Este efecto ejerce una influencia considerable sobre los regímenes de movilidad social de unos y otros sectores, pudiéndose alterar considerablemente (1999, p. 94).

Las interpelaciones y objeciones a la teoría liberal de la industrialización no se hicieron esperar, siendo incluso más enfáticas que las dirigidas a las *teorías de la reproducción y la correspondencia*. A la tesis defendida por los teóricos liberales se le critica su incursión en dos tipos de sesgados de generalización. El primero de ellos, vinculado a la generalización de una época y situación concreta, a todo tiempo y lugar, mientras que el segundo refiere a la vinculación que se hace de aspectos particulares de la realidad al conjunto de la misma. Concomitantemente, con la objeción que se le realiza a la teoría de los diferentes regímenes de movilidad, a la posición de los teóricos liberales se le critica su visión reduccionista de la sociedad y la historia, compartiendo con la *teoría de la similitud entre naciones* la crítica por recurrir a una perspectiva lineal y teleológica de la evolución de las sociedades. Finalmente, se le objeta el hecho de dar tratamiento a las ocupaciones en términos de variables continuas de tipo ordinal, de modo

que se omite la especificidad de las ocupaciones mismas, transformándolas en meros agregados estadísticos (Boado, 2008, p. 27).

1.5. Las tesis de los teóricos de la proletización como respuesta a las posiciones teóricas liberales

La respuesta a los teóricos liberales desde la teoría de la proletarización (V) es contundente y se basa en la concepción de Marx sobre la historia de las sociedades, las que se define como la historia de la lucha entre dominadores y dominados, opresores y oprimidos, la historia de la lucha continua de las clases antagónicas (Marx y Engels, 1974, p. 72). La sociedad capitalista a la que conduce el proceso histórico de acumulación de capital, conduce al aumento y empobrecimiento del proletariado, consecuencia tanto de la concentración progresiva del capital que reduce y enriquece la clase capitalista, como del creciente desposeimiento de los medios de producción que expande y pauperiza a la clase obrera. En este contexto, es que Marx anticipaba la radicalización del antagonismo de clase (polarización) entre clase obrera (proletariado) y clase de la burguesía (Marx, 1976, Libro I, sección VII, p. 407). Es en la sociedad capitalista que Marx prevé que la desigualdad y carencia de libertad se consagran como “igualdad” y “libertad” (Marx, 1976, p. 187), en otras palabras, es en el capitalismo que los miembros de la sociedad enfrentarán condiciones desiguales, además de profundamente antagónicas. Precisamente, será en las sociedades capitalistas que se cumple la desigualdad de resultados (*inequality of outcome*) como consecuencia de las posiciones contradictorias que los individuos ocupan en la lucha de clases, lo que se opone sustancialmente a la aclamada igualdad de oportunidades (*equality of opportunity*) sostenida por la teoría liberal del industrialismo.

La polarización de clases opera como vehículo conductor hacia el agudizamiento del conflicto de intereses de clase social en la perspectiva de Marx, esto es, hacia una mayor conciencia de las condiciones de explotación entre los proletarios, dando lugar a las condiciones necesarias para el vencimiento del capitalismo y el surgimiento de la sociedad socialista con un poder detentado por la clase trabajadora. Ante este tipo de interpretación del capitalismo de raíz marxiana, es que reaccionan los teóricos funcionalistas de la década de 1950 y 1960, oponiéndole una concepción del cambio social no polarizante, sino hacia la difuminación de las clases propiciada por una mayor apertura social (creciente movilidad social y ascenso social) propia del avance industrializador. En lugar de tornarse más desigual, la sociedad de los teóricos liberal-funcionalistas deviene en más igualitaria, con una progresiva similaridad del conjunto de las

sociedades industriales. Los efectos del industrialismo contribuyen, por tanto, a la reducción paulatina de las distancias sociales inscriptas en el origen social, así como al debilitamiento de las contradicciones de clase en el devenir histórico hasta alcanzar su esfumación (Echeverría Zabalza, 1999, p. 104).

Durante los años 70, los teóricos marxianos generaron prolíficos análisis de clase social como reacción a las teorías funcionalistas del cambio gradual hacia las sociedades industriales. Bajo la égida de la fuerte influencia de la teoría estructuralista, los análisis inspirados en Marx se enfocaron principalmente en el problema de cuáles deberían ser los criterios adecuados para lograr determinar las posiciones de clase (*class locations*) y sus límites (*class boundaries*). Sin embargo, la temática y problema de la movilidad social, como matiza Echeverría Zabalza, no ha llamado considerablemente la atención de los teóricos marxianos, y esto muy posiblemente por ser visto el problema como “un elemento propio del bagaje teórico funcionalista, que era utilizado como arma arrojada contra las posiciones marxistas” (1999, p. 105). Retomando el interés de los teóricos marxianos por delimitar las posiciones y fronteras de clase, algunos autores han criticado las dificultades que supone para esta perspectiva, la definición del posicionamiento de la clase de los trabajadores asalariados de cuello blanco —cuya expansión fue resaltada por los teóricos liberales—, así como la necesidad del esclarecimiento de la cuestión de la relación entre *acción de clase* y *estructura de clase* relegada a un segundo plano frente a la preocupación por la cuestión de las alianzas de clase y la estrategia socialista (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 9).

En este sentido, la pérdida de interés en la movilidad social por parte de los científicos marxianos, se explica con base en el fundamento de que era considerada como no susceptible de problematización y debate, en virtud de que la relación entre acción de clase y estructura de clase se encontraba predeterminada, mientras que se trata de un asunto meramente axiomático el que los *agentes* fueran los portadores de los intereses de clases y de las fuerzas implícitas en sus posiciones estructurales (1993, p. 9). Resulta aclaradora la posición de Poulantzas, quien fundamenta el bajo interés por la movilidad social subrayando “la inanidad de la problemática burguesa de la movilidad social, recordando simplemente que el aspecto fundamental de la reproducción de las relaciones y clases sociales no es el de los agentes, sino el de la reproducción de los puestos de clases” (Poulantzas, 1998, p. 264). El fenómeno de la movilidad social es empírica y teóricamente descartado, en el primer caso por su escasa importancia otorgada en ese momento, mientras que en el segundo por considerarse relevante solo como “problemática burguesa” (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 10). En la perspectiva marxiana estructuralista de Poulantzas, resulta

indiscutible que “aun en el supuesto *absurdo* de que de la noche a la mañana (o de una generación a otra) todos los patronos ocupasen los puestos de obreros y viceversa, no habría cambiado nada *esencial* en el capitalismo” (Poulantzas, 1998, p. 32) y ello en la medida que “siempre habría *puestos* de burguesía y de proletariado, lo que constituye el viso fundamental de la reproducción de las *relaciones capitalistas*” (1998, p. 33). Cachón cuestiona esta posición, afirmando que resulta indiscutible que más allá del supuesto *absurdo* sobre el que Poulantzas desarrolla su fundamentación, en la que apela a la metáfora schumpeteriana de entender las clases sociales como autobuses u hoteles más que como compartimentos estancos, por cuyas entradas y salidas se renuevan sus miembros, algo *esencial* si cambió con el capitalismo (1989, p. 10).

Lo efectivamente relevante no sería el tema de la movilidad social, problemática fútil y burguesa, sino el de la reproducción ampliada de las posiciones de clase y las relaciones sociales de producción. Para comprender la reproducción ampliada de las clases sociales, hay que distinguir entre dos facetas de la misma que se encuentran estrechamente vinculadas. Por un lado, retomando a Poulantzas, se encuentra la reproducción ampliada de las posiciones en que se ubican los agentes, mientras que, por el otro, se tiene la reproducción y distribución de estos entre dichas posiciones. Con respecto a esta última, la reproducción de los agentes, Poulantzas afirma que “engloba como momentos de un mismo proceso, la *cualificación-sometimiento* de los agentes, de tal manera que puedan ocupar los lugares, y la *distribución* de los agentes entre estos lugares” (Poulantzas, 1973, p. 99) y será precisamente poniendo en relación esos dos momentos de la reproducción “el de los *lugares* y el de los *agentes*, [que] puede comprenderse la intrascendencia de la problemática burguesa de la movilidad social” (1973, p. 100). Este aspecto será también abordado por Echeverría Zabalza (1999, p. 106), quien precisa a propósito de las posiciones marxianas, que el reparto de los agentes a las posiciones de clase se encuentra en función de la propia reproducción ampliada de esas mismas posiciones de clase, por lo que la movilidad social de clases no tendría sentido y lo que existiría en su lugar serían desplazamientos de los agentes entre lugares dentro de la misma clase social (movilidad estructural) —lo que Poulantzas llama producción o reproducción ampliada de las relaciones de producción— como respuesta a la demanda del sistema de producción capitalista. En este sentido, resultan esclarecedoras las palabras del propio Poulantzas, explicando el porqué del carácter burgués de la temática de la movilidad social:

Es preciso comprender con toda claridad que este aspecto de la reproducción [la reproducción-distribución de los agentes entre los lugares que ocupan] está

subordinado al primero [la reproducción ampliada de los lugares que ocupan los agentes]; es por y en este aspecto de la reproducción ampliada de los lugares por lo que hay tal o cual reproducción-distribución de los agentes entre ellos, y por lo que hay entre sí una trabazón indisoluble. Y no debería pasar por alto aquí que el papel determinante en cuanto a la distribución de los agentes en el conjunto de la formación social vuelve al mercado de trabajo como expresión de la producción ampliada de las relaciones de producción. (Poulantzas, 1973, p. 101)

Un aporte también significativo de la teoría inspirada en Marx con la que se respondió a la tesis del industrialismo, giró en torno a la *teorización sobre la proletarización*. Como señalan Erikson y Goldthorpe (1993, p. 10), esta emerge como alternativa frente a las evidentes dificultades para aceptar la interpretación basada en los argumentos de la *producción y reproducción ampliada* de los agentes y posiciones de clase; cuya preocupación central parece enfocarse en evadir más que en oponer argumentos a la tesis liberal. Más allá de su falta de suficiencia, los científicos marxianos que se encontraban en contacto más cercano con la sociología contemporánea, realizaron un esfuerzo más sensato para responder a la interpretación liberal, dando lugar a lo que se conoce como *teoría de la proletarización*. Entre los aportes significativos a la teoría de la proletarización se encuentran los trabajos de Braverman (1983) y Carchedi (1977) en los que se recoge la teorización de Marx sobre la lógica del capitalismo. Marx entendía la proletización como un tipo particular de movilidad, al desplazar a los artesanos independientes y pequeños propietarios hacia las filas del trabajo asalariado (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 10). Hacia inicios del siglo XX, los marxianos alemanes (e.g. Klingender, 1935; Mills, 1951; Speier 1934, 1986) desplazaron el foco de atención para ponerlo sobre el cambio y declive que sufrían las condiciones laborales y salariales de los empleos de cuello blanco y no manuales de rutina (administrativos y oficinistas en su mayoría), cuya situación objetiva se aproximaba a la de los trabajadores manuales (1993, p. 10).

Con la obra de Braverman, en la que se examinan las consecuencias de los cambios estructurales y transformaciones científico-técnicas sobre el desarrollo de los sectores productivos de las sociedades capitalistas, se introduce la idea de la existencia de una tendencia al degradamiento y descualificación (*deskilling processes*) de la totalidad de las ocupaciones, dando lugar a una expansión constante de la proporción de posiciones de trabajo manual no-calificado (proletarias) al interior de la división del trabajo en su conjunto. Resultado de una predisposición constatada hacia la reducción del dominio y autonomía de los

puestos laborales por sus trabajadores, produciéndose así el aumento de la clase trabajadora al grado de que:

La parte de la clase trabajadora no agrícola de la población activa civil con experiencia ha aumentado desde el comienzo del siglo, pasando de la mitad a más de dos tercios del total y quizás a las tres cuartas partes en estos momentos. (Braverman, 1983, p. 324, como se cita en Echeverría Zabalza, 1999, p. 107)

Se deriva de ello una contradicción evidente con la tesis liberal que formula el desarrollo industrial y tecnológico progresivo que conduce a una gradual mejoría de la estructura ocupacional. En la perspectiva de los “nuevos” teóricos marxianos, bajo el sistema de producción capitalista lo que tiene lugar no es tanto la mejoría y avances que visualizan los teóricos liberales, sino una forma de organización del trabajo que facilita el control económico y social de la explotación, tanto de la dominación como del trabajo. Como apuntan Erikson y Goldthorpe (1993), para los teóricos marxianos, el cambio hacia una sociedad industrial supuso una mayor capacidad de uso de estrategias directivas y nueva tecnología por parte de los patrones empleadores en aras de disminuir la cualificación, y con ello la libertad de decisión y autonomía de la clase trabajadora, manteniéndolas así bajo el control de los supervisores.

Por la sintonía en la que entra con la observación de Erikson y Goldthorpe (1993), conviene recuperar el rol que desempeñan, y posición que ocupan, los supervisores en la concepción de Wright (2000), encaminados a ejercer la autoridad y dominación de clase con arraigo en la teoría de Marx. En la concepción de Wrigth, existen dos dimensiones racionales de concebir la autoridad como una dimensión de las relaciones de clases entre los empleados; la *primera* de ellas refiere al rol de dominación inherente a las relaciones de propiedad capitalistas, mientras que la *segunda* refiere a la autoridad como parámetro para diferenciar las posiciones de clase de los empleados a partir de la relación entre sus ingresos (*earnings*) y la apropiación del excedente (*suprlus*). Relacionadas con estas dimensiones, se encuentra el aparato de dominación, vigilancia y recompensa-castigo inherente al sistema de producción capitalista, que es aplicado sobre los trabajadores para asegurar su rendimiento eficiente y ejecución de funciones.

Como señala el mismo Wright, la clase capitalista no solamente posee en propiedad los medios de producción y la contratación de la mano de obra, sino que además también domina a los trabajadores dentro del proceso de producción (2000, p. 16). Para poner en marcha esta última, los supervisores y patrones cumplen con funciones delegadas por la clase capitalista, que les empodera

para el ejercicio de la dominación inherente al proceso de producción y por lo cual habría que considerar sus posiciones como *posiciones contradictorias al interior de las relaciones de clase* (Wright, 1978), en tanto posiciones que pueden considerarse simultáneamente como propias de la clase capitalista a la vez que de la clase trabajadora. En palabras de Wright, estas posiciones son las de trabajadores, en tanto son vigilados y explotados por la clase capitalista, pero también la de capitalistas, en tanto controlan y ejercen funciones de dominación sobre la clase trabajadora durante el proceso de producción (Wright, 2000, p. 16). Las contribuciones de Wright a la teoría de la proletarización se retoman más adelante.

Retornando al argumento de Braverman, lo que se estaría presenciando en el cambio de una sociedad preindustrial a una industrial, en contraste con lo argumentado por los teóricos liberales funcionalistas, es una tendencia hacia la *proletarización y descualificación* —y no a un aumento de la calidad y cualificación de las ocupaciones— con una prevalencia de la movilidad social descendente en contraste con el predominio del ascenso social de la sociedad industrial afirmado por los teóricos liberal funcionalistas. No obstante, para Braverman la proletarización no acontece de forma semejante en todos los sectores productivos. Como precisa Echeverría Zabalza (1999), para Braverman existen sectores rezagados y no rezagados, por ejemplo, en materia de avance tecnológico. Entre los que más han avanzado en este sentido, se hallan los trabajadores que poseen mayor calificación, pero que disminuyen en cantidad, lo que los empuja al desplazamiento hacia posiciones ocupacionales en sectores marginales y en decadencia, de escasa dotación tecnológica, baja tecnificación e inferior calificación. Como afirma el propio Braverman al referirse a la revolución tecnológica:

Tiene, a largo plazo, el siguiente rasgo: que, con su difusión, la proporción de la población conectada con la industria avanzada científica y tecnológicamente, aun cuando solo sea de forma servil, acaba por disminuir. Por consiguiente, los sectores industriales y ocupacionales que crecen más deprisa en la era automatizada tienden a ser, a largo plazo, los de las áreas intensivas en trabajo que todavía no están sujetas o no pueden estar sujetas a la alta tecnología. (Braverman, 1983, p. 324, como se cita en Echeverría Zabalza, 1999, p. 107)

En este sentido, se podrá estar, o no, de acuerdo con Erikson y Goldthorpe, para quienes por carácter antagónico, en la medida que el fundamento ofrecido por Braverman sea acogido, el argumento de la sociedad funcionalista deberá ser descartado, con ello los postulados de que las sociedades industriales devienen progresivamente en sociedades de clase media, que la movilidad

social se caracteriza por su tendencia hacia la primacía del ascenso social y que la demanda por un mayor desarrollo de los recursos, tanto como fuese posible, deriva en un incremento de la igualdad de oportunidades (1993, p. 10). El problema que presenta la teoría de la proletarización, al margen de su robustez teórica, radica en las dificultades que muestra para la validación empírica de sus postulados que refieren a una lógica del capitalismo industrial que desmantela la cualificación a diferentes niveles ocupacionales, con especial énfasis en los puestos de trabajo de cuello blanco, así como que refuerza el descenso social y genera condiciones en las que el trabajo asalariado pasa a ser el derrotero del grueso de empleados en el mercado laboral.

Otra crítica que se hace patente frente al argumento bravermaniano de la tendencia a la proletarización por descualificación de los trabajadores de las sociedades industriales capitalistas, subraya el hecho de que la evidencia que se ha producido en favor del mismo se ha basado en estudios de casos muy acotados. A estos se refieren Erikson y Goldthorpe, observando que tales estudios carecen de trascendencia para responder la interrogante de cuál es la dirección del cambio que afecta a la estructura ocupacional, al margen del hecho de que los teóricos liberales de la industrialización “nunca buscaron negar que las nuevas tecnologías y prácticas directivas eliminarían bajo ciertas circunstancias las cualificaciones” (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 11). En adición, los datos obtenidos de las estadísticas de los censos nacionales tienden a dar mayor sustento a la interpretación liberal que a la marxiana.

En todas las naciones económicamente avanzadas, la tendencia es hacia el incremento de la proporción de la fuerza laboral en ocupaciones profesionales, administrativas y directivas, mientras que la proporción de más baja cualificación, tanto manual como no manual, decrece o se mantiene constante. (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 11)

La evidencia proveniente de estudios basados en encuestas ofrece escaso soporte a la afirmación de la existencia de una expansión de la degradación de las posiciones ocupacionales, el trabajo y la fuerza laboral. Como señalan Erikson y Goldthorpe, allí donde existe información sobre dicha tendencia, lo que se observa es una mayor formación, instrucción y educación de los trabajadores, así como funciones laborales que demandan mayor habilidad mental y psíquica (Åberg, 1984 y Gallie, 1988, como se citan en Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 11). Sin embargo, en desmedro de la interpretación liberal de los cambios que experimenta la sociedad industrial, Crompton (1980) argumenta que la demostración de un aumento de la movilidad social ascendente basada

en análisis de encuesta, deviene en “aparente”, en la medida que “las posiciones profesionales, administrativas y directivas en las que tal movilidad fue observada, han padecido un degradamiento —por rutinización y subordinación de las mismas—, de modo que solo nominalmente resultan comparables con las mismas posiciones de períodos anteriores (Crompton 1980, como se cita en Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 11).

En este sentido, la posición inicial adoptada por Wright, en su estudio colaborativo con Singelmann (1982) y del que luego se aparta en posteriores publicaciones, afirma que el crecimiento significativo del volumen de trabajadores de cuello blanco (directivos, profesionales, técnicos, administradores y supervisores) en el sector industrial, se acompaña del ocaso de otros sectores de actividad, lo que tiene un efecto precarizador de la mano de obra de la sociedad. Más reciente en el tiempo, hacia finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, el debate en torno al aumento significativo, tanto absoluto como relativo, de la proporción de directivos, profesionales, administradores y técnicos concentrados en las denominadas *nuevas clases medias*,² se zanja tras su comprobación empírica. El debate ha dejado lugar a otra discusión de mayor envergadura y vigencia, la que gira en torno a la gradual fragmentación del mercado laboral como resultado tanto del aumento de las posiciones de alta y media cualificación y competencia, como de las posiciones de reducidas condiciones y calidad laboral (léase, informalidad, precariedad, subempleabilidad, inestabilidad laboral).

La posición asumida por Wright en trabajos posteriores (e.g. Wright y Martin, 1987), pone en evidencia un panorama contrastante con el descrito en su posición original de 1982, según el cual los cambios globales en la estructura ocupacional no son posibles de ser explicados única y exclusivamente a partir de los desplazamientos entre industrias, sino que además deben serlo como el producto de cambios organizacionales y tecnológicos que renuevan las combinaciones ocupacionales al interior de las unidades de producción; transformaciones que tienen lugar tanto en la sociedad estadounidense como en las europeas occidentales (Marshall y Rose, 1988). Este es el cambio en el enfoque que sigue una vertiente moderada de la teoría de la proletarianización denominada como *feminismo marxista* (Crompton y Jones, 1984; Crompton y Mann, 1986; West 1978), la cual busca enfatizar y evidenciar el hecho de la constitución de una “nueva” clase trabajadora femenina emergente que en detrimento

² Las *privileged positions* que Wright (2000) entiende necesarias para el enriquecimiento capitalista, en tanto aseguran los mecanismos específicos de explotación y apropiación del plusvalor bajo las formas de elevados ingresos (*loyalty rents*) para quienes las ocupan.

propio al enclausarse en posición consideradas de bajo prestigio y estatus, favorece al varón al permitirles posicionarse en ocupaciones de más alta calificación y supervisión. Al igual que la posición de Braverman, el enfoque de las feministas marxistas se concentra en la observación del fenómeno de la distribución de los individuos entre las distintas posiciones de la estructura de clase y no en las transformaciones que tienen lugar en dicha estructura.

En suma, lo que resulta bastante claro para algunos autores (Echeverría Zabalza, 1999; Erikson y Goldthorpe 1993), es que la teoría de la proletarianización, tanto en la versión desarrollada por Braverman como en la de las *feministas marxistas*, carece de sustento empírico frente a la vasta evidencia que la refuta. En el caso específico de la argumentación desarrollada por Erikson y Goldthorpe (1993), son los trabajos tardíos de Wright, en los que desarrolla una nueva interpretación de los cambios en la estructura ocupacional, los que contribuyen al reconocimiento del fracaso de la teoría de la proletarianización. Así, Erikson y Goldthorpe (1993, p. 12) recuerdan que es a partir del trabajo de Wright y Martin (1987), que puede concluirse la dificultad de afirmar la existencia de un proceso constante y ordenado de proletarianización en las sociedades de economías capitalistas avanzadas, frente a la constatación de una ampliación gradual y sostenida de las posiciones no proletarias de sus estructuras de clase (Wright y Martin, 1987, p. 25).

1.6. Las contribuciones al debate de las teorías de la reproducción y correspondencia

El debate se plantea a partir de las **VI**) distintas posiciones de las *teorías de la reproducción social* y de *la correspondencia* en torno a la movilidad social. Si bien se desarrollan los enfoques y perspectivas teóricas, así como sus matices, no se deja fuera la resistencia directa que oponen a las tesis liberales funcionalistas menores de la movilidad social. Partiendo de fundamentos de raigambre marxiano y weberiano, las investigaciones de los teóricos de la reproducción buscan sustentar la hipótesis de que en las sociedades industrializadas no tiene lugar la proclamada igualdad de oportunidades defendida por los teóricos liberales, así como tampoco los roles de garante y asegurador que desempeñan las instituciones educativas y mucho menos la postulada mayor apertura social. Para sus representantes (Baudelot y Establet, 1976; Bernstein, 1971; Boudon, 1973; Bourdieu y Passeron, 1970; Bowles y Gintis, 1976), lo que tiene lugar en las sociedades capitalistas industrializadas es una fuerte tendencia hacia la inmovilidad social, entendida esta como una reproducción de las posiciones de clase social en su versión menos determinista (Poulantzas, 1975) o como una transmisión

hereditaria de las posiciones de la clase de progenitores a hijos/as a través de mecanismos específicos en su versión radicalizada (Baudelot y Establet, 1976). Los teóricos de la reproducción y la correspondencia, argumentan que ante los altos niveles de fluidez y creciente movilidad social defendidos por los teóricos liberal-funcionalistas, lo que prevalece en ese tipo de sociedades es la *reproducción social*.

Entre las aportaciones más destacadas a la teoría de la reproducción se halla el trabajo de Bourdieu y Passeron (1970), en el que desarrollan su teoría sobre el concepto de transferencia de una herencia de las posiciones de clase social. Estos autores desarrollan una interpretación fundada en lo que denominan “*ethos* de clase” y “capital cultural”, esto es, en las demandas, aspiraciones y expectativas educativas que se distinguen entre sí según la clase social de origen del individuo. El *ethos* de clase y el capital cultural, constituyen los componentes que se hallan tanto en la base de la determinación de las posiciones de clase con relación al sistema educativo —que contribuye a la reproducción del proceso educativo de superación, o supresión, diferencial en función de las clases sociales—, así como en el sustrato de la transformación y monetización, en cada fase de la trayectoria escolar y en un entramado específico de factores cambiantes que muestran para cada clase social y sexo una estructura distinta (Bourdieu y Passeron, 1970). Un tercer factor al que los autores denominan “*ethos* pedagógico” interviene sobre distintas formaciones sociales particulares, definiendo el éxito diferencial de la *acción pedagógica* dominante conforme a las distintas clases o categorías escolares. En otros términos, el éxito diferencial de la acción pedagógica dominante, dependerá del *ethos* pedagógico específico de cada clase, esto es, del sistema de disposiciones duraderas y transferibles dispuestas a funcionar como estructuras estructurantes (*habitus*) que corresponden a cada acción pedagógica, pero también dependerá del capital cultural:

De los bienes culturales que transmiten las diferentes acciones pedagógicas familiares y cuyo valor como capital cultural está en función de la distancia entre la arbitrariedad cultural impuesta por la *acción pedagógica dominante* y la arbitrariedad cultural inculcada por la *acción pedagógica familiar* en los diferentes grupos y clases. (Bourdieu y Passeron, 1970, pp. 45-46)

Como apunta más tarde Forquín (1985), estos *ethos* son el resultado de la interiorización de *probabilidades objetivas*, tanto del valor que la acción pedagógica dominante otorga a través de sus validaciones o supresiones al resultado de las distintas acciones pedagógicas familiares, como del valor que el mercado confiere al fruto de la acción pedagógica dominante en función de la clase de

procedencia, que más tarde se convertirán en *expectativas* y *aspiraciones subjetivas*. El proceso de *interiorización* de las probabilidades objetivas constituye un mecanismo eficaz de control tanto de las aspiraciones y expectativas educativas como de las demandas y obligaciones educativas futuras del individuo, definiendo así con antelación los roles a cumplir y determinando las posiciones de clase social a alcanzar. Al respecto, como indica Echeverría Zabalza, para Bourdieu y Passeron (1970) es consecuencia de tal mecanismo el hecho de que las limitadas aspiraciones educacionales que se observan en las clases sociales trabajadoras (proletariado), constituyen el producto de la conciencia y experiencia de las escasas probabilidades de mudar de posición de clase, así como de las fuertes barreras que deberían vencer para alcanzarla (1999, p. 99). Como precisa Forquín de forma esclarecedora y a propósito de la teoría de la reproducción desarrollada por Bordieu y Passeron (1964, 1970), y más tarde profundizada por los trabajos en solitario de Bordieu (1966, 1974, 1979):

Más aún que la posición social, la trayectoria social recorrida por los individuos o por ciertos grupos juega igualmente un papel importante en la génesis de las aspiraciones, representaciones y anticipaciones en materia de educación y de movilidad (...) elementos que podemos asemejar a la teoría de Bourdieu y Passeron sobre los “ethos de clase” y las expectativas y demandas educacionales como productos de una “interiorización de las probabilidades objetivas en esperanzas subjetivas”, modulación de los deseos en función de las obligaciones, experimentadas o presentidas, y anticipación “realista” que funciona como profecía para la realización automática. (Forquín, 1985, p. 189)

En la interpretación de Bourdieu y Passeron de la reproducción del orden establecido, de lo que se concibe como la estructura de las relaciones de clase y símbolos culturales mediante la ideología dominante contenida y transmitida en el *habitus*, el sistema educativo y las instituciones escolares juegan un rol preponderante; engranaje en el que se pormenoriza con esclarecedora nitidez hacia el final de su investigación:

Delegando siempre del modo más completo el poder de selección a la *institución escolar*, las clases privilegiadas parecen abdicar, en beneficio de una instancia completamente neutral, del poder de transmitir el poder de una generación a otra y renunciar así al privilegio arbitrario de la transmisión hereditaria de los privilegios. Pero, mediante sus sentencias formalmente irreprochables que sirven siempre objetivamente a las clases dominantes, porque no sacrifican nunca los intereses técnicos de estas clases más que en beneficio de sus intereses

sociales, la Escuela puede mejor que nunca y, en todo caso, de la única manera concebible en una sociedad que se reclama de ideologías democráticas, contribuir a la reproducción del orden establecido, porque logra mejor que nunca disimular la función que cumple. (Bourdieu y Passeron, 1970, p. 205)

Las instituciones escolares y el sistema educativo desempeñan una función de *legitimación* de las *desigualdades sociales* a través de *mecanismos ideológicos* e ideologizantes que tienen por cometido el salvaguardar la transmisión hereditaria de los privilegios y prerrogativas de la clase burguesa; transmisión que en las actuales sociedades democráticas liberales se ve obligada a dejar de ser declarada y abierta para pasar a ser discreta e indirecta. La distribución y consecución de los derechos propios de la clase burguesa, bajo la perspectiva de Bourdieu y Passeron, quedan supeditadas a la obtención y tenencia de títulos escolares, transformando a las instituciones escolarizantes en un dispositivo excepcional de la función legitimadora de la ideología burguesa por la que se “confiere a los privilegiados el privilegio supremo de no aparecer como privilegiados [en la medida que] logra tanto más fácilmente convencer a los desheredados de que deben su destino escolar y social a su falta de dones y de méritos” (Bourdieu y Passeron, 1970, p. 253) y esto en cuanto más “la desposesión absoluta excluya en materia de cultura la conciencia de la desposesión” (1970, p. 253). Es en este sentido que, desde Bourdieu y Passeron, las retenciones de las posiciones en las clases más altas de la estructura —clases de servicio I y II y, en menor medida, clases no manual de rutina III y pequeña burguesía IV en el esquema EGP—, se benefician y aseguran a través de una función de transmisión de capital económico y cultural acumulado, siendo a la herencia intergeneracional de este último a la que la escuela consagra sus funciones fundamentales. En otros términos, las generaciones que ocupan las posiciones de clase de destino (D) se favorecen de los recursos familiares existentes en sus posiciones de clases de origen (O), pudiendo alcanzar un mayor provecho y utilidad de los mismos cuando tienen por resultado el éxito en la consecución de la educación y formación exigidas para ocupar posiciones de la clase social más elevada, en este caso, de la clase de servicio (I+II, del esquema EGP), aspecto que Goldthorpe advirtió tempranamente (Goldthorpe, 1982).

Por su parte, la obra de Baudelot y Establet (1976) define un enfoque de las instituciones escolares y el sistema educativo con base en su función predominantemente *diferenciadora*, más que *unificadora* como sostiene el funcionalismo de corte parsoniano, y en tanto que desempeña una función legitimadora a través de la ideología burguesa; como los mismos autores afirman “las representaciones ideológicas de la escuela tienen como función la de presentar, enmas-

carándolas, las realidades de la escuela; tienen esas mismas realidades como contenido y no pueden existir más que sobre esta base” (Baudelot y Establet, 1976, p. 19). El resultado es, por consiguiente, la conformación de instituciones escolares que no componen una *unidad* en tanto agentes transmisores de un aprendizaje *unificador* —concretamente, a través de la lecto-escritura— de las distancias y diferencias sociales entre los educandos, lo que acondiciona los futuros procesos de selección social de los que estos tomaran parte.

Básicamente, en el análisis del sistema escolar en Francia, los autores identifican el engranaje por el cual tienen lugar los *procesos de diferenciación*. Es a través del uso de un lenguaje culto y el estudio de asignaturas y temas complejos, lo que produce un efecto de marginación mediante la reducción al silencio y omisión de participación de los educandos provenientes de familias de clase proletaria —en la medida que poseen un lenguaje “profano” y optan por participar en temas más sencillos y cotidianos—, que se generan dos amplias redes escolares que reproducen las dos clases sociales fundamentales de la sociedad industrial capitalista; la proletaria y la burguesa. Para Baudelot y Establet (1976), las instituciones escolares suelen ser presentadas como neutralizadoras de las diferencias, cuando lo que realmente ocurre es que reproducen el antagonismo y la dominación de clases mediante las dos grandes *redes de escolarización* diferenciadas e incomunicadas entre sí. La diferenciación se mantiene en la trayectoria del niño por los diferentes niveles escolares hasta llegar a los niveles de educación superior universitaria, donde solo logran acceder quienes ya estaban designados de antemano a llegar hasta allí; los educandos provenientes de familias de clase burguesa (Baudelot y Establet, 1976). Por consiguiente, la escuela en el marco de la educación liberal burguesa que se presenta y autopresenta como detentora de un sistema de educación democrático, logra reproducir la división social del trabajo (diferenciación) a través de las dos redes (de escolarización) que resultan “completamente distintas, por clases sociales a las que masivamente están destinados [los educandos], por los puestos de la división social del trabajo a los que destinan a aquellos que son sus objetos, y en este sentido, por el tipo de formación que imparten” (Baudelot y Establet, 1976, p. 21). La educación escolarizada deja de ser diferenciadora, para devenir en unificadora en tanto unidad, recién en los niveles de educación superior (enseñanza terciaria).

Centrándose en el lenguaje como factor medular en la explicación de la reproducción de clases sociales, Bernstein plasma en su teoría de los *códigos* y *control de clases* un aporte significativo a la teoría de la reproducción social. En su interpretación de la reproducción, Bernstein plantea la existencia de dos códigos, uno que se corresponde con el lenguaje denominado “formal” (*formal language*), consistente en un código *elaborado* que es empleado por las familias

de clase media (*middle class*), que se opone al lenguaje “popular” o “común” (*public language*), consistente en un código *restringido* que es utilizado por las familias de clase obrera (*working class*). El concepto de “código”, como se apunta en la obra del mismo Bernstein, representó un intento de ir más allá de la lista de atributos dados como índices del lenguaje común y del lenguaje formal, así como para sugerir el principio regulativo subyacente (1971, p. 7), en este sentido, en un código *elaborado*, en comparación con el código *restrictivo*, los hablantes exploran más amplia y plenamente los recursos de la gramática, por lo que puede considerarse que existen en él mayor posibilidades de combinación (p. 7).

Si se ha dicho que el código, restringido como elaborado, es entendido a un nivel lingüístico en términos de “probabilidad de predecir para cualquier hablante cuáles son los elementos sintácticos que están siendo empleados en la organización del significado” (Bernstein, 1971, p. 58), será el caso del código *restringido*—lenguaje común con una orientación cognitiva particularista y configuración de roles comunalizados—, el que se halla arraigado en el contexto y el empleo de las metáforas y sobrentendidos que dan lugar a un conjunto de alternativas y combinaciones a menudo fuertemente limitado con una probabilidad de predicción del patrón de organización de los elementos sintácticos considerablemente elevada (Bernstein, 1971). Como apunta Echeverría Zabalza, es el código *restringido* el que pertenece y concierne a un tipo de familia “centrada en la persona, en la que el niño obtiene un fuerte sentido de la autonomía, pero una identidad social bastante débil” (1999, p. 100). El código *elaborado*—lenguaje formal con orientación cognitiva universalista y configuración de roles individualizados—, se encuentra mucho menos centrado en el contexto, cediendo mayor espacio a la intervención del uso de la lógica y el razonamiento en el marco del cual el hablante puede seleccionar elementos sintácticos al interior de un más amplio rango de alternativas, reduciendo así la probabilidad de predicción del patrón en que estos son organizados (Bernstein, 1971, p. 58). Como vuelve a observar Echeverría Zabalza, el código *elaborado* se vincula a la familia de tipo “posicional, en la que el habla es relevante y se forma un fuerte sentido de identidad social, aunque sea a costa de la autonomía individual” (1999, p. 100).

Intentando hacer más explícita la relación entre los dos códigos y la estructura de poder y fundamentos del control social, Bernstein advierte que en las *sociedades industriales avanzadas* en las que se ejercen funciones de *legitimación ideológica*, existe un serio problema de control y producción de sentido, así como sistemas simbólicos diferenciados que puedan contribuir a la regulación interior de la persona (Bernstein, 1971, p. 174). Sin embargo, en las sociedades

industriales avanzadas subyace el problema de la subutilización del código *restringido*, dada su desvalorización en las instituciones educativas, cediendo espacio a la predominancia del código *elaborado* y su inherente sistema de relaciones sociales (Bernstein, 1971). El código restringido, que da acceso a formas culturales delicadas, variadas y sutiles, a un vasto potencial de significados y a una estética original de los fundamentos de lo que podría influir, a través de símbolos abreviados, en las formas de la imaginación, llega a ser en las sociedades industriales avanzadas, despreciado y humillado entre escuelas o visto, en el mejor de los casos, como irrelevante en el desempeño educativo (1971, p. 144). En las escuelas se predica el código elaborado, así como su sistema de relaciones sociales. Aunque un código elaborado no implique ningún sistema de valor específico, el sistema de valor de la clase media es el que se introduce e impregna el entramado del propio contexto de aprendizaje (p. 144).

De modo que, adhiriendo a lo señalado por Echeverría Zabalza, si bien el propio Bernstein sostiene que el código *elaborado* no implica ningún “sistema de valores específico, la cultura de la escuela es propiamente una cultura de las clases medias y altas que, de alguna forma u otra, rechaza las características propias de la cultura y personalidad de los niños de clase obrera” (1999, p. 100), se tiene por consecuencia que “los niños de las clases medio-altas se encuentran en su medio y tienen todas las posibilidades para triunfar, [al tiempo que] las probabilidades de fracaso entre los niños de clase trabajadora son muy altas” (1999, p. 100).

El trabajo de Boudon publicado originalmente bajo el título *L'i negalitié de chances: La mobilitié sociale dans les sociétés industrielles* (1973), constituye otra contribución relevante a las teorías de la reproducción social. En su obra, Boudon defiende la hipótesis que explica las diferencias de clase a partir de un enfoque económico que privilegia el componente de las estrategias de escolarización frente a la tesis central de las *subculturas de clases*, defendida por Kahl en “Educational and Occupational Aspirations of Common Man Boys” (1953) y *The American Class Structure* (1957) y según la cual la desigualdad de oportunidades ante la enseñanza se explica a partir de un único factor (teoría explicativa unifactorial); a saber, la herencia cultural que define y asienta la diferenciación de los sistemas de valores en función de las clases sociales.

Si bien, como señala Boudon (1983a), las teorías explicativas de tipo unifactoriales dominantes en el campo de la desigualdad de oportunidades en materia de educación resultan ser notoriamente ventajosas en cuanto a su apelación al principio de la parsimonia (simplicidad), buscan en última instancia la captación de una audiencia cada vez más amplia de simpatizantes y defensores a pesar de que sus hallazgos adolezcan de una sólida justificación

(Boudon, 1983a). Sobre este marco es que Kahl desarrolla su tesis del “*common man boy*” según la cual, si este “tiene además débiles oportunidades de triunfar y de sobrevivir en el sistema escolar, la causa principal debe buscarse en el sistema de valores característicos de las clases inferiores” (Boudon, 1983a, p. 94). La *teoría de las subculturas de clases* no logra explicar resultados como los que obtiene Boudon en su obra (Boudon, 1983a, tabla 2.2) a partir de un simple tabulado entre las variables “voluntad de continuar con los estudios”, “nivel de profesión del padre” y “coeficiente intelectual”, de ahí que adolezca de soporte empírico que amerita su descarte. Se trata de una tabla confeccionada por Boudon a partir de una muestra de 3,348 estudiantes del ciclo de educación secundaria en Estados Unidos (EUA), que consiste en una tabla tridimensional que da el porcentaje de alumnos que “manifiestan el deseo de proseguir su escolaridad hasta el nivel universitario, en función de la profesión del padre varón, por una parte, y de una medida clásica de capacidad (cociente intelectual) por otra parte” (Boudon, 1983a, p. 94). En términos de Boudon:

Este cuadro [en referencia a la tabulación referida] es de gran importancia, porque la estructura relativamente compleja que pone en evidencia puede observarse, como se verá, en contextos muy diferentes, sugiriendo la existencia de un mecanismo fundamental poco compatible con la *tesis de subculturas de clases* (...) Está claro que una estructura así es difícilmente explicable a partir de la concepción según la cual las subculturas de clases serían el determinante principal de las aspiraciones y comportamientos escolares. En realidad, esta teoría es solo capaz de justificar la última columna de la tabla 2.2., es decir, aquella que muestra una relación entre posición social y nivel de aspiración medio, pero no los otros datos. Esto equivale a decir que, si se sostiene esa concepción, es necesario agregar otros “factores” para dar cuenta de la estructura del cuadro. (Boudon, 1983a, p. 94)

La refutación de la tesis de la subculturas de clases y la adopción de la tesis defendida por Boudon sobre la diferenciación entre clases sociales (desigualdad de clase) con base en los diferenciales en las estrategias de escolarización (desigualdad de la demanda educativa), supone que los individuos miembros de una sociedad lo que procuran en la educación es la “mejor combinación posible de beneficios, de costes y de riesgos para sí mismos y de que este <<punto de optimización>> se sitúa tanto más alto en el *cursus* escolar cuanto más alto se sitúa el individuo en la escala social” (Forquín, 1985, p. 189). Es en el artículo publicado en 1983 bajo el título “Educación y movilidad social: Un modelo estructural”, que Boudon ofrece una síntesis convincente de las bases de su

modelo originalmente desarrollado en su obra de 1973. Boudon toma como punto de partida la hipótesis defendida por Thurow en 1972, la que contribuye a explicar el *porqué* de que las desigualdades económicas adviertan incremento más que decrecimiento en gran parte de las sociedades industriales liberales desde mediados del siglo XX. Es que como señala el mismo Boudon con relación a la hipótesis de Thurow, esta:

Ha llegado a una conclusión similar a partir de una perspectiva diferente, [esto es, que] el nivel de instrucción medio de cada categoría socio-profesional crece con el tiempo. Pero este crecimiento es tanto más rápido cuanto más elevada es la categoría. Puesto que el ingreso crece con el estatus socioprofesional para un nivel de instrucción determinado y con el nivel de instrucción para un estatus socioprofesional determinado, resulta que las desigualdades económicas aumentan en el tiempo [mientras] que genera, por otra parte, una disminución de las desigualdades ante la enseñanza. (Boudon, 1983a, p. 266)

La hipótesis de Thurow de la que habla Boudon demuestra cómo desde el inicio de la Guerra Fría una sociedad industrializada avanzada como lo es Estados Unidos, experimenta un debilitamiento de la desigualdad de oportunidades educativas que es acompañado de un fortalecimiento de las desigualdades socio-económicas; pauta dual que, más tarde dirá Boudon, “es característica, no solamente de los Estados Unidos, sino de la mayor parte de las *sociedades industriales liberales*” (1983a, p. 266). En términos concretos, la hipótesis de Thurow afirma y demuestra que si se da por sentado que “los cambios del *stock* educativo determinan tan solo en cierta medida la estructura del empleo, el incremento medio del tiempo destinado a la educación no conduce a una reducción sino más bien a un verdadero incremento de la desigualdad económica” (Boudon, 1983b, p. 173) y esto en virtud de que —al igual que lo sostenido por teóricos credencialistas como Collins (1984)—³ se ha podido demostrar que la estruc-

³ Al respecto, Echeverría Zabalza, enfatiza que una de las tesis centrales de las teorías credencialistas afirma que la relación entre empleo y educación ocurre en el marco de un proceso en el que los individuos se enfrentan por puestos de trabajos escasos valiéndose del capital educativo adquirido, lo que al seguir la adquisición de dicho capital un ritmo de avance mayor que el ritmo de creación de puestos laborales calificados por parte de los mercados en las sociedades industrializadas, se generan problemas de subempleo y sobreeducación (1999, p. 98). Sobre este marco serán los individuos provenientes de clase social trabajadora los que enfrentan un hándicap en el juego de la libre competencia, frente a las ventajas comparativas que caracterizan a los provenientes de la clase burguesa.

tura educativa cambia más rápido que la del empleo (Echeverría Zabalza, 1999, p. 97).

El gran mérito de Boudon descansa en haber propuesto un sofisticado *modelo sistemático* a través del cual se desarrolla una *teoría formal de la movilidad social*, orientado al cuestionamiento y crítica tanto del ateoricismo y formalismo extremo de los complejos modelos matemáticos —haciendo referencia a los que se inscriben en la línea de análisis inaugurada por Goodman y Duncan y sus poco parsimoniosos modelos matemáticos—, como a la escasa significatividad de los resultados obtenidos con estos (Cachón, 1989, p. 242). En su trabajo, Boudon (1973) alienta el modelo planteado por Mayer, al cual denomina “modelo pseudo-markoviano con historia colectiva” (1973, p. 284), mediante el cual es posible trascender la subestimación a la que son sometidos los valores de la diagonal de la matriz de movilidad (agentes inmóviles). En concreto, el modelo de Mayer interpela la invariabilidad de las probabilidades de transición a través del tiempo, por lo que “el método propuesto para contrastar empíricamente este planteamiento es el uso de pseudocohortes [planteamiento de Boudon] o cohortes sintéticas [planteamiento de Mayer], que utilizan de modo longitudinal datos transversales” (1973, p. 285), a razón de que ello habilita la comparabilidad de las tablas de movilidad cuando los individuos poseen entre 25 y 35 años de edad.

El modelo de Boudon consta de tres fases que lo aproximan a los hallazgos de Thurow. Puede decirse que el punto de partida del modelo es la “paradoja de Anderson” (Anderson, 1961), en cuanto asume que la enseñanza es un factor que inequívocamente determina menos de lo que se piensa las variaciones en los niveles de movilidad social (Cachón, 1989, p. 315). Es posible afirmar que el modelo propuesto por Boudon, se desarrolla en tres fases orientadas a responder las siguientes interrogantes: ¿Tiene el nivel educativo un impacto significativo sobre el estatus y prestigio social? y ¿Tiene el nivel educativo un impacto relevante sobre la movilidad social? Esto es, ¿Se expanden las oportunidades de movilidad social ascendente en la generación del/la hijo/a con alto nivel educativo respecto a su progenitor? La *primera fase*, plantea el aumento de las tasas de escolarización de la sociedad, sin embargo, esto no supone que exista una concomitante expansión de la igualdad y movilidad social. En la *segunda fase*, es el volumen de alumnos escolarizados de los distintos niveles de instrucción el que aumenta, siendo el índice de crecimiento de la escolarización más elevado cuanto mayor es el nivel de instrucción considerado; esto es, en secundaria mayor que en primaria y en superior mayor que en secundaria (Boudon, 1983b, p. 178).

En la *tercera fase*, las posiciones vacantes de clase social de mayor jerarquía tienen por destinatarios cada vez más a efectivos móviles con nivel educativo superior (terciario), dando así lugar a un efecto de jalón hacia arriba (*pull upward effect*), de las calificaciones escolares requeridas para ocupar los diferentes puestos de trabajo (Echeverría Zabalza, 1999). Como corolario del proceso marcado en las fases definidas por Boudon, se llega a que “con el tiempo, [se] produce un acusado deterioro de la estructura de oportunidades sociales asociada con los niveles educativos secundarios y este deterioro se transmite después lentamente a los niveles inferiores” (Boudon, 1983b, p. 182). El aspecto posiblemente más cuestionable de la propuesta de Boudon es la introducción de un factor explicativo de degradación de la estructura de oportunidades de tipo goteo o derrame (*trickle down*) del deterioro desde los niveles superiores y mejor posicionados hacia los inferiores y peor evaluados. Retomando el modelo propuesto por Boudon, el resultado de las tendencias definidas por cada una de las tres fases se materializa en que:

En condiciones extremadamente generales [de no gran crecimiento de las posiciones sociales de alta jerarquía] la expansión de las oportunidades educativas no produce una reducción [...] de la desigualdad de las oportunidades sociales [...] aun cuando vaya acompañada de una disminución de la desigualdad de oportunidades educativas. (Boudon, 1973, p. 184, como se cita en Echeverría Zabalza, 1999, p. 98)

El modelo desarrollado por Boudon alternativamente puede también interpretarse como una propuesta inspirada en tres modelos en lugar de fases, donde el *primero* de ellos, inspirado en el análisis sistémico, se orienta a elaborar un modelo cuasiexperimental que permita poner a prueba empíricamente la hipótesis de Anderson (1961) derivada del análisis de distintas encuestas y que afirma que en las sociedades industrializadas avanzadas, el nivel de enseñanza tiende a mostrar una relación débil con los niveles de movilidad social (Boudon, 1983a, pp. 17-35). La premisa central de la que parte Boudon en este primer modelo sostiene que, si se llegase a examinar los resultados empleados por Anderson aplicando técnicas de análisis factorial, se llegaría a “la proposición sorprendente y difícilmente aceptable [para el común y grueso de los estudiosos de la movilidad] según la cual la educación sería un determinante menor de la movilidad” (1983a, p. 33). Como llega a afirmar Boudon, refrendando la hipótesis de partida contenida en la paradoja de Anderson:

Una formalización muy elemental hace aparecer por el contrario que, aun cuando la educación ejerce un papel poderoso en la determinación del estatus social, no se debe esperar, salvo en situaciones muy particulares que no tienen oportunidad de ser observadas en la práctica, una relación muy elevada entre nivel de instrucción y movilidad. (Boudon, 1983a, p. 33)

El *segundo* de los modelos propone una simulación que relaciona los principales mecanismos de producción de desigualdad de oportunidades en materia de educación, empleando fuentes de información basadas en la estadística escolar como en datos de encuestas sobre dicha problemática en sociedades industrializadas. Finalmente, el *tercer* modelo se centra en la propuesta y construcción de una teoría formal de la movilidad social en la que se pone en relación, a través de diferentes hipótesis variables, la estructura social —la que se asume como constante en el tiempo—, la estructura educativa —regulada por un modelo que combina resultados obtenidos a nivel macro como microsociológico bajo la forma de axiomas y efectos—, el origen social —que define el estatus o posición social heredada por los sujetos y que informa por tanto de la estructura de dominación— y el nivel educativo. En un segundo momento de este tercer modelo, la teoría considera la evolución y cambio de la estructura social, esto es, su variabilidad en el tiempo, así como el factor de la fecundidad (fecundidad diferencial) (Boudon, 1983a, p. 236).

Cabe recordar otras derivadas del modelo *general* propuesto por Boudon en cuanto a sus diferencias respecto a otros modelos relevantes en el análisis de la diferencia entre efectivos móviles y efectivos inmóviles (fijos) en la matriz de movilidad social. Considerando como base la distinción entre modelos desarrollada por Blumen, Kogan y McCarthy (1955), en la que se diferencia entre la probabilidad o improbabilidad de que los efectivos móviles puedan permanecer inmóviles o que los efectivos inmóviles puedan movilizarse, se obtienen los siguientes tres tipos “ideales” de modelos: (a) los modelos en los cuales los móviles puede mantenerse inmóviles y los inmóviles no consiguen movilizarse (*modelos White*); (b) los modelos en que los móviles no consiguen mantenerse inmóviles y los inmóviles no logran movilizarse (*modelos Goodman*); y (c) los modelos en los que los móviles logran mantenerse inmóviles y los inmóviles consiguen movilizarse (*modelos Boudon*) (Cachón, 1989). El común denominador de estos tres modelos, más allá de la variación de los métodos estadísticos y técnicas analíticas empleadas en los mismos, es la orientación hacia el conocimiento de los patrones de reproducción y movilidad social a través de una aproximación a la estructura *latente* de la matriz de movilidad.

Si bien la propuesta de un modelo general y teoría formal desarrollada en la obra de Boudon (1973), fue bien recibida por autores tales como Lipset, quien ha dicho que se trata de la puerta de entrada a la madurez de la teoría sociológica científica (Cachón, 1989, p. 317), además de una contribución innovadora (Tréanton, 1975) y excepcional (Girod, 1977) que conforma el aporte más significativo a la disciplina de la sociología desde la aparición de la obra de Durkheim *El suicidio* (Lautman, 1975), con un impacto formidable a nivel de su traducción y dedicación de números monográficos en revistas especializadas (Cachón, 1989), no fueron escasos los detractores que le opusieron resistencia definiendo posiciones críticas frente a la contribución boudoniana (Darbel 1975, Hauser 1976, Rossi 1982). A modo ilustrativo, destaca la que realiza Carabaña en un trabajo de finales de los años 90 sobre la sociedad española y que apunta a la tesis de que la educación no ejerce influencia sobre la movilidad social (paradoja de Anderson):

El problema que este resultado empírico [el de que los hijos varones de obreros, que ingresaron en la Universidad cuando esta ya había crecido y se había masificado, tuvieron las mismas probabilidades que sus padres de convertirse en profesionales] supone para la teoría de la movilidad social es lo que se conoce con el nombre de <<paradoja de Anderson>>: aumenta la igualdad educativa pero no aumenta la movilidad de clase. Boudon (1973) [1983a] presentó una solución de la paradoja en términos de devaluación de los títulos. Ahora bien, con datos de la ESD se muestra que los títulos universitarios apenas se han devaluado (Carabaña, 1996a). La solución a la paradoja es que en realidad no existe: tampoco la igualdad de acceso a Facultades y ETS ha aumentado apenas. (Carabaña, 1999, p. 231)

La línea de investigación desarrollada por Bowles y Gintis, que se inscribe dentro de la denominada *teoría de la correspondencia*, ha realizado aportes relevantes a la tesis de la prevalencia de pautas de reproducción social en la sociedad. La hipótesis central de la que parten estos autores afirma la existencia de una *correspondencia* entre las relaciones sociales que se (re)producen en la familia y el sistema escolar, por un lado, y las relaciones sociales que tienen lugar en el sistema de producción, por el otro, correspondencia que culmina definiendo la reproducción social mediante la asignación de los/as hijos/as de progenitores de clase burguesa a su propia clase y la descendencia de progenitores de clase obrera a la misma (herencia social). En palabras de Bowles y Gintis (1976), los “principios de correspondencia” constituyen el recurso que responde a la interrogante sobre los factores que explican las posiciones que los agentes ocupan

en la estructura de clase social y esto puesto que “las relaciones sociales de la escuela y de la vida familiar corresponden a las relaciones sociales de producción” (1976, p. 84, como se cita en Echeverría Zabalza, 1999, p. 102).

Para comprender cabalmente la propuesta teórica de estos autores, conviene contextualizar el trabajo de investigación desarrollado por Bowles y Gintis (1976). La investigación de estos autores sobre la relación entre sistema educativo, vida familiar y relaciones sociales de producción, tiene lugar en un contexto en que la educación evoluciona durante un período excepcional de la historia intelectual, en el que estudiantes de todo el mundo se rebelaron contra la represión ejercida a través de las instituciones educativas y en el que los teóricos de la economía perfeccionan la *teoría del capital humano*, la cual queda depurada de todo vestigio de sedición y coacción represiva (McCrate, 1996, pp. 2-3). De acuerdo con McCrate (1996), el problema que identifican Bowles y Gintis en la base de la teoría del capital humano reside en que esta omite un rasgo esencial del trabajo, esto es, la distinción entre mano de obra (*labour*) y fuerza laboral (*labour power*), de forma que oculta la relación asimétrica entre capital y trabajo, suprimiendo el concepto de clase social del lenguaje de los economistas (Bowles y Gintis, 1976). En consecuencia, la *teoría neoclásica de la economía* resulta inadecuada y desprovista de fundamentos para ofrecer una explicación idónea a las relaciones sociales que tienen lugar en las instituciones escolares, a la estructura salarial y a la evaluación de las capacidades y habilidades personales desarrolladas en el mercado laboral (McCrate, 1996, p. 3).

En contraste, la teoría de la correspondencia propuesta por Bowles y Gintis (1976) recupera la diferenciación original establecida por Marx entre mano de obra y fuerza de trabajo, donde la primera es entendida como el nivel más elevado de rendimiento que el capitalista puede extraer de su trabajador; como lo especifican, en el marco de una relación de empleo el trabajador se compromete y acepta el horario definido por la empresa o patrón, sin embargo, la mano de obra (*labour*) o el trabajo efectuado por el trabajador se encuentra en función de dispositivos de dominación y control inherentes al mercado de trabajo y a la estructura política y social de la empresa. El corolario de este razonamiento desarrollado Bowles y Gintis, resulta esclarecedor en la interpretación que McCrate hace del mismo, al señalar que, debido al conflicto político entre trabajadores y propietarios empleadores respecto de la extracción de mano de obra de la fuerza laboral, estos últimos (los propietarios) valorizan las características *adscriptivas* de los trabajadores, tales como raza, sexo, edad, conducta (comportamiento) y credenciales. Esto divide el plantel del personal de trabajadores, inhibiendo el desarrollo de la solidaridad entre los mismos, es en este sentido que, las credenciales educativas legitiman la desigualdad mediante la

provisión de un mecanismo aparentemente meritocrático, abierto, y objetivo de asignación de los individuos a posiciones ocupacionales desiguales (Bowles y Gintis, 1976, como se cita en McCrate, 1996, p. 3).

El modelo propuesto por Bowles y Gintis afirma que el modo en que se estructuran las relaciones sociales de la educación a través de la organización, ramificación y jerarquización de su red administrativa e instructiva —apoyadas en una estratificación según capacidades y destrezas, mecanismos de premiación, incentivos y una autoridad que se plasma en normas—, coincide con la forma en que se hallan estructuradas las relaciones sociales de producción. Como resultado se obtiene un contingente de educandos que cuentan con una “mayor capacidad de decisión sobre normas interiorizadas para quienes se situarán luego en lo alto de la jerarquía social, y obediencia y respeto a las normas para los que vayan a estar en su base” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 102), o bien, como llanamente sostienen Bowles y Gintis, “de esta manera [es decir, mediante el proceso recién descrito] las escuelas tienden a desarrollar en los estudiantes los rasgos correspondientes a los que se exigen en los puestos de trabajo” (1976, p. 84, como se cita en Echeverría Zabalza, 1999, p. 102). Es en el marco de su función estratificadora, que supone la determinación de las futuras posiciones en la jerarquía ocupacional y estructura de clases sociales, que el sistema escolar despliega su “principio de correspondencia”.

En este sentido, el principio de correspondencia en el dispositivo institucional escolar se ejemplifica, según McCrate, por medio de las escuelas que no se limitan a enseñar “más” o “menos”, sino que enseñan diferentes cosas a diferentes personas (1996, p. 3). En las escuelas de clase trabajadora los estudiantes son estimulados y recompensados por sus avances en el aprendizaje de memoria (memorización) y observación de las normas, mientras que en las escuelas de familias de profesionales y directivos los estudiantes son motivados y reconocidos por su creatividad y pensamiento independiente. Para la mayoría de los estudiantes, estas conductas resultan imprescindibles para alcanzar un puesto de trabajo seguro en sus posiciones ocupacionales adultas (p. 3). La conclusión política clave de la obra de Bowles y Gintis (1976) se deduce del principio de correspondencia, esto es, que solo una transformación democrática de la economía puede proveer el fundamento para una significativa y sustentable reforma educativa (1996, p. 3).

Los modelos de socialización que se ponen en marcha en el sistema escolar como en las familias, inclusive al interior de una misma institución escolar o familia, resultan ser muy diferentes entre sí, teniendo uno que hablar por tanto de “modelos diferenciales de socialización”, cuyo origen tiene lugar en el hecho de que “los objetivos educativos y los planes de los administradores, profesores

y padres así como la respuesta de los estudiantes a los diversos modelos de enseñanza y control, *difieren* según la clase social de los estudiantes” (Bowles y Gintis, 1976, p. 86, como se cita en Echeverría Zabalza, 1999, p. 102). A ello se suma la desigualdad económica de los orígenes familiares de los alumnos que funciona como refuerzo de dichas diferencias (Echeverría Zabalza, 1999). Por tanto, conjuntamente con el sistema educativo (escuelas), la familia constituye la otra institución cuya estructura económica y de relaciones sociales influyen y moldean las preferencias —y, por tanto, las futuras posiciones de clase— de los individuos (Gintis, 1974). Cobran así relevancia las formas de dominación que Bowles y Gintis retratan al interior de cada una de las instituciones que emplean esquemas de dominación basados en *prácticas* orientadas a transformar algunos aspectos de la realidad social (*practises*) y lugares específicos que emplean conjuntos de reglas sociales (*sites*); por ejemplo, los lugares de trabajo, las escuelas, las familias, los estados democráticos liberales. Las prácticas (*practises*) tienen la cualidad de ser trasladadas desde un lugar (*site*) hacia otro, desde la familia a la escuela o de estas hacia el lugar de trabajo, en la medida que los individuos buscan ampliar el rango de aplicabilidad de las prácticas que les favorecen (McCrate, 1996, p. 9).⁴ Es el caso de la familia que en tanto *locus* “se encuentra estructurada en torno a reglas que establecen varias definiciones del trabajo y distribución de autoridad y bienes entre sus miembros” (1996, p. 8).

Bowles y Gintis (1976) van a reivindicar al análisis y los hallazgos obtenidos por Melvin Kohn en su artículo de 1959 publicado en la *American Sociological Review* bajo el título de “Social Class and the Exercise of Parental Authority”, en el que se ofrece evidencia robusta del cumplimiento del principio de correspondencia entre la socialización de los miembros menores de edad y las relaciones sociales de producción que caracterizan el trabajo del jefe de familia. Como llega a afirmar Echeverría Zabalza al referirse a la concepción de la familia plasmada por Bowles y Gintis, esta “está dominada por el hombre, tiene estructuras de poder y mando en función de la edad y el sexo, y reproduce, en definitiva, los elementos fundamentales de la ordenación jerárquica que se da en la empresa” (1999, p. 103). No habrá que olvidar que dicha reproducción es diferencial entre las familias, en cuanto que la educación en valores y prácticas durante el proceso de socialización de los miembros más jóvenes de la familia también resulta ser diferente entre familias; como se ha dicho más arriba, los

⁴ Un buen ejemplo de la traslación de las *prácticas* de un lugar a otro, reside en el análisis temprano que de la enseñanza desarrollan Bowles y Gintis (1976), en el cual hallan que la reproducción del capitalismo no tiene lugar única y exclusivamente en *lugares* tales como el mercado de trabajo, sino también en instituciones como la familia y el estado.

valores transferidos por progenitores de *familias de clase alta* giran en torno a la estimulación de la curiosidad, el gobierno de sí mismo y la felicidad, mientras que en el caso de los progenitores de *familias de clase baja* se focalizan en torno a la disciplina, el respeto, la subordinación, decencia e higiene (Bowles y Gintis, 1976, p. 88).

1.7. Algunas contribuciones a la discusión de la movilidad social en España y América Latina

VII) Mi revisión del estado de debate y conocimiento sobre la movilidad social en el ámbito iberoamericano incluye España, Chile, México y Uruguay, que conforman parte principal de los casos bajo estudio. En el caso de España, el gran salto histórico en las oportunidades de ascenso social masculino no ocurre sino hasta inicios de la década de 1990, tal y como lo registra Echeverría Zabalza (1999) con base en los datos CASMIN de la encuesta ECBC de 1992. Para Martínez-Celorrio y Marín Saldo:

La reactivación económica desde mitad de los años 80, el programa modernizador de la socialdemocracia gobernante y el ingreso en Europa, entre otras causas, posibilitaron un desarrollo inédito de las oportunidades de ascenso social intergeneracional [de los varones] (42%), situándose muy por encima de la media europea masculina del 33%. (2012a, p. 29)

Martínez-Celorrio y Marín Saldo (2012a) trabajan con una muestra de 4,500 individuos del CIS y constatan para ambos sexos, según la matriz CASMIN, un ascenso social del 36.9%, un tanto más elevado también que la media europea. Por lo tanto, la estructura social de la sociedad española se ha sobrepuesto a su retraso original con respecto al contexto de países europeos, incrementando la movilidad social ascendente en el primer lustro del año 2000 gracias a la inercia acumulada y la bonanza económica. Los estudios previos sobre movilidad social relativa (fluidez social) en España (Carabaña, 1999; Echeverría Zabalza, 1999; Marqués y Herrera, 2010), han constado la tesis de la fluidez social constante que explica cómo esta aumenta una vez logrado el cambio de la sociedad agraria a la industrial, para estabilizarse en el período industrial como en la actual fase posindustrial, mostrándose constante en los últimos treinta años (período 1975-2005, aproximadamente). Con independencia de los cambios en la movilidad absoluta producida por los ciclos económicos, la fluidez social, esto es, la influencia *net*a de los orígenes (O) sobre los destinos (D) de clase permanece, según estos estudios, constante y estancada en el período antes refe-

rido. Sin embargo, cabe recordar que los tres estudios citados están restringidos a la población masculina y no acaban de capturar la gran transformación de igualación y fluidez social que supone la incorporación laboral de la mujer y su emancipación por la vía educativa. De ahí que el único análisis que incorpora varones y mujeres (Martínez-Celorrio y Marín Saldo, 2010a), haya refutando la tesis de la fluidez constante, al menos, para el caso de Cataluña.

Previo a la introducción del desarrollo de los estudios de estratificación y movilidad social en América Latina, conviene tener en cuenta una diferenciación contextual sustantiva entre el análisis de la estructura y movilidad de clases en las sociedades desarrolladas de economía avanzada europeas y norteamericana y el que puede desarrollarse en las sociedades latinoamericanas. El desarrollado en las primeras se ha caracterizado por su sistematicidad, asumiendo como criterios centrales el control de los medios de producción, los recursos intelectuales y el trabajo de terceros con base en los cuales se han definido los esquemas y estructuras de clases sociales (Erikson y Goldthorpe, 1993; Goldthorpe, 1980; Wright, 1985, 2000) (Portes y Hoffman, 2003). En contraste, el análisis de la estructura y movilidad de clases en América Latina se ha visto en la necesidad de considerar la alta proporción de población, cuyas actividades quedan englobadas bajo lo que se conoce como sector informal o, en palabras de Portes y Hoffman (2003), aquel contingente que “no ha sido incorporado a relaciones de trabajo legalmente reglamentadas e insertas integralmente en el mercado de productos, sino que sobrevive en la marginalidad, desarrollando una gran variedad de actividades económicas de subsistencia” (Portes y Hoffman, 2003, p. 10). Un claro ejemplo es lo que acontece con la definición de la clase obrera, o proletariado, de naturaleza relativamente homogénea en las sociedades desarrolladas de economía avanzada, mientras que en las latinoamericanas resulta fragmentada y heterogénea debido a su “incorporación imperfecta a una economía plenamente monetarizada y reglamentada legalmente” (2003, p. 10).

Ahora bien, pueden distinguirse dos generaciones de estudios sobre estratificación y movilidad social en América Latina. La *primera generación* de trabajos desarrollados durante los años 50, 60 y algunos hasta entrados los años 70 (i.e. Costa Pinto, 1956, 1959; Chaplin, 1968; Germani, 1963; Hutchinson, 1962; Labbens y Solari, 1961; Solari, 1956; Whetten 1962), estuvo influida por líneas de análisis pioneras que sirvieron de referentes y fueron desarrolladas para el análisis de la movilidad social de las sociedades industrializadas de economía avanzada (e.g. Duncan, 1961, 1966; Glass, 1954; Kahl, 1957; Lipset y Bendix, 1959). Esta primera generación de trabajos se concentró en analizar los efectos del desarrollo económico y productivo iniciado con la instalación del modelo de

desarrollo ISI y la posguerra. El foco del análisis de la movilidad recayó entonces en lo que podría resumirse, siguiendo a Filgueira (2001, 2007), como (a) los procesos de industrialización, (b) la urbanización, (c) el descenso de los niveles de ocupación del sector primario y (d) la expansión educativa.

A estos se sumaron aquellos estudios centrados en (e) la salarización de la PEA y (f) la reducción del sector de actividades rurales incentivada por la migración campo-ciudad, procesos todos que estimularon el ascenso de clase social cuando el estudio de la movilidad se concentraba en los cambios de la movilidad forzada o estructural. Además de la industrialización, entre los procesos que fueron identificados por los estudios de la primera generación como promotores de los cambios estructurales y la movilidad social ascendente experimentada, se encuentran (i) la ampliación del sector servicios, (ii) las transformaciones en las pautas demográficas y reproductivas (ampliación de las diferencias en los niveles de fecundidad entre estratos) y (iii) la expansión de los aparatos estatales, redes administrativas públicas (burocracia), empresas de servicios y productivas estatales, así como la de las redes de administración de la seguridad social (Filgueira, 2001).

Una *segunda generación* de trabajos sobre estratificación y movilidad social en América Latina, desarrollados durante la década de 1970 e inicios de la de 1980, visibilizó incluso más los efectos de las transformaciones estructurales sobre las oportunidades de movilidad social. Así, por ejemplo, el trabajo de Pastore (1979) evidencia el impacto favorable que tuvieron los cambios en la estructura productiva de la sociedad brasileña sobre el ascenso social intergeneracional, mediante la incentivación del empleo, la conformación de nuevas clases medias asalariadas y de una clase obrera urbana y moderna resultante de los procesos de industrialización, urbanización y modernización estatal (Filgueira, 2001, p. 14). Los trabajos de la segunda generación se encargaron de subrayar y confirmar el tenor problemático del cambio estructural —como por ejemplo, la insuficiente capacidad del mercado laboral urbano para absorber a la fuerza laboral proveniente de hogares pobres urbanos como a los llegados del medio rural— y de las conclusiones optimistas que se desprendían del análisis de la movilidad entendida como movilidad estructural, poniendo de relieve que en realidad el ascenso social resultaba ser significativamente más bajo del que se informaba, una vez controlados (aislados) los efectos de los cambios de posición de clase inducidos por las transformaciones estructurales (en las estructuras ocupacional y demográfica); en otros términos, la movilidad ascendente de tipo circulatoria era más reducida que la movilidad ascendente estructural, generada por los cambios experimentados en la estructura social. Otro estudio relevante de esta generación fue el desarrollado por Filgueira y Geneletti (1981), cuyos aportes

claves constituyeron el evidenciar las dificultades que enfrentaba la expansión de las clases medias y enfatizar la relevancia que recubría el enfocar el análisis de las variaciones en los tamaños de determinadas clases sociales al interior de una estructura social más amplia (Solís, Benza y Boado, 2014). Entre los estudios de esta generación además de los referidos destacan los de Balan, Browing y Jelin (1973), Beccaria (1978), Do Valle Silva (1978, 1979), Filgueira (1976), Llach (1978), Muñoz, De Oliveira y Stern (1977) y Raczynski (1971, 1974).

Durante los años 80 y 90, la atención en el estudio sobre movilidad social en Latinoamérica decrece, recuperándose el interés por el mismo hacia fines del siglo XX e inicios del XXI (Solís et al., 2014). Un conjunto de trabajos destacan en esta etapa de la *tercera generación*, entre los que se encuentran los de Costa Ribeiro (2003), Pastore y Do Valle Silva (2000) y Scalon (1999), para el caso de la sociedad brasileña, Jorrot (2000) para el de argentina, Espinoza (2002, 2006), Torche (2005, 2007) y Torche y Wormald (2004, 2007) para el chileno, Boado (2003, 2008, 2010) para el uruguayo, Cortés y Escobar (2005), Cortes, Escobar y Solís (2007) y Solís (2002, 2010), para el de México; y Portes y Hoffman (2003) para América Latina desde una perspectiva regional comparada, entre otros. Esta serie de trabajos que conforman una nueva generación de estudios de la movilidad social asumieron diferentes perspectivas y formas de abordajes motivadas por “el interés en indagar la movilidad que ocurre más allá de los cambios en la estructura ocupacional, en diálogo con desarrollos conceptuales y metodológicos de los países anglosajones” (Solís et al., 2014, p. 15), lo que no supuso una pérdida de la influencia ejercida por el paradigma estructuralista, la cual se conservó a través de la producción de literatura analítica de la CEPAL, cuyo “eje de preocupación central fue la evolución de la estructura ocupacional y las dificultades para la creación de empleos no manuales de calidad que ofrezcan oportunidades *efectivas* de ascenso social” (2014, p. 15).

Con base en lo expuesto, cabe puntualizar que a partir de un análisis comparado de movilidad social intergeneracional para el caso **chileno** —pero también para el mexicano— y con implicaciones extensibles a otros casos de la región latinoamericana, Torche (2007) identifica patrones de movilidad social caracterizados por la existencia de sólidas barreras para el ascenso social hacia las clases sociales y niveles educativos más altos, lo que refuerza la reproducción social de posiciones de clase y bienestar de una generación a otra. El objeto de su investigación, a diferencia del de Beller y Hout (2006) que también integran al caso chileno, es el de demostrar la tesis de que la movilidad social intergeneracional en la región latinoamericana contribuye a mantener y generar cohesión social. A partir de su estudio, sabemos que la movilidad social intergeneracional es una garantía para proveer oportunidades de ascenso social igualitario al conjunto

de ciudadanos, incluso en las sociedades que se caracterizan por altos niveles de desigualdad social.

De las cuatro dimensiones en las que se adentra el análisis de la autora, a esta investigación interesan principalmente dos; a) la de la movilidad y fluidez social y b) la de la movilidad de bienestar económico, entendida como la asociación entre los recursos materiales de los padres (posiciones de origen) y el bienestar material de los hijos/as derivado del logro ocupacional (posiciones de destino). Con base en la investigación de la autora, esta investigación formula hipótesis específicas sobre los casos chileno y mexicano bajo estudio factibles de contrastación empírica. Torche (2007) identifica un patrón de movilidad claro en los dos casos latinoamericanos, el que se caracteriza por mostrar sendas dificultades para la movilidad ascendente hacia las clases sociales más favorecidas, lo que se explica por una fuerte herencia de posiciones que tiende a reproducirse entre generaciones. Para Torche, este patrón es un aspecto propio de sociedades tardíamente industrializadas, hipótesis que se revisa en esta investigación. En este sentido, el *insight* que aporta la autora conduce a hipotetizar la existencia de diferencias observables entre los casos europeos respecto a los latinoamericanos que aquí se estudian.

El análisis desarrollado por Azevedo y Bouillon (2009), en una línea rayana a la de Torche (2007), reúne evidencia empírica suficiente para afirmar que la movilidad socioeconómica es comparativamente baja en la región, incluso cuando se la compara con países desarrollados que poseen regímenes de movilidad (patrón de movilidad social en un período de tiempo) reducida; Estados Unidos y Reino Unido, por ejemplo, son exponentes por antonomasia del régimen liberal que exhiben niveles elevados de inmovilidad en el extremo superior e inferior de sus respectivas estructuras distributivas de ingresos. De este modo, no es ajeno al análisis que desarrolla Azevedo y Bouillon la asociación entre perfiles de los regímenes de bienestar y niveles de movilidad socioeconómica. No obstante, en contraste con lo expuesto por Beller y Hout (2006), Azevedo y Bouillon van a sostener que una mayor igualdad en el modo en que se distribuyen las oportunidades educativas en el pasado reciente de América Latina, lo que contribuye a desrigidizar la estructura de movilidad educativa, ha significado una movilidad social más alta, especialmente para las cohortes más jóvenes.

Sin duda, Chile constituye también un caso de debate en cuanto a movilidad si se comparan las conclusiones a las que arriba Torche (2007), con las que ofrece el estudio de Azevedo y Bouillon (2009). El estudio de estos últimos profundiza en la identificación de los determinantes que explican los bajos niveles de movilidad socioeconómica en la región latinoamericana sobre una muestra de 19

países, entre los que se cuentan los tres incluidos en este estudio (Chile, México, y Uruguay). Azevedo y Bouillon finalizan ofreciendo un panorama general de los principales determinantes de los bajos niveles de movilidad socioeconómica existentes en América Latina, las que incluyen explicaciones tentativas basadas en un bajo acceso a los niveles superiores de educación (universitaria), en la segregación que produce el mercado de trabajo y en factores inherentes a la situación de exclusión social, tres fenómenos de fuerte incidencia combinada en la región no considerados en el estudio de Torche (2007).

En cuanto a **México**, se han llevado a cabo iniciativas de éxito en la investigación sociológica y monitoreo de la movilidad social, como la desarrollada por el Centro de Estudios Espinosa Yglesias (CEEY). El estudio de la movilidad social en el caso mexicano ha sido, ante todo, el de las dinámicas que imperan en el mercado de trabajo, destacando por la calidad de sus aportes el desarrollado por Escobar (1993, 1995) y Escobar y Cortes (2002). Los aportes desarrollados por estos autores, se inscriben dentro de los estudios de movilidad de *nivel analítico sistémico*, en contraste con los de tipo *institucionales* o *estructurales*, a razón de que partían de un concepto amplio sobre mercado laboral que condiciona fuertemente, cuando no determina, la estructura social (Boado, 2008). Este modo de aproximarse al fenómeno de la movilidad social, se encontraba influenciado por una coyuntura nacional en México caracterizada por la reestructuración económica neoliberal, iniciada en la década de 1980 e intensificada en la de 1990.

El estudio empírico de la movilidad social en México también estuvo influido en varias investigaciones relevantes para este estudio, por autores provenientes de la *teoría de la similitud* entre naciones. Es el caso del trabajo de Escobar (1995) en el que se analiza la movilidad como reproducción social a partir del uso de matrices de ventajas relativas o razones de probabilidades (*odds ratio*) y tasas de disparidad. Escobar se inspira en el análisis de movilidad intergeneracional e intrageneracional que desarrolla Goldthorpe en su estudio de 1980, aplicándolo a la movilidad social de trabajadores de diferentes estratos sociales pertenecientes a la metrópolis de Guadalajara, en Jalisco, México (Boado, 2008). A pesar de ello, Escobar deja fuera el análisis más profundo del régimen de movilidad social en su conjunto, no obstante, es gracias a su estudio que se conoce el efecto que generan los cambios macroeconómicos sobre los logros ocupacionales de los individuos y el modo en que las diferencias en la movilidad intrageneracional entre estratos ocupacionales, depende de los ciclos económicos de crecimiento y crisis (Boado, 2008). Dependencia que, es sabido se hace más intensa en el caso mexicano cuando se introducen variables transversales como la de género y etnia al modelo explicativo. En este sentido, Escobar

constata que las diferencias se acentuaban cuando se comparaban varones con mujeres, lo que el autor explicó como el resultado del impacto que los cambios económicos ejercieron sobre el mercado laboral mexicano.

En **Uruguay**, no se han desarrollado estudios sobre movilidad social a partir de relevamientos de información bajo la forma de sondeos sistemáticos y específicos hasta el realizado por Boado en el año 1997. El estudio de la movilidad social en este país, ha dependido de fuentes de datos secundarias cuyo diseño no siempre iba en sintonía con la información necesaria para el análisis óptimo del fenómeno de la movilidad social. Así, las principales fuentes de la que se han valido los investigadores, han sido los censos nacionales de población y las encuestas continuas de hogares. La presente investigación se basa en datos primarios específicos sobre movilidad social, recuperados, confeccionados y provistos por el investigador Marcelo Boado, lo que hace de esta investigación una oportunidad única para desarrollar análisis específicos de movilidad intergeneracional para la sociedad uruguaya.

Uruguay es una de las sociedades latinoamericanas con una tradición en el estudio de la movilidad que puede considerarse como *intermedia*; entre la fuerte tradición de investigación en materia de investigación en la estratificación y movilidad social que caracteriza a Chile y Brasil y la desarrollada en países como México y Argentina, a pesar de los avances que ha tenido el estudio de la movilidad social en estos últimos (Boado, 2008). Entre los antecedentes más destacables de la tradición uruguaya en materia de movilidad social, se cuentan los trabajos de Filgueira (1973), Labbens y Solari (1961), y más recientemente Boado (2003, 2008, 2010). Labbens y Solari abordan la movilidad intergeneracional focalizando su análisis en la capital del país (Montevideo) e inspirados en una línea clásica que supone el estudio detallado de las matrices de transición de la movilidad social, analizando las tasas de movilidad absoluta e interpretando los coeficientes de Glass (1954). Su análisis, si bien de gran valor, no logra trascender ese primer nivel analítico, debido a que el uso de modelos log-lineales y técnicas de análisis multivariante (e.g. análisis de senderos, discriminante, conglomerados jerárquicos, correspondencias simples y múltiples y escalamiento multidimensional) no estaban en ese momento muy difundidas al interior de la investigación de la movilidad social.

Por su parte, Filgueira (1973) se focalizó en desentrañar la relación existente entre educación y procesos de crecimiento y desarrollo económico en Uruguay, lo que supuso un abordaje a nivel macrosocial, sin que ello implique que su análisis quedase circunscripto *stricto sensu* a la forma de una investigación específica sobre movilidad social. La especificidad, rasgos y naturaleza de la movilidad social de la sociedad uruguaya comienza a ser conocida a partir de estos

trabajos, en virtud de los cuales se pudo conocer que en el país la estructura de clases y la movilidad social se retraen, en la medida que las oportunidades ocupacionales y de ingresos no se distribuyen conforme a los diferentes niveles educativos alcanzados por las generaciones más jóvenes. Al mismo tiempo, se llega a la conclusión de que el tipo de movilidad que tiene lugar en la sociedad uruguaya, se halla fundamentalmente ligada a los *movimientos cortos* entre posiciones ocupacionales, pauta que se constata con mayor claridad entre los sectores ocupacionales medio-bajo y bajo (Boado, 2008). Ambos estudios, Filgueira (1973) y Labbens y Solari (1961), hallaron que la sociedad uruguaya evidencia una movilidad social ascendente que disminuye con la retención de las posiciones de origen (inmovilidad). Este fenómeno responde a un retraimiento de la estructura ocupacional, dada la absorción y asalarización que efectúa el mercado de trabajo de inmigrantes internos que se desplazan del medio rural al urbano (Boado, 2008). La presente investigación se encamina a la generación de evidencia empírica que sume hallazgos originales y más recientes a los alcanzados por las referidas investigaciones.

CAPÍTULO II

Régimenes de bienestar en el contexto europeo y latinoamericano

2. El concepto de regímenes de bienestar en América Latina

2.1. La aplicación del concepto de *regímenes de bienestar* en América Latina

El uso del concepto “régimen de bienestar” posee dos contextos de aplicación, el europeo de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), y el latinoamericano de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). El concepto de “régimen de bienestar”, punto de partida de varios estudios comparativos desarrollados por la OCDE, ha mostrado ser “apropiado para analizar las relaciones cambiantes entre política social, modelos económicos y estrategias domésticas” (Barba, 2004, p. 9).

Como señala Barba, el concepto que ha sido elaborado por Esping-Andersen (1987) y aplicado en los estudios de la OCDE, permite entender que “en el terreno del bienestar los procesos de articulación entre lo local y lo global han sido heterogéneos como resultado de los paradigmas que han servido de referencia para tomar decisiones y del peso diferencial de los distintos actores políticos” (2004, p. 9), proceso que ha dado lugar en ambos contextos a:

Desiguales niveles de desmercantilización de la política social, alcances discordantes de los derechos sociales, estatutos distintos de ciudadanía social, situaciones diferenciales en los mercados de trabajo para diferentes tipos de asalariados, grados dispares de desigualdad, exclusión y pobreza y, por supuesto, impactos desiguales en las estructuras sociales de diversos racimos o *clusters* de países. (Barba, 2004, p. 9)

2.2. Desafíos a la extrapolación de la clasificación de regímenes de bienestar a la realidad latinoamericana

Considero relevante rescatar el llamado que efectúa Barba (2004) para ejercer una vigilancia epistémica en el uso del concepto de régimen de bienestar. La precaución a la que invita el autor se funda en la frecuente práctica de aplicar mecánicamente a los países latinoamericanos, la tipología de regímenes de bienestar desarrollada en y para los estudios comparativos de las economías avanzadas de Europa y Norteamérica.

Esta forma de aplicar la tipología al contexto latinoamericano, ha llevado a afirmaciones reduccionistas y difíciles de sustentar, tales como que en América Latina el régimen de bienestar representativo en la región se aproxima al régimen corporativo (conservador) europeo, que más tarde experimenta un corrimiento —producto de las reformas sociales y económicas— hacia el modelo residual o liberal anglosajón (Barba, 2004). Afirmaciones de esta naturaleza deben evitarse, a razón de que parten de tres premisas que resultan inadecuadas: a) la creencia de que es posible la extrapolación y aplicación automática de las tipologías de los regímenes de bienestar de las economías occidentales desarrolladas a la realidad de los casos latinoamericanos; b) la creencia de que puede hablarse de la región como una reificación que presenta una realidad homogénea, como si de un todo se tratase, que invisibiliza las diferencias entre países; y c) la creencia de que la aplicación de las agendas de reforma social y económica semejantes y afines a los distintos contextos latinoamericanos, producen resultados también semejantes en todos ellos (Barba, 2004).

Pueden vislumbrarse en el trabajo de Filgueira (2001) las críticas a las premisas de la aplicación mecánica de las que habla Barba (2004). Filgueira observa que, con independencia de los procesos de reforma de los sistemas de seguridad social que tuvieron lugar en América Latina, es posible constatar que las modalidades que adoptan los países latinoamericanos para garantizar protección social a sus miembros, poseen una influencia diferencial en la constitución de los sistemas de estratificación y las chances de movilidad social entre países y regímenes de bienestar (2001, p. 43). Esta observación se corresponde con la segunda premisa (b) que también critica Barba (2004). De igual forma, Filgueira subraya que los estudios empíricos que emplean las tipologías de regímenes de bienestar aportan “suficiente evidencias acerca de las consecuencias divergentes que tienen los modelos de seguridad social de tipo liberal, conservador-corporativo, socialdemócrata, sobre la estratificación y los alineamientos sociales” (2001, p. 43), observación que entra en sintonía con la tercera premisa (c) a la que critica Barba (2004).

Cabría recordar entonces que el Estado nacional de bienestar de los países aunados en torno a cada régimen de bienestar, es en sí mismo y mediante sus políticas sociales, un sistema de estratificación social a la vez que un mecanismo de intervención correctiva que opera sobre la estructura de las desigualdades (Esping-Andersen, 1990, p. 23), constituyendo en este sentido “una fuerza activa en el ordenamiento de las relaciones sociales” (1990, p. 23). Este último punto es central en la medida que advierte de una práctica frecuente en las ciencias sociales, consistente en concebir al Estado de bienestar solamente como un mecanismo de intervención, omitiendo su función por derecho propio de ejercer la estratificación de lo social. Aun así, hay un segundo fundamento que justifica la importancia de concebir a cada régimen de bienestar como un sistema de estratificación específico y diferenciado, a saber, que estos son identificables en tanto histórica y comparativamente es posible identificar sistemas alternativos de estratificación social, lo que ha permitido precisamente el desarrollo de la clasificación de los regímenes (Esping-Andersen, 1990, p. 23).

Retomar las tres premisas (a) (b) (c) sobre las que se apoya la aplicación acrítica y mecánica de la tipología de regímenes de bienestar a las sociedades latinoamericanas, originalmente pensadas para sociedades europeas de economía avanzada, permite profundizar en las diferencias que separan a unas y otras sociedades. Cuando se sostiene que en América Latina el régimen de bienestar es similar al modelo conservador europeo o al modelo residual anglosajón, se omiten aspectos fundamentales que marcan distancias entre contextos. Como señala Barba con relación a la primera de sus premisas (a), la aplicación mecánica de las tipologías resulta inapropiada “porque en términos generales no se puede hablar de la existencia y continuidad de Estados de bienestar en América Latina” (Barba, 2004, p. 13) en el sentido de que “con muy escasas excepciones no han prevalecido de manera duradera la democracia, ni se han garantizado todos los derechos civiles o políticos, o se han desarrollado los derechos sociales para toda la población” (2004, p. 13). Adicionalmente, tampoco ha sucedido que la clase obrera se haya constituido en “un factor crucial en la evolución de la política social” (2004, p. 13), lo que ha llevado a sugerir para los casos latinoamericanos, la necesidad de hablar de regímenes de bienestar más que de Estados de bienestar.

Asimismo, advierte Filgueira (1998) a quienes persiguen la utopía del cambio por una América Latina próxima al régimen de bienestar socialdemócrata, que “se debe tener en cuenta que no se encuentran presentes en la región [latinoamericana] ninguna de las variables que permitieron la emergencia de ese modelo en los países desarrollados” (1998, párr. 14). Y en el mismo sentido, para quienes respaldan la reforma de las políticas sociales que toman como

referencia el modelo residual (liberal anglosajón) “debe considerarse que ninguna de las condiciones presentes en el mercado y en la sociedad civil de estos países están presentes en nuestra región [latinoamericana]” (1998, párr. 14). Por consiguiente, “los modelos residuales estarán superpuestos a mercados imperfectos, con baja capacidad de incorporación y fuertemente segmentados” (1998, párr. 14).

Se suma a ello el que los niveles de ingreso e industrialización que han caracterizado a las sociedades latinoamericanas y a las europeas del grupo de la OCDE difieren significativamente entre sí, siendo muy altos en las primeras y muy bajos en las segundas (Barba, 2004) en las cuales “los mercados han sido imperfectos, segmentados, oligopólicos o monopólicos y no han favorecido una salarización universal” (2004, p. 13). Sobre este punto, el autor reconoce que si bien se observan algunas modalidades de contrato social que ponen en relación a los trabajadores, patronos y Estado, las cuales se equiparan a modalidades propias del régimen conservador, han generado a la par modalidades caracterizadas por:

Formas de negociación, identidad y movilización políticas basadas en factores regionales, locales, étnicos, religiosos, raciales, etc., que directamente han influido las mezclas que conforman los regímenes de bienestar concretos, así como los beneficios y servicios ofrecidos por las instituciones de los sistemas de prestaciones sociales. (2004, p. 14)

En esta misma línea de cuestionamiento de la primera premisa (a), pueden sumarse una serie de otros elementos que resultan igualmente relevantes frente a la extrapolación directa, mecánica y sin recaudos epistémicos de las tipologías de regímenes de bienestar pensadas para sociedades europeas a las latinoamericanas. Entre esos elementos, se cuenta el hecho de que históricamente la política social en el contexto latinoamericano se ha caracterizado por la integración de elementos de naturaleza distinta frente a los regímenes de bienestar europeos. Es el caso, por ejemplo, de la serie de medidas sociales ajenas a los regímenes europeos de bienestar, como son la concesión de microcréditos, el subsidio al consumo, y la dotación de servicios urbanos (2004, p. 14). Puede agregarse también que los niveles de bienestar social del grueso de la población en las sociedades latinoamericanas, se han ubicado históricamente muy por debajo de los niveles que garantizan las economías avanzadas europeas.

La segunda premisa, según la cual es posible asumir a América Latina como una categoría homogénea, esto es, como un todo representativo de las partes oculta las diferencias que guardan entre sí los países que la conforman. Si bien

la región se caracterizó por “un modo particular de política keynesiana [que] informó buena parte de los modelos de desarrollo en América Latina entre 1930 y el modelo sustitutivo de importaciones articulado teóricamente en el paradigma cepalino” (Filgueira, 1998, s.p.), es preciso notar que:

más allá de esta apreciación general del modelo de desarrollo en la región y de su impacto en los modelos de política social, es imperativo reconocer que existieron y existen enormes variaciones en los sistemas de bienestar en las diversas naciones latinoamericanas. (Filgueira, 1998, párr. 33)

Estas diferencias entre países se expresan en diferentes áreas, como son la cultural, la étnica, la demográfica, pero también se observan en “las dimensiones del producto bruto interno, los procesos de industrialización, y los indicadores sociales” (Barba, 2003, p. 420). Diferencias que se intensifican todavía más en lo relativo al bienestar social, a saber:

- En los *grados de desarrollo de los sistemas de prestaciones sociales*, que puestos en relación con el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) fueron muy significativos para algunos países (Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, México y Uruguay) y rudimentarios o inexistentes para otros (Ecuador, Guatemala, Paraguay y Perú) (Barba, 2004, p. 14; Filgueira 1997, p. 83; Raczynski, 1999, p. 72). Por otro lado, mientras países como Argentina, Costa Rica, Chile y Uruguay crearon sistemas de protección social de tipo universalistas, otros como Brasil y México no lograron trascender el sistema del seguro social limitado (Malloy, 1986).
- En *las trayectorias en materia de la distribución de ingresos y grados de madurez institucional*, como precisa Barba (2004), a partir de la clasificación basada en dos dimensiones (inicios históricos y grados de maduración) de los sistemas de protección social desarrollada por Mesa-Lago (1994), es posible sostener que “no todos los sistemas de prestaciones sociales en América Latina fueron creados al mismo tiempo” (2004, p. 14), por consiguiente, pueden distinguirse entre sistemas “pioneros” (Argentina, Brasil, Costa Rica, Chile y Uruguay) desarrollados a partir de 1920, “intermedios” (Bolivia, Colombia, Ecuador, México, Panamá, Venezuela) desarrollados entre 1930 y 1940 y “tardíos” (El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay, República Dominicana), desarrollados desde 1950 en adelante. Este diferencial en el desarrollo entre los sistemas, acentuó los contrastes en la maduración institucional entre los distintos países, de modo que en el caso de los sistemas pioneros (Argentina, Brasil, Chile y Uruguay), pueden encontrarse

niveles altos de cobertura, mientras que en los países con sistemas intermedios como en México, los niveles son significativamente inferiores (Barba, 2004, p. 14).

- En cuanto a los *niveles de gasto social y las tendencias en materia de ampliación de cobertura*, estudios como el de Barba (2003) y Cominetti y Ruiz (1998), han puesto de manifiesto las amplias disparidades existentes entre países de la región latinoamericana con relación al gasto social. Como precisa Barba (2004), es a comienzos de la década de 1980 que los países que integran el tipo de sistema “pionero-alto” (Argentina, Costa Rica, Chile, Brasil, Uruguay), invertían en promedio 16% del PBI en gasto social, mientras que varios de los países agrupados en torno a sistemas de tipo “intermedio” (Colombia, Ecuador, México, Venezuela, y excepcionalmente Nicaragua), invertían en promedio un 10%. Por su parte, Bolivia, Guatemala, Honduras, Perú y Paraguay, repartidos entre los tipos de sistemas de protección intermedio y “tardío-bajo”, invertían en promedio tan solo un 5% del PBI en gasto social. Los casos polares los componen Chile y Paraguay, con casi un 16% de diferencia entre uno y otro en el desembolso de PBI para gasto social (Barba, 2004). Respecto a las tendencias en la ampliación de la cobertura en bienestar social, países como Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay, que incursionaron en un modelo de corte bismarckiano (expansión gradual de la cobertura), en contraste con aquellos que adoptaron sistemas de rai-gambre socialista como Cuba, consumaron sus sistemas de seguridad social universalistas hacia las décadas de 1960 y 1970 (Barba, 2003, p. 403).
- En los *niveles de pobreza, exclusión social e índices relativos de niveles de vida*, los países latinoamericanos con mayor heterogeneidad etno-cultural —entre los que se cuentan México, Ecuador, Colombia, en contraste con Argentina, Chile y Uruguay— han mostrado niveles más altos de exclusión social que el resto de sus pares latinoamericanos (Barba, 2003, p. 430). Las discrepancias en los niveles de pobreza y desigualdad durante el modelo de desarrollo ISI, son muy claras; en los extremos encontramos en los años 70 a Brasil con un coeficiente de 0.59 y a Uruguay con uno de 0.43.

Con respecto a la tercera premisa, que da fundamento a la práctica de la aplicación directa y casi acrítica al contexto latinoamericano de la clasificación de regímenes de bienestar desarrollada por Esping-Andersen (1987, 1990, 1996, 1999, 2001) para los casos europeos, puede afirmarse que esta resulta inadecuada al sostener que “a pesar de la heterogeneidad reinante en la región, la aplicación de agendas semejantes de reforma económica y social en distintos casos producirá resultados similares” (Barba, 2004, p. 14). Los datos disponibles

muestran que la realidad latinoamericana es muy distinta entre países, grupos de estos y respecto a otras regiones y continentes. En el período que va desde mediados de siglo XX hasta fines de los años 80, en que la mayor parte de los países latinoamericanos transitaron por el modelo de desarrollo económico ISI, la evidencia muestra que, aunque compartiendo un “paraguas económico” común a todos, las distancias y desigualdades resultaron evidentes en materia de procesos de estabilización, ajuste y reforma, tipo de crecimiento, políticas correctivas frente a la crisis económica latinoamericana de 1982, tipo y ritmo de estancamiento y panorama del empleo.

2.3. Pertinencia del análisis comparado de los regímenes de bienestar y movilidad social en América Latina

Previo a ahondar en los niveles de pobreza y desigualdad durante la fase ISI, las preguntas que han de ser respondidas son: ¿Qué relevancia reviste estudiar los regímenes de bienestar asociados a los regímenes de movilidad social? ¿Qué relevancia posee llevarlo a cabo en el contexto latinoamericano? Y ¿qué trascendencia cobra la comparación con el contexto de los regímenes de bienestar europeos? Son tres interrogantes relacionadas con la movilidad social para el contexto específico de América Latina, región históricamente caracterizada por los elevados niveles de desigualdad distributiva del ingreso, puesto en perspectiva comparada con el de las sociedades industrializadas de economía avanzada de Europa.

Para dar respuesta a la primera interrogante, puede apelarse a la investigación de Beller y Hout (2006), en la que parten de la afirmación de la influencia que poseen las decisiones y acciones de los gobiernos en materia de políticas públicas, derechos sociales y sistemas de protección social, sobre el comportamiento de la movilidad social de los países, demostrando que las diferencias internacionales en términos de regímenes de bienestar social y acceso a la educación superior, por ejemplo, se corresponden con el patrón de diferencias internacionales en la fuerza observada en la asociación entre orígenes educativos y de clase y destinos educativos y de clase social. Para estos autores, el vínculo entre regímenes de bienestar social plasmados en el accionar de los gobiernos y regímenes de movilidad plasmados en patrones y niveles, permanece como un gran tema que requiere nuevas respuestas al interior de la investigación comparativa de la estratificación social en ciencias sociales (2006, p. 353). Los autores consideran que hoy en día no está muy clara la relación entre las diferencias internacionales en movilidad social y variables como el crecimiento económico, la naturaleza de la estructura ocupacional y las políticas educativas, entre otros

factores macrosociológicos, lo que no supone en sentido estricto que el crecimiento económico, la desigualdad y la estructura ocupacional como variables exógenas contribuyan bajo toda circunstancia a la explicación de la variación internacional de las tasas y patrones de movilidad social, como lo evidencian los trabajos de Hauser y Grusky (1988) y el propio de Beller y Hout (Beller y Hout, 2006, p. 353). Estos autores consideran que no deben ser concebidas como variables explicativas excluyentes. Concomitantemente, Beller y Hout (2006) subrayan la influencia que posee la acción de los estados nación enmarcados en determinados regímenes de bienestar específicos, sobre la relación entre orígenes y destinos de clase social, mediante la incidencia que posee sobre la desigualdad de resultados (*inequality of outcome*) (Fischer et al., 1996; Korpi, 2003) y esta última sobre la desigualdad de oportunidades (*inequality of opportunity*) para experimentar la movilidad social (Hout, 2004).

La relevancia de emprender la investigación comparada de regímenes de bienestar asociados a los patrones de movilidad social, radica en que supone un aporte al interior de una línea de investigación en la que los resultados parecen no ser todavía categóricamente confirmatorios. Estudios como el de Erikson, Goldthorpe y Portocarero (1983), encuentran que sociedades con regímenes de bienestar socialdemócrata, como resulta ser la de Suecia, devienen en socialmente más abiertas en términos de movilidad social que aquellas con regímenes de liberales, como Reino Unido, o conservador, como Francia. Sin embargo, tras la integración de nuevos casos (países) al modelo de análisis, Erikson y Goldthorpe (1992) afirman que existen dificultades para arribar a conclusiones taxativas. Adicionalmente, estudios como el de Grusky y Hauser (1984), encuentran que en los regímenes de bienestar con perfil socialdemócrata, en comparación con otros, la fuerza de la asociación entre orígenes y destinos de clase social disminuye, mientras que estudios como el de Hout y Hauser (1992) relativizan los hallazgos del estudio de Erikson y Goldthorpe (1992), señalando los inconvenientes derivados de su modelo y las inferencias basadas en su información sobre la naturaleza de la acción de los gobiernos (Beller y Hout, 2006).

En una dirección semejante, el estudio de Hout (1988) concluyen la relevancia de considerar la expansión educativa, en concreto la que experimenta la educación superior, como un factor clave en la explicación del comportamiento de los patrones de movilidad social, centrándose especialmente en el caso del régimen de bienestar anglosajón norteamericano. En la misma dirección, Breen (2004) y Breen y Jonsson (2005) enfatizan la centralidad de considerar las políticas educativas en la construcción de la explicación de la asociación entre orígenes y destinos de clase, basados en la observación de la magnitud con que influye el trasfondo familiar (*family background*) sobre la igualdad de

oportunidades educativas (logro educativo) y el acceso a la educación, capturado este último como la proporción de adultos con educación superior (Beller y Hout, 2006).

La investigación de Hega y Hokenmaier (2002) encuentra evidencia suficiente para un conjunto de 18 sociedades industrializadas que permite afirmar la existencia de una fuerte asociación entre los tipos de regímenes de bienestar social propuestos por Esping-Andersen (1990) (conservador, anglosajón y socialdemócrata) y los perfiles específicos de las políticas sociales en educación. Los autores concluyen que las sociedades industriales de economía avanzada se caracterizan por una variación de sus políticas sociales, entendidas como el tipo y combinación de beneficios y asistencia que ofrecen, en función de los correspondientes regímenes de bienestar. Esta variación de la provisión de bienestar entre las sociedades industriales avanzadas, afecta de forma diferencial la movilidad social. La naturaleza diferencial y específica del suministro de protección al desempleo, seguridad de accidentes laborales, protección en salud, y jubilaciones, entre otras dimensiones de los regímenes de bienestar social, impacta de forma variable sobre los logros de clase y oportunidades de movilidad social de los miembros en sociedad (Hega y Hokenmaier, 2002). En esta dirección, los autores indagan respecto al vínculo entre régimen de bienestar y régimen de movilidad social.

En respuesta a la segunda interrogante, puede sostenerse que estos estudios, cuyos hallazgos enfatizan la relevancia y necesidad de avanzar en la investigación de la relación entre regímenes de bienestar y patrones de movilidad social, han centrado su atención al contexto europeo, relegando a un segundo orden el interés por la investigación de la realidad de los países latinoamericanos. El estudio de Beller y Hout (2006), evidencia el interés —aunque algo marginal— por integrar casos latinoamericanos en el análisis comparado internacional de la relación entre regímenes de bienestar y de movilidad social, pero se limita a un solo caso (Chile); el único sobre el cual disponen de información confiable a la hora de testear sus hipótesis. Una segunda razón de peso que responde a la segunda interrogante, surge de la relación entre desigualdad económica y niveles de movilidad social asociados a la especificidad latinoamericana. La región latinoamericana destaca por ser la más desigual del mundo en términos de distribución del ingreso (IADB, 1999; UN, 2005; Torche, 2007), siendo una problemática de larga data con profundas causas sociohistóricas que se remontan a la exclusión de la población autóctona de origen no europeo, la tardía evolución de la educación formal desde la época de la Colonia y la concentración de la propiedad de la tierra (De Ferranti et al., 2004; Torche, 2007; Torche y Spilerman, 2008). Como señalan Neckerman y Torche (2007),

estos elevados niveles de desigualdad resultan alarmantes, en la medida que impactan negativamente sobre los niveles de salud, inclusión social, crecimiento económico y cohesión social en los países latinoamericanos.

Los altos niveles de desigualdad persistente que muestra la región latinoamericana cuando se la compara con los países industriales avanzados, en términos de ingreso, salud, logro educativo, vivienda, seguridad laboral, no solo constituyen, como señala Solís, “un rasgo que no solo comprende principios básicos de justicia social y afecta a amplios sectores de la población” (Wilkinson y Pickett, 2009, como se cita en Solís, 2014c, p. 207), sino que también “obstaculizan el desarrollo humano y podría ser incluso un lastre para el crecimiento económico” (Wilkinson, 2006, como se cita en Solís, 2014c, p. 207). Adicionalmente, se cuenta con suficiente evidencia para la región latinoamericana que informa de fuertes diferencias entre las clases sociales, en términos de escolaridad e ingresos, y las dimensiones del bienestar social, como la pobreza y los recursos con que cuentan las viviendas (Solís, 2014c). En este sentido, como el mismo autor puntualiza, puede suponerse que las distinciones de clase “son aún un eje importante de la estratificación social en América Latina” (2014d, p. 331), siendo su relación con el bienestar social, como con su gestión y arreglos institucionales que lo hacen posible, un núcleo poco explorado por la investigación sociológica reciente.

El grado de impacto de la desigualdad económica (desigualdad de resultados) sobre la cohesión social, se encuentra afectado los niveles de movilidad social (desigualdad de oportunidades), los que varían y son factibles de ser controlados a través de las acciones de gobierno en materia de políticas públicas activadas en los diferentes regímenes de bienestar. El perfil de las políticas públicas en educación, trabajo, salud, seguridad social, entre otras, que cada régimen de bienestar imprime, influye de forma variable sobre la dependencia intergeneracional del capital de bienestar social y material en los países de América Latina también, esto es, sobre el grado en que los logros en materia de bienestar de los individuos dependen de los recursos de la generación de sus padres. Como se ha afirmado, “las características que asume la movilidad en el mercado de trabajo reflejan también las oportunidades que la sociedad ofrece a sus integrantes de alcanzar un nivel adecuado de bienestar” (Hout, 1988, como se cita en Espinoza, 2014, p. 171). Cada perfil de régimen de bienestar (universalista, dual o excluyente) puede contribuir a atenuar, o bien intensificar, el impacto que la desigualdad económica tiene sobre la cohesión social.

Analizar la relación e incidencia entre regímenes de bienestar —integrando tipos, perfiles, arreglos, instituciones y fases de desarrollo— y niveles y patrones de movilidad intergeneracional, pone luz sobre los caminos a seguir para robus-

tecer la cohesión social a nivel de la región latinoamericana. Su relevancia reside, como señala Torche (2007), en que para una región que se caracteriza por altos niveles de desigualdad económica, lograr un bajo nivel de rigidez social y uno alto en fluidez social, favorecerá mayores grados de integración y cohesión al percibir sus miembros que sus oportunidades no se encuentran condicionadas por sus orígenes sociales (2007, p. 3). En contraste, la cohesión social se verá desfavorablemente afectada si las oportunidades de movilidad social intergeneracional son limitadas, dando lugar a un fortalecimiento de las barreras de clase social de una generación a otra, conformando “grupos segregados que no se reconocen como iguales” (2007, p. 3). Inclusive, si la desigualdad a través del tiempo evidencia una alta inmovilidad social intergeneracional y estancamiento de las ventajas que ofrecen bienestar, la sociedad “puede ser considerada [por sus miembros] injusta, lo que afecta la legitimidad de las instituciones sociales básicas” (2007, p. 3) que conforman los regímenes de bienestar.

Complementariamente, algunos estudios han observado la existencia de niveles relativamente elevados de fluidez social en las sociedades latinoamericanas, al tiempo que variaciones persistentes entre los diferentes países de la región, resultados para los cuales, señala Solís, las explicaciones basadas en las teorías macrosociológicas dominantes en el *mainstream* del análisis comparado de movilidad social, no han ofrecido aún explicación suficiente (2014d, p. 338). En su lugar, habría que explorar interpretaciones asociadas a “las discrepancias en los entornos institucionales entre países, tanto en lo que concierne a los Estados de bienestar, a los sistemas educativos y a las instituciones que regulan el ingreso, promoción y permanencia en el mercado de trabajo” (2014d, p. 338). Deben sumárseles las interpretaciones basadas en las diferencias de los procesos de desarrollo y urbanización, en virtud de que, como puntualiza Solís, si bien el continente latinoamericano en términos comparativos con otras regiones presenta instituciones de bienestar débiles, “se han identificado diferencias importantes entre países (Filgueira, 1997) que podrían asociarse a la fluidez social en tanto implican distintos regímenes de intervención estatal [regímenes de bienestar] en la redistribución de oportunidades de vida [regímenes de movilidad]” (2014d, p. 338).

Basándose en el trabajo de Hout y DiPrete (2006), concretamente en su propuesta de analizar el rol que cumplen las denominadas “instancias mediadoras” que regulan la relación entre orígenes y destinos de clase, Solís (2014d) subraya la relevancia que reviste desarrollar agendas de investigación comparada internacional para el contexto latinoamericano. Entre las “instancias mediadoras” pensadas en clave regional latinoamericana, destaca el rol que juegan las instituciones de bienestar y las políticas sociales, las que “pueden regular de manera

diferencial entre países [latinoamericanos] los riesgos sociales y el acceso a oportunidades de vida, y por tanto probablemente son una fuente importante de variabilidad en los regímenes de movilidad social” (Solís, 2014d, p. 343).

En respuesta a la tercera interrogante, la relevancia del análisis comparado de la relación entre los regímenes de movilidad social con los regímenes de bienestar social en los países latinoamericanos, respecto a la relación de los regímenes de movilidad social con los regímenes de bienestar social europeos, se fundamenta en la necesidad de producir mayor conocimiento comparado sobre la naturaleza y características de las estructuras de clase social, el cambio marginal entre orígenes y destinos, los niveles, tipos y distancias de movilidad social y el comportamiento de los patrones de fluidez social de ambos conglomerados de países, marcados por dependencias de senderos (*path dependencies*) diferenciales. En segundo lugar, el análisis se fundamenta en que la comparación extendida a los países europeos y más allá de la región latinoamericana, hace posible la profundización de las características específicas de los regímenes de movilidad “regionales” asociados a los regímenes de bienestar, así como pone luz sobre las limitantes “regionales” de estos en términos de estructuras de oportunidades para la movilidad social. En tercer lugar, el análisis comparativo internacional ofrece mayores elementos interpretativos relacionados a los cambios y continuidades de los niveles de movilidad y fluidez social entre sociedades con diferentes grados, ritmos y tiempos de industrialización y desarrollo económico. Por último, la comparación se justifica en que la definición de “puntos de comparación” entre los casos latinoamericanos frente a los europeos, permite poner en relación las especificidades nacionales y regionales de los diferentes regímenes de bienestar, las trayectorias de desarrollo social y económico y los rasgos de convergencia y divergencia entre naciones en términos de niveles de movilidad, cambios temporales de la fluidez social y variaciones de las estructuras de clase.

2.4. Desigualdad y pobreza en América Latina durante el modelo de industrialización por sustitución de importaciones

Conviene iniciar este apartado precisando que en América Latina se han implementado tres modelos de crecimiento y desarrollo económico durante el siglo XX. El **modelo agroexportador**, caracterizado por la participación de los países latinoamericanos en la economía mundial con base en sus ventajas comparativas como productores de bienes primarios e importadores de manufacturas y tecnologías al mundo industrializado (Portes y Hoffman, 2003). La vulnerabilidad de las economías latinoamericanas, ceñidas a las fluctuaciones de los

mercados externos, motivó la implementación de políticas económicas de corte nekeynesianas, promovidas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Estas políticas dieron lugar a un segundo modelo de desarrollo a partir de mediados del siglo XX, basado en la **industrialización por sustitución de importaciones (ISI)**.

Hacia el último cuarto del siglo XX, tuvo lugar un cambio excepcional en la orientación económica del continente latinoamericano, caracterizado, como señala Portes y Hoffman, por el abandono gradual por los países de la región de la consigna de la industrialización autónoma, aquella que “habían preconizado los propios intelectuales en una etapa anterior” (2003, p. 7) para incursionar en el nuevo modelo de desarrollo económico. Este nuevo modelo institucionaliza el desarrollo basado en la competencia global de las economías abiertas, con base en la adopción del recetario de políticas asentadas en la renovada ortodoxia liberal que impulsa el “Consenso de Washington” mediante su patrocinio ideológico. La incursión en este tercer modelo denominado por Portes y Hoffman como **neoliberal**, ha sido ampliamente estudiada sobre la hipótesis de que conlleva un retorno al pasado (Gereffi, 1989, 1999; Portes, 1997; Portes y Hoffman, 2003; Robinson, 1996; Sunkel, 2005), esto es, al modelo de crecimiento y desarrollo agroexportador de inicios del siglo XX, aunque ahora bajo una versión “actualizada”:

Además de las materias primas y los alimentos, que constituían las exportaciones básicas de América Latina en una etapa anterior, el modelo exportador contemporáneo incluye importantes productos industriales, elaborados generalmente por subsidiarias de las multinacionales y otras empresas de propiedad extranjera, en enclaves destinados a la producción para la exportación. (Portes y Hoffman, 2003, p. 7)

Estudios como los desarrollados por Altimir (1992, 1995, 2008), ponen de manifiesto que la heterogeneidad regional, en materia de desarrollo social y económico durante el retorno al modelo exportador, constituye la regla frente a la pretendida homogeneidad regional, que deviene en la excepción. Empleando información de una medida de pobreza que considera las relaciones de incidencia (*headcount ratios*) en distintos momentos durante la década de 1980, el autor demuestra las divergencias regionales en materia de esta problemática (pobreza, pobreza extrema e indigencia) (Altimir, 2008, p. 99). Estas aparecen definidas en el cuadro 1, medidas como el ingreso per cápita inferior al valor del presupuesto alimentario mínimo.

Cuadro 1.
América Latina (10 países): Incidencia de la pobreza y de la indigencia
en los años ochenta (porcentajes de hogares)

	Pobreza			Indigencia		
	Áreas urbanas	Áreas rurales	Nivel nacional	Áreas urbanas	Áreas rurales	Nivel nacional
Argentina						
1980	7	16 ^a	9	2	4 ^a	2
1986	12	17 ^a	13	3	6 ^a	4
1990	19 ^b					
1991	15 ^b					
Brasil						
1979	30	62	39	10	35	17
1987	34	60	40	13	34	18
1990	39	56	43	17	31	20
Colombia						
1980	36	45 ^a	39	13	22 ^a	16
1986	36	42	38	15	22	17
1990	35	12				
Costa Rica						
1981	16	28	22	5	8	6
1988	21	28	25	6	10	10
1990	22	25	24	7	12	10
Chile						
1980	32 ^c	41 ^c	33 ^c			
1987	37	45	38	13	16	14
1990	34	36	35	11	15	12
México						
1977	32	10				
1984	23	43	30	6	19	10
Panamá						
1979	31	45	36	14	27	19
1986	30	43	34	13	22	16
1989	34	48	38	15	25	18
Perú						
1979	35	65 ^a	46	10	38 ^a	21
1985/86	45	64	52	16	39	25
Uruguay						
1981	9	21 ^a	11	2	7 ^a	3
1986	14	23 ^a	15	3	8 ^a	3
1989	10	23 ^a	15	2	8 ^a	3
Venezuela						
1981	18	35	22	5	15	7
1986	25	34	27	8	14	9
1990	33	38	34	11	17	12

a Estas estimaciones deben considerarse como "conjeturas informadas" basadas en informaciones pertinentes pero indirectas.

b Estimaciones de Altimir (2008) basadas en Beccaria y Minujin (1991).

c Estimaciones de Altimir (2008) basadas en Pollack y Uthoff (1987).

Fuente: Altimir, 2008.

En lo relativo a la desigualdad distributiva del ingreso, en los años 70 y en un grupo extenso de países de la región, se evidencian diferenciales que refrendan la tesis de la heterogeneidad regional del desarrollo social y el bienestar en los países de América Latina. Ello conduce a repensar las clasificaciones de los desarrollos de larga de los regímenes de bienestar y su aplicación analítica en el contexto latinoamericano. En este sentido, Altimir identifica tres agrupamientos posibles (*clusters*) en el conjunto total de países latinoamericanos: (a) aquel que aúna a países caracterizados por un crecimiento dotado de altas variaciones, grados de concentración de ingresos muy dispares y aumentos de la desigualdad hacia finales de la década de 1970 (e.g. Argentina, Chile y Perú); (b) aquel que aúna a países que se caracterizaron por una expansión débil del producto per cápita (3% en promedio) durante los años 70, con un grado intermedio de concentración del ingreso a comienzos de esa década y un empeoramiento de la situación distributiva hacia finales de la misma (e.g. Costa Rica y Uruguay); y (c) el que reúne a países que exhibieron una fuerte disminución de los elevados niveles de concentración del ingreso, con coeficientes de Gini mayores a 0.5 a principios de la década de 1970 que se reducen a lo largo de la misma y que mostraron un crecimiento a ritmos altos y sostenidos del PBI real per cápita (e.g. Brasil, Colombia, México y Venezuela) (Altimir, 2008).

En el cuadro 2, se muestran las variaciones en la concentración del ingreso (cambios en la distribución), la incidencia de la pobreza (nacional, urbana y rural) en perspectiva comparada y el ritmo de crecimiento económico durante los años 70 para una selección de países. Los datos refuerzan la centralidad de moverse entre distintos niveles analíticos para el contexto latinoamericano, definidos por la especificidad de cada país (heterogeneidad alta entre naciones); las agrupaciones en racimos diferenciados que comparten en su interior elementos comunes (*clusters*); y una única unidad analítica de naturaleza regional que los engloba (América Latina).

Cuadro 2
América Latina (10 países): Ritmo de crecimiento y cambios en la distribución del ingreso y la incidencia de la pobreza en los años setenta

Países	Cambios en la concentración del ingreso ^a	Cambios en la incidencia de la pobreza ^a		
		Nacional	Urbana	Rural
Crecimiento lento (<1%)				
Argentina	I	M	I	D
Chile	I	I	I	I
Perú	I	D	I	D
Crecimiento moderado (2 a 3%)				
Costa Rica	I	D	M	D
Panamá	—	M	I	D
Uruguay	I	—	I	—
Crecimiento rápido (>3%)				
Brasil	M	D	M	D
Colombia	D	D	D	D
México	D	D	D	D
Venezuela	D	D	D	D

^a I: incremento; M: mantenimiento; D: disminución

Fuente: Altamir, 1992.

El cuadro 2 permite advertir que, para el caso de **México**, se experimentó durante una reducción de la pobreza a nivel nacional en los años 70, acompañada de una disminución de la desigualdad distributiva, panorama que se altera hacia finales de la década de 1980 (entre 1984 y 1989). El empeoramiento de la situación de la desigualdad en este período, entienden Altamir (2008) y Lustig (1992), se vincula al drástico cambio de posición del gobierno en materia de políticas públicas. Hay que considerar que los datos sobre pobreza y desigualdad recogidos para 1984, se corresponden con un momento en el que ya se había iniciado el primer programa de ajuste y estabilización (Altamir, 2008), dando por resultado una fase de recuperación económica (tenue) tras el ajuste recesivo (Lustig, 1992). Aun así, y en fase de recuperación, “los salarios reales habían descendido casi 30% en dos años y los gastos de consumo público per cápita habían disminuido 14%” (Altamir, 2008), por lo que se puede concluir que:

El mejoramiento de la concentración en relación con 1977 (...) oculta un deterioro respecto de una situación distributiva considerablemente mejor alcanzada durante el período de crecimiento vigoroso (6% anual) anterior a la crisis [de 1982], particularmente en las áreas urbanas. (Altimir, 2008, p. 107)

Lo que resulta rescatable es la existencia de una mayor desigualdad distributiva en el período de 1984 a 1989, momento en que la economía nacional de México ingresa en un proceso de recuperación con un crecimiento a ritmo moderado y una inflación controlada por las políticas económicas implementadas. Este panorama comenzaba a constituirse luego de haber asimilado el impacto de la crisis del petróleo de 1973. El ingreso nacional real per cápita hacia fines de los años 80 era 7% menor que a mediados de década. En el segundo lustro de la década de 1980 (1984 a 1989), se activan progresivamente las reformas económicas y la disciplina fiscal (Altimir, 2008), un período caracterizado por un descenso de la tasa de desempleo global a niveles por debajo de los constatados durante la fase de prosperidad petrolera y un aumento de la tasa de desempleo de la economía informal que afectó tanto a la mano de obra agrícola como manual no-agrícola (Lustig, 1992). En adición, entre 1984 y 1989, los “gastos de consumo público per cápita se redujeron más de 30% en términos reales y los salarios reales urbanos disminuyeron un 26% adicional” (Lustig, 1992, como se cita en Altimir 2008, p. 107) ambas situaciones, la de disminución de las tasas de desempleo en la economía formal y la de los gastos de consumo, que en consonancia con la sobresaliente flexibilidad de los salarios reales, lograron amortiguar un posible mayor efecto que pudo haber tenido la coyuntura, sobre el ingreso de los estratos más pobres (Lustig, 1992; Altimir, 2008).

En el caso de **Chile**, durante el régimen militar encabezado por el General Augusto Pinochet (1973-90), las reformas políticas, los embates económicos externos, la inestabilidad y bajo crecimiento, dieron lugar a alteraciones significativas en la concentración del ingreso y la pobreza (Altimir, 2008). La distribución del ingreso, evidencia Altimir, sufrió un empeoramiento sustantivo, revirtiéndose la situación de redistribución que tuvo lugar hasta 1974, por lo que puede hablarse de una metamorfosis del patrón distributivo en la sociedad chilena (2008, p. 108). A inicios de los años 80, tras haberse recuperado la economía chilena de los efectos de la depresión, el PBI per cápita alcanzaba a ser tan solo un 6% superior al de 1970 (Altimir, 2008), situación que pone en marcha la reversión de la reforma agraria conjuntamente con una serie de reformas institucionales que dotaron al mercado de trabajo de mayor flexibilidad —así como de represión laboral— y un programa más amplio de profunda liberalización

comercial (Ffrench-Davis y Raczynski, 1987). La situación de entonces queda resumida en que:

El superior de los hogares percibía al menos cinco puntos más del ingreso total que en 1968, en detrimento de la participación e ingreso real de los estratos medios y bajos. Los salarios reales aún eran 10% menores que en 1970, 17% de la fuerza laboral estaba sin empleo y 28% se dedicaba a actividades informales. La pobreza absoluta estalló virtualmente en las áreas urbanas, donde pasó de 12% en 1970 a cerca de 28% en 1980, y en las áreas rurales, lo que llevó la incidencia de la pobreza a nivel nacional a cerca de 30% de los hogares. (Altimir, 1991, como se cita en Altimir, 2008, p. 108)

En el transcurso de la crisis de 1982, hubo un empeoramiento de la desigualdad distributiva del ingreso, si bien “quizás de manera marginal respecto del vuelco del período anterior” (Altimir, 2008, p. 108), y la pobreza urbana aumentó, como estiman Pollack y Uthoff (1987), en ocho puntos porcentuales (de 40% a 48%) en el Gran Santiago de Chile. Como precisa Altimir (2008), será únicamente en el período de 1987 a 1990, que la economía de Chile logra una máxima utilización de su capacidad productiva, lo que, sumado a las reformas en materia de legislación laboral, produce una mejoría en el horizonte distributivo. El panorama queda constituido del siguiente modo:

El ingreso real per cápita aumentó 18%, los salarios reales 11% y el desempleo se redujo en casi seis puntos hasta cerca de 7% de la fuerza laboral. No obstante, estos resultados, la concentración del ingreso urbano solo disminuyó levemente en favor de los grupos de menores ingresos y la pobreza urbana se redujo en dos puntos; la pobreza rural disminuyó más significativamente, lo que llevó la incidencia de la pobreza a nivel nacional a menos de 35% de los hogares. (Altimir, 2008, p. 109)

Además de Chile el otro país del Cono Sur que se embarcó en una serie de reformas políticas durante los años 70, con significativas consecuencias distributivas bajo un régimen cívico-militar, es **Uruguay**. En 1979, tras la liberalización del mercado financiero iniciada en 1974, se implementa en el país un programa de liberalización comercial que se caracterizó por la eliminación progresiva de los controles de precios y salarios que continuaron siendo administrados (Altimir, 2008). Si bien entre 1973 y 1981 el país experimentó un crecimiento económico alto, la distribución del ingreso empeoró gravemente —principalmente entre 1973 y 1979— en detrimento de los estratos bajos y medios, recu-

perándose más tarde solo para los estratos de ingresos medios. En los años 80 se observa en Uruguay que:

Los *shocks* externos y los ajustes consiguientes redujeron radicalmente el ingreso per cápita en 19% entre 1981 y 1986; el salario real descendió 8% y el desempleo aumentó cuatro puntos, mientras los gastos de consumo público per cápita se redujeron en más de 30%. La concentración del ingreso aumentó nuevamente y la pobreza urbana creció otros cinco puntos porcentuales, al 14% de los hogares. (Altimir, 2008, p. 109)

El ingreso real per cápita uruguayo se recupera recién en 1989 —13% más alto con relación a 1986—, consecuencia de la reactivación económica y la subsiguiente estanflación, al tiempo que también se da una mejoría en los salarios reales —6% mayores que en 1986—, acompañada por un descenso de la tasa de desempleo (Altimir, 2008). El panorama de entonces se tradujo en una mejoría en:

La distribución del ingreso urbano y [reducción de] la pobreza urbana en cuatro puntos porcentuales. De modo que al final del decenio [de los años 80] la distribución relativa del ingreso y la incidencia de la pobreza absoluta eran aproximadamente similares a las del comienzo, en tanto que los salarios reales eran considerablemente menores y el desempleo algo mayor que en 1981. (Altimir, 2008, p. 110)

2.5. Una clasificación epistemológicamente ajustada al contexto latinoamericano

Es válido afirmar que los regímenes de bienestar constituyen conciliaciones entre el Estado, el mercado (esfera económica) y la familia (esfera doméstica), que se orientan a la institucionalización de los procesos que generan y distribuyen bienestar social. Por consiguiente, no existiría impedimento alguno para creer que solamente son posibles los arreglos institucionales en las economías desarrolladas de la OCDE (Barba, 2004). Por consiguiente, el propio concepto de régimen de bienestar:

Enfatiza precisamente la gran variabilidad de los ensambles posibles entre las tres esferas y no la reproducción ahistórica de ningún paradigma de bienestar en distintas situaciones y momentos. El concepto [por tanto] permite las com-

paraciones y evitar tanto el funcionalismo que enfatiza excesivamente las convergencias regionales, como el predominio de crónicas históricas tan detalladas que no permiten realizar comparaciones porque parten de la idea de que cada caso es único. (Barba, 2003, p. 440)

De hecho, como señala Del Valle (2010), lo que sucede con los estudios de regímenes de bienestar en América Latina, en contraste con los desarrollados para las sociedades de economía avanzada europeas, es que el análisis se ha concentrado principalmente sobre los cambios en el sector salarial, los modelos de seguridad social (servicios sociales) y las transferencias monetarias. Hay que tener en cuenta también que en Latinoamérica las políticas sociales y los sistemas de prestaciones, son estructuras de larga data que se han desarrollado progresivamente en el transcurso de tres oleadas; la correspondiente a la década de 1920, la que se inicia en los años 40 y la de los años 50 en adelante (Mesa-Lago, 1994). Incluso, puede rastrearse el origen de los programas de protección social en Latinoamérica mucho antes de que surgieran en países industrializados de economía capitalista como EUA (Malloy, 1986, p. 31, como se cita en Barba, 2004, p. 17). En este sentido, se ha identificado la fase expansiva de los sistemas de seguridad social en la región latinoamericana durante la implementación del modelo de desarrollo ISI —cuya fase más intensa tuvo lugar entre los años 1940 y 1960—, en la que se estructuran las “coaliciones distributivas” formadas por empleados públicos, políticos, organizaciones obreras, empresarios industriales (extranjeros como nacionales) y sectores de la clase media que los institucionalizaron y definieron un “nuevo” sistema de estratificación de la estructura social y espacio social.

Entiende Malloy, que dicha especificidad latinoamericana, ha conducido a algunos investigadores a afirmar que “las instituciones del seguro social en América Latina son verdaderos mapas de distribución del poder en la región” (1986, p. 56). A esto hace referencia Barba cuando observa que las instituciones de protección social en la región “se distinguieron por ser regresivas y no democráticas, características que no permitieron en la mayoría de los casos un proceso expansivo de derechos y ciudadanía social” (Barba, 2004, p. 18). Los más afectados por la naturaleza específica de las referidas instituciones fueron quienes quedaron al margen de la alianza que encarnaba el proyecto de industrialización, pasando a formar parte del contingente de población vulnerable de condición *supernumeraria* (Castel, 1997) en calidad de excluidos sociales respecto a la cobertura asistencial. La naturaleza de las instituciones de seguridad social en Latinoamérica en el período 1940 a 1960, explica el porqué del deterioro de en

la calidad de la cobertura de los servicios sociales, así como los elevados niveles de la desigualdad distributiva del ingreso (Barba, 2003, pp. 384-393).

Con base en este contexto de fondo, es posible hablar de la existencia de tres “tipos ideales” de regímenes de bienestar social en Latinoamérica. Se trata de una clasificación que, para América Latina, “pone en entredicho la suposición de cambios uniformes en el terreno de los modelos de crecimiento y de los paradigmas de bienestar” (Barba, 2004, p. 19), lo que supone que “ni los procesos de ajuste económico, ni las reformas sociales han seguido una trayectoria uniforme en todos los países, [precisamente] porque se han aplicado sobre distintos tipos de regímenes de bienestar” (2004, p. 19). La tipología diferencia entre:

- Regímenes *universalistas*: en los que han prevalecido políticas de tipo *workfare* orientadas a la reinserción laboral y en los que el problema del desempleo es fuerte. Comprenden a Argentina, Costa Rica, Chile y Uruguay.
- Regímenes *duales*: en los que destacan los programas de desarrollo humano y las políticas de transferencias de efectivo y el problema común es el de la pobreza. Comprenden a Brasil, Colombia, México y Venezuela.
- Regímenes *excluyentes*: caracterizados por la aparición de los fondos de inversión social, en los que la pobreza es severa (Barba, 2003, pp. 563-564) e integra países como Bolivia, Ecuador, Paraguay, Perú y buena parte de los países centroamericanos (El Salvador Guatemala, Honduras y Nicaragua) (Barba, 2003).

Existen diferentes clasificaciones de los regímenes de bienestar, elaboradas por distintos autores a partir del estudio del bienestar social en América Latina (cuadro 3). Con frecuencia, los autores coinciden en la forma en que se quedan distribuidos los países en diferentes racimos (*clusters*) de régimen de bienestar (universalista, dual y excluyente), como sucede con las clasificaciones propuestas por Barba (2003; 2004), Filgueira (1997, 1998, 2001) y Mesa-Lago (1989); pionero este último en el análisis comparativo de sistemas de políticas y protección social en el continente, logrando desarrollar una tipología en función de la genealogía u origen histórico de los programas de seguro sanitario (enfermedad y maternidad), los sistemas pensionarios (programas de pensiones) y sus respectivos niveles de desarrollo. En base al estudio y combinación de estas variables, Mesa-Lago (1989) clasificó los regímenes de bienestar en términos de sistemas de protección social, como:

- **“Pionero/alto”**, que en concordancia con la clasificación desarrollada por Barba (2003) y de Filgueira (1997) —aunque estos no incorporan el caso

cubano y terminan por ubicar a Brasil entre los regímenes intermedios y “duales”—, agrupa a Argentina, Costa Rica, Chile y Uruguay, pioneros en el continente en desarrollar sistemas de protección social hacia las décadas de 1920 y 1930, logrando su amplia cobertura y desarrollo en sociedades que se caracterizan por una población envejecida y una esperanza de vida superior a la del resto de países de la región. No obstante, estos sistemas mostraron déficit creciente, elevados costos, alta estratificación y desequilibrio financiero y actuarial (Del Valle, 2008).

- **“Intermedio”**, que agrupa a Bolivia, Colombia, Ecuador, México, Panamá y Venezuela —Barba (2004) y Filgueira (1998) integran el caso brasilero en este grupo— y se caracterizó por la instauración de los sistemas de seguridad social en las décadas de 1940 y 1950. En el establecimiento de estos sistemas, como señala Del Valle (2008), influyeron los convenios celebrados por la OIT durante ese período, así como el informe elaborado por William Henry Beveridge en 1942 (Primer Informe Beveridge). Apoyados en esos pilares, los sistemas de seguridad social de estos regímenes lograron una cobertura y un desarrollo medio de sus sistemas, de menor costo y de mejor situación financiera que los “pioneros/altos”, aunque no siempre estables y con evidentes desequilibrios (Del Valle, 2008).
- En el tipo **“tardío/bajo”** predominan países centroamericanos que implementaron sus sistemas de protección social en los años 60 y 70, como El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay y República Dominicana. En contraste con los “pioneros/altos”, los sistemas de prestaciones resultaron financieramente menos problemáticos —aunque también menos desarrollados y de estrecha cobertura— en un contexto demográfico de población joven y de menor esperanza de vida (Del Valle, 2008).

En el presente, se observa que el *cluster* de países reunidos bajo el régimen de bienestar asociado al sistema “pionero/alto” evidencia un tipo de cobertura universal, o al menos, como señala Del Valle, cuasi-universal, principalmente en materia de protección social básica con una “marcada estratificación en la calidad y condiciones de acceso (...) un rango directamente estratificado de servicios para la población, y situación de masificación y déficit estructural en materia de recursos y gastos” (Del Valle, 2008, párr. 51). En contraste, se observa en la actualidad que los países que conforman el *cluster* de regímenes de bienestar asociados al sistema “tardío/bajo”, muestran un sistema poco diversificado (pocas opciones de servicios), estrecha cobertura poblacional, concentración de beneficios y calidad asistencial en los sectores que no requieren ser prote-

gidos por la acción estatal por contar con recursos y medios propios para satisfacer esta necesidad (carácter regresivo del sistema) (Del Valle, 2008).

Cabe recordar que la clasificación elaborada por Mesa Lago (1989), parte de un análisis comparativo que abarca un período de larga duración y más amplio que el considerado por Barba (2004) y Filgueira (1997, 1998), con los cuales, sin embargo, comparte la forma de distribución y agrupación de los países en los diferentes conglomerados (*clusters*) de bienestar social. Inversamente, la clasificación desarrollada por Gough y Wood (2004), se aparta de la línea de agrupación propuesta tanto por Barba (2004) como Filgueira (1998) y Mesa-Lago (1989), mientras que la desarrollada por Martínez Franzoni (2005), si bien se aproxima a la de estos últimos, queda limitada al análisis de los regímenes de bienestar para un período muy acotado; el definido por la adopción del modelo de desarrollo exportador liberal y las reformas sociales de fines del siglo XX en los países latinoamericanos.

Las clasificaciones de regímenes de bienestar latinoamericanos con la que mejor se identifica esta investigación, son las propuestas por Barba (2003, 2004) y Filgueira (1998), a partir de las cuales, como se ha indicado, se establece la distinción entre regímenes “universalistas”, “duales” y “excluyentes”. La decisión responde a que estos autores proveen de un esquema clasificatorio que asume cada uno de los regímenes como “tipos ideales” —en el sentido weberiano—, lo que supone que no se tratan de compartimentos estancos en los que quedan fijos cada uno de los casos (países), sino por el contrario, deviene en una taxonomía que proporciona posibilidades para observar corrimientos y aproximaciones de casos de un tipo de régimen a otro. Una segunda razón de peso, reside en la perspectiva analítica de la cual deriva la clasificación. Esta parte del fundamento de que los procesos de estabilización, ajuste y reforma social, que han aportado a la definición de los distintos tipos de regímenes de bienestar en el último cuarto del siglo XX en Latinoamérica, han tenido un desarrollo diferencial, reconociendo la heterogeneidad de los *path dependencias* nacionales y de las agrupaciones de países, en términos de: (i) el momento de inicio de las reformas (tempranas o tardías); (ii) su ritmo (lento o rápido, monótono o creciente); (iii) el alcance de los procesos de reformas (estrecho o amplio); (iv) los rendimientos de las reformas; (v) la naturaleza de las reformas del sistema de pensiones (democrática o autoritaria); (vi) los estilos de crecimiento económico; (vii) las estrategias de empleo; y (viii) el desarrollo de redes de protección social (Barba, 2004). Puede observarse como la clasificación propuesta por Barba (2003, 2004) funciona sobre la idea de que los tipos ideales “puros” de regímenes de bienestar, pueden combinarse en algunas de sus dimensiones, como se ilustra en la tabla comparativa de los rendimientos sociales de los regímenes tras el proceso de reformas de los años 90 (cuadro 4).

Cuadro 3.

Dinamización de estudios comparados sobre regímenes de bienestar en América Latina hasta el año 2000

Período Clusters	Mesa Lago Origen y desarrollo de seguros sociales (años 20 a 70 / años 80)	Figueira Regímenes de Bienestar (período ISI hasta años 70)	Barba Regímenes de Bienestar (período ISI hasta años 80)	Wood y Gough Regímenes de Bienestar	Martínez Franzoni Regímenes de Bienestar (1990-2003)**	Segura- Ubiergo Estados y no-estados de bienestar (años 30 hasta años 70)
Cluster Alto/Universalista	Uruguay, Argentina, Chile, Cuba, Brasil y Costa Rica	Uruguay, Argentina, Chile, y Costa Rica	Chile, Argentina, Uruguay y Costa Rica	Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Colombia	Argentina y Chile	Chile, Uruguay, Brasil, Costa Rica y Argentina
Cluster Medio/Estratificado	Panamá, México, Perú, Colombia, Bolivia, Ecuador y Venezuela	Brasil y México	Brasil, México, Colombia y Venezuela	N/A	Brasil, Costa Rica, México, Uruguay y Panamá	N/A
Cluster Bajo/Excluyente o Familiarista	Paraguay, República Dominicana, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Haití	República Dominicana, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Bolivia, Ecuador	Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua	República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Paraguay, Perú y Uruguay	Guatemala, Ecuador, El Salvador, Perú, Colombia, Venezuela, Bolivia, Honduras, Nicaragua y Paraguay	Venezuela, El Salvador, Perú, República Dominicana, México, Paraguay, Ecuador, Bolivia y Guatemala
Total países	20 Países	12 Países	16 Países	13 Países	18 Países	14 Países

* Los países subrayados con negrita están al menos en tres clasificaciones en el mismo nivel o cluster; los países subrayados con cursiva son anomalías (aparecen en un cluster cuando han sido incorporados a otro repetidamente) o están indicados en una sola ocasión.

(*) El autor aborda solo tangencialmente el caso cubano, como régimen socialista universalista.

(**) Como la autora no establece una jerarquía de protección social (alta, media) entre estos dos clusters, se elimina la línea diferencial.

Fuente: Valencia, 2014.

Cuadro 4.

Síntesis comparada de los rendimientos durante los años noventa de los regímenes de bienestar latinoamericanos

	Regímenes universalistas	Regímenes duales	Regímenes excluyentes
Precariedad laboral (CEPAL, 1999)	Media	Alta	Muy alta
Desempleo (CEPAL, 2001)	Alto (1)	Medio(2)	Bajo
Cobertura de la seguridad social (Mesa Lago, 2001)	Alta	Baja	Muy baja
Gasto social (Cominetti y Ruiz, 1998)	Alto	Medio	Bajo
Políticas universales (Barba, 2003)	Alto desarrollo	Desarrollo medio	Bajo desarrollo
Crecimiento del PIB per cápita (CEPAL, 2001a)	Alto	Bajo	Bajo
Pobreza** (CEPAL, 2001a)	Baja	Media	Alta
Concentración del ingreso (CEPAL, 2001a)	Media	Muy alta	Muy alta
Elasticidad pobreza/PIB* (CEPAL, 2001a)	Alta(3)	Baja(4)	Baja(5)
Elasticidad indigencia/PIB* (CEPAL, 2001a)	Baja(3)	Baja (4)	Baja(6)
Niveles de vida (Astorga y FitzGerald, 1998)	Altos	Medios	Bajos
IDH (PNUD, 1999)	Altos	Medios altos	Medios bajos
IPH-1 (PNUD, 1999)	Bajos niveles de exclusión social	Altos niveles de exclusión social	Niveles muy altos de exclusión social

Notas: * Se compara con la elasticidad media de la región. ** Comparada con la media regional.

(1) La excepción es Costa Rica. (2) Los indicadores medios señalan altas tasas de desempleo en este cluster, sin embargo, ese no es el caso de Brasil ni el de México, pero los casos de Venezuela y Colombia distorsionan los resultados. (3) La excepción es Uruguay. (4) El caso de Brasil distorsiona los resultados, si no se ponderara la elasticidad sería alta. (5) La excepción es El Salvador. (6) El caso de Ecuador distorsiona los resultados.

Fuente: Barba, 2004.

2.6. Progresión de los regímenes de bienestar en América Latina

Esta sección se recuperan los análisis de Barba (2003, 2007, 2009), Portes y Hoffman (2003) y Filgueira (2013), para presentar un panorama diacrónico de los regímenes de bienestar durante los tres períodos definido para desarrollar el análisis de los países latinoamericanos en esta investigación. Bajo un régimen de bienestar universalista, durante el **período de su constitución (1930-70)**, en **Chile** se constatan niveles comparativamente altos de cobertura en protección social y salud; el porcentaje de la población menor de un año con inmunización BCG para el período, alcanzaba al 98%. Los indicadores de calidad de vida durante la etapa expansiva del modelo ISI (1950-70) en Chile, y en los regímenes universalistas en general, mostraron una mejora significativa en términos de descenso de tasas de mortalidad infantil, aumento de la esperanza de vida

y ampliación de cobertura del sistema educativo y en salud. Hacia 1970, Chile mostraba una alta cobertura en términos de porcentaje de población de entre 6 y 11 años de edad que se encontraba matriculada en educación primaria (93%), así como un elevado porcentaje de población de entre 12 y 17 años matriculada en educación media (85.2%) (Barba, 2009). A ello se le suma un nivel alto de calidad de vida medida y un nivel de analfabetismo que resultaba ser relativamente bajo (11% de la población mayor a 15 años de edad).

En materia de prestaciones sociales, en Chile y los regímenes universalistas hubo un desarrollo temprano de sus sistemas durante la “primera oleada” de constitución en la segunda década del siglo XX; el sistema de prestaciones sociales es considerado “pionero” en la clasificación que desarrolla Mesa-Lago (1994), inspirada en indicadores de cobertura y gasto social. Con respecto al acceso, en Chile el seguro social funcionó como pilar legitimador del proyecto industrializador y estructuró coaliciones distributivas que lo impulsaron, constituidas principalmente por clases medias, empleados públicos, y organizaciones obreras (Barba, 2009). En cuanto al mercado laboral, hacia 1970, un porcentaje apreciable de la Población Económicamente Activa (PEA) se encontraba asegurada (68%), con una PEA formal que alcanzó el 74% y una PEA informal de 11.5%. Hacia 1970, el empleo precario es del 26%, el subempleo no agrícola de 16.7% y el agrícola de 9.3%, acompañado de la pérdida de la calidad de los empleos por el aumento del grado de informalidad de los mercados laborales. El empleo agrícola moderno es de 20.9% y el agrícola tradicional de 9.3% (Barba, 2009).

Sobre la *situación socioeconómica*, en las dos últimas décadas (1950 a 1970) del período de “constitución” del régimen de bienestar chileno (1930 a 1970), la concentración del ingreso fue de nivel intermedio, con una media anual del coeficiente de Gini de 0.50. El PBI per cápita promedio en los años 1960, cuando el modelo ISI mostraba aún signos de viabilidad, era de 1.9%, acompañado con un bajo porcentaje de hogares urbanos y rurales pobres (12% y 25% respectivamente) (Barba, 2009). Con relación a la *orientación del mercado*, como señala Barba (2009), predominan las políticas de tipo *workfare* encaminadas a la inserción laboral mediante la generación de empleos en pequeñas y medianas empresas, acompañadas por programas de capacitación para el trabajo. En cuanto a la orientación hacia la *desfamiliarización* del bienestar, en el período de constitución, sobresalen políticas de tipo *workfare* encaminadas a desfamiliarizar el bienestar mediante la oferta de soportes, ayudas y facilidades a mujeres y jóvenes (Barba, 2009).

El período de constitución del régimen de bienestar chileno, entre los años 40 y 70 tiene por cambio fundamental un fuerte proceso de industrialización

orientado hacia el mercado interno. Antecede un modelo de crecimiento económico “hacia afuera” (agroexportador) que se extiende hasta los años 30 del siglo XX, bajo el cual la participación en la economía mundial se asentó en las ventajas comparativas que exhiben los países latinoamericanos, en tanto productores de bienes primarios, y en la importación que estos hacen de tecnología y productos manufacturados desde las economías avanzadas de Europa y Estados Unidos (Portes y Hoffman, 2003). Este aspecto, como la sujeción de la economía interna a los vaivenes de los mercados externos, no fue un rasgo exclusivo de Chile, sino que caracterizó a una amplia serie de países de la región latinoamericana. Tras la crisis económica de 1929 y hasta el primer lustro de la década de 1970, se asume un modelo de crecimiento económico “hacia adentro”, basado en un modelo de desarrollo mediante industrialización por sustitución de importaciones de corte keynesiano y promovido por la CEPAL de Prebisch desde mediados de siglo XX. El modelo impulsaba la industrialización autónoma apoyándose en una heterodoxia macroeconómica de políticas neoestructuralistas. Bajo este modelo de crecimiento y desarrollo económico, se privilegió a la población urbana, organizada y de interés para el mismo, excluyéndose al resto de la población integrada en su mayoría por trabajadores informales, asalariados agrícolas, indígenas y afrodescendientes (Barba, 2009).

Durante el **período de reformas y crisis de las reformas (1971-99)**, con relación a la *cobertura* del aseguramiento social, se observa un reforzamiento de los niveles de desigualdad social respecto al período previo, cobrando las instituciones de seguridad social un carácter antidemocrático y regresivo. A la desigualdad distributiva del ingreso y la riqueza del período, se suma una desigualdad en la cobertura de los servicios de protección social. No obstante, la cobertura de la seguridad social tras las reformas sigue siendo en Chile más elevada que la observada en los países con regímenes “duales”, así como un menor grado de exclusión asistencial entre sectores de la población (Barba, 2009). En cuanto al *sistema educativo*, la cobertura entendida como población de 6 a 11 años que se matricula en la educación primaria, es más baja en 1997 (90.4%) que en 1970 (93%), pero sigue siendo igualmente elevada. También lo es la cobertura educativa de nivel media para la población de entre 12 y 17 años de edad, que en 1980 alcanzaba un 61% y en 1997 un 82%, respecto al 85.2% de 1970 (Barba, 2009).

En materia de *prestaciones*, tienen lugar reformas en cinco grandes áreas, siendo una de las más importantes la del sistema de pensiones; implantada bajo férreos controles autoritarios y con base en un sistema sustitutivo que reemplaza al sistema de reparto y capitalización colectiva. El propio acceso a la seguridad

social se vio afectado por esta reforma, orientada a la capitalización individual desde inicios de los años 80.

Con relación al *mercado laboral*, hacia 1980 la PEA asegurada es del 64%, asimismo, se observa un aumento de la concentración del ingreso en los hogares a nivel nacional en los regímenes universalistas, que capturada por el coeficiente de Gini promedio, pasa de 0.403 en 1990 a 0.406 en 1999, acompañada de una polarización salarial. En Chile, y en los regímenes universalistas en general, se observa una desconexión entre crecimiento económico y generación de empleo, lo que constriñe las oportunidades de obtener mejores ingresos en amplios sectores de la población y explica las elevadas tasas de desempleo y pobreza crónica para los países bajo este régimen durante el período en cuestión (Barba, 2009).

En cuanto a la *situación socioeconómica*, hubo crecimiento económico durante los años 90, acompañado de estabilidad macroeconómica en concomitancia con una concentración del ingreso alta y una pobreza que aumentó en términos absolutos (Barba, 2009). Hacia fines del siglo XX y para los países con regímenes universalistas, los niveles de desarrollo humano se mantuvieron entre los más satisfactorios de toda la región. Medidos por el Índice de Desarrollo Humano (IDH), en 1997 era de 0.844 en Chile, muy cercano al de Uruguay (0.826) y más alto que el de México (0.786). El período se caracterizó por la constatación de elevadas tasas de desempleo y pobreza crónica, las que eran compensadas con altos niveles de gasto social y protección social, que se interrelacionan para mantener los niveles de pobreza por debajo de los que mostraron los regímenes duales (Barba, 2009).

En cuanto al *grado de desmercantilización* del bienestar social, el régimen universalista chileno continuó siendo en este segundo período, el más desmercantilizado —junto con el régimen universalista uruguayo— de los regímenes de bienestar latinoamericanos. Esto se constata en el elevado porcentaje de la fuerza laboral asegurada (cobertura) —que, si bien en los años 80 era elevado, alcanzando 64%, en 1997-98 pasa a 80%—, en los elevados niveles de gasto social (18.4% y 13% en 1980-81 y 1990-91, respectivamente), y en los elevados niveles de cobertura del sistema educativo hacia 1997 (90.4% de matrícula en primaria y 82% en educación media) (Barba, 2009).

Con relación a la orientación hacia la *desfamiliarización*, se robustece la concepción familiarista del bienestar social desde las instituciones, al reforzarse el rol de los adultos varones como proveedores familiares a través del empleo formal y como portadores de derechos respecto al resto de la familia por la vía del empleo formal, al tiempo que se acentúa el rol de las mujeres como responsables de transferir servicios de cuidado y bienestar familiar bajo una lógica del modelo *male breadwinner*. Entre los *cambios fundamentales* del período, se halla el

estancamiento y crisis de los países del Cono Sur, entre los que se cuenta Chile, así como la crisis de las reformas tempranas al iniciar los años 80; a diferencia de lo ocurrido en los países de régimen de bienestar dual, las reformas en los regímenes universalistas lograron consolidarse. En este período, se implanta una nueva ortodoxia macroeconómica de corte liberal, avalada e impulsada por las recomendaciones emanadas del Consenso de Washington. Se asume el neoliberalismo como principio rector del desarrollo, con base en una versión renovada del antiguo modelo de crecimiento agroexportador predecesor del modelo ISI. La apertura económica y la competencia global, son las nuevas pautas de desarrollo a partir de la última década del siglo XX (Portes y Hoffman, 2003).

Durante el tercer **período de “giro a la izquierda” (año 2000 en adelante)** y a inicios del año 2000, menos del 1% de los hogares chilenos poseen tres o más Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), entendiendo por NBI, la falta de acceso a escuelas, electricidad, servicios sanitarios, sistemas adecuado de excretas, fuentes adecuadas de agua potable, pisos de tierra y hacinamiento. Para ese mismo año, solo el 15.3% de los hogares se encontraba por debajo de la línea de pobreza, un porcentaje bajo en América Latina, región que presenta un promedio de 36.1% de los hogares por debajo de la línea para ese año (Barba, 2009). Se registra también una desaceleración del crecimiento económico, que pasa de 4.2% de tasa anual promedio en 1990-99 a 1.9% en el 2000-02.

La concentración del ingreso a nivel nacional, medida por el coeficiente de Gini, disminuye en el 2002 (0.550) con relación a 1990 (0.554). El gasto público social per cápita es de nivel intermedio, con un promedio de 763 dólares para el período de 2001 a 2003, ubicándose por encima del promedio latinoamericano 481 dólares per cápita para el mismo período (Barba, 2009). En cuanto a la orientación hacia la *desmercantilización*, hacia finales de la última década del siglo XX, aumenta el gasto público social como porcentaje del PBI, pasando de 13% en el período 1990-91 a 16% en el período 1998-99 (Barba, 2009). No obstante, se mantiene entre 2.5 y 5.5 puntos porcentuales por debajo del alcanzado en 1980-81. En materia de ortodoxia macroeconómica, hay una cierta continuidad respecto al período previo —a pesar del poco éxito, o directamente fracaso, que mostró la ortodoxia liberal plasmada con las reformas—, que tiene por corolario la crisis económica global de 2007-08.

El caso de **Uruguay**, país de régimen de bienestar universalista, comparte con Chile varios rasgos en su evolución por los tres períodos. En el primer **período de constitución (1930-70)**, advierte niveles significativos de *cobertura* en salud y educación. En materia de cobertura en salud, medida por el porcentaje de la población menor de un año con inmunización por vacuna BCG, alcanza el 97%. En cuanto al *sistema educativo*, la cobertura en términos de por-

centaje de población de 6 a 11 años que se matricula en enseñanza primaria es de 84% hacia 1970 y el porcentaje de entre 12 y 17 años que lo hace en educación media para el mismo año alcanza el 75.1% (Barba, 2009). Se observa también un nivel alto en el indicador de calidad de vida medido por nivel de analfabetismo en la población de 15 años o más, siendo éste de 7.5% entre 1965 y 1970 (Barba, 2009).

Como acontece en el caso chileno, en materia de *prestaciones* sociales, el sistema se desarrolla tempranamente en la denominada “primer oleada” de la década de 1920, constituyendo un sistema “pionero” en la clasificación de Mesa-Lago (1994). En cuanto al *mercado de trabajo*, hacia 1970 registra un 95% de la PEA asegurada, un 23.3% de empleo precario, 16.8% de subempleo no agrícola y 6.9% de subempleo agrícola. Para el mismo año, la PEA formal alcanza un 77% y la informal un 11.1%, mientras que el empleo agrícola moderno es de 12.1% y el agrícola tradicional igual a 6.9% (Barba, 2009). La situación socioeconómica hacia finales del período (1950-70) se caracteriza por una concentración de ingreso baja, con una media del coeficiente de Gini de 0.440, y bajo porcentaje de hogares urbanos pobres (10%) en el período 1960-70 (Barba, 2009). Hacia los años 70, se evidencian niveles altos en los indicadores relativos de calidad de vida, como son la esperanza de vida al nacer y el índice relativo de vida, ambos acompañados por niveles bajos de mortalidad infantil (Barba, 2009).

Con relación a la *orientación del mercado*, con semejanzas a lo observado en Chile, existió un predominio de las políticas de tipo *workfare* encaminadas a la inserción laboral mediante la generación de nichos laborales en pequeñas y medianas empresas que se acompañaron de programas de capacitación para el empleo; estrategia que tuvo cierta continuidad en el período posterior. Con respecto a la orientación hacia la *desfamiliarización*, prevalecen políticas encaminadas a garantizar un cierto grado de desfamiliarización del bienestar mediante ayudas y facilidades ofrecidas a mujeres y jóvenes que también tendrán continuidad durante el segundo período. Los *cambios fundamentales* para el período son compartidos con los expuestos para el caso chileno, para una fase (1940-70) caracterizada por un fuerte proceso de industrialización orientado hacia el mercado interno.

Durante el segundo **período de reformas y crisis de las reformas (1971-99)**, la *cobertura* en seguridad social es más alta en los regímenes universalistas que en los duales, exhibiendo un menor grado de exclusión asistencial de los diferentes sectores de la población. En materia de *sistema educativo* la cobertura, entendida como porcentaje de población de 6 a 11 años de edad que se matricula en enseñanza primaria, es de 94.3% en 1997, y de la que lo hace en educación media de entre 12 y 17 años de edad, es de 59% en 1980, aumentando a

86% en 1997 (Barba, 2009). Se trata de niveles altos en sí como en comparación con los países de la región y los que se agrupan en torno al régimen de bienestar dual. Aumenta el nivel de calidad de vida medido por el indicador de analfabetismo, que pasa a ser de 2.7% hacia 1995 en población de 15 y más años de edad (Barba, 2009).

En cuanto a las *prestaciones*, para el caso uruguayo las reformas tendrán lugar en dos o tres grandes áreas, a diferencia de Chile que tuvo lugar en cinco y de México que abarcó cuatro. La reforma del sistema de pensiones en el caso uruguayo es de tipo “democrática”, constituyendo un sistema mixto que paga pensiones básicas sin que se clausure el sistema público, al tiempo que el sistema privado paga una complementaria. Es un sistema que se implementa en el régimen universalista uruguayo con cierta oposición política, la que jugó un rol significativo en su institucionalización. En este segundo período, hacia los años 90, hay un crecimiento de los servicios básicos, sociales y financieros de los países agrupados en torno al régimen universalista en general.

Con relación al *mercado de trabajo*, el porcentaje de la PEA asegurada en Uruguay hacia 1980 es de 83%, descendiendo 12 puntos porcentuales respecto a 1970. Se constata un aumento del empleo durante los años 90 en sectores y subsectores que demandan mano de obra calificada y asalariada, como son los servicios financieros, servicios básicos y servicios sociales (Barba, 2003; cuadro 73). Durante los años 90 se registra un aumento en el desempleo urbano, con tasas medias que oscilan entre 7.4% y 10.4% entre 1991 y 1999, acompañado de un aumento en el promedio de la concentración del ingreso en hogares a nivel nacional que, medida por el coeficiente de Gini para los regímenes universalistas, pasa de 0.403 a 0.406 entre 1990 y 1999 (Barba, 2009). Se registra una polarización salarial, así como un aumento de la precariedad laboral, del desempleo y la informalidad; durante los años 90, el 33% del empleo en Uruguay es por cuenta propia (cuentapropismo), un porcentaje elevado para la serie histórica del país (Barba, 2009).

La situación *socioeconómica* del período muestra que el crecimiento económico de los años 90, no estuvo acompañado de estabilidad macroeconómica tras la crisis. Los años 90 se caracterizaron por una alta desigualdad en la distribución del ingreso en comparación con el período anterior y un aumento de la pobreza en términos absolutos. En cuanto a la orientación hacia la *desmercantilización*, el régimen universalista uruguayo continuó siendo —junto al chileno— uno de los más desmercantilizados de los regímenes de bienestar latinoamericanos, lo que se constata en el alto porcentaje de fuerza laboral asegurada (cobertura de 80% de la PEA en 1997-98), alto nivel de gasto social (15.4% y 16.8% en 1980-81 y 1990-91, respectivamente) y elevado nivel de cobertura del

sistema educativo, con 94.3% de matrícula primaria en 1997 y 86% en educación media para el mismo año (Barba, 2009). Es de remarcar que las tempranas reformas de este período en Uruguay, comienzan a mostrar signos de decadencia en el primer lustro de los años 80.

En el tercer **período de “giro a la izquierda”**, cuya temporalidad podría fijarse —aunque algo arbitrariamente, ya que la inercia de los procesos del período previo tiende a seguir ejerciendo su influencia residual sobre el presente período— a partir del año 2000 en adelante, el 9.3% de los hogares uruguayos se encuentra por debajo de la línea de pobreza. Un porcentaje de nivel bajo en comparación tanto con la mayoría de los países de Latinoamérica como con los pertenecientes al régimen de bienestar dual. Si bien se experimenta una caída en el crecimiento económico medido por la tasa promedio anual de variación del PBI per cápita —que pasa de 2.4% entre 1990-99 a -6.2 entre el 2000-02—, se registra a la par una disminución en la desigualdad de ingreso en el medio urbano medida por coeficiente de Gini, que pasa de 0.492 en 1990 a 0.455 en el 2002 (Barba, 2004). El gasto público social per cápita es de nivel alto para Uruguay, en comparación con el resto de países de Latinoamérica y los agrupados bajo el paraguas del régimen dual, superando los 1,070 dólares como promedio en el período 2001 a 2003. Hacia finales de la última década del siglo XX, el gasto público social como porcentaje del PBI aumenta; de 16.8% en 1990-91 a 22.8% en 1998-99, superando con creces —en contraste con Chile, en el que disminuye— el alcanzado en 1980-81 (15.4%) (Barba, 2009).

En el primer **período de constitución (1940-80)** del régimen de bienestar en **México**, en materia de *cobertura* de la protección social, los avances son menores, el país desciende entre uno y dos escalones en los niveles de cobertura con respecto a los países con regímenes universalistas. En términos de cobertura específica en salud, medida por porcentaje de población menor de un año con inmunización de vacuna BCG, alcanza el 80%, mientras que en los regímenes universalistas es en todos sus casos (Argentina, Chile, Uruguay),¹ superior a 90% (93%, 98%, 97%, respectivamente) (Barba, 2009). Con relación al *sistema educativo*, el porcentaje de la población de entre 6 y 11 años que se matricula en educación primaria hacia 1970 es de 81.4% y de 47.3% el de la población de entre 12 y 17 años de edad que lo hace en enseñanza media (Barba, 2009). El nivel de calidad de vida hacia 1965-70 es intermedio (25.8%), medido como el porcentaje de personas de 15 y más años afectada por la condición de analfabetismo. Como se puede observar, se confirma el descenso de México de entre

¹ Sin datos para el régimen universalista de Costa Rica.

uno y dos escalones en los niveles de cobertura en educación y salud cuando se lo compara con los países de régimen universalista.

En cuanto a las *prestaciones* sociales, el desarrollo del sistema se da en la “segunda oleada” de los años 40 del siglo XX, formando un sistema “intermedio” en la clasificación desarrollada por Mesa-Lago (1994). El sistema de protección social, en contraste con los países de regímenes universalistas, es de carácter regresivo. El acceso al aseguramiento es de carácter fragmentario por parte de las instituciones de seguro social, lo que producen diferencias en la cobertura y la calidad de los servicios para los distintos sectores sociales (Barba, 2009). Esto es acompañado por múltiples instituciones que ofrecen servicios a diferentes segmentos de la población, con reglas y bajo condiciones diferentes, así como beneficios que difieren en calidad y cantidad (Barba, 2009). El espectro de atención concentra a los grupos más privilegiados en un polo, siendo los que reciben los mayores beneficios, y a los grupos que permanecen completamente excluidos de los mismos en el otro.

Con relación a la *gestión de las prestaciones*, las instituciones de seguridad social se caracterizaron por ser corporativas, clientelares, regresivas, excluyentes, estratificadas y fragmentadoras, marginando sistemáticamente a quienes se encuentran en el sector informal de la economía y a los trabajadores del sector rural. Con relación al *mercado de trabajo*, hacia 1970, México registra un 43.1% de empleo precario, un 18.2% de subempleo no agrícola y 24.9% de subempleo agrícola (Barba, 2009). Para ese mismo año, el porcentaje de PEA asegurada es tan solo —en comparación con Chile y Uruguay— de 55%, la proporción de la PEA formal es de 57% y 14.5% la informal. En cuanto al empleo agrícola, el moderno es del 23% y el tradicional de 24.9% (Barba, 2009). Se registra en el período un incremento en el grado de informalidad en el mercado de trabajo mexicano.

Con respecto a la situación *socioeconómica*, en la segunda fase del período (1950-70) se observa una concentración media-alta del ingreso, con un promedio medido por el coeficiente de Gini de 0.540. En el período 1960-70, cuando el modelo ISI todavía parecía factible, el PBI per cápita era alto (3.6%), inclusive más que el registrado en los países con regímenes universalistas como Chile (1.9%), Uruguay (0.5%) y Argentina (2.6%) (Barba, 2009.). El porcentaje de hogares urbanos y rurales pobres es bajo para el período 1960-70, de 20% en los primeros y 49% en los segundos (Barba, 2009). Con relación a la orientación hacia la *desmercantilización*, el nivel de gasto social baja entre uno y dos escalones respecto a los países de regímenes universalistas. Será entre los años 40 y 70 del siglo XX que tendrá lugar un fuerte proceso de industrialización orientado hacia el fortalecimiento del mercado interno mexicano.

En el segundo período de **reformas y crisis de las reformas (1981-99)**, la *cobertura* en seguridad social tras las reformas resulta más baja que la de los regímenes universalistas, con un mayor grado de exclusión asistencial de amplios sectores de la sociedad, lo que reforzó la reproducción de los altos niveles de pobreza crónica. La puesta en interrelación de políticas sectoriales y focalizadas buscó generar un efecto compensatorio, bajando los niveles de pobreza extrema y reduciendo los de pobreza relativa, acercando así a los pobres extremos a la situación del resto de los pobres (Barba, 2009). Con respecto al *sistema educativo*, la matrícula en educación primaria, considerando a la población de 6 a 11 años de edad, es de 99.9% en 1997, mientras que la matrícula en educación media, considerando a la población de entre 12 y 17 años de edad, alcanza el 49% en 1980 y 69% en 1997. El nivel de analfabetismo en la población de 15 años o más es de 10.4% en 1995 (Barba, 2009). Los programas sectoriales de nivel primario en materia de educación y salud se aproximan a la meta de la universalidad, aunque sin lograrla a razón de los límites que los mismos presentan en otros niveles de servicios donde la brecha respecto a los regímenes universalistas se mantiene; por ejemplo, en el porcentaje de fuerza laboral asegurada y en los niveles de matriculación en educación media.

En materia de *prestaciones*, tienen lugar reformas de los sistemas de pensiones y tributarios como parte del paquete de reformas estructurales elaborado por el Consenso de Washington. Estas tendrán lugar en cuatro grandes áreas, orientadas hacia el despliegue de un capitalismo de libre mercado, con apertura comercial, desequilibrios fiscales y externos corregidos, liberalización del comercio, un mercado financiero y laboral desregulado y privatización de bienes y servicios públicos. En el caso de la reforma de pensiones del régimen de bienestar mexicano, esta se caracterizó —al igual que en el caso chileno— por ser autoritaria y generadora de un sistema sustitutivo que, instaurado bajo sólidos controles autoritarios, suplanta el sistema de reparto y capitalización colectiva por uno de capitalización individual (Barba, 2009).

Durante el período en cuestión, los regímenes duales confrontan el problema de una pobreza considerablemente mayor que la existente en los regímenes universalistas. En los primeros, destacan las transferencias de efectivo y la aparición de programas de desarrollo humano que se articulan en torno al rol reproductivo de las mujeres (bajo grado de orientación hacia la *desfamilia-rización*), como sucedió con el programa Progres-Oportunidades. En cuanto al *mercado de trabajo*, para 1979-80 la PEA asegurada es apenas del 34%. Durante los años 90, se observa en México un crecimiento significativo del empleo en sectores y subsectores que demandan mano de obra poco o nulamente calificada, principalmente en el sector comercio y la industria manufacturera. Entre

1991 y 1999 se registran elevados niveles de desempleo urbano, con tasas medias anuales que oscilan entre 6.8% y 11.1% (Barba, 2009). El empleo de baja calidad crece, a razón del crecimiento que experimenta el trabajo por cuenta propia (Barba, 2003, cuadro 74). La polarización salarial que se genera, en comparación con Chile y Uruguay, es elevada, acompañada de la continuidad en el aumento de la desigualdad distributiva del ingreso, que medida como promedio de los hogares a nivel nacional por el coeficiente de Gini, pasa de 0.470 en 1990 a 0.473 en 1999. En los países de régimen dual, entre los que se cuenta México, la posesión de un empleo no garantiza el salir de la situación de pobreza, lo que correlaciona con los altos índices de pobreza que exhiben, los más altos de la región latinoamericana, y que se intensifican como resultado de los altos niveles de concentración del ingreso y los reducidos niveles de gasto social (Barba, 2009).

En cuanto a la *situación socioeconómica*, durante los años 90 el crecimiento económico en los países de régimen dual es de nivel “medio”, con una tasa anual promedio de 2.9% (Barba, 2003, cuadro 72). La tasa promedio de variación anual del PBI per cápita no repuntó entre los períodos de 1990-99 y 2000-02 en los regímenes duales (México), como tampoco lo hizo en los universalistas (entre ellos, Chile y Uruguay) lo que derivó en un impacto negativo en la capacidad de reducción de la pobreza y la pobreza extrema (Barba, 2003). La concentración del ingreso, en perspectiva comparada, no aumentó en México como si lo hizo en Chile. En este último, pasó de 0.480 a 0.554 y 0.550 en los años 70, 90 y 2002, respectivamente, mientras que en México y en Uruguay la tendencia se mostró decreciente; 0.590, 0.536, 0.514 en el primero y 0.490, 0.492, 0.455 en el segundo, para los mismos años referidos en Chile (Barba, 2003).

Con relación a la orientación hacia la *desmercantilización*, el gasto público social como porcentaje del PBI es de 9.2% para 1980-81, la mitad del de Chile (18.4%), y muy por debajo del de Uruguay (15.4%) para el mismo período (Barba, 2003). A partir de los años 80, se impulsa la implementación de un modelo de crecimiento económico basado en el mercado, que implementa reformas en los sistemas de protección social y los aproxima hacia un paradigma de bienestar residual. Con las reformas estructurales económicas y sociales, se estimula la privatización de bienes y servicios públicos. El régimen dual de bienestar mexicano, en contraste con el universalista de Chile y Uruguay, exhibió un menor grado de desmercantilización durante el período, lo que se manifiesta en; un muy bajo porcentaje de la masa laboral asegurada, apenas el 38% en 1997-98, bajos niveles de gasto social (9.2%, 6.5%, 9.1%, en 1980-81, 1990-91 y 1998-99, respectivamente) y bajo nivel de cobertura del sistema educativo en términos de matrícula en el nivel de enseñanza media (49% y 69% en 1980 y

1997, respectivamente). La brecha existente entre los niveles de gasto social entre regímenes duales y universalistas se mantiene semejante a la de los años 70.

En cuanto a la *orientación del mercado*, puede decirse que se configura en base a la liberalización del comercio y la desregularización de los mercados financieros y de trabajo. El modelo de crecimiento se basa en el mercado y se orienta hacia las exportaciones. Entre los cambios fundamentales del período se encuentra el ascenso de una coalición social de carácter transnacional, promotora de proyectos de apertura mercantil y residualización de la política social. Tras la crisis mexicana de 1994, se suma al paradigma de políticas sociales de los años 90, un conjunto de medidas que se extienden desde la flexibilización y desregulación del trabajo pasando por la búsqueda de gobernabilidad, entendida como competencia del gobierno para dirigir institucional y políticamente la implementación de las reformas, hasta el reemplazo de los sistemas pensionarios de capitalización colectiva por los de capitalización individual. En los años 90, crecen los servicios básicos, sociales y financieros en los regímenes duales, sin embargo, es en este decenio en que las reformas tardías de estos regímenes entran en crisis, dando lugar a su freno y ajuste estabilizador (Barba, 2003).

En el tercer período de **“giro a la izquierda” (año 2000 en adelante)**, entre un 2.4% y 3.9% de los hogares mexicanos poseen tres o más necesidades básicas insatisfechas (NBI), medidas en el año 2002 (Barba, 2009). Para el año 2004, el 29.8% de los hogares mexicanos se encuentran por debajo de la línea de pobreza, un nivel elevado dentro del contexto latinoamericano. El gasto público social per cápita promedio es de 600 dólares al 2001-03, un nivel bajo en perspectiva comparada con los regímenes universalistas. Se experimenta una caída del crecimiento económico que acompañó el período de reformas, que pasa de 1.5% de tasa promedio de variación anual en 1990-99 a 0.8% en 2000-02. La concentración del ingreso mejora con relación a los años 70 y 90, siendo de 0.514 en el total nacional medida por el coeficiente de Gini para el año 2002 (Barba, 2009).

3. Los regímenes de bienestar europeos

3.1. Alcances y limitaciones de la clasificación de regímenes de bienestar

Este estudio integra la clasificación de regímenes de bienestar desarrollada por Esping-Andersen, que originalmente dio lugar a tres (Esping-Andersen, 1990) y luego a cuatro (Esping-Andersen, 1999) tipos de regímenes (liberal, socialdemócrata, conservador y mediterráneo), resultantes del desarrollo histórico y político de las sociedades industriales avanzadas (Esping-Andersen, 1990, p. 3). Esping-Andersen construye su tipología de los regímenes de bienestar definiendo racimos (*clusters*) de países aunados a partir de su propia lógica específica de organización, integración social y estratificación (1990, p. 3). Los cuatro racimos de países que constituyen cada uno de los cuatro regímenes de bienestar tipificados, pueden ser diferenciados entre sí por la proximidad en los rasgos de la cobertura de salud, protección laboral, agendas de políticas sociales y beneficios por vejez, en suma, por la proximidad en la forma y grado en que las políticas de bienestar social se orientan hacia la desmercantilización (*decommodification*) (Hega y Hokenmaier, 2002, p. 5).

La desmercantilización refiere al grado en el que los miembros de una sociedad, individuales o colectivos como la familia, pueden sobrellevar un estándar de vida socialmente aceptable con independencia de formar parte de la fuerza laboral asalariada integrada al mercado (Esping-Andersen, 1990, p. 37). En este sentido, Hega y Hokenmaier reafirman que, con relación a los regímenes de bienestar, la desmercantilización constituye una forma de proceder de sus programas sociales y de la magnitud en que estos contribuyen a hacer independientes los estándares de vida de las fuerzas de mercado (2002, p. 24), esto es, en tanto los derechos sociales contribuyen a revertir la equivalencia del estatus de ciudadano a mera mercancía (*commodity*) (Esping-Andersen, 1990, p. 3). Los regímenes de bienestar conforman diferentes tipos ideales que difieren uno de otros, no solamente en el grado de desmercantilización, sino también en términos de su estratificación social y arreglos institucionales entre estado, familia y mercado (1990, p. 3).

De la relación entre estas, Esping-Andersen (1990, 1999) define cuatro tipos ideales de regímenes de bienestar. El régimen *socialdemócrata* (Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia) en el que el Estado ocupa un lugar central en la provisión de servicios de bienestar, los cuales son de carácter universal, alta calidad y a los que accede una considerable proporción de la sociedad. Estos regímenes se caracterizan por sus niveles relativamente reducidos de desigualdad econó-

mica. El caso de Suecia, es el ejemplo clásico de régimen de bienestar socialdemócrata, sin embargo, el resto de países nórdicos europeos (escandinavos) e incluso Países Bajos,² se hallan bien representados por este tipo de régimen (Hoekstra, 2010, p. 58). El régimen *liberal* (Australia, Canadá, Estados Unidos, Irlanda, Nueva Zelanda y Reino Unido) se caracteriza por un rol residual del Estado, acotado a la provisión de redes de seguridad (*safety nets*) y servicios limitados a los sectores de más bajos ingresos. En contraste con el régimen socialdemócrata y conservador, en el régimen liberal el mercado juega un papel central, existiendo una fuerte orientación del bienestar hacia el mismo. Contrariamente a lo que se observa en el régimen conservador, pero a la par con lo constatado en el socialdemócrata, en el régimen liberal la familia juega un rol marginal, siendo las empresas privadas las encargadas de proveer el grueso de los servicios de bienestar, inclusive los relativos a los cuidados familiares y de personas dependientes. Consecuentemente, el *cluster* de sociedades aunadas bajo el paraguas del régimen liberal, se encuentra caracterizado por un elevado grado de dualismo, al tiempo que mientras persiste un alto nivel de igualdad entre quienes se convierten en beneficiarios del régimen de bienestar, predomina una elevada desigualdad de ingresos en aquellos que no logran alcanzar el estatus de beneficiario (Hoekstra, 2010, p. 59).

Los regímenes *conservadores* se caracterizan por un Estado que desempeña un rol subsidiario en la provisión de servicios de bienestar y por un papel marginal desempeñado por el mercado que impacta débilmente sobre la distribución de ingreso, de modo que se reproduce la consolidación y conservación de la jerarquía social existente. En contraste con los regímenes liberal y socialdemócrata, en el conservador la familia ocupa un rol central, constituyéndose junto con algunas organizaciones privadas sin fines de lucro —como la Iglesia, gremios y sindicatos— en proveedora de los servicios de bienestar. La consecuencia de este tipo de arreglo institucional, resulta en un esquema segmentado de la provisión del bienestar, en el que diferentes sectores acceden a los servicios y donde la institución de la familia nuclear es expresamente favorecida (Hoekstra, 2010, p. 59). Respecto al régimen *mediterráneo* (España, Grecia y Portugal), como he señalado, no fue considerado por Esping-Andersen como parte constitutiva de la clasificación original, a excepción de Italia que fue integrada en el grupo de países con régimen conservador mientras que los países de Europa del Sur no estuvieron contemplados. Esta omisión, como señala Hoekstra, generó una

² Es preciso indicar que la incorporación de Países Bajos al *cluster* del régimen socialdemócrata no se encuentra suficientemente fundamentada aún, a razón de que comparten al mismo tiempo características con el régimen conservador.

reacción por parte de diferentes estudiosos del bienestar social (i.e. Barlow y Duncan, 1994; Leibfried, 1992) quienes propusieron un cuarto tipo de régimen de bienestar que recuperara a los países de la Europa mediterránea bajo denominaciones tales como “régimenes cercanos a los latinoamericanos” (*Latin Rim regimes*) o “régimenes rudimentarios de bienestar” (2010, p. 59).

En trabajos posteriores, Esping-Andersen (1999) adoptará la denominación de régimen de bienestar “mediterráneo”, para referirse a estos países que se caracterizan por una configuración institucional apoyada en la complementariedad de la interacción entre estado (instituciones públicas), sociedad civil y familia (Moreno, 2012, p. 57). En el régimen mediterráneo, el estado desempeña un rol limitado como proveedor de servicios de bienestar, al tiempo que se caracteriza por la ausencia de trayectorias históricas en materia de políticas de pleno empleo (Hoekstra, 2010, p. 59) y por mercados laborales con extensas economías informales (Moreno, 2012, p. 56). En contraste con el régimen liberal, en el régimen mediterráneo no es el mercado sino la familia la institución que domina la provisión de servicios de bienestar. En los países con este régimen, predomina un fuerte grado de familiarismo, con una provisión descentralizada de servicios de bienestar basada en el apoyo familiar y la cultura asistencialista, así como una limitada intervención del estado y el mercado. Este fuerte grado de familiarismo que caracteriza a los países agrupados bajo el régimen definido por Esping-Andersen (1999) como “mediterráneo”, es el que lo aproxima al régimen conservador; lo que ha conducido a Esping-Andersen a considerar con relativa frecuencia al régimen mediterráneo como un tipo de subrégimen conservador (1999, p. 94), aunque subraya que en los análisis comparativos debe ser tratado como un régimen de bienestar aparte por derecho propio.

La clasificación de regímenes de bienestar desarrollada por Esping-Andersen, no solamente ha sido objetada por la omisión en que incurre al dejar fuera el cuarto tipo de régimen de bienestar (mediterráneo), sino por otras razones que dieron lugar a críticas que inspiraron la construcción de nuevas clasificaciones de los regímenes de bienestar, emparentadas al tiempo que alternativas a la de Esping-Andersen; las elaboradas, por ejemplo, por Castles y Mitchell (1992), Hicks, Mirsa y Nah-Ng (1995) y Mitchell (1992). Con base en estas críticas, pueden rescatarse tres limitaciones principales de la clasificación de Esping-Andersen, a saber; (a) que los regímenes de bienestar clasificados son muy pocos y resultan incompletos, (b) que los países se encuentran mal clasificados y (c) que su tipología de los regímenes de bienestar considera solamente el gasto, sin tomar en cuenta el efecto redistributivo de las políticas sociales (Hega y Hokenmaier, 2002, p. 6). Autores como Hicks et al. (1995) reafirman la pertinencia de incursionar y adoptar otras clasificaciones de regímenes de

bienestar capitalistas, argumentando que el perfil de las instituciones públicas y las movilizaciones de la clase trabajadora entre los años 1880 y 1930 fijó recorridos (*pathways*) de provisión de bienestar diferentes a los definidos por Esping-Andersen, concluyendo que las historias políticas compartidas y de largo aliento, no pueden ser deducidas de las configuraciones políticas compartidas más recientes, las cuales constituyen los pilares de la clasificación de regímenes de Esping-Andersen (Hicks et al., 1995, como se cita en Hega y Hokenmaier, 2002, p. 6).

Por su parte, autores como Castles y Mitchell (1992), recuperan el argumento de la existencia de un cuarto régimen de bienestar capitalista, al que denominan “radical” y que se orienta hacia la meta de la igualdad a través de la complementariedad entre la regulación de las relaciones laborales y reducidos niveles de gasto social. Para estos autores, no son tres los regímenes de bienestar, como lo plantea la propuesta original de Esping-Andersen, afirmando que su cuarto régimen contribuye a una mejor predicción de las tendencias redistributivas y engloba a países como Australia y Nueva Zelanda (1992, p. 24). En esta línea de desarrollo de clasificaciones de regímenes de bienestar, que trascienden la tipología original de tres regímenes de Esping-Andersen, Korpi y Palme, demuestran que es posible hablar de hasta cinco regímenes tipificables a partir de diferentes combinaciones de tres dimensiones o perfiles de sus programas de protección social (1998, p. 666). En adición, Mitchell afirma que la tipología propuesta por Esping-Andersen, se halla plagada de problemas de delimitación que derivan en una clasificación inadecuada para algunos de los países considerados (1992, p. 73).

Expuestas las limitaciones y críticas que se le han formulado a la clasificación de regímenes de bienestar desarrollada por Esping-Andersen, esta investigación comparte la posición formulada por Hega y Hokenmaier (2002), según la cual el modelo de clasificación de regímenes de bienestar propuesto por Esping-Andersen, lejos se encuentra de constituir una clasificación errónea o de incurrir en dificultades de subespecificación, por el contrario, constituye un medio eficaz para una diferenciación y clasificación significativa de los regímenes de bienestar conforme al grado de semejanza —y no equivalencia— de los programas de bienestar social que desarrollan (2002, p. 6). En segundo lugar, los autores aclaran que la clasificación propuesta por Esping-Andersen, no se encamina hacia el establecimiento de categorías mutuamente excluyentes, ni exhaustivas, de los regímenes de bienestar, sino que su modelo busca únicamente mostrar que los regímenes de bienestar se pueden agrupar, sin que ello implique la existencia en la realidad de tipos puros de regímenes de bienestar (Hega y Hokenmaier, 2002).

Por consiguiente, en la medida que no es posible definir y encontrar tipos ideales de regímenes de bienestar socialdemócrata, liberal, conservador y mediterráneo, que puedan considerarse perfectos o puros, la clasificación propuesta por Esping-Andersen deviene, sobre todo, en un esfuerzo de tipificación de los países conforme a las características predominantes de sus propios regímenes, aun cuando estos comparten rasgos de otros regímenes de bienestar social. Como señala Hega y Hokenmaier (2002), Esping-Andersen pudo haber optado por tipificar otros regímenes de bienestar, basándose en sus características no dominantes (residuales) o incluso en otros criterios de diferenciación. En los hechos, Esping-Andersen no optó por este camino, por lo que se puede afirmar que otras clasificaciones solo contribuirían a reducir la fortaleza del modelo, además, como modelo, la clasificación de Esping-Andersen resulta ser altamente adaptable y útil en los análisis comparativos (Hega y Hokenmaier, 2002, p. 6), al tiempo que apropiada para los análisis que en su comparación consideran una muestra acotada de casos (países), en la medida que solamente una tipología parsimoniosa ofrecería explicaciones nacionales sustantivas, sin pretensiones de ostentar el estatus de una teoría general (2002, p. 6), propósito este último que no es el de Esping-Andersen, ni el de esta investigación.

3.2. Las “edades” de los regímenes de bienestar social

Basándose en la clasificación elaborada por Esping-Andersen, Moreno (2012) y Moreno et al. (2014) definen tres grandes etapas (edades) por las que han atravesado los regímenes de bienestar europeos a partir de “los distintos avatares de las políticas sociales y de los desarrollos del bienestar desde mediados del siglo XX” (Moreno et al., 2014, p. 10). El análisis de las “edades” del bienestar desarrollado por estos autores, considera las “principales transformaciones de las políticas sociales y las diversas trayectorias seguidas por los regímenes de bienestar (*welfare regimes*)” (2014, p. 10). La primera etapa, denominada “edad de oro” (*Golden Age*) o *trente glorieuses*, de los regímenes de bienestar, que se extiende durante el período comprendido entre 1945-75, se caracterizó por el máximo esplendor del capitalismo europeo. Durante la edad de oro del capitalismo de bienestar, se logró “que los sistemas de protección social de la Europa occidental fundamentaran su expansión en las altas tasas de actividad laboral masculina, en la acción complementaria de la familia y, en particular, en el trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares” (Lewis, 2001, como se cita en Moreno et al., 2014, p. 16).

Como apunta Moreno et al. (2014), es a partir de la crisis del petróleo de 1973-78 que se advierte con mayor fuerza la interdependencia y apertura de las

economías europeas, transformando la relativa prosperidad persistente de la “edad de oro”. Para estos autores, es hacia el cenit de la *Golden Age* que “coincidieron varios factores que impulsaron la readaptación del Estado de bienestar” (2014, p. 6), dando lugar, por un lado, a la generación de férreos desajustes fiscales que irán empeorando debido a la “disparidad entre una demanda ciudadana de más y mejores servicios públicos, combinada con una renuencia de determinados sectores de electores a asumir mayores impuestos para su financiación” (2014, p. 6), todo ello en el marco de la agravación de la inestabilidad económica mundial producida por los shocks petroleros. Hacia mediados de los años 70, el avance de los regímenes de bienestar europeos logró promover el pleno empleo de la fuerza laboral masculina y elevadas tasas de empleo femenina, con un reducido nivel de inestabilidad laboral y “asegurado [el reducido nivel] con la expansión de programas de servicios sociales, educativos y sanitarios” (2014, p. 6). En el contexto de la “edad de oro” de los regímenes de bienestar europeos, la movilidad social ascendente propició la expansión de las clases medias, ampliando sustantivamente su poder adquisitivo, así como también “democratizó la compra masiva de bienes de consumo, cerrando el círculo virtuoso del crecimiento económico propio de ese largo ciclo de prosperidad” (2014, p. 17) que supuso la “edad de oro” de los regímenes de bienestar europeos.

La segunda etapa por la que atraviesan los regímenes de bienestar europeos, se la conoce como “edad de plata” (*Silver Age*) (Taylor-Gooby, 2002), comprendiendo el período 1976-2007 y caracterizada por exhibir sendas limitaciones, al tiempo que “una encomiable resiliencia y adaptación ante los persistentes ajustes destinados a contener los gastos sociales (*cost containment*), logrando ralentizar los retrocesos en las políticas del bienestar (*retrenchment*)” (Moreno et al., 2014, p. 10) entendiéndose por *resiliencia*, “la capacidad de las instituciones y políticas de soportar las presiones para su cambio, transformación y/o eventual desaparición” (2014, p. 10). Consistió en un proceso que condujo a una disminución de alrededor del 10% de las prestaciones en los *regímenes socialdemócratas*, una consolidación de los criterios de acceso y elegibilidad de los programas sociales de bienestar en los *regímenes conservadores*, un incremento del gasto social en los *regímenes mediterráneos* y una intensificación de la mercantilización de la provisión de bienestar, esto es, de la transferencia de la responsabilidad social desde el sector público al sector privado, en los *regímenes liberales*, pero especialmente en el británico (Moreno, 2012, p. 68). En la “edad de plata”, durante los años 80 y 90, el impulso ideológico de corte neoliberal “cuestionó los fundamentos y la legitimidad sobre los cuales se había desarrollado el Estado de bienestar europeo tras la Segunda Guerra Mundial, asedio que persiste y se ha agudizado

tras el crack de 2007” (2012, p. 48). Por “edad de plata” podrá entenderse aquel período en el cual los rendimientos de legitimidad y logros de los regímenes de bienestar europeos, empeoran —aunque siguen siendo destacables— respecto a la “edad de oro”, al tiempo que enfrenta situaciones de “austeridad permanente” (Ferrera, 2008, como se cita en Moreno et al., 2014, p. 10). Tras la culminación de la “edad de oro” (1945-75), se abrió una fase de profundas reformas (Calzada y del Pino, 2008; Ferrera, 2005; Moreno; 2012), sobre todo “en sus fronteras funcionales y territoriales, y no solo respecto a la protección social” (Moreno, 2012, p. 69).

La tercera etapa denominada, “edad de bronce”, inicia con la crisis económica del 2007 y se caracteriza por la incertidumbre respecto a si es posible “mantener los rasgos constitutivos del bienestar social consolidados durante la segunda mitad del siglo XX” (Moreno et al., 2014, p. 10). Con relación a la sostenibilidad de los sistemas de seguridad social en los regímenes de bienestar europeos durante la “edad de bronce” y tras el crack económico, “la dimensión de los valores sociales compartidos cobra una importancia crucial como guía para interpretar la (des)institucionalización de las políticas sociales y el Estado de bienestar” (Moreno, 2012, p. 75). La situación en que actualmente se encuentran los regímenes de bienestar europeos en la “edad de bronce”, se caracteriza por un “redoblamiento de las presiones encaminadas a dismantelar buena parte de los sistemas de protección social” (Moreno et al., 2014, p. 99), lo que tiene por efecto una mayor apertura a la iniciativa privada lucrativa que modifica progresivamente los derechos sociales del ciudadano convirtiéndolos en derechos residuales (Moreno et al., 2014).

En términos de diferencias entre los regímenes de bienestar en la “edad de bronce”, el régimen socialdemócrata “ha reforzado las políticas activas de empleo que contaban allí con larga tradición, especialmente en el caso de Suecia, [en el que] los cambios recientes han puesto un énfasis creciente en la idea de 'bienestar a cambio de trabajo'” (Moreno et al., 2014, p. 48), al tiempo que los criterios de elegibilidad se han rigidizado y la provisión de prestaciones sociales se ha limitado. No obstante, en perspectiva comparada con el resto de los regímenes europeos, siguen siendo más dadas. Mientras que en el mismo período, para el régimen liberal británico se constata una tendencia hacia la profundización de los procesos de dualización social, caracterizados por un grupo de trabajadores en empleos estables que “pueden confiar en sus acuerdos privados con sus empleadores para conseguir condiciones ventajosas si son despedidos” (2014, p. 48), mientras una mayoría de trabajadores en ocupaciones precarias “dependen de subsidios marginales que les abocan a la pobreza o al encadenamiento de empleos precarios” (2014, p. 48). En suma, el crack econó-

mico de 2007 y la coalición entre liberales y conservadores en Reino Unido, ha derivado en “los mayores recortes de gasto social de los últimos noventa años, lo que hace prever que los más desfavorecidos, las mujeres, el sistema sanitario, los dependientes, los niños y los ancianos, se verán muy negativamente afectados” (Taylor-Gooby, 2012, como se cita en Moreno et al., 2014, p. 46).

En el caso del *régimen de bienestar conservador*, durante la etapa de la “edad de bronce”, advierte un estado de bienestar nacional que se hace cada vez más ineficaz a la hora de desempeñar sus compromisos en materia de prestaciones sociales, contrayendo una “fuerte dependencia de las finanzas gubernamentales de los mercados globales y del crédito exterior” (Barba, 2007, p. 92), lo que ha contribuido a desarticularlo. Por su parte, en el régimen mediterráneo durante el mismo período, ha tenido lugar la generación de “nuevas limitaciones al acceso [a la protección social] que afectan a personas adultas que no han cotizado y a inmigrantes indocumentados, que vulneran el principio de elegibilidad universal” (Moreno et al., 2014, p. 54), así como consecuencia residual del crack económico del 2007 se “ha dado al traste con numerosas de las reformas [por ejemplo, Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia y a las familias y Ley de igualdad] a partir del año 2010” (2014, p. 53).

CAPÍTULO III

Alcances y limitaciones de la investigación: Unidad de análisis, comparación internacional y efectos temporales

4. Problemas clásicos de la investigación sobre movilidad social

Tres cuestiones de relevancia para esta investigación requieren ser atendidas, la presente sección las desarrolla y pone en relación. En *primer* lugar, se discute según distintas perspectivas, cuál debe ser la unidad teórica y de análisis más idónea para el abordaje analítico de la estratificación y movilidad social. La integración de esta discusión es sustantiva, en la medida que de la misma depende la naturaleza de la relación que guardan las variaciones en los regímenes de bienestar con las variaciones en los patrones de movilidad social y, en especial, la que guardan con los probables cursos de vida individuales, esto es, con los determinantes de los riesgos y oportunidades vinculadas a los desplazamientos de clase social durante el trayecto vital (DiPrete, 2002; Mayer 2004a, 2004b). La *segunda* cuestión, hace referencia a si es posible y, de serlo, en qué medida, la comparación internacional (*cross-national analysis*) entre regímenes de bienestar que se asocian a distintos perfiles de regímenes de movilidad social. En *tercer* lugar, se aborda el problema clásico de la investigación en sociología sobre los *efectos de edad, cohorte y período*, asociados a las características propias del diseño de investigación en el que los efectos tienden a interrelacionarse de forma diferencial. La *cuarta* cuestión, pone de relieve la necesidad de vigilancia epistémica del investigador, sobre las limitaciones de cada diseño en general y del empleado en esta investigación en particular, en tanto se basa en el análisis longitudinal con base en cohortes de nacimiento para evaluar las variaciones en los patrones de movilidad social; estudios similares que emplean este diseño en la investigación de la movilidad son, Fachelli y López-Roldán (2012), Martínez-Celorio y Marín-Saldo (2010a), Mayer (1986), Pfeffer (2007) y Torche (2007), entre otros.

4.1. El debate de la unidad de análisis y su relación con las instituciones de los regímenes de bienestar social

Uno de los aspectos a subrayar al desarrollar la primera cuestión asociada a la relación entre las variaciones entre los regímenes de bienestar y los regímenes de movilidad social, reside en la limitación que enfrentan los análisis de movilidad social intergeneracional que para capturar las posiciones sociales (o de clase social), emplean medidas que se basan en la ocupación del individuo (unidad de medida *individual*) y no así en las condiciones de vida del hogar (unidad de medida *colectiva*). En torno a este punto, existe un debate todavía abierto al interior del análisis de la movilidad social. Ligando este aspecto al tema de la movilidad durante la vida (*life course mobility*), algunos autores, entre ellos DiPrete (2002), señalan que los modelos basados en trayectorias de carreras ocupacionales a nivel individual, han demostrado tener limitaciones para conocer la movilidad de cursos de vida al valerse de meta-análisis que emplean información disponible sobre movilidad ocupacional, dinámicas de pobreza y movilidad de ingresos en el hogar que son aplicados a sociedades con diferentes regímenes de bienestar.

Previo a la constatación de la intensa influencia ejercida por la participación de la fuerza laboral femenina en el mercado laboral y los crecientes niveles de inestabilidad en los hogares de las sociedades de economías avanzadas, entre los teóricos de la estratificación social surgió el consenso de asumir a la familia como la unidad teórica y analítica más adecuada para el estudio de la movilidad social. Este paso se basó en el supuesto de que las posiciones de clase y prestigio social de las familias, guardaban un correlato mayor con la posición de clase y estatus del varón proveedor (*breadwinner male*). Este consenso, como acertadamente apunta DiPrete (2002), ha sido interpelado en el último cuarto del siglo XX e inicios del XXI. Una respuesta a esta posición, que se ha constituido como el *mainstream* en la definición de una unidad de análisis para la investigación de la estratificación social, propone el abandono de la familia como unidad teórica y analítica con base en el fundamento de que se ha tornado inapropiada para escrutar la realidad más reciente de la movilidad social, a razón del notable crecimiento de la participación de la fuerza laboral femenina en el mercado de trabajo.

La solución que proponen los defensores de esta alternativa, como Acker (1973) y Sørensen (1994), es la de asumir al individuo, esto es, a la posición laboral individual, como la única unidad analítica y de medida adecuada para capturar las posiciones en la jerarquía de un sistema de estratificación social. Una segunda propuesta alternativa sugerida por Wright (1997), afirma que la

población femenina puede también ser poseedora de una posición de clase ocupacional *directa*, la que se corresponde con la suya propia, y una posición *indirecta* o mediada, que se corresponde con la de su conyugue masculino, de modo que la relevancia relativa de una o de otra, estará determinada por la pesquisa empírica que se realice mediante diferentes variables dependientes y diferentes países (DiPrete, 200, p. 269). Una tercera posición asumida por investigadores adscriptos a una tradición conservadora y ortodoxa en el estudio de la movilidad social (Erikson, 1984; Goldthorpe, 1983), ha sido crítica respecto a la alternativa propuesta por Acker (1973) y Sørensen (1994), reafirmando que la clase social debe ser definida para todos los miembros familiares como equivalente a la clase social del individuo adulto varón y proveedor. Más recientemente, Erikson y Goldthorpe (2002), han sintetizado su perspectiva conceptual y analítica de la movilidad social reafirmando esta posición. Una cuarta posición alternativa es crítica con las tres posiciones anteriores, considerándolas insatisfactorias a razón de los conceptos de los que se valen para medir las posiciones de clase; posición a la que adscribe DiPrete (2002) y los trabajos posteriores de Sørensen (2000, 2005).

La línea desarrollada por Wright (1979, 1985, 2002), sugiere que la definición de las clases sociales debería efectuarse sobre la base de las condiciones de vida más que sobre una concepción basada en el antagonismo de intereses de clases, de modo que así definida, en términos de condiciones de vida, se recupera uno de los fundamentos básicos desde los que se ha desarrollado la mayor parte de la investigación empírica sobre estratificación y movilidad social (Sørensen, 2000). Como señala Sørensen, la asunción de la concepción de la clase como condiciones de vida, permite efectuar afirmaciones sobre la existencia empírica de agrupaciones observables con fronteras identificables y definibles (2000, p. 1526) que pueden ser detectadas mediante la identificación de los diferentes estilos de vida asociados con las diferentes condiciones de vida en los estudios de la comunidad (Sørensen, 2005, p. 122).

Según Sørensen, las clases sociales así entendidas pueden ser aproximadas mediante la variedad de indicadores de clase, ocupación, educación, ingresos, fuentes de ingresos y residencia, los que proporcionan medidas de las condiciones de vida de las diferentes clases (2005, p. 122). En la línea desarrollada por Sørensen (2000, 2005), el concepto de clase social entendido desde las variaciones en las condiciones de vida, resulta central para la investigación empírica de las clases sociales y sus efectos, y esto, en la medida que facilita la construcción de agrupaciones homogéneas de individuos (*homogenous groupings*) sobre la base del constructo de las condiciones de vida, o bien, la construcción de estas agrupaciones sobre otras tantas y diferentes bases como

son los indicadores sociales previamente mencionados (ocupación, ingreso, educación, residencia, entre otros), las clasificaciones basadas en la desagregación de las ocupaciones de Grusky y Sørensen (1998), el esquema de clases social desarrollado por Wright (1985), el de Erikson et al. (1979) empleados en el proyecto CASMIN o inclusive las medidas de tipo ordinales continuas de prestigio y estatus socioeconómico que se basan en la ocupación individual.

Es evidente que la propuesta de Sørensen ofrece una solución a la discusión del carácter de la unidad conceptual y analítica que alcanza e integra las diferentes posiciones alternativas. En opinión de Sørensen, no se trata de rechazar el uso del estatus socioeconómico como variable producto (*outcome variable*), a razón de que ofrece considerable evidencia aplicable al análisis de clases desde el enfoque de las condiciones de vida. Por su parte, el *estatus socioeconómico*, en el sentido que es mantenido por Goldthorpe y Hope (1974), esto es, en su significado de “bondad” (*goodness*), ofrece una representación de las creencias de las personas respecto a las condiciones de vida derivadas de las ocupaciones, lo que puede medirse por la riqueza de los individuos (Sørensen, 2002, p. 187).

En síntesis, el autor argumenta que no existe una diferencia sustantiva entre lo que es medido por la escala del *estatus socioeconómico* y lo que captura el *esquema de clases* —por ejemplo, el propuesto por Goldthorpe (1980)— salvo en lo que respecta a la capacidad del esquema de clase de tipo discreto que, no estando estructurado acorde a un principio jerárquico que le sea inherente, permite el registro de las variaciones no-verticales que el estatus socioeconómico de carácter continuo no logra capturar.¹ En contraste, sigue siendo objeto de debate la cuestión de si los esquemas de clase clasificados discretos, podrían capturar o no los efectos socioeconómicos (Hout y Hauser, 1992). Si bien las escalas de estatus socioeconómico no permiten distinguir las variaciones horizontales, si pueden agruparse en categorías discretas con base en las cuales es posible definir un concepto nominal de orden cualitativo de las clases sociales pensadas como condiciones de vida (Sørensen, 2002, p. 187).

Habría que adicionar en esta discusión, la relevancia que recubren las condiciones culturales y no solamente las materiales, como determinantes de las condiciones de vida. En la perspectiva de Sørensen, como en la de Bourdieu (1988) y Bourdieu y Wacquant (1992), a la hora de definir las posiciones sociales traducibles a posiciones de clase en el espacio social, el capital cultural (logros educativos y participación en la alta cultura), además del capital econó-

¹ Para profundizar en los puntos de distanciamiento entre escalas de status y esquemas de clases, además de los de proximidad en los que enfatiza Sørensen, pueden consultarse las discusiones y propuestas desarrolladas por Ganzeboom (1996).

mico, conforma un componente constitutivo de las condiciones de vida, siendo central para su definición. Desde la perspectiva de Sørensen, y en buena medida desde la de DiPrete (2002), también como se verá más adelante, las condiciones de vida (*life conditions*) constituyen una representación de la riqueza total que posee el individuo en el sentido de que reflejan la suma de los activos capaces de generar retornos materiales, como el ingreso (*income*), por ejemplo.

En otras palabras, la riqueza que posee el individuo define su situación de clase en un marco en el que se entiende a la clase en términos de condiciones de vida. Los activos que el individuo controla, bajo la perspectiva de Sørensen, determinan no solo el ingreso, sino también la variabilidad del mismo,² a la vez que resultan fundamentales para garantizar el reconocimiento, prestigio y respeto otorgado por la sociedad en tanto que dichos activos (*assets*), constituyen signos a partir de los cuales es posible evaluar y deducir el estándar o nivel de vida de su poseedor por parte de los otros miembros de la sociedad. Además, los activos que se poseen y se controlan, dan forma a las oportunidades de negociación y transacción con otros actores, en la medida que moldean las preferencias e intereses económicos (Sørensen, 2002, p. 182). Sobre todo, y con especial relevancia para el debate que plantea esta sección de la tesis, la riqueza total y su composición dan forma, bajo la perspectiva de Sørensen, al bienestar (*well-being*), la protección social (*welfare*) y las inversiones que maximizan las oportunidades, produciendo de este modo disposiciones conductuales que son responsables por la inoculación y socialización de mecanismos asociados con la clase como y en tanto condiciones de vida (2002, p. 182).

Con base en la perspectiva de la *clase social* como *condiciones de vida* desarrollada por Sørensen, DiPrete (2002) va a sugerir que si el bienestar y la protección social constituyen de hecho y en efecto una manifestación fundamental de las condiciones de vida, se deduce que la aplicación de indicadores que asumen la ocupación, riqueza personal e ingreso, entre otras dimensiones, del sostén-proveedor de la familia (*breadwinner*), resultan ser tan solo aproximaciones (*proxies*) a las condiciones de vida propiamente dichas. Esta afirmación de DiPrete se basa en una posición que parte de concebir el bienestar y la protección social como parte del nivel material de vida y, a este último, como el resultado de la cantidad de dependientes a los que provee el sostén de la familia por

² El ejemplo que pone Sørensen (2002) es el de los trabajadores asalariados que consiguen sus salarios como resultado de sus esfuerzos y habilidades, esto es, de vender su fuerza de trabajo, pero también y muy en particular, de sus oportunidades de empleo, las cuales inciden significativamente en la variación de sus ganancias.

medio de su ingreso y activos, pero también mediante los flujos de los ingresos de otros adultos en el hogar.

Por consiguiente, para la posición de las *condiciones de vida* y la definición de clase con base en estas, las alternativas de solución al problema de la unidad conceptual y analítica de la estratificación social que se basan en la abstracción o aislamiento de los individuos, resultan, en opinión de DiPrete (2002), “problemáticas”. Asimismo, otra de las dificultades que se presentan, es la de que estas posiciones alternativas que buscan una solución al problema, tienden a considerar, cuando no confundir, a las familias, extensas como nucleares, con los “hogares” (*households*), lo que supone la asunción de una concepción en términos legales o de relaciones biológicas, más que en términos de personas que se encuentran relacionadas por nacimiento, adopción, matrimonio o cohabitación, que viven por tiempo indefinido bajo un mismo techo y comparten gastos e ingresos, conformando un “hogar” propiamente dicho. Antes bien, la naturaleza problemática a la que se hace referencia y que observa DiPrete, resulta de la propuesta de separar a los individuos de sus estatus como miembros del hogar, lo que resulta al mismo tiempo, conceptual y empíricamente, poco satisfactorio, debido a que más allá de la creciente importancia de la actividad económica femenina, la mitad de todas las parejas adultas no constituyen los sostenes primarios de sus hogares (DiPrete, 2002, p. 270).

Es necesario insistir que, tanto Wright como Goldthorpe han propuesto soluciones al inconveniente subrayado por DiPrete, pero ante ambas propuestas este sostiene que siguen siendo problemáticas, por la forma en que caracterizan las condiciones de vida, olvidando que la cuestión no reside tanto en si la clase del sostén de la familia o la de su pareja sirven para un mejor pronóstico de las condiciones de vida, sino si una u otra clase es lo suficientemente precisa para ser teórica y empíricamente satisfactoria (DiPrete, 2002). En paralelo a la discrepancia de DiPrete respecto a las soluciones ofrecidas por otros autores, resulta relevante exponer las que ofrecen Wright, Goldthorpe y Hauser. Desde la perspectiva de Wright, la solución reside en la identificación de las *posiciones de clase* con las *relaciones mediadas* (indirectas) y *no-mediadas* (directas) de las *relaciones de clase*, trasladando el tema de la abstracción de los individuos a una cuestión que pone en competencia la decisión por la posición de la clase propia, o bien, por la del proveedor y sostén de la familia (Wright, 1997). Por su parte, la solución que ofrece Goldthorpe se basa en mantener el hogar (*household*) como la unidad conceptual y analítica en el estudio de la estratificación social, la que es operacionalizada en términos de estatus ocupacional del sostén y proveedor familiar dominante, de modo que las condiciones de vida del hogar resultan

representadas (derivables) por la posición de clase de este último (Goldthorpe, 1980, 1983).

La solución que ofrece Hauser, se fundamenta en la existencia de una metodología de larga data y bien desarrollada que permite medir el estatus socioeconómico por medio de las características de las ocupaciones de sus poseedores, lo que reviste valiosas ventajas prácticas en cuanto a que las ocupaciones actuales como pasadas pueden ser determinadas de forma fiable, inclusive por aproximación (*proxies*) (Hauser y Warren, 1996, p. 1) o retrospectivamente, lo que habilita a su vez el empleo de índices de estatus para medir la persistencia y cambio del *standing* ocupacional a través de las generaciones y al interior de las carreras ocupacionales (Hauser et al., 1996, p. 3). El argumento de Hauser concede al estatus ocupacional la capacidad de indicar de forma potente y confiable, las características de las personas y hogares a fuerza de que exista estabilidad temporal y correlación significativa con otras variables económicas y sociales (Hauser y Warren, 1996, p. 1).

El estatus ocupacional constituye, por tanto, un mejor indicador del ingreso a largo plazo (permanente) que las medidas de ingreso en un solo punto en el tiempo (1996, p. 22); sobre este punto existe cierto acuerdo con la posición de DiPrete (2002, p. 271), quien refrenda con base en hallazgos empíricos, la mayor volatilidad de la movilidad de ingresos respecto a la movilidad ocupacional. En suma, el estatus ocupación del cabeza de familia, padre o sostén-proveedor del hogar, constituye una medida adecuada y conveniente de aproximación al trasfondo social (*social background*), de modo que, por medio del examen de su relación con el estatus ocupacional de los varones y mujeres, se mantiene la metáfora de la movilidad social (Hauser et al., 1996, p. 12).

Algunas limitaciones han sido identificadas en la postura de Hauser, entre las que se cuenta la de su medida de escalamiento de la posición ocupacional que sirve a los propósitos recién mencionados, no resulta efectiva para reflejar todo lo relacionado a una ocupación que puede ser relevante para otras variables sociales, económicas y psicológicas (Hauser y Logan, 1992; Hauser y Warren, 1996; Hauser et al., 1996). Posiblemente esta no sea la limitación más relevante a los efectos de la discusión en torno al problema de la definición de la unidad conceptual y de análisis en el estudio de la movilidad social. DiPrete subraya el obstáculo que presenta la postura de Hauser, y de aquellas que se alinean con esta, consistente en su frecuente búsqueda de justificación de la identificación de las condiciones de vida con el estatus ocupacional o de clase social del sostén-proveedor del hogar, y esto mediante el argumento de que la ocupación se encuentra íntimamente ligada al *ingreso de largo plazo* o ingreso *permanente*. Tal argumento, sostiene DiPrete, resulta muy limitado cuando se busca aplicarlo

a personas, con inconvenientes que se magnifican cuando se trata de hogares (*households*) (2002, pp. 270-271).

Y lo anterior por dos razones principalmente, en primer lugar, porque las dinámicas de la *globalización y fuerzas del cambio tecnológico* producen variaciones incrementales en la desigualdad de ingresos y decrecientes en la estabilidad laboral dentro de la ocupación y la clase. De modo que, sobre este contexto la clase y la ocupación resultan ser *medidas* cada vez menos fiables del ingreso a largo plazo (DiPrete, 2002). En su estudio, Neumark ofrece evidencia que refuerza la objeción formulada por DiPrete. Neumark, Polski y Hanse, sostienen que es bien sabido que en los años 80 y 90 del siglo pasado, se ampliaron las diferencias salariales en función de la experiencia laboral de los trabajadores, y sugiere que si ante una coyuntura como esta los diferenciales de productividad no consiguen ampliarse en similar medida, se crean las condiciones propicias para la justificación de la sustitución de los trabajadores que se encuentran a mitad de su carrera ocupacional por trabajadores recién llegados y sin experiencia, todo lo cual corta el ciclo del ingreso “permanente” (Neumark et al., 2000, p. 203). Respecto a los cambios que subraya y a los que se refiere Neumark, puede decirse que, en efecto, hacia 1991 se encuentran aquellos trabajadores que experimentaron declive en la seguridad laboral, los mismos cuyos salarios relativos se vieron afectados (e.g. jóvenes, trabajadores no-calificados, minorías, etc.) en concomitancia con las transformaciones tecnológicas que atentan contra estos mediante la reducción de sus salarios e inestabilidad laboral (Neumark et al., 2000). Durante la década de los 90, el mercado laboral de las economías avanzadas, como la estadounidense, padeció transformaciones significativas, como el aumento de la competencia internacional y la innovación tecnológica continua, las que ejercieron presión sobre las compañías para una reducción considerable de sus costos laborales, derivando en el cierre de plantas, despidos, reestructuraciones y reducciones de personal (Neumark et al., 2000, pp. 101-102).

Otra limitación u obstáculo que se antepone a las posiciones defendidas por Goldthorpe, Wright y Hauser respecto a la definición de la unidad conceptual y de análisis para el estudio de la movilidad social, se basa en el argumento de que el nivel de vida de los hogares en sociedades con estados de bienestar modernos, depende a menudo de los programas de bienestar social cuyas reglas de elegibilidad, generosidad y prestaciones, no se encuentran directamente en función de la ocupación o clase del sostén-proveedor del hogar (DiPrete, 2002, p. 271). Constataciones como esta, sostiene DiPrete, invitan a afirmar la existencia de una incongruencia entre las definiciones de clase social en tanto condiciones de vida, que se basa en la ocupación individual del proveedor prin-

cial (*breadwinner*), y la mayor parte de las operativizaciones de esta definición encontradas en la sociología empírica. La solución que ofrece DiPrete, consiste básicamente en desarrollar un enfoque conceptualmente consistente sobre el tema de la movilidad social, que la problematice no en cuanto a la fuerza de la relación entre clase, ocupación e ingreso a largo plazo, sino también respecto a la idoneidad y exactitud del concepto de ingreso a largo plazo como realidad del comportamiento, en oposición a la realidad puramente estadística (DiPrete, 2002, p. 272).

Apoyándose en las contribuciones de Sørensen (2000), como el enfoque de la movilidad de clase desde lo que los economistas denominan “patrones de ingreso y consumo a largo plazo”, con base en un análisis que considere los perfiles de riqueza que los determinan en sustitución de los análisis transversales de la distribución de ingreso para un punto temporal determinado, DiPrete concluye que el recurso conceptual del “ingreso a largo plazo” (*permanent income*), sugiere que la movilidad de clase puede ser predecible y, en consecuencia, que tanto los hogares como individuos pueden ajustar sus patrones de consumo *a priori*, en aras de lograr un *standard* de vida particular (2002, p. 272), otorgándole capacidad y margen de predicción a los individuos. En resumen, para DiPrete, el ingreso a largo plazo por el que se busca capturar el nivel de vida, posee una conceptualización puramente *aritmética* que se expresa en términos de ingreso promedio a largo plazo, o bien, en términos de nivel de vida específico de un individuo, y una conceptualización *comportamental* que sugiere la capacidad de los individuos para anticiparse acertadamente al futuro. Tal anticipación, resulta relativamente fácil cuando se trata de cambios que tienen alta probabilidad de ocurrir en circunstancias dadas de la vida, como es, por ejemplo, la movilidad esperada durante la carrera ocupacional para los niveles educativos más elevados, o respecto a las pequeñas y evidentes fluctuaciones temporales del ingreso que promediarán con el tiempo (2002, p. 72).

Hay que tener en cuenta que la posición de Sørensen (2000, 2002), y en gran medida la de DiPrete (2002), revisten un carácter bastante economicista, si se considera su fundamento y punto de partida basado en el axioma de la teoría del capital humano, según la cual los logros educativos en términos del nivel de enseñanza alcanzado (*educational attainments*), constituyen un determinante y elemento de predicción del ingreso a largo plazo, de las expectativas de las condiciones de vida a futuro y de la riqueza asociada a ese capital. En este sentido, Sørensen (2002) y DiPrete (2002) adoptan indirectamente aportaciones del campo de la economía, como son las desarrolladas por Goldberger (1989) y Zimmerman (1992), ambos economistas, quienes sostienen que el estatus ocupacional podría ser el mejor indicador del ingreso a largo plazo

frente al ingreso en un punto específico en el tiempo, aunque la explicación *latente* de esta idoneidad del indicador resulta ser en realidad el nivel educativo de las ocupaciones o capital humano, más que la explicación *manifiesta* de la compensación económica en forma de ingreso (DiPrete, 2002).

Este punto se hace evidente cuando DiPrete (2002, p. 272) enfatiza, de la mano de Sørensen, el hecho de que los individuos que obtienen un nivel educativo más elevado, no orientan sus estilos de vida hacia un cierto nivel de ingreso en su juventud, sino hacia las condiciones de vida esperadas en el largo plazo, que se corresponde con una riqueza asociada con sus dotaciones de capital humano (Sørensen, 2002, p. 188). En consecuencia, el asunto de si sus estilos de vida consisten en sus ingresos a largo plazo, dependerá en gran medida del costo de los seguros que posean (e.g. ahorros, contratos, redes, capital social, etc.) contra los riesgos que surgen en el curso de vida (e.g. pérdida del empleo, divorcio, pobreza, movilidad descendente, desplazamiento geográfico, enfermedad, discapacidad, etc.) (DiPrete, 2002).

Recientemente, y con bastante posterioridad respecto a las contribuciones de Sørensen y DiPrete, Goldthorpe (2012) se ha pronunciado críticamente ante enfoques de corte economicista inspirados en la teoría del capital humano como forma de aproximación a la realidad de la desigualdad social, oponiéndoles una perspectiva basada en la desigualdad de estatus o clases sociales. La crítica de Goldthorpe se dirige hacia aquella concepción de la estratificación y desigualdad social, que se basa en medidas de ingreso, patrimonio y riqueza, así como a la concepción de que la desigualdad en los logros educativos, constituye el determinante de los diferenciales de capital humano como de ingreso, riqueza y patrimonio. Por consiguiente, Goldthorpe (2012) efectúa la diferenciación entre una concepción de tipo *atributiva* de la desigualdad y estratificación, que refiere al ingreso, la riqueza y logros educativos como atributos de los individuos y de los cuales estos últimos podrán poseer “más o menos”, y una concepción *relacional*, que refiere a las relaciones sociales al interior de las cuales los individuos se encuentran más o menos favorecidos (aventajados) (Goldthorpe, 2012, p. 204).

En contraste con DiPrete (2002), que diferencia entre una concepción *aritmética* (estadística) y otra *comportamental* del ingreso a largo plazo, de tal modo que con arreglo a esta última el acento cae sobre el individuo y su capacidad de anticipación, así como sobre una movilidad social que se vuelve predecible, Goldthorpe (2012) orienta su discusión hacia una diferenciación entre una concepción *atributiva* y otra *relacional* del ingreso, de tal modo que con arreglo a esta última, el acento recae sobre las *relaciones sociales* que definen ventajas y desventajas para la movilidad de clase social. Es así que, dada la dependencia

del estándar de vida de los programas sociales, cuyas normas de elegibilidad no se encuentran en función de la clase social del sostén-proveedor en los estados de bienestar modernos —realidad que conduce a DiPrete a afirmar la inconsistencia entre la definición de la clase social en términos de condiciones de vida y la mayoría de las operativizaciones del concepto encontradas en la sociología empírica—, Goldthorpe (2012) encuentra que la definición relacional de la clase social resulta actualmente operativa para los objetivos de la investigación empírica, al tiempo que afirma que ha sentado bases para el desarrollo de clasificaciones bien establecidas (e.g. los esquemas de clases EGP) en la investigación sociológica empírica contemporánea, como en las estadísticas oficiales nacionales y los análisis comparativos internacionales (2012, p. 204).

La explicación entre una y otra distinción reside en que, mientras DiPrete está centrado en definir la unidad conceptual y de análisis de la movilidad social en el curso de vida en términos de probabilidades de ascenso social y protección (*insurance*) frente a los riesgos del descenso social, Goldthorpe (2012) —y mucho antes Erikson y Goldthorpe (1993, pp. 28-64)—, está centrado en definir la unidad de análisis de la desigualdad y estratificación social, esto es, la clase social, desde las relaciones sociales que tienen lugar al interior del mercado de trabajo y las unidades productivas. Es precisamente este enfoque de Goldthorpe, el que posibilita la distinción básica entre patrones/empleadores, trabajadores por cuenta propia y trabajadores asalariados, en la que se basa el esquema de clases sociales EGP que se emplea en esta investigación.

En un nivel más específico, el enfoque sociológico y relacional —por oposición al economicista y atributivo— que defiende Goldthorpe, permite una segunda distinción entre los trabajadores asalariados a partir de la naturaleza de las relaciones que mantienen con sus empleadores y que se materializan en sus contratos laborales; por ejemplo, entre contratos de trabajo asalariado y contratos a destajo. Como es posible observar, existe un corrimiento en el foco de la conceptualización de la clase social para el análisis de la desigualdad y estratificación social propuesta por Erikson y Goldthorpe (1993), Goldthorpe (2012) y Goldthorpe y McKnight (2006), entre otros, en el que el énfasis deja de estar en una concepción basada en un nivel de vida medible mediante el ingreso a largo plazo (DiPrete, 2002), para reubicarse en una concepción relacional de la clase social que trasciende la unidimensionalidad de la reducción “economicista” al factor ingreso y, especialmente, al ingreso en un punto específico en el tiempo (*current income*). El ingreso a largo plazo (*long-term income*, *long-run income*, *permanent income*), como única dimensión definida desde una realidad comportamental que concede a los individuos y los hogares la capacidad de ajustar sus patrones de consumo a partir de sus ingresos, haciendo así de la

movilidad social una realidad medible y predecible, como defiende DiPrete (2002, p. 272), resulta inadecuado para Goldthorpe, en la medida que ha sido demostrado por Chan y Goldthorpe (2007), que los individuos en las diferentes posiciones de clase difieren sistemáticamente, no solo en sus niveles de ingreso, sino en al menos tres otras formas más, a saber; la vinculada al ingreso a corto plazo, la vinculada a las perspectivas de ingreso a largo plazo y la vinculada al grado de la seguridad de los ingresos (Goldthorpe, 2012, p. 204). De forma que, como ejemplifica Goldthorpe:

Los miembros del asalariado profesional y directivo, además de contar con ingresos generalmente más elevados que los trabajadores asalariados, asumen riesgos más bajos de pérdida del mismo como resultado del posible despido, tienen ingresos que dependen menos de la variabilidad de las tasas de pago y, posiblemente lo más relevante, tienen ingresos que continúan aumentando por más largo tiempo durante sus vidas laborales como resultado de las escalas salariales incrementales y unas relativamente bien definidas promociones y oportunidades en la carrera profesional. (Goldthorpe, 2012, p. 204)

4.2. La comparación transnacional de los regímenes de movilidad asociados a la variación de regímenes de bienestar social

La segunda gran cuestión, se vincula a la discusión de la sección anterior sobre la aplicación de medidas de nivel individual del estatus o clase social, que eventualmente pueden ser conceptualizadas como medidas de las condiciones de vida del hogar, en el estudio sociológico comparativo de los regímenes de movilidad social, pero adicionando ahora la interrogante en torno a *cómo y qué* instituciones ejercen una influencia sobre un rango de eventos que tienen el potencial de condicionar las probabilidades de experimentar movilidad social. Tres contribuciones resultan de amplio interés al respecto; (a) las de Erikson y Goldthorpe (1993), (b) los trabajos de Esping-Andersen (1990, 1993, 1999) y (c) los aportes críticos que sobre estas realiza por DiPrete (2002). Si bien se pondrá el énfasis en remarcar las limitaciones de las dos primeras contribuciones, y que por extensión constituyen limitaciones de la presente investigación a razón de que se inspira en gran medida en esos trabajos, no quedará omisa la objeción a la propuesta de DiPrete con base en la perspectiva defendida por Erikson y Goldthorpe (1993).

Lo primero que cabe señalar es que el trabajo de Erikson y Goldthorpe (1993), constituye un ejemplo de la investigación sociológica comparativa de

los regímenes de movilidad social que, apoyándose en la *teoría liberal del industrialismo* como punto de partida, recurren a las medidas de nivel individual de la clase social para dar cuenta de las distintas estructuras de movilidad social en las de sociedades industrializadas y preindustriales. Una de las críticas que ha recibido el análisis desarrollado por Erikson y Goldthorpe, entre las que contamos la efectuada por DiPrete, apunta al hecho que su explicación frente a la constatación de diferentes regímenes de movilidad para sociedades que se hallan en el mismo grado de desarrollo industrial, se efectúa a través de “hipótesis *ad hoc*”, que se apoyan en las diferencias institucionales, socioculturales y políticas entre las mismas naciones comparadas. DiPrete (2002) va a señalar que el enfoque empírico de estos autores, (a) queda reducido a un enfoque de las características y propiedades de los mercados laborales que afectan los procesos ocupacionales a nivel individual, (b) sin lograr a su vez explicitar con claridad los mecanismos específicos a través de los cuales las diferencias internacionales, en términos de movilidad social intergeneracional, son afectadas por las políticas de bienestar.

Esta dificultad podría ser el resultado de la ausencia de especificación de un modelo conceptual sobre las diferencias internacionales que identifica DiPrete en el trabajo de Erikson y Goldthorpe. Diferencias que conducen a los autores a tener que explicar su hallazgo de la existencia de una mayor variación en la movilidad intrageneracional —entre la posición inicial definida por el primer empleo y la posición al momento de realizar el estudio definida por el empleo actual— entre las sociedades estudiadas respecto a la observada en las tablas de movilidad intergeneracional, como el resultado de los efectos de las diferentes estrategias adoptadas por los individuos y las familias dentro de contextos institucionales diferentes en cada país (Erikson y Goldthorpe, 1993, p. 307), siendo estos últimos los que les conducen a accionar sus recursos, en la medida que estos son capaces de dedicarse a mejorar sus oportunidades de movilidad bajo diferentes modalidades y en diferentes etapas de sus cursos de vida (1993, p. 307). La dificultad argumentativa de la que adolece la perspectiva de Erikson y Goldthorpe (1993), entiende DiPrete (2002, p. 274), reside en la fundamentación que realizan de la variación de contextos institucionales internacionales (*cross-nationally varying institutional contexts*) y la influencia diferencial que estos ejercen sobre los individuos y familias en el despliegue de diferentes estrategias de movilidad.

Adicionalmente, DiPrete señala la dificultad existente para obtener resultados empíricos significativos para el testeo de la hipótesis principal del estudio de Erikson y Goldthorpe (1993), basándose en el solo análisis de la movilidad social a partir de la adscripción ocupacional capturada mediante tablas de movi-

lidad convencionales. En el enfoque de DiPrete, estas resultarían demasiado “toscas” como para reflejar con suficiente precisión los posibles efectos de las políticas de bienestar social sobre la administración de las oportunidades y riesgos de la movilidad social (DiPrete, 2002). Cabe señalar dos aspectos más de la crítica de DiPrete al enfoque de Erikson y Goldthorpe; en *primer lugar*, que si bien es acertada la observación que DiPrete realiza sobre la necesidad de un análisis más fino que el que se deriva de las tablas de movilidad social estándar —lo que supondría encaminar el análisis hacia la regulación de los riesgos específicos para poder conocer los efectos directos e indirectos que estos tienen sobre la movilidad social—, cierto es también que el análisis basado en matrices de transición constituye una línea analítica de la estratificación social y la comparación internacional de la movilidad social, bien establecida, fundamentada y ampliamente redituable en términos heurísticos.

En *segundo lugar*, son precisamente las tablas de movilidad social estándar, las que permiten a Erikson y Goldthorpe identificar en su análisis las regularidades y puntos en común que constituyen, como señalan los autores, las expresiones resultantes de los procesos de movilidad que son definidos por las diferencias en la distribución de recursos entre clases y las barreras para el acceso a las posiciones de clase, las cuales tienden a ser mucho menos susceptibles de variación internacional que los arreglos institucionales a través de los cuales dichos procesos son canalizados (1993, p. 307). Frente a la crítica de DiPrete, respecto a la necesidad de desarrollar un análisis comparativo internacional más preciso que atienda a los *cursos de vida*, puede señalarse en favor de Erikson y Goldthorpe que es justamente a consecuencia de que la atención puesta en su análisis se centra en dichas *regularidades*, más que en las trayectorias específicas de movilidad de los individuos, que la variación en los patrones de fluidez social discernibles a partir de las diferentes etapas del curso vital, puede ser tratada como un fenómeno únicamente de interés secundario (1993, p. 307).

Detractores como DiPrete del enfoque desarrollado por Erikson y Goldthorpe, sugieren un marco alternativo para la investigación comparativa de la movilidad de las condiciones de vida, consistente en abstraerse de los *mecanismos* y *procesos* productores de la movilidad para enfocarse directamente en las tablas de movilidad sobre el nivel de vida de los hogares, trascendiendo así el nivel individual para someterlas al tipo de análisis estadístico aplicado a la movilidad ocupacional o de clases (DiPrete, 2002, p. 275). Este tipo de enfoque, sostiene DiPrete, provee una descripción sofisticada de la estructura de movilidad entre sociedades y, por tanto, pone de relieve las diferencias internacionales que deben ser explicadas (2002, p. 275). No obstante, argumentan que, mientras dicho enfoque supone un paso necesario, las tablas de movilidad por

sí mismas no son suficientes para explicar las similitudes o diferencias internacionales que revelan (2002, p. 275).

Una perspectiva teórica y metodológica alternativa, que comparte ciertos puntos en común con la de Erikson y Goldthorpe (1993), es la desarrollada por Esping-Andersen (1990, 1993, 1999) sobre el *cierre social* y su influencia en los *trayectos vitales* como el resultado del cambio de una sociedad industrial hacia otra posindustrial. El punto de partida en el análisis de los patrones de formación de las clases en la sociedad posindustrial, es la aplicación que realiza Esping-Andersen de un esquema de clases que se diferencia significativamente del empleado en otros estudios. Este, se orienta hacia capturar la diferencia en la jerarquía de clases que tiene lugar entre la sociedad fordista y la sociedad posfordista, esto es, el *cambio cualitativo* que ha tenido lugar en la naturaleza de las *relaciones laborales* (autoridad, jerarquía y recompensas) y las *pautas de movilidad social*, de tal forma que la utilidad de su esquema de clase se encuentra en función de si las ocupaciones en la sociedad posindustrial y los patrones de movilidad resultan diferenciables (Esping-Andersen, 1993, p. 228), por lo que el análisis de Esping-Andersen se encamina a la identificación de variaciones en las pautas de las trayectorias ocupacionales y de las relaciones laborales en la jerarquía fordista y posfordista, lo que le permite concluir la existencia de patrones de movilidad ocupacional jerárquicamente distintos entre naciones (Esping-Andersen, 1993).

Retornando sobre el esquema de clases empleado por Esping-Andersen (1993), hay que subrayar que este se distancia de lo que el mismo autor denomina “enfoque convencional”, entre cuyos defensores se halla Goldthorpe (1983, 2012) y Erikson y Goldthorpe (1993), y según el cual se asigna a la cónyuge mujer la posición de clase del cónyuge varón. En este sentido, la observación y distanciamiento de Esping-Andersen respecto a este esquema, lo aproxima a las observaciones críticas desarrolladas por DiPrete (2002). En las sociedades industriales de sistema de producción fordista, las ocupaciones de la clase trabajadora y clase media masculina gozaron de cierta estabilidad, condición que permitía la abstracción o correlación de las oportunidades de vida de los hogares con las oportunidades ocupacionales del sostén-proveedor varón del hogar (DiPrete, 2002). Sin embargo, en la sociedad posindustrial existen suficientes razones, por ejemplo, el fuerte mercado laboral femenino que se constituye en el sector de la economía de servicio posfordista, como para considerar a las mujeres agentes móviles por derecho propio y con independencia de los varones. El ejemplo que pone Esping-Andersen es el del sector de actividad del servicio social, el que probablemente es constitutivo de mercados de trabajo generificados en el sentido de que mujeres y varones casi ni entran en compe-

tencia directa, y aun más importante, en el sentido de que ofrecen tanto una trayectoria de movilidad como ocupacional diferenciada por el género (Esping-Andersen, 1993, p. 229).

Dos transformaciones que tienen lugar en las sociedades en la fase posindustrial, conducen a Esping-Andersen (1993) a afirmar la emergencia de procesos específicos de género en la conformación de las estructuras de clases, como son, (i) la constitución de un mercado laboral que ahora es también un mercado de trabajo femenino y (ii) la dominación de este por parte del estado de bienestar. La segunda gran razón para considerar a las mujeres como agentes móviles independientes de los varones en la sociedad posindustrial, reside en que la interrupción del sistema de producción fordista ha socavado particularmente la posición de los varones de más bajo nivel educativo, al tiempo que el sector de servicios gana relevancia creando una jerarquía ocupacional femenina propia (DiPrete, 2002, p. 274), lo que ha permitido que la mujer planifique trayectorias ocupacionales con independencia del conyugue varón y sobre escenarios factibles, así como estrategias de destinos de sus ciclos de vida que no se encuentran en función, o necesariamente identificados, con su rol familiar (Esping-Andersen, 1993, p. 229). La creciente independencia económica de la mujer en el marco de la nueva economía de hogar de las sociedades posfordista como resultado de su mejor preparación educativa y mejoras en sus oportunidades profesionales que derivan en la dilación o abstención del matrimonio, maternidad y cuidado de los hijos —en aras de metas profesionales específicas—, ha sido bien identificada y empíricamente evidenciada por Blossfeld y Huinink (1991), especialmente para el caso de la sociedad germana.

A pesar de los avances recién mencionados en los que incursiona Esping-Andersen con relación al enfoque teórico de Erikson y Goldthorpe, los análisis del primero no dejan de enfocarse en los procesos ocupacionales de nivel individual, lo que lo mantiene en el centro de las críticas formuladas por DiPrete. Una limitación adicional de la investigación de Esping-Andersen, que no radica tanto en considerar las diferencias internacionales entre los mercados laborales como un factor decisivo en el análisis comparado de la movilidad social —lo que efectivamente resulta ser así—, consiste en suponer que la variación internacional de los múltiples factores que generan la potencial divergencia entre la clase o estatus ocupacional del sostén-proveedor y el estándar de vida del hogar, se hallan estrechamente relacionados con las diferencias internacionales de la estructura de movilidad ocupacional (DiPrete, 2002, pp. 274-275). DiPrete se refiere a la atención que Esping-Andersen (1993) presta en su análisis a los cursos ocupacionales de las mujeres y varones entendidos como tendencias de la estructura ocupacional, que revelan una divergencia internacional significa-

tiva a partir de la cual el autor deriva su clasificación de los modelos escandinavo, alemán y norteamericano y que coinciden con la tipología de regímenes de bienestar que desarrolla.

Esping-Andersen subraya las diferencias en los regímenes de movilidad social asociados a las diferencias que presenta el sector de la economía de servicios de los distintos regímenes de bienestar (Esping-Andersen, 1993, pp. 235-238). Si bien la transformación de los servicios a devenido en la constitución de un mercado predominantemente femenino en la sociedad posindustrial, varía según el régimen de bienestar, siendo el sector servicios menos generificado con una débil parcialidad femenina y menor cierre a la movilidad intersectorial en el *régimen liberal norteamericano* que en el *escandinavo*, caracterizado por una mayor generificación, fuerte parcialidad femenina y mayores oportunidades de que la mujer experimente movilidad ocupacional ascendente *larga* y especialmente hacia posiciones semiprofesionales.³ Mientras que, por su parte, el sector servicios del *régimen conservador alemán* resulta menos desarrollado y feminizado que los otros dos regímenes anteriores, pero fuertemente estratificado en función de la calificación (*skills*), y con escasas oportunidades de ascenso hacia ocupaciones de mayor estatus y calificación para los trabajadores de bajo nivel educativo y escasa o nula calificación.

Lo que muestra el estudio de Esping-Andersen, es que las tendencias convergentes encuentran expresiones nacionales muy diferentes. Las naciones exhiben distintos regímenes de movilidad y, como tales, las macro tendencias convergentes camuflan los diferentes resultados. Esto se ve más claramente en el comportamiento de la movilidad social (1993, p. 237). Dada la especificidad de género del mercado laboral, existen también indicios de jerarquías de movilidad social emergentes. Esto es más notable en el caso del *régimen de bienestar escandinavo*, donde las jerarquías laborales del servicio social funcionan como sistemas de carrera femenina relativamente cerrados y donde las mujeres tienen buenas oportunidades de movilidad ascendente de largo alcance (p. 237). En contraste, las mujeres en *Norteamérica* siguen trayectorias de movilidad que favorece movimientos entre puestos laborales no cualificados en servicios, ventas y oficina (p. 237). Hay menos cierre sectorial en los Estados Unidos, así como una alta probabilidad de movimientos de carrera de largo alcance para las mujeres. En el régimen escandinavo, las mujeres pagan el precio por las buenas oportu-

³ Lo que constituye para Esping-Andersen (1993) una expresión de las jerarquías ocupacionales y de movilidad definidas por un estado de bienestar en expansión y de un fortalecimiento y atención puesto en el aprendizaje continuo en los países aunados bajo el régimen de bienestar escandinavo (socialdemócrata).

nidades de movilidad sufriendo una mayor segregación sectorial que es menos acusada en el caso americano (p. 237).

El caso alemán por su parte, dada la especificidad observada por Esping-Andersen de presentar sendas barreras basadas en un sistema de calificación de los individuos que hace menos probable la posibilidad de hablar de una separación entre el mercado laboral industrial y el posindustrial, es considerado como poseedor de un mercado de trabajo cuya estructura evidencia la existencia de un régimen *dual* de movilidad social. La especificidad del caso alemán describe un sistema sociocupacional que funciona como un circuito cerrado en su base, limitando la movilidad más allá de este para los trabajadores poco y nulamente calificados, mientras que para aquellos que logran vencer la restricción a la movilidad que impone la calificación, encuentran más altos niveles de movilidad en una suerte de mercado laboral aparte.

Adiciona Esping-Andersen (1993) que los trabajadores calificados y altamente calificados encuentran mejores oportunidades para el ascenso hacia posiciones ocupacionales de dirección, técnicas y semiprofesionales. En la definición de la naturaleza del mercado de trabajo alemán, juegan un rol preponderante el estado de bienestar, en la medida que contribuye a la creación y establecimiento de diferentes jerarquías de ascenso y descenso de posiciones a su interior, y la educación, en tanto el peculiar sistema educativo alemán mantiene un fuerte componente credencialista en la determinación del acceso y trayectoria educativa en el mismo. Esping-Andersen concluye que son los regímenes de bienestar, a través de sus componentes institucionales como la educación y el estado de bienestar, los que conforman los determinantes centrales en la configuración de las diferencias transnacionales entre los regímenes de movilidad. Para el autor, estas diferencias de régimen sin duda deben ser atribuidas a factores institucionales, siendo el *estado de bienestar* y la *educación* las principales (1993, p. 238). Como ha observado previamente Allmendinger (1989), la rigidez del mercado laboral *alemán* tiene que ver con su sistema de educación y formación vocacional, donde la entrada al empleo es definida por las certificaciones. Por tanto, aquellos que carecen de calificaciones quedan automáticamente remitidos a un mercado laboral secundario no-calificado (p. 238). En contraste, en los casos *escandinavos* y *liberal americano*, el nexo escuela-trabajo resulta ser mucho más flexible. En el sistema americano la formación en el trabajo y al interior de un espacio de movilidad organizacional, juega un rol mucho mayor en las trayectorias de promoción, mientras que, en el caso del *sistema sueco*, la formación de los adultos activos y los esquemas de reciclaje posibilitan mayores oportunidades de movilidad durante todo el ciclo de vida (p. 238).

Adicionalmente a la educación, dos son las formas que destaca el autor en que los regímenes de bienestar resultan decisivos. *En primer lugar*, si se orienta hacia el sector servicios crea entonces un mercado laboral y una jerarquía de movilidad interna que maximiza la participación de las mujeres al interior de una estructura ocupacional esencialmente femenina (1993, p. 238). *En segundo*, permite que las mujeres se conviertan en agentes por derecho propio de la estructura de clase, en la medida que les garantiza oportunidades para la planificación de sus trayectorias ocupacionales con independencia de sus responsabilidades familiares de cuidado y crianza. Un estado de bienestar de servicio fuerte como el escandinavo, crea un efecto de interacción en el que los perfiles ocupacionales de varones y mujeres convergen, pero en un escenario extremadamente segregado (p. 238). Una posindustrialización dirigida por el estado de bienestar puede ser al mismo tiempo igualitaria y segmentaria en términos de oportunidades de vida (p. 239).

Volviendo a la posición crítica que desarrolla DiPrete, el inconveniente que presenta la posición de Esping-Andersen es precisamente, como se mencionó anteriormente, la de pasar por alto el que las diferencias en las estructuras de movilidad ocupacional no necesariamente se encuentran ligadas a la variación internacional de los diversos componentes institucionales que generan la diferenciación entre la clase del sostén-proveedor y las condiciones de vida del hogar (DiPrete, 2002, p. 274). En adición a este inconveniente que para DiPrete presenta la posición de Esping-Andersen, hay que tener en cuenta el reto que plantea el hecho de que la asociación entre ocupación y salarios depende, en parte, de los mecanismos nacionales específicos de fijación del salario (2002, p. 275). Pero también, el que formule que la estabilidad de la retención de la fuerza laboral difiere entre países, según la presencia de proveedores secundarios en el hogar y la capacidad de transferencia al resto de los miembros familiares de los costos de la inestabilidad laboral que experimenta el propio sostén-proveedor ante las transformaciones de los mercados de trabajo (e.g. flexibilización), que los procesos de globalización y creciente incertidumbre generan (Beck, 1986; Blossfeld y Hakim, 1996; Blossfeld et al., 2005).

A su vez, como atestigua el trabajo desarrollado por McLanahan y Casper (1995), la misma estabilidad de la integración familiar varía entre naciones, en gran medida como consecuencia del declive que ha experimentado el matrimonio tras la creciente independencia económica de la mujer, evidenciado por Blossfeld y Huinink (1991). Esto es, que el aumento de la capacidad de ingreso y de las oportunidades de empleabilidad han contribuido a la reducción de los beneficios del matrimonio, haciendo más atractivo el divorcio y la vida de soltera, donde un gran cuerpo de evidencia sugiere que la independencia

económica de la mujer —aumentos en los salarios y participación en la fuerza laboral—, se relaciona con el declive del matrimonio y aumento del divorcio (McLanahan y Casper, 1995, pp. 32-33). De igual modo, las variaciones que tienen lugar en la composición de miembros del hogar como en sus ingresos laborales (*labor incomes*), afectan de forma diferencial el nivel de vida del mismo, lo que encuentra a su vez en función también, de la capacidad de las políticas de transferencia (*transfer policies*) y los impuestos de bienestar (*welfare taxes*) empleados para mitigar los efectos de dichos cambios (DiPrete, 2002, p. 275).

Por tanto, el nivel de vida del hogar no solo se encuentra influido por la estabilidad del ingreso, el que a su vez depende del suministro de trabajo en la familia y de las lógicas de emparejamiento y desemparejamiento (McLanahan y Casper, 1995), sino también de la función estabilizadora del ingreso que ejerce el estado de bienestar como resultado de su particular política redistributiva de los servicios de bienestar que constituye una de sus características esenciales y de allí que se pueda distinguir entre un sistema universalista, conservador y liberal (DiPrete y McManus, 2000, p. 407).⁴ Esto es, en otros términos, que los estados de bienestar que atacan más agresivamente la pobreza y poseen un componente igualador fuerte, son probablemente los más efectivos en la reducción de la inestabilidad de ingreso (p. 407), al tiempo que cuanto más responsivo resulta el sistema de transferencia ante niveles de ingresos que han caído por debajo de la mediana, menor resulta ser el nivel de inestabilidad de ingreso en esa sociedad (p. 407).

En síntesis, se han puesto de relieve aquellos aspectos críticos que desafían el enfoque de Esping-Andersen (1993) sobre el nexo que este define entre las variaciones de regímenes de bienestar y las diferencias internacionales en las trayectorias ocupacionales de la población de ambos sexos (movilidad social). En otros términos, y observadas las diversas dimensiones —como mecanismos nacionales específicos de fijación de los salarios, estabilidad de la retención de la fuerza de trabajo, proveedores secundarios de ingreso en el hogar, entre otras— que influyen y determinan las variaciones internacionales en las estructuras de movilidad de las condiciones de vida de los individuos y sus hogares a lo largo de sus vidas, los enfoques que se basan únicamente en la ocupación como indicador y medida, conforman una estrategia problemática para la investiga-

⁴ Los estados de bienestar *escandinavos* caracterizados por sistemas de bienestar basados en el individuo, los *liberales* con sistemas de bienestar minimalistas y los *conservadores* con sistemas de bienestar basados en el seguro social, en la clasificación desarrollada por Esping-Andersen (1990).

ción comparativa de la estructura de movilidad de las condiciones de vida en el curso de vida (DiPrete, 2002, p. 275).

La propuesta de DiPrete vincula la movilidad ascendente y descendente del nivel de vida de los individuos y los hogares, con un conjunto de pequeñas condiciones que van desde la disponibilidad de tiempo libre hasta las variaciones en el salario y beneficios que se obtienen de las transacciones y negocios que el individuo pueda realizar y tener. En el enfoque de la movilidad del curso de vida (*life course mobility*), los factores que influyen se vinculan tanto al empleo como a la composición de los hogares, entre los cuales destaca la disolución de la unión conyugal (marital y no-marital), los cambios de empleo, su pérdida y la incursión en la unión conyugal (marital y no-marital) entre otros, y esto en la medida que conforman eventos sustantivos para la definición y variación del nivel de vida. DiPrete diferencia entre la *fuerza* (niveles) de los factores y sus *consecuencias* socioeconómicas, por dos motivos fundamentales, a saber; que los factores societales que influyen sobre la distribución de sus fuerzas difieren en naturaleza de los factores que inciden sobre las consecuencias, incluso cuando estos dos factores de la movilidad resultan ser interdependientes (2002, p. 276) y porque las sociedades industrializadas cuentan con políticas fiscales y de bienestar social que pueden modificar las *consecuencias* socioeconómicas de los eventos del mercado laboral y los cambios en la composición de los hogares (p. 276).

Esta capacidad de las políticas sociales y económicas para moldear la movilidad social en las sociedades industrializadas, fue advertida con bastante antelación a DiPrete por Mayer (1997), para quien los ataques y deterioros sufridos por el estado de bienestar que repercuten en sus políticas sociales y condiciones institucionales, afectan la movilidad social al socavar la seguridad y estabilidad de las trayectorias de la vida laboral y familiar. Previo a Mayer, Allmendinger (1989) evidenció que dicha capacidad supone no solo un medio de contrarrestar las inestabilidades que afectan a las oportunidades de movilidad social, sino, y principalmente, que conforman medios de intervención efectivos en la prevención de las mismas durante los cursos de vida. Otra diferenciación relevante que hace DiPrete, es la distinguir entre *factores capaces de producir movilidad ascendente* y *factores capaces de producir movilidad descendente* en los niveles de vida. Adicionalmente, hay que subrayar que DiPrete integra en su enfoque centrado en la movilidad de *curso de vida de los hogares*, factores de influencia que comparte con los enfoques dirigidos al estudio de la movilidad del *curso de vida individual*, tales como las características de los distintos mercados de trabajo en las sociedades industrializadas.

Entre los factores asociados a la naturaleza de los mercados laborales que afectan la movilidad del curso de vida, se encuentran en la perspectiva de DiPrete, (i) la capacidad de la protección laboral como medida contra la pérdida del trabajo y el desempleo de larga duración, (ii) el nivel de la segregación ocupacional en función del sexo, (iii) el grado de dualismo del mercado laboral, (iv) el grado en que los trabajos de mejor calidad se encuentran en los mercados profesional y empresarial, (v) las posibilidades y constricciones que de estas condiciones y estructuras se derivan para experimentar movilidad, (vi) la forma de la distribución del ingreso y (vii) el patrón del curso de vida de la oferta laboral femenina (DiPrete, 2002). A estos factores se le suman los propuestos por el enfoque centrado en la movilidad social de hogares como son (viii) los patrones de convivencia, (ix) los diferenciales internacionales en las tasas de unión conyugal, (x) en las tasas de natalidad, (xi) los niveles de emparejamiento selectivo (*assortative mating*), (xii) las tasas de disolución de la unión conyugal en presencia o ausencia de niños y (xiii) las interdependencias de la actividad de la fuerza laboral de los adultos que integran el hogar (2002, p. 276).

Lo que pone en sintonía y aúna a los trabajos de DiPrete (2002) Mayer (1986, 1997, 2004ab) y Esping-Andersen (1993, 1999), es el reconocimiento que estos hacen a la relevancia que revisten los *regímenes de bienestar* y sus respectivos estados nación en la organización y configuración de los regímenes de movilidad social de una generación a otra a lo largo de la vida. Como se observa en una de las aportaciones tempranas de Mayer (1986), si lo que se pretende es entender *cómo* tiene lugar la construcción de la movilidad social del curso de vida, el objetivo debe ser el de identificar los *mecanismos sociales* que imponen orden y restricción sobre las vidas de los individuos, más que el de la delimitación de un conjunto determinado de patrones estructurales.

Entre los mecanismos sociales que contribuyen a la diferenciación de los contextos sociales que afectan la movilidad social, Mayer (1986) destaca (i) los grados de estratificación de los sistemas educativos, (ii) la división del trabajo (horizontal como vertical), (iii) la individualización de la desigualdad —en el sentido en que es también propuesta por Beck (1986)—, (iv) la expectativa de vida, (v) la posibilidad de dilación de la maternidad en la mujer —lo que le amplía el rango de posibilidades y opciones en términos de cursos de vida—, (vi) las ayudas por transferencias estatales (*state transfer payments*), (vii) el ingreso proveniente del trabajo y (viii) la cantidad de hijos/as en las parejas y de mujeres casadas que trabajan, lo que contribuye a reducir la interdependencia entre los cursos de vida de los maridos y las esposas. En resumidas cuentas, los mecanismos asociados principalmente a los sistemas de protección, longevidad y condiciones estables de empleo, son los que hacen posible el cálculo, estrategia e

inversión por parte de los individuos que lograrán trascender el presente para proyectarse a futuro sus cursos de vida.

Como es posible observar, Mayer concede un rol preponderante al individuo, en tanto actor individual, en cuanto a su capacidad de construir y organizar su propio curso de vida; podría afirmarse que en el enfoque de Mayer el actor individual no solamente “puede”, sino que “debe” dar un orden personal a su curso vital. Sin embargo, tal capacidad de agencia del actor individual variará conforme a las oportunidades y posibilidades de realizar elecciones, las que en última instancia dependen de las restricciones estructurales a las que se encuentran sometidas. En este sentido, Mayer sostiene que mientras sea una estructura institucional definida y altamente organizada la que domine en una sociedad, será el individuo el que pueda dar su propia organización al curso de vida (1986, p. 165). El aumento de la diferenciación institucional provee una multitud de opciones y roles que deberán ser interconectados y organizados, sincrónica y diacrónicamente organizados por el individuo. Además, desde que la vida se ha tornado más larga y económicamente más estable, existen mayores incentivos para que este último lleve a cabo la interconexión. Del mismo modo, en tanto las personas resultan ser más prósperas y pudientes en la actualidad respecto al pasado, cuentan con mayor capacidad de toma de decisiones (p. 165).

A la par con la capacidad de los individuos para moldear sus cursos vitales a través de sus decisiones en un marco de oportunidades y experiencias dadas que transforman a estos últimos, Mayer propone ver a los individuos (actores individuales) tanto como “productos” que como “productores” del contexto que provee los fundamentos necesarios para el desarrollo de su propia movilidad social (ascendente o descendente). En otros términos, una mayor reducción del grado de regulación social de los cursos de vida, se entrecruza y solapa con las restricciones estructurales que afectan a los mismos (Mayer, 1986, p. 166). Entre los mecanismos estructurales restrictivos, Mayer destaca (a) la intervención y regulación estatal, (b) las carreras institucionales, (c) las contingencias acumuladas y (d) las condiciones de las cohortes de nacimiento colectivas. Estos mecanismos, entiende Mayer, se encuentran vinculados al nivel de la *organización social* en contraposición a las *normas de edad* y las *construcciones culturales* (e.g. la “idea” de ciclo de vida) de los cursos vitales, por lo que el plano en que se mueve el investigador a la hora de tenerlos en cuenta, no será el de la interpretación subjetiva de los actores sobre sus propias biografías, permaneciendo abierta la cuestión de si dichos mecanismos sociales se subordinan, o no, a la estructura social más amplia (1986, p. 166).

Si bien el énfasis, tras poner en diálogo las aportaciones de DiPrete, Esping-Andersen y Mayer, se centra en la relevancia que reviste el régimen y estado

de bienestar en la definición del régimen de movilidad, en el caso de Mayer es necesario referirse, además del mecanismo de intervención y regulación estatal en los regímenes de bienestar, a su afirmación de que las trayectorias de movilidad social tienden a ser bastante fijas dentro de dominios institucionales dados. Sobre esta base, entiende Mayer que resultan ser los individuos con mayores y más desarrollados recursos los que cuentan con la capacidad de elegir entre posibles cursos de movilidad en el momento en que estas inician (punto de entrada), así como de entrelazarlas simultánea o secuencialmente, mediante la agencia y a nivel microsociales, para llevarlas a un nivel más amplio de influencia sobre las mismas, como la ejercida por la dinámica macrosocial de la intervención estatal. En un trabajo conjunto, Mayer y Müller (1986) ofrecen evidencia sobre la conexión entre diferentes patrones que tienen lugar en áreas significativas (e.g. vida laboral, vida familiar, trayectoria educativa) de los cursos de vida, que afectan a la movilidad social y las condiciones institucionales de nivel macrosocial relacionadas con los regímenes de bienestar, sus políticas económicas y las transformaciones de las sociedades modernas (Mayer, 1997, p. 204).

La intervención y regulación ejercida por el estado de bienestar debe ser interpretada, como señala Mayer en uno de sus trabajos tempranos, en al menos dos niveles fundamentales. En el nivel más amplio de la sociedad en general, en el cual la veloz expansión de la intervención estatal debe ser vista funcionalmente como integradora de la creciente diferenciación institucional: esto es, a través del debilitamiento de las agrupaciones solidarias y los poderes asociativos y cooperativos tradicionales y la emergencia del individuo como unidad económica y objeto legal (1986, p. 167). Y en el nivel de la movilidad social durante el curso de vida, en el que la injerencia del estado se interpreta en la legalización, definición, regulación y estandarización de la mayor parte de las entradas y salidas, esto es, del empleo, el estatus marital y la educación formal, por ejemplo (p. 167). De este modo, el estado convierte esas transiciones de entradas y salidas en eventos públicos sólidamente delimitados, al tiempo que controla su “llave de paso” y se desempeña como guardián y clasificador (p. 167). Para Mayer, el estado en tanto *estado de bienestar*, provee continuidad estructural sobre los cursos de vida mediante la prevención de las pérdidas repentinas y abruptas de los ingresos laborales, mediante la redistribución del ingreso durante el ciclo de vida, proveyendo rehabilitación física y cuidado en salud y salvaguardando el *estatus social* y económico *adscripto* como *adquirido* (p. 167). Así, la actividad del estado contribuye a la diferenciación y transición ordenada entre actividades dadas, así como a la integración entre los dominios institucionales funcionalmente segmentados (p. 167).

La integración entre los dominios institucionales funcionalmente segmentados va más allá de una cuestión meramente formal (Mayer, 1986). Una metáfora que ilustra adecuadamente la fuerza integradora que puede ejercer el estado de bienestar regulador, es la del sistema de enseñanza visto como un ascensor que clasifica a los individuos al interior de rutas o trayectorias (*pathway careers*) jerárquicamente separadas —constituyendo de este modo en uno de los mecanismos relevantes de trayectorias entrelazadas—, pero que sometidas estas trayectorias (institucionales) y sus interrelacionamientos al control del estado de bienestar regulador, pueden lograrse las condiciones necesarias para que los individuos tengan la capacidad de no solo diseñar de forma coherente y a largo plazo sus planes de vida, sino también de llevarlos a cabo (1986, p. 168). Frente a la actividad integradora del estado regulador a las que se refiere Mayer, se encuentran *fuerzas de control externo* orientadas a la segmentación institucional y reafirmación de la capacidad de *constitución subjetiva* de los cursos de vida, siendo el estado regulador capaz de transformar dicha segmentación en formas fundamentales de la relación entre el individuo y el orden social (Mayer, 1986).

En el trabajo de Mayer y Müller (1986) se desarrollan las cuatro formas bajo las cuales los estados de los diferentes regímenes de bienestar han intervenido a lo largo de su evolución histórica y de sus distintas funciones modernas sobre la construcción social de los cursos de vida. Esto ha tenido lugar a través de la regulación (*a*) de las trayectorias laborales, (*b*) las carreras ocupacionales, (*c*) la vida laboral en el sector público, (*d*) las rutas educativas, (*e*) la organización de los retiros, pensiones y vida durante la vejez y (*f*) la de la vida familiar. Los procesos de intervención de los estados bajo los diferentes regímenes de bienestar, influyen sobre los cursos de vida al menos mediante cuatro vías distintas.

En primer lugar, *el estado de bienestar regula los cursos de vida de forma diferencial según el régimen de bienestar que integra* y en torno al cual se ha configurado, a partir de su función de empleador mediante contratos en el sector público, los que suelen regirse por reglas más universalistas y ofrecer una mayor seguridad en comparación con los del sector privado del mercado laboral (Mayer y Müller, 1986; Mayer, 1997). Como señala Mayer y Schoepflin (1989), siguiendo la línea desarrollada por Flora et al. (1983), el estado de bienestar en las sociedades europeas occidentales, ha registrado la tendencia a devenir en universalista, mediante programas que habiendo iniciado a pequeña escala y restringidos a determinados grupos de riesgo, se han ido generalizando progresivamente al resto de la población (1989, p. 193). A ello se le debe adicionar el hecho de que, para la época en que estos autores desarrollan su análisis, resulta cada vez más evidente la inexistencia de limitaciones a los tipos de problemas que podrían ser abordados mediante la intervención con políticas sociales (p. 193), en con-

secuencia, se ha expandido el alcance y cobertura en la provisión de transferencias de ingresos y servicios, acompañados por un fuerte aumento del empleo en el sector público y ampliación de la clase de servicio de personal administrativo y proveedores de cuidados profesionales (p. 193).

En segundo lugar, *mediante la sanción de leyes sobre transiciones familiares, expansión y control de la educación y reglamentación y organización del mercado laboral*, el estado de bienestar define una serie de actividades, eventos y transiciones mucho más clara y fuerte que nunca antes (Mayer, 1997, p. 214). El estado llega incluso a ir más lejos en su inclinación por regular la duración y compartimentación de la vida, mediante una firme definición de la entrada y salida de la enfermedad (mediante las solicitudes de los beneficios del seguro de salud, por ejemplo), la definición de la maternidad y la crianza de los hijos, entre otras regulaciones (p. 214). En *tercer lugar*, el estado de bienestar impacta sobre el curso de vida positivamente, no solo mediante el dispositivo de la legislación, sino que también mediante el *mecanismo de la edad* como criterio para definir derechos y beneficios (*entitlements*), empleando las categorías de edad como objetivos para los servicios, prestaciones, las ocupaciones de servicio y el uso de incentivos como los subsidios, aportes económicos, prestaciones, beneficios de maternidad, apoyos y asignaciones por desempleo y pensiones (p. 214). En *cuarto lugar*, y como consecuencia de las anteriores tres formas de influencia desplegadas por el estado de bienestar en su función regulatoria, así como del mayor equilibrio y perdurabilidad de los cursos de vida en las sociedades avanzadas occidentales que revela Mayer (Mayer, 1997; Mayer y Müller, 1986), se hallan las consecuencias que tienen estas tendencias para las *motivaciones y orientaciones de los actores*, por ejemplo, para comportarse conforme a los esquemas de provisión estatal de ayudas e incentivos o eludir los riesgos laborales como, por ejemplo, la pérdida del empleo (1997, p. 214).

Retornando a los *mecanismos estructurales* que influyen en la construcción social de los cursos de vida que propone Mayer, el segundo refiere a los *trayectos institucionales*. En este sentido, Mayer entiende que una de las primeras y posiblemente más relevantes formas en que los cursos de vida resultan ser estructurados, es a través del mapeo al interior de las trayectorias vitales, de la segmentación entre los dominios institucionales de la familia, la educación y la economía, así como de la diferenciación al interior de los mismos (1997, p. 166). El concepto de *diferenciación* al que refiere Mayer, ha tenido un papel destacado en el análisis de la sociología contemporánea, complementado por varios modelos que han ido mejorando con la aplicación del mismo al conocimiento y entendimiento del cambio sociohistórico, tanto de las sociedades occidentales modernas como de las esferas desarrolladas del mundo (Smelser

y Halpern, 1978, p. 309). Cada uno de los dominios, produce secuencias específicas de roles con una programación autónoma del tiempo conforme a una lógica institucionalizada (Mayer, 1997, p. 166), siendo claros ejemplos de ello el sistema educativo con sus secuencias de cursos semestrales y anuales, los arreglos institucionales que amplían o reducen los flujos y los tiempos de empleo en el mercado laboral. Estas *secuencias de los dominios institucionales* condicionan, cuando no determinan, las oportunidades de movilidad social a lo largo de los cursos de vida de los individuos.

Respecto a las *secuencias de carreras en el dominio ocupacional*, apunta Mayer, que estas no refieren solamente a la expansión de las áreas y puestos de trabajo de cuello blanco, burocráticos y empresariales a gran escala, sino también a las secuencias entre ocupaciones y sectores industriales (1986, p. 166). La existencia de una pluralidad de industrias en una sociedad, permite mayores probabilidades de éxito en las segundas carreras que las sociedades que condensan la mano de obra en unos pocos sectores industriales (Spilerman, 1977). Por consiguiente, las sociedades en las que existen pocas industrias, constituyen escenarios en los que resulta más complejo y menos probable que tengan lugar los cambios de carrera. Esto debido a que, en el marco de una gama limitada de sectores industriales, las carreras resultan ser en buena medida el producto de la forma bajo la cual se encuentra organizada la industria, esto es, el resultado de una serie limitada de estructuras de trazado de carreras (Spilerman, 1977, p. 586). En otros términos, tanto las anticuadas o renovadas condiciones del puesto laboral de partida (*job-starting conditions*), como las industrias, en expansión o decadencia, son factores de definición tanto de las trayectorias y carreras como de la amplitud de la movilidad social (Mayer, 1997, p. 166).

El dominio institucional de la familia, con las secuencias de roles que define siguiendo una lógica institucionalizada propia, revela ser menos restrictivo para los individuos miembros de las familias en comparación con otros dominios. Esto, como explica Mayer, se debe a que el ciclo familiar no es tanto el resultado de los planes y puntos de partida institucionales, como de una serie de decisiones individuales agregadas, lo que conduce a que carezca del carácter de una secuencia de posiciones formales (1997, p. 166). No obstante, en el dominio institucional de la familia conviven dos interpretaciones posibles que resultan de los cambios en las sociedades modernas. Por un lado, mientras el impulso regulativo de las *carreras ocupacionales* y de las *escalas educativas* advierten una potencialización y aumento, la *formación familiar* reduce su capacidad y autonomía para la definición de los eventos, y de su temporalidad, que conforman el ciclo familiar, mientras que la clasificación institucional de los mismos con base en la *edad* gana terreno. En los hechos, este giro se advierte como una menor

estabilidad en las parejas, una dilación de la entrada en el matrimonio, el abandono temprano del hogar por parte de los niños y mayores períodos de tiempo que se solapan en la vida de los progenitores e hijos, resultando en una mayor influencia y apoyo entre los mismos (p. 167).

Por otra parte, si el ciclo familiar es concebido como un patrón temporal particular de labores y cometidos, así como una carga de limitaciones en el tiempo y el consumo, las *elecciones* remiten a las decisiones tempranas de la formación familiar (p. 167), lo cual libera la autonomía y capacidad de decisión entre sus miembros. En síntesis, uno de los elementos estructurales de influencia sobre el curso de vida, se constituye en torno al flujo ordenado de personas a través de las instituciones segmentadas (p. 167), siendo necesario indicar que la edad *per se* es de importancia relativa, en la medida que el nivel y años de escolaridad resulta más relevante que la edad de abandono escolar, la duración del empleo y antigüedad en la empresa más que la edad biológica y la posición en el ciclo familiar más que la edad (p. 167.). Cada uno de los segmentos institucionales referidos, producen sus propias trayectorias y sus propios relojes de tiempo (temporalidades) (p. 167).

Una tercera forma en que los cursos de vida de los individuos son estructurados, tiene lugar mediante los efectos retrasados y la temporización de los primeros acontecimientos de la vida, ya sea que dicha temporización es inducida por las decisiones colectivas o individuales (p. 168). Esta temporización individual o colectiva de las transiciones que tiene lugar en la sociedad moderna, casi nunca resulta ser el simple reflejo de una norma de edad, sino más bien el producto acumulado de la asignación de necesidades (*allocational needs*) de las sociedades; por ejemplo, todo el conjunto de roles disponibles y sus definiciones relacionadas a la edad, pero también es producto del tiempo necesario para la socialización apropiada para la ejecución de tales roles (Modell, Furstenberg y Hershberg, 1976, p. 9). Tomando la transición que tiene lugar entre la juventud y la adultez, la que supone la transición y entrelazamiento entre tres dominios institucionales distintos, Mayer ejemplifica la fuerza de la temporización de los acontecimientos tempranos de la vida. Por ejemplo, se sabe que, a consecuencia tanto de las decisiones colectivas de períodos de escolarización más largos, como de condiciones colectivas de falta de oportunidades de empleo, la entrada a un primer empleo estable y continuo en el tiempo, tiene lugar más tarde para los cada vez más grandes segmentos juveniles (1986, p. 168).

Adicionalmente a la situación descrita, Mayer (1986) se refiere a las decisiones individuales y colectivas de contracción del matrimonio en el caso alemán para ampliar su ejemplificación, indicando que, al mismo tiempo, la edad promedio de casamiento, como resultado de las decisiones de individuos

económicamente con mayores recursos y más rentables, cayó hasta principios de los años 70 para luego crecer gradualmente otra vez (p. 186). En el *caso alemán*, las mujeres nacidas en torno a 1930 (*cohorte senior*) experimentaron una <<biografía normal>>, con niveles educativos bastante limitados, con la familia cerca del empleo hasta el acontecimiento más amplio de abandonar el hogar, casarse y dar a luz al primer niño. Estas mujeres reingresan en el mercado laboral tarde y solo parcialmente. Las mujeres nacidas en torno a 1940 (*cohorte intermedia*), exhiben un patrón incluso más ordenado y segmentado. La educación se convierte en un proceso casi universal de dos etapas que incluye la formación profesional formal y pasantías (*apprenticeships*) para la gran mayoría, el empleo temprano se divide ampliamente en un período antes y otro después del matrimonio, mientras que el posterior reingreso al empleo ocurre antes y más frecuentemente (p. 168). Por su parte, las mujeres nacidas en torno a 1950 (*cohorte joven*), asisten a períodos de expansión educativa, al tiempo que el acontecimiento (*event*) del abandono del hogar ocurre incluso más temprano y con independencia del primer matrimonio, así como el empleo tras el matrimonio se prolonga más y es continuado en mayor medida a pesar del nacimiento de los hijos (p. 168).

Como sugiere Mayer, para cada cohorte de nacimiento de las mujeres en Alemania, las transiciones entre los acontecimientos del curso de vida en los diferentes dominios institucionales se ven afectadas diferencialmente por la temporalización. El foco del ejemplo se centra en la dilación temporal del matrimonio y concepción del primer hijo por parte de las mujeres, para las cuales este último acontecimiento no tendrá oportunidad de ocurrir jamás si el tiempo transcurre y se agota. La plena participación en los dominios familiar y ocupacional se ve afectada, retrasándose en la medida que durante los períodos de transición entre dominios (educación, matrimonio, concepción, vida familiar, ocupación), tiene lugar la acumulación de acontecimientos y labores que deben cumplirse o realizarse. Por consiguiente, lo que se advierte con relación a los acontecimientos del matrimonio y la concepción, resulta ser probablemente menos el producto de decisiones singulares o cambios en los valores, que el producto de las inducciones estructurales generadas por los efectos retrasados de una educación prolongada (Mayer, 1986, p. 169).

El cuarto mecanismo por el cual el curso de vida adquiere fuerza estructural para los actores individuales son las *condiciones de cohorte colectivas*; esto es, las condiciones variables en la que los individuos pertenecientes a diferentes cohortes se hallan. Estas influyen estructuralmente organizando los cursos de vida individuales. Si en el tercer mecanismo de condicionamiento estructural de las contingencias acumuladas descrito anteriormente, Mayer enfatiza el papel

que juegan tanto los *efectos de cohorte*⁵ como los *de edad*⁶ en la temporalización de las transiciones entre acontecimientos que tienen lugar durante el curso de vida en tres dominios institucionales diferentes, en este cuarto y último mecanismo, Mayer subraya exclusivamente los primeros (*efectos de cohorte*) para enfatizar la influencia ejercida por las condiciones colectivas compartidas por cada generación de nacimiento. A tales efectos, evoca diferentes medidas de los diferenciales de oportunidades que poseen los individuos al momento de nacer y que representan tres *cohortes de nacimiento* distintas en Alemania.

Entre las condiciones de cohorte colectivas que afectan a los nacidos en la *cohorte más vieja* (1929-31), se cuenta el descenso demográfico, mientras que los que nacen durante la *cohorte intermedia* (1939-41), se encuentran marcados por el punto máximo de la explosión de natalidad (*baby boom*) tras un lustro de crecimiento demográfico. Mientras que, por su parte, los nacidos en la *cohorte más joven* (1949-51) que comprende a un menor número de individuos —resultado del decrecimiento demográfico—, se hallan marcados un período de condiciones favorables a la expansión educativa, económica y del estado de bienestar (1986, p. 169). La influencia de las *condiciones de cohortes colectivas* se advierte también en la coyuntura y condiciones históricas resultantes de la Segunda Guerra Mundial y el período inmediatamente posterior de la posguerra, las que afectaron a los nacidos durante la *cohorte más vieja* conformando un destino colectivo para estos en términos de oportunidades de educación y formación notablemente más reducidas (p. 169). En el dominio institucional del mercado laboral, las condiciones de cohorte colectivas suponen para los varones nacidos durante la *cohorte más vieja*, que la gran mayoría iniciará su trayectoria ocupacional en una actividad laboral manual. Las condiciones de cohorte colectivas se expresan también en las estructuras familiares, las que varían notablemente entre las cohortes, como es por ejemplo la ausencia de la figura paterna que afectó al doble de la proporción de niños de la cohorte intermedia respecto al resto de cohortes, los cuales crecieron sin sus progenitores varones debido a su defunción o desaparición durante la Segunda Guerra Mundial (1986, p. 169). En suma, las condiciones de cohorte colectivas pueden ser distinguidas bajo la forma de *eventos* de la vida, que refieren tanto a la *expectativa*, en el sentido de la posición relativa de una cohorte en el cambio de la sociedad a más largo plazo (e.g. en la estructura ocupacional o participación educativa), como a lo *no-normativo*, por ejemplo, la depresión económica o los efectos de la guerra (p.

⁵ Las diferencias y cambios se explican por las condiciones sociales y económicas bajo las cuales nacieron y crecieron los individuos.

⁶ Las diferencias y cambios se explican por las diferencias de edad.

169). Es precisamente el caso que una parte de las diferencias de cohortes observadas en cualquier momento, será el resultado agregado de muchas decisiones individuales y, por consiguiente, no podrá ser equiparado con “restricciones” estructurales. No obstante, como se ha ilustrado con ejemplos, una considerable parte de las diferencias de cohortes son invariablemente “dadas” (determinadas) para el actor individual, asumiendo así un carácter estructural (p. 169).

Cuando se pone el énfasis en la relevancia que reviste el régimen de bienestar y el estado nación de bienestar en la definición del régimen de movilidad, en tanto actor institucional de intervención y regulación que influye a este último constituyendo, como señala Mayer, el primer mecanismo social de estructuración de la movilidad social en los cursos de vida, Esping-Andersen y DiPrete prestarán especial atención a la relación que guardan con los *regímenes de movilidad de curso de vida*. En su trabajo de 1993, y posteriormente en el de 1999, Esping-Andersen afirma que los regímenes de bienestar no liberales (*conservador y socialdemócrata*), alcanzan a comienzos de los años 70 un nivel equivalente de integralidad y cobertura en los que a programas de subsidios y prestaciones monetarias concierne. Sin embargo, la diferencia sustantiva entre las naciones de régimen socialdemócrata y las de régimen conservador se mantenía en lo relativo las tasas de sustitución del ingreso (*income-replacement rates*), los índices sintéticos y los programas específicos de desmercantilización, los cuales resultan ser más elevados en las primeras. En lo que a beneficios de pensiones se refiere, los niveles de las naciones socialdemócratas resultan ser menos generosos que los de países bajo el régimen mediterráneo (i.e. Italia y Grecia) (Esping-Andersen, 1999, p. 79).

Pero la gran diferencia destacable entre los regímenes socialdemócrata y conservador hacia comienzos de los años 70, refiere a la complementación que hace el primero en cuanto a la protección estándar de los ingresos mediante los servicios sociales y al generoso apoyo a los ingresos para las mujeres trabajadoras (p. 79). Esta medida, que pone el acento sobre los servicios sociales, tiene por resultado una ampliación del nivel del empleo en el sector público, que permite a países como *Suecia*, evitar la dualización entre integrados que gozan de puestos laborales seguros y los excluidos del mercado laboral que enfrentan amplias dificultades para acceder a un puesto laboral mediante la estrategia de acceder a un empleo público (DiPrete, 2002, p. 276), mientras que a través de las efectivas políticas familiares suecas, se genera un elevado nivel de participación de la fuerza laboral femenina respecto a casos del régimen conservador como el de *Alemania* (p. 276).

En concreto, en la fundamentación desarrollada por Esping-Andersen, lo que se advierte es sobre todo las vías estratégicas y capacidad de los regímenes de bienestar para *colectivizar los riesgos* y contrarrestar las consecuencias socioeconómicas negativas de los eventos adversos que tiene lugar en la sociedad (2002, p. 277). Esta capacidad de los mecanismos de colectivización y mitigación de riesgos, como señala DiPrete (2002), ha sido interpelada por el mismo Esping-Andersen (1999), para quien los riesgos constituyen, incluso para los países con regímenes socialdemócratas, los nuevos “guerreros del Caballo de Troya” a los que debe enfrentarse el estado de bienestar moderno. Estos guerreros a los que hace referencia Esping-Andersen, son el envejecimiento, la inestabilidad familiar y la globalización, los que se traducen en el fracaso de instituciones como el mercado y la familia. Previo a la entrada de estos “Caballos de Troya”, esto es, durante el período de Posguerra y hasta finales del siglo XX, el estado de bienestar se había desarrollado sin descuidar y atendiendo la estructura de riesgos propia de su época, cubriendo fundamentalmente los riesgos asociados a los trabajadores de ocupaciones semi y no-calificadas (Esping-Andersen, 1999). Como señala Esping-Andersen, los principales riesgos asociados a la clase eran entonces determinados en torno a la lejana cuestión anterior a la guerra, a saber, la *cuestión laboral (Arbeiterfrage)* (1999, p. 148) y esto tanto si el modelo y enfoque adoptados eran corporativistas, universalistas o residuales.

Para Esping-Andersen, el gran logro del *estado de bienestar* para el período referido, era que superaba en buena medida la división de clases, incorporando a la clase obrera como ciudadanos sociales. Con el estado de bienestar, se forjaron nuevas solidaridades entre clases (1999, p. 148). La familia fue parte integral de la estructura de riesgo de la posguerra, mientras que la política social asumió y animó activamente el rol del varón proveedor (*male breadwinner*) y el de la mujer esposa ama de casa (pp. 148-189). Los riesgos tenían menos que ver con el divorcio o la maternidad solitaria y más con la posibilidad de que el proveedor familiar perdiera su capacidad de proporcionar un salario familiar adecuado. De ahí el énfasis en el mantenimiento de los ingresos y la protección del empleo. Los servicios sociales o programas “amigables con las mujeres”, tales como licencia por maternidad y guardería, estaban subdesarrollados debido a que se asumía que las mujeres se retiraban del empleo tras dar a luz (pp. 148-189).

Con la entrada de los “guerreros de los Caballos de Troya” hacia finales del siglo XX, la estructura de los riesgos sociales se modifica. Surgen las sociedades duales (dualizadas) en la que se polarizan las clases generando nuevas formas de *loser classes*, subclases y segmentos marginales que devienen en objeto de un bienestar de corte asistencial. Los “Caballos de Troya” traen consigo los Nuevos

Riesgos Sociales (NRS), incrementando la probabilidad de experimentar la marginación, vulnerabilidad o algún otro tipo de desventaja social. Su llegada, como precisa Esping-Andersen, echa por tierra la vieja esperanza pluralista de que todos nos mezclemos en una clase media satisfecha sin temores a la polarización y cierre social (1999, p. 150).

Ante las dificultades que enfrentan el mercado laboral y la familia para asegurar el bienestar, la carga y coste de los NRS se traslada hacia las poblaciones de adultos jóvenes (Esping-Andersen, 1999). La familia y el mercado laboral se convierten en motores de riesgos, tanto de aquellos asociados a la instalación de la *flexibilización del mercado laboral*—con especial énfasis en el caso del *régimen de bienestar liberal*—, como a las dificultades que encuentran las sociedades con los mercados laborales más regulados para evitar la desocupación a largo plazo y conservar los niveles de ocupación existentes. Pero también respecto a los riesgos asociados con mercados menos regulados—como sucede en el *régimen mediterráneo* del Sur de Europa—, para afrontar dificultades tales como la flexibilidad bajo su forma del empleo precario, informal, subempleo y autoempleo (*black-economy*). En cuanto a la familia, los riesgos derivan de su inestabilidad definida por un aumento de niveles de separación de las parejas y de la baja en las concepciones (nacimientos) dentro de los matrimonios (1999, pp. 161-64).

En este contexto descrito por Esping-Andersen, la estrategia de mitigación y colectivización de los NRS por parte de los regímenes de bienestar viene dada por el acceso a los servicios sociales, pero también por la capacidad de respuesta y adaptación de los regímenes de bienestar actuales frente a las problemáticas asociadas a la pérdida de estabilidad familiar, el desempleo y la demografía del envejecimiento (p. 150). Los *diferenciales en las estrategias desplegadas*—que Esping-Andersen (1999) entiende reflejan en gran medida los diferentes legados institucionales pasados y las adaptaciones más recientes de los regímenes de bienestar de las últimas décadas— y *los resultados obtenidos entre los regímenes de bienestar, explican en buena medida las variaciones internacionales en las estructuras y niveles de movilidad social*.

Recuperando críticamente las consideraciones de Esping-Andersen recién expuestas, y orientándose hacia el desarrollo y propuesta de un modelo más parsimonioso, DiPrete (2002) propone un esquema explicativo entre los diferentes regímenes de bienestar y las variaciones internacionales de la movilidad social, basado en la capacidad de los estados de bienestar para amortiguar y colectivizar las consecuencias sociales y económicas de los acontecimientos adversos (los NRS). El esquema propuesto por DiPrete, se basa en las diferencias en el grado en que las estructuras institucionales de las sociedades generan estabilidad en las condiciones de vida del hogar durante el curso de vida, así como

en los diferentes mecanismos que emplean para lograrlo; es decir, DiPrete propone desplazar el foco hacia las fuentes y niveles de estabilidad que pueden ser alcanzados en cualquier sociedad (2002, p. 277).

En este sentido, existen dos grandes grupos de mecanismos de mitigación y colectivización de aquellos riesgos productores de inestabilidad. El primero, opera mediante la influencia que se logra ejercer sobre la probabilidad de que tengan lugar, o no, las *condiciones* generadoras de movilidad. El segundo, opera afectando las consecuencias de los *eventos*. En concreto, el primero de los grupos de mecanismos se pone en marcha mediante la alteración de la propia estructura de vacantes a través de la creación de puestos en el sector público para reducir el desempleo (DiPrete, 2002, p. 277), en otras ocasiones mediante el aumento o reducción de los incentivos a individuos o actores corporativos para propiciar los eventos buscados; por ejemplo, modificando los costes y beneficios del divorcio o los costes y beneficios del cambio de ocupación emprendida por los trabajadores o empleadores (p. 277).

El segundo de los grupos de mecanismos interviene sobre los efectos de los eventos, algunas veces influenciando directamente los resultados, por ejemplo, mediante una escala salarial comprimida que reduce las ganancias como consecuencia del cambio de trabajo, otras tantas mediante el aseguramiento contra las consecuencias potenciales de efectos adversos y a través del gravamen (tributos e impuestos) a las ganancias potenciales de los efectos positivos de los eventos (p. 278). La capacidad de estos dos grupos de mecanismos sociales para regular la estructura y niveles de movilidad social, se advierte con mayor claridad cuando de riesgos de descenso social se trata. Como apunta DiPrete, en una sociedad que controla y mantiene bajos sus niveles de ocurrencia de eventos adversos, los riesgos de movilidad social descendente durante el curso de vida resultan ser bajos. En este sentido, con riesgos potenciales bajos, los individuos tienen mayor capacidad tanto para anticipar sus flujos y opciones de ingreso como de vivir con una perspectiva de mayor y mejor educación a futuro (p. 278). Los riesgos durante la vida serán también bajos si el nivel de seguro social contra eventos adversos es alto, dado que la colectivización del riesgo debilita el nexo entre eventos adversos y movilidad de clase (p. 278).

Es posible hablar de un *tercer mecanismo social* de reducción de los riesgos durante el curso de vida desde la perspectiva de DiPrete. Este tercer mecanismo se asocia a las oportunidades de una rápida recuperación del descenso social que ocasiona la *contramovilidad*, entre las que se encuentran la reinserción laboral, el volver a contraer matrimonio y la movilidad ocupacional ascendente (p. 278). Este *tercer mecanismo*, vinculado específicamente con las chances de desplegar una rápida recuperación, opera mediante la transformación de los *efectos*

permanentes en efectos transitorios de las condiciones adversas sobre el nivel de vida. Cuando un régimen de bienestar despliega medios que facilitan la rápida recuperación frente a eventos adversos, el régimen de movilidad social de una sociedad se restablece, y esto en la medida que los miembros que padecen la adversidad, encuentran mejores condiciones y oportunidades de proseguir en sus posiciones de clase, sea esto a través de la posibilidad del préstamo monetario o del recurso de los ahorros hasta que hayan recobrado su potencial de ingresos (p. 278).

4.3. Los efectos temporales de edad, cohorte y período en el estudio de la movilidad

En los análisis de movilidad social en los que interviene el factor tiempo, como es el caso de la presente investigación, es posible identificar tres efectos demográficos sobre los hallazgos cuya mutua interrelación deviene en un problema clásico del análisis empírico en ciencias sociales. Los tres efectos a los que me refiero son; los efectos de edad (*age effects*), los de cohorte de nacimiento (*birth cohort effects*) y los efectos de período histórico (*period effects*). Los *efectos de la edad* o efectos edad, son el resultado del envejecimiento de los individuos, de forma que las diferencias, similitudes o cambios identificados en los resultados de la investigación, se explican por las diferencias en la edad de las personas.

Una cohorte se define como un grupo de personas nacidas en la misma época. Los *efectos de cohorte* son el resultado de haber nacido en diferentes momentos, por lo que las diferencias, similitudes o cambios identificados en los hallazgos se explican, ahora no tanto por las diferencias de edad entre los individuos nacidos en diferentes tiempos, sino por las diferencias en las condiciones económicas y sociales bajo las cuales nace y se desarrolla un grupo de individuos en una misma época (cohorte 1) respecto a otro grupo de individuos que han nacido y desarrollado en otra (cohorte 2). Mientras que los *efectos período*, o efectos del momento de aplicación de la prueba, son el resultado de las influencias que varían a través del tiempo, por consiguiente, se dice que el momento en que se lleva a cabo la prueba es también capaz de influenciar los resultados. El efecto período se atribuye a cambios sociales generales que afectan en un momento determinado al conjunto de la población, independientemente de la edad o cohorte de nacimiento a la que pertenece.

Los *efectos de edad* se manifiestan a través de la observación de los comportamientos de la misma categoría de edad en tanto esta envejece. Un buen ejemplo de este efecto lo constituyen aquellos individuos que tenían entre 25 y 35 años de edad en los años 50, los que disminuyeron sus oportunidades de movilidad

social a partir de los años 80 (es decir, a medida que envejecían) como resultado del efecto de contramovilidad que tiene lugar hacia la edad adulta-mayor (tercera edad) de los individuos. Los *efectos de cohorte*, en contraste, se traducen en comportamientos parecidos o diferentes entre mismas categorías de edad en diferentes momentos históricos, es decir, entre grupos de individuos de la misma edad, pero nacidos en diferentes cohortes o generaciones. Un buen ejemplo de este efecto podría ser el de aquellos individuos que tenían entre 25 y 35 años de edad en la encuesta del año 2010 y contaban con menos oportunidades de movilidad social que los individuos de la misma edad (entre 25 y 35 años de edad) en la encuesta del año 2002, o bien, para ampliar el ejemplo, más oportunidades que la de los individuos de la misma edad (25 y 35 años de edad) en la encuesta posterior del 2014. Un buen ejemplo del *efecto período*, a partir del cual las diferencias, similitudes y cambios observados no resultan de las diferencias en la edad o generación, sino de las coyunturas históricas y económicas que afectan al conjunto de una población, podría ser el de aquellos individuos de tres cohortes y tramos etarios diferentes, 26 a 30, 31 a 35, y 36 a 40 años de edad, que en torno a los años 50 se vieron beneficiados en sus oportunidades de movilidad social dado el proceso de industrialización y crecimiento de las clases de servicios y manuales calificadas, que propició el cambio de modelo de desarrollo económico de industrialización por sustitución de importaciones (ISI).

Como apunta Mason, Mason y Winsborough (1973, p. 242), en los análisis sociológicos que integran la dimensión temporal, y en virtud de la relación lógica que guardan entre sí los efectos de edad, cohorte y período histórico, se confunden unos efectos con otros, lo que conduce a una interpretación conjunta de los mismos que resulta problemática en la explicación de la variable dependiente; pero no todos los autores comparten esta posición. En este sentido, su interrelacionamiento es un aspecto bien conocido en la investigación en ciencias sociales, por lo que deben ser considerados, como señala Glenn (2007), como un conglomerado, y esto en la medida que los tres tipos de efectos se encuentran tan íntimamente interrelacionados, que resulta impracticable lidiar empíricamente con uno sin tener que hacerlo al mismo tiempo con los otros. Y es precisamente este carácter el que conduce a que se confundan los efectos de edad, período y cohorte, dando lugar a lo que se conoce como la paradoja, o aporía, “edad-período-cohorte” (p. 52), la que constituye un caso especial de “identificación del problema” que tiene lugar siempre que tres o más variables independientes pueden afectar a la dependiente y cada una de las primeras es una función lineal perfecta de las otras (p. 52).

Estos tres efectos se relacionan con tres de los diseños básicos de investigación en sociología, en los que los efectos se combinan y es posible un control

parcial de los mismos (asilamiento de los efectos). Entre estos diseños se encuentran los estudios denominados transversales (*cross-sectional surveys*), que capturan los sucesos con base en un momento de ocurrencia o tiempo calendario. El diseño transversal tiene por objetivo la comparación de grupos de edades (cohortes) entre sí en un momento determinado que suele coincidir con el momento en que se realiza la prueba. Un ejemplo de estudio transversal es cuando se considera la Encuesta Social Europea llevada a cabo en el 2010 y se comparan con base en esta tres grupos de edades diferentes; los nacidos entre 1935 y 1950 compuesta por sujetos de entre 60 y 75 años de edad, los nacidos entre 1951 y 1975 integrada por sujetos de entre 35 y 59 años de edad y el grupo de los nacidos entre 1976 y 1986 compuesta por sujetos de entre 34 y 24 años de edad al momento de la prueba. Los estudios con diseño transversal enfrentan el problema de no lograr distinguir entre los efectos de edad y los efectos de cohorte, esto es, confunden estos efectos no pudiendo diferenciar claramente si las continuidades o cambios en los resultados del análisis se deben a causas asociadas a las continuidades o cambios en la edad o en la cohorte de nacimiento (generación).

En consecuencia, en los estudios que emplean este tipo de diseño, deben considerarse las diferencias de edad como las de cohortes, como factores explicativos interrelacionados, en lugar de atribuir solamente a la edad los efectos que en realidad podrían corresponder a la cohorte y viceversa. En contraste, los estudios transversales presentan la ventaja de eliminar los efectos período —por lo que las diferencias en los resultados no se explican (ni contaminan) por la diferencia de períodos históricos—, en virtud de que se realiza la prueba sobre una población en un único y mismo momento. Adicionalmente a esta ventaja, se suma la de tratarse de un diseño que posibilita la captura de información sobre distintos grupos de edad en un mismo y corto lapso temporal, lo que reduce costos y riesgos inherentes a otros diseños (e.g. la pérdida de individuos en su seguimiento a lo largo del tiempo, sea por defunción, cambio de domicilio u otras causas) y permite resolución más expedita del estudio empírico.

En segundo lugar, se hallan los estudios longitudinales (*panel data studies*) que capturan los sucesos con base en la *generación* o cohorte en la que se originan los mismos. El diseño longitudinal tiene por objetivo el estudio repetido de un grupo de individuos en diferentes momentos a lo largo del tiempo. Un ejemplo de estudio longitudinal es cuando se selecciona un grupo de individuos nacidos en una misma cohorte (1935-40) para ser estudiado a la edad de 25 (1960-65), 35 (1970-75) y 45 (1980-85) años de edad. Los estudios con diseño longitudinal tienen por dificultad el no lograr distinguir entre los efectos de edad y los efectos de período, esto es, los confunde sin que se consiga distinguir

si los cambios observados en los resultados responden a diferencias en la edad o a los momentos en que se realiza el levantamiento o prueba. No obstante, por medio del diseño longitudinal es posible eliminar los efectos de cohorte, en virtud de que estudia al mismo grupo de edad a lo largo del tiempo. En otras palabras, en un estudio longitudinal los cambios observados se explicarían por los cambios en la edad o tiempos en que se realiza la prueba (períodos), pero no por las diferencias entre cohortes o generaciones.

En tercer lugar, se hallan los diseños de *saltos temporales* o de tendencia temporal, mediante los cuales se estudian individuos de diferentes cohortes de nacimiento a igual edad empleando un intervalo de tiempo entre los momentos en que se examinan. Un ejemplo de este diseño es cuando se estudia a los nacidos en 1935 a la edad de 30 años en 1965 y se los compara con los nacidos en 1940 cuando cuentan también con 30 años de edad en el año 1970. Este tipo de diseño centrado específicamente en un rango de edad, resulta ser el más adecuado para el análisis de evolución en el tiempo calendario de lo que se desea conocer (tendencia temporal). La ventaja de este diseño es que controla (elimina) los efectos de edad, a razón de que todos los sujetos tienen la misma edad. En contrapartida, tiene por desventaja el no lograr separar (confunde) los efectos de cohorte de los efectos período asociados al momento en que se realiza la prueba o medición.

Existe un cuarto diseño denominado estudios secuenciales o de secuencias de cohortes. Los estudios que integran este diseño permiten el control (eliminación) de los efectos de cohorte como de edad, no obstante, suelen ser poco utilizados en el análisis de la movilidad social, por lo que las referencias más amplias se hacen con relación a los tres primeros. Con base en los diseños previamente descritos, se puede ensayar una suerte de clasificación de algunos de los estudios sobre movilidad social que se integran a esta investigación como referencias medulares. Entre los estudios que se basan entera o parcialmente en diseños transversales de la movilidad social, encontramos los trabajos de Echeverría Zabalza (1999), Erikson y Goldthorpe (1993), Fachelli y López-Roldán (2012), Pfeffer (2007), Solís (2014c, pp. 241-43) y Torche (2007). Entre los que emplean diseños de saltos temporales, se cuentan el de Espinoza (2014, pp. 186-87) y Boado (2014). Mientras que entre los que se basan entera o parcialmente en diseños longitudinales, contamos el de Breen (2004) y Martínez-Celorrío y Marín Saldo (2010a), por ejemplo. Este último, es un buen caso ilustrativo de un estudio de *tipo panel* que aplica tanto un abordaje analítico de inspiración *transversal* (compara distintas cohortes de nacimiento en el momento de una de las dos pruebas panel de las que se compone) (Martínez-Celorrío y Marín Saldo, 2010, *passim*), *longitudinal* (compara la evolución de una misma cohorte

de nacimiento en dos momentos diferentes en los que se aplican las pruebas) (p. 60), como de *salto temporal* (compara el mismo tramo o grupo de edad en dos momentos diferentes en que se aplica la prueba) (p. 67).

En esta investigación se desarrolla el análisis con base en encuestas de diseño transversal, como los son, por ejemplo, la Encuesta Social Europea (2010) y la Encuesta de Estratificación Social en Chile (2009). En este sentido, será posible controlar los efectos período, pero no los de cohorte y edad, por lo que se asume que, a la hora de interpretar y explicar los resultados, ambos efectos influyen. Resulta interesante destacar al menos tres estrategias o rutas metodológicas que sigue el análisis de la presente investigación. Por un lado, se examina en términos de movilidad social la población de individuos comprendidos entre los 25 y 65 años de edad, como un único grupo de edad —i.e. sin diferenciación por cohortes— y en cada uno de los países bajo estudio en el marco de un análisis comparativo internacional. En este sentido, no es posible asociar las diferencias, similitudes o cambios en los resultados obtenidos, a posibles efectos de edad o cohorte —aunque estos ejerzan igualmente su influencia, por ejemplo, el efecto edad en la medida que las preguntas de las encuestas que sirven para definir la clase social de destino, se orientan a captar información sobre la situación y condiciones de la ocupación del encuestado al momento de la prueba—, en la medida que no se ha desagregado ese grupo amplio en subgrupos más pequeños y de diferentes edades comparables entre sí.

Por otra parte, en el análisis se definen cohortes de nacimiento que se comparan entre sí y entre las diferentes naciones. En este caso, se hace posible comenzar a explicar los resultados con base en las diferencias de edad como de cohorte de nacimiento de los individuos, asumiendo que ambos efectos se manifiestan conjunta o interrelacionadamente. Los efectos de edad en el análisis de la movilidad social, cuando se han definido cohortes de nacimiento, podrían considerarse atenuados si se asume que se cumplen los principios de *madurez ocupacional* y *contramovilidad* (Erikson y Goldthorpe, 1993); esto es, si bien la trayectoria de movilidad de clase varía durante el curso de vida de los individuos, los cambios más fuertes asociados a la edad en la movilidad social se ven amortiguados al considerarse un rango de edad que fija su límite inferior en quienes se supone ya han alcanzado su madurez ocupacional (en torno a los 30 años de edad) y su límite superior en quienes apenas comienzan a sentir los efectos de la contramovilidad (en torno a los 60 años de edad).

De modo que las interpretaciones en este último caso, enfatizan los efectos de cohortes más que los de edad, asociando los cambios en los patrones y estructuras de movilidad a las diferentes condiciones sociales y económicas experimentadas por cada cohorte de nacimiento. Buscando amortiguar algo más los

efectos de edad, se ensaya un análisis que toma por referencia el momento en que los individuos pertenecientes a las diferentes cohortes de nacimiento, se encontraban en el mercado laboral habiendo alcanzado su madurez ocupacional (en torno a los 30 años de edad). Este recurso de normalizar las diferencias de edad, resulta de asumir el supuesto de que las trayectorias de movilidad de clase a lo largo del curso de vida de los individuos de cada cohorte, han variado poco, o al menos no lo han hecho notablemente, principalmente con relación a la cohorte más vieja (cohorte senior). Ejemplo del uso de esta estrategia se encuentran, además del que tiene lugar en esta investigación, en Solís (2014c, pp. 241-43) y Torche (2007, s.f.), entre otros.

Una última observación respecto a la estrategia seguida en esta investigación para la definición de las cohortes de nacimiento. A los efectos de su definición, se sigue el criterio estadístico, orientado a guardar determinado equilibrio entre los intervalos de clase entre las cohortes —i.e. en la amplitud de los rangos de años que define a cada cohorte—, el número de casos que agrupa, buscando no restar significancia estadística bajos supuestos de distribución normal y su correspondencia con las condiciones sociales y económicas de los períodos históricos que representan. Entre los estudios que emplean esta estrategia, se cuentan los de Fachelli y López-Roldán (2012), Pfeffer (2007), Solís (2012), Torche (2007, s.f.) y Zenteno y Solís (2006), entre otros. Otros criterios algo más complejos han sido desarrollados en la definición de cohortes de nacimiento para el estudio de la movilidad social, como el consistente en efectuar una ponderación intercohortes e intracohortes mediante el cálculo de un promedio móvil tras calcular las tasas de movilidad a partir de las tablas de movilidad correspondientes a cada cohorte. El promedio móvil es calculado para un período de tiempo determinado, que puede ser de 20 años como en el caso de Erikson y Goldthorpe (1993) o 10 en el caso de Echeverría Zabalza (1999). Si bien esta segunda forma de definir las cohortes supera algunas de las limitaciones que caracterizan a la estrategia anterior, se enfrenta a la de desprestigiar una gran cantidad de datos de la serie, tanto al principio como al final, al basarse en un procedimiento normal de medidas móviles (Echeverría Zabalza, 1999, p. 494). Una solución a este problema ha sido planteada por Hoem y Lineman (1988), mediante un método que consiste en conceder un peso a cada uno de los puntos del período y que sea proporcional a la cercanía del punto central del período, al tiempo que se van aplicando ponderaciones correspondientes a la cola inicial y final de forma de no perder punto alguno de la serie.

CAPÍTULO IV

Diseño y metodología

5. Las fuentes y bases de datos

En esta investigación se explotan las siguientes fuentes de datos. Para los casos europeos (España, Suecia, Reino Unido y Alemania) el análisis se basa en la Encuesta Social Europea (ESE) y datos disponibles en formato de matrices procesables (*statalinks*), de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) que fortalecen la contextualización y estudio comparado dos de la movilidad social.

Para los casos latinoamericanos se emplean fuentes que cuentan con las variables necesarias para poner a prueba las hipótesis. Para el caso de **Chile** se utiliza la Encuesta Nacional de Estratificación Social 2009 (ENES), principalmente su sexta sección temática —abarca en total doce— que releva información específica sobre movilidad social. En el caso de **Uruguay**, se emplea la Encuesta de Movilidad Social 2010 coordinada por el Dr. Marcelo Boado en cooperación con la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Para **México**, la Encuesta ESRU de Movilidad Social 2011 del Centro de Estudios Espinosa Yglesias (CEEY).

5.1. Escalas y esquemas de estratificación social: Clases, grupos ocupacionales y estatus

5.1.1. La medición de clases

Si el objetivo es abordar la reproducción intergeneracional o intrageneracional de la desigualdad social en términos de movilidad de clase, la pregunta crucial que hay que hacerse es cómo se entenderá el concepto de clase social y de qué modo se lo hará operativo (Erikson y Goldthorpe, 2002). Para ello es nece-

sario comenzar por distinguir entre el concepto de clase, grupo ocupacional y estatus. En el abordaje de la desigualdad social bajo una perspectiva sociológica —en contraste con la económica o epidemiológica—, el acento recae, como se explicó anteriormente, en entender el fenómeno como *relacional* más que meramente *atributivo*, así como en tener en cuenta la distinción entre clase social y estatus social como dos modalidades cualitativamente distintas de estratificación social (Goldthorpe, 2012, p. 201).

Las posiciones de clase pueden ser consideradas como determinadas por las relaciones de empleabilidad, de modo que se puede establecer una primera escisión conceptual y operativa entre *empleadores*, *empleados* y *trabajadores por cuenta propia*. Realizada esta diferenciación, es posible efectuar una segunda al interior de los empleados, los que constituyen el grueso de la fuerza de trabajo en la mayoría de las sociedades modernas; diferenciación que viene dada por el tipo de *regulación del empleo*. Como señalan Erikson y Goldthorpe, los problemas que enfrentan los empresarios, en última instancia debido a la inherente deficiencia de los contratos de trabajo y en lo que refiere a la actividad de monitoreo y la especificidad de los activos humanos, conducen a que los contratos difieran significativamente en la forma en que son celebrados por los empleados dedicados a diferentes tipos de trabajos (2002, p. 32).

Partiendo de la *posición ocupacional* y la *condición de empleabilidad*, que expresa diferencias en materia de regulación del empleo, como dimensiones de la *relación de empleabilidad*, es posible construir un esquema de clases sociales EGP; basado en un enfoque neoweberiano, fue inicialmente desarrollado a principios de la década de 1980 con la finalidad de estudiar la estratificación y movilidad social en Gran Bretaña (Goldthorpe, 1980). Para entonces, se entendía que mediante datos ocupacionales era posible desarrollar una clasificación de siete categorías, agrupadas en torno a tres grandes clases primarias (clase de servicio, intermedia y trabajadora) que representaría la estratificación de clases de la sociedad anglosajona (cuadro 5) (Atria, 2004, p. 26).

Cuadro 5.
Esquema de clases EGP original

Clase de servicio	I. Clase de servicio alta
	II. Clase de servicio baja (o subalterna)
Clase intermedia	III. Clase de cuello blanco
	IV. Pequeña burguesía
	V. Clase trabajadora alta
Clase trabajadora	VI. Clase trabajadora calificada
	VII. Clase trabajadora no calificada

Fuente: Goldthorpe, 1980.

Más tarde, Erikson y Goldthorpe (1993) ajustan el esquema EGP ampliándolo a once categorías con base en tres criterios combinables. El primero de los criterios es el de la propiedad y control de los medios de producción, el segundo, la prestación de servicios con mayor o menor autonomía (asalariados y no asalariados) y el tercero el trabajo de tipo manual y no-manual con diferentes grados de calificación (Atria, 2004). El esquema EGP de clase completo que Erikson y Goldthorpe obtuvieron se presenta en el cuadro 6.

Cuadro 6.
Esquema de clases EGP

Clases de servicios	I	Profesionales, administradores y funcionarios de nivel superior, dirigentes de grandes empresas, grandes empresarios.
	II	Profesionales, administradores y funcionarios de nivel inferior, técnicos con altos niveles de calificación, dirigentes de empresa pequeñas y medianas, supervisores de trabajadores no manuales, empleados.
Clases intermedias	IIIa	Empleados ejecutivos.
	IIIb	Trabajadores de servicios.
	IVa	Pequeños empresarios y trabajadores manuales artesanos.
	IVb	Pequeños empresarios y trabajadores autónomos sin dependientes.
	IVc	Propietarios y pequeños propietarios agrícolas.
	V	Técnicos de nivel superior y supervisores de trabajadores manuales.
Clases trabajadoras	VI	Trabajadores manuales industriales calificados.
	VIIa	Trabajadores manuales industriales no calificados.
	VIIIb	Trabajadores manuales agrícolas.

Fuente: Erikson y Goldthorpe (1993).

En efecto, los esquemas de clase EGP poseen un gran valor pragmático para el investigador de la movilidad social en cuanto:

permiten reducir significativamente las numerosas situaciones ocupacionales a un número reducido de categorías o clases construidas de modo tal que [pueden] entregar criterios para definir fronteras de cada categoría respecto de las demás y sortear así el riesgo del nominalismo. (Atria, 2004, p. 27)

Tras la formulación del esquema de clases sociales EGP realizada por Erikson, Goldthorpe y Portocarrero, surgen variantes que ajustan el esquema y mejoran su capacidad para el análisis comparado de la movilidad social en las sociedades europeas en las dos últimas décadas del siglo XXI. Una de estas variantes es propuesta por Ganzeboom, llevando a que el esquema se convierta en la clasificación oficial para desarrollar investigación en movilidad social por los organismos y agencias internacionales (Leiulfsrud, Bison y Solheim, 2010). Desde comienzos del presente siglo, el esquema de clases EGP es asumido como la clasificación internacional oficial bajo la denominación de Clasificación Nacional Estadística Socioeconómica (Erikson y Goldthorpe, 2002). De igual forma, existe un considerable interés en establecer el esquema EGP como base para una clasificación social general en la Unión Europea (UE) (Erikson y Goldthorpe, 2002).¹

Uno de los motivos principales por el cual se ha intensificado el interés por parte de las instituciones oficiales en el esquema EGP, reside en la existencia de recursos de datos y estadísticos disponibles que hacen posible el testear la validez del propio esquema. En otras palabras, en la medida en que el esquema se ha desarrollado con base en información proveniente de la ocupación y la situación de empleo, se puede lograr registrar los tipos de diferencia en las relaciones de empleo que conceptualmente se espera que capture (Erikson y Goldthorpe, 2002, p. 33).

Resulta relevante enfatizar que en la medida que el esquema EGP se orienta a capturar diferencias de tipo cualitativas en las relaciones de empleo, la diferenciación de las clases (categorías) que define, no se encuentra *necesariamente* en función de un principio de ordenamiento jerárquico, en el sentido de que se pueda establecer una idea de conveniencia general de posicionarse en una clase respecto a otra (Chan y Goldthorpe, 2007, p. 514). Como lo explican Erikson y Goldthorpe, sus miembros pueden encontrarse relativamente aventajados o

¹ Esta clasificación ya se encuentra desarrollada en sintonía con el proyecto de la Encuesta Social Europea (ESE), manteniéndose en continuo proceso de actualización y mejoramiento progresivo. Ver <http://www.fss.uu.nl/soc/hg/isko88/>

desventajados en diferentes sentidos. De este modo, los empleados de rutina no-manuales (*clase IIIa*) pueden poseer un promedio de ingresos menor que los pequeños tenderos (*clase IVb*) o que los técnicos o capataces (*clase V*) y, sin embargo, poseer niveles de ingreso más estables que los primeros (*clase IIIa*) y mejores oportunidades de promoción que los últimos (*clase IVb*) (2002, p. 33).

No obstante, desde el punto de vista del estatus económico, los individuos que conforman las clases de servicio (I y II), pueden ser considerados como poseedores de mayores ventajas respecto a los que pertenecen a las clases trabajadoras (IIIb, VI, VIIa y VIIb) en al menos tres formas que se derivan directamente del modo en que se regula el empleo y, así, poder definir una relación diferencial de estatus entre las clases no definible si considera sola y exclusivamente la variable ingresos. En este sentido, los miembros de la clase asalariada de servicio (clase I y II) están aventajados con respecto a los miembros de la clase trabajadora, en cuanto experimentan: (a) una seguridad de ingreso de larga duración por la cual son menos propensos a perder sus puestos de trabajo y transformarse en desempleados; (b) menos fluctuaciones de ingreso de corto plazo (semana a semana o mes a mes), por lo que resultan menos dependientes de los pagos a destajo, de las primas por turnos, del pago de horas extras, así como menos expuestos a la pérdida de salario por conceptos de ausentismo o enfermedades; y (c) mejores perspectivas de aumento continuo de los ingresos durante el curso de vida laboral —hasta los 50 en lugar de hasta los 30 años de edad— por medio de contratos de trabajo que conducen a una curva ascendente en la relación ganancia-edad, a su vez que mejores perspectivas de acumulación de riqueza (Erikson y Goldthorpe, 2002, p. 34).

Por consiguiente, es posible afirmar que, aunque las clases del esquema EGP no resulten estática, jerárquica y compartimentadamente ordenables, resultaría infundado deducir que el análisis de la movilidad social entre estas devenga en irrelevante para el estudio de la igualdad de oportunidades y la justicia social (Erikson y Goldthorpe, 2002).

5.1.2. La medición de grupos ocupacionales

Asociados a un posicionamiento de corte neodurkheimniano, algunos autores argumentan que “las ocupaciones se hallan profundamente institucionalizadas en la sociedad, mucho más que las clases sociales, definiendo grupos que comparten condiciones fundamentales de vida” (Grusky y Sørensen, 1998, como se cita en Francés-García, 2005, p. 60). Desde esta posición se defiende que, cuando el fin es establecer criterios de estratificación, se asumirán los grupos ocupacionales como conglomerados tomando en cuenta aspectos relacio-

nados exclusivamente con la ocupación (Francés-García, 2005). Para quienes defienden esta posición, las ocupaciones “en definitiva definen agrupaciones que comparten una cultura y un conjunto de intereses y compiten entre sí por la apropiación de nichos funcionales en la división social del trabajo” (2005, p. 61). Esta relación de intereses y visiones, “adquiere especial relevancia cuando los procesos de selección en el mercado de trabajo son relativamente complejos, como es el caso de las sociedades informacionales, o cuando la ocupación conforma redes sociales específicas” (p. 61).

En la actualidad, dada una reactualización casi continua de los estándares de medición internacional y de los conceptos en los que se apoya, existe un consenso en torno a que “el objeto de la clasificación [ocupacional] está relacionado con la naturaleza del trabajo realizado por un trabajador, más que con las características del trabajador mismo” (Elias, 1997, como se cita en Francés-García, 2005, p. 61). En esta dirección, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) se ha encargado de poner a disposición de la investigación sociológica la Clasificación Internacional Única de Ocupaciones (CIUO),² que ha sido revisada y ajustada en diversas ocasiones, proceso del cual se derivaron más tarde las clasificaciones CIUO-58, CIUO-68, CIUO-88 y, más recientemente, CIUO-08. Cada nueva versión introdujo modificaciones relevantes en las formas de clasificación ocupacional, de lo que se deduce que los resultados varían dependiendo de la que se aplique (Ganzeboom y Treiman, 1996, p. 201).

Como señala Francés García, la CIUO-88 clasifica los trabajos con base en dos criterios principales, “en primer lugar, los impuestos y tasas ligados a la ocupación, y en segundo lugar, las cuestiones relevantes que son necesarias para cumplimentar los requerimientos formales y prácticos de una ocupación”. (2005, p. 62). La versión CIUO-88 incorpora también el logro educativo sobre un esquema de cuatro niveles que se clasifican de la siguiente forma: *nivel I*, educación primaria, 5 años de educación; *nivel II*, educación secundaria, de 5 a 7 años de educación; *nivel III*, educación terciaria, de 3 a 4 años; y *nivel IV*, educación universitaria, de 3 a 6 años. El esquema de clasificación que se obtiene queda conformado por diez grupos principales (a un dígito) con sus correspondientes niveles agregados de educación (cuadro 7). Los grupos principales (10 grupos a un dígito) se dividen en grupos secundarios (28 grupos a dos dígitos), que a su vez se dividen en grupos menores (116 grupos a tres dígitos), los que se escinden en grupos unitarios (390 grupos a cuatro dígitos), siendo un grupo unitario el que aúna a individuos que comparten idénticos impuestos y capacitaciones (Francés García, 2005).

² O ISCO de su sigla en inglés *International Standardized Classification of Occupations*.

Cuadro 7.

Escala de clasificación de grupos CIUO-88 con sus niveles agregados de educación

Código de grupos principales	Niveles de educación
1. Legisladores, oficiales senior y ejecutivos.	No aplica
2. Profesionales.	Universitaria
3. Técnicos y profesionales asociados.	Terciaria
4. Dependientes.	Secundaria
5. Trabajadores de servicios y dependientes.	Secundaria
6. Agricultores y pescadores.	Secundaria
7. Comerciantes y empleados de transportes.	Secundaria
8. Operarios de planta y maquinaria.	Secundaria
9. Ocupaciones elementales.	Primaria
10. Fuerzas armadas	No aplica

Fuente: Elaboración propia a partir de Francés García, 2005.

5.1.3. La medida del estatus

En contraste con la jerarquización de clases sociales, la escala de estatus resulta menos “problemática”. Si el esquema de clases EGP supone una lógica de estratificación por categorías que se diferencian unas de otras que no implica *necesariamente* una clasificación jerarquizada, las clasificaciones de estatus socioeconómico y escalas de prestigio socioprofesional, constituyen clasificaciones de ocupaciones escalonadas a partir de un orden puramente jerárquico (Herrera-Usagre, 2010, p. 5).

Las escalas de prestigio ocupacional y estatus, en contraste con los esquemas de clase social, ofrecen un instrumento de análisis de la estratificación social con arreglo a una clasificación *ordinal* de las profesiones de los trabajadores, con el fin de poder desarrollar comparaciones globales. De allí, que el tratamiento que se le dé a los casos sea de tipo continuo (*escala*) en lugar de categórico (*esquema*) y basado en información socioeconómica objetiva en lugar de valoraciones subjetivas, siendo los procesos finales que tratan de registrar también distintos; estatus socioeconómico y prestigio en el caso de los primeros, clase social en los segundos. En todo caso, adhiriendo a la posición de Francés-García, ambas herramientas de análisis con las que se muñe el investigador de la movilidad social, “muestran (...) diferencias conceptuales y metodológicas, en el sentido de que no son intercambiables, pero en ningún caso son excluyentes, permitiendo a los investigadores sociales enriquecer el análisis de los procesos de estratificación social” (Francés-García, 2005, p. 65).

Carabaña y Gómez Bueno sostienen que las escalas de prestigio profesional resultan útiles “siempre que queramos comparar globalmente una profesión con otra y siempre que nos interese tratar la profesión como una única variable” (1996, p. 11). Estos autores denominan como “equivalente general social” (prestigio) al “modo de sintetizar toda la información que contienen las diferentes profesiones u oficios (autonomía, complejidad, tasas de paro, entre otras) de manera que [sea posible] compararlas entre sí” (Herrera-Usagre, 2010, p. 8).

Aquí detallaré una de las medidas que considera el prestigio como el resultado de la evaluación de las distintas propiedades de las ocupaciones y que, *stricto sensu*, constituyen un índice socioeconómico que en la investigación se asume —con demasiada frecuencia— como escala de prestigio. Como apunta Francés-García, uno y otra, el índice y la escala, “son similares en su enfoque continuo y unidimensional a la estratificación ocupacional, pero difieren en la manera en la que están construidas y conceptualizadas” (2005, p. 69). En otros términos, y de forma pormenorizada, puede afirmarse que:

Las *escalas de prestigio* se desarrollan a partir de juicios evaluativos, bien a partir de una muestra de población, o bien, a través de una submuestra de expertos. Las *escalas* basadas en *índices* socioeconómicos, por el contrario, no parten de juicios subjetivos, sino que se construyen calculando una suma ponderada de características socioeconómicas propias de cada ocupación, básicamente educación e ingresos, pero ocasionalmente otras tales como las características socioeconómicas de los progenitores. (Francés García, 2005, p. 60 y ss.)

En 1992, Ganzeboom, De Graaf y Treiman desarrollan el Índice Internacional Socioeconómico (ISEI, de su sigla en inglés), como escala que evalúa la ocupación en términos de su incidencia en la transformación de la educación en ingresos (Carabaña y Gómez-Bueno, 1996). El supuesto que subyace al modelo de Ganzeboom et al. (1992), sostiene que la ocupación constituye una palanca social que transforma los logros educativos en logros monetarios, esta relación entre componentes es causal y supone que la incidencia de los *accounts* educativos sobre los de ingreso se encuentran mediados por los *accounts* ocupacionales (Jones y McMillan, 2001).

La escala ISEI elaborada por Ganzeboom et al. (1992), es una derivación revisada, sofisticada y reajustada del índice de estatus elaborado con antelación por Duncan (1961). La escala ISEI normalizada, homogeniza las variables ingreso y educación para cada una de las ocupaciones que se clasifican en CIUO-88 (ISCO-88) y a las que se le confiere una puntuación de rango que va desde 16 (jornaleros) a 90 (jueces del sistema judicial) (Herrera-Usagre, 2010).

CAPÍTULO V

Movilidad social en Europa y América Latina

6. Esquemas de clases en el análisis de movilidad social comparada en Europa y América Latina

En el análisis se sigue para los casos europeos (España, Suecia, Reino Unido y Alemania) el esquema de clases sociales EGP7 de Erikson y Goldthorpe (1993) adaptado por Ganzeboom (cuadro 8). Para los casos de América Latina, se sigue el esquema EGP7 (Chile y México) y EGP5 (Uruguay) propuesto por Solís y Boado (2014) (cuadro 8).

Cuadro 8.
Esquemas de clases EGP empleados en el análisis

Europa EGP7 (España, Reino Unido, Suecia y Alemania)	América Latina EGP7 (Chile y México)	América Latina EGP5 (Uruguay)
I-II Clase de servicio	I-II Clase de servicio	I-II Clase de servicio
IIIa+b Clase no-manual de rutina	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IIIa+b Clase no-manual de rutina
IVa+b Pequeña burguesía	IVa+b Pequeña burguesía (independientes no-agrarios)	IVa+b Pequeña burguesía (independientes no-agrarios)
IVc Propietarios agrarios	V+VI Trabajadores manuales calificados	V+VI Trabajadores manuales calificados
V+VI Trabajadores manuales calificados	VIIa Trabajadores manuales de baja calificación	VIIa Trabajadores manuales de baja calificación
VIIa Trabajadores manuales de baja calificación	IVc Pequeños propietarios agrarios	—
VIIb Asalariados agrícolas	VIIb Asalariados agrícolas	—

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993, Ganzeboom (en Leijulfsrud et al., 2010), Solís y Boado 2014.

6.1. Matriz de movilidad, movilidad vertical, horizontal y distancias de la movilidad

Por *movilidad ascendente* se entiende aquella que tiene lugar desde una posición de clase de menor “jerarquía”, relacionada con la clase de origen o clase del progenitor varón (padre), hacia una posición de clase de mayor “jerarquía”, relacionada con la clase de destino o clase del/la hijo/a, quedando representada por las casillas que se ubican por debajo de la diagonal en la matriz (tabla) de movilidad social (cuadro 9). En contraste, por *movilidad descendente* se entiende aquella que ocurre desde una posición de clase de mayor a otra de menor “jerarquía”, representada por los casos contables en las casillas ubicadas por encima de la diagonal de la matriz de movilidad. Al referirnos a la *herencia (reproducción o inmovilidad)* de clase, se está hablando de aquellos casos que conservan la misma posición de la clase de origen (padre) en la clase de destino (hijos/as), quedando representada por los casos contables en la diagonal de la matriz de movilidad social (cuadro 9).

Cuadro 9.
Matriz de movilidad social EGP 7. Herencia, ascenso y descenso social

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	IVc Propietarios agrarios	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.	VIIb Asalariados agrícolas
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IIIa+b Clase no- manual rutina	Ascenso	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso	Ascenso	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IVc Propietarios agrarios	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso
V+VI Clase manual calificada	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Descenso	Descenso
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Descenso
VIIb Asalariados agrícolas	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia

Fuente: Elaboración propia con base en Erikson y Goldthorpe 1993.



Por movilidad horizontal se entienden los movimientos de posiciones de clase que tienen lugar al interior de un mismo *estrato jerárquico*, por lo cual los cambios de posición no suponen vencer una barrera jerárquica (salto jerárquico), sino desplazamientos transversales que no implican un cambio de condición social. El cuadro 10 representa la conformación de cada estrato jerárquico para las sociedades europeas y latinoamericanas.

Cuadro 10.

Estratos jerárquicos en la selección de países de Europa y América Latina

	Estrato I	Estrato II	Estrato III
<i>Europa</i> (España, Suecia, RU y Alemania)	Clase I-II	Clases IIIa+b, IVa+b, IVc, V+VI	Clases VIIa y VIIb
Latinoamérica (Chile y México)	Clase I-II	Clases IIIa+b y IVa+b	Clases V+VI, VIIa, IVc y VIIb
Latinoamérica (Uruguay)	Clase I-II	Clases IIIa+b y IVa+b	Clases V+VI y VIIb

Fuente: Elaboración propia con base en Erikson y Goldthorpe 1993 y Solís y Boado 2014.

En la matriz de transición basada en el esquema de clase EGP7 empleada en esta investigación, la movilidad horizontal para los casos *Europeos* comprende: los desplazamientos (a) desde la clase de origen de los trabajadores de rutina no-manuales (IIIa+b) hacia las clases de destino de la pequeña burguesía (IVa+b), la clase de propietarios agrícolas (IVc) y la de los trabajadores manuales calificados (V+VI); (b) desde la clase de origen de la pequeña burguesía (IVa+b) hacia las clases de destino de los trabajadores de rutina no-manuales (IIIa+b), la clase de propietarios agrícolas (IVc) y la clase de los trabajadores manuales calificados (V+VI); (c) desde la clase de propietarios agrícolas (IVc) hacia las clases de destino de los trabajadores manuales de baja calificación (VIIa) y trabajadores agrarios (VIIb); (d) desde la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) hacia la clase de trabajadores de rutina no-manuales (IIIa+b), la pequeña burguesía (IVa+b) y los propietarios agrícolas (IVc); (e) desde la clase de los trabajadores manuales de baja calificación (VIIa) hacia la clase de trabajadores agrarios (VIIb); y (f) desde esta última (VIIb) hacia la primera (VIIa) (*cfr.* Erikson y Goldthorpe, 1993, pp. 45-46; Carabaña, 1999, pp. 72-74) (cuadro 11).

Cuadro 11.

Matriz de movilidad social EGP 7. Movilidad horizontal, países europeos

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	IVc Propietarios agrarios	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.	VIIb Asalariados agrícolas
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IIIa+b Clase no- manual rutina	Ascenso	Herencia	Horizontal	Horizontal	Horizontal	Descenso	Descenso
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso	Horizontal	Herencia	Horizontal	Horizontal	Descenso	Descenso
IVc Propietarios agrarios	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Descenso	Horizontal	Horizontal
V+VI Clase manual calificada	Ascenso	Horizontal	Horizontal	Horizontal	Herencia	Descenso	Descenso
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Horizontal
VIIb Asalariados agrícolas	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Horizontal	Herencia

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993, Carabaña 1999 y Ganzeboom (en Leiflufsrud et al., 2010).

Al interior de la jerarquía que asumen las clases, es posible hablar de trayectos que recorren los agentes móviles hacia posiciones “más altas” o “más bajas”, siendo posible clasificarlos como de corta, larga y extensa distancia. El análisis de la movilidad social ascendente como descendente aquí desarrollado para los casos europeos, define tres tipos de distancias de las trayectorias: a) *corta*, cuando el ascenso o descenso supone un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, siendo la clase de destino a la que se arriba contigua a la de origen; b) *larga*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, no siendo la clase de destino a la que se arriba contigua a la de origen; y c) *extensa*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro estrato que no le es contiguo. El cuadro 12 ilustra gráficamente las distintas distancias de los desplazamientos de la movilidad social en los países europeos.

Cuadro 12.

Matriz de movilidad social EGP 7. Distancias de movilidad (corta, larga y extensa)

Países europeos

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	IVc Propietarios agrarios	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.	VIIb Asalariados agrícolas
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso Corto	Descenso Largo	Descenso Largo	Descenso Largo	Descenso Extenso	Descenso Extenso
IIIa+b Clase no-manual rutina	Ascenso Corto	Herencia	Horizontal	Horizontal	Horizontal	Descenso Largo	Descenso Largo
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso Largo	Horizontal	Herencia	Horizontal	Horizontal	Descenso Largo	Descenso Largo
IVc Propietarios agrarios	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Herencia	Ascenso Corto	Horizontal	Horizontal
V+VI Clase manual calificada	Ascenso Largo	Horizontal	Horizontal	Horizontal	Herencia	Descenso Corto	Descenso Largo
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Ascenso Corto	Herencia	Horizontal
VIIb Asalariados agrícolas	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Horizontal	Herencia

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993, Carabaña 1999 y Ganzeboom (en Leuilfrud et al., 2010).

En la matriz de transición basada en el esquema de clase EGP7 empleada en esta investigación, la movilidad horizontal para los casos *latinoamericanos* de Chile y México comprende los desplazamientos: (a) desde la clase de origen de los trabajadores de rutina no-manuales (IIIa+b) hacia las clases de destino de trabajadores independientes no agrícolas (IVa+b) (el “equivalente” de la pequeña burguesía de los casos europeos); (b) desde la clase de trabajadores independientes no agrarios (pequeña burguesía) (IVa+b) hacia la clase de los trabajadores de rutina no-manuales (IIIa+b); (c) desde la clase de los trabajadores manuales calificados (V+VI) hacia las clases de los trabajadores manuales de baja calificación (VIIa), los propietarios agrícolas (IVc) y asalariados agrícolas (VIIb); (d) desde la clase de trabajadores manuales de baja calificación (VIIa) hacia las clases de trabajadores manuales calificados (V+VI), propietarios agrícolas (IVc) y asalariados agrícolas (VIIb); (e) desde los propietarios agrícolas (IVc) hacia las clases de trabajadores manuales calificados (V+VI), trabajadores

manuales de baja calificación (VIIa) y asalariados agrícolas (VIIb); y (f) desde la clase de asalariados agrícolas (VIIb) hacia las clases de trabajadores manuales calificados (V+VI), trabajadores manuales de baja calificación (VIIa) y propietarios agrícolas (IVc) (*cf.*: Solís y Boado, 2014) (cuadro 13).

Cuadro 13.
Matriz de movilidad social EGP 7. Movilidad horizontal, países latinoamericanos (Chile y México)

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.	IVc Propietarios agrarios	VIIb Asalariados agrícolas
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IIIa+b Clase no-manual rutina	Ascenso	Herencia	Horizontal	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso	Horizontal	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
V+VI Clase manual calificada	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Horizontal	Horizontal	Horizontal
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Horizontal	Herencia	Horizontal	Horizontal
IVc Propietarios agrarios	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Horizontal	Horizontal	Herencia	Horizontal
VIIb Asalariados agrícolas	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Horizontal	Horizontal	Horizontal	Herencia

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993 y Solís y Boado 2014.

A semejanza de lo descrito para los casos europeos, en los casos latinoamericanos (Chile y México) los desplazamientos entre posiciones de clases pueden evaluarse en términos de distancias, siempre que supongan recorridos entre estratos jerárquicos y según el grado de proximidad de la clase de destino respecto a la de origen. De este modo, es posible clasificar los trayectos como de corta, larga y extensa distancia. El análisis de la movilidad social ascendente como de la descendente para los casos de Chile y México, define los tres tipos de trayectorias como: a) *corta*, cuando el ascenso o descenso supone un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, siendo la clase de destino contigua a la

de origen; b) *larga*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, no siendo la clase de destino contigua a la de origen; y c) *extensa*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro estrato que no le es contiguo. El cuadro 14 representa los enclasmientos de corta, larga y extensa distancia considerados en esta investigación para los casos chileno y mexicano.

Cuadro 14.

Matriz de movilidad social EGP 7. Distancias de movilidad (corta, larga y extensa), países latinoamericanos (Chile y México)

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.	IVc Propietarios agrarios	VIIb Asalariados agrícolas
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso Corto	Descenso Largo	Descenso Extenso	Descenso Extenso	Descenso Extenso	Descenso Extenso
IIIa+b Clase no-manual rutina	Ascenso Corto	Herencia	Horizontal	Descenso Largo	Descenso Extenso	Descenso Extenso	Descenso Extenso
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso Largo	Horizontal	Herencia	Descenso Corto	Descenso Largo	Descenso Largo	Descenso Largo
V+VI Clase manual calificada	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Corto	Herencia	Horizontal	Horizontal	Horizontal
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Horizontal	Herencia	Horizontal	Horizontal
IVc Propietarios agrarios	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Horizontal	Horizontal	Herencia	Horizontal
VIIb Asalariados agrícolas	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Horizontal	Horizontal	Horizontal	Herencia

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993 y Solís y Boado 2014.

Para el caso latinoamericano de Uruguay la movilidad horizontal, que tiene lugar cuando hay un cambio de posiciones dentro del mismo escalón jerárquico, esto es, que implica desplazamientos sectoriales laterales (no-verticales) hacia clases vecinas sin que tenga lugar un cambio de condición de jerárquica, queda definida como los cambios de posición: (a) desde la clase de origen de los trabajadores no-manuales de rutina (IIIa+b) hacia la clase de trabajadores independientes no agrarios (IVa+b); (b) desde la clase los trabajadores inde-

pendientes no agrarios hacia la clase de trabajadores no-manuales de rutina; (c) desde la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) hacia la clase de trabajadores manuales de baja calificación (VIIa); y (d) desde la clase de trabajadores manuales de baja calificación hacia la de los trabajadores manuales calificados (cuadro 15).

Cuadro 15.
Matriz de movilidad social EGP 5. Movilidad horizontal, países latinoamericanos (Uruguay)

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso	Descenso	Descenso	Descenso
IIIa+b Clase no-manual rutina	Ascenso	Herencia	Horizontal	Descenso	Descenso
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso	Horizontal	Herencia	Descenso	Descenso
V+VI Clase manual calificada	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Herencia	Horizontal
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso	Ascenso	Ascenso	Horizontal	Herencia

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993 y Solis y Boado 2014.

Las distancias de los trayectos de movilidad para el caso uruguayo quedan definidas como: a) *corta*, cuando el ascenso o descenso supone un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, siendo la clase de destino la contigua a la de origen; b) *larga*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, no siendo la clase de destino contigua a la de origen; y c) *extensa*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro que no le es contiguo. El cuadro 16 representa los enclasmientos de corta, larga y extensa distancia considerados en esta investigación para la sociedad uruguayo.

Cuadro 16.

Matriz de movilidad social EGP 5. Distancias de movilidad (corta, larga y extensa), países latinoamericanos (Uruguay)

	I+II Clase de servicio	IIIa+b Clase no-manual de rutina	IVa+b Pequeña burguesía	V+VI Clase manual calificada	VIIa Clase manual baja calif.
I-II Clase de servicio	Herencia	Descenso Corto	Descenso Largo	Descenso Extenso	Descenso Extenso
IIIa+b Clase no-manual rutina	Ascenso Corto	Herencia	Horizontal	Descenso Largo	Descenso Largo
IVa+b Pequeña burguesía	Ascenso Largo	Horizontal	Herencia	Descenso Corto	Descenso Largo
V+VI Clase manual calificada	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Corto	Herencia	Horizontal
VIIa Clase manual baja calif.	Ascenso Extenso	Ascenso Largo	Ascenso Largo	Horizontal	Herencia

Fuente: Elaboración propia a partir de Erikson y Goldthorpe 1993 y Solis y Boado 2014.

7. Pruebas de hipótesis con chi-cuadrado para origen y destino de clase social

Se realizaron pruebas de independencia con chi-cuadrado para las variables “clase social del padre” y “clase social del/de la hijo/a” colapsadas cada una de estas en siete categorías —a excepción de Uruguay en el que fueron cinco las categorías— a partir del esquema EGP (véase cuadro 8). La prueba de independencia para los siete países bajo estudio, formula una hipótesis nula (Hip_0) que afirma que la clase social del/de la hijo/a es independiente de la clase social del padre y una hipótesis alternativa (Hip_A) que la niega, esto es, que afirma que la clase social del/de la hijo/a no es independiente de la clase social del padre. Los resultados del análisis para 36 grados de libertad y un nivel de significación de 0.05 (5% de probabilidad de error), arroja un valor de $Chi(00.5, 36)$ que es igual a 51.00 (*chi* esperado). El valor de *chi* observado (calculado) para 36 grados de libertad y valor crítico de 0.05 en España es de 221.238, en Suecia 212.873, en Reino Unido 121.132, en Alemania 820.997, en Chile 999.519 y en México 1748.198 (tabla 1). En el caso de Uruguay, los resultados del análisis para 16 grados de libertad, con un nivel de significación de 0.05 (5% de probabilidad de error), ofrecen un valor de $Chi(00.5, 16)$ que es igual a 26.29 (*chi*

esperado). El valor de *chi* observado (calculado) para 16 grados de libertad y valor crítico de 0.05 en Uruguay es de 281.122 (tabla 1).

Con base en los resultados obtenidos y asumiendo la regla de decisión basada en el criterio del nivel de significación —esto es, rechazo de H_{p0} cuando se registra un valor crítico menor a 0.05—, se concluye el rechazo de la hipótesis nula, lo que equivale a afirmar que la clase social del padre influye sobre la clase social del/de la hijo/a, o lo que es lo mismo, que esta última no es independiente de la primera. Asimismo, si se asume la regla de decisión sucedánea basada en el valor crítico asociado a la distribución chi-cuadrada, tras advertirse un valor de chi-cuadrado esperado (26.29 para Uruguay y 51.00 para el resto de países) menor al valor de chi-cuadrado observado (221.328; 212.873; 121.132; 820.997; 999.519; 1748.198 y 281.122 para cada uno de los países respectivamente), se concluye de igual forma el rechazo de la hipótesis nula, por lo que se puede afirmar que la clase social del padre influye sobre la clase social del/de la hijo/a. Queda demostrado que asumiendo uno u otro criterio para la aplicación de la regla de decisión de la prueba de hipótesis, se llega a la conclusión de la existencia de no independencia de la clase social del/de la hijo/a respecto a la clase social del padre.

Tabla 1.

Valores de la prueba de independencia con chi-2 para origen y destino de clase social en selección de países Europa y América Latina

	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
Chi ² de Pearson	221.328	212.873	121.132	820.997	999.519	1748.198	281.122
gl	36	36	36	36	36	36	16
Sig. asintótica (bilat.)	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000
N casos válidos	1114	1151	1238	1678	2827	5670	1597

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010, EMOVI 2011.

8. Estructura y cambio en la distribución de clases de origen y destino

Adhiriendo a lo señalado por Solís, respecto a que “el punto de partida para analizar la movilidad intergeneracional es el cambio global en la estructura de clases entre orígenes (padres) y destinos (hijos/as), es decir, los cambios en las distribuciones marginales de la tabla de movilidad social”¹ (2014b, p. 66), esta sección desarrolla el análisis de las transformaciones históricas en las estructuras de clases sociales de origen y destino. Es en este tipo de análisis es necesario tomar precauciones a la hora de la interpretación y tener en claro que “la distribución marginal de los padres no refleja exactamente ninguna distribución de clase observada en un momento previo en el tiempo” (p. 66) lo que queda explicado por el hecho de que:

Mientras la distribución de los hijos corresponde a un momento dado en el tiempo (la fecha de levantamiento de la encuesta),² la de los padres es una síntesis de muchos períodos ya que la clase del padre se reporta a la edad de 15 años del hijo, y los hijos tenían edades diferentes al momento de la encuesta. (Solís, 2014b, p. 66)

Adicionalmente, la distribución marginal de los padres en la tabla de movilidad social, precisa Solís:

Refleja no solo el cambio en la estructura de clases, sino también las diferencias en la tasa de reproducción demográfica de cada clase de origen, de manera que

¹ En el análisis de la movilidad social desarrollado en esta investigación, la definición de los orígenes de clase social considera las posiciones alcanzadas por el padre varón de los encuestados varones y mujeres (hijos e hijas). Esta decisión que podría tildarse de “conservadora” —en el sentido que le presta Torche (s.f., p. 9) al término, esto es, en cuanto provee el umbral inferior de cambio intergeneracional— responde a la baja densidad de información disponible en las bases de datos empleadas como para considerar los orígenes de clase social considerando las posiciones de las progenitoras mujeres (madres) de los encuestados varones y mujeres.

² De ahí que resulte sustantivo la comparación de los niveles entre las clases sociales que conforman la estructura de clases de destino (D), asumiéndola como *proxy* de la estructura de clase actual, o al menos, de la más cercana en el tiempo. Es precisamente lo que se desarrolla en la primera parte del análisis de esta sección.

los marginales de los padres tienden a subrepresentar a las clases con menor fecundidad y mayor emigración. (2014b, p. 66)

A continuación, se presenta la estructura de clases de destino (D) (tabla 2) y de clases de origen (O) (tabla 3) en los países bajo estudio para individuos de entre 25 y 65 años. Una primera aproximación consiste en examinar la estructura de clases de destino (D), en la que se aprecia que es la clase de servicio I-II la que presenta el mayor (Suecia, Reino Unido y Alemania), o segundo mayor tamaño (España), en el conjunto de los países europeos, en tanto que en el conjunto de los países latinoamericanos, la clase de servicio I-II resulta ser la segunda de mayor tamaño tras la clase de trabajadores manuales no-calificados VIIa (tabla 2). Una segunda observación sustantiva reside en que la predominancia en términos del tamaño de la clase I-II sobre el resto clases, resulta ser más fuerte y acentuada respecto a las clases de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) y trabajadores del agro (VIIb) en el conjunto de las siete sociedades de ambos continentes. En las sociedades industrializadas europeas, el tamaño de la clase de servicio I-II concentra, a excepción de España, más de un tercio de los individuos, con Suecia encabezando el grupo (42.2%, y representando 38.3 veces el tamaño de la clase de trabajadores agrícolas y 3.4 veces la clase de los trabajadores manuales no calificados), seguida por Alemania (39.3%, representando 26.2 veces el tamaño de la clase de trabajadores agrícolas y 2.8 veces la clase de trabajadores manuales no calificados) y finalmente Reino Unido (36.9%, representando 73.8 veces el tamaño de la clase de trabajadores agrícolas y 2 veces la de trabajadores manuales no calificados). El caso de España no se alinea con la pauta europea, en el sentido de que la clase de servicio, si bien de gran tamaño, resulta ser la segunda mayor tras la clase de la pequeña burguesía. De igual modo, en España las diferencias en cuanto a veces en que la clase I-II representa las clases de trabajadores agrarios (6.2 veces, aproximándose a los casos latinoamericanos) y trabajadores manuales no calificados (casi de igual tamaño), resultan ser menores a las registradas por sus pares del conjunto europeo.

En los casos latinoamericanos, entre los cuales la clase de servicio es de tamaño más reducido respecto a la observada en los europeos, Uruguay registra el mayor tamaño de clase de destino I-II (26.4%) seguido de Chile (19.8%) y finalmente México (18.4%). Resulta significativo observar que, en los países latinoamericanos, la relación de tamaño de la clase de destino I-II respecto a la clase de trabajadores agrícolas VIIb, resulta ser menor que la observada entre los europeos; la clase I-II representa 6.5 veces la clase VIIb en Chile y 3.2 veces en México, respectivamente. En cuanto a la relación de tamaño de la clase I-II

respecto a la de trabajadores manuales no calificados VIIa, es en todos los casos latinoamericanos (Chile, México y Uruguay) la opuesta a la observada en los cuatro casos europeos, a saber, es la clase VIIa la que concentra una mayor proporción de individuos móviles respecto a la clase de servicio I-II (tabla 2).

Una tercera aproximación a la estructura de posiciones de clase de destino, advierte de una diferencia significativa entre las sociedades europeas y las latinoamericanas respecto al tamaño de la clase de la pequeña burguesía (IVa+b). Entre los países europeos, la incidencia de esta clase en la estructura global de posiciones de clase de destino, es sensiblemente menor que en los casos latinoamericanos. Entre los primeros, el tamaño de la clase de destino IVa+b no supera en ningún caso el 10%, mientras que entre los segundos es superior a este valor en todos los casos (tabla 2). La situación inversa se presenta cuando el examen se centra en torno a la clase de los trabajadores no-manuales de rutina (IIIa+b), mostrando ser ampliamente mayor entre los casos europeos que latinoamericanos, constituyendo en los primeros casi un cuarto de la estructura de clases de destino.

Una cuarta aproximación relevante gira en torno a las proximidades entre conglomerados continentales respecto a las clases trabajadoras manuales calificados V+VI, las que presentan un panorama que se distancia tanto del previamente descrito para la clase de la pequeña burguesía (trabajadores independientes no agrarios en América Latina), como de los trabajadores no-manuales de rutina. En los países europeos y latinoamericanos se advierte semejanza en la magnitud del aporte de la clase trabajadora manual calificada (V+VI) a la composición global de la estructura de clases de destino, aunque siendo bastante más fuerte entre los casos latinoamericanos. En otros términos, no se identifican patrones que permitan hablar de una diferenciación nítida y marcada entre los casos europeos y los latinoamericanos al respecto; el único caso que se aleja del conjunto de países de ambos continentes es el anglosajón, con tan solo un 9.2% de representación de la clase V+VI en la estructura de clases de destino (tabla 2).

Finalmente, hay que subrayar que, en todos los casos, europeos como latinoamericanos, las posiciones de clase de destino (al momento de las encuestas) que contribuyen en menor medida a la composición global de la estructura, son las de los propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) y trabajadores agrarios (VIIb). Es de resaltar que entre los casos latinoamericanos (Chile y México), respecto de los europeos, las clases asociadas al sector económico primario de producción agrícola (IVc y VIIb), contribuyen en mayor proporción a la composición de la estructura de clases (tabla 2).

Tabla 2.
Estructura de clases de destino (D) en selección de países.
Personas de 25-65 años de edad (porcentajes)

Selección de países								
Europa	América Latina	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
Clase I-II	Clase I-II	23.5	42.2	36.9	39.3	19.8	18.4	26.4
Clase IIIa+b	Clase IIIa+b	26.4	26.1	29.4	24.8	16.5	15.6	15.6
Clase IVa+b	Clase IVa+b	7.2	4.4	4.5	2.9	11.3	15.7	14.7
Clase IVc	Clase V+VI	2.7	1.7	0.9	1.0	17.0	12.8	14.2
Clase V+VI	Clase VIIa	15.8	12.2	9.2	16.4	25.1	27.3	29.2
Clase VIIa	Clase VIIc	20.6	12.3	18.6	14.0	3.8	4.6	—
Clase VIIb	Clase VIIb	3.8	1.1	0.5	1.5	6.5	5.7	—
Total		100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, European Social Survey 2010, y EMOVI 2011.

Con la introducción de la distribución marginal que representa la estructura de posiciones de clase de origen (O) de los encuestados (tabla 3), se abre la posibilidad de ensayar un análisis de corte estructural basado en el examen de los cambios en los marginales entre orígenes y de destinos de clase. En otros términos, con la introducción de la estructura de clases de origen (O), es posible analizar la configuración de diferencias relevantes entre los marginales de las clases de los padres de los encuestados y los marginales de las clases de sus hijos/as (los encuestados). En primera instancia, sobresale el crecimiento que ha experimentado la clase de destino de servicios (I-II) en el conjunto de sociedades latinoamericanas —duplicándose y más, en casos como el de Chile y México—, en contraste con los cambios en la misma observados para los casos europeos, donde aumenta para los casos de Suecia y Alemania —aunque en ninguno de estos duplica o más su tamaño—, disminuye en Reino Unido y se mantiene constante en España (tablas 2 y 3).

El crecimiento absoluto de la clase I-II define un patrón compartido entre los casos latinoamericanos, observable a través de los valores del índice de disimilitud específico que expresa la diferencia entre la clase de destino I-II y la clase de origen I-II. El índice de disimilitud es una medida resumen que expresa el cociente de restar, en este caso, al tamaño de la clase I-II de los/as encuestados/as, el tamaño de la clase I-II de sus padres y se interpreta como el porcentaje de los destinos de clase, en este caso de la clase I-II, que deberían cambiarse para

igualar los orígenes de clase, en este caso de la clase I-II; a saber, crecimientos de 10.4, 12.2, y 11.5 puntos porcentuales en Chile, México y Uruguay, respectivamente (tabla 4). Si se considera el conjunto de los siete países bajo análisis, es en México donde se experimenta el mayor crecimiento absoluto de la clase I-II (índice de disimilitud de 12.2 puntos porcentuales) y Suecia en el que menos (índice de disimilitud de 8.4 puntos porcentuales) (tabla 4).

Tabla 3.
Estructura de clases de origen (O) en selección de países.
Personas de 25-65 años de edad (porcentajes)

Selección de países								
Europa	América Latina	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
Clase I-II	Clase I-II	23.6	33.8	46.9	27.9	9.4	6.2	14.9
Clase IIIa+b	Clase IIIa+b	7.8	4.1	4.0	6.7	7.6	5.8	14.8
Clase IVa+b	Clase IVa+b	11.9	4.9	1.5	2.2	11.8	18.9	17.8
Clase IVc	Clase V+VI	8.5	11.0	2.7	1.0	21.7	11.3	23.9
Clase V+VI	Clase VIIa	16.4	28.0	19.5	39.9	27.3	26.1	28.5
Clase VIIa	Clase VIIc	22.1	15.2	23.1	14.8	9.3	21.0	—
Clase VIIb	Clase VIIb	9.6	3.0	2.3	7.5	12.9	10.8	—
Total		100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, European Social Survey 2010, y EMOVI 2011.

Una segunda tendencia general compartida por el conjunto de países analizados, europeos como latinoamericanos, es el decrecimiento evidente de las clases de destino de raigambre agrícola, en el sentido de que las clases IVc y VIIb registran decrecimiento en todos los países bajo análisis en los que forman parte del esquema de clases (la excepción es Uruguay). Los mayores decrecimientos absolutos de las clases IVc y VIIb —pero principalmente de la primera—, se observa en los casos latinoamericanos. Consideradas en conjunto, es en México donde las clases IVc y VIIb (i.e. IVc+VIIb) advierten la mayor reducción (21.5 puntos porcentuales), seguido en un segundo escalón por Chile, España y Suecia (11.8, 11.6 y 11.2, respectivamente) y en un tercero por Alemania y Reino Unido (6.1 y 3.7, respectivamente), países los del segundo y tercer escalón en los que el decrecimiento del tamaño de la clase de trabajadores agrarios es entre “bajo” y “muy bajo”.

Entre los casos latinoamericanos (Chile y México), la reducción del peso de la clase de trabajadores agrarios resulta en favor de la recomposición de las clases de servicio y de trabajadores de rutina no-manuales, a las que se agregan —aunque en mucha menor medida— para el caso específico de México, las de los trabajadores manuales calificados y de baja calificación. Se advierte, por consiguiente, una dinámica de posicionamiento en clases más aventajadas y valoradas en la estructura de clases de destino latinoamericana, efecto este último que comparten también las sociedades europeas bajo análisis cuya reducción en el peso de las clases agrícolas resulta en favor de la recomposición de las clases de trabajadores de rutina no-manuales y, en menor medida, de las de servicio y pequeña burguesía. De refrendarse estos resultados en los posteriores análisis basados en tasas y flujos de salida de movilidad social, se estaría frente a un efecto de ajuste del tipo “jalón hacia arriba”, compartido por ambos casos latinoamericanos (Chile y México), pero también, con los matices del caso, por las sociedades industrializadas europeas.

Tabla 4.
Cambios en la distribución marginal de clases de origen (padres)
y destino (hijos/as) (índices de dismilitud por clase).
Selección de países Personas de 25-65 años

Selección de países								
Europa	América Latina	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
Clase I-II	Clase I-II	-0.1	8.4	-10.0	11.4	10.4	12.2	11.5
Clase IIIa+b	Clase IIIa+b	18.6	22.0	25.4	18.1	8.9	9.8	0.8
Clase IVa+b	Clase IVa+b	-4.7	-0.4	3.0	0.7	-0.5	-3.2	-3.2
Clase IVc	Clase V+VI	-5.8	-9.3	-1.9	-0.1	-4.7	1.5	-9.7
Clase V+VI	Clase VIIa	-0.6	-15.8	-10.3	-23.4	-2.2	1.2	0.7
Clase VIIa	Clase VIIc	-1.5	-3.0	-4.5	-0.8	-5.4	-16.4	—
Clase VIIb	Clase VIIb	-5.8	-1.9	-1.8	-6.0	-6.4	-5.1	—
Total Índice de dismilitud		0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, European Social Survey 2010, y EMOVI 2011.

Para cerrar este apartado analítico, conviene desarrollar una síntesis conclusiva de los siguientes registros. En primer lugar, destaca el hecho de que la expansión de la cumbre de la estructura de clases de destino, o lo que es lo mismo, el crecimiento de la clase de servicio, es experimentada por el conjunto de las sociedades latinoamericanas, compartiendo cada una de estas una

variación de intensidad aproximada. En contraste, lo que caracteriza al *cluster* de casos europeos es la heterogeneidad en la dirección del cambio de peso de la clase I-II (aumento en Alemania y Suecia, disminución en Reino Unido y constante en España) y los diferenciales de su intensidad. En segundo lugar, la observación de un descenso generalizado de las clases agrícolas (propietarios y pequeños propietarios IVc y trabajadores agrícolas VIIb) resultado de la tendencia secular en los países latinoamericanos —e históricamente más temprana en los europeos—, hacia la disminución de la importancia de las clases agrarias en sus respectivas estructuras sociales (Solís, 2014b, p. 67).

En tercer lugar, entre los países latinoamericanos bajo estudio, como se pudo observar, los cambios en el peso del tamaño de las clases agrícolas (IVc y VIIb) en la estructura global de clases de destino son de menor fuerza en Chile que en México, posible reflejo de un temprano proceso histórico de urbanización experimentado por el primero —que también acompañó a Uruguay—³ que, como apunta Solís, lo ubica en una suerte de fase final del mismo, indicando que “la menor caída de las clases agrícolas no es sintomática de una más lenta <<desagrarización>>, sino de que casi se ha completado su proceso de urbanización” (2014b, p. 67). Finalmente, observadas estas transformaciones y su intensidad, es de esperar que la magnitud de la movilidad entre las clases agrícolas (IVc y VIIb) y el resto de las clases no agrícolas, represente una cuota importante de la movilidad social total, principalmente en las sociedades de industrialización tardía respecto a las de industrialización temprana y en México respecto a sus pares latinoamericanos, lo que se comprobará en un análisis posterior con base en los flujos de salida (*outflows*) de la movilidad social. En contraste, es de esperar que, en las sociedades europeas industrializadas y posiblemente en Chile, destaquen otras modalidades de movilidad intergeneracional entre clases de raigambre no-agrarias.

³ En un ejercicio de análisis de la movilidad social que finalmente se decidió no integrar en esta investigación, con base en esquemas de clases EGP en que se integraban las clases agrícolas (IVc y VIIb) al esquema de clases del caso uruguayo, se advirtió que este último seguía una pauta muy próxima a la del caso chileno respecto a la disminución de las clases agrícolas en favor de la recomposición de clases mejor valoradas, pudiéndose diferenciar estos dos casos del Cono Sur sudamericano del de México.

9. Renovación de la estructura de clases en Europa y América Latina

La comparación entre los marginales de clases de los padres y de los/as hijos/as en la tabla de movilidad social, permiten acceder a un conocimiento preliminar de la transformación global de las distribuciones entre orígenes y destinos de clase. No obstante, y conforme a lo que señala Solís, la magnitud de la movilidad social a nivel individual podría resultar mayor, a razón de que en la tabla de movilidad social tienen lugar movimientos de reemplazo descendente como ascendentes que se neutralizan entre sí y, en consecuencia, no quedan representados en la variación entre las distribuciones marginales (2014b, p. 70). Es entonces, que deviene en relevante desarrollar el análisis de “(i) qué tanta movilidad existe al interior de las celdas de la tabla, y (ii) la magnitud de la movilidad ascendente y descendente” (2014b, p. 70), además de los análisis de “(iii) la prevalencia de la movilidad vertical, es decir, la movilidad que cruza las fronteras jerárquicas entre las clases sociales y de (iv) en qué regiones de la tabla de movilidad se dan los principales cambios” (p. 70).

9.1. Movilidad social y reproducción en casos europeos

9.1.2. Herencia, ascenso y descenso en España

En esta sección se analiza la herencia y renovación de clases en España, Suecia, Reino Unido y Alemania como una primera aproximación a la movilidad social en los casos europeos. La tasa de herencia para España es de 26.8% (gráfico I). El mayor volumen de *herencia* se encuentra en la clase I-II (10.1%), seguida de la clase de trabajadores no calificados (VIIa) (7%) (tabla 29, anexo). La mayor reproducción se ubica en la clase “más alta” de la estructura de clases y en la segunda “más baja”, las que sumadas alcanzan el 63.8% del volumen total absoluto de herencia de clase en España. El resto del volumen absoluto (36.2%) se distribuye entre las clases de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), trabajadores manuales calificados (V+VI) y, en menor medida, entre las clases de la pequeña burguesía (IVa+b), propietarios y pequeños propietarios agrarios (IVc) y trabajadores agrarios (VIIb) (cálculos a partir de la tabla 29, anexo). Del volumen total absoluto de herencia, la clase I-II representa el 37.7%, la clase VIIa el 26.1%, la clase V+VI el 13%, la clase IIIa+b el 8.6%, la clase IVa+b el 6.4%, la clase VIIb el 6% y la clase IVc el 2.2% (cálculos a partir de la tabla 29, anexo). Si se agrupan las clases del esquema EGP7 en cuatro macroclases agregadas (EGP4), se observa que el volumen de herencia absoluta queda distri-

buido del siguiente modo; clase de servicio (I-II) 37.7 %, clase de trabajadores no manuales (IIIa+b, y IVa+b) 15%, clase de trabajadores del agro (IVc y VIIb) 8.2% y clase de trabajadora manual (V+VI y VIIa) 39.1%. La reproducción más elevada de posiciones de clase entre orígenes y destinos, se halla en la clase de trabajadores manuales, ubicándose sobre la clase de servicio, que se posiciona como la segunda más fuerte, y la clase de trabajadores no manuales. Bastante menor es la observada en la clase de trabajadores del agro (IVc+VIIb), lo que tras observar los resultados del análisis de flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 8 y 11), se explica, por una parte, debido a un significativo desplazamiento de los hijos/as de padres de clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) hacia las restantes clases, con predominancia hacia las clases de trabajadores manuales no calificados VIIa, no manuales de rutina IIIa+b y de servicio I-II (29.8%, 20.2% y 13.8% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 8). Por la otra parte, como la consecuencia del reposicionamiento de los/as hijos/as de padres de clase trabajadora agrícola (VIIb), predominantemente hacia las clases de trabajadores manuales no-calificados (VIIa), de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) y de trabajadores manuales calificados (V+VI) (32.1%, 19.8% y 14.2%, respectivamente) (tabla 11).

La movilidad *ascendente* en España, considerada como el total de los porcentajes observados por debajo de la diagonal de la matriz de transición, y asumiendo que toda ella es movilidad vertical,⁴ es de 43.1% (gráfico I). Si se introduce la diferenciación entre movilidad vertical y movilidad horizontal, la tasa de movilidad ascendente para España desciende a 31.9% (tabla 36, anexo). Si se descompone el volumen total absoluto de movilidad ascendente, y considerando toda la movilidad por debajo de la diagonal de la tabla como movilidad vertical, es la clase obrera de trabajadores manuales no calificados la que abarca la mayor proporción (34.2%), siguiéndole la clase de trabajadores manuales calificados (20.8%), la clase de trabajadores agrarios (18.7%), la pequeña burguesía (14.1%), la de propietarios y pequeños propietarios agrarios (8.3%) y la clase de trabajadores no manuales de rutina (3.9%) (cálculos a partir de la tabla 29, anexo). Es preciso apuntar, que del volumen absoluto total del ascenso producido en la clase de origen de trabajadores manuales no calificados (VIIa), el 38.5% lo hace hacia la clase IIIa+b —siguiéndole los ascensos hacia la clase V+VI que son del orden del 27%—, mientras que del volumen absoluto total de ascenso de la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI), el 55.5% lo hace hacia la clase IIIa+b —siguiéndole el que tiene lugar hacia la clase I-II, representando el 34.4%— (cálculos a partir de la tabla 29, anexo).

⁴ Es decir, sin introducir la discriminación entre movilidad vertical y horizontal.

Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y movilidad no-vertical, en el primero de estos dos casos nos encontramos ante un ascenso *largo* elevado, lo que se confirma tras el cotejo con los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 10), en el que el 25.7% del total de los hijos/as de padres de clase VIIa ascienden a la clase IIIa+b, o lo que es lo mismo, existe una probabilidad de 25.7%, la más alta de entre las observadas para los hijos/as provenientes de clases de origen VIIa, de que se desplacen ascendentemente hacia la clase de destino IIIa+b. En el segundo caso, nos encontramos ante un nivel elevado de desplazamientos ascendentes (aunque no-verticales), en el que es del 30.2% la probabilidad de posicionarse en la clase IIIa+b de los hijos/as provenientes de un origen de clase V+VI (tabla 9).

Es preciso recordar que la movilidad ascendente se compone de tres tipos de trayectorias: a) *corta*, cuando el ascenso o descenso supone un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, siendo la clase de destino la contigua a la de origen, b) *larga*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro contiguo, no siendo la clase de destino contigua a la de origen, y c) *extensa*, cuando el ascenso o descenso implica un salto jerárquico de un estrato a otro que no le es contiguo. Para el caso de España, y considerando la existencia de movilidad horizontal, la movilidad vertical ascendente *extensa*, es del 5.7%. La movilidad ascendente *larga* es de 19.4% y la ascendente *corta* es de 6.8% (tabla 36, anexo). Resulta relevante observar que la movilidad vertical ascendente *extensa* es bastante reducida y más próxima al total de los ascensos de *corta* distancia. Dentro de la movilidad social ascendente, resulta ser la ascendente de *larga* distancia la más elevada de las tres (*extensa*, *larga* y *corta*), componiendo el grueso de esta los desplazamientos desde la clase VIIa a la clase IIIa+b (5.7%), que asumiendo la existencia de movilidad horizontal (no aislando sus efectos), constituyen el 29.3% del volumen total absoluto de la movilidad vertical ascendente *larga* y el 17.8% del volumen total absoluto de movilidad vertical ascendente observada (cálculos con base en las tablas 29 y 36, anexo).

Adhiriendo a lo sostenido por Solís, aunque los niveles de movilidad social registren niveles elevados, es factible —como en buena medida se ha podido advertir recién— que una parte significativa de los movimientos ocurra entre las clases con jerarquías semejantes (2014b, p. 71). En este sentido, como advierte Torche, “buena parte de la alta movilidad social (...) tiene pocas consecuencias sustantivas, ya que acontece entre clases que comparten posiciones similares en la jerarquía de recursos y recompensas” (Torche, 2005, como se cita en Solís, 2014b, p. 71). Para captar esa situación he definido la “movilidad horizontal” para los casos europeos en la sección 6.1. (matriz de movilidad). En el caso

de España, la tasa de movilidad horizontal (no-vertical) es de 22% (tabla 36, anexo).

Por su parte, la tasa de movilidad vertical *descendente*, controlando la movilidad horizontal, es de 30.1% (gráfico I) y si se considera a esta última, pasa a ser del orden del 19.3% (tabla 36, anexo). Si se desagrega la tasa de movilidad vertical descendente, sin discriminar entre movilidad vertical y horizontal —esto es, sin aislar los efectos de esta última—, se tiene que 45.3% del volumen total absoluto de la movilidad descendente corresponde a los descensos desde la clase de origen I-II, 14.2% a los de la clase IVc, 13.8% a la clase IVa+b, 13.1% a los de la clase V+VI, 12.3% a la clase IIIa+b y 1.3% a la clase VIIa (cálculos con base en la tabla 29, anexo). Del volumen total absoluto de la movilidad descendente desde la clase I-II, el 49.6% corresponde a descensos hacia la clase IIIa+b, y en el caso del volumen absoluto total de descenso en la clase de origen de IVc, el 60.4% corresponde a descensos hacia la clase VIIa (cálculos a partir de la tabla 29, anexo).

Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y movilidad no-vertical, en el primero de los casos, lo que se observa es un descenso *corto elevado*, refrendado por el examen de los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 5), según los cuales es de 28.6% la probabilidad de descender hacia la clase IIIa+b de los hijos/as con origen de clase I-II, representando la más alta de las probabilidades de descenso hacia las distintas clases de destino que se observa para la clase de origen I-II. Mientras que, en el segundo caso, lo que se presencia es un nivel elevado de desplazamientos descendentes (aunque no-verticales), dado el enclasmiento de posiciones de la clase de origen IVc en la clase de destino VIIa. En este caso, es del 29.8% la probabilidad de desplazamiento hacia la clase VIIa para los hijos/as con clase de origen IVc (tabla 8), la que constituye la más alta de las probabilidades de descenso (no-vertical) hacia las distintas clases de destino que se observa para la clase de origen IVc.

Con relación a la movilidad descendente extensa, larga, y corta, cuando se considera la existencia de movilidad horizontal, se tiene que la movilidad descendente *extensa* es de 3.3%, la descendente *larga* es de 5.6%, y la movilidad descendente *corta* de 10.4% (tabla 36, anexo). De la movilidad vertical descendente *corta*, que resulta ser la más elevada, y asumiendo la existencia de movilidad horizontal, la mayor proporción se advierte desde la clase de origen I-II hacia la clase de destino IIIa+b (6.8%), constituyendo el 65.3% del volumen total absoluto de movilidad vertical descendente *corta* y el 35.2% del volumen total absoluto de la movilidad vertical descendente observada (cálculos a partir de las tablas 29 y 36, anexo).

A modo de síntesis, como se ha podido observar para el caso de España, cuyo régimen de bienestar social se asienta en una *ideología* de justicia social, con *objetivos* orientados hacia la combinación de recursos, *financiación* de tipo mixta (impuestos y cotizaciones sociales contributivas), *provisión* basada en el apoyo familiar y *servicios* descentralizados (Moreno, 2012, p. 56), se constata la existencia de un nivel de herencia de clase que resulta ser el más bajo de los observados entre los casos europeos y algunos latinoamericanos (México y Uruguay). En el marco de un régimen de bienestar (mediterráneo) cuyas *configuraciones institucionales específicas* se vinculan a una doctrina, sistema de valores y cultura caracterizadas por la complementariedad derivada de la interacción entre instituciones públicas, familia y sociedad civil (p. 56),⁵ que promueve políticas de *subsidios* que se caracterizan por ser de tipo contributivas y de baja intensidad, con un *mercado laboral* dotado de una extensa economía informal —en comparación con los otros regímenes de bienestar europeos, pero no así con los latinoamericanos— y políticas de *género* orientadas por un familismo ambivalente, los datos analizados en esta sección dan cuenta del nivel de movilidad total absoluta más alto entre los casos europeos y volúmenes de herencia elevados en la clase del extremo superior de la estructura (clase de servicio) y en la inmediatamente anterior al extremo inferior de la misma (clase de trabajadores manuales no-calificados).

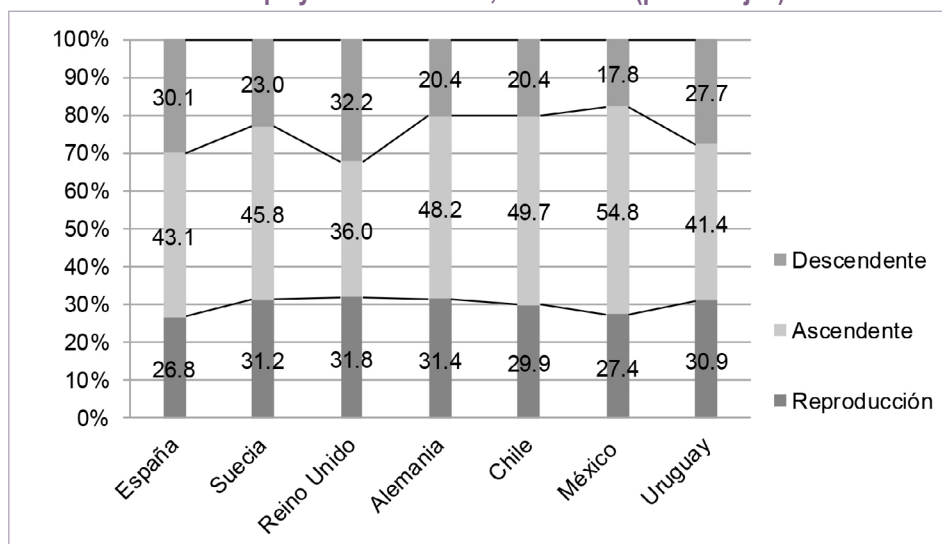
Finalmente, enmarcado en un régimen de bienestar que combate los niveles de *pobreza* mediante una cultura asistencialista, con redistribución de recursos transferidos desde los ricos a los pobres, dotando al Estado de Bienestar con un perfil axiológico de tipo *Robin Hood* progresista (p. 77) y promoviendo la *responsabilidad social corporativa* asentada en lo público (*ágora*, participación pública) como centro articulador de la misma (p. 77), el caso español registra los mayores niveles de movilidad ascendente en las clases trabajadoras manuales no-agrarias y al interior de estas en mayor proporción en la de manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) que en la de manuales calificados (V+VI), mientras que los mayores niveles de movilidad descendente tienen lugar desde la clase de servicio I-II, seguida por los descensos (aunque no-verticales) registrados por la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas IVc. El análisis de los indicadores descriptivos de movilidad absoluta para el caso español, en pers-

⁵ Según entiende Moreno (2012), tal doctrina, sistema de valores y cultura, caracterizadas por la mencionada complementariedad, operan como rutas de acción que dan forma a diferentes dinámicas del capitalismo de bienestar, teniendo diversos efectos sobre los derechos sociales, su calidad, los mercados de producción y las estructuras sociales.

pectiva comparada con los casos europeos bajo estudio, muestra la renovación de clases más elevada, con una tasa de movilidad total absoluta de 73.2%, prevalencia de la movilidad de tipo ascendente (43.1%) y una tasa de movilidad vertical *extensa* ascendente que es la tercera más alta —luego de las de Suecia y Reino Unido— del grupo de países europeos.

Gráfico I.

Dimensiones de la movilidad social. Comparación internacional, selección de países de Europa y América Latina, 25-65 años (porcentajes)



Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010, y EMOVI 2011.

9.1.3. Herencia, ascenso y descenso en Suecia

Con relación a Suecia, su tasa de herencia es de 31.2% (gráfico I), encontrándose el mayor volumen de herencia en la clase de servicio I-II (19.5%), seguida de la clase de trabajadores calificados (V+VI) (4.9%) y la clase de trabajadores no calificados (VIIa) con 2.8% de reproducción (tabla 30, anexo). La mayor reproducción se ubica en la clase “más alta” de la estructura y en la tercera “más baja”, las que sumadas alcanzan el 78.2% del volumen total absoluto de herencia en Suecia. El restante 21.8% del volumen absoluto de la herencia se concentra y distribuye entre las clases de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), la pequeña burguesía (IVa+b), propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) y trabajadores manuales de baja calificación (VIIa) (cálculos a partir de la tabla 30, anexo). Del volumen total absoluto de herencia, la clase I-II representa el 62.5%, la clase V+VI el 15.7%, la clase VIIa el 9%, la clase IIIa+b

el 5.5%, la clase IVc el 4.1%, y la clase IVa+b el 3.2% (cálculos con base en la tabla 30, anexo). Si se agrupan las clases del esquema EGP7 en cuatro grandes clases agregadas (EGP4), se constata que el mayor volumen de herencia absoluta sigue correspondiendo a la clase de servicio I-II (62.5%), explicada por la alta reproducción que tiene lugar en la cumbre de la estructura de clase. Le sigue la clase trabajadora manual (V+VI y VIIa) que aúna el 24.6% del volumen total absoluto de reproducción, la clase de rutina no-manual y pequeña burguesía (IIIa+b y IVa+b) que aúna el 8.7% y la clase de trabajadores del agro (IVc y VIIb) que comprende un 4.2%. La baja reproducción registrada por la clase de trabajadores del agro (IVc y VIIb) se explica en principio por un fuerte enclasmamiento de los/as hijos/as con origen de clase IVc en destinos de clase I-II, IIIa+b, y VIIa (33.9%, 21.3% y 16.5% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 8), así como por el enclasmamiento de los/as hijos/as con origen de clase VIIb en destinos de clase I-II, IIIa+b, y VIIa (31.4%, 31.4%, y 20% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 11).

Con relación a la movilidad ascendente, y asumiendo el criterio que no introduce la diferenciación entre movilidad vertical y horizontal, esta es de 45.8% (gráfico I). Si se introduce la distinción entre movilidad vertical y horizontal, la tasa de movilidad ascendente sueca pasa a ser de 36.7%, lo que nos habla de que una buena proporción de la movilidad ascendente se encuentra constituida por enclasmamientos horizontales. Al descomponer el volumen total absoluto de la movilidad ascendente y considerando toda la movilidad debajo de la diagonal de la tabla como vertical, es la clase de trabajadores calificados (V+VI) la que constituye su mayor proporción (43.5%), seguida de la clase de trabajadores no calificados (VIIa) (26.2%), la de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) (13.8%), la de trabajadores agrícolas (VIIb) (6.8%), la pequeña burguesía (IVa+b) (6.6%) y la de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (3.1%) (cálculos a partir de la tabla 30, anexo). Conviene precisar que, del volumen absoluto total del ascenso que tiene lugar al interior de la clase de origen de trabajadores calificados (V+VI), el 55.8% lo hace hacia la clase I-II —siguiéndole los ascensos hacia la clase IIIa+b que son del orden del 38.2%—, mientras que del volumen absoluto total de ascenso de la clase de trabajadores manuales no calificados (VIIa), el 42.5% lo hace la clase IIIa+b —siguiéndole el que tiene lugar hacia la clase I-II, representando el 30.8%— (cálculos basados en la tabla 30, anexo).

En el primero de los casos, lo que se observa es un ascenso *largo* elevado, el que se refrenda tras examinar los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 9), según los cuales existe una probabilidad de 39.8% para los/as hijos/as provenientes de padres de clases de origen V+VI de ascender hacia destinos de

clase de servicio (I-II). En el segundo caso, se registra también un ascenso *largo* elevado por el enclasamiento de posiciones de origen de clase VIIa en posiciones de destino de clase IIIa+b. En este caso, es del 33.7% la probabilidad de ascenso hacia la clase IIIa+b para los/as hijos/as provenientes de clases de origen VIIa (tabla 10).

Con relación a la movilidad ascendente *extensa*, *larga* y *corta*, cuando se considera la existencia de movilidad horizontal, se tiene que la movilidad ascendente extensa es de 8.1%, la ascendente larga de 23.1% y la ascendente corta de 5.1% (tabla 36, anexo). En el caso sueco, la movilidad vertical extensa es apenas algo más elevada que la observada en el caso español. De la movilidad vertical ascendente larga, que resulta ser la más elevada entre las movilidades de *distancia* (corta, larga y extensa) en Suecia, como la segunda movilidad ascendente larga más alta entre las europeas, la mayor proporción tiene lugar desde la clase de origen V+VI a la clase de destino I-II (11.1%), constituyendo el 48% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical larga y el 30.2% del volumen total absoluto de la movilidad ascendente vertical observada (cálculos a partir de las tablas 30 y 36, anexo). La tasa de movilidad no-vertical (horizontal) sueca es del 13.6% (tabla 36, anexo).

En cuanto al descenso social, la tasa de movilidad descendente cuando no se distingue entre movilidad vertical y movilidad horizontal, es de 23% (gráfico I), y si se introduce la distinción, pasa a 18.5% (tabla 30, anexo). Tras desagregar la tasa de movilidad descendente, sin distinguir entre movilidad vertical y horizontal, se observa que 62.3% del volumen total absoluto de movilidad descendente se corresponde a movimientos que tienen lugar desde la clase de origen I-II, 14.5% a descensos desde la clase IVc, 14.5% a descensos desde la clase de origen V+VI, 4.1% a los que tienen lugar desde la clase IIIa+b, 3.2% a descensos desde la clase IVa+b y 1.4% a descensos desde la clase VIIa (cálculos a partir de la tabla 30, anexo). Del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase I-II, el 49.6% son descensos hacia la clase IIIa+b, mientras que del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase IVc, el 54.5% corresponde a movimientos hacia la clase VIIa y del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase V+VI el 90.1% son descensos hacia la clase VIIa (cálculos basados en la tabla 30, anexo).

Si se introduce la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, la primera situación habla de una movilidad descendente *corta* elevada, la que se confirma con los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 5), que muestran que es del 21.1% la probabilidad de descender hacia la clase de destino IIIa+b de los/as hijos/as con origen de clase I-II, la más alta de las probabilidades de descenso hacia el conjunto de clases de destino observada para la clase de origen I-II

en Suecia. La segunda situación habla de un descenso elevado (aunque no-vertical) que, cotejado con los flujos de salida, se corresponde con un 16.5% de probabilidad de enclasmiento descendente en la clase VIIa para los/as hijos/as con origen de clase IVc (tabla 8), constituyendo la más alta de las probabilidades de descenso hacia las otras clases de destino que se observa para la clase de origen IVc en Suecia. Mientras que la tercera situación, advierte de un descenso de *corta* distancia para los/as hijos/as de padres de clase social V+VI, con una probabilidad de enclasmiento en un destino de clase VIIa igual a 10.6% (tabla 9); como se aprecia, en Suecia como en otros países analizados, existe un flujo importante de agentes móviles ascendentes como descendentes entre las clases obreras dedicadas a labores manuales.

Respecto a la movilidad descendente de tipo *extensa, larga y corta*, cuando se considera la distinción entre movilidad vertical y movilidad horizontal, se observa que la primera (descenso extenso), es de 3.6%, la segunda (largo) 4.9% y la última (corto) 10.1% (tabla 36, anexo). Siendo la tasa de descenso corto la más elevada, se observa que la proporción más alta de esta se efectúa desde la clase de origen I-II hacia la clase de destino IIIa+b (7.1%), conformando el 70.2% del volumen total absoluto de movilidad vertical descendente corta y el 38.3% del volumen total absoluto de la movilidad vertical descendente (cálculos con base en tablas 30 y 36, anexo).

En síntesis, para el caso sueco, enmarcado en un régimen de bienestar (socialdemócrata) cuya *base ideológica* reside en el igualitarismo, con *objetivos* que enfatizan la promoción y fortalecimiento de los *servicios* sociales públicos universales y desconcentrados, una *provisión* de estos que es pública y centralizada y una *financiación* basada en políticas de impuestos (Moreno, 2012, p. 56), se constata un nivel de herencia más elevado que el de la sociedad española, ligeramente por debajo del resto de los casos de Europa y levemente superior a los registrados por los países latinoamericanos. Asimismo, con un régimen de bienestar que apuesta a las políticas de *subsidios* de alta intensidad y “a tanto alzado”, con un *mercado laboral* con niveles elevados de empleo público, políticas de *género* orientadas hacia la feminización y ocupaciones públicas y *configuraciones institucionales específicas* que se vinculan a una cultura y doctrina basadas en la extensión igualitaria de servicios universales y provisión pública (p. 56), Suecia exhibe un nivel de movilidad total absoluta más bajo que el observado en el caso español —y próximo a los de Reino Unido y Alemania—, así como el segundo volumen europeo de herencia más elevado en la clase de servicio I-II, por detrás del registrado por la sociedad anglosajona.

Por último, en el marco de una cultura estatista como estrategia de combate a la *pobreza*, un formato de participación, diálogo, negociación y acciones con-

juntas entre los diversos actores (partenariado) como forma de entender la *responsabilidad social corporativa* y un Estado de Bienestar con un *perfil axiológico* de tipo *benevolente* que se resume en su “aspiración de protección de los ciudadanos a título individual, no solo respecto a los riesgos derivados del mercado, sino también de la tradición y de los prejuicios” (2012, p. 77), el caso sueco advierte el segundo nivel de movilidad ascendente más elevado entre los casos europeos y al interior de este tipo de movilidad los mayores niveles los registran las clases trabajadoras manuales calificada (V+VI) y de baja calificación (VIIa), mientras que los niveles de movilidad descendentes más elevados se registran en la clase de servicio I-II seguida por la de la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) y la de descendente de tipo no-vertical advertida en la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc). Los indicadores descriptivos de movilidad social absoluta, muestran a una sociedad sueca con una renovación de clase elevada —aunque no la más elevada entre los europeos y tenuemente por debajo de la registrada por los latinoamericanos—, con un 68.8% de movilidad total absoluta, con prevalencia de la movilidad ascendente sobre la descendente, que resulta ser la segunda más elevadas entre los casos europeos, así como con una tasa de movilidad vertical larga ascendente que es la segunda más elevada entre los casos europeos y una tasa de movilidad vertical extensa ascendente que resulta ser la más alta entre sus pares europeos.

9.1.4. Herencia, ascenso y descenso en Reino Unido

En Reino Unido, la tasa de herencia es de 31.8% (gráfico I), hallándose el grueso del volumen de la reproducción en la clase I-II (21.2%), seguida por la clase de trabajadores no calificados (VIIa) (6.4%) y la clase de trabajadores calificados (V+VI) (2.3%) (tabla 31, anexo). Sumados los niveles de reproducción de estas tres clases, representan el 94% del volumen absoluto total de reproducción. El restante 6% se distribuye entre las clases de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) y pequeña burguesía (IVa+b) (cálculos con base en la tabla 31, anexo). Del volumen total absoluto de herencia, la clase I-II representa el 66.6%, la clase VIIa el 20%, la clase V+VI el 7.2%, la clase IIIa+b el 4.7%, la clase IVc el 0.9%, y la clase IVa+b el 0.6% (cálculos a partir de la tabla 31, anexo). Si se ensaya un ejercicio de agrupación de las clases del esquema EGP7 en cuatro grandes clases agregadas (EGP4), se constata que el mayor volumen de reproducción absoluta tiene lugar en la clase de servicio (I-II) (66.6%), lo que se explica por la elevada herencia que tiene lugar en la cima de la estructura de clases. Le sigue la clase trabajadora manual (V+VI y VIIa), con 27.2% del volumen total de reproducción

absoluta, la clase de rutina no manual y pequeña burguesía (IIIa+b y IVa+b) con 5.3% y las clases de raigambre agrícola (IVc y VIIb) con 0.9%. El bajo registro de herencia en la clase agrícola, responde a un fuerte enclasmamiento de posiciones de origen IVc en las clases I-II, IIIa+b, y VIIa (38.2%, 20.6%, y 20.6% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 8), así como de enclasmamientos desde el origen de clase VIIb hacia las clases VIIa, IIIa+b, y V+VI (28.6%, 25%, 17.9% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 11).

Cuando se analiza la movilidad ascendente, sin discriminar entre movilidad vertical y movilidad horizontal, se observa que esta constituye un 35.9% de los casos bajo estudio (gráfico I). Si se introduce la distinción entre movilidad vertical y movilidad horizontal, desciende a 28.4% (tabla 36, anexo). Si se descompone el volumen total absoluto de la movilidad ascendente, asumiendo que toda la movilidad debajo de la diagonal de la tabla es vertical, se obtiene que la clase de trabajadores no calificados (VIIa) es la que registra la mayor proporción de ese volumen (46%) (cálculos a partir de la tabla 31, anexo), seguida de la clase de trabajadores calificados (V+VI), que constituye el 36.8% del volumen total absoluto, la clase de trabajadores agrícolas (VIIb), que representa el 6.3%, la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc), representando el 4.9%, la clase de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), que constituye el 3.4% y la clase de la pequeña burguesía (IVa+b) que conforma el 2.6% (cálculos sobre la base de la tabla 31, anexo). Conviene indicar que, del volumen absoluto total del ascenso que tiene lugar desde la clase de origen de trabajadores no calificados (VIIa), el 41% lo hace hacia la clase de destino I-II y en el caso del volumen total absoluto de ascenso que tiene lugar desde la clase de origen V+VI, el 48.9% lo hace hacia la clase de destino I-II (cálculos a partir de la tabla 31, anexo).

Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, en el primero de estos casos lo que se observa es un ascenso largo elevado, que se confirma con la observación de los flujos de salida (*outflows*) (tabla 9), según los cuales la probabilidad de que los/as hijos/as provenientes de clase de origen VIIa se posicionen en la clase de destino IIIa+b, es del 29.4% (tabla 10). En el segundo caso, lo que se observa es un ascenso largo elevado, resultado del enclasmamiento de las posiciones de la clase de origen V+VI en la clase de destino I-II. En términos de probabilidad, es del 33.2% la que tienen los/as hijos/as provenientes de clase de origen V+VI de ascender hacia la clase de destino I-II (tabla 9).

Respecto a la movilidad ascendente *extensa, larga y corta*, cuando se integra la diferencia entre movilidad vertical y movilidad horizontal, el registro de la movilidad extensa ascendente es de 7.4%, la larga ascendente es de 17.5% y

la corta ascendente 3.4% (tabla 36, anexo), resultando ser esta última la más reducida en la comparación con los niveles de ascenso corto de las sociedades europeas. De la movilidad vertical ascendente larga, que registra la tasa más elevada (17.5%) de entre las movilidades de *distancia* (corta, extensa y larga), la mayor proporción del ascenso largo tiene lugar desde la clase de origen VIIa hacia la clase de destino IIIa+b (6.8%), constituyendo el 38.8% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical larga y el 23.9% del volumen total absoluto de la movilidad ascendente vertical observada (cálculos con base en las tablas 31 y 36, anexo). La tasa de movilidad horizontal en Reino Unido es del orden del 9% (tabla 36, anexo).

Con relación al descenso social, la tasa de movilidad vertical descendente, sin introducir la distinción entre movilidad vertical y movilidad horizontal, es del 32.2% (gráfico I) y si se introduce la distinción, se reduce a 30.9% (tabla 36, anexo). Tras desagregar la tasa de movilidad descendente, sin introducir la distinción entre movilidad vertical y horizontal, se constata que 80% del volumen total absoluto de movilidad descendente se corresponde a descensos que tienen lugar en la clase de origen I-II, el 12.2% a descensos desde la clase de origen VIIa, el 3.9% a descensos desde la clase de origen IIIa+b, 2.4% a descensos desde la clase de origen IVc, 0.9% a descensos desde la clase IVa+b y 0.6% a la clase VIIa (cálculos con base en la tabla 31, anexo). Del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase de origen I-II, el 53.1% son descensos hacia la clase IIIa+b (cálculos con base en la tabla 31, anexo). Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, estamos ante un caso de movilidad descendente de corta distancia elevada, la que se comprueba con el examen de los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 5), que muestran que es igual a 29.1% la probabilidad de descender hacia la clase de destino IIIa+b para los/as hijos/as con origen de clase I-II.

Con relación a la movilidad descendente de tipo *extensa*, *larga* y *corta*, cuando se introduce la distinción entre movilidad vertical y horizontal, se observa que el descenso extenso es del 6.2%, el largo 7% y el corto 17.6% (tabla 36, anexo). De la movilidad descendente corta, que resulta ser la más elevada de entre las movilidades de *distancia* (corta, larga y extensa) en Reino Unido y la más alta de entre las tasas europeas de descenso corto, la mayor proporción se advierte desde la clase de origen I-II hacia la clase de destino IIIa+b (13.7%), constituyendo el 77.8% del volumen total absoluto de movilidad vertical descendente corta, y el 44.3% del volumen total absoluto de la movilidad vertical descendente observada (cálculos con base en tablas 31 y 36, anexo).

En síntesis, el análisis descriptivo de la movilidad social absoluta en Reino Unido, país cuyo régimen de bienestar asienta su *ideología* en la ciudadanía,

persigue *objetivos* de empoderamiento y elección individual, *provisiona* prestaciones y *servicios* sociales sobre una lógica pública residual desde cuasi-mercados y con una *financiación* que se basa en impuestos (2012, p. 56), se advierte que el nivel de herencia de clase social observado es el más elevado de entre los casos europeos como latinoamericanos. En el marco de un régimen de bienestar caracterizado por *configuraciones institucionales específicas*, vinculadas a una doctrina y cultura de prestaciones residuales y mercantilización del bienestar en el combate contra la pobreza (p. 56), con políticas de *subsidios* de “a tanto alzado” y baja intensidad, un *mercado laboral* orientado a la desregularización, y políticas de *género* promotoras de la polarización laboral (p. 56), Reino Unido registra el nivel de movilidad total absoluta más bajo de entre los casos europeos como latinoamericanos —aunque las diferencias tienden a ser leves en la mayoría de los casos—, así como el volumen de herencia más elevado en la clase de servicio I-II para el conjunto total de naciones puestas en comparación.

En el marco de un régimen de bienestar que apuesta a luchar contra la *pobreza* mediante una cultura de la dependencia y basa su *responsabilidad social corporativa* en la empresa como comunidad (p. 56), Reino Unido muestra sus mayores niveles de movilidad social ascendente en sus clases de trabajadores manuales no-agrícolas, predominando entre estas la existente en la clase de manuales de baja calificación (VIIa), al tiempo que los mayores niveles de movilidad descendente son observados en la clase de servicio, seguida de la clase de trabajadores manuales calificados. Los indicadores descriptivos de la movilidad social absoluta en Reino Unido, dan cuenta de una renovación de clases que es la más baja de las observadas, tanto entre los casos europeos como latinoamericanos, una tasa de movilidad total absoluta de 68.2%, con prevalencia de la movilidad de tipo ascendente (35.9%), y una tasa de movilidad vertical extensa ascendente que es la segunda más elevada para el contexto europeo, pero inferior a la de los casos latinoamericanos de Chile y México.

9.1.5. Herencia, ascenso y descenso en Alemania

La tasa de reproducción en Alemania es del 31.4% (gráfico I), siendo la clase de servicio (I-II) la que registra la mayor herencia (16.3%), seguida de la clase de trabajadores calificados (V+VI) (8%) y la clase de trabajadores no calificados (VIIa) (3.2%) (tabla 32, anexo). El 87.6% del volumen total absoluto de la reproducción se distribuye entre estas tres clases, mientras que el restante 12.4% lo hace entre la clase de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), pequeña burguesía (IVa+b), propietarios y pequeños propietarios agrarios (IVc) y trabajadores agrícolas (VIIb) (cálculos con base en la tabla 32, anexo).

Del volumen total absoluto de herencia, la clase I-II representa el 51.9%, la clase V+VI el 25.5%, la clase VIIa el 10.2%, la clase IIIa+b el 7.3%, la clase IVa+b el 2.6%, la clase IVc el 1.5% y la clase VIIb el 1% (cálculos con base en la tabla 32, anexo). Tras agrupar las clases del esquema EGP7 en cuatro macroclases (EGP4), se observa que el grueso del volumen total absoluto de la herencia se concentra en la clase de servicio (I-II) (51.9%), explicada por la elevada herencia que tiene lugar en la cumbre de la estructura de clases, seguida por la clase trabajadora manual (V+VI y VIIa), que aúna 35.7%, la clase de trabajadores no manuales de rutina y pequeña burguesía (IIIa+b y IVa+b), constituyendo el 9.9% y la clase agraria (IVc+VIIb), representando el 2.5% del volumen total de herencia. El modesto nivel de reproducción que se observa en la clase agraria (IVc y VIIb), se explica por un fuerte enclasmamiento de los/as hijos/as de padres propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) en las clases I-II y IVa+b (23.5% y 11.8% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 8), así como por el enclasmamiento de los/as hijos/as de padres de trabajadores asalariados agrícolas (VIIb) en las clases IIIa+b, VIIa, y V+VI (25.4%, 25.4% y 23.8% de flujos de salida, respectivamente) (tabla 11).

Respecto a la movilidad social ascendente, asumiendo el criterio de que toda la movilidad por debajo de la diagonal de la tabla es vertical, es igual a 48.2% (gráfico I). Si se distingue entre movilidad vertical y no-vertical, el ascenso social se reduce a 34.9% (tabla 36, anexo). Tras descomponer el volumen total absoluto de la movilidad ascendente y considerando que toda la movilidad social es de tipo vertical, es la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) la que registra el mayor porcentaje (53%), seguida de la clase de trabajadores manuales no calificados (VIIa) (23.5%), la clase de trabajadores agrarios (VIIb) (15%), la clase de trabajadores de rutina no manuales (IIIa+b) (6%), la pequeña burguesía (IVa+b) (1.9%) y la clase de los propietarios y pequeños propietarios agrarios (IVc) (0.6%) (cálculos a partir de la tabla 32, anexo). Es preciso observar que, del volumen absoluto total de ascenso que tiene lugar al interior de la clase de origen de trabajadores calificados (V+VI), el 55.3% lo hace hacia la clase de destino I-II y el 41.9% hacia la clase IIIa+b, mientras que en el caso del volumen absoluto total registrado por la clase de origen de trabajadores no calificados (VIIa), el 39% lo hace hacia la clase de destino IIIa+b (cálculos a partir de la tabla 32, anexo).

Si se introduce la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, en el primero de los casos se asiste a un ascenso largo elevado, el que se verifica con el examen de los flujos de salida (*outflows*) y según los cuales, es de 35.3% la probabilidad de que los/as hijos/as provenientes de la clase de origen V+VI asciendan hacia la clase I-II (tabla 9). En el segundo caso, se asiste a un ascenso

largo elevado que tiene lugar por el enclasmiento de posiciones de origen VIIa en las clases de destino IIIa+b. El registro de los flujos de salida evidencia que para los/as hijos/as con clase de origen VIIa, existe un 29.4% de probabilidad de ascenso hacia la clase IIIa+b (tabla 10).

La movilidad ascendente extensa, cuando se introduce la distinción entre movilidad vertical y movilidad horizontal, es 5.2%, la ascendente larga 23.6% y la ascendente corta 6.1% (tabla 36, anexo). Siendo la movilidad ascendente larga la más alta de entre las movilidades de *distancia* (corta, larga y extensa) en Alemania, así como la más alta respecto a las tasas de ascenso largo entre los casos de Europa como de América Latina, el mayor porcentaje tiene lugar desde la clase de origen V+VI a la clase de destino I-II (14.1%), constituyendo el 59.7% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical larga y el 40.4% del volumen total absoluto de la movilidad ascendente vertical observada (cálculos a partir de las tablas 32 y 36, anexo). La tasa de movilidad horizontal alemana es de 14.8% (tabla 36, anexo).

La tasa de movilidad vertical descendente es de 20.4% (gráfico I) y cuando se introduce la distinción entre movilidad vertical y movilidad horizontal, disminuye a 19% (tabla 36, anexo). Al desagregar la tasa de movilidad vertical descendente, sin distinguir entre movilidad vertical y horizontal, se constata que el 57.2% del volumen total absoluto de este tipo de movilidad se corresponde a descensos desde la clase de origen I-II, 30.8% a los descensos desde la clase de origen V+VI, 6.8% a los que tienen lugar desde la clase de origen IIIa+b, 2.9% a los realizados desde la clase IVa+b, 1.4% a los que tienen lugar desde la clase VIIa y 0.9% a los experimentados desde la clase IVc (cálculos con base en la tabla 32, anexo). Del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase de origen I-II, el 47% son descensos hacia la clase de destino IIIa+b, mientras que del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase de origen V+VI, el 92% son descensos hacia la clase VIIa (cálculos con base en la tabla 32, anexo).

Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, la primera situación habla de una movilidad descendente *corta* elevada, la que se confirma con los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 5), que muestran que la probabilidad de descender hacia la clase de destino IIIa+b de los/as hijos/as con origen de clase I-II es de 19.6%, la más alta de las probabilidades de descenso hacia el conjunto de clases de destino observada para la clase de origen I-II en Alemania. La segunda situación habla de un descenso *corto* que, cotejado con los flujos de salida, se corresponde con una probabilidad de enclasmiento descendente en la clase aledaña VIIa igual a 14.5% para los/as hijos/as con origen de clase V+VI (tabla 9), constituyendo la más alta de las probabilidades

de descenso hacia las otras clases de destino que se observa para la clase de origen V+VI en Alemania.

Al considerar la movilidad descendente extensa e introduciendo la distinción entre movilidad vertical y movilidad horizontal, se constata que es del orden del 2.5%, la larga 5.2% y la corta 11.3% (tabla 36, anexo). En Alemania, la tasa de descenso vertical más alta es la de descenso corto, teniendo lugar la más alta proporción de esta desde la clase de origen V+VI hacia la clase de destino VIIa (5.8%), constituyendo el 51.3% del volumen total absoluto de movilidad vertical corta y el 30.5% del volumen total absoluto de la movilidad vertical descendente observada (cálculos basados en las tablas 32 y 36, anexo).

En síntesis, contextualizada la movilidad social absoluta en un régimen de bienestar con base *ideológica* en el corporativismo, con *objetivos* orientados al mantenimiento de rentas, una *financiación* basada en cotizaciones sociales contributivas y una *provisión* de prestaciones y *servicios* de tipo mixto basada en agentes sociales (Moreno, 2012, p. 56), Alemania muestra un nivel de herencia social próximo al de Suecia y Reino Unido entre los europeos y al caso uruguayo entre los latinoamericanos. Enmarcada en un régimen de bienestar cuyas *configuraciones institucionales específicas* se vinculan a una doctrina y cultura de la protección de las categorías ocupacionales de la seguridad social (p. 56), que impulsa políticas de *subsidios* “a tanto alzado” y de baja intensidad, con un *mercado laboral* de fijos formales y discontinuos y políticas de *género* orientadas a la feminización y trabajo parcial (p. 56), Alemania muestra un nivel de movilidad total absoluta próximo al de Suecia y Reino Unido, así como su volumen de herencia más elevado en su clase de servicio I-II.

Por último, en el marco de un régimen de bienestar que lucha contra la *pobreza* con base en una cultura de integración, que concibe la *responsabilidad social corporativa* como sostenibilidad y con un Estado de Bienestar con un perfil axiológico de tipo *asegurador* que “ofrece apoyo a un sistema clásico de aseguramiento social protegiendo a los ciudadanos de los riesgos sociales mediante mecanismos de previsión social y ahorro como los sistemas contributivos bismarckianos” (2012, p. 77), Alemania presenta el nivel de movilidad ascendente más alto entre los casos europeos pero por debajo de los latinoamericanos (Chile y México, no así respecto a Uruguay), siendo el ascenso social preponderante en las clases de trabajadores manuales no-agrícolas (V+VI y VIIa), con predominancia de la manual calificada sobre la de baja calificación, al tiempo que los niveles más altos de movilidad descendente se observan en la clase de servicio I-II, seguida por la clase de trabajadores manuales calificados. El análisis de los indicadores descriptivos de movilidad social absoluta para Alemania, advierte una renovación de clases (68.6%, que se alinea con el grueso de casos

Europeos —aunque inferior a la observada en el bloque latinoamericano—, con prevalencia de la movilidad ascendente (48.2%) y una tasa de movilidad vertical extensa ascendente que resulta ser la más reducida de entre los casos europeos como latinoamericanos.

9.2. Movilidad social y reproducción en los casos latinoamericanos

9.2.1. Herencia, ascenso, y descenso en Chile

La tasa de herencia en Chile es de 29.9% (gráfico I), hallándose la proporción más alta de herencia en la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación VIIa (10.2%), seguida de la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (5.4%), la clase de servicio I+II (5.1%), la de trabajadores agrícolas (asalariados agrícolas) (VIIb) (3.2%), la de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b (2.2%), la de independientes no agrarios (pequeña burguesía en los casos europeos) (IVa+b) (2.2%) y la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas IVc (1.6%) (tabla 33, anexo). La mayor proporción del volumen absoluto total de herencia se concentra en las clases VIIa, V+VI, y I-II (69.2%) (cálculos basados en la tabla 33, anexo). Del volumen total absoluto de herencia, la clase VIIa representa el 34.1%, la clase V+VI el 18.1%, la clase I-II el 17%, la clase VIIb el 10.7%, la clase IIIa+b el 7.4%, la clase IVa+b el 7.4% y la clase IVc el 5.3% (cálculos con base en la tabla 33, anexo). Si se ensaya una agrupación de las clases del esquema EGP7 en un esquema de cuatro macroclases EGP4, se observa que el mayor volumen absoluto de herencia se concentra en la clase obrera (V+VI y VIIa), que llega al 52.1% y se explica en su mayor parte por la alta herencia que tiene lugar al interior de la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación. Le sigue la clase de servicio (I-II) con 17.1%, la clase agraria (IVc y VIIb) con 16.1% y la clase de trabajadores no manuales de rutina e independientes no agrarios (IIIa+b y IVa+b) con 14.7%. El bajo volumen absoluto de herencia observada en la clase de trabajadores no manuales de rutina e independientes no agrarios, se explica por un enclasmamiento de las posiciones con este origen de clase en destinos de clases aledañas; i.e. un 22.8% de probabilidad de los/as hijos/as de padres con origen de clase IIIa+b de moverse hacia la clase I-II (tabla 6) y un 26.7% de probabilidad para los/as hijos/as de padres con origen de clase IVa+b de moverse hacia la clase I-II (tabla 7).

La movilidad ascendente en el caso de Chile, cuando se asume el criterio de no diferenciación entre movilidad vertical y horizontal, es de 49.7% (gráfico I). Si se introduce la distinción entre estas, la movilidad ascendente pasa a ser de

32.6% (tabla 36, anexo). Al descomponer el volumen total absoluto de la movilidad ascendente y considerando toda la movilidad por debajo de la diagonal de la tabla como movilidad vertical, es la clase de trabajadores no calificados (VIIa) la que comprende la mayor proporción (32.5%), seguida de la clase de trabajadores calificados (V+VI) (21.2%), la clase de trabajadores agrícolas VIIb (19.6%), la de propietarios y pequeños propietarios agrícolas IVc (12.3%), la de independientes no agrarios IVa+b (11%) y la clase de trabajadores de rutina no manuales (IIIa+b) (3.4%) (cálculos con base en la tabla 33, anexo). Corresponde especificar que, del volumen absoluto total del ascenso que tiene lugar al interior de la clase de origen de trabajadores no calificados (VIIa), el 33.5% lo hace hacia la clase IIIa+b, 24.4% hacia la clase V+VI y 22.9% hacia la clase I-II. En el caso del volumen absoluto total de ascenso que tiene lugar en la clase de origen de trabajadores calificados V+VI, el 42.8% lo hace hacia la clase I-II y el 33.3% hacia la clase IIIa+b (cálculos con base en la tabla 33, anexo).

Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, en el primero de los casos lo que se observa es un ascenso *largo* elevado (desde la clase VIIa hacia la clase IIIa+b), en el segundo un ascenso (no-vertical) elevado (desde la clase VIIa hacia la clase V+VI) y en el tercero un ascenso *extenso* elevado (desde la clase V+VI hacia la clase I-II), que se refrendan tras examinar los flujos de salida (*outflows*). En términos de probabilidades, se advierte que los/as hijos/as con clase de origen VIIa, tienen un 19.9% de chances de enclasarse en la clase de destino IIIa+b y 15% de hacerlo en la clase V+VI (tabla 9), mientras que los/as hijos/as con clase de origen V+VI, muestran una probabilidad de 20.5% de enclasarse en la clase de destino I-II (tabla 8).

Respecto a la movilidad ascendente *extensa*, *larga* y *corta*, cuando se considera la existencia de movilidad horizontal, se tiene que la movilidad ascendente extensa es de 9.8%, la ascendente larga de 18.6% y la ascendente corta de 4.2% (tabla 36, anexo). En el caso de Chile, la movilidad vertical corta es baja, la más baja de las tres movilidades de distancia clasificadas (extensa, larga y corta) y, junto a México, la más baja tanto entre sus pares latinoamericanos como europeos. La movilidad vertical ascendente larga, que resulta ser la más alta, registra la mayor proporción de ascenso largo desde la clase de origen de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) hacia la clase de destino (IIIa+b) (5.4%), constituyendo el 29% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical larga y el 16.5% del volumen total absoluto de la movilidad ascendente vertical observada (cálculos con base en las tablas 33 y 36, anexo). La tasa de movilidad no-vertical (horizontal) en Chile es de 25.8%.

En lo que respecta al descenso social, la tasa de movilidad descendente, cuando no se introduce la distinción entre movilidad vertical y movilidad hori-

zontal, es de 20.4% (gráfico I) y si se introduce el criterio de diferenciación, pasa a ser de 11.6% (tabla 36, anexo), lo que nos habla de que una buena proporción de los desplazamientos descendientes interclases constituyen una movilidad de naturaleza no-vertical que no suponen un cambio jerárquico o de condición de clase, tal y como fue observado por Torche en su estudio (Torche, 2005). Cuando se desagrega la tasa de movilidad vertical descendente, considerando toda la movilidad social como movilidad vertical, se observa que el 28.8% del volumen total absoluto de movilidad descendente se corresponde a la que tiene lugar desde la clase de origen de los trabajadores manuales calificados (V+VI), el 21.4% a descensos desde la clase de servicio I-II, 20.5% a descensos desde la de trabajadores independientes no agrarios IVa+b, 17.6% a descensos desde la clase de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b, 7.3% a los que tienen lugar desde la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) y 4.4% a descensos desde la clase de trabajadores manuales no calificados (VIIa) (cálculos con base en la tabla 33, anexo). Del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase V+VI, el 86.4% son descensos hacia la clase inmediatamente próxima de trabajadores manuales no calificados (VIIa), mientras que del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase I-II, el 31.8% son descensos hacia la clase de la pequeña burguesía IVa+b —proporción cercana a la que evidencian las “caídas” hacia la clase IIIa+b, del orden del 29.6% del volumen total absoluto de los descensos desde I-II— (cálculos con base en la tabla 33, anexo).

Si introducimos la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, en el primer caso se asiste a una movilidad descendente elevada (aunque no-vertical), la que se refrenda con el examen de los flujos de movilidad de salida (*outflows*), que en términos de probabilidades informan de que los/as hijos/as provenientes de clase de origen V+VI, tienen una probabilidad del 23.3% de enclasarse en la clase de destino VIIa (tabla 8). En el segundo caso, se trata de una movilidad vertical descendente larga y otra corta, las que también se confirman tras el examen de los flujos de salida (*outflows*), los que informan de una probabilidad del 14.6% de posicionarse en la clase de destino IVa+b y 13.5% de hacerlo en la clase IIIa+b para los/as hijos/as de padre con clase de origen I-II (tabla 5).

Con relación a la movilidad social descendente de tipo *extensa*, *larga* y *corta*, e introduciendo la diferencia entre movilidad vertical y movilidad horizontal, se constata que la movilidad descendente extensa es de 3.5%, la descendente larga 4.8% y la descendente corta 3.3%. Siendo la tasa de descenso larga la más elevada entre las distancias de movilidad descendente, se observa que la proporción más alta de esta tiene lugar desde la clase de origen de trabajadores inde-

pendientes no agrarios (IVa+b) a la clase de destino de trabajadores manuales no calificados (VIIa) (1.6%), constituyendo el 33.3% del volumen total absoluto de movilidad vertical descendente larga y el 13.7% del volumen total absoluto de la movilidad vertical descendente (cálculos con base en las tablas 33 y 36, anexo).

Resumiendo, en el marco de un régimen de bienestar de tipo universalista, caracterizado por la temprana creación y desarrollo de su sistema de protección social, con una también temprana maduración institucional y niveles altos de cobertura de sus prestaciones y servicios sociales, el caso de Chile registra un nivel de herencia de clase que, al igual que en el resto de los casos latinoamericanos, se coloca por debajo de los observados entre los europeos —con la salvedad de España, que detenta el nivel más bajo del grupo de los siete países analizados—, siendo más bajo que el de Uruguay y más elevado que el de México. Conviene precisar que los niveles de herencia entre los casos latinoamericanos se aproximan bastante, oscilando entre un 27% y 31% aproximadamente. En el contexto de un régimen de bienestar universalista que invierte en gasto social un porcentaje mayor de su PBI que los regímenes duales (e.g. México), con niveles de exclusión social que combatir más bajos que el de los países con mayor heterogeneidad etno-cultural (e.g. México), con un mercado laboral sobre el que actúan políticas de inserción laboral de tipo *workfare* y con un problema de desempleo más fuerte que en los regímenes duales (e.g. México) durante las fases, el caso chileno muestra un nivel de movilidad social absoluta total por encima de los observados para los casos europeos —salvo en la comparación con España—, superior al observado en Uruguay e inferior al del caso mexicano, así como los mayores volúmenes de herencia en las clases de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación y la menor en la de propietarios y pequeños propietarios agrícolas; como se advierte, el nivel más elevado y el más reducido de herencia no se polarizan hacia las clases de los extremos de la estructura social chilena.

Finalmente, en el marco de un régimen de bienestar caracterizado por un sistema de protección social básica masificado y altamente estratificado en sus condiciones de acceso como en su calidad y una política de ampliación de su cobertura del bienestar social inspirada en el modelo bismarckiano de expansión gradual, el caso chileno se caracteriza por registrar niveles mayores de movilidad ascendente en las clases trabajadoras manuales no-agrarias (VIIa y V+VI), con predominancia de la existente en la de trabajadores manuales de nula y baja calificación sobre la observada en la de los obreros calificados, y de asalariados agrícolas (VIIb), aunque mucha de esta última de carácter no-vertical. El estudio de los indicadores descriptivos de movilidad social en Chile, advierten

de una renovación de clase elevada, por encima de Suecia, Reino Unido, Alemania y Uruguay, con una tasa de movilidad total absoluta igual a 70.1%, con prevalencia de la movilidad de tipo ascendente (49.7%) y una tasa de movilidad vertical extensa ascendente que, junto con la de México en segundo lugar y partiendo de la base de que todas las tasas de ascenso extenso evidencian ser bastante reducidas —salvo en el caso de Suecia y en menor grado Reino Unido—, resultan ser las más bajas del grupo de los siete países bajo análisis.

9.2.2. Herencia, ascenso, y descenso en México

El análisis de los resultados para el caso de México, informa de una herencia de clase de 27.4% (gráfico I), observándose la mayor proporción en la clase de los trabajadores manuales no calificados (VIIa) (9.3%), seguida de la clase de trabajadores independientes no agrarios (IVa+b) (4.6%), la de propietarios y pequeños propietarios agrarios (IVc) (3.6%) y la de servicio I-II (3.4%) (tabla 34, anexo). El mayor volumen absoluto total de herencia se concentra en estas cuatro clases (76.3%), mientras que el restante 23.7% del volumen total absoluto de la reproducción se distribuye entre la clase de trabajadores agrarios (VIIb), la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) y la de trabajadores de rutina no manuales (IIIa+b) (cálculos a partir de la tabla 34, anexo). Del volumen total absoluto de herencia, la clase VIIa representa el 34%, la clase IVa+b el 16.8%, la IVc el 13.2%, la I-II el 12.5%, la VIIb el 9.2%, la V+VI el 8.8%, y la IIIa+b el 5.5% (cálculos basados en la tabla 34, anexo).

Si se agrupan las clases del esquema EGP7 en cuatro grandes clases agregadas con base en un esquema EGP4, se observa que del volumen absoluto de herencia la proporción más alta se concentra en la clase obrera (V+VI y VIIa) representando el 42.9%, el que se explica en su mayor proporción por una alta reproducción al interior de la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) (tabla 34, anexo). Le sigue la clase agraria (IVc y VIIb) y la clase de trabajadores no manuales de rutina e independientes no agrarios (IIIa+b y IVa+b), con idéntica representación del 22.3%, explicada en su mayor parte en el caso de la primera, la clase agraria, por la más alta reproducción que tiene lugar al interior de la clase de los propietarios y pequeños propietarios agrícolas IVc y, en el caso de la segunda, por la mayor reproducción que tiene lugar al interior de la clase de los independientes no agrarios IVa+b. Con base en este mismo esquema EGP4, la clase de servicio I-II registra el 12.5% del volumen absoluto total de herencia de clase (cálculos a partir de la tabla 34, anexo). La baja reproducción registrada por la macroclase de servicio I-II se explica en gran medida, por el enclasmamiento de los/as hijos/as de padres con

este origen de clase en posiciones de clase de destino IIIa+b (16.7% de probabilidad) y VIIa (9.1% de probabilidad) (tabla 5).

La tasa de movilidad social ascendente, considerando toda la movilidad que cae por debajo de la diagonal de la matriz como movilidad vertical, es de 54.8% (gráfico I). Si se asume el criterio de diferenciación entre movilidad vertical y horizontal, la tasa de ascenso social decrece a 34.8% (tabla 36, anexo). En el análisis de descomposición del volumen total absoluto de la movilidad ascendente, asumiendo toda la movilidad como vertical, se observa que es la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa) (29.3%) la que registra mayor proporción, seguida de la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) (28%), la de trabajadores independientes no agrarios (IVa+b) (15.3%), la de asalariados agrícolas (VIIb) (15.1%), la de trabajadores manuales calificados (V+VI) (9.8%) y la de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (2.5%) (cálculos basados en la tabla 34, anexo). Del volumen total absoluto del ascenso que tiene lugar al interior de la clase de origen de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa), el 27.3% lo hace hacia la clase de destino de los trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) y un 25.5% lo hace hacia la clase aledaña de los trabajadores manuales calificados (V+VI), mientras que en el caso del volumen total absoluto de ascenso que tiene lugar al interior de la clase de origen de los propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc), el 35.7% lo hace hacia la clase próxima VIIa (cálculos con base en la tabla 34, anexo).

Si se introduce la distinción entre movilidad vertical y no-vertical, en el primero de los casos lo que se observa es tanto un ascenso largo como un ascenso (no-vertical) elevados, los que se refrendan tras examinar los flujos de movilidad de salida (*outflows*) (tabla 9), según los cuales existe una probabilidad de 16.8% para los/as hijos/as provenientes de clase de origen VIIa de posicionarse en destinos de clase IIIa+b y un 15.5% de hacerlo en la clase próxima de los trabajadores manuales calificados V+VI. En el segundo caso, lo que se observa es un ascenso también no-vertical elevado que se verifica tras el examen de los flujos de salida (*outflows*) (tabla 10), según los cuales existe una probabilidad del 26.3% para los/as hijos/as provenientes de clase de origen IVc de ascender hacia destinos de clase VIIa.

Respecto a la movilidad ascendente *extensa, larga y corta*, cuando se introduce la diferenciación entre movilidad vertical y horizontal, se tiene que la movilidad ascendente extensa es de 8.7%, la ascendente larga 23% y la ascendente corta 2.9% (tabla 36, anexo). En México, la movilidad ascendente corta es baja, la más baja de las tres distancias de movilidad ascendente (extensa, larga y corta) en el país y la más baja junto a Chile en Latinoamérica y, junto a Reino Unido,

en el conjunto de las sociedades bajo estudio. Dentro de la movilidad ascendente larga, que es la más elevada entre las tres observadas, la mayor proporción del ascenso largo se realiza desde la clase de origen IVa+b hacia la clase de destino I-II (4.9%) —seguido del ascenso largo que tiene lugar desde la clase de origen VIIa hacia la clase de destino IIIa+b (4.4%)—, constituyendo el 21.3% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical larga y el 14.1% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical observada (cálculos con base en las tablas 34 y 36, anexo). La tasa de movilidad horizontal mexicana es de 26.9% (tabla 36, anexo).

Con relación a la tasa de descenso social, asumiendo que toda la movilidad social es vertical, es de 17.8% (gráfico I) y si se asume la distinción entre la movilidad social vertical y horizontal, la tasa de descenso social decrece a 11.1% (tablas 36, anexo). Tras descomponer la tasa de movilidad descendente, sin distinguir entre movilidad vertical y horizontal, se observa que el 33.3% del volumen total absoluto del descenso social se corresponde a una movilidad descendente que tienen lugar desde la clase de origen IVa+b, 19.8% a descensos desde la clase V+VI, 16.4% a descensos desde la clase IIIa+b, 15.8% a descensos desde la clase I-II, 10.7% a descensos desde la clase IVc y 4% a los que tienen lugar desde la clase VIIa (cálculos con base en la tabla 34, anexo). Del volumen total absoluto de movilidad descendente que tiene lugar desde la clase IVa+b, 62.7% son descensos hacia la clase VIIa y del volumen total absoluto de la movilidad descendente que tiene lugar desde la clase V+VI, 88.6% son descensos hacia la clase VIIa (cálculos con base en la tabla 34, anexo).

Si se introduce el criterio de diferenciación entre movilidad vertical y horizontal, la primera situación habla de una movilidad descendente larga elevada, la que se confirma tras el examen de los flujos de salida (*outflows*) (tabla 7), que registra una probabilidad de 19.7% de que los/as hijos/as con clase de origen IVa+b desciendan a la clase de destino VIIa. La segunda situación expresa una movilidad descendente (no-vertical) elevada, la que se verifica con el examen de los flujos de salida (*outflows*) (tabla 8) que expresan una probabilidad de 27.8% de que los/as hijos/as con clase de origen V+VI se posicionen descendientemente en la clase de destino VIIa.

Con relación a la movilidad social vertical descendente de tipo extensa, esta es de 3%, la descendente larga de 5% y la descendente corta 3.1%. Siendo la tasa de movilidad vertical descendente larga la más alta entre las distancias de movilidad descendente (extensa, larga y corta) para México, la proporción más elevada de esta tiene lugar desde la clase de origen IVa+b hacia la clase de destino VIIa (3.7%), constituyendo el 74% del volumen total absoluto de movi-

lidad descendente larga y el 33.3% del volumen total absoluto de la movilidad descendente observada (cálculos a partir de las tablas 34 y 36, anexo).

A modo de síntesis, en el contexto de un régimen de bienestar dual, caracterizado por una creación y desarrollo tardío de su sistema de protección social, así como por una maduración institucional tardía respecto a los regímenes universalistas, con niveles de cobertura de las prestaciones y servicios sociales significativamente más reducidos respecto a estos últimos, la sociedad mexicana registra un nivel de reproducción de clases que resulta ser el más bajo entre los casos latinoamericanos e inferior al registrado en la mayoría de los europeos (Suecia, Reino Unido, y Alemania). En el marco de un régimen de bienestar dual que excluye a una alta proporción de la población de las garantías a los derechos sociales, con niveles menores a los regímenes universalistas en materia de inversión del PBI en gasto social, mayores de exclusión social que combatir, con la pobreza como problemática estructural y con desequilibrios del mercado laboral que se buscan compensar mediante políticas de transferencias de efectivo y programas de desarrollo humano, el caso mexicano se caracteriza por un alto nivel de movilidad social total absoluta que resulta ser más elevado que el de sus pares latinoamericanos y que el de las sociedades europeas —a excepción de España—, así como los mayores volúmenes de herencia de clase entre los trabajadores manuales no calificados y de baja calificación.

Finalmente, enmarcado en un régimen de bienestar cuyo sistema de protección social básica combina la estratificación de las condiciones de acceso y calidad —aunque menos estratificado que los universalistas— con reducidas opciones de servicios (baja diversificación), restringida cobertura poblacional y densificación de prestaciones y calidad de los servicios en los sectores que ya se encontraban protegidos, México registra niveles mayores de movilidad ascendente en la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación, al tiempo que los más altos niveles de movilidad descendente en la clase de los trabajadores independientes no agrarios. En el análisis de los indicadores descriptivos de movilidad social de la sociedad mexicana, se advierte una alta renovación de clase —la más alta de entre los casos latinoamericanos, así como de entre el grueso de los europeos—, con una tasa de movilidad total absoluta de 72.6%, prevalencia de la movilidad de tipo ascendente (54.8%) y una tasa de movilidad extensa ascendente que resulta ser junto a la chilena, la segunda más elevada de las observadas para el conjunto de casos analizados en ambos continentes.

9.2.3. Herencia, ascenso, y descenso en Uruguay

La tasa de herencia en Uruguay es de 30.9% (gráfico I), hallándose la herencia de mayor porcentaje en la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) (12.2%), seguida de la clase de servicio I-II (7.6%) y la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) (4.7%) (tabla 35, anexo). La mayor proporción del volumen total absoluto de la herencia se concentra en estas tres clases (79.3%), mientras que el restante 20.7% se distribuye entre las clases de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) e independientes no agrarios (IVa+b) (cálculos a partir de la tabla 35, anexo). Del volumen total absoluto de herencia, la clase VIIa representa 39.5%, la clase I-II 24.6%, la clase V+VI 15.2%, la clase IIIa+b 10.7% y la clase IVa+b 10% (cálculos con base en la tabla 35, anexo). Si se ensaya el agrupamiento de las clases del esquema EGP5 en tres grandes clases agregadas con base en un esquema EGP3, se obtiene que el mayor volumen absoluto de reproducción se concentra en la clase obrera (V+VI y VIIa) (54.7%) —explicada por la alta herencia que tiene lugar al interior de la clase VIIa—, seguida por la clase de servicio I-II que concentra el 24.6% y la clase de trabajadores no manuales de rutina e independientes no agrarios (IIIa+b y IVa+b) que alcanzan el 20.7%. La baja herencia registrada por la clase de trabajadores no manuales de rutina e independientes no agrarios (IIIa+b y IVa+b) en el caso uruguayo, se explica bastante bien por el enclasmiento de posiciones con origen de clase IIIa+b en destinos de clase de servicio I-II (probabilidad de 40.1%) (tabla 6), así como por enclasmientos de los agentes móviles con origen de clase IVa+b en la clase de destino I-II (probabilidad de 36.1%) y VIIa (probabilidad 23.2%) (tabla 7).

Respecto a la tasa de movilidad ascendente, asumiendo que toda la movilidad por debajo de la diagonal de la tabla es vertical, alcanza el 41.4% (gráfico I) y si se integra el criterio de diferenciación entre movilidad vertical y horizontal, decrece a 33.4% (tabla 36, anexo). Si se descompone el volumen total absoluto de la movilidad ascendente, asumiendo el criterio de que toda la movilidad es de tipo vertical, es la clase de trabajadores no calificados y de baja calificación (VIIa) la que constituye la mayor proporción (39.4%), seguida por la clase de trabajadores calificados (V+VI) (24.4%), la de trabajadores independientes no agrarios (IVa+b) (22%) y la de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (14.2%) (cálculos con base en la tabla 35, anexo). Es preciso indicar que, del volumen absoluto total del ascenso que tiene lugar al interior de la clase de origen de trabajadores no calificados (VIIa), el 32.5% lo hace hacia la clase de destino próxima V+VI y el 27.6% hacia la clase de destino IVa+b. En el caso del volumen absoluto total de ascenso de la clase de origen de trabajadores califi-

cados (V+VI), el 34.6% lo hace hacia la clase de destino I-II (cálculos con base en la tabla 35, anexo).

Si se introduce el criterio diferenciador entre movilidad vertical y no-vertical, en el primero de los casos, lo que se observa es un ascenso (no-vertical) elevado, así como un ascenso largo elevado, que en términos de probabilidades se expresa como la existencia de un 18.7% de probabilidad de que los/as hijos/as con clase de origen VIIa experimenten un desplazamiento hacia la clase V+VI y con un 15.8% de probabilidad lo hagan hacia la clase IVa+b (tabla 9). En el segundo caso, se asiste a un ascenso extenso elevado, que en términos de probabilidades se expresa como la existencia de un 14.7% de chances de que los/as hijos/as con origen de clase V+VI experimenten un ascenso largo hacia la clase de destino I-II (tabla 8).

La movilidad ascendente extensa, cuando se asume el criterio diferenciador entre movilidad vertical y horizontal, es del orden de 6.4%, la ascendente larga 17.9% y la ascendente corta 9.1% (tabla 36, anexo). En el caso de Uruguay, la movilidad ascendente extensa resulta ser tanto la más baja de las tres clasificadas (extensa, larga, y corta), como de las observadas entre los casos latinoamericanos, no así, sin embargo, en su comparación con los casos europeos (superior a la de España y Alemania). Respecto a la movilidad ascendente larga, que resulta ser la más alta de las tres movilidades de distancia, el porcentaje más elevado de ascenso largo tiene lugar desde la clase de origen IVa+b hacia la clase de destino I-II (6.4%), conformando el 35.7% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical larga y el 19.2% del volumen total absoluto de movilidad ascendente vertical observada (cálculos sobre la base de las tablas 35 y 36, anexo). La tasa de movilidad horizontal uruguaya es del orden del 19.1% (tabla 35, anexo).

Con relación al descenso social, la tasa de movilidad descendente, cuando no se introduce el criterio de diferenciación entre movilidad vertical y movilidad horizontal, es de 27.7% (gráfico I) y cuando se lo incorpora disminuye a 16.6% (tabla 36, anexo) lo que nos indica que una considerable proporción de desplazamientos descendentes se explican por movimientos no-verticales. Al desagregar la tasa de movilidad vertical descendente, y asumiendo que toda la movilidad social es vertical, se observa que el 33.1% del volumen total absoluto de movilidad descendente, se corresponde a descensos que tienen lugar desde la clase de origen V+VI, 26.5% a descensos desde la clase I-II, 20.4% a descensos desde la clase IVa+b y 20% a descensos desde la clase IIIa+b (cálculos sobre la base de la tabla 35, anexo). Del volumen total absoluto de movilidad descendente desde la clase V+VI, que resulta la de nivel más elevado (9.1%) de las observadas, el cien por ciento tiene lugar hacia la única clase que puede ser

posible el descenso desde el origen de clase V+VI, esto es, la clase VIIa, mientras que del volumen total absoluto de la movilidad descendente desde la clase I-II, que resulta ser el segundo nivel más elevado (20.4%), el 35.6% son descensos hacia la clase IIIa+b (cálculos a partir de las tablas 35 y 36, anexo).

Introduciendo el criterio diferenciador entre movilidad vertical y no-vertical, se tiene que en el primero de los casos se asiste a un descenso (no-vertical) elevado, que se confirma con los flujos de movilidad de salida (*outflows*), los cuales muestran la existencia de un 38.2% de probabilidad de que los/as hijos/as con clase de origen V+VI enclasen en posiciones de destino VIIa (tabla 8). En el segundo de los casos, se asiste a un descenso *corto* elevado, el que se refrenda con el examen de los flujos de salida (*outflows*) (tabla 5) que muestran una probabilidad de 17.6% de descender hacia la clase de destino IIIa+b para los/as hijos/as con clase de origen I-II.

La movilidad descendente de tipo extensa, considerando la distinción entre movilidad vertical y horizontal, es de 2.8%, la descendente larga de 9.7% y la descendente corta 4.1% (tabla 36, anexo). Siendo la tasa de descenso larga la más elevada, se observa que la proporción más alta de esta se efectúa desde la clase de independientes no agrarios (IVa+b) hacia la clase trabajadora no calificada (VIIa) (4.1%), conformando el 42.2% del volumen total absoluto de movilidad vertical descendente larga y el 24.7% del volumen total absoluto de la movilidad vertical descendente (cálculos con base en las tablas 35 y 36, anexo).

A modo de síntesis, en el contexto de un régimen de bienestar universalista que se caracteriza por la creación y desarrollo temprano de su sistema de seguridad social, con una también temprana maduración institucional, y niveles elevados de cobertura poblacional en el acceso a los servicios y asistencia social, el caso uruguayo se caracteriza por un nivel de reproducción de clases que es el más alto de entre los casos latinoamericanos, aproximándolo más a los observados en algunas naciones europeas (Suecia, Reino Unido y Alemania). En el marco de un régimen de bienestar universalista, en el que la inversión en gasto social como porcentaje del PBI es mayor que la registrada en los regímenes duales (e.g. México), con niveles de exclusión social más bajos que en estos últimos y un mercado de trabajo que combate las altas tasas de desempleo con políticas de inserción laboral de tipo *workfare*, el caso uruguayo registra un nivel de movilidad social absoluta total por debajo de los observados en el resto de casos latinoamericanos —aunque las diferencias son tenues— y superior a los registrados en la mayoría de los casos europeos (Suecia, Reino Unido y Alemania), así como sus mayores niveles de herencia en la clase de trabajadores no calificados y de baja calificación y clase de servicio (polarización de la reproducción de clase en los extremos de la estructura).

Por último, en el contexto de un régimen de bienestar caracterizado por un sistema de seguridad social básica altamente estratificado en el acceso y la calidad, que despliega políticas de extensión de la cobertura del bienestar social inspirándose en el modelo bismarckiano de ampliación gradual, la sociedad uruguaya presenta los mayores niveles de movilidad ascendente en la clases obrera, predominando al interior de esta la registrada en la de trabajadoras manuales no calificados y de baja calificación por sobre la de los calificados, al tiempo que los mayores niveles de movilidad descendente tienen también lugar en esta última (V+VI). El análisis de los indicadores descriptivos de movilidad social en Uruguay, advierten de una renovación de clase que es la más baja de entre los países latinoamericanos bajo estudio, aunque superior a la del grueso de los europeos, con una tasa de movilidad social total absoluta igual a 69.1%, con prevalencia de la movilidad vertical ascendente (41.4%) sobre la descendente y una tasa de movilidad ascendente de corta distancia que muestra ser la más elevada, tanto entre las naciones europeas como latinoamericanas bajo estudio.

Como se ha podido observar en el análisis descriptivo de movilidad social absoluta, las tasas de movilidad social se sitúan en torno al 70% en la mayoría de los países, lo cual ha sido observado por algunos autores para los casos tanto europeos (Breen, 2004) como latinoamericanos (Boado, 2014, p. 305). Por otra parte, los niveles de movilidad social absoluta observados por los países latinoamericanos bajo estudio, son relativamente similares a los reportados por los países industrializados de economías avanzadas, como sugieren varios estudios recientes (Costa Ribeiro, 2003; Solís y Boado, 2014; Torche, 2005), sin que ello suponga una tendencia hacia la homogenización entre regiones (Europa y América Latina) o al interior de las mismas (entre países de un mismo continente) —como ha quedado registrado en el análisis hasta aquí desarrollado—, sino, más bien, una relativa “*similaridad*” en los niveles de movilidad total absoluta entre naciones.

10. Movilidad social de salida (*outflows*)

10.1. Flujos de salida en las sociedades industrializadas europeas de España, Suecia, Reino Unido y Alemania

La movilidad de salida o flujos de salida (*outflow mobility*), se define como el porcentaje de personas de un mismo origen que culminan en cada una de las diferentes posiciones de destino totalizando cien el marginal de cada fila. Los flujos de salida (*outflows*) desde los orígenes hacia los destinos de clase social, dan cuenta de las desigualdades de oportunidades para la movilidad y la reproducción social según los orígenes de clase. De acuerdo con lo señalado por Boado, los *outflows* son “las probabilidades de movilidad condicionadas al origen [que] permiten medir la capacidad de retención y dispersión de una clase social” (2014, p. 296). Con el análisis de los flujos de salida de la movilidad social, se busca conocer en qué grado influye el origen de clase social sobre la clase social de destino, o lo que es lo mismo, cuánto se diferencian los destinos de clase social cuando se proviene de un mismo origen de clase. La interrogante que se busca responder es: ¿Con este origen de clase social de partida, a qué destino de clase se arriba?

En el caso de **España**, es la clase de trabajadores de servicio (I-II) la que registra la tasa de herencia de salida más elevada (42.7%) (tabla 5), la que asegura una elevada reproducción de las posiciones de clase “más altas”. Le sigue la herencia de salida registrada por la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) (31.4%) (tabla 10). La clase social de los propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) es la que presenta la tasa de herencia de salida más baja (7.4%), con mayor fuerza de renovación que el resto de las clases y un 29.8% de probabilidad de movilidad hacia la clase VIIa (desplazamiento no-vertical), 20.2% hacia la de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (ascenso de salida largo), 13.8% hacia la clase de servicio I-II (ascenso de salida extenso) y 11.7% hacia la de trabajadores manuales calificados (V+VI) (descenso de salida corto) (tabla 8). La clase de origen de la pequeña burguesía (IVa+b), expresa la segunda herencia de salida más baja (13.8%) (tabla 7) y desde la cual las oportunidades de ascender a la clase “superior” de servicio I-II (24.6%) (cumbre de la estructura), son 6.9 veces mayores que las de descender hacia la clase “inferior” de asalariados agrícolas VIIb (base de la estructura) (3.1%). La clase social de origen de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) registra una herencia de salida igual a 27.4%, la de trabajadores manuales calificados V+VI una de 21.4% y la de asalariados agrícolas (VIIb) una de 16% (tablas 6, 9 y 11).

Cabe mencionar que en la sociedad española, las oportunidades de ascenso de salida hacia la clase “superior” de destino de servicio I-II desde los orígenes “inferiores” de la clase trabajadora agrícola (VIIb) (ascenso de salida extenso) (8.5%) (tabla 11), representan 5.7 veces las oportunidades —“riesgo”, en este caso— de “caer” (descenso de salida extenso) desde orígenes de clase I-II hacia destinos de clase VIIb (1.5%) (tabla 5). En consecuencia, se evidencia la existencia de un mecanismo *fuerte* de contención y compensación mutua de tipo atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social, esto es, que “suben” pocos desde la base hacia la cumbre en relación con los que “bajan” desde esta última hacia la base. La tasa de disparidad (*disparity ratio*), que informa de la dificultad de acceso a la cumbre de la estructura de clase (reclutamiento de la clase I-II) y que se obtiene calculando el cociente de dividir el porcentaje de herencia de salida de la clase I-II por el porcentaje de ascenso de salida hacia la clase I-II desde la clase de VIIb, es para el caso español igual a 5. Es un valor que aproxima a España al caso uruguayo entre los latinoamericanos. De hecho, pueden distinguirse tres grupos de países en cuanto a sus niveles de tasas de disparidad, siendo el de España, Alemania y Uruguay el de grado *intermedio* en términos de dificultad para lograr el acceso a la clase social ubicada en la cumbre de la estructura.

Observando la tabla 11, correspondiente a los flujos de salida de la clase trabajadora agrícola (VIIb), se constata que el 16% de los/as hijos/as de padres pertenecientes a esta clase, no acceden a una clase social más alta o mejor evaluada, mientras que un 84% restante si experimenta un cambio posicional, con predominancia de movilidad de salida hacia la clase de trabajadores no calificados y de baja calificación (VIIa) (32.1%) (desplazamiento no-vertical), seguida de la clase de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (19.8%) (ascenso de salida largo) y la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (14.2%) (ascenso de salida largo) (tabla 11). Entre los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase trabajadora manual de nula y baja calificación (VIIa), un 67% alcanza una posición de clase más alta que la de origen, con un 17.1% que alcanza una posición en la cumbre de la estructura de clases en actividades laborales de servicio I-II (ascenso de salida extenso) (tabla 10). Mediante el análisis de los flujos de salida (*outflows*), se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases, en la que la mayor parte de los adultos españoles —con clases de origen IVa+b, V+VI, VIIa, y VIIb— se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

En **Suecia**, es la clase trabajadora de servicio (I-II) la que registra la tasa de reproducción de salida más elevada (57.6%) (tabla 5), asegurando así una elevada reproducción de posiciones en la cumbre de la estructura, seguida de la

herencia de salida que registra la clase trabajadora no manual de rutina (IIIa+b) (42.6%) (tabla 6). La clase de trabajadores agrarios (VIIb) es la que presenta la tasa de herencia de salida más baja, menor al 1% (tabla 11), asegurando una elevada fuerza de renovación de clase con un 31.4% de probabilidad de movilidad hacia la clase de trabajadores de servicio (I-II) (ascenso de salida extenso), 31.4% hacia la clase de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (ascenso de salida largo), 20% hacia la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) (desplazamiento no-vertical) y 14.3% hacia la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (ascenso de salida largo) (tabla 11). La clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc), presenta la segunda herencia de salida más baja (11.8%) (tabla 8) desde la cual las oportunidades de ascender hacia la clase de servicio (33.9%) (cumbre de la estructura) son 41.3 veces mayores que las probabilidades de descender a la clase “más baja” de trabajadores agrícolas (VIIb) (base de la estructura) (0.8%) (tabla 8). La clase social de origen de la pequeña burguesía IVa+b registra una herencia de salida igual a 21.4% (tabla 7), 18.3% la clase de trabajadores de nula y baja calificación (VIIa) (tabla 10) y 17.4% la clase de los trabajadores manuales calificados (V+VI) (tabla 9).

En la sociedad sueca, las oportunidades de ascenso de salida hacia la clase de destino “superior” de servicio (I-II) desde los orígenes de clase de trabajadores asalariados agrícolas (VIIb) (ascenso de salida extenso) (31.4%) (tabla 11), representan 39.3 veces las oportunidades de descenso extenso de salida existentes desde la primera hacia la segunda (0.8%) (tabla 5). El mecanismo de contención y compensación mutua de tipo atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social resulta *muy débil*, esto es, que “suben” muchos desde la base hacia la cumbre de la estructura en relación con los que “bajan” desde esta última hacia la base. La tasa de disparidad, que informa de la dificultad de acceso a la cumbre de la estructura de clase, es para el caso sueco igual a 1.8. Es un valor que acerca a Suecia a los casos de Reino Unido y Alemania, conformando el grupo de países cuyos niveles de tasas de disparidad hablan de un *bajo* grado de dificultad en el acceso a la cima de la estructura de clase.

Al observar la tabla 11, que corresponde a los flujos de salida de la clase trabajadora agrícola (VIIb), se constata que la totalidad, o casi totalidad, de los/as hijos/as de padres de clase de asalariados agrarios (VIIb), acceden a una clase social más alta o mejor evaluada, predominando el ascenso hacia la clase de servicio (I-II) (31.4%) (ascenso de salida extenso), la de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (31.4%) (ascenso de salida largo) y la de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa) (20%) (desplazamiento no-

vertical) (tabla 11). Entre los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase trabajadora manual no calificada y de baja calificación (VIIa), un 79.4% logra una posición de clase más alta que la de origen, con un 24.6% que alcanza una posición en la cima de la estructura de clases en actividades laborales de “cuello blanco”, directivas y gerenciales (I-II) (ascenso de salida extenso) (tabla 10). Mediante el análisis de los flujos de salida (*outflows*), se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases en la que la mayor parte de los adultos suecos —con clases de origen IVa+b, IVc, V+VI, VIIa, y VIIb— se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

Reino Unido muestra la tasa de herencia de salida más alta en su clase de servicio I-II (45.1%) (tabla 5), asegurando así una alta reproducción de clase en la cima de la estructura, seguida de la tasa de herencia de salida observada para la clase de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b (38.8%) (tabla 6). La clase social de trabajadores agrarios (VIIb), registra la tasa de herencia de salida más baja entre las clases, menor al 1% (tabla 11), con mayor fuerza de renovación respecto al resto de las clases y un 28.6% de probabilidad de ascenso desde esta hacia la clase VIIa (desplazamiento no-vertical), 25% de probabilidad de movilidad hacia la clase IIIa+b (ascenso de salida largo) y 17.9% hacia la clase I-II (ascenso de salida extenso) como hacia la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) (17.9%) (ascenso de salida largo) (tabla 11). La clase de origen de la pequeña burguesía (IVa+b), presenta la segunda herencia de salida más baja (10.5%) (tabla 7) desde la cual las chances de ascender hacia la clase de servicio I-II (cumbre de la estructura de clases), son 47.4 veces mayores que las chances de descender hacia la clase de trabajadores agrarios VIIb (base de la estructura) (tabla 7). La clase social de origen de los trabajadores manuales de nula y baja calificación VIIa, registra una herencia de salida igual a 27.6%, la clase de los propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) 11.8% y los trabajadores manuales calificados (V+VI) 11.6% (tablas 8, 9 y 10).

En la sociedad sajona, las chances de ascenso de salida hacia la clase de destino superior de servicio (I-II) desde el origen de clase de los trabajadores agrícolas (VIIb) (ascenso de salida extenso) (17.9%) (tabla 11), representan 35.8 veces las chances de descenso extenso de salida existentes desde la primera hacia la segunda (0.5%) (descenso de salida extenso) (tabla 5). El mecanismo de contención y compensación mutua de tipo atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social es, al igual que en el caso sueco, *muy débil*. La tasa de disparidad que informa de la dificultad de acceso a la cumbre de la estructura de clase es igual a 2.5. Es un valor que aúna a Reino Unido con Suecia y Alemania en el grupo de los países cuyos niveles de tasas de disparidad, hablan de un *bajo* grado de dificultad en el acceso a la cima de la estructura de clases.

Observando la tabla 11, que corresponde a los flujos de salida de la clase de trabajadores agrícolas (VIIb), se observa que la totalidad, o casi totalidad, de los/as hijos/as de padres de clase asalariada agraria (VIIb) acceden a una clase social más alta o mejor evaluada, con predominancia de la movilidad de salida hacia la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación VIIa (28.6%) (desplazamiento no-vertical), hacia la clase de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (25%) (ascenso de salida largo) y hacia la clase de servicio (ascenso de salida extenso) y la de trabajadores manual calificados (ascenso de salida largo) (17.9% en cada una de estas, respectivamente) (tabla 11). Entre los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase trabajadora manual no calificada (VIIa), un 71.7% alcanza una posición de clase más alta que la de origen, con un 25.9% que alcanza una posición en la cumbre de la estructura de clases entre los trabajadores de actividades de servicio I-II (tabla 10). Mediante el análisis de los flujos de salida (*outflows*), se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases, en la que la mayor parte de los adultos de Reino Unido —con clases de origen IVa+b, IVc, V+VI, VIIa, y VIIb— se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

En el caso de **Alemania**, la clase de trabajadores de servicio (I-II) es la que registra la tasa de herencia de salida más alta (58.2%) (tabla 5), asegurando así una alta reproducción de clase en la cima de la estructura, seguida de la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) (52.9%) (tabla 8) y la pequeña burguesía IVa+b (35.1%) (tabla 7). La clase de los trabajadores agrarios VIIb registra la tasa de herencia de salida más baja (4%) (tabla 11), con una mayor fuerza de renovación que el resto de las clases y un 25.4% de probabilidad de movilidad hacia la clase de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b (ascenso de salida largo), un 25.4% de probabilidad de movilidad hacia la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación VIIa (desplazamiento no-vertical), un 23.8% hacia la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (ascenso de salida largo) y un 21.4% de probabilidad hacia la clase de servicio I-II (ascenso de salida extenso) (tabla 11). La clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) registra la segunda tasa de herencia de salida más baja (20%) (tabla 9), desde la cual las oportunidades de ascender a la clase de servicio (cumbre de la estructura) son 26.1 veces mayores que las de descender hacia la clase de asalariados agrícolas VIIb (base de la estructura) (35.3% y 1.3%, respectivamente) (tabla 9). La clase social de origen de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), registra una herencia de salida igual a 34.8% y la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa) una de 21.8% (tablas 6 y 10).

En la sociedad alemana, las oportunidades de ascenso de salida hacia la clase de destino “superior” de servicio (I-II) desde los orígenes de clase de trabaja-

dores agrícolas (VIIb) (ascenso extenso de salida) (21.4%) (tabla 11), representan 16.4 veces las oportunidades de descenso extenso de salida existentes desde la primera hacia la segunda (1.3%) (tabla 5). El mecanismo de contención y compensación mutua de tipo atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social es *débil*, esto es, que “suben” bastantes desde la base hacia la cumbre de la estructura con relación a los que “bajan” desde esta última hacia la primera. La tasa de disparidad es igual a 2.7. Es un valor que, como se sostuvo en el análisis del caso español, aproxima el caso alemán al sueco y anglosajón entre los europeos, enmarcándolo en el grupo de los países con niveles *bajos* de dificultad de acceso a la cima de la estructura de clases.

Si se considera la tabla 11 en la que se presentan los flujos de salida de la clase de trabajadores agrícolas (VIIb), se observa que el 4% de los/as hijos/as de padres de clase de asalariados agrícolas (VIIb) no acceden a una clase social “más alta” o mejor evaluada, mientras que el 86% restante si lo hace, predominando la movilidad de salida hacia la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (desplazamiento no-vertical) (25.4%), la clase de trabajadores no manuales de rutina (25.4%) (ascenso de salida largo) y la de trabajadores manuales calificados V+VI (23.9%) (ascenso de salida largo) (tabla 11). Entre los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase trabajadora manual de nula y baja calificación (VIIa), un 76.2% alcanza una posición de clase más alta que la de origen VIIa, con un 22.6% que logra posicionarse en la cumbre de la estructura en la clase de servicio I-II (ascenso de salida extenso) (tabla 10). Mediante el análisis de los flujos de salida (*outflows*), se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases en la que la mayor parte de los adultos alemanes —con clases de origen V+VI, VIIa, y VIIb— se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

10.2. Flujos de salida en las sociedades latinoamericanas (Chile, México y Uruguay)

En cuanto a **Chile**, la tasa de herencia de salida más elevada se observa en la clase de servicio (I-II) (53.9%) (tabla 5), dando lugar a una elevada reproducción de clase en la cumbre de la estructura, seguida por la clase de los trabajadores manuales no calificados y de baja calificación VIIa (37.2%) (tabla 9). La clase de los propietarios y pequeños propietarios agrícolas IVc, es la que presenta la tasa de herencia de salida más baja (17.6%), con una mayor fuerza de renovación que el resto de las clases y con un 25.2% de probabilidad de movilidad hacia la clase de los trabajadores manuales no calificados (VIIa) (desplazamiento no-vertical), 16% de probabilidad de movilidad hacia la clase de asalariados agrí-

colas VIIb (desplazamiento no-vertical), 12.2% de probabilidad hacia la clase de trabajadores independientes no agrarios IVa+b (ascenso de salida largo) y 11.8% de chances hacia la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) (desplazamiento no-vertical) (tabla 10). La clase de origen de los trabajadores independientes no agrarios IVa+b, presentan la segunda herencia de salida más baja (18.9%) (tabla 7) desde la cual las chances de ascender hacia la clase de servicio I-II (cumbre de la estructura de clases) son 5.3 veces mayores que las de descender hacia la clase de asalariados agrícolas (VIIb) (base de la estructura de clases) (tabla 7). La clase social de origen de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b, advierte una herencia de salida igual a 29.3%, la clase de trabajadores manuales calificados (V+VI) una de 24.9% y la de trabajadores agrícolas (VIIb) una herencia de salida del orden del 24.7% (tablas 6, 8 y 11).

En la sociedad chilena, las oportunidades de ascenso de salida hacia la clase de destino “superior” de servicio (I-II) desde la clase de origen de los trabajadores agrícolas (VIIb) (ascenso extenso de salida) (5.5%) (tabla 11), representan 5 veces las oportunidades de descenso extenso de salida existentes desde la primera hacia la segunda (1.1%) (tabla 5). El mecanismo de contención y compensación mutua de tipo atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social es *fuerte* (próximo a la neutralización entre las dos fuerzas), traduciéndose en pocos agentes móviles que “suben” desde la base hacia la cumbre respecto a los que “bajan” desde esta última hacia la primera. La tasa de disparidad, que sirve de indicador del autoreclutamiento en la cumbre de la estructura de clases, es igual a 9.8 en Chile. Es un valor que aproxima el caso chileno al mexicano, aunándolos en el grupo de países cuyo grado de dificultad en el acceso a la cumbre de la estructura puede considerarse *elevado*.

Si se presta atención a la tabla 11, en la que se presentan los flujos de salida de la clase trabajadora agrícola (VIIb), se observa que el 24.7% de los/as hijos/as de padres de clase trabajadora agrícola (VIIb) no acceden a una clase social “más alta” o mejor evaluada, mientras que el 75.3% restante si lo hace, predominando el enclasmiento de salida hacia la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa) (23.9%) (desplazamiento no-vertical), la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (20.3%) (desplazamiento no-vertical) y la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) (12.1%) (desplazamiento no-vertical) (tabla 11). De los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc), un 66.4% logra una posición de clase más alta que la de origen, con un 9.9% que alcanza una posición en la cima de la estructura en la clase de servicio I-II (ascenso de salida extenso) (tabla 10). A través del análisis de los flujos de movilidad de salida, se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases en la que la

mayor parte de los adultos chilenos —con clases de origen V+VI, VIIa, y VIIb— se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

México registra la tasa de herencia de salida más elevada en la clase de servicio (I-II) (53.8%) (tabla 5), garantizando así una alta reproducción de clase en la cumbre de la estructura, seguida de la tasa de herencia de salida observada para la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) (35.7%) (tabla 9). La clase social de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc) es la que registra la más baja entre las tasas de herencia de salida (17.2%), presentando la mayor fuerza de renovación respecto al resto de las clases y con un 26.3% de probabilidad de movilidad hacia la clase VIIa (desplazamiento no-vertical), 16.9% hacia la clase de trabajadores independientes no agrarios (pequeña burguesía) (IVa+b) (ascenso de salida largo), 12.8% de probabilidad de movilidad hacia la clase de servicio I-II (ascenso de salida extenso) y 9.5% hacia la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (desplazamiento no-vertical) (tabla 10). La clase de origen de los trabajadores manuales calificados (V+VI) presentan la segunda herencia de salida más baja (21.3%), (tabla 8) desde la cual las chances de ascender hacia la clase de servicio I-II (cima de la estructura) son 3.6 veces mayores que las chances de descender hacia la clase de trabajadores agrícolas VIIb (base de la estructura) (tabla 8). La clase social de origen de los trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b), muestran una herencia de salida igual a 26.2%, la clase de los trabajadores independientes no agrarios (pequeña burguesía) (IVa+b) 24.6% y la clase de los asalariados agrícolas (VIIb) 23.4% (tablas 6, 7 y 11).

Las oportunidades de ascenso de salida extenso hacia la clase de destino “superior” de servicio I-II desde los orígenes de clase trabajadora agrícola (VIIb) (4.4%) (tabla 11), representan 2.6 veces el riesgo de descenso extenso de salida existente desde la primera hacia la segunda (1.7%) (tabla 5). El mecanismo de contención y compensación mutua de tipo atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social mexicana es *muy fuerte*, esto es, que “suben” muy pocos agentes móviles desde la base hacia la cumbre en relación con los que “bajan” desde esta última hacia la primera. La tasa de disparidad (*disparity ratio*), que informa de la dificultad de acceso a la cumbre de la estructura de clase, es igual a 12.2. Es un valor que, como se expuso en el análisis del caso chileno, ubica a México en el grupo de los países cuya dificultad de acceso a la cumbre de la estructura puede considerarse de grado *elevado*.

Al considerar la tabla 11, correspondiente a los flujos de salida de la clase trabajadora agrícola (VIIb), se observa que el 23.4% de los/as hijos/as de padres de clase VIIb no acceden a una clase social más alta o mejor evaluada, mientras que el 76.6% restante si lo hace, predominando el ascenso de salida hacia

la clase de trabajadores manuales no calificados y de baja calificación (VIIa) (32.6%) (desplazamiento no-vertical), la clase de trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) (12.6%) (ascenso de salida largo) y la clase de trabajadores independientes no agrarios (pequeña burguesía) (IVa+b) (11.6%) (ascenso de salida largo) (tabla 11). De los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas (IVc), un 73.8% logra una posición de clase más elevada que la de origen, con un 12.8% que alcanza una posición en la cima de la estructura en la clase de servicio (I-II) (ascenso de salida extenso) (tabla 10). Tras el análisis de los flujos de salida (*outflows*), se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases, en la que la mayor parte de los adultos mexicanos —con clases de origen VIIa, IVc y VIIb— se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

El caso de **Uruguay** presenta su tasa de herencia de salida más elevada en la clase de servicio (I-II) (50.8%) (tabla 5), asegurando una alta reproducción de clase en la cumbre de la estructura, seguida de la tasa de herencia de salida registrada por la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa) (42.9%) (Tabla 9). La clase de trabajadores independientes no agrarios (pequeña burguesía) (IVa+b), es la que registra la tasa de herencia de salida más baja (17.2%), exhibiendo mayor fuerza de renovación que el resto de clases y con un 36.1% de probabilidad de movilidad hacia la clase de servicio I-II (acenso de salida largo), 23.2% de probabilidad de movilidad hacia la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación (VIIa) (descenso de salida largo) y 15.1% hacia la clase de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b (desplazamiento no-vertical) (tabla 7). La clase de origen de trabajadores manuales calificados (V+VI) exhibe la segunda herencia de salida más baja (19.6%) y desde la cual las oportunidades de ascender a la clase de servicio I-II (cumbre de la estructura de clases) son 1.6 veces menores que las de descender hacia la clase de trabajadores manuales no calificados VIIa (base de la estructura de clases) (14.7% y 38.2%, respectivamente) (tabla 8). La clase social de origen de los trabajadores no manuales de rutina (IIIa+b) registra una herencia de salida de 22.4% (tabla 6).

Las chances de movilidad de salida hacia la clase de destino “superior” de servicio I-II desde los orígenes de clase trabajadora manual no calificada y de baja calificación (VIIa) (ascenso extenso de salida) (10.1%) (tabla 9), es próxima a las de experimentar movilidad de salida (descenso extenso de salida) desde la primera (I-II) hacia la segunda (VIIa) (11.3%) (esta última representa 1.1 veces las chances de ascenso extenso de salida) (tabla 5). El mecanismo de compensación mutua de atracción-repulsión entre las clases antagónicas polares de la estructura social es *muy fuerte*, esto es, que “suben” muy pocos agentes

móviles desde la base hacia la cumbre en relación con los que “bajan” desde esta última hacia la primera. La tasa de disparidad (*disparity ratio*) es igual a 5 en Uruguay, un valor que, como se indicó en el análisis del caso español, ubica a esta sociedad dentro del grupo de países con grados *intermedios* de dificultad de acceso a posiciones en la cima de la estructura de clase social.

Si se presta atención a la tabla 9, que presenta los flujos de salida de la clase manual trabajadora no calificada (VIIa), se observa que el 42.9% de los/as hijos/as de padres de clase trabajadora manual no calificada (VIIa) no acceden a una clase social más alta o mejor evaluada, mientras que un 57.1% restante si experimenta ese cambio, predominando el ascenso de salida hacia la clase de trabajadores manuales calificados V+VI (18.7%) (desplazamiento no-vertical), la clase de trabajadores independientes no agrarios IVa+b (15.8%) (ascenso de salida largo) y la clase de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b (12.5%) (ascenso de salida largo) (tabla 9). De los/as hijos/as de padres que pertenecen a la clase trabajadora manual calificada (V+VI), un 42.2% logra una posición de clase más alta que la de origen, con un 14.7% que alcanza una posición en la cumbre de la estructura de clases entre los trabajadores de actividades de servicio (I-II) (tabla 8). Como resultado del análisis de los flujos de salida (*outflows*), se constata una expansión de la movilidad intergeneracional de clases en la que la mayor parte de los adultos uruguayos —con clases de origen IVa+b y VIIa—, se posicionan en una clase social “superior” a las de sus padres.

Tabla 5.
Distribución de las clases de destino según clase origen I-II.
Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (*outflows*)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	42.7	28.6	5.7	0.4	8.4	12.6	1.5	100.0
Suecia	57.6	21.1	3.6	0.3	6.9	9.8	0.8	100.0
Reino Unido	45.1	29.1	3.6	0.7	8.3	12.7	0.5	100.0
Alemania	58.2	19.6	3.6	0.6	9.0	7.7	1.3	100.0
Chile	53.9	13.5	14.6	4.5	11.6	0.7	1.1	100.0
México	53.8	16.7	8.8	8.8	9.1	1.1	1.7	100.0
Uruguay	50.8	17.6	13.0	7.1	11.3	—	—	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

Tabla 6.
Distribución de las clases de destino según clase origen IIIa+b.
Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (outflows)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	34.7	27.4	6.3	1.1	9.5	20.0	1.1	100.0
Suecia	34.0	42.6	2.1	0.0	8.5	10.6	2.1	100.0
Reino Unido	28.6	38.8	2.0	0.0	8.2	20.4	2.0	100.0
Alemania	43.8	34.8	0.0	0.0	8.0	12.5	0.9	100.0
Chile	22.8	29.3	7.0	17.2	23.7	0.0	0.0	100.0
México	24.7	26.2	8.5	11.3	26.5	0.0	2.7	100.0
Uruguay	40.1	22.4	13.1	11.0	13.5	—	—	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

Tabla 7.
Distribución de las clases de destino según clase origen IVa+b.
Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (outflows)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	24.6	26.9	13.8	2.3	17.7	11.5	3.1	100.0
Suecia	37.5	25.0	21.4	0.0	8.9	7.1	0.0	100.0
Reino Unido	47.4	21.1	10.5	0.0	5.3	15.8	0.0	100.0
Alemania	40.5	0.0	35.1	0.0	21.6	2.7	0.0	100.0
Chile	26.7	19.2	18.9	17.1	13.2	0.6	4.2	100.0
México	25.8	18.5	24.6	11.0	19.7	0.1	0.4	100.0
Uruguay	36.1	15.1	17.2	8.4	23.2	—	—	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

Tabla 8.

Distribución de las clases de destino según clase origen IVc en Europa y V+VI en América Latina. Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (*outflows*)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	13.8	20.2	8.5	7.4	11.7	29.8	8.5	100.0
Suecia	33.9	21.3	3.1	11.8	12.6	16.5	0.8	100.0
Reino Unido	38.2	20.6	2.9	11.8	5.9	20.6	0.0	100.0
Alemania	23.5	0.0	11.8	52.9	5.9	5.9	0.0	100.0
Chile	20.5	16.1	11.6	24.9	23.3	1.0	2.6	100.0
México	15.9	18.3	13.0	21.3	27.8	0.3	3.4	100.0
Uruguay	14.7	14.1	13.4	19.6	38.2	—	—	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

Tabla 9.

Distribución de las clases de destino según clase origen el V+VI en Europa y VIIa en América Latina. Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (*outflows*)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	18.7	30.2	5.5	0.0	21.4	22.0	2.2	100.0
Suecia	39.8	27.0	3.1	0.9	17.4	10.6	1.2	100.0
Reino Unido	33.2	30.7	3.7	0.4	11.6	20.3	0.0	100.0
Alemania	35.3	26.9	1.3	0.6	20.0	14.5	1.3	100.0
Chile	13.7	19.9	10.8	15.0	37.2	1.0	2.3	100.0
México	14.5	16.8	14.5	15.5	35.7	0.9	2.0	100.0
Uruguay	10.1	12.5	15.8	18.7	42.9	—	—	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

Tabla 10.

Distribución de las clases de destino según clase origen VIIa en Europa y IVc en América Latina. Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (*outflows*)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	17.1	25.7	4.9	0.8	18.4	31.4	1.6	100.0
Suecia	24.6	33.7	5.1	0.6	15.4	18.3	2.3	100.0
Reino Unido	25.9	29.4	7.0	0.3	9.1	27.6	0.7	100.0
Alemania	22.6	29.4	3.2	0.0	21.0	21.8	2.0	100.0
Chile	9.9	7.3	12.2	11.8	25.2	17.6	16.0	100.0
México	12.8	8.2	16.9	9.5	26.3	17.2	9.0	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

Tabla 11.

Distribución de las clases de destino según clase origen VIIb. Selección de países, 25-65 años. Porcentaje de salida (*outflows*)

Países	Clase del hijo/a (destino)							Total
	Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc (Europa) Clase V+VI (AL)	Clase V+VI (Europa) Clase VIIa (AL)	Clase VIIa (Europa) Clase IVc (AL)	Clase VIIb	
España	8.5	19.8	8.5	0.9	14.2	32.1	16.0	100.0
Suecia	31.4	31.4	2.9	0.0	14.3	20.0	0.0	100.0
Reino Unido	17.9	25.0	7.1	3.6	17.9	28.6	0.0	100.0
Alemania	21.4	25.4	0.0	0.0	23.8	25.4	4.0	100.0
Chile	5.5	8.8	4.7	20.3	23.9	12.1	24.7	100.0
México	4.4	12.6	11.6	9.7	32.6	5.6	23.4	100.0

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS, 2010, y EMOVI 2011.

En una suerte de síntesis del análisis de los flujos de movilidad de salida (*outflows*), pueden condensarse un conjunto de *aprendizajes significativos*. En *primer lugar*, se ha constatado que es la clase superior de servicio la que registra la mayor fuerza de retención intergeneracional de sus miembros, registrando los más ele-

vados porcentajes de reproducción de salida entre las diferentes clases en todos los países puestos bajo análisis —aunque con variaciones en la intensidad de la reproducción entre naciones—, activando, como señala Solís, “mecanismos de clausura y reservando posiciones para su descendencia” (2014b, p. 73), los que operan tanto para los casos de la región latinoamericana, en la que prima la percepción generalizada y frecuente de que las élites económicas y políticas reproducen sus posiciones de clase, como para los de la región europea, en la que dicha generalización resulta menos arraigada (p. 73). En *segundo lugar*, cuando se examinan los segundos niveles de reproducción de salida más elevados, en contraste con la uniformidad que caracteriza a la reproducción de salida observados para la clase I-II, se advierte una diversificación entre las clases que los detentan. Así, en el bloque de países europeos de Suecia y Reino Unido, es la clase de trabajadores no manuales de rutina IIIa+b la que presenta el segundo nivel más elevado, la clase de propietarios y pequeños propietarios agrícolas IVc en Alemania, y la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación VIIa en España. Mientras que entre los casos latinoamericanos la uniformidad se conserva, aunque desplazada hacia la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación VIIa, clase que presenta el segundo nivel más elevado de reproducción de salida en Chile, México y Uruguay.

En *tercer lugar*, si se consideran los *outputs* surgidos del análisis con base en el recurso de los *outflows*, se constata un rasgo sustantivo compartido por los diferentes países consistente en la heterogeneidad en los niveles con los que la clase de servicio I-II es alimentada desde el resto de clases sociales. Como se ha concluido, el porcentaje de individuos que reproducen (herencia de salida) su posición en la clase I-II resulta ser el más *elevado* en el conjunto de países, oscilando en un rango de entre 42.7% (mínimo) en España y 58.2% (máximo) en Alemania, sin embargo, y en adición, se constatan también proporciones elevadas de enclasmientos de agentes móviles en la cumbre de la estructura (clase I-II) desde el resto de las clases sociales; oscilando el rango en este caso entre un mínimo 4.4% (enclasmiento en la clase I-II desde la clase VIIb en México) hasta un máximo de 47.4% (enclasmiento en la clase I-II desde la clase IVa+b en Reino Unido). Dentro de este rango de enclasmiento en I-II, los valores tienden a ser altos, siendo incluso más los registrados en las sociedades europeas —con la salvedad de España— respecto a las latinoamericanas; esto es, en los países europeos respecto a los latinoamericanos, la tendencia es la de una menor dificultad (mayor probabilidad) de experimentar ascenso de salida hacia la clase I-II cuando se proviene del resto de orígenes de clase. La tendencia a evidenciar porcentajes elevados de enclasmiento en la clase I-II desde el resto de las clases se explica en buena medida para los casos latinoamericanos, como

evidencian algunos estudios, y para algunos europeos como Suecia y Alemania —como evidencia el análisis de los cambios en las distribuciones marginales desarrollado en la sección 8—, por la importante expansión de la clase de servicio, lo que ejerce una presión que obliga a la clase I-II a reclutar e incorporar miembros provenientes de otras clases sociales más bajas (2014b, p. 73).

El *cuarto* aprendizaje refiere a la reproducción de salida que tiene lugar en la base de la estructura en la clase de los trabajadores agrícolas VIIb —en la clase VIIa en el caso de Uruguay—, evidenciando mayores niveles en el grupo de países latinoamericanos respecto a los europeos, lo cual expresa la existencia de mayores dificultades entre los primeros para vencer las barreras de clase que imposibilitan el ascenso social que permita salir a los individuos de las clases más bajas; si se tuviese que expresar la capacidad de enclasmiento desde la base de la estructura de las diferentes naciones, se tendría que los países europeos cuentan con un porcentaje entre 84% y 100% de capacidad para llevarse a cabo, mientras que los países latinoamericanos con uno de entre 57.1% y 76.6% respectivamente.

Un *quinto* punto a recuperar del análisis de los *outflows* se centra en los niveles de ascenso de salida extenso, el que pone de relieve los obstáculos que enfrentan los agentes móviles de las sociedades latinoamericanas en contraste a las europeas, para transitar desde un extremo (“inferior”, clases VIIb y VIIa) a otro (“superior”, clase I-II) del esquema de clases que representa la estructura social. Este es un punto relevante del análisis, en la medida que ofrece información significativa —que se complementa con otros indicadores desarrollados más adelante— para llevar a contraste empírico las hipótesis sobre la existencia de “recintos cerrados” de movilidad en la cima y base de la estructura de clases, así como sobre la predominancia de estos en un grupo continental de sociedades respecto a otro.

En *sexto* lugar y en contraste, no sucede lo mismo cuando se examina el descenso de salida extenso específico desde la clase I-II a la VIIb (o VIIa), en la totalidad de países tiende a ser reducido —a excepción de Uruguay, lo que se explica por el hecho de que la clase “más baja” de la estructura no refiere a actividades de tipo agrícolas como si en los otros países— y bastante homogéneo entre las naciones; lo que pone de manifiesto que para el conjunto de países de ambos continentes, es poco probable la experiencia de “caer” en un trayecto descendente desde el extremo “superior” al “inferior” del esquema de clases.

Estos dos aspectos (*quinto* y *sexto* aprendizaje), que revelan las probabilidades en términos de capacidad/dificultad de trazar trayectos de movilidad ascendentes y descendentes que recorren integralmente la estructura de clases, pueden ser puestos en relación a través de lo que se denominó como “meca-

nismo de compensación”, a partir del cual se conoce el grado en que las fuerzas de atracción y repulsión de agentes móviles de las clases polares de la estructura social se equilibran. En consecuencia, como *séptima* lección se recoge la clasificación que define cuatro grados en que se compensan dichas fuerzas. En el grupo de los países europeos, con la salvedad de España, y no así entre los latinoamericanos, se encuentran los casos en que la compensación es “débil” (Alemania) y “muy débil” (Suecia y Reino Unido), de modo que la probabilidad de experimentar un posicionamiento en la cumbre de la estructura es alta y muy alta respecto a la de experimentar una “caída” hacia su base. En contraste, en el *cluster* de países latinoamericanos, esta es “fuerte” (Chile) y “muy fuerte” (México y Uruguay), invirtiéndose el sentido de la compensación; i.e. la probabilidad de experimentar un posicionamiento en la cima de la estructura de clases es moderada y baja respecto a la de experimentar un descenso hacia la clase “más baja”.

En *octavo* lugar, con una función complementaria del análisis de las movi- lidades de salida *extensas* entre los extremos (clases I-II y VIIb o VIIa) y los “me- canismos de compensación” (fuerzas de atracción y repulsión de agentes móviles en las clases extremas), se aplicaron los cálculos de las tasas de disparidad, mediante las cuales se logra definir una clasificación entre las naciones con base en el grado de dificultad existente para acceder a la cima de la estructura de clases (clase I-II), tomando como referencia la clase ubicada en la base (VIIb, y VIIa en el caso de Uruguay). De su análisis, surge que es en el grupo de socie- dades industrializadas europeas, en las que se observa un bajo (Suecia, Reino Unido, y Alemania) e intermedio (España) nivel de dificultad, en contraste con las sociedades de industrialización tardía latinoamericanas, que presentan niveles elevados (Chile y México) e intermedios (Uruguay).

Otro aprendizaje extraído del análisis de los flujos de salida consiste en la respuesta a la pregunta: ¿cuáles son las clases hacia las que predomina el encla- samiento desde la base de la estructura de clases (clase VIIb, y VIIa en el caso de Uruguay)? En la mayoría de las sociedades puestas bajo análisis, la movi- lidad de salida que predomina desde la base de la estructura, tiene lugar hacia la clase de trabajadores manuales no calificados VIIa (España, Reino Unido, Alemania, Chile, y México) conformando, tanto en los casos europeos como latinoamericanos, un desplazamiento de tipo no-vertical cuando se distingue entre movilidad vertical y horizontal. En suma, con la salvedad de casos como el sueco —en el cual el flujo de salida hacia la clase VIIa si bien es fuerte no es el predominante— y el uruguayo —en el cual la base de la estructura la conforma precisamente la clase VIIa, por lo que los enclasmientos (no-verticales) pre- dominantes tienen lugar hacia la clase aledaña V+VI—, es posible afirmar que

la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación VIIa, constituye el destino de salida con mayor fuerza de incorporación (absorción) para quienes provienen de la clase de origen “más baja”.

En adición, un *décimo* aprendizaje extraído del análisis de los *outflows* se desprende de la comparación internacional de la *expansión de la movilidad social* que se experimenta con el relevo generacional entre padres e hijos/as. En este caso, lo aprendido hace posible afirmar que la clase (de origen) de trabajadores manuales de nula y baja calificación VIIa, resulta ser común a ambas regiones y al conjunto de siete países en cuanto a que la *mayoría* (más del 50%) de los adultos hijos/as de progenitores varones miembros de esta clase, logran una posición de clase (de destino) “superior” o mejor valorada. Las otras dos clases (de origen) subsiguientes mejor representadas en ambas regiones, en términos de *mayoría* de agentes móviles que logran mejorar la posición de clase de sus padres, son la clase de trabajadores agrícolas (VIIb) —en la totalidad de países a excepción de Uruguay— y la clase de trabajadores manuales de nula y baja calificación (V+VI) —en la totalidad de países a excepción de México y Uruguay—.

En estas dos últimas clases (VIIb y V+VI), en las que más se expande la movilidad social, puede sostenerse que la presencia de un fuerte efecto de expulsión de agentes móviles desde la clase de trabajadores agrícolas (VIIb) hacia las clases “más altas”, se encuentra asociado en buena medida a los “*ceiling effects*” —en tanto se trata de la clase ubicada en la base de la estructura, la que tiene mayor rango de clases para la ascensión y por debajo de la cual no es posible descender—, no obstante, la explicación que encuentra asidero empírico y resulta más factible se encuentra menos en este último efecto que en la contracción registrada por la clase de trabajadores agrícolas (VIIb) y, en menor medida, la de las clases ligadas a las actividades agrarias (IVc y VIIb). Evidencia sobre este cambio se advierte en los índices de disimilitud por clases, calculados para el conjunto de países en la sección dedicada al análisis comparativo de los cambios en la distribuciones marginales de clases (sección 8) —índices que ponen de manifiesto la reducción significativa del tamaño de las clases agrarias en todas las naciones analizadas—, así como también en la constatación de los bajos niveles de reproducción de salida de las clases agrícolas en la mayor parte de los países analizados: la clase de asalariados agrícolas presenta el menor nivel de reproducción de salida en la comparación interclases en Reino Unido y Alemania —y la clase IVc, de raigambre agraria, en España, Chile y México— y el segundo menor en Suecia.

Finalmente, se recupera la constatación de niveles bajos de movilidad de salida (*outflow*) hacia ocupaciones agrícolas como rasgo compartido por los países de ambas regiones —consecuencia del declive de la agricultura en favor de

otros sectores de actividad económica—, al tiempo que se advierten niveles de herencia agraria que son más fuertes entre los casos latinoamericanos que europeos. Del análisis, y en concordancia con lo advertido por Echeverría Zabalza en su examen comparativo de la evolución de tasas de herencia agraria en Europa hacia la década de 1960, España exhibe una alta tasa de herencia de salida que la lleva a colocarse, cuando de la clase de asalariados agrícolas (clase VIIb) se trata, por encima de países como Suecia, Reino Unido y Alemania. La explicación a este nivel *outlier* entre los europeos que conforma la sociedad española, se podría rastrear en las experiencias de la Guerra Civil y primer franquismo, coyunturas en las que se implementaron políticas autárquicas que dieron paso a un súbito detenimiento de las fuerzas industrializadoras —que continuaron activas en los otros países europeos bajo estudio—, que comenzaban a experimentarse hacia la década de 1930, reactivando en contraste el crecimiento de la población agrícola (1999, pp. 499-500). Por su parte, el diferencial en los niveles de tasas de herencia agraria entre los países latinoamericanos y los europeos —altas en los primeros y más bajas en los segundos—, se explica por el ritmo de los cambios productivos y de mercado de trabajo, más lentos y tardíos en los primeros; la evolución lógica de la *maduración industrial* temprana en las economías avanzadas europeas (Reino Unido, Alemania, Suecia) incrementó sensiblemente la proporción de personas que pasan de posiciones de origen agrícola (principalmente desde la clase VIIb) hacia destinos de trabajos manuales, consolidando los bajos niveles de herencia agraria, mientras que entre los casos latinoamericanos, de urbanización e industrialización más tardía, la mudanza sectorial —aún sin concluir— no conduce todavía a niveles tan reducidos de sus tasas de herencia agraria.

11. Movilidad social estructural y de reemplazo en Europa y América Latina

11.1. La discusión y posiciones en torno a la movilidad estructural y de reemplazo

La movilidad absoluta global puede ser escindida en dos tipos de movilidad, la denominada movilidad estructural (*forced mobility*) y la de reemplazo, también denominada individual, circulatoria, neta o de intercambio (*exchange mobility*). La movilidad estructural se define como la movilidad mínima que se requiere para compensar las diferencias entre los marginales de origen y los de destino. Siguiendo a Carabaña, es el “porcentaje de individuos que habría que cambiar para igualar las distribuciones” (1999, p. 28) y se calcula dividiendo por dos el total de las diferencias absolutas entre los marginales de la distribución de origen (O) y de la de destino (D). Los resultados obtenidos son los mismos que se consiguen con el conocido índice de disimilitud de Duncan (ID). El resto de la movilidad, que comprende a los móviles del interior de la matriz de transición, es considerada movilidad de reemplazo. Esta permite evaluar con mayor precisión el nivel de apertura de la estructura social, para premiar las prácticas exitosas o el fracaso en la competencia por el ascenso hacia posiciones de clase superiores o más valoradas (Filgueira, 2001, p. 16). La movilidad de reemplazo puede considerarse como un indicador de lo que se conoce como “permeabilidad” o “apertura” de la estructura social (p. 16).

Previo al análisis e interpretación de los resultados obtenidos en esta investigación en torno a estos dos tipos de movilidad, es preciso discutir las posiciones relativas al análisis de la estratificación social con base en la distinción entre una y otra movilidad. Si hubiese que clasificar el debate en términos de oposición y defensa a la aplicación de esta diferenciación clasificatoria en el análisis de la movilidad, encontraríamos un grupo de estudiosos que continúan defendiendo su inclusión en el análisis (Bertaux, 1969; Cachón, 1989; Featherman et al., 1978; Filgueira, 2001; FOESSA 1971; Franco et al., 2007; Kahl, 1957; Kessler y Espinoza, 2007; Kurz y Müller 1987; Pastore 1979), fundamentada en el rédito analítico de calidad que ofrece. Un segundo grupo, insiste en la necesidad de su abandono, fundamentado en la ambigüedad que caracteriza a la clasificación (Duncan, 1966; Sobel, 1983), a las inconsistencias conceptuales y metodológicas que plantea (Erikson et al., 1982; Sobel, 1983) o a problemas de validación (Goldthorpe, 1980). Un tercer grupo se integra por quienes validan la distinción entre movilidad estructural y de reemplazo al tiempo que han propuesto reformulaciones de la distinción original que favorecen a la misma (Hauser et

al., 1975a, 1975b; Hazelrigg y Garnier, 1976; Hope, 1982; Sobel, Hout y Duncan, 1985; Yasuda, 1964). Puede incorporarse un cuarto grupo de estudiosos que, consciente de las distintas críticas que ha recibido la diferenciación entre estos dos tipos de movibilidades, y sobre el supuesto de sus alcances y restricciones —las que hacen explícitas en sus investigaciones—, deciden de todas formas desarrollar los análisis integrándola, sobre el entendido de que aporta información valiosa y nueva a la discusión (Carabaña, 1999; Echeverría Zabalza, 1999).

Sin pretensión de desarrollar *in extenso* el debate y subdebates al respecto y a razón de que esta sección se centra en la interpretación de estos dos tipos de movilidad (estructural y reemplazo), conviene introducir el contexto en que la diferenciación entre movibilidades surge y es empleada, así como los fundamentos representados por cada uno de estos grupos de estudiosos. Entre las aportaciones del *primer grupo*, puede recuperarse la investigación de Pastore (1979) —a la que se puede sumar la de Do Valle Silva (1978, 1979)— la cual desarrolla una interpretación con base en la distinción entre movilidad estructural y de reemplazo, que reveló acertadamente que los procesos de modernización acaecidos en la sociedad brasileña de comienzos de la década de 1970, habían propiciado un cambio en los niveles de la movilidad social global que respondían más a transformaciones estructurales (cambios en la estructura ocupacional) que a transformaciones en las oportunidades de movilidad (permeabilidad) y, en particular, de movilidad ascendente.

Partiendo de la hipótesis de que las posiciones de clase en las que se ubican los individuos tras el relevo intergeneracional dependen enteramente del origen de clase social (adscripción) (hipótesis de la movilidad nula o de la permeabilidad “cero”), lo que necesariamente implica establecer una diferenciación entre movilidad estructural y de reemplazo, los estudios de Pastore y Do Valle Silva permitieron la identificación de la especificidad de la movilidad social —hasta entonces ignorada— de la sociedad brasilera de la época. Esta especificidad quedó definida por los siguientes rasgos: (a) el impedimento de movilidad para las clases bajas tras la desintegración de los desplazamientos descendentes y ascendentes en dos conjuntos de ocupaciones (bajas y altas), (b) un ascenso social que es bajo, e incluso más bajo (ascenso circulatorio) del que se pensaba cuando solo se consideraban las estimaciones basadas exclusivamente en la movilidad ascendente de tipo “estructural” (impulsada por las variaciones de la estructura ocupacional), (c) la movilidad social prevaleciente resulta ser la de “corta” distancia (desplazamientos entre clases o macroclases adyacentes) y (d) el diagnóstico que mejor se ajusta al escenario de la estratificación social de la sociedad brasilera, es el de un bajo nivel de “apertura” de la estructura social y reducidas oportunidades de ascenso social, con un volumen de movi-

lidad social producto más de un proceso de expansión experimentado por la estructura ocupacional, que de una mayor capacidad de enclasmiento de los agentes móviles en posiciones de clase ya existentes (Pastore, 1979). En términos de Filgueira, la distinción entre movilidad estructural y de reemplazo en estos análisis, hizo posible la revelación de la escasa permeabilidad latente (alta rigidez) de la estructura social brasilera que las propias tasas globales de movilidad no lograron capturar, o peor incluso, que ocultaron tras la expresión de altos niveles de movilidad social ascendente producto de procesos demográficos y estructurales (Filgueira, 2001, p. 17).

Entre las aportaciones del *segundo grupo*, el trabajo de Sobel (1983) fija un antecedente medular tanto en la crítica como en la promoción del abandono de la distinción entre movilidad estructura y movilidad de reemplazo para los análisis de la estratificación social. En concordancia con Duncan (1966), cuyo aporte se basa en demostrar que la distribución marginal de los orígenes (progenitores) en la tabla de movilidad social no refleja, precisamente, como afirma Kahl (1957), una distribución ocupacional o de clase social anterior en el tiempo, por lo que no correspondería denominar como movilidad estructural a la diferencia entre las distribuciones marginales entre padres e hijos en la tabla de movilidad. En este sentido, Sobel formula objeciones a los fundamentos defendidos por los investigadores que apoyan la aplicación de la diferenciación entre ambas movilidades.

El primero de los fundamentos, ofrecidos por los defensores de la distinción entre movilidad estructural y de reemplazo, enfatiza el hecho de que las diferencias entre los marginales de los padres (origen de clase, filas) y los marginales de los/as hijos/as (destino de clase, columnas), conforman una aproximación de primera mano para conocer la movilidad requerida por una cambiante estructura ocupacional (Hazelrigg y Garnier, 1976). Ante este fundamento, Sobel sugiere que el grupo de investigadores que afirman que las discrepancias entre las distribuciones marginales de orígenes (filas) y destinos (columnas) de clase en la tabla de movilidad, constituyen una medida *proxy* de la movilidad requerida exclusiva y enteramente por los cambios intemporales en la distribución ocupacional, deberían ser capaces de especificar, al menos en abstracto, aparte de las poco claras influencias que han sido identificadas, esa movilidad intergeneracional que se supone requerida por dichos cambios intemporales en la distribución ocupacional (1983, p. 722), porque precisamente esto es lo que no se ha llevado a cabo, de tal forma que en ausencia de tal especificación, debe concluirse que el concepto teórico de la movilidad estructural permanece, en el mejor de los casos, como una imprecisa abstracción (p. 72).

Además, como señaló Duncan (1966), no está aún muy claro cómo debería realizarse tal especificación, lo que subraya la escasa utilidad del concepto de movilidad estructural en sí y del de movilidad de reemplazo en tanto es concebida como un tipo de movilidad residual de la anterior. Ante la objeción formulada por Sobel, autores como Tyree, Semyonov y Hodge (1979) sostienen que la polémica se resuelve al dar tratamiento a la movilidad estructural como medida “accesoria”, concentrando el análisis de la estratificación en la medida básica de la movilidad de reemplazo.

El segundo fundamento ofrecido por los defensores de un análisis basado en la diferenciación entre movilidades (estructural y reemplazo), al que Sobel se opone, reside en la modificación del concepto de movilidad estructural para hacer referencia a la disyuntiva entre orígenes y destinos, de tal modo que las diferencias marginales entre filas y columnas en la tabla de movilidad padre-hijo, reflejan el hecho de que, en virtud de la distribución marginal en el momento dos, los hijos no pueden tener orígenes y destinos idénticos (1983, p. 721). En otras palabras, este segundo argumento a favor de la introducción del concepto de movilidad estructural en el análisis, se refiere menos a los cambios intemporales en la estructura ocupacional, que a la separación entre orígenes y destinos producto de la distribución ocupacional o de clase de los hijos (p. 721).

En este sentido, sostiene Sobel, si los investigadores de la movilidad social adoptan este argumento y forma de interpretación, como lo hace Hope (1982), se verán forzados a renunciar al análisis con base en el modelo log-lineal de independencia estadística, en tanto este no podría controlar la movilidad “estructural” así definida, siendo, sin embargo, un modelo de medición apropiado y más confiable. La discusión se ha trasladado entonces a la necesidad de establecer una decisión metodológica respecto a si adoptar los cálculos tradicionales de los índices de movilidad o la aplicación del modelo log-lineal. En palabras de Sobel, se trata de la discusión de si los investigadores deben retornar a la práctica de estimación de los índices de movilidad estructural y reemplazo o a los cálculos imprecisos de las relaciones de Rogoff, lo que en ambos casos supondría un retraso en la capacidad de comprensión de los procesos de movilidad (1983, p. 725). Desde la posición de Sobel, los índices de movilidad tradicionales dejaron de adaptarse a la comparación de dos o más tablas, como lo han demostrado Blau y Duncan (1967) y Featherman, Jones y Hauser (1978), por lo que la cuestión restante que permanece abierta es si los índices tradicionales de movilidad estructural y reemplazo resultan ser, o no, tan útiles, como afirman sus defensores, como el modelo lineal logarítmico para el análisis de una sola tabla (p. 725).

En su afán de dar respuesta a tal cuestión a partir de la comparación de cuatro tablas de movilidad social entre orígenes de clase (padres, filas) y destinos de clase (hijos, columnas), Sobel va a desarrollar un ejercicio ilustrativo demostrando que los patrones de asociación entre orígenes y destinos de clase son marcadamente diferentes y, sin embargo, tal diferencia no puede ser capturada a través de índices tradicionales de movilidad estructural y de reemplazo, tendiendo estos más bien a ocultarla que a revelarla. Lo que Sobel pone de manifiesto a partir de la comparación de las cuatro tablas referidas, es que mientras las medidas tradicionales de movilidad sugieren menor apertura y mayor rigidez en la cuarta tabla respecto a las otras tres, lo que está sucediendo en los hechos es la situación inversa. En contraste, el modelo log-lineal de cuasi-independencia resulta más apropiado y útil en la obtención de la interpretación correcta, la cual no subestima el grado de apertura (rigidez) de la estructura expresado en la tabla y revela, como efectivamente sucede, que es la cuarta tabla la de mayor apertura y menor rigidez. Es preciso indicar que, para Sobel el segundo fundamento a favor de introducir en el análisis la diferenciación entre movilidad estructural y de reemplazo, formulado entre otros por Hope (1982), resulta ser justificable y defendible, siempre que se alcance una definición teórica alternativa del concepto de “estructura” como el propio Hope (1982) realiza (1983, p. 725).

Entre las aportaciones del *tercer grupo* se recupera la de Hope (1982), que partiendo de la observación de Duncan (1966) respecto a que los dos marginales de la tabla de movilidad social pueden ser tratados como coordenadas si se les considera como *orígenes* y *destinos* de clase, propone la sustitución del enfoque disyuntivo entre orígenes y destinos de la teoría clásica sobre movilidad social, por el enfoque de sumas y diferencias del “modelo de diamante” (Hope, 1981),⁶ para alcanzar, por un lado, el control (aislamiento) de los efectos verticales y distributivos en una tabla de movilidad y, por el otro, la captura (registro) de las relaciones interclases específicas. Como señala Hope, por primera vez se hace evidente que es necesario desagregar el modelo básico habitual de análisis de movilidad social, esto es, el modelo ordinario de independencia estadística de las filas y las columnas de una tabla de contingencia (1982, p. 100). La verdadera base a partir de la cual debe medirse la movilidad es para Hope, uno de los constituyentes en los que se puede descomponer dicho modelo, lográndose una innovación que, si bien relativamente simple de introducir, sus beneficios analíticos resultan de largo alcance (p. 100).

⁶ Cuya idoneidad y aplicabilidad al análisis comparativo son puestas de manifiesto por el propio Hope en su trabajo de 1980.

El patrón de movilidad cuya estabilidad temporal y transnacional (*cross-national*) que Hope busca capturar con la innovación introducida en el modelo, es el de la denominada movilidad de reemplazo a veces referida como “fluidez social” o “movilidad pura”. Por medio de una segunda innovación, Hope se centra en la desagregación estadística y teórica de la movilidad perfecta que permita controlar (aislar) la movilidad estructural (*forced mobility*). Esto lo logra mediante dos modelos, uno de los cuales integra los efectos estructurales y otro que los excluye, de modo que la diferencia entre ambos modelos tiene por resultado la variación producida por la movilidad estructural. Asumiendo que en una tabla de movilidad social, la movilidad estructural se define habitualmente como aquella cuota de movilidad que se requiere dadas las diferencias entre las distribuciones marginales de clase de origen (progenitores) y las de clase de destino (descendencia), Hope arriba a la conclusión de que se puede demostrar que: i) la movilidad estructural está totalmente subsumida en el modelo de movilidad perfecta, en el sentido de que el ajuste del modelo de movilidad perfecta nunca puede ser mejorado añadiéndole un modelo de cambio estructural; ii) el modelo denominado “modelo medio” (Hope, 1971) tiene las propiedades de estar enteramente subsumido en el modelo de movilidad perfecta y de abstraer (extraer) todos y solo aquellos elementos de una tabla de movilidad que no representan la movilidad estructural (Hope, 1982, p. 102). En síntesis, lo que Hope (1982) está proponiendo es acceder a la diferencia entre el modelo de movilidad perfecta y el “modelo medio” para conformar un indicador enteramente sencillo al tiempo que inequívoco de la movilidad estructural.

Una segunda contribución que enfatizar en este segundo grupo de investigadores que apoyan, tras su reformulación, la introducción y aplicación de la distinción entre movilidad estructural y de reemplazo en el análisis de la estratificación social, es la que realiza Sobel et al. (1985) tras vincular los conceptos de *reemplazo*, definido ahora como movilidad recíproca, y *estructura*, definida ahora como movilidad no-recíproca, a los parámetros del modelo de cuasi-simetría. Sobel rechaza la concepción de la movilidad de reemplazo como movilidad residual, tal y como es desarrollada en los trabajos de Yasuda (1964) y Hope (1982) en los que se le entiende como toda aquella movilidad que tiene lugar más allá de la movilidad estructural, pero también rechaza las concepciones de la movilidad estructural propuesta por Hutchinson (1958), según la cual es entendida como el resto de movilidad residual resultante tras la exclusión (aislamiento) de la movilidad de reemplazo (Sobel et al., 1985). Objeta también la equiparación entre reemplazo y asociación que tiene lugar entre orígenes y destinos observable en los trabajos de Garnier y Hazelrigg (1974) y Hope (1982), a razón de

que no considera la definición de reemplazo como flujos iguales entre pares de categorías (1985, p. 360).

No obstante, Sobel afirmará más tarde que, bajo condiciones adecuadas, esta definición puede volverse compatible con formulaciones multiplicativas del proceso de movilidad (p. 360). Para lograrlo, es necesario reconsiderar la relación entre los conceptos de movilidad de reemplazo y estructural y los parámetros de los modelos multiplicativos, definir la movilidad de reemplazo en términos del flujo equivalente de trabajadores entre pares de categorías ocupacionales y demostrar cómo la movilidad de reemplazo depende tanto de efectos marginales homogéneos como de efectos de asociación simétricos, todo lo cual, permitirá definir la movilidad estructural como el movimiento entre categorías ocupacionales que es forzado por las distribuciones desiguales de los orígenes y destinos en la tabla, pero que no depende de la categoría de origen (p. 360).

Es precisamente a partir de esta reformulación de las concepciones de movilidad de reemplazo y estructural, esto es, a partir del abandono de la definición de la primera como residuo de la segunda y viceversa, en favor de la definición de la primera como parte del proceso de movilidad que resulta de flujos equivalentes entre pares de categorías ocupacionales (p. 359) y de la segunda como un efecto de heterogeneidad marginal que opera uniformemente sobre los orígenes (p. 359), que se torna posible establecer una correspondencia entre estos dos conceptos y los parámetros del modelo de cuasi-simetría (Sobel et al., 1985).

Correspondencia que puede ser empleada para desarrollar índices paramétricos significativos (opuestos a los *ad hoc*) de la movilidad estructural, a razón de que solo en circunstancias especiales la movilidad estructural y la de reemplazo describen toda la movilidad posible en la tabla (p. 359); esto ocurre cuando la asociación entre orígenes y destinos es simétrica, es decir, cuando el modelo de cuasi-simetría se ajusta a los datos, sin embargo, si el modelo no puede seguir siendo mantenido, en el mejor de los casos, existirá una correspondencia parcial entre los conceptos de estructura y reemplazo y los parámetros de cualquier otro modelo multiplicativo (pp. 359-371).

En el cuarto grupo de contribuciones a la discusión en torno a la diferenciación entre movilidad estructural y de reemplazo, encontramos trabajos que subrayan tanto sus alcances como limitaciones, al tiempo que concluyen la pertinencia de dar continuidad a su integración en el análisis. En este sentido y dentro de este grupo, Carabaña (1999) sostiene que la diferenciación entre movilidad *estructural* y movilidad de *reemplazo*, resulta ser menos elemental y básica que la que se puede hacer entre movilidad *global* y *particular*, siempre y cuando se tomen precauciones frente a las siguientes posiciones erróneas; a saber, (a) pretender llevar la distinción del enfoque global al enfoque particular,

es decir, “el total de la movilidad se puede dividir en estas dos partes [estructural y reemplazo] pero la movilidad de un sujeto o de un colectivo determinado no se puede saber a cuál de las dos partes debe adscribirse” (1999, p. 30), y (b) deducir que la movilidad estructural se explica necesariamente por factores estructurales, atomizando a los individuos y localizando las causas de la movilidad fuera de estos (p. 29).

Un segundo aporte sustantivo dentro de este grupo es el que realiza Echeverría Zabalza (1999), en el que si bien se recuperan elementos de las críticas a la diferenciación entre un tipo y otro de movilidad, principalmente las desarrolladas por Sobel y Duncan, se refrenda la relevancia de desplegar un análisis que integre dicha diferenciación, destacando el realizado por la Fundación FOESSA en 1985, en tanto integra en su análisis la diferenciación entre movilidad estructural y de reemplazo en contraste con el informe de la misma fundación de 1971, en el que el análisis de la movilidad no logró definir con claridad una distinción entre ambas (Echeverría Zabalza, 1999, pp. 30-31). En el tratamiento que hace de las estrategias de reproducción, reconversión y movilidad (individual y colectiva), Echeverría Zabalza afirma que, como consecuencia de cambios sustantivos que tienen lugar en el espacio social (e.g. transformaciones estructurales, económicas, políticas e institucionales), una de las técnicas por las cuales es posible observar los “*cambios colectivos* de condición correspondientes a fracciones de clase más o menos importantes, e incluso, cambios de posición relativa en la estructura social” (1999, p. 76) durante la etapa temprana del proceso industrializador de las sociedades europeas, es la que mide y diferencia entre movilidad estructural y movilidad de reemplazo.

Ejemplos de tales cambios de posición es el importante desplazamiento de agentes móviles desde clases agrarias (pequeños agricultores) a las clases de servicio y obreras industriales (trabajadores manuales), así como los movimientos desde esta última que, con posterioridad, tuvo hacia las “nuevas clases medias” durante el proceso de industrialización de las sociedades avanzadas, conformadas dichas clases por puestos de trabajo directivos, administrativos, profesionales, técnicos, supervisores y mandos medios.⁷ Las “nuevas clases medias” a las que se hace referencia en aras de enfatizar la relevancia de capturar la movi-

⁷ “Nuevas clases medias” en el sentido que son definidas por E. O. Wright (1992), con base en la distinción entre recursos cuya desigual distribución define formas inherentes de explotación (e.g. explotación socialista basada en la distribución de bienes de cualificación, explotación estatista en la de bienes de organización, explotación capitalista en la de bienes de capital y explotación feudal en la de bienes de fuerza de trabajo) y de la posibilidades de combinación de estas últimas que tiene lugar en sociedad.

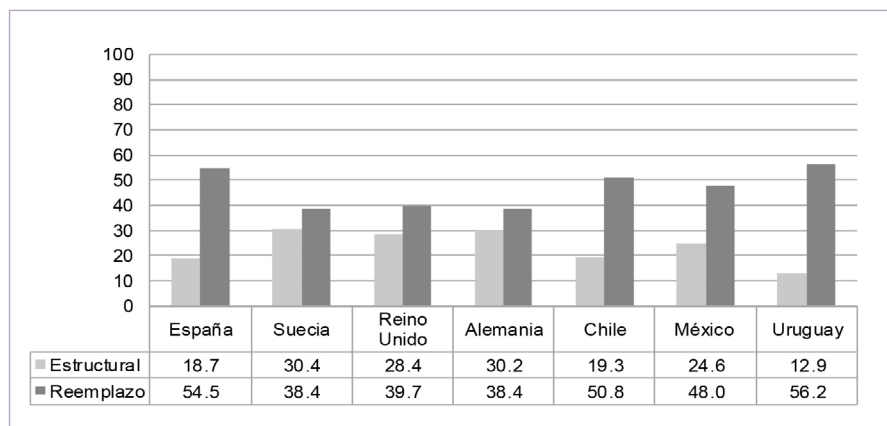
lidad estructural (cambios de posición), hace referencia a las “posiciones en la estructura de clases que se encuentran simultáneamente explotadas a través de un mecanismo de explotación, pero son explotadoras a través de otro” (Wright, 1992, p. 66), entendidas por Wright inicialmente en su primera estrategia formalizada para el análisis y solución al problema de las clases medias, como *posiciones contradictorias de clase* que tienen lugar al interior de las relaciones de clase (2000, p. 16).

11.2. Tasas de movilidad estructural y reemplazo (análisis comparado)

Cuando la atención recae sobre los resultados obtenidos en esta investigación en torno a los niveles de movilidad estructural y de reemplazo, se tiene que la primera se interpreta como la movilidad producida de las transformaciones experimentadas por las estructuras de ocupaciones, estratos, clases y/o demográficas, mostrando los porcentajes más elevados en los casos de Suecia (30.4%), Alemania (30.2%), Reino Unido (28.4%) y México (24.6%), mientras que los más bajos en Uruguay (12.9%), España (18.7%) y Chile (19.3%) (gráfico II). España exhibe el menor nivel entre las sociedades europeas (18.7%), representando poco más de la mitad de los porcentajes observados en Suecia, Alemania y, en menor medida, Reino Unido, por lo que es posible considerarlo, en términos comparativos, como un nivel bajo dentro del contexto europeo. Por su parte, México exhibe el porcentaje más elevado de movilidad estructural entre los latinoamericanos (24.6%), doblando el registrado en Uruguay (12.9%) y superando el de Chile (19.3%), por lo que su nivel de movilidad estructural se considera comparativamente alto al interior de la región latinoamericana. Entre los europeos, Suecia, Alemania, Reino Unido y, entre los latinoamericanos, México, cuando no se controlan los efectos que los cambios estructurales ejercen sobre los desplazamientos entre posiciones de clases, muestran una mayor apertura social (permeabilidad) que España, Chile y Uruguay.

Gráfico II.

Movilidad social estructural y de reemplazo. Comparación internacional, selección de países de Europa y América Latina, 25-65 años (porcentajes)



Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010, y EMOVI 2011.

Cuando se contrastan los niveles de las medidas resumen de movilidad, como son las tasas de movilidad absoluta total y las tasas de movilidad estructural, se observa que las primeras son bastante mayores que las segundas, conformando un indicador de la existencia de mayor movilidad de reemplazo (circulatoria o individual) que la que evocaban los cambios globales en la estructura de clases expresados por las variaciones en las distribuciones marginales de la tabla de movilidad. Dicho en otros términos y en consonancia con los hallazgos de Solís, buena parte de la movilidad intergeneracional social observada en los casos latinoamericanos (Uruguay, Chile y, en menor medida, México) y europeos (España) “no se asocia directamente a los cambios estructurales en el volumen de las clases sociales, sino a movimientos individuales ascendentes y descendentes que se terminan compensando mutuamente para dar lugar a una estructura que cambia menos de lo que circulan las personas” (2014b, pp. 70-71), lo que queda refrendado en el presente análisis de la movilidad de reemplazo.

La movilidad de reemplazo, que permite una aproximación al grado de apertura de la estructura social cuando se aíslan (controlan) los movimientos resultantes de los cambios estructurales (productivos, demográficos, ocupacionales), presenta los niveles más elevados en Uruguay (56.2%) y España (54.5%). Puede identificarse un segundo grupo de países con niveles más bajos, como Chile (50.8%) y México (48%), y un tercer grupo con niveles todavía más bajos, como es el caso de Reino Unido (39.7%), Alemania (38.4%) y Suecia (38.4%) (gráfico II). El registro más bajo entre los países bajo estudio, lo exhibe la sociedad alemana y sueca (38.4% en ambas), países en los que la permeabilidad, con los

efectos de cambios estructurales controlados, es la menor del conjunto de casos bajo estudio. En Chile y México, los niveles exhibidos informan de grados más bajos de rigidez y del carácter estamental de sus sistemas de estratificación, lo que supone una mayor probabilidad de que las posiciones de clase se ocupen conforme a méritos, calificaciones y capacidad de desempeño. Por su parte, las sociedades uruguaya y española, advierten una rigidez incluso menor de sus sistemas de estratificación social, la que se acompaña de un muy probable grado más alto de desconcentración y redistribución del poder y prestigio entre sus miembros, en comparación con el resto de países que se analizan. Concentrando la atención entre los casos latinoamericanos, México, con el nivel de movilidad circulatoria (48%) más bajo, sugiere la posibilidad de la existencia de mayores dificultades para que los individuos de las generaciones más jóvenes puedan acceder a posiciones de clase de destino con base en la capacidad de desempeño y logros conseguidos que pudieran enclasarlos ascendentemente (*meritocracia*), primando, en contraste, el peso e influencia de las posiciones de clase de origen sobre los desplazamientos interclases (*adscripción*).

Los diferenciales en los niveles de movilidad de reemplazo entre los países latinoamericanos y España respecto al resto de países europeos analizados, que advierten de una mayor apertura social, esto es, de un intercambio de posiciones sociales más intenso,⁸ se explicarían por períodos y coyunturas caracterizadas por fuertes cambios estructurales que propician condiciones de mayor permeabilidad que favorecen el ascenso hacia mejores posiciones de clase. Bajo estas condiciones, un cambio desfavorable de posición social (descenso social), frente al cual el individuo busca desplegar estrategias y recursos de conservación (no pérdida) de su posición de clase, no resulta tan trágico como bajo condiciones dadas por cambios estructurales desfavorables, bajo las cuales la probabilidad de recobrar la posición por contramovilidad resultan ser más bajas (Echeverría Zabalza, 1999, p. 381).

Invirtiéndolo el razonamiento, es factible sostener que la propensión hacia una menor permeabilidad social en los casos europeos respecto a los latinoamericanos y español, se explica por una coyuntura que ofrece condiciones de equilibrio y estabilidad estructural, o bien, como ha sido señalado, “de cambios estructurales que “empujan” hacia una pérdida de posición social relativa y hacia un aumento de la competencia, [donde] la defensa de la posición social conseguida (reproducción) se refuerza, si cabe, todavía más, con lo que se

⁸ Por intercambio de posiciones, se entiende aquella mejoría en la posición social de un agente que implica a su vez la pérdida de posición de otro y viceversa; en otros términos, constituye la dinámica en la que unos ascienden porque a su vez otros descienden.

genera una tendencia a que la apertura social disminuya” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 381). La reducción de la permeabilidad social se produce como resultado de una intensificación de la competencia que, “refuerza la desigualdad a la hora de optar a las distintas posiciones sociales en beneficio de las clases con más recursos, lo cual favorece las estrategias de reconversión-reproducción” (p. 381).

Conviene abrir un paréntesis aquí para entender lo que se quiere decir con *estrategias de reconversión*. Estas se despliegan en aras de la transformación de unos capitales, recursos y bienes productivos en otros, con el fin de obtener una posición de clase semejante a la que se ve amenazada por los cambios estructurales, institucionales o políticos. Mientras que por su parte, las *estrategias de reproducción*, se despliegan con miras a la conservación de la *posición de clase* mediante el sostenimiento de la *condición de clase*.⁹ Es decir, como sostiene Bourdieu, las estrategias de reproducción constituyen un “conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos y las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase” (1988, p. 122), y adiciona, “conformando un sistema que, al ser producto de un mismo principio unificador y generador, funciona y se transforma como tal sistema” (p. 122). Un ejemplo ilustrador de la diferenciación entre estrategias de reconversión y reproducción lo ofrece el trabajo de Echeverría Zabalza, según el cual:

Al final de la *sociedad agraria tradicional* los hijos herederos que continuaban siendo agricultores mantenían su condición y posiblemente su posición [*estrategias de reproducción*], mientras que algunos hijos no herederos que pasaban a desarrollar determinadas actividades comerciales o industriales, o bien pasaban a desempeñar algún puesto rutinario de la actividad administrativo-funcionarial tras la correspondiente reconversión de recursos materiales en culturales, cambiaban de condición, pero manteniendo aproximadamente su posición social [*estrategias de reconversión*]. (1999, p. 79)

Por consiguiente, y en consonancia con el razonamiento expuesto, la mayor apertura social (alta movilidad de reemplazo) que exhibe España respecto a sus pares europeos, sería el resultado de la fase expansiva, de crecimiento y auge de

⁹ Un tercer tipo lo constituyen las *estrategias de movilidad*, las que se despliegan con el objetivo de incrementar o reconvertir los capitales, recursos y bienes productivos de tal forma que posibiliten el acceso a una mejor posición de clase.

la economía nacional desde finales de los años 50 del siglo XX y hasta mediados de los 70, período denominado como “milagro económico español”, así como de la fase de aceleramiento y fortalecimiento del fomento económico e impulso modernizador de la empresa en el mercado internacional, que tornó a la economía española más competitiva y atractiva a la inversión externa; procesos que se iniciaron con la entrada de España en la Comunidad Económica Europea (CEE) y la etapa expansiva marcada por la entrada de la moneda Euro que se extiende desde mediados de los años 90 hasta bien entrado el siglo XXI.

Bajo estas coyunturas es que tienen lugar las condiciones que conducen a fuertes transformaciones estructurales propicias para el logro de mejores posiciones de clase, lo que produce una tendencia hacia una mayor permeabilidad social (aumento de la movilidad de reemplazo). Debe tenerse en cuenta que, dado el año de relevamiento de la información de la encuesta (2010) que se emplea en esta investigación para el caso de la sociedad española, no es posible capturar plenamente el impacto y los efectos residuales derivados de la crisis económica iniciada en el año 2008, cuyos resabios se hicieron sentir hasta el 2016, lo que conduce a hacer más atractiva la explicación de que el mayor nivel de apertura social advertido en el caso español respecto al resto de casos europeos, se relaciona con el hecho de que no se refleja con la misma intensidad en este como en sus pares europeos, el efecto de “empuje” hacia la pérdida de la posición de clase relativa y aumento de la competencia por su conservación (reproducción); efecto que resulta de los cambios estructurales derivados de las crisis económicas y que suele tener por consecuencia la disminución de la movilidad de reemplazo (menor apertura social).

Los altos niveles de apertura social (movilidad de reemplazo) que se evidencian entre los casos latinoamericanos en comparación con los europeos (exceptuando España), estarían relacionados a procesos tardíos de cambios estructurales que aún permanecen activos (i.e. desagrarización, migración interna campo-ciudad de orden cíclico, urbanización e industrialización) y favorecen, de uno u otro modo, a los enclasmientos ascendentes bajo condiciones favorables hacia posiciones sociales más ventajosas. Asimismo, los procesos de instalación de la flexibilización en los mercados laborales latinoamericanos que generan transformaciones estructurales que refuerzan las estrategias de defensa de las posiciones sociales (reconversión y reproducción), debilitan y contrarrestan el impacto de los procesos activos recién referidos, haciendo que los niveles de apertura social se mantengan altos, pero sin dispararse.

Otro factor que podría hallarse detrás de los altos niveles de permeabilidad social en los países latinoamericanos en comparación con los europeos, refiere al menor impacto en los primeros de fenómenos como la *devaluación de los*

títulos y credenciales educativas —y en particular, de los de nivel universitario— que podrían explicar, por su mayor impacto en las sociedades europeas (Suecia, Reino Unido y Alemania), los más bajos niveles de movilidad de intercambio. El fenómeno de la *sobreeducción*, que implica una sobreoferta de titulados que se ha incrementado sustantivamente en el tiempo como resultado de mayores oportunidades de acceso a los niveles altos y medios de escolarización para sectores de la población otrora privados de este, cuando se acompaña de un mercado de trabajo cuya demanda de titulaciones para ocupar los puestos de trabajo se ha incrementado más lentamente, deviene en una saturación de la demanda en el mercado laboral que se traduce en sendas dificultades para que los titulados de reciente egreso, logren ubicarse en vacantes vinculadas con sus titulaciones, viéndose en consecuencia forzados a subemplearse. La sobreeducación y el fenómeno de la devaluación de las titulaciones en un mercado laboral saturado, acentúa la competencia por los puestos laborales —y su expresión concomitante, las posiciones de clase— y radicaliza la materialización de las estrategias de reproducción y reconversión que fuerzan la disminución del nivel de apertura social (menor movilidad de reemplazo) (Echeverría Zabalza, 1999).

Detrás de la tendencia hacia un registro de niveles bajos de apertura social, se encontraría un aumento de la competencia por las posiciones de clase que trae consigo una intensificación de la desigualdad de oportunidades de acceso a las mismas, ante la cual las clases con mayores recursos y capital de tipo económico, social, cultural, se ven menos afectadas (desfavorecidas) en lo relativo al despliegue de estrategias de reconversión y reproducción. Esta podría ser la situación detrás de la explicación de los niveles de movilidad de reemplazo más reducidos en las sociedades europeas (Suecia, Reino Unido, y Alemania). Tiene lugar lo que Boudon (1983a) sintetiza en su modelo inspirado en la hipótesis de Thurow (Thurow, 1983) y en el análisis de Anderson (Anderson, 1961), según el cual el aumento del tiempo dedicado a la escolarización no deriva en una disminución de la desigualdad económica, sino más bien en su aumento, en virtud de una estructura ocupacional que se transforma a su propio ritmo; lo que en este caso equivale decir a “destiempo”, lo que conduce a su saturación.

Este efecto de la sobreeducación y devaluación de las credenciales educativas, conforma una de las conclusiones a las que llega Grusky al desarrollar su tesis de la “conservación del estatus” (Grusky, 1983), que confronta la tesis del industrialismo según la cual existe una progresión gradual hacia la disminución de la fuerza de la adscripción de estatus en las sociedades industriales. La tesis desarrollada por Grusky, formula que un activo incremento de credenciales educativas que rebase la capacidad de generación de puestos laborales en la zona superior de la estructura ocupacional, tiene por consecuencia la intensifi-

cación de la lucha por estos —lo que por añadidura conduce a la devaluación de las credenciales educativas—, así como un aumento de los factores adscriptivos del estatus.

El presupuesto del que se parte, es que a medida que la educación superior deviene en un logro habitual y universal, la escolaridad deja de ser un indicador confiable de la capacidad y productividad futura, lo que se traduce en una disminución de la utilidad del logro educativo como medida de la calidad de los trabajadores, lo que motiva a los empleadores a hacer hincapié en factores alternativos, como las orientaciones de valor, el prestigio de las casas de estudio y el origen social del cual se procede (Grusky, 1983, p. 496). En contraste con la tesis de los teóricos liberales (tesis del industrialismo), en lugar de un fortalecimiento de la igualdad educativa, se está asistiendo en realidad a un desplazamiento del mecanismo de herencia desde un camino indirecto, mediado por la educación, hacia procesos adscriptivos más directos (p. 496).

En otras palabras, lo que Grusky observa es que el avance de la meritocracia se ve condicionado por el grado en que crece el número de vacantes ocupacionales en la cumbre del sistema de estratificación, cuando las condiciones dadas son las de un decrecimiento de la adscripción educativa. Frente a un aumento de la competencia educativa, las clases mejor posicionadas (cima de la estructura), cuentan con la capacidad de apelar a dinámicas adscriptivas —como son las influencias, el capital social, las redes de apoyo y el patrimonio material, entre otras— para permanecer en su posición de clase. En este sentido, entiende Grusky que los recursos tales como los contactos profesionales de los padres y la riqueza, pueden ser utilizados por las clases altas y elite económica en circunstancias de fuerte competencia educativa para obtener puestos de trabajo de prestigio si la educación ya no es suficiente como medio de herencia de estatus, de modo que la clase favorecida se atiene a la asignación meritocrática mientras domine a las instituciones que otorgan credenciales de mérito, pero una vez que la competencia educativa se intensifica, son los recursos adscriptivos los que comienzan a ser cada vez más utilizados (1982, p. 496). El autor llega a la conclusión de que cuando la mejora ocupacional se desacelera con la *industrialización avanzada*, los recursos adscriptivos vuelven a ganar importancia, a medida que la competencia se intensifica para el conjunto limitado de trabajos de prestigio, la disminución de la asignación educativa y de la actualización ocupacional puede limitar el desarrollo de la organización meritocrática, en contra de los argumentos expuestos por la defensores de la tesis del industrialismo (1982, p. 497).

Al problema de la sobreeducación, devaluación de títulos escolares de nivel medio y superior y subempleo, hay que sumar el *desempleo* como acrecentador

de la tendencia a la disminución de la permeabilidad social (movilidad de reemplazo), y esto en la medida que “refleja la descompensación entre la oferta y la demanda de fuerza de trabajo” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 382), de modo que bajo condiciones de niveles de desempleo altos dicha descompensación se intensifica, lo que “produce una tendencia a que quienes no pueden conseguir puestos correspondientes a su nivel de estudios desplacen hacia el siguiente nivel inferior de la estructura a los que tienen niveles de estudio inferiores” (p. 382). Esta premisa se corresponde bastante con, y por tanto explica, los niveles de desempleo según nivel educativo de los propios desempleados, observados precisamente en los países europeos que registran la más baja movilidad de reemplazo (Suecia, Reino Unido y Alemania); niveles de desempleo que afectan con mayor fuerza a los individuos de menor escolaridad y en mayor proporción que en los casos latinoamericanos (Chile y México), de más alto nivel intercambio de posiciones de clase.¹⁰ En síntesis, el desempleo como cambio estructural que conlleva la pérdida de la posición social relativa, intensifica el despliegue de estrategias defensivas (reconversión y reproducción) de la posición social, generando condiciones para una reducción de la movilidad social de reemplazo.

¹⁰ Cuando se compara el nivel de desempleo que afecta a los desempleados con escolaridad por debajo del ciclo secundario superior (nivel educativo igual o inferior a ISCED 2) con los desempleados con escolaridad igual a educación terciaria (nivel educativo ISCED 5-6) se advierte que en Suecia los primeros se ven afectados por un 13% de desempleo mientras que los segundos por un 4%, en Reino Unido 7% y 3%, en Alemania 11% y 2%, en Chile 5% y 4%, y en México 3% y 3%, respectivamente (sin datos para Uruguay) según cálculos propios con base en la herramienta *statalinks* de OCDE (2016).

CAPÍTULO VI

Movilidad social comparada, cambio temporal en Europa y América Latina

12. Movilidad social comparada en perspectiva diacrónica

El análisis intercohortes se despliega con el objetivo de observar qué ha ocurrido con el sistema de estratificación social de los países bajo estudio en tres períodos del desarrollo de sus regímenes de bienestar. Para los casos latinoamericanos (Chile, México y Uruguay), se distingue entre un primer período de “constitución” del régimen de bienestar, un segundo de “reformas y crisis de las reformas” y un tercero denominado “giro a la izquierda”. Por “giro a la izquierda” en la región latinoamericana se entiende, como precisa Filgueira, “la solución política a la segunda y final crisis de incorporación de la pauta de modernización conservadora, cuyo último proyecto fue el Consenso de Washington” (2013, p. 17). Tras la crisis de incorporación, comienzan a surgir las condiciones necesarias para la construcción de un modelo de ciudadanía social de raigambre universal, que se acompaña del abandono de las reglas de los sistemas autoritarios y las clausuras de clases (cierres estamentales) por parte de las elites locales, para adherirse a las reglas del sistema democrático y de mercado (p. 17). El “giro a la izquierda” en América Latina puede sintetizarse como:

[La] expresión política de lo que en la sociología política de los años 40 y 50 fue conocido como “crisis de incorporación”, [este] tipo de crisis ocurre cuando la necesidad de interacción cooperativa en los mercados y en la política [es acompañada] de una presión desde los sectores subalternos en términos de demandas económicas, políticas y sociales que no están siendo atendidas por los patrones institucionales de incorporación y regulación. (2013, p. 17)

Se trata de un rebasamiento de las vías (medios) por parte de las demandas sociales, situación que tuvo lugar en la década de 1990 y se concibe como la “segunda crisis de incorporación” en América Latina. En la primer década del siglo XXI, como resultado de los éxitos y fracasos de las políticas implementadas bajo la égida de las recomendaciones del Consenso de Washington, así como de las democracias electorales sucesivas, tiene lugar la segunda crisis de incorporación política, cuyo rasgo más sobresaliente es la tendencia de imprimir un giro político hacia la izquierda (p. 17). En la actualidad, sostiene Filgueira, “los descendientes políticos de la segunda crisis de incorporación están dando sus primeros e inestables pasos hacia un cambio sustancial en las estrategias de desarrollo” (p. 17).

Es preciso señalar que la aplicación al caso mexicano de la denominación de “giro a la izquierda” propuesta por Filgueira (2013) para referirse a la tercera fase de desarrollo de su régimen de bienestar, ha sido problematizada y cuestionada por otros autores, entre ellos Barba (2015). Barba sostiene que solo algunas de las tendencias generales observadas por Filgueira (2013) pueden validarse como para caracterizar el período como de “giro a la izquierda” en México, como son, por ejemplo: (a) la débil redistribución de la riqueza; (b) la falta de crecimiento económico sostenido; y (c) el fracaso en la búsqueda de la integración amplia de la PEA al mercado laboral formal (2015, p. 204), a las que cabría agregar una serie de tendencias universalistas desplegadas por el régimen de bienestar mexicano bien entrado el siglo XXI, como son (d) la extensión de las capacidades fiscales del Estado mediante la reforma fiscal, (e) el aumento de los ingresos públicos y (f) la creación del programa de transferencias monetarias condicionadas (CCT, del inglés *Conditional Cash Transfers*) con la segunda más amplia cobertura en el mundo a través del programa *Oportunidades*, que benefició a 5.8 millones de familias, el equivalente a 32.3 millones de personas en México (2015, p. 205).

Las tendencias universalistas en el tercer período de “giro a la izquierda” para el régimen mexicano, se completan, precisa Barba (2015), con; (g) un naciente sistema nacional de cuidado infantil (guarderías) y (h) los esquemas de aseguramiento en el ámbito sanitario provistos de una fuerte base solidaria, como lo es, por ejemplo, el programa *Seguro Popular*, con una cobertura que alcanzó a los 51.8 millones de personas hacia principios de la segunda década del siglo XXI (p. 205). Por consiguiente, Barba (2015) sugiere la conveniencia de referirse a la tercera etapa en México como “giro a la mexicana” en lugar de “giro a la izquierda”, como lo sugiere Filgueira (2013). En este sentido, el “giro a la mexicana” se constituye por dos etapas en las que en ninguna de ellas rigió un partido político de “izquierda” y que tiene como rasgo distintivo, la derivación

en una “inercia conservadora” caracterizada por un nuevo basamento no contributivo que desmercantiliza prestaciones y servicios básicos de la seguridad social para los segmentos poblacionales más desfavorecidos, pero permanece todavía distante de la posibilidad de conformar un régimen mexicano de bienestar universal que garantice la ciudadanía social plena (Barba, 2015, pp. 205-207).

En consecuencia, la temporalidad de los períodos queda definida para los casos chileno y uruguayo como “constitución”, comprendiendo el período que se extiende entre 1930-70, “reformas y crisis de las reformas”, comprendiendo el período que se extiende entre 1970-99 y “giro a la izquierda”, que se extiende desde el año 2000 en adelante. Para el caso de México, el primer y segundo período son más tardíos, mientras que el tercero, que denominaré indistintamente y dando crédito a ambos autores (Barba, 2015; Filgueira, 2013) como “giro a la mexicana” o “giro a la izquierda”, permanece idéntico al definido para los otros dos casos latinoamericanos; a saber, constitución entre 1940-80, reforma y crisis de las reformas entre 1981-99 y giro a la izquierda desde el año 2000 en adelante. En cuanto a los casos europeos, las etapas de desarrollo de los regímenes de bienestar quedan definidas como “edad de oro”, que se extiende desde inicios de la posguerra hasta el primer lustro de la década de 1970 (1945-75), “edad de plata”, que comprende el período 1976-2007 y “edad de bronce”, que se extiende desde la crisis del 2007-08 en adelante.

Para los casos latinoamericanos, se construyeron las siguientes cohortes: en **Chile**, la cohorte más *joven*, a la que llamaré también *tercera* cohorte o *generación joven*, comprende a los nacidos entre los años 1976 y 1986, individuos que al momento de ser encuestados (año 2009) poseen entre 23 y 33 años de edad y se encontraban en el mercado laboral con edades de entre 23 y 30 años en el período 2001-09, coincidiendo con la fase de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar y el apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico “neoliberal”, como es denominado por Portes y Hoffman (2003). Los padres de la generación de los encuestados nacidos en la cohorte joven 1976-86, se encuentran en el mercado laboral con edades de entre 25 y 30 años en el período 1966-96, experimentando sus trayectorias laborales en el ocaso de la fase de “constitución” y el apogeo de la fase de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar, así como durante el ocaso del modelo de desarrollo económico ISI e implementación del modelo neoliberal en Chile.

La cohorte de nacimiento *intermedia*, o *segunda* cohorte, se extiende desde 1951 a 1975, abarcando a los individuos con edades de entre 34 y 58 años de edad al momento de ser encuestados (año 2009) y que se encontraban con 25 a 30 años de edad en el mercado laboral en el período 1976-2005, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la fase de “reformas y crisis de las reformas” e

inicio incipiente del “giro a la izquierda” del régimen de bienestar, así como con la fase de crisis del modelo de desarrollo económico ISI y apogeo del modelo neoliberal. Los padres de la generación de encuestados nacidos en la cohorte 1951-75, se encuentran en el mercado de trabajo con edades de entre 25 y 30 años en el período 1941-85, experimentando sus trayectorias laborales durante el apogeo y ocaso de la fase de “constitución” del régimen de bienestar e implementación de la fase de “reformas y crisis de las reformas”, así como durante la fase de apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico ISI.

La cohorte de nacimiento *antigua*, también llamada cohorte *senior*, *vieja* o *primera* cohorte, comprende el período de 1930 a 1950, englobando a los encuestados que contaban con edades de entre 59 y 79 años al momento de ser encuestados (año 2009) y se encontraban con edades de entre 25 a 30 años en el mercado de trabajo en el período 1955-80, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la fase de “constitución” e inicio incipiente de la fase de “reformas y crisis de las reformas”, así como con la fase de apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico ISI. Los padres de la generación de encuestados nacidos en la cohorte 1930-50, se encuentran en el mercado de trabajo con edades de entre 25 y 30 años en el período 1920-60, experimentando sus trayectorias laborales durante el apogeo de la fase de “constitución” del régimen de bienestar, la fase de ocaso del modelo de desarrollo económico agroexportador y apogeo del modelo ISI.

En el caso de **Uruguay**, la definición de las cohortes es muy similar al caso de Chile. La cohorte de nacimiento *joven* se extiende desde 1976 a 1986, aunando a quienes al momento de ser encuestados (año 2010), poseen entre 24 y 34 años de edad y se encontraban en el mercado laboral con 25 a 30 años de edad en el período 2000 y 2010, coincidiendo con la fase de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar uruguayo y el apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico neoliberal. Los padres de la generación de los encuestados nacidos en la cohorte 1976-86, se hallan en el mercado de trabajo con edades de entre 25 y 30 años en el período 1966-96, experimentando sus trayectorias laborales en el ocaso de la fase de “constitución” y el apogeo de la fase de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar, así como con el ocaso del modelo de desarrollo económico ISI e implementación del modelo neoliberal.

La cohorte de nacimiento *intermedia* cubre el período 1951 a 1975 y abarca a individuos con edades de entre 35 y 59 años al momento de ser encuestados (2010), que se encontraban en el mercado laboral con edades de entre 25 a 30 años entre los años 1976 y 2005, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la fase de “reformas y crisis de las reformas” e inicio incipiente del “giro a la izquierda” del régimen de bienestar, así como con la fase de crisis del modelo de desarrollo

económico ISI y apogeo del modelo neoliberal. Los progenitores de la generación de los encuestados nacidos en la cohorte 1951-75, se hallan en el mercado de trabajo con edades de entre 25 y 30 años en el período 1941-85, experimentando sus trayectorias laborales durante la fase de apogeo y crisis de la “constitución” del régimen de bienestar e implementación de la fase de “reformas y crisis de las reformas”, así como durante la fase de apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico ISI.

La cohorte de nacimiento *antigua* se extiende desde 1931 a 1950, aún a individuos que con edades de entre 60 y 79 años al momento de ser encuestados (2010), se encontraban en el mercado de trabajo con edades de entre 25 a 30 años en el período 1956 y 1980, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la fase de “constitución” e inicio incipiente de la fase de “reformas y crisis de las reformas”, así como con el apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico ISI. Los progenitores de la generación de los encuestados nacidos en la cohorte 1931-50, se hallan en el mercado laboral con edades de entre 25 y 30 años en el período 1921-60, experimentando sus trayectorias laborales durante el apogeo de la fase de “constitución” del régimen de bienestar, la fase de ocaso del modelo de desarrollo económico agroexportador y apogeo del modelo ISI.

Con relación a **México**, la cohorte de nacimiento *joven* comprende el período 1976-86, englobando a quienes al momento de ser encuestados (2011) poseen entre 25 y 30 años de edad y se encuentran en el mercado de trabajo con 25 a 30 años de edad en el período 2001-2011, coincidiendo con la fase de “giro a la izquierda” (Filgueira, 2013) o “giro a la mexicana” (Barba, 2015) del régimen de bienestar y el apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico neoliberal. Los progenitores de los encuestados nacidos en la cohorte 1976-86, se hallan en el mercado laboral con edades de entre 25 y 30 años en el período 1966-96, experimentando sus trayectorias laborales durante el apogeo y ocaso de la fase de “constitución” y apogeo de la de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar, así como durante el ocaso del modelo de desarrollo económico ISI e implementación del modelo neoliberal.

La cohorte de nacimiento *intermedia* comprende el período 1961 a 1975, reuniendo a quienes al momento de ser encuestados (2011) poseen entre 36 y 50 años de edad y se encontraban en el mercado laboral con 25 a 30 de edad en el período 1986-2005, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la fase de “reformas y crisis de las reformas” e inicio incipiente de la fase de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar, así como con la fase de crisis del modelo de desarrollo ISI y apogeo del modelo neoliberal. Los padres de la generación de encuestados nacidos en la cohorte 1961-75 se encuentran en el mercado laboral con edades de entre 25 y 30 años en el período 1951-85, experimentando sus trayectorias

laborales durante el apogeo y ocaso de la fase de “constitución” e inicio incipiente de la fase de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar, así como durante el apogeo y crisis del modelo de desarrollo económico ISI.

La cohorte de nacimiento *antigua* se extiende desde 1947 a 1960, representando a los individuos que al momento de ser encuestados (año 2011) poseen entre 51 y 65 años de edad y se encontraban en el mercado de trabajo entre 25 y 30 años de edad en el período 1972-90, coincidiendo con el ocaso de la fase de “constitución” y apogeo de la fase de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar, así como con el ocaso del modelo de crecimiento económico ISI e inicio incipiente del modelo neoliberal. Los progenitores de la generación de encuestados nacidos en la cohorte 1947-60, se encuentran en el mercado de trabajo con edades de entre 25 y 30 años en el período 1937-70, experimentando sus trayectorias laborales durante el apogeo de la fase de “constitución” del régimen de bienestar y apogeo del modelo de desarrollo económico ISI.

Para el conjunto de países europeos, las cohortes de nacimiento han quedado definidas como cohorte *joven* (1976-86), que engloba a quienes al momento de ser encuestados (año 2011) poseen entre 25 y 35 años de edad y se encontraban en el mercado laboral con edades de entre 25 a 30 años en el período 2001 y 2011, coincidiendo con la etapa de la “edad de bronce” del desarrollo de los regímenes de bienestar europeos. Los progenitores de esta generación nacidos en la cohorte 1976-86, se encuentran en el mercado laboral con edades de entre 25 y 30 años en el período 1966-96, experimentando sus trayectorias laborales durante el ocaso de la “edad de oro” y apogeo de la “edad de plata” de los regímenes de bienestar europeos.

La cohorte *intermedia* (1951-75), que engloba a quienes al momento de ser encuestados (2011) poseen entre 36 y 60 años de edad y se encontraban en el mercado laboral con edades de entre 25 a 30 años en el período 1976-2005, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la “edad de plata” de los regímenes de bienestar social europeos. Los progenitores de la generación de encuestados nacidos en la cohorte 1951-75, se encuentran en el mercado laboral con edades de entre 25 y 30 años en el período 1941-85, experimentando sus trayectorias laborales durante el apogeo y ocaso de la “edad de oro” e inicio de la “edad de plata” de los regímenes de bienestar.

La cohorte *antigua* (1935-50) incluye a quienes al momento de ser encuestados (año 2011), poseen entre 61 y 76 años de edad y se encontraban en el mercado laboral con 25 a 30 años de edad en el período 1960-80, coincidiendo con el apogeo y ocaso de la “edad de oro” e inicio incipiente de la “edad de plata” de los regímenes de bienestar europeos. Los padres de la generación de

encuestados nacidos en la cohorte 1935-50, se encuentran en el mercado de trabajo con edades de entre 25 y 30 años en el período 1925-60, experimentando sus trayectorias laborales previo y durante el apogeo de la etapa de “edad de oro” de los regímenes de bienestar europeos.

Como se puede observar, se buscó que la definición de las cohortes de nacimiento en los casos latinoamericanos y europeos conjugaran, en términos de los momentos en que los individuos (encuestados y sus progenitores) se encuentran activos en el mercado de trabajo, con las fases —o diferentes momentos al interior de estas; “inicio”, “apogeo”, “ocaso”— de desarrollo de los regímenes de bienestar, así como con las de los modelos de desarrollo económico (agroexportador, ISI y neoliberal). Para ello, se definieron tramos etarios (23 y 25 a 30 años de edad) en los que la persona se encuentra inserta en el mercado de trabajo, que se asocian con un momento histórico determinado del desarrollo de los regímenes de bienestar y modelos de desarrollo. Es preciso puntualizar que el tramo de edad mencionado que se asume como criterio teórico para ubicar a los individuos en el mercado laboral, responden al principio de la denominada por Erikson y Goldthorpe (1993, p. 281) como “madurez ocupacional”, que se corresponde a la edad en la que “habitualmente” los individuos han transitado buena parte del recorrido de su carrera ocupacional y que podría situarse en torno a los 30 años de edad (Erikson y Goldthorpe, 1993). Como apunta Echeverría Zabalza en referencia al concepto de la madurez ocupacional, cuando se habla de esta “se hace en referencia a la edad promedio para la cual en el conjunto de carreras ya se ha desarrollado buena parte del proceso de maduración profesional en un lugar y momento histórico concreto” (1999, p. 71). Definir un rango de edad conforme a un criterio que asegure una cuota de madurez ocupacional en las trayectorias laborales de los individuos, habilita el análisis de la movilidad social intergeneracional con base en la tabla convencional de movilidad, en la medida que define momentos de los recorridos de progenitores y su descendencia que se convierten en comparables (p. 71). Conscientes de las debilidades que pueda suponer la asunción de un criterio único aplicado a las diferentes sociedades bajo estudio, el criterio de los 30 años de edad puede considerarse como un parámetro genérico aceptable para asegurar cierta cuota, tanto en los encuestados como en sus progenitores. Asimismo, la selección de encuestados comprendidos entre las edades de 25 a 65 años como población de estudio, permite controlar mejor los efectos de la propia madurez ocupacional —garantiza un cuota mínima de esta al descartar a los menores de 24 años de edad—, pero también asegura cierto control sobre los efectos de la contramovilidad (Erikson y Goldthorpe, 1993), esto es, sobre la “tendencia a la recuperación de la posición de origen en los casos en que, por determinadas

circunstancias, esta se hubiera perdido” (Echeverría Zabalza, 1999, p. 246) y que suele tener lugar hacia el final de las trayectorias ocupacionales de los individuos, lo que se resuelve fijando la edad de 65 años como límite superior para la selección de la población de estudio, descartándose a quienes superan esta edad.

13. Reproducción y movilidad social intercohortes

13.1. Herencia, ascenso y descenso, cambio temporal en los casos europeos

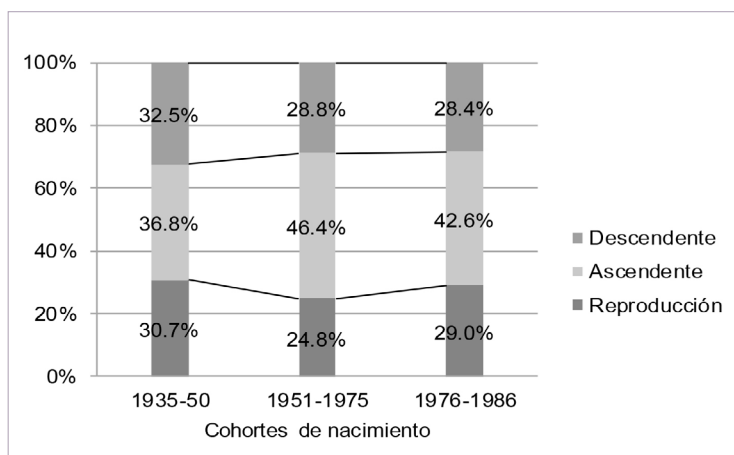
En **España**, el estudio de la movilidad social en la cohorte de nacimiento más vieja (1935-50) —que aúna a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 1960 y 1980 y que compagina con la etapa de apogeo y ocaso de la “edad de oro” e inicio incipiente de la “edad de plata” del régimen de bienestar—, registra una reproducción de clases del 30.7%, superada por el ascenso social (36.8%), que es el más bajo de la evolución intercohortes, como por el descenso social (32.5%), que es el más elevado de la evolución intercohortes (gráfico III). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte más vieja exhibe en la evolución intercohortes, un nivel de clasismo por adscripción —los destinos de clase se encuentran condicionados por los orígenes de clase— por herencia que es mayor al registrado tanto en la cohorte intermedia como más joven (30.7%, 24.8%, y 29%, respectivamente). En la cohorte más vieja, la permeabilidad, entendida desde una primera aproximación tentativa con base en las tasas de movilidad social absoluta, resulta ser menor que la observada en las cohortes intermedia y más joven. Esta permeabilidad supone una tasa de movilidad social total —ascenso más descenso social— de 69.3% (gráfico III).

En la cohorte intermedia (1951-75)¹ y respecto a la cohorte más vieja, se observa una disminución de la reproducción de 5.9 puntos porcentuales (pasa de 30.7% a 24.8%), un ascenso que aumenta 9.6 puntos porcentuales (de 36.8% a 46.4%) y un descenso que decrece 3.7 puntos porcentuales (de 32.5% a 28.8%). El porcentaje en que disminuye la reproducción y el descenso social en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, pasa a formar parte del incre-

¹ Cohorte que abarca a individuos que con edades de entre 25 y 30 años, se encontraban en el mercado laboral entre los años 1976 y 2005, coincidiendo con el período de la “edad de plata” del desarrollo del régimen de bienestar.

mento que experimenta el ascenso social en la primera. La disminución de la reproducción en la cohorte intermedia respecto a la cohorte más vieja, supone una atenuación del clasismo mediante adscripción por herencia (de 30.7% a 24.8%), lo que sugiere un aumento de la permeabilidad que se manifiesta en una tasa de movilidad social total que pasa de 69.3% a 75.2% (gráfico III).

Gráfico III.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (España)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESE, 2010.

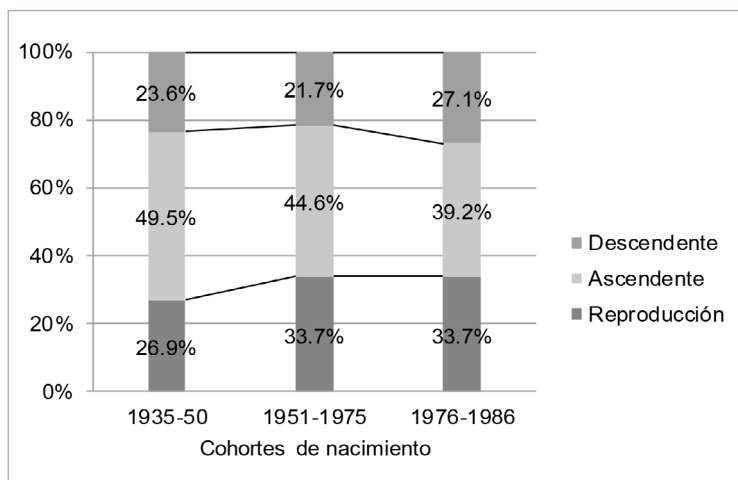
En la cohorte más joven (1976-86)² y respecto a la cohorte intermedia, la reproducción aumenta 4.2 puntos porcentuales (de 24.8% a 29%), cerrando una pauta de decrecimiento desde la cohorte más vieja a la intermedia, para luego crecer desde esta última hacia la más joven, pero sin alcanzar el nivel original (30.7%, 24.8%, y 29%, respectivamente). El ascenso social disminuye 3.8 puntos porcentuales, cerrando una pauta de incremento desde la cohorte más vieja hacia la intermedia y de posterior descenso hacia la más joven (36.8%, 46.4%, y 42.6%, respectivamente). El descenso social disminuye 0.4 puntos porcentuales, definiendo una pauta de disminución sostenida en la evolución intercohortes (32.5%, 28.8%, y 28.4%). El porcentaje en que aumenta la herencia hacia la cohorte joven impacta con mayor fuerza sobre el ascenso respecto al descenso social, disminuyendo mucho menos este último. Se presencia un período de la sociedad española en que sus miembros experimentan mayor herencia y menor

² Cohorte que comprende a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años, se encuentran en el mercado laboral en el período 2001-11 y que sincroniza con el período de la “edad de bronce” del régimen de bienestar.

ascenso y descenso de clase respecto a la cohorte intermedia. Se intensifica la tendencia clasista mediante adscripción por herencia (de 24.8% a 29%) en la cohorte joven respecto a la intermedia, dando lugar a una disminución de la permeabilidad que se constata en el descenso de la tasa de movilidad social total que pasa de 75.2% a 71% (gráfico III).

En el caso de **Suecia**, el análisis de la movilidad social en la cohorte de nacimiento más vieja (1935-50) —que aún a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 1960 y 1980 y que compagina con la etapa de apogeo y ocaso de la “edad de oro” e inicio incipiente de la “edad de plata” del régimen de bienestar—, registra una reproducción (26.9%) que es la más baja de la evolución intercohortes, que supera el descenso social (23.6%) y es inferior al ascenso social (49.5%) (gráfico IV). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte más vieja registra en la evolución intercohortes la tendencia más baja de clasismo mediante adscripción —i.e. los destinos de clase se encuentran condicionados por los orígenes de clase— por herencia (26.9%, 33.7% y 37.7%, respectivamente). En la cohorte más vieja, la permeabilidad, observada desde una primera aproximación tentativa con base en los niveles de movilidad social absoluta, muestra ser la más elevada en la evolución intercohortes, presentando una tasa de movilidad social total —ascenso más descenso social— de 73.1%.

Gráfico IV.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Suecia)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESE, 2010.

Entre los nacidos en la cohorte intermedia (1961-75),³ y respecto a la cohorte más vieja, se observa un aumento de la reproducción de 6.8 puntos porcentuales (de 26.9% a 33.7%), un ascenso que disminuye 4.9 puntos porcentuales (de 49.5% a 44.6%) y un descenso que disminuye 1.9 puntos porcentuales (de 23.6% a 21.7%). El porcentaje en que aumenta la reproducción hacia la cohorte intermedia impacta tanto sobre el descenso como sobre el ascenso social, decreciendo ambos. El incremento de la reproducción supone un aumento de la tendencia clasista mediante adscripción por herencia (de 26.9% a 33.7%, respectivamente) sugiriendo una disminución de la permeabilidad expresada en el decrecimiento de la tasa de movilidad social total que pasa de 73.1% a 66.3% (gráfico IV).

Con relación a la cohorte más joven (1976-86)⁴ y respecto a la cohorte intermedia, la herencia se mantiene constante (33.7% en ambas cohortes) cerrando así una pauta que crece entre la cohorte más vieja e intermedia para luego mantenerse constante entre esta última y la cohorte más joven (26.9%, 33.7% y 33.7%, respectivamente). El ascenso decrece 5.4 puntos porcentuales (de 44.6% a 39.2%), definiendo una tendencia intercohortes decreciente sostenida (49.5%, 44.6% y 39.2%, respectivamente). El descenso aumenta 5.4 puntos porcentuales (de 21.7% a 27.1%), tras haber decrecido desde la cohorte más vieja hacia la intermedia (23.6%, 21.7% y 27.1%, respectivamente). Conservándose constante la herencia en la cohorte joven respecto a la intermedia, el cambio registrado impacta sobre la movilidad reduciendo el ascenso e incrementando el descenso social. La tendencia clasista mediante adscripción por herencia se advierte invariante (33.7% en ambas cohortes), dando continuidad al nivel de permeabilidad social entre la cohorte intermedia y joven con una tasa de movilidad social total igual a 66.3% (gráfico IV).

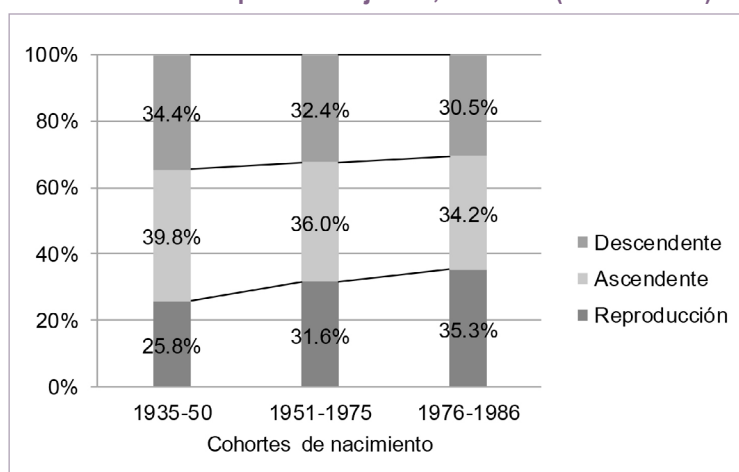
En el análisis de la movilidad social en **Reino Unido** para la cohorte de nacimiento más vieja (1935-50) —que aún a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 1960 y 1980 y que compagina con la etapa de apogeo y ocaso de la “edad de oro” e inicio incipiente de la “edad de plata” del régimen de bienestar—, se registra una reproducción (25.8%) que es la más baja de la evolución intercohortes, posicionándose por

³ Cohorte que abarca a individuos que con edades de entre 25 y 30 años se encontraban en el mercado laboral entre los años 1976 y 2005, coincidiendo con el período de la “edad de plata” del desarrollo del régimen de bienestar.

⁴ Cohorte que comprende a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral en el período 2001-11 y que sincroniza con el período de la “edad de bronce” del régimen de bienestar.

debajo del ascenso (39.8%) y descenso social (34.4%) (gráfico V). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte antigua muestra en la evolución intercohortes, la tendencia más baja de clasismo mediante adscripción —los destinos de clase se encuentran influidos por los orígenes de clase— por herencia (25.8%, 31.6%, y 35.6%, en cada cohorte respectivamente). En la cohorte más vieja, la permeabilidad social, examinada desde una primera aproximación con base en las tasas de movilidad social absoluta, resulta ser la más elevada en la evolución intercohortes, con una tasa de movilidad social total —ascenso más descenso— del orden del 74.2%.

Gráfico V.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Reino Unido)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESE, 2010.

En la cohorte intermedia (1951-75)⁵ y respecto a la cohorte más vieja, se observa un incremento de la reproducción de 5.8 puntos porcentuales (de 25.8% a 31.6%), una disminución del ascenso social de 3.8 puntos porcentuales (de 39.8% a 36%) y un decrecimiento del descenso social de 2 puntos porcentuales (de 34.4% a 32.4%). El porcentaje en que aumenta la reproducción en la cohorte intermedia respecto a la cohorte más vieja, impacta con mayor fuerza —en términos de efecto reductor— sobre el ascenso respecto al descenso social. La tendencia al clasismo mediante adscripción por herencia aumenta

⁵ Cohorte que abarca a individuos que con edades de entre 25 y 30 años se encontraban en el mercado laboral entre los años 1976 y 2005, coincidiendo con el período de la “edad de plata” del desarrollo del régimen de bienestar.

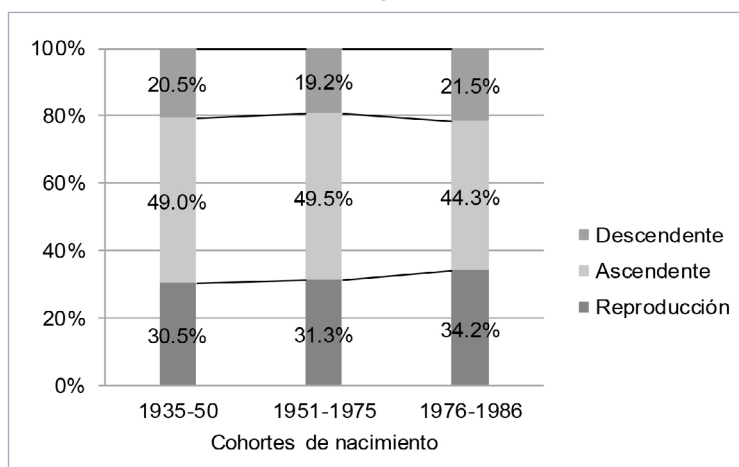
(de 25.8% a 31.6%, respectivamente), sugiriendo una reducción de la permeabilidad social con una tasa de movilidad social total que pasa de 74.2% a 68.4% (gráfico V).

En la cohorte más joven (1976-86)⁶ y respecto a la cohorte intermedia, la reproducción aumenta 3.7 puntos porcentuales (de 31.5% a 35.3%), definiendo una pauta sostenida de incrementos intercohortes (25.8%, 31.5% y 35.3% respectivamente). El ascenso social disminuye 1.8 puntos porcentuales (de 36% a 34.2%), cerrando también una pauta sostenida de decrecimientos intercohortes (39.8%, 36%, y 34.2%, respectivamente). Por su parte, el descenso social decrece 1.9 puntos porcentuales (de 32.4% a 30.5%), definiendo una pauta sostenida de decrecimientos entre las cohortes (34.4%, 32.4%, y 30.5%, respectivamente). El porcentaje en que aumenta la herencia hacia la cohorte intermedia, impacta con fuerza semejante en el ascenso y descenso social, disminuyéndolos casi por igual proporción a ambos. Se asiste a un período de la sociedad anglosajona en que sus miembros experimentan mayor reproducción y menor ascenso y descenso de clase respecto a la cohorte inmediatamente anterior (cohorte intermedia). Aumenta la tendencia clasista mediante adscripción por herencia en la cohorte más joven respecto a la intermedia (de 31.5% a 35.3%), dando lugar a la reducción de la permeabilidad social que se advierte en una tasa de movilidad social total que pasa de 68.4% a 64.7% (gráfico V).

En lo que concierne a **Alemania**, el análisis de la herencia y la movilidad social en la cohorte de nacimiento más vieja (1935-50) —que aún a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 1960 y 1980 y compagina con la etapa de apogeo y ocaso de la “edad de oro” e inicio incipiente de la “edad de plata” del régimen de bienestar—, registra una reproducción (30.5%) que es la más baja de la evolución intercohortes, que supera al descenso social (20.5%) y es inferior al ascenso social (49%) (gráfico VI). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte más vieja muestra en la evolución intercohortes la tendencia más baja hacia el clasismo mediante adscripción —los destinos de clase se encuentran influidos por los orígenes de clase— por herencia (30.5%, 31.3% y 34.2%, respectivamente). En la cohorte más vieja, la permeabilidad social, concebida desde una primera aproximación preliminar con base en los niveles de movilidad social absoluta, resulta ser la más elevada de la evolución intercohortes con una tasa de movilidad social total igual a 69.5%.

⁶ Cohorte que comprende a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral en el período 2001-11 y que sincroniza con el período de la “edad de bronce” del régimen de bienestar.

Gráfico VI.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Alemania)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESE, 2010.

En la cohorte intermedia (1951-75)⁷ y respecto a la cohorte más vieja, se observa un aumento de la reproducción de 0.8 puntos porcentuales (de 30.5% a 31.3%), un ascenso social que aumenta 0.5 puntos porcentuales (de 49% a 49.5%) y un descenso social que disminuye 1.3 puntos porcentuales (de 20.5% a 19.2%). La pequeña proporción en que aumenta la herencia y el ascenso social en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, impacta sobre el descenso social reduciéndolo. Se observa una tenue intensificación del clasismo mediante adscripción por herencia (de 30.5% a 31.3%, respectivamente) que supone una leve disminución de la permeabilidad social, con una tasa de movilidad social total que pasa de 69.5% a 68.7% (gráfico VI).

En la cohorte más joven (1976-86)⁸ y respecto a la cohorte intermedia, la herencia aumenta 2.9 puntos porcentuales (de 31.3% a 34.2%) definiendo así una pauta incremental intercohortes sostenida (30.5%, 31.3% y 34.2%, respectivamente). El ascenso social disminuye 5.2 puntos porcentuales (de 49.5% a 44.3%), cerrando una pauta intercohortes de crecimiento desde la cohorte más vieja hacia la intermedia, para luego decrecer desde la intermedia hacia

⁷ Cohorte que abarca a individuos que con edades de entre 25 y 30 años de edad se encontraban en el mercado laboral entre los años 1976 y 2005, coincidiendo con el período de la “edad de plata” del desarrollo del régimen de bienestar.

⁸ Cohorte que comprende a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral en el período 2001-11, lo que sincroniza con el período de la “edad de bronce” del régimen de bienestar.

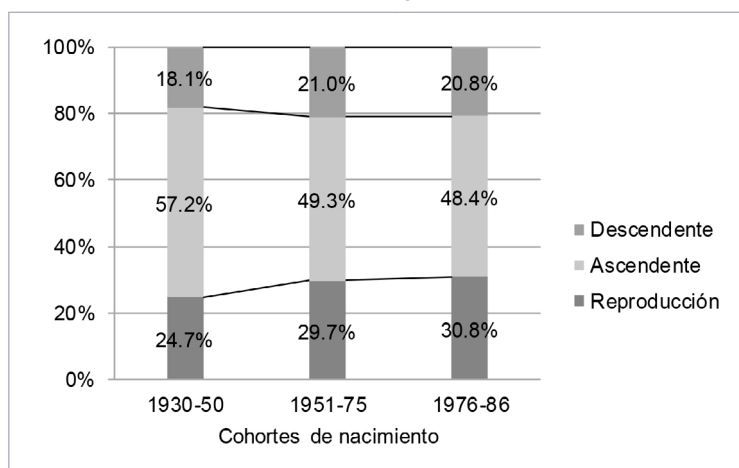
la más joven (49%, 49.5% y 44.3%, respectivamente). El descenso social crece 2.3 puntos porcentuales, definiendo una pauta intercohortes de decrecimiento desde la cohorte más vieja a la intermedia para luego incrementar desde esta última hacia la más joven, superando el nivel inicial de la primera cohorte (20.5%, 19.2% y 21.5%, respectivamente). El porcentaje en que aumenta la herencia, impacta sobre el ascenso social disminuyéndolo. Se asiste a un período de la sociedad alemana en el que sus miembros experimentan mayor reproducción y descenso y menor ascenso social que en la cohorte intermedia. Aumenta la tendencia clasista mediante adscripción por herencia (de 31.3% a 34.2%) en la cohorte más joven respecto a la intermedia, dando lugar a una disminución de la permeabilidad social con una tasa de movilidad social total que pasa de 68.7% a 65.8% (gráfico VI).

13.2. Herencia, ascenso y descenso, cambio temporal en los casos latinoamericanos

En **Chile**, el análisis de la movilidad social en la cohorte de nacimiento más vieja (1930-50) —que aún a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 1955 y 1980 y que compagina con la etapa de apogeo y ocaso de la fase de “constitución” e inicio incipiente de la fase de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar—, registra una reproducción (24.7%) que es la más baja en la evolución intercohortes, que supera al descenso social (18.1%) y es inferior al ascenso social (57.2%) (gráfico VII). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte más vieja muestra en la evolución intercohortes el registro clasista más bajo mediante adscripción —los destinos de clase se encuentran condicionados por los orígenes de clase— por herencia (24.7%, 29.7% y 30.8%, respectivamente).⁹ En la cohorte más vieja, la permeabilidad, examinada desde una primera aproximación tentativa con base en los niveles de movilidad social absoluta, muestra ser la más alta de la evolución intercohortes, con una tasa de movilidad social total —ascenso más descenso— del orden de 75.3%.

⁹ Las conclusiones sobre clasismo y adscripción tienen en todos los casos de este apartado analítico un carácter preliminar y no será sino hasta que se analice la movilidad social relativa, que se podrá concluir con mayor evidencia sobre las mismas.

Gráfico VII.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Chile)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESE, 2009.

En la cohorte intermedia (1951-75)¹⁰ y respecto a la cohorte más vieja, aumenta la reproducción en 5 puntos porcentuales (de 24.7% a 29.7%), disminuye el ascenso en 7.9 puntos porcentuales (de 57.2% a 49.3%) y aumenta el descenso en 2.9 puntos porcentuales (de 18.1% a 21%). La disminución del nivel de ascenso social hacia la cohorte intermedia, impacta tanto sobre la reproducción como ascenso social incrementándolos. Se asiste a un período de la sociedad chilena en que sus miembros experimentan mayor descenso que ascenso social respecto a la cohorte más vieja, al tiempo que aumenta el clasismo mediante adscripción por herencia (de 24.7% a 29.7%). En la cohorte intermedia respecto a la cohorte más vieja, la permeabilidad disminuye registrándose una tasa de movilidad social total de 70.3% (gráfico VII).

Analizando la cohorte más joven (1976-86)¹¹ y respecto a la cohorte intermedia, la herencia crece 1.1 puntos porcentuales (de 29.7% a 30.8%), cerrando una pauta incremental sostenida intercohortes (24.7%, 29.7% y 30.8%, respectivamente). El ascenso decrece 0.9 puntos porcentuales (de 49.3% a 48.4%)

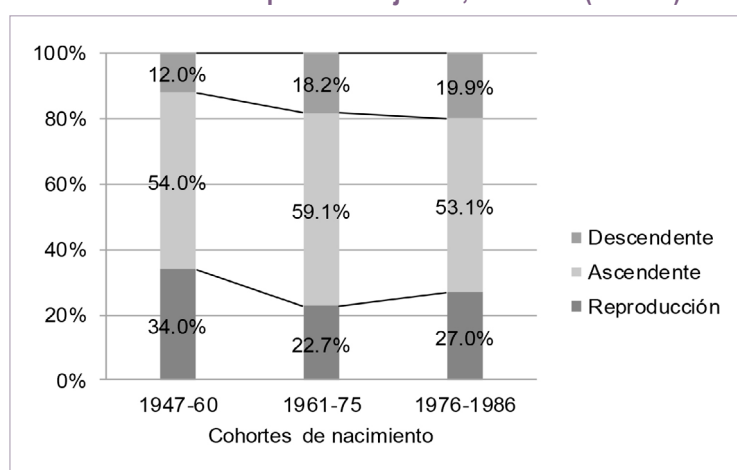
¹⁰ Cohorte que comprende a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se hallan en el mercado laboral entre los años 1976 y 2005 y sincroniza con el apogeo y ocaso del período de “reformas y crisis de las reformas” e inicio incipiente del “giro a la izquierda” del desarrollo del régimen de bienestar.

¹¹ Cohorte que comprende a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 2001 y 2009 y que sincroniza con la etapa de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar.

y el descenso lo hace en apenas 0.2 puntos porcentuales, manteniéndose casi constante (de 21% a 20.8%). El aumento de la herencia impacta tanto sobre el ascenso como descenso social reduciéndolos. Se asiste a un período de la sociedad chilena en que sus miembros experimentan mayor herencia y menor ascenso y descenso social de clase respecto a la cohorte intermedia. Aumenta el clasismo mediante adscripción por herencia (de 29.7% a 30.8%) en la cohorte más joven respecto a la intermedia. La permeabilidad decrece en la cohorte más joven en comparación con la intermedia, advirtiendo una tasa de movilidad social total igual a 69.2% (gráfico VII).

En **México**, el análisis de la movilidad social en la cohorte más vieja (1947-60) —que aún a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral entre los años 1972 y 1990, lo que compagina con la etapa de “constitución” y apogeo de la etapa de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar—, muestra un nivel de herencia (34%) que es el más alto de la evolución intercohortes, que supera el descenso social (12%) y es más bajo que el ascenso social (54%) (gráfico VIII). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte más vieja muestra en la evolución intercohortes la pauta clasista mediante adscripción —los destinos de clase se encuentran condicionados por los orígenes de clase— por herencia más elevada (34%, 22.7% y 27%, respectivamente). En la cohorte más vieja, la permeabilidad, evaluada desde una primera aproximación tentativa con base en los niveles de movilidad social absoluta, resulta ser la más baja de la evolución intercohortes, exhibiendo una tasa de movilidad social total —ascenso más descenso— del orden del 66%.

Gráfico VIII.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (México)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EMOVI, 2011.

En la cohorte intermedia (1961-75),¹² y respecto a la cohorte más vieja, se constata una disminución de la herencia de 11.3 puntos porcentuales (de 34% a 22.7%), un ascenso que aumenta 4.1 puntos porcentuales (de 54% a 59.1%) y un descenso social que incrementa 6.2 puntos (de 12% a 18.2%). El porcentaje en que disminuye la herencia en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, impacta con mayor fuerza sobre el descenso social que el ascenso, aumentándolos, lo que sugiere la reducción del clasismo mediante adscripción por herencia (de 34% a 22.7%) e incremento de la permeabilidad social evidenciado en una tasa de movilidad social total que pasa de 66% a 77.3% (gráfico VIII).

En la cohorte más joven (1976-86)¹³ y respecto a la cohorte intermedia, la herencia se incrementa 4.3 puntos porcentuales (de 22.7% a 27%), cerrando una pauta intercohortes de decrecimiento desde la cohorte más vieja hacia la intermedia para incrementarse en la más joven respecto a esta última (34%, 22.7% y 27%, respectivamente). El ascenso disminuye 6 puntos porcentuales (de 59.1% a 53.1%), cerrando una pauta de variación incremental desde la cohorte más vieja a la intermedia y de disminución desde esta hacia la más joven (54%, 59.1% y 53.1%, respectivamente). El descenso aumenta 1.7 puntos porcentuales (de 18.2% a 19.9%, respectivamente), cerrando una pauta incremental intercohortes sostenida (12%, 18.2% y 19.9%, respectivamente). El porcentaje en que se incrementa la herencia de clase hacia la cohorte joven, impacta sobre el ascenso social disminuyéndolo. Se asiste a un período de la sociedad mexicana en que sus miembros experimentan una mayor herencia y descenso acompañados de un menor ascenso de clase respecto a la cohorte intermedia. Aumenta levemente el clasismo mediante adscripción por herencia (de 22.7% a 27%), dando lugar a un decrecimiento de la permeabilidad con una tasa de movilidad social total que pasa de 77.3% a 73% (gráfico VIII).

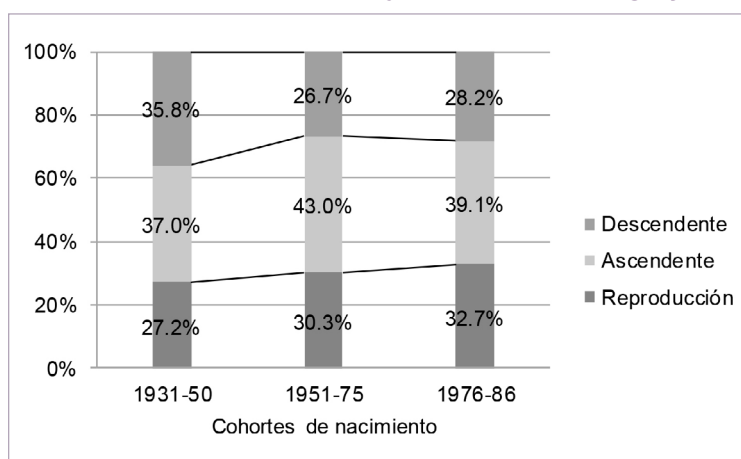
Con relación a **Uruguay**, el análisis de la movilidad social en la cohorte de nacimiento más vieja (1931-50) —que aún a quienes con edades de entre 25 y 30 años se encuentran en el mercado laboral en los años 1956 y 1980, lo que compagina con la etapa de apogeo y ocaso de la fase de “constitución” e inicio

¹² Cohorte que abarca a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se hallan en el mercado laboral entre los años 1986 y 2005 y que sincroniza con el apogeo y ocaso del período de “reformas y crisis de las reformas” e inicio incipiente del “giro a la izquierda” (“giro a la mexicana”) del régimen de bienestar.

¹³ Cohorte que abarca a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años se hallan en el mercado laboral entre los años 2001 y 2011 y que sincroniza con el “giro a la izquierda” (“giro a la mexicana”) del régimen de bienestar.

incipiente de la fase de “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar—, registra una reproducción (27.2%) que es la más baja de la evolución intercohortes, inferior al descenso (35.8%) y ascenso social (37%) (gráfico IX). Puesta en comparación con las dos cohortes más jóvenes, la cohorte más vieja muestra en la evolución intercohortes la tendencia más baja de clasismo mediante adscripción —los destinos de clase se encuentran influidos por los orígenes de clase— por herencia (27.2%, 30.3%, y 32.7% respectivamente). En la cohorte más vieja la permeabilidad social, examinada desde una primera aproximación tentativa a la movilidad social absoluta, resulta ser la más elevada en la evolución intercohortes, con una tasa de movilidad social total —ascenso más descenso— de 72.8%.

Gráfico IX.
Movilidad social padres e hijos/as, cohortes (Uruguay)



Fuente: Elaboración propia con base en Boado, 2010.

En la cohorte intermedia (1951-75)¹⁴ y respecto a la cohorte más vieja, se observa un aumento de la reproducción de 3.1 puntos porcentuales (de 27.2% a 30.3%), un ascenso que crece 6 puntos porcentuales (de 37% a 43%) y un descenso que decrece 9.1 puntos porcentuales (de 35.8% a 26.7%). El porcentaje en que aumenta la reproducción en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, impacta sobre el descenso social reduciéndolo, lo que deriva en una

¹⁴ Cohorte que abarca a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años, se hallan en el mercado laboral entre los años 1976 y 2005 y que sincroniza con el apogeo y ocaso del período de “reformas y crisis de las reformas” e inicio incipiente del período de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar.

intensificación del clasismo mediante adscripción por herencia que supone una disminución de la permeabilidad y una tasa de movilidad social total que pasa de 72.8% a 69.7% (gráfico IX).

En la cohorte más joven (1976-86)¹⁵ y respecto a la cohorte intermedia, la herencia aumenta 2.4 puntos porcentuales (de 30.3% a 32.7%), cerrando así una pauta incremental intercohortes sostenida (27.2%, 30.3% y 32.7%, respectivamente). El ascenso decrece 3.9 puntos porcentuales (de 43% a 39.1%), cerrando una tendencia creciente desde la cohorte vieja a la intermedia que luego pasa a decrecer desde esta última hacia la cohorte joven, pero sin alcanzar el nivel original de la primera cohorte (37%, 43% y 39.1%, respectivamente). El descenso aumenta 1.5 puntos porcentuales (de 26.7% a 28.2%), definiendo una pauta decreciente intercohortes sostenida (35.8%, 26.7% y 28.2%, respectivamente). El porcentaje en que aumenta la herencia hacia la cohorte más joven respecto a la intermedia, impacta sobre el ascenso social disminuyéndolo. Se asiste a un período de la sociedad uruguaya en que sus miembros experimentan mayor herencia y descenso, así como menor ascenso social respecto a la cohorte intermedia. Aumenta la tendencia clasista mediante adscripción por herencia en la cohorte más joven respecto a la intermedia (de 30.3% a 32.7%), dando lugar a una disminución de la permeabilidad que se expresa a través de una tasa de movilidad social total que pasa de 69.7% a 67.3% (gráfico IX).

A modo de síntesis, entre los casos *latinoamericanos*, Chile y Uruguay muestran los registros clasistas mediante adscripción por herencia más bajos durante la fase de “constitución” de sus regímenes de bienestar y modelo de desarrollo económico ISI, en contraste con México, que exhibe su registro clasista por adscripción por herencia más elevado precisamente durante la fase de “constitución” de su régimen de bienestar y modelo de desarrollo ISI. El registro clasista aumenta *progresivamente* en Chile y Uruguay durante las fases de “constitución” (modelo de desarrollo ISI), “reformas y crisis de las reformas” del régimen de bienestar (modelo de desarrollo económico neoliberal) y “giro a la izquierda” y crisis del modelo neoliberal. En contraste, en México el registro clasista disminuye durante las fases de “constitución” y “reformas y crisis de las reformas” (modelo neoliberal), para incrementarse a la postre —aunque sin alcanzar el nivel inicial observado durante la fase de “constitución”— durante la fase de “giro a la mexicana” y crisis del modelo neoliberal.

¹⁵ Cohorte que abarca a los encuestados que con edades de entre 25 y 30 años, se hallan en el mercado laboral entre los años 2000 y 2010 y sincroniza con el período de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar.

En Chile, no tanto así en Uruguay y México, no se evidencia un *pull upward effect* (“jalón hacia arriba”, que supone una prevalencia de los móviles ascendentes) *progresivo* sobre los agentes móviles —lo mismo puede afirmarse para algunas de las sociedades europeas como la sueca, anglosajona y alemana— entre las distintas fases de desarrollo de su régimen de bienestar, lo que se advierte para el caso chileno tanto en la disminución gradual intercohortes del ascenso social (suben cada vez menos individuos cuanto más joven se hace la cohorte), como en aumentos del descenso social (caen más en las dos cohortes más jóvenes respecto a la más antigua) y una reproducción que crece progresivamente hacia la fase de “giro a la izquierda” respecto a las fases previas, lo que podría explicarse por una alta retención de las posiciones en las clases de la zona intermedia o de amortiguación (*buffer zone*), en particular en la de trabajadores manuales no calificados, y en el extremo superior (trabajadores de servicio) de la estructura de clases, así como por desplazamientos desde los orígenes de las clases agrarias (producto de la desagrarización) y de trabajadores independientes no agrarios y manuales calificados —clases que, exceptuando las de origen agrario, registran los flujos más fuertes de movilidad y ascenso de salida, como se observa en el análisis de los *outflows*— que no consiguen compensar las fuerzas de retención (reproducción) de agentes en su clase de origen.

En Uruguay, la ausencia de un efecto progresivo de “jalón hacia arriba” (prevalencia de móviles ascendentes) entre las distintas fases de desarrollo del régimen de bienestar, se advierte con mayor claridad en la fase de “giro a la izquierda” y crisis del modelo neoliberal respecto a la fase previa de “reformas y crisis de las reformas”. No obstante, será en la etapa de “reformas y crisis de las reformas” y modelo de desarrollo neoliberal, respecto al período de “constitución” y modelo de desarrollo ISI, en el que se observa dicho efecto (*pull-up effect*); aumento del ascenso y disminución del descenso social acompañados por un incremento leve de la reproducción de clase. La ausencia de este efecto hacia la fase de “giro a la izquierda” de la sociedad uruguaya, se advierte en la reducción del ascenso social (*suben menos*) e incremento del descenso social (*caen más*), acompañados por un aumento de la herencia de clase, lo que se explicaría por una elevada retención de posiciones en las clases de los extremos de la estructura (servicio y trabajadores manuales no calificados). En esta fase más tardía del desarrollo del régimen de bienestar uruguayo y por las condiciones de alta densidad urbana que caracteriza al país, procesos como el de una alta movilidad desde las clases agrarias (desagrarización) hacia el resto, no consiguen desempeñar una función compensatoria fuerte que intensifique el (ausente) efecto de jalón hacia arriba. Tampoco lo hacen los flujos de movilidad

que tienen lugar desde los orígenes de clase de los trabajadores manuales no calificados (extremo inferior de la estructura) y de trabajadores independientes no agrarios, clases que registran los niveles de ascenso de salida más fuertes, como se observa en el análisis de los *outflows*.

En México, la ausencia del mencionado efecto (progresivo) en el proceso más amplio de desarrollo del régimen de bienestar, se evidencia en la fase de “giro a la mexicana” y crisis del modelo neoliberal respecto a la fase de “reformas y crisis de las reformas” y modelo neoliberal. Sin embargo, si es posible hablar de la presencia de un efecto *pull upward* en la etapa de “reformas y crisis de las reformas” —incremento del ascenso social y disminución de la reproducción de clase—, respecto a la fase de “constitución” del régimen de bienestar y modelo de desarrollo ISI. La no presencia del efecto en la fase de “giro a la mexicana” del régimen de bienestar, se expresa mediante una disminución del ascenso social (suben menos) y un aumento tanto del descenso social (caen más) como de la reproducción de clase (mayor retención). Esta situación podría explicarse por un desaceleramiento de procesos generadores de ascenso social como son los de desagrarización y migración campo-ciudad, pero también por una alta retención de posiciones en las clases de servicio y de trabajadores manuales no calificados, así como por una movilidad desde los orígenes de clase de los trabajadores manuales calificados y manuales no calificados —clases que cuando no se consideran las clases agrícolas, registran los flujos de movilidad de salida y al interior de estos de ascenso de salida, más fuertes, como se observa en el análisis de los *outflows*— que no compensa la retención y descenso de agentes en la sociedad mexicana.

Puede afirmarse que en el caso de México como en el de Uruguay, es en la fase de “reformas y crisis de las reformas” y modelo neoliberal, en el que el balance en el análisis de las tres dimensiones básicas de la movilidad social (reproducción, ascenso y descenso social), resulta ser el más positivo. En México, si bien se advierte un aumento en el descenso social en la fase de “reformas y crisis de las reformas” respecto a la fase previa de “constitución”, este es menor al observado en la fase de “giro a la mexicana”, acompañándose de una movilidad ascendente que evidencia ser la más elevada entre las tres fases y un nivel de adscripción clasista (herencia) que resulta ser la más baja de entre las tres fases. En Uruguay, si bien se constata un aumento de la adscripción clasista en la fase de “reformas y crisis de las reformas” respecto a la fase previa de “constitución”, se asiste a la par a un nivel de movilidad ascendente que repunta respecto a la fase de “constitución”, siendo el más elevado de entre las tres fases, y un nivel de movilidad descendente que de igual forma resulta ser el más reducido de las tres fases. En contraste, en Chile el balance con base en las tres dimensiones

primarias de movilidad social (reproducción, ascenso y descenso social), resulta ser más positivo en la fase de “constitución” de su régimen de bienestar. En esta se advierte un nivel de adscripción clasista que resulta ser el más bajo de entre las tres etapas (más alta permeabilidad social), acompañado del ascenso social más alto y del descenso social más reducido de las tres fases bajo estudio.

Entre los casos europeos, Suecia, Reino Unido y Alemania, muestran los registros de adscripción clasista por herencia más bajos durante la “edad de oro” de desarrollo de sus regímenes de bienestar, en contraste con España que exhibe su registro más bajo durante la “edad de plata”. Los registros de adscripción clasista aumentan durante la “edad de plata” en Suecia, Reino Unido y Alemania, volviendo a sufrir un incremento (Reino Unido y Alemania) o mantenerse constante (Suecia) hacia la “edad de bronce” de sus regímenes de bienestar. A diferencia, en el caso de la sociedad española, el registro de adscripción por herencia disminuye durante la “edad de plata”, para experimentar luego un incremento hacia la “edad de bronce” que no logrará superar el elevado nivel inicial observado en la primera etapa de la “edad de oro” de esta sociedad mediterránea.

Si se hablara de “efecto de jalón hacia arriba” progresivo en los regímenes de movilidad social durante las fases de desarrollo de los regímenes de bienestar de los países europeos, este no se advierte para los casos de Suecia, Reino Unido y Alemania, en los que el ascenso social decrece paulatinamente o se mantiene constante en la evolución entre fases (edades del bienestar), pero tampoco en el de España. Sin embargo, en este último el efecto si se observa, aunque de forma no-progresiva, así como también se identifica el mejor balance entre las tres dimensiones básicas de la movilidad social (reproducción, ascenso y descenso) durante la “edad de plata” de su régimen de bienestar. Y esto, a través tanto de un incremento del ascenso social (suben más) respecto a la etapa previa de la “edad de oro”, resultando ser el más elevado de entre las tres etapas, como por decrecimientos en el descenso social (bajan menos) y en la reproducción de clase (se retienen menos), siendo esta última la más reducida de entre las edades del bienestar.

En el caso de Suecia, es durante la “edad de oro” que se observa el balance más positivo entre las tres dimensiones básicas de la movilidad social, con el registro del nivel de ascenso social más elevado, el de reproducción social más bajo y el segundo de descenso social más bajo entre las diferentes edades de su régimen de bienestar. Por su parte, es durante la “edad de oro” del régimen de bienestar de Reino Unido que se observa el balance más positivo, mayor nivel de ascenso social y la más baja reproducción social, los cuales no se ven descompensados por el nivel de descenso social que resulta ser el más elevado en la evo-

lución entre edades (fases) del régimen de bienestar. En el caso de Alemania, en sintonía con el caso anglosajón y nórdico de Suecia, es durante la “edad de oro” respecto a las otras “edades” de su régimen de bienestar, que se advierte el balance más positivo entre las tres dimensiones básicas de movilidad social; mayor nivel de ascenso social —la variación incremental experimentada en la “edad de plata” es poco significativa—, acompañado de niveles de descenso social y reproducción de clase débiles. Recapitulando, el análisis desarrollado presenta resultados que permiten afirmar que en los casos de Suecia, Reino Unido y Alemania, es en la “edad de oro” del desarrollo de sus regímenes de bienestar en la que el balance con base en el análisis de las tres dimensiones primarias de la movilidad social (reproducción, ascenso y descenso social), resulta más positivo, mientras que en el caso español el registro más positivo con base en las mismas tres dimensiones se observa en la “edad de plata” del desarrollo de su régimen de bienestar.

14. Evolución de las tasas específicas de movilidad social

En el análisis de las diferentes tasas de movilidad social que se desarrolla en este apartado para los casos bajo estudio, se tienen en cuenta la denominada movilidad no-vertical (horizontal), lo que explica algunas de las diferencias (variaciones) en los porcentajes de las mismas respecto a los análisis de algunos de los apartados precedentes, como el desarrollado en la sección novena de esta investigación.

14.1. Tasas agregadas y desagregadas de movilidad social, cambio temporal en los casos europeos

En el caso de **España**, en la cohorte más vieja (1935-50) la tasa de movilidad total (TMT) es de 69.3%, lo que responde a una tasa de movilidad vertical (TV) de 47%, y una tasa de movilidad horizontal (TNV) de 22.3%. La herencia es de 30.7%, superior a la tasa de ascenso (TA) (28.6%) —la más baja de la evolución intercohortes en España— y la tasa de descenso (TD) (18.4%) (tabla 12). El modesto nivel de la TA registrada en la cohorte más antigua, responde en parte a una TNV elevada (22.3%), que resulta ser a su vez la más elevada en la evolución intercohortes en España. Cuando la TNV decrezca hacia la cohorte joven, lo hará por un incremento de la TA y la TD que compensa la disminución de la herencia de clase. La disminución de la TNV en la cohorte joven respecto a la cohorte vieja, impacta sobre la TA aumentándola 4.7 puntos porcentuales y

sobre la TD incrementándola 4.7 puntos porcentuales. En la cohorte vieja de la sociedad española, puede afirmarse que por cada individuo que desciende 1.6 individuos ascienden (TA/TD), al tiempo que por cada individuo que experimenta movilidad horizontal, 2.1 individuos experimentan movilidad vertical (TV/TNV). En la descomposición de la TV (47%), la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (17.7%) conforma el 37.7% del volumen total absoluto de la misma, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (20.8%) el 44.3%, y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (8.5%) el 18% (tabla 12).

En la cohorte intermedia (1951-75) y con relación a la cohorte más vieja, la TMT aumenta 5.9 puntos porcentuales (75.2%), producto del aumento de 6.1 puntos porcentuales de la TV que ejerce un efecto de compensación sobre el tenue decrecimiento de la TNV en la cohorte intermedia respecto a la más vieja (tablas 13 y 14). La sociedad española experimenta en la cohorte intermedia respecto a la vieja, un incremento en la cuota de móviles verticales por cada móvil horizontal, pasando de 2.1 a 2.4 individuos, así como en el número de móviles ascendentes por cada móvil descendente, pasando de 1.6 a 1.7. Este cambio positivo experimentado por los/as españoles/las nacidos en la cohorte intermedia, se acompaña de una disminución de la herencia de 5.9 puntos porcentuales, al tiempo que aumentan la TA en 4.7 puntos porcentuales y la TD en 1.4 puntos porcentuales. El aumento de la TA y la TD acompasado de una reducción de la herencia en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, impacta positivamente sobre la TMT, aumentándola y sugiriendo una desrigidización de la estructura de movilidad de clases. En la descomposición de la TV (53.1%), se observa que la TVC (17.1%) constituye el 32.1% del volumen total de la movilidad vertical, la TVL (27.1%) conforma el 51% y la TVE (9%) el 16.9% (tabla 13).

En el período de la cohorte de nacimiento más joven (1976-86), la TMT (71%) decrece respecto a la cohorte intermedia (de 75.2% a 71%), pero sin llegar a posicionarse por sobre la TMT registrada en la cohorte más vieja (69.3%). La disminución de la TMT en la cohorte joven respecto a la intermedia, se explica por una disminución de la TNV de 7.6 puntos porcentuales que el incremento de la TV de 3.4 puntos porcentuales no logra compensar (tablas 13 y 14). El registro de una TNV de 14.5% en la cohorte joven, cierra una pauta intercohortes decreciente de la esta tasa desde la cohorte más vieja hacia la joven (22.3%, 22.1% y 14.5%, respectivamente). La disminución de la TNV en el pasaje de la cohorte intermedia a la cohorte más joven, se explica mejor por el aumento experimentado en el nivel de herencia de 4.2 puntos porcentuales y el incremento de la TD en 3.3 puntos porcentuales, que por la TA que experimenta invariabilidad (pauta constante). La herencia evoluciona reduciéndose en la cohorte inter-

media respecto a la cohorte más vieja, para repuntar hacia la cohorte joven respecto a la intermedia, pero sin llegar a superar el nivel inicial observado en la primera cohorte (30.7%, 24.8% y 29%, respectivamente). La TA evoluciona incrementando desde la cohorte más vieja a la intermedia, para mantenerse invariante desde esta última hacia la más joven (28.6%, 33.3%, y 33.3%, respectivamente). La TD evoluciona con incrementos intercohortes desde la cohorte más vieja hacia la más joven, siendo más débil el aumento experimentado desde la cohorte vieja hacia la intermedia (18.4%, 19.8% y 23.1%, respectivamente) (tablas 12, 13 y 14). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal mejora significativamente en la sociedad española para los nacidos en la cohorte joven, siendo de 3.9 a 1, cerrando así una pauta de incrementos intercohortes (2.1, 2.4 y 3.9 a 1, respectivamente). A la par, el número de móviles ascendente por cada móvil descendente es de 1.4 a 1, definiendo una pauta incremental desde la cohorte más vieja hacia la intermedia, que luego se reduce hacia la joven (1.6, 1.7 y 1.4 a 1, respectivamente). En la descomposición de la TV (56.5%), se observa que la TVC (21.3%) conforma el 37.7% de su volumen total absoluto, la TVL (26.9%) el 47.6% y la TVE (8.3%) el 14.7% (tabla 14).

En el caso de **Suecia**, en la cohorte más vieja (1935-50) la tasa de movilidad total (TMT) es de 73.1%, lo que responde a una tasa de movilidad vertical (TV) de 55.8% y una de movilidad horizontal (TNV) de 17.3%. La herencia es de 26.9% —la más baja de la evolución intercohortes para la sociedad sueca—, ubicada por debajo de la tasa de ascenso (TA) (39.7%) —la más alta de la evolución intercohortes en Suecia— y por encima de la tasa de descenso (TD) (16.1%) —la más baja de la evolución intercohortes para el caso sueco— (tabla 12). La elevada TA que experimenta la sociedad sueca en la cohorte vieja respecto a la intermedia y joven, se explica menos por el nivel de la TNV —el más elevado entre las cohortes—, que por la existencia de reducidos niveles de TD y herencia. Cuando la TNV disminuya hacia las dos cohortes más jóvenes respecto a la vieja, lo hará respondiendo a incrementos experimentados en los niveles de herencia y TD, tanto en la cohorte intermedia como joven. La disminución de la TNV en la cohorte intermedia respecto a la cohorte vieja, impacta con mayor fuerza sobre la herencia, que aumenta 6.8 puntos porcentuales, que sobre la TD que registra un incremento de 3 puntos porcentuales. Por su parte, el aumento de la TNV en la cohorte joven respecto a la intermedia, incide sobre la TA que se reduce, no así sobre la herencia y la TD que se incrementan. Por cada individuo nacido en la sociedad sueca en el período comprendido por la cohorte vieja que experimenta descenso social, 2.5 individuos experimentan movilidad ascendente (TA/TD), al tiempo que por cada individuo que experimenta movilidad horizontal, 3.2 experimentan movilidad vertical (TV/TNV). En la descomposi-

ción de la tasa de movilidad vertical (TV) (55.8%), la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (15.2%) constituye el 27.2% de su volumen total absoluto, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (26.2%) el 46.9% y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (14.5%) el 25.9% (tabla 12).

En la cohorte intermedia (1951-75) y con relación a la cohorte más vieja, la TMT decrece 6.8 puntos porcentuales (66.3%), tras experimentarse la disminución de la TNV en 6.2 puntos porcentuales (de 17.3% a 11.1%) y la reducción (débil) de la TV en 0.6 puntos porcentuales (de 55.8% a 55.2%). Pasa de 3.2 a 5 el número de móviles verticales por cada móvil horizontal, un salto cualitativamente significativo en la sociedad sueca, y de 2.5 a 1.9 el número de móviles ascendentes por cada móvil descendente. En la evolución de la cohorte más vieja hacia la intermedia, la herencia aumenta 6.8 puntos porcentuales y la TD 3 puntos, mientras que la TA disminuye 3.6 puntos porcentuales. En la cohorte intermedia respecto a la más vieja, si bien se experimenta un aumento de la TD, este no compensa la disminución experimentada por la TA, lo que acompañado de un aumento de la herencia ejerce un efecto reductor sobre la TMT (de 73.1% a 66.3%), sugiriendo una intensificación de la rigidización de la estructura de oportunidades para la movilidad de clase. En la descomposición de la TV (55.2%), se constata que la TVC (13.5%) conforma el 24.4% de su volumen absoluto, la TVL (30.6%) el 55.5% y la TVE (11.1%) el 20.1% (tabla 13).

En el período de los nacidos en la cohorte más joven (1976-86), la TMT se mantiene constante respecto a la de los nacidos en la cohorte intermedia (66.3% en ambas cohortes), cerrando así una pauta decreciente intercohortes desde la cohorte vieja a la intermedia y que se conserva invariante desde esta última hacia la cohorte joven (73.1%, 66.3% y 66.3%, respectivamente). Una TNV de 12.6% en la cohorte joven cierra una pauta de evolución intercohortes en la que decrece desde la cohorte vieja a la intermedia para luego repuntar en la cohorte joven, aunque sin alcanzar el nivel inicial observado en la primera cohorte (17.3%, 11.1% y 12.6%, respectivamente). El aumento de la TNV en la cohorte joven respecto a la intermedia, se explica por la disminución que experimenta la TA y no por la variación (incremental) que registra la TD. El nivel de herencia evoluciona con incrementos intercohortes desde la cohorte más vieja a la intermedia y se sostiene invariante desde esta última hacia la joven (26.9%, 33.7% y 33.7%, respectivamente), mientras que la TA evoluciona con decrecimientos progresivos intercohortes (39.7%, 36.1% y 30.7%, respectivamente) y la TD con incrementos graduales intercohortes (16.1%, 19.1% y 23.1%, respectivamente). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal es para los nacidos en la cohorte joven de 4.3 a 1, definiendo una tendencia creciente desde la cohorte más vieja a la intermedia y decreciente desde la intermedia a

la joven (3.2, 5 y 4.3 a 1, respectivamente), mientras que la relación de móviles ascendentes por cada móvil descendente es de 1.3 a 1, cerrando una pauta decreciente intercohortes desde la cohorte más vieja a la más joven (2.5, 1.9 y 1.3 a 1, respectivamente). En la descomposición de la TV (53.8%), se observa que la TVC (21.1%) constituye el 39.3% de su volumen total absoluto, la TVL (23.6%) el 43.9% y la TVE (9%) el 16.8% (tabla 14).

El estudio de las tasas de movilidad desagregadas en **Reino Unido** para la cohorte de nacimiento vieja (1935-50), advierte una TMT de 74.2%, que responde a una tasa de movilidad vertical (TV) de 64.1% y una tasa de movilidad horizontal (TNV) de 10.1%. La herencia es de 25.8%, la más baja de las observadas en la evolución intercohortes, inferior a la tasa de ascenso (TA) (32.1%) y la de descenso (TD) (32.1%), ambas las más elevadas en la evolución intercohortes de la sociedad sajona (tabla 12). La TNV (10.1%) muestra un nivel bajo, no obstante, resulta ser la más elevada de la evolución intercohortes, lo que explica que cuando esta disminuya en las dos cohortes más jóvenes, será en función del incremento experimentado en la herencia, tanto en la cohorte intermedia respecto a la vieja —de 5.8 puntos porcentuales— como en la joven respecto a la intermedia —3.7 puntos porcentuales—. Para los nacidos en la sociedad anglosajona durante la cohorte de nacimiento vieja, se puede afirmar que por cada individuo que desciende, 1 individuo asciende (TA/TD), mientras que por cada individuo que experimenta movilidad horizontal, 6.3 individuos experimentan movilidad vertical (TV/TNV). En la desagregación de la TV (64.1%), la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (25.3%) contribuye al 39.5% de su composición, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (27%) al 42.1% y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (11.8%) al 18.4% (tabla 12).

El análisis de las tasas de movilidad en la cohorte intermedia (1951-75) con relación a la cohorte vieja, presenta una TMT que disminuye 5.8 puntos porcentuales, explicable por el decrecimiento de 4.9 puntos porcentuales de la TV que pasa de 64.1% a 59.2% y, en menor medida, por la reducción de la TNV en 0.8 puntos porcentuales (tablas 12 y 13). En la cohorte intermedia respecto a la cohorte más vieja, la relación de móviles verticales por cada móvil horizontal permanece casi constante (pasa de 6.3 a 6.4 a 1, respectivamente), presentando una situación semejante la relación para los móviles ascendentes por cada móvil descendente, que pasa de 1 a 0.9 ascendentes por cada descendente. En la evolución desde la cohorte vieja a la cohorte intermedia, la herencia de clase aumenta 5.8 puntos porcentuales, la TA disminuye 4 puntos porcentuales y la TD lo hace en 1 punto porcentual, rigidizándose la estructura de movilidad en el cambio de cohortes. La disminución de la TA y la TD que derivan en un incremento de la herencia, impacta sobre la TMT reduciéndola (de 74.2% a

68.4%) y restando apertura a la estructura de movilidad social (tablas 12 y 13). En la desagregación de la TV (59.2%), se constata que la TVC (21%) compone el 35.5% de su volumen total absoluto, la TVL (24.3%) el 41.1% y la TVE (13.8%) el 23.4% (tabla 13).

El registro de las tasas de movilidad de la cohorte más joven (1976-86) muestra una TMT que decrece respecto a la cohorte intermedia (de 68.4% a 64.7%), cerrando una pauta decreciente desde la cohorte más vieja hacia la más joven, que se explica para la cohorte joven por la reducción de la TV en 2.5 puntos porcentuales respecto a la intermedia y de 7.4 puntos porcentuales respecto a la más vieja y, en menor medida, por la reducción de la TNV en 1.3 puntos porcentuales respecto a la cohorte intermedia y de 2.1 puntos respecto a la cohorte vieja (tabla 12, 13 y 14). La TNV de 8% registrada en la cohorte joven, define una tendencia decreciente sostenida en su evolución intercohortes (10.1%, 9.3% y 8%, respectivamente). La disminución de la TNV desde la cohorte intermedia a la cohorte más joven, se explica más por el aumento que experimenta la herencia en 3.7 puntos porcentuales que por las variaciones registradas por la TA y TD que registran reducciones de 1.6 y 0.9 puntos porcentuales respectivamente. La herencia evoluciona con incrementos intercohortes sostenidos desde la cohorte vieja a la joven (25.8%, 31.6% y 35.3%, respectivamente), mientras que la TA evoluciona con decrecimientos intercohortes sostenidos desde la cohorte vieja a la joven (32.1%, 28.1% y 26.5%, respectivamente) al igual que la TD, que registra una tendencia decreciente intercohortes sostenida desde la cohorte vieja a la joven (32.1%, 31.1% y 30.2%, respectivamente) (tablas 12, 13, y 14). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal es de 7.1 a 1, definiendo una pauta incremental intercohortes que es relativamente constante entre las cohortes vieja e intermedia. El número de móviles ascendentes por cada móvil descendente es de 0.9 a 1, delineando una pauta sostenida de crecimiento entre la cohorte vieja e intermedia e invariante entre esta última y la cohorte joven. En la desagregación de la TV (56.7%), se constata que la TVC (17.8%) conforma el 31.4% de su volumen absoluto total, la TVL (24.7%) el 43.6% y la TVE (14.2%) el 25% (tabla 14).

El análisis de la cohorte antigua (1935-50) en **Alemania**, registra una TMT que igual a 69.5% que se explica por una tasa de movilidad vertical (TV) de 52.3% y una de movilidad horizontal (TNV) de 17.2%. La herencia es de 30.5%, la más baja en la evolución intercohortes, superior a la tasa de descenso (TD) (17.8%) —la más baja junto a la de la cohorte intermedia en la evolución intercohortes— y a la de ascenso (TA) (34.4%). La TNV (17.2%) es la más alta en la evolución intercohortes, cuando esta disminuye en las dos cohortes más jóvenes, lo hará respondiendo a un incremento de la TA y, en menor medida,

a un aumento de la herencia en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, así como por un incremento del nivel de herencia y de la TD en la cohorte joven respecto a la antigua. La disminución de la TNV en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, repercute con mayor fuerza sobre la TA (aumenta 1.9 puntos porcentuales) y, en menor medida, sobre la herencia (aumenta 1.3 puntos porcentuales) (tablas 12 y 13). Por cada individuo nacido en la cohorte vieja que desciende, 1.9 experimentan ascenso (TA/TD), mientras que por cada individuo que experimenta movilidad horizontal, 3 son móviles verticales (TV/TNV). En la desagregación de la TV (52.3%), la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (16%) contribuye al 30.6% de su composición, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (27.2%) al 52% y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (9.1%) al 17.4% (tabla 12).

En la cohorte intermedia (1951-75) y con respecto a la cohorte vieja, la TMT (68.7%) decrece en apenas 0.8 puntos porcentuales, tras tener lugar una disminución en la TNV (14.5%) de 2.7 puntos porcentuales que el crecimiento de la TV (54.2%) en 1.9 puntos porcentuales no logra compensar (tablas 12 y 13). En la evolución desde la cohorte más vieja a la cohorte intermedia, pasa de 3 a 3.7 el número de móviles verticales por cada móvil horizontal y de 1.9 a 2 el número de móviles ascendentes por cada descendente. En la evolución de la cohorte más vieja a la intermedia, aumenta la herencia en 0.8 puntos porcentuales y la TA lo hace en 1.9 puntos, mientras que la TD se mantiene constante entre ambas cohortes (17.8%). El impacto del aumento de la herencia de clase sobre la TMT, puede considerarse como débil (pasa de 69.5% a 68.7%), afectando ligeramente el nivel de rigidez de la estructura de movilidad de clases. En la desagregación de la TV (54.2%), se observa una TVC (16.9%) que conforma el 31.2% de su volumen absoluto total, una TVL (29.7%) que constituye el 54.8% y una TVE (7.6%) que compone el 14% (tabla 13).

En la cohorte más joven (1976-86), la TMT decrece respecto a la cohorte intermedia (pasa de 68.7% a 65.8%) como respuesta a la disminución sufrida por la TV de 4.5 puntos porcentuales —y de 2.6 puntos respecto a la cohorte más vieja— y de la TNV de 1.6 puntos porcentuales (tablas 13 y 14). Una TNV de 16.1% registrada en la cohorte joven, termina por definir una pauta de decrecimiento desde la cohorte vieja hacia la cohorte intermedia que repunta hacia la cohorte joven, aunque sin alcanzar el nivel inicial advertido en la cohorte vieja (17.2%, 14.5% y 16.1%, respectivamente). El incremento de la TNV en el cambio de cohortes entre la intermedia y la joven, responde más a la variación de la TA, que decrece, que a las experimentadas en la herencia y TD, que registran aumentos. La herencia evoluciona con aumentos progresivos intercohortes desde la cohorte vieja a la joven (30.5%, 31.3% y 34.2%, respectiva-

mente), mientras que la TD se mantiene invariante desde la cohorte más vieja a la intermedia para decrecer luego en la joven (17.8%, 17.8% y 20.1%, respectivamente). La TA, por su parte, lo hace aumentando en la cohorte intermedia respecto a la cohorte vieja, para reducirse luego hacia la cohorte joven (34.4%, 36.3% y 29.6%, respectivamente). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal para los nacidos en el período comprendido por la cohorte joven, es de 3.1 a 1, definiendo una pauta intercohortes de incremento y posterior reducción (3, 3.7, y 3.1 a 1, respectivamente), mientras que el número de móviles ascendentes por cada móvil descendente es de 1.5 a 1, quedando definida una tendencia en la que la relación ascendentes-descendentes aumenta tenuemente en el cambio de cohortes desde la más vieja a la intermedia, para descender *a posteriori* desde la intermedia hacia la más joven (1.9, 2 y 1.5 a 1, respectivamente). En la desagregación de la TV (49.7%), se constata que la TVC (17.8%) constituye el 35.8% de su volumen absoluto total, la TVL (25.3%) el 50.9% y la TVE (6.6%) el 13.3% (tabla 12).

14.2. Tasas agregadas y desagregadas, cambio temporal en los casos latinoamericanos

Para el caso de **Chile**, en la cohorte más vieja (1930-50) la TMT es de 75.3%, resultado de una tasa de movilidad vertical (TV) igual a 41.2% y una de movilidad horizontal (TNV) de 34.1%. La herencia de clase es de 24.7%, por encima de la tasa de descenso (TD) (8.8%) —ambas las más bajas en la evolución intercohortes— y de la tasa de ascenso (TA) (32.4%) (tabla 12). Cuando la TNV disminuya en las dos cohortes más jóvenes, lo hará por un incremento de la herencia y la tasa de descenso (TD) en la cohorte intermedia respecto a la vieja y por un aumento de la herencia, la TA y la TD en el cambio de cohortes desde la intermedia hacia la joven. La disminución de la TNV en la cohorte intermedia respecto a la vieja, impacta con mayor fuerza sobre la herencia que sobre la TD —aumentando 5 puntos porcentuales la primera y 2.4 puntos la segunda— y sobre la TA con mayor fuerza que sobre la TD y la herencia en el cambio desde la cohorte intermedia hacia la joven —aumentando 4.9 puntos porcentuales la primera, 2.4 puntos la segunda y 1.1 puntos la tercera—. Por cada individuo nacido en el período comprendido por la cohorte vieja que desciende, 3.7 experimentan movilidad ascendente (TA/TD), mientras que por cada individuo que experimenta movilidad horizontal, 1.2 individuos son móviles verticales (TV/TNV). En la desagregación de la TV (41.2%), la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (5.5%) conforma el 13.4% de su volumen total absoluto, la tasa de movi-

lidad vertical larga (TVL) (28.6%) el 69.4% y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (7.1%) el 17.2% (tabla 12).

Respecto a la cohorte intermedia (1951-75) y con relación a la cohorte más vieja, la TMT disminuye 5 puntos porcentuales (70.3%) tras experimentar la TNV una disminución de 5.6 puntos porcentuales acompañada de una TV que se mantiene casi constante al pasar de 41.2% a 41.7% en el cambio de cohortes (de la antigua a la intermedia) (tablas 12 y 13). Aumenta de 1.2 a 1.5 el número de móviles verticales por cada móvil horizontal, y disminuye de 3.7 a 2.7 el número de móviles ascendentes por cada móvil descendente en la cohorte intermedia respecto a la vieja. Asimismo, aumenta la herencia en 5 puntos porcentuales y la TD en 2.4 puntos porcentuales, mientras que la TA desciende 1.9 puntos. En la cohorte intermedia respecto a la más vieja, si bien aumenta la TD, disminuye la TA acompañada de un aumento de la herencia, lo que genera un efecto reductor sobre la TMT (de 75.3% a 70.3%), restando apertura a la estructura de oportunidades de movilidad social. En la descomposición de la TV (41.7%), se observa que la tasa de movilidad vertical corta (TVC), que es de 8.3%, conforma el 19.9% de su volumen total, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (20.4%) el 48.9% y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (13%) el 31.2% (tabla 13).

En el período de la cohorte más joven (1976-86), la TMT (69.2%) desciende respecto a la corte intermedia (70.3%), respondiendo a una disminución de la TNV de 8.3 puntos porcentuales —y de 13.9 puntos respecto a la cohorte más vieja— en el cambio de cohorte desde la intermedia hacia la joven y que el aumento de la TV (7.3 puntos porcentuales) no logra compensar (tablas 13 y 14). Con una TNV de 20.2% en la cohorte más joven, se cierra una pauta decreciente sostenida en la evolución intercohortes (34.1%, 28.5% y 20.2%, respectivamente). En el caso concreto de la reducción del nivel de la TNV en el pasaje de la cohorte intermedia a la cohorte joven, se explica por las variaciones incrementales tanto en la herencia (de 1.1 puntos porcentuales), como en la TD (de 2.4 puntos) y la TA (de 4.9 puntos). La herencia evoluciona cerrando una pauta decreciente progresiva intercohortes (24.7%, 29.7% y 30.8%, respectivamente). La TA evoluciona cerrando una pauta de decrecimiento desde la cohorte vieja hacia la intermedia para luego incrementarse hacia la cohorte joven (32.4%, 30.5% y 35.4%, respectivamente), mientras que la TD lo hace cerrando una pauta de incrementos graduales intercohortes (8.8%, 11.2% y 13.6%, respectivamente). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal, es de 2.4 a 1, definiendo una pauta incremental gradual intercohortes (1.2, 1.5 y 2.4 a 1, respectivamente) mientras que el número de móviles ascendentes por cada móvil descendente es de 2.6 a 1, cerrando una pauta de crecimiento en la progresión intercohortes (3.7, 2.7 y 2.6 a 1, respectivamente). En

la descomposición de la TV (49%), se observa que la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (6.9%) conforma el 14.1% de su volumen total absoluto, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (26.6%) el 54.3 % y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (15.5%) el 31.6% (tabla 14).

En **México** en la cohorte más vieja (1947-60) la TMT es de 66%, producto de una tasa de movilidad vertical (TV) del 43% y una de movilidad horizontal (TNV) de 23%, siendo la más baja de las TMT de las cohortes viejas (antiguas) del conjunto de países latinoamericanos bajo estudio (tabla 12). La herencia es igual a 34%, superior a la tasa de descenso (TD) (8.2%) e inferior a la tasa de ascenso (TA) (34.7%), constituyendo la más alta en la evolución intercohortes en México (tablas 12, 13, y 14), así como la más elevada entre las cohortes viejas (antigua) para el conjunto de países latinoamericanos bajo análisis (tabla 12). Cuando la TNV aumente en las dos cohortes más jóvenes, lo hará respondiendo a una reducción de la herencia en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, así como por una reducción del nivel de la TA en el cambio de cohortes desde la intermedia hacia la joven. El aumento de la TNV en la cohorte intermedia respecto a la más vieja, incide sobre la herencia (que disminuye en 11.3 puntos porcentuales), mientras que en el cambio de cohortes desde la intermedia hacia la joven, incide con mayor fuerza sobre la TA (que disminuye 7.6 puntos porcentuales) que en la TD y la herencia. Por cada nacido durante el período definido por la cohorte vieja que experimenta descenso social, 4.2 individuos ascienden en la estructura de clases (TA/TD), así como por cada individuo que experimenta movilidad horizontal, 1.9 individuos son móviles verticales (TV/TNV). En la desagregación de la TV (43%), la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (5.2%) conforma el 12.1% de su volumen total absoluto, la tasa de movilidad vertical larga (TVL) (29.8%) el 69.3% y la tasa de movilidad vertical extensa (TVE) (8%) el 18.6% (tabla 12).

En la cohorte intermedia (1961-75) y con relación a la cohorte más vieja, la TMT aumenta 11.3 puntos porcentuales (77.3%), que se explica por un aumento de la TV de 7.5 puntos porcentuales y de la TNV en 3.8 puntos porcentuales (tablas 12 y 13). En el cambio entre cohortes, desde la más vieja a la intermedia, el número de móviles verticales por cada móvil horizontal se mantiene constante (1.9 a 1 en ambas cohortes), mientras que el número de móviles ascendentes por cada descendente decrece a 3.6 a 1. La herencia disminuye 11.3 puntos porcentuales, mientras que las tasas de descenso y ascenso aumentan 4.7 y 2.8 puntos porcentuales, respectivamente. En la cohorte intermedia respecto a la cohorte vieja, el aumento de la TA y de la TD, acompañado de la disminución de la herencia, ofrece un panorama de mejoría en materia de oportunidades de movilidad social que se refleja en un efecto acrecentador de la TMT (de 66%

a 77.3%), desrigidizando la estructura de movilidad. En la descomposición de la TV (50.5%) se observa que la TVC (5.9%) conforma el 11.7 % de su volumen total absoluto, la TVL (28.5%) el 56.4% y la TVE (16.1%) el 31.9% (tabla 13).

En la cohorte más joven (1976-86) la TMT se mantiene en un nivel alto, aunque con un decrecimiento respecto a la cohorte intermedia, pasando de 77.3% a 73%. La disminución de la TMT responde a una disminución de la TV de 5.7 puntos porcentuales en la cohorte joven respecto a la intermedia y que el aumento de la TNV no logra compensar (tablas 13 y 14). La TNV de 28.2% observada en la cohorte joven, cierra una pauta de incrementos sostenidos en la evolución intercohortes (23%, 26.8% y 28.2%, respectivamente). El aumento de la TNV desde la cohorte intermedia hacia la cohorte más joven, se explica mejor por la variación en la TA (disminución de 7.6 puntos porcentuales), que por las variaciones experimentadas en la TD y la herencia de clase. La herencia evoluciona con un decrecimiento desde la cohorte vieja hacia la intermedia para repuntar luego en la cohorte joven, pero sin alcanzar el nivel inicial registrado en la cohorte antigua (34%, 22.7% y 27%, respectivamente). La TA evoluciona con incremento desde la cohorte vieja hacia la intermedia, para disminuir *a posteriori* desde la cohorte intermedia hacia la joven (34.7%, 39.4% y 31.8%, respectivamente), mientras que la TD registra una pauta de variación incremental sostenida intercohortes (8.2%, 11% y 13%, respectivamente). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal decrece para los nacidos durante el período definido por la cohorte joven (relación de 1.6 a 1), mientras que el número de móviles ascendentes por cada móvil descendente disminuye, cerrando una pauta de decrecimientos sostenidos intercohortes (4.2, 3.6 y 2.5 a 1, respectivamente). Al descomponer la TV (44.8%), se observa que la TVC (6.7%) conforma el 14.9% de su volumen total absoluto, la TVL (28.4%) el 63.3% y la TVE (9.8%) el 21.8% (tabla 14).

En el caso de **Uruguay**, en la cohorte de nacimiento vieja (1931-50) la TMT es igual a 72.8%, una tasa elevada para el contexto latinoamericano bajo estudio y responde a una TV de 53.3% y una TNV de 19.6% (tabla 12). La herencia de clase es de 27.2%, la más baja en la evolución intercohortes, la TA es de 32.6% y la TD de 20.7%, siendo esta última la más elevada en la progresión intercohortes. Cuando la TNV disminuya hacia la cohorte intermedia, será resultado del incremento experimentado en la herencia y la TA. Esta disminución de la TNV, impactará con mayor fuerza sobre la TA que sobre la herencia en el cambio de cohortes desde la vieja hacia la intermedia, aumentando 3.5 puntos porcentuales la primera y 3.1 la segunda, respectivamente. Por cada individuo nacido en el período definido por la cohorte vieja que experimenta descenso social, 1.6 individuos experimentan ascenso, mientras que la relación entre quienes se

movilizan verticalmente y quienes lo hacen horizontalmente es de 2.7 a 1. En la descomposición de la TV (53.3%), se observa que la tasa de movilidad vertical corta (TVC) (14.1%) conforma el 26.5% de su volumen total absoluto, la TVL (33.7%) el 63.3 % y la TVE (5.4%) el 10.2% (tabla 12).

En la cohorte intermedia (1951-75) y con relación a la cohorte más vieja, la TMT disminuye 3.1 puntos porcentuales (pasa de 72.8% a 69.7%), debido al descenso de la TV en 1.9 puntos porcentuales (51.4%) y de la TNV en 1.3 puntos porcentuales (18.3%) (tablas 12 y 13). Aumenta ligeramente de 2.7 a 2.8 el número de móviles verticales por cada móvil horizontal y, significativamente, el de ascendentes por cada móvil descendente, que pasa de 1.4 a 2.4. En la evolución de la cohorte vieja hacia la intermedia, la herencia aumenta 3.1 puntos porcentuales y la TA 3.5 puntos, mientras que la TD disminuye 5.4 puntos porcentuales. En la cohorte intermedia respecto a la más vieja, si bien aumenta levemente la TA, disminuye la TD acompañada de un aumento de la herencia que impacta sobre la TMT (pasa de 72.2% a 65.7%), intensificando la rigidización de la estructura de movilidad social en la sociedad uruguaya para el período. Tras desagregar la TV (51.4%) de la cohorte intermedia, se observa que la TVC (13.9%) conforma el 27% de su volumen total absoluto, la TVL (27.1%) el 52.7% y la TVE (10.4%) el 20.3% (tabla 13).

El análisis de la cohorte más joven (1976-86), informa de una TMT que disminuye respecto a la corte intermedia marcando una tendencia decreciente sostenida desde la cohorte más vieja hacia la más joven (72.8%, 69.7% y 67.3%, respectivamente). Esta disminución hacia la cohorte joven respecto a la intermedia, se explica por un incremento de la TNV en 2.4 puntos porcentuales —y de 1.1 puntos respecto a la cohorte más vieja—, que no compensa la variación de la TV, que registra disminución, mientras que la disminución de la TMT en la cohorte joven respecto a la vieja, se explica por una disminución de ambas (TNV y TV) (tablas 12, 13 y 14). Una TNV de 20.7% en la cohorte más joven, cierra una pauta de disminución y aumento intercohortes que supera en la cohorte joven el nivel inicial observado en la cohorte antigua (19.6%, 18.3% y 20.7%, respectivamente). El aumento de la TNV en el pasaje de la cohorte intermedia a la cohorte joven, se explica mejor por la variación que experimenta la TA (reducción de 2.4 puntos porcentuales), que por las variaciones registradas en la TD y la herencia de clases. Esta última evoluciona con incrementos intercohortes progresivos desde la cohorte más vieja a la más joven (27.2%, 30.3% y 32.7%, respectivamente). Por su parte, la TA registra variaciones intercohortes de incremento y posterior disminución (32.6%, 36.1% y 28.2%), mientras que la TD advierte una pauta de reducción y posterior aumento desde la cohorte intermedia a la joven, pero sin alcanzar el nivel inicial de la primera cohorte (20.7%, 15.3% y 18.5%,

respectivamente). La relación de móviles verticales por cada móvil horizontal disminuye a 2.3 verticales por cada 1 horizontal, definiendo una pauta de escasa variación entre las cohortes (2.7, 2.8 y 2.3 a 1, respectivamente), mientras que la relación de móviles ascendentes por cada móvil descendente, decrece a 1.5 a 1, definiendo una pauta intercohortes de crecimiento y posterior reducción (1.6, 2.4 y 1.5, respectivamente). Las variaciones entre móviles ascendentes por cada móvil descendente en la sociedad uruguaya, contrasta tanto con el caso de Chile, donde se observa una pauta sostenida de decrecimiento que se debilita hacia la cohorte joven, como con el de México, donde se observa una pauta sostenida decreciente que, a la inversa de lo que sucede en el caso chileno, se intensifica hacia la cohorte joven. En la descomposición de la TV (46.7%), se observa que la TVC (11.8%) conforma el 25.3% de su volumen total absoluto, la TVL (27.6%) el 59.1% y la TVE (7.3%) el 15.6% (tabla 14).

Tabla 12.
Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina. Cohorte 1 (antigua) (1930-50, 1931-50, 1935-50, 1947-60)

Tasas	Selección de países						
	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
TMT	69.3	73.1	74.2	69.5	75.3	66.0	72.8
TV	47.0	55.8	64.1	52.3	41.2	43.0	53.3
TNV	22.3	17.3	10.1	17.2	34.1	23.0	19.6
TV/TNV	2.1	3.2	6.3	3.0	1.2	1.9	2.7
TA	28.6	39.7	32.1	34.4	32.4	34.7	32.6
TD	18.4	16.1	32.1	17.8	8.8	8.2	20.7
H	30.7	26.9	25.8	30.5	24.7	34.0	27.2
TA/TD	1.6	2.5	1.0	1.9	3.7	4.2	1.6
TVC	17.7	15.2	25.3	16.0	5.5	5.2	14.1
TVL	20.8	26.2	27.0	27.2	28.6	29.8	33.7
TVE	8.5	14.5	11.8	9.1	7.1	8.0	5.4
TVCA	8.1	5.1	7.0	6.3	3.8	3.1	10.9
TVLA	15.2	22.9	19.0	20.8	24.7	25.9	18.5
TVEA	5.3	11.7	6.2	7.4	3.8	5.7	3.3
TVCD	9.5	10.0	18.3	9.7	1.6	2.0	3.3
TVLD	5.7	3.3	8.1	6.4	3.8	3.9	15.2
TVED	3.2	2.8	5.7	1.7	3.3	2.3	2.2
<i>n</i>	283	428	633	639	182	1143	92

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS 2010 y EMOVI 2011.

Tabla 13.
Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina. Cohorte 2 (intermedia) (1951-75, 1961-75)

Tasas	Selección de países						
	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
TMT	75.2	66.3	68.4	68.7	70.3	77.3	69.7
TV	53.1	55.2	59.2	54.2	41.7	50.5	51.4
TNV	22.1	11.1	9.3	14.5	28.5	26.8	18.3
TV/TNV	2.4	5.0	6.4	3.7	1.5	1.9	2.8
TA	33.3	36.1	28.1	36.3	30.5	39.4	36.1
TD	19.8	19.1	31.1	17.8	11.2	11.0	15.3
H	24.8	33.7	31.6	31.3	29.7	22.7	30.3
TA/TD	1.7	1.9	0.9	2.0	2.7	3.6	2.4
TVC	17.1	13.5	21.0	16.9	8.3	5.9	13.9
TVL	27.1	30.6	24.3	29.7	20.4	28.5	27.1
TVE	9.0	11.1	13.8	7.6	13.0	16.1	10.4
TVCA	7.7	5.0	3.2	6.4	4.6	3.6	10.8
TVLA	20.1	24.1	17.1	24.9	16.2	23.9	18.0
TVEA	5.6	7.0	7.9	5.0	9.7	12.0	7.3
TVCD	9.4	8.5	17.9	10.4	3.6	2.3	3.2
TVLD	7.0	6.5	7.2	4.9	4.3	4.6	9.1
TVED	3.4	4.1	6.0	2.5	3.3	4.1	3.1
<i>n</i>	702	540	789	1150	1644	2568	1012

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS 2010 y EMOVI 2011.

Tabla 14.
Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa y América Latina. Cohorte 3 (joven) (1976-86)

Tasas	Selección de países						
	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
TMT	71.0	66.3	64.7	65.8	69.2	73.0	67.3
TV	56.5	53.8	56.7	49.7	49.0	44.8	46.7
TNV	14.5	12.6	8.0	16.1	20.2	28.2	20.7
TV/TNV	3.9	4.3	7.1	3.1	2.4	1.6	2.3
TA	33.3	30.7	26.5	29.6	35.4	31.8	28.2
TD	23.1	23.1	30.2	20.1	13.6	13.0	18.5
H	29.0	33.7	35.3	34.2	30.8	27.0	32.7
TA/TD	1.4	1.3	0.9	1.5	2.6	2.5	1.5
TVC	21.3	21.1	17.8	17.8	6.9	6.7	11.8
TVL	26.9	23.6	24.7	25.3	26.6	28.4	27.6
TVE	8.3	9.0	14.2	6.6	15.5	9.8	7.3
TVCA	9.3	5.5	1.8	5.2	3.6	1.9	5.5
TVLA	18.8	20.1	17.5	20.1	20.2	22.7	17.6
TVEA	5.2	5.0	7.3	4.3	11.6	7.3	5.1
TVCD	12.0	15.6	16.0	12.6	3.3	4.8	6.3
TVLD	8.0	3.5	7.3	5.2	6.4	5.7	9.9
TVED	3.1	4.0	6.9	2.3	3.9	2.5	2.2
<i>n</i>	324	199	275	348	890	2224	493

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS 2010 y EMOVI 2011.

CAPÍTULO VII

Fluidez social comparada cambio temporal en Europa y América Latina

15. Análisis de la movilidad social relativa en Europa y América Latina

15.1. Criterios para la evaluación de los modelos de fluidez social

Entre los indicadores que se emplean en esta investigación para evaluar los modelos de movilidad social relativa, se encuentra el estadístico de la bondad de ajuste o de desviación, denominado por la literatura anglosajona como “razón de verosimilitud” (*likelihood ratio*) y representado como G^2 o L^2 . El valor de la probabilidad asociada a este estadístico se aplica como prueba de hipótesis, en la cual la hipótesis nula (H_0) afirma el ajuste del modelo teórico explicativo a los datos observados en la matriz de transición de movilidad y la hipótesis alternativa (H_1) afirma el desajuste del modelo a los datos negando la afirmación contenida en la hipótesis nula. En otros términos, la hipótesis alternativa afirma la existencia de diferencias estadísticamente significativas entre las frecuencias observadas en la matriz de transición de movilidad y las frecuencias esperadas bajo el modelo teórico puesto a prueba. Si la hipótesis nula se acoge, es posible afirmar que existe bondad de ajuste del modelo, lo que se consigue cuando la probabilidad asociada al estadístico L^2 es mayor (Boado, 2011, p. 85) o mayor e igual (Fachelli y López-Roldán, 2012, p. 19) a $\alpha=0.05$. A la satisfacción de este criterio se le denomina *principio* o *criterio de suficiencia* (Boado, 2011, p. 85).

Acogida la hipótesis nula con base en el cálculo de la probabilidad asociada a la bondad de ajuste (L^2), se evalúa el grado de adecuación de los modelos loglineales explicativos de la movilidad social relativa. Esto requiere que un modelo oficie de referencia (*baseline model*) en la comparación entre modelos. Este es el denominado modelo saturado, que se emplea por ser el que mejor satisface todos los criterios y parámetros de ajuste a los datos observados. Alternativa-

mente, puede considerarse el modelo de independencia de Glass como modelo de referencia. Este modelo propuesto por Glass (1954), formula la hipótesis de la existencia de una independencia estadística entre los orígenes y destinos de clase social, sugiriendo la existencia de una movilidad perfecta. Cuando se asume el modelo de independencia como modelo base, el modelo que muestre una razón de verosimilitud (L^2) de valor inferior —ocasionalmente acompañada de un número menor de grados de libertad— a la observada en el modelo de referencia (modelo de independencia), pasa a considerarse más parsimonioso (principio de simplicidad) en la explicación del patrón de movilidad social existente, resultando por consiguiente preferible. El método para evaluar la adecuación de los modelos se basa en ir calculando las diferencias entre las razones de verosimilitud (L^2) de los mismos y comparando por regla general de dos en dos modelos, sea que se compare un modelo puesto a prueba con el modelo de referencia, o bien, dos modelos cualesquiera entre sí (Boado, 2011, p. 86).

El criterio o principio de parsimonia (*parsimony*), simplicidad o de economía de la información, es otro criterio científico que, complementario del criterio de suficiencia, contribuye a la evaluación del grado de adecuación de los modelos a los datos de movilidad social observados. La pertinencia de incorporar el principio de parsimonia a la evaluación, resulta de la observación y acuerdo de algunos autores (Powers y Xie, 2000; Raftery, 1986) respecto a la existencia de una predisposición hacia la aceptación de determinados modelos considerados complejos en detrimento de otros considerados simples en los estudios sobre movilidad. Esta situación, fuerza un sesgo en la evaluación de los modelos que tiene por efecto el descarte de aquellos considerados “simples”, basada en la única consideración de su ausencia de complejidad. Estos autores, sostienen que los modelos considerados simples pueden llegar a ser igual o más explicativos que los modelos preferidos por su complejidad. El criterio de parsimonia, sugiere que el modelo que da cuenta de las características de los datos empleando el menor número de parámetros posibles, resulta ser el que mejor se ajusta y, por consiguiente, el que se debe acoger.

Existe una batería de indicadores que complementan el uso del estadístico (L^2) en la evaluación del grado de parsimonia que caracteriza a los modelos que se comparan, proveyendo mayor información y haciendo más precisa la toma de decisión respecto la adecuación de los modelos. El análisis desarrollado en esta sección, se acoge a la observación efectuada por Boado, según la cual “ante situaciones complejas, donde más de un modelo podría ajustar a los datos, es necesario basarse en varios criterios y ver cómo convergen entre sí cada uno de ellos para sostener nuestras hipótesis” (2011, p. 105). Uno de los indicadores que aportan a la evaluación del grado de ajuste del modelo es el Criterio de

Información Bayesiano (BIC, de su sigla en inglés *Bayesian Information Criterion*), que sirve para evaluar la relación en verosimilitud entre dos modelos cuando se está ante muestras de gran tamaño (iguales o mayores a 2000 casos) (Fachelli y López-Roldán, 2012, p. 20). Cuanto menor es el valor de BIC, mejor satisface el modelo el principio de simplicidad.

Un segundo estimador de utilidad en la evaluación del mejor grado de ajuste de los modelos es el índice de disimilaridad (Δ), a veces denominado índice de disimilitud D (Solís, 2014a, p. 40),¹ el cual sintetiza el nivel de discrepancia entre la distribución de los datos observados y la de los datos esperados bajo el modelo teórico puesto a prueba. El índice de disimilaridad, informa del porcentaje de casos que deberían ser reclasificados para alcanzar la situación de independencia, por consiguiente, cuanto menor es su valor, mayor es el ajuste del modelo a los datos y, por consiguiente, preferible. Un tercer estimador a considerar en la evaluación del grado de ajuste del modelo, es el coeficiente de determinación múltiple Pseudo R^2 de Goodman. Este ofrece información sobre la capacidad del modelo para dar cuenta de las asociaciones observadas entre las variables bajo estudio; en este caso, cohortes de nacimiento, orígenes y destinos de clase. Se calcula restando a 1 el cociente de dividir el L^2 del modelo puesto a prueba por el L^2 del modelo de referencia (*baseline model*), pudiendo estimar así, la variabilidad entre los modelos puestos a prueba respecto al modelo base. A mayor valor del coeficiente Pseudo R^2 de Goodman, mejor explica el modelo teórico los datos de movilidad observados, esto es, mayor es su ajuste.

El cuarto estimador a ser considerado en el análisis y evaluación del grado de adecuación de los modelos es el estandarizador de Schwartz, desarrollado por Erikson y Goldthorpe (1993) se lo representa como $L^2(S)$. Este estimador relaciona más de dos variables al mismo tiempo y mejora la medición efectuada por la razón de verosimilitud (L^2), a razón de que suele ser sensible al tamaño muestral. El estimador $L^2(S)$ estandariza al estimador L^2 ofreciendo una medida normalizada que rectifica su valor y mejora el ajuste de los modelos con mayor grado de simplicidad (Fachelli y López-Roldán, 2012). Se aplica como la prueba de hipótesis de la bondad de ajuste (L^2), interpretando su probabilidad asociada —expresada como Sig. $L^2(S)$ — sobre un nivel de significación de 0.05 para poder decidir la acogida o rechazo de la hipótesis nula (H_0).

¹ No debe confundirse con el también denominado *índice de disimilitud* (ID) empleado como medida de las diferencias en las distribuciones marginales de origen y destino de clase en el análisis de las matrices de movilidad social absoluta, como se realizó en esta investigación en secciones previas.

15.2. Patrones de fluidez social en selección de países europeos

En el análisis de la movilidad social relativa para las variables origen y destino, se integran los modelos *saturado*, *independencia*, *cuasi-independencia*, *esquinas de Hout* y *topológico de Hauser*. En el análisis de la movilidad social relativa para las variables origen, destino de clase y cohortes de nacimiento, los modelos aplicados son *saturado*, *independencia condicional*, *fluidez social constante (CnSF)* y *diferencia uniforme (unidiff)*. El modelo unidiff empleado en este trabajo, sigue el antecedente de investigación fijado por autores como Torche (s.a) y Solís (2014c), por lo que se recogen los resultados de este modelo ejecutado en el software Stata bajo la modalidad de “interacción completa” (*full interaction*) —mediante la cual se reducen los grados de libertad (gl) y se obtiene una mejora en la bondad de ajuste e índice de disimilitud respecto al modelo CnSF—, en lugar de la modalidad de “asociación uniforme” (*uniform association*) empleada por otros autores (e.g. Fachelli y López-Roldán, 2012, p. 23). Por su parte, el modelo saturado oficia aquí de modelo de referencia que, utilizando todos los parámetros disponibles, deviene en el modelo que mejor ajusta, al tiempo que el menos parsimonioso. Alternativamente, el modelo de independencia en el análisis entre orígenes y destinos de clase y el modelo de independencia condicional en el análisis entre orígenes, destinos de clase y cohortes de nacimiento, son también y eventualmente asumidos como modelos de referencia (*baseline models*).

15.2.1. España: movilidad de corto alcance concentrada en los extremos y fluidez social estancada hacia la generación joven 1976-86

En el análisis de los modelos para el caso de **España**, se constata que el **modelo de independencia**, que afirma la hipótesis de la existencia de una movilidad perfecta entre orígenes y destinos de clase —ausencia de condicionamiento de los orígenes sobre los destinos—, no se ajusta a los datos de la matriz de transición, en consecuencia, se concluye que es un modelo que no puede ser acogido. Se trata de un modelo que formula una hipótesis demasiado exigente y poco factible, en la medida que afirma la inexistencia de asociación entre orígenes y destinos de clase. El no ajuste del modelo viene dado por una probabilidad asociada inferior al 5%, o lo que es lo mismo, un nivel de significación (Sig.) menor a 0.05, que conduce al rechazo de la hipótesis nula —hipótesis que sostiene que el modelo se ajusta— en la prueba estadística de bondad de ajuste (tabla 15). El **modelo de cuasi-independencia**, menos exigente que el modelo anterior en la formulación de su hipótesis al afirmar la existencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos que va más allá del efecto de herencia, resulta prefe-

rible al modelo de independencia. Con una razón de verosimilitud (L^2) menor, un número de grados de libertad más pequeño y un BIC e índice de disimilitud más reducidos, el modelo de cuasi-independencia es preferible al modelo de independencia. No obstante, el modelo no satisface el criterio de suficiencia, al registrar una probabilidad asociada a L^2 menor al 5%, o lo que es lo mismo, un nivel de significación (Sig.) por debajo de 0.05, por lo cual la hipótesis nula es rechazada en la prueba estadística de la bondad de ajuste (tabla 15).

En contraste con los modelos de independencia y cuasi-independencia, el **modelo de esquinas** de Hout formula la hipótesis de la existencia de un “circuito cerrado” en la cumbre y en la base de la estructura de clases que supone la existencia de una movilidad social bastante estrecha y próxima a la reproducción. Aunque el ajuste del modelo de esquinas quebradas de Hout no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, es decir, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), el modelo registra la más baja razón de verosimilitud L^2 , el número de grados de libertad más bajo, el BIC más bajo (-123.39) —el peso del estimador BIC hay que considerarlo con cautela en la evaluación de los modelos cuando se aplica sobre muestras menores a 2000 casos, como resulta ser la de España—, un índice de disimilitud reducido (8.9%) entre los modelos y explica un 80.7% mejor los datos que el modelo base (Pseudo R^2 más alto entre los modelos) (tabla 13). De la valoración de este conjunto de indicadores, surge que el modelo de esquinas de Hout es preferible al resto de modelos hasta aquí evaluados, por lo que, con las reservas del caso previamente señaladas, se acoge la hipótesis que formula modelo, pudiéndose sostener que la tendencia hacia la movilidad de corto alcance tiene lugar en las clases de la cumbre y base de la estructura en comparación con las clases de la zona media o de amortiguación.

El **modelo topológico** de Hauser se integra al análisis a razón de que los modelos simétricos no siempre resultan ser los más óptimos, al margen de los buenos ajustes que puedan registrar. Un buen ejemplo de ello ocurre cuando la movilidad social ascendente resulta ser más frecuente que la descendente, dando por resultado que los modelos teóricos simétricos tiendan a mostrar ajustes bajos o nulos a los datos. Una segunda ventaja adicional del modelo de Hauser y de los modelos topológicos en general, es que considera:

[Los] patrones diferenciados de movilidad mediante la identificación de casillas o grupos de casillas que tienen valores similares en las razones de razones (*odds ratio*) (...) y los agrupa en tipos (o niveles) configurando un mapa de interacciones entre orígenes y destinos en el que se expresan distintos patrones (niveles topológicos). (Fachelli y López-Roldán, 2012, p. 24)

El modelo topológico de Hauser formula la hipótesis de la existencia de una mayor rigidez y reproducción en las clases más bajas respecto a las más altas, en las cuales existiría una mayor fluidez social. En la evaluación comparativa del modelo, con base en los resultados observados en sus estimadores —los que por otra parte no muestran mejoría respecto a los indicadores del modelo de Hout, evidenciando un L^2 y BIC más elevados y un $\text{pseudo}R^2$ más bajo— y la insatisfacción de los criterios de simplicidad y suficiencia, con una probabilidad asociada a L^2 menor a 5%, se concluye el rechazo del modelo topológico, lo que sugiere que la propensión a la rigidez y reproducción no es mayor en las clases más bajas que en las clases más altas, en las cuales no existiría una mayor fluidez social (tabla 15).

En una segunda fase analítica, el estudio de la movilidad social relativa introduce la dimensión temporal a partir de la variable cohortes (C) de nacimiento que se integra en el análisis junto a las variables origen (O) y destino (D) de clase. Para el caso de España, el primer modelo puesto a prueba en este análisis es el de **independencia condicional** que, de forma análoga al modelo de independencia de Glass, formula la hipótesis de no existencia de correlación entre los orígenes sobre los destinos de clase social luego de fijar los marginales, o lo que es lo mismo, la hipótesis de la existencia de independencia estadística entre unos y otros. La evaluación de los estimadores que registra el modelo, conduce hacia la conclusión de rechazo del mismo. Con base en la prueba estadística de la bondad de ajuste y sin lograr satisfacer el criterio de suficiencia con una probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 menor al 5% —nivel de significación (Sig.) inferior a 0.05—, se decide el rechazo de la hipótesis nula que afirma el ajuste del modelo a los datos. Adicionalmente a la prueba de bondad de ajuste, el modelo muestra un índice de disimilitud (18%) y una razón de verosimilitud L^2 (314.609) (tabla 15), que son los más altos en la comparación entre modelos, todo lo cual refuerza la conclusión de que el modelo no ajusta y ha de ser rechazado. El arribo a la conclusión por el rechazo del modelo de independencia condicional es en buen grado esperable, en la medida que la hipótesis que busca sustentar resulta ser bastante exigente. En contrapartida, es un modelo que resulta funcional como modelo base en la comparación entre modelos y, muy especialmente, en la comparación y evaluación del modelo de fluidez social constante (CnsF) (Echeverría Zabalza, 1999, p. 584).

En este sentido, el modelo de independencia condicional habilita el conocimiento de la proporción en que su propio valor del estadístico de bondad de ajuste L^2 , puede ser explicado por el modelo de fluidez social constante, en otras palabras, permite conocer la proporción en que su razón de verosimilitud L^2 se reduce cuando se integra al análisis la razón de verosimilitud L^2 del

modelo de fluidez social constante. Esta proporción se expresa mediante el coeficiente pseudo R^2 , que para el caso de España con la introducción del **modelo de fluidez social constante (CnSF)** —que formula la hipótesis de la existencia de un patrón de movilidad y reproducción que se presenta como constante a través del tiempo,² esto es, de una generación hacia otra— es de 78.9%, lo que significa que el modelo explica en ese porcentaje mejor los datos que el modelo de independencia condicional cuando se asume a este último como modelo de referencia. En este sentido, el modelo de fluidez social constante muestra una razón de verosimilitud L^2 más baja (66.419) para 72 grados de libertad, satisface el criterio de simplicidad con un valor de BIC bajo en la comparación entre modelos y una probabilidad asociada a L^2 superior al 5% —nivel de significación (Sig.) de 0.663, superior a 0.05 (tabla 15)—, pudiéndose acoger la hipótesis nula que afirma el ajuste del modelo a los datos. La prueba estadística de la bondad de ajuste, muestra la satisfacción del criterio de suficiencia por parte del modelo CnSF. Adicionalmente, un índice de disimilitud de 6.7% muy por debajo del registrado por el modelo de independencia condicional, y una significación de la estandarización de Schwartz Sig. L^2 (S) igual a 0.518, refrendan la acogida de la hipótesis nula de la prueba estadística de la bondad de ajuste, confirmando la preferencia y ajuste del modelo de fluidez social constante (tabla 15).

Si el modelo de fluidez social constante formula la hipótesis de la existencia de un patrón de movilidad y reproducción social que se mantiene constante y sin grandes variaciones en el tiempo de una generación a otra, el **modelo unidiff** formula la hipótesis de la existencia de una pauta monótona (cambio uniforme) entre orígenes y destinos cuando se comparan las generaciones (cohortes). Es un modelo que sirve para refrendar o relativizar la hipótesis de la existencia de una fluidez social constante formulada por el modelo CnSF. Adicionalmente con la prueba del modelo unidiff, se interpretan los coeficientes beta (β) —o parámetros phi (ϕ)— que permiten conocer el comportamiento de la movilidad social relativa en términos de variabilidad a través del tiempo (intercohortes). Además de la variabilidad, es posible interpretar los valores del coeficiente en términos de rigidez-fluidez social. Valores del coeficiente beta superiores a 1 sugieren una mayor rigidez, mientras que valores por debajo de 1 sugieren fluidez.

² “Constante” no significa aquí precisamente “invariante”, como se advertirá más adelante en el análisis de los coeficientes beta (β) o parámetros phi (ϕ) del modelo unidiff. Un patrón de fluidez social puede ser constante en el tiempo y presentar una pauta de variabilidad intercohortes, lo que se denomina como “cambio uniforme”.

En el caso de España, el **modelo de diferencia uniforme** (unidiff) registra un valor en su razón de verosimilitud L^2 igual a 60.400 para 70 grados de libertad, con una probabilidad asociada (0.790) mayor a 5% (0.05) (tabla 15). El ajuste del estadístico L^2 mediante el estandarizador de Schwartz, también muestra una probabilidad asociada (0.548) superior a 5%. Con un valor de BIC igual a -441.99, el modelo unidiff mejora su bondad de ajuste e índice de disimilitud (6.4%) respecto a los modelos de fluidez constante e independencia condicional, al tiempo que explica los datos observados un 80.8% mejor que el modelo de referencia (modelo de independencia condicional) (tabla 15). El modelo unidiff satisface el criterio de suficiencia ajustándose a los datos observados. Se acoge la hipótesis de la existencia de un patrón monótono (cambio uniforme) entre orígenes y destinos de clase en la comparación entre generaciones.

Acogido el modelo de la diferencia uniforme, pueden interpretarse los parámetros ϕ (φ) que se le asocian con la finalidad de conocer el comportamiento de la movilidad social relativa en cuanto a su variabilidad intercohortes y nivel de fluidez social que caracteriza a la pauta de movilidad. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1935 y 1950 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de variabilidad fuerte hacia la cohorte intermedia (1951-75) (coeficiente de 0.6654) y muy moderada, o casi invariante, entre esta última y la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 0.6952), sugiriendo una muy ligera intensificación de la fluidez social (tabla 16). El comportamiento del patrón de fluidez social, considerando las limitaciones que supone llevar a cabo un análisis con base en solo tres cohortes de nacimiento, registra una variabilidad significativa de la fluidez social desde la cohorte vieja hacia la intermedia (1976-86). Se constata un patrón que indica que la fluidez social aumenta —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez, mientras que valores superiores a 1 rigidez— en el pasaje de la cohorte vieja hacia la intermedia, para “estancarse” tornándose casi constante hacia la cohorte joven (1951-75).

Tabla 15.
Movilidad social relativa (España). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	289.895	36	0.000	31.52	0.0%	17.3%	—	—
Cuasi-independencia	106.454	29	0.000	-101.68	63.3%	12.3%	—	—
Esquinas	56.039	25	0.000	-123.39	80.7%	8.9%	—	—
Topológico	110.461	32	0.000	-119.20	61.9%	8.2%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	314.609	108	0.000	-460.51	0.0%	18.0%	152.668	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	66.419	72	0.663	-450.33	78.9%	6.7%	70.793	0.518
Unidiff	60.400	70	0.790	-441.99	80.8%	6.4%	67.925	0.548

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 16.
Movilidad social relativa (España) Parámetros Phi (unidiff)

Cohortes	Parámetros
Nacidos entre 1935-50	1.0000
Nacidos entre 1951-75	0.6654
Nacidos entre 1976-86	0.6952

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

15.2.2. Suecia: “recintos cerrados” de fluidez social en la base y cumbre de la estructura y tendencia a la rigidización social en la generación joven 1976-86

En el análisis para el caso de **Suecia**, se presenta un **modelo de independencia** cuya hipótesis de la existencia de una movilidad social perfecta entre orígenes y destinos sociales —o lo que es lo mismo, ausencia de condicionamiento entre estos— se rechaza, tras constatarse el no ajuste del modelo a los datos observados en la tabla de movilidad. Como se sostuvo en el análisis para el caso español, el modelo no se ajusta en virtud de una probabilidad asociada a L² menor de 5%

(0.05 nivel de significación), lo que deriva en el rechazo de la hipótesis nula en la prueba estadística de bondad de ajuste (tabla 17). El **modelo de cuasi-independencia**, que afirma la existencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos de clase que va más allá del efecto de herencia y dada una razón de verosimilitud (L^2) para un número de grados de libertad más pequeños, resulta preferible al modelo de independencia. También se reduce el valor de BIC e índice de disimilitud, lo que indica una mayor probabilidad de que el modelo de cuasi-independencia se ajuste mejor a los datos que el de independencia. El modelo de cuasi-independencia satisface el criterio de suficiencia, registrando una probabilidad asociada a L^2 mayor a 5% (0.05 nivel de significación) —valor de 0.606 en la columna “Sig.” de la tabla 15—, siendo acogida la hipótesis nula de la prueba estadística de bondad de ajuste y concluyendo el ajuste del modelo, lo que sugiere que existe una mayor propensión a la movilidad que a la reproducción de clase, siendo a su vez la fuerza de esta última variable, o no uniforme, entre las clases.

Puesto en comparación con los modelos de independencia y cuasi-independencia, el **modelo de esquinas de Hout**, cuya hipótesis afirma la presencia de un “circuito cerrado” en la cumbre y en la base de la estructura de clases sociales, sugiriendo la existencia de una rigidez de la movilidad social que la acerca a la reproducción, muestra una razón de verosimilitud L^2 que resulta ser más baja —la más reducida entre los modelos comparados en el análisis de la fluidez social origen-destino de clase (valor 24.123)— para un menor número de grados de libertad y un índice de disimilitud (7.8%) que resulta ser también más bajo. El valor de BIC disminuye respecto al observado en el modelo de independencia, aumentando la probabilidad de un mejor ajuste a los datos. Mientras que el modelo de cuasi-independencia explica en un 85.8% mejor los datos observados que el modelo de independencia, el modelo de Hout lo hace en un 84.3% respecto a este último (véase columna “Pseudo R^2 ” en tabla 17). El modelo de esquinas quebradas de Hout, satisface el criterio de suficiencia con una probabilidad asociada a L^2 mayor a 5% (0.05 nivel de significación) (0.512, véase columna “Sig.” de la tabla 17), siendo acogida la hipótesis nula de la prueba estadística de bondad de ajuste que sostiene el ajuste del modelo a los datos. El **modelo topológico de Hauser**, que compensa las debilidades de los modelos simétricos que fueron explicadas en ocasión del análisis desarrollado para el caso español, cuya hipótesis afirma la existencia de una mayor rigidez y herencia en las clases más bajas respecto a la existente en las clases más altas —en las que existiría mayor fluidez—, no mejora su bondad de ajuste y BIC cuando se le compara con los modelos de Hout e independencia condicional. Asimismo, el modelo topológico de Hauser solo explica un 44.5% mejor los

datos observados que el modelo de independencia, al tiempo que no satisface los criterios de suficiencia y simplicidad, registrando una probabilidad asociada a L^2 inferior al 5% (por debajo de 0.05 nivel de significación), lo que refuerza la conclusión del desajuste del modelo y consecuente rechazo de la hipótesis que formula.

En el análisis de la movilidad social relativa, en la que se introduce la variable temporal de las cohortes de nacimiento (C) al análisis del origen (O) y el destino (D) de clase, Suecia muestra un **modelo de independencia condicional** —que formula la hipótesis de inexistencia de condicionamiento entre orígenes y destino de clase— que no se ajusta a los datos observados en la tabla de movilidad —probabilidad asociada a L^2 inferior a 5% como se observa en la columna “Sig.” de la tabla 17—, por lo que se concluye el rechazo de la hipótesis de la existencia de independencia estadística entre orígenes y destinos para cada una de las cohortes. Su rechazo se refrenda por los valores obtenidos por el índice de disimilitud (15%) para 108 grados de libertad y una bondad de ajuste igual a 219.890, ambas las más elevadas en la comparación entre modelos (tabla 17). El rechazo del modelo de independencia condicional, como se ha indicado en el análisis dedicado al caso español, es bastante esperable en la medida que la hipótesis que formula resulta muy exigente y de difícil confirmación empírica; sugiere la inexistencia de condicionamientos entre orígenes y destinos de clase, lo que equivale a sostener la existencia de una movilidad perfecta. No obstante, el modelo resulta particularmente idóneo en la evaluación comparativa con el modelo de fluidez social constante.

Si se considera la columna del Pseudo R^2 en la tabla 17, se constata que el **modelo de fluidez social constante** explica los datos observados en la tabla de movilidad, un 66.9% mejor que el modelo de independencia condicional. Adicionalmente, el modelo de fluidez social constante presenta una razón de verosimilitud estandarizada $L^2(S)$ más baja que la evidenciada por el modelo de independencia condicional (219.890 y 72.806, respectivamente), con una probabilidad asociada a L^2 (0.451) superior al 5%. Cuando esta última se normaliza mediante el estandarizador de Schwartz, la probabilidad asociada a L^2 sigue siendo superior al 5% (0.05 nivel de significación) —véase columna “Sig. $L^2(S)$ ” de la tabla 17—, resultados con base en los cuales se acoge la hipótesis de la existencia de un patrón de movilidad y reproducción que se presenta constante a través del tiempo, entre generaciones.

Mientras que el modelo de fluidez social constante afirma la existencia de un patrón de movilidad y herencia que se mantiene sin grandes variaciones, esto es, intergeneracionalmente constante, el **modelo de la diferencia uniforme** (unidiff) sostiene la existencia de una pauta monótona (cambio uniforme)

entre orígenes y destinos de clase en la comparación intercohortes. Como se ha indicado en el análisis para el caso español, el modelo resulta útil para refrendar o relativizar la hipótesis que formula el modelo de la fluidez social constante. En el caso de Suecia y en comparación con el modelo de independencia condicional asumido como modelo de referencia, el modelo unidiff presenta un índice de disimilitud (6.9%) para 70 grados de libertad y una bondad de ajuste L^2 (71.700), menores a las observadas en el modelo de independencia condicional, explicando a su vez los datos observados un 67.4% mejor que este último. Adicionalmente, el modelo unidiff mejora su bondad de ajuste respecto al modelo de fluidez social constante (72.806 y 71.700, respectivamente), satisfaciendo el criterio de suficiencia al registrar una probabilidad asociada a L^2 (0.420) superior al 5% (0.05 nivel de significación) que, tras ser ajustada mediante el estandarizador de Schawrtz, continúa siendo mayor al 5%, todo lo cual permite afirmar el ajuste del modelo a los datos, sugiriendo la existencia de una pauta de cambio uniforme en la fluidez social entre generaciones (intercohortes).

Una vez acogido el modelo de la diferencia uniforme (unidiff), es necesario interpretar sus parámetros ϕ (ϕ), los que informan sobre el comportamiento de la movilidad social relativa en cuanto a su variabilidad entre generaciones y el nivel de fluidez social que caracteriza a la pauta de movilidad. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1935 y 1950 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de variabilidad entre moderada y fuerte en la cohorte intermedia (1951-75) (coeficiente de 0.8054) y moderada en la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 0.9512), en la que la fluidez social advierte su propensión a reducirse (tabla 18). En el comportamiento de variabilidad del patrón de fluidez social, se constata un patrón que indica que la fluidez social aumenta —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez, mientras que valores superiores a 1 rigidez— en el pasaje de la cohorte antigua hacia la intermedia para disminuir *a posteriori* desde esta última hacia la cohorte joven (1951-75).

Tabla 17.
Movilidad social relativa (Suecia). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	153.601	36	0.000	-100.67	0.0%	13.3%	—	—
Cuasi-independencia	26.368	29	0.606	-178.46	82.8%	7.4%	—	—
Esquinas	24.123	25	0.512	-152.45	84.3%	7.8%	—	—
Topológico	85.230	32	0.000	-140.79	44.5%	7.3%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	219.890	108	0.000	-542.92	0.0%	15.0%	149.001	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	72.806	72	0.451	-435.73	66.9%	6.9%	72.295	0.468
Unidiff	71.700	70	0.420	-422.71	67.4%	6.9%	70.623	0.456

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 18.
Movilidad social relativa (Suecia) Parámetros Phi (unidiff)

Cohortes	Parámetros
Nacidos entre 1935-50	1.0000
Nacidos entre 1951-75	0.8054
Nacidos entre 1976-86	0.9512

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

15.2.3. Reino Unido: dificultades para experimentar trayectorias extensas y reducción de la fluidez social en la generación joven 1976-86

En **Reino Unido**, los resultados que se observan para el **modelo de independencia** siguen la tónica del análisis desarrollado para el caso español y sueco. Siendo un modelo exigente, a razón de la hipótesis que formula de la existencia de una movilidad perfecta, en el caso de Reino Unido se concluye su desajuste a los datos observados en la tabla de movilidad social. Con una razón de verosimilitud L^2 que es la más elevada de entre los modelos comparados para orígenes y destinos de clase y una probabilidad asociada inferior al 5% (nivel de significación de 0.05), la hipótesis sostenida por el modelo de independencia es rechazada (tabla 19). El modelo de **cuasi-independencia**, con una hipótesis más

factible de encontrar confirmación en los datos observados, evidencia su ajuste. Con una razón de verosimilitud L^2 igual de 40.642 y una probabilidad asociada superior al 5%, esto es, superior al 0.05 nivel de significación (valor de 0.074 en la columna “Sig.” de la tabla 19), se acoge la hipótesis que afirma la existencia de un efecto de los orígenes ejercido sobre los destinos de clase que va más allá del efecto de herencia. En otras palabras, sugiere que controlada la diagonal de la tabla de movilidad social que expresa reproducción (i.e. cancelando las casillas en las que se encuentran los agentes inmóviles para controlar el efecto de herencia) y valorando el resto de la tabla fuera de la diagonal, existe una mayor propensión a la fluidez social (independencia estadística) que a la herencia. El modelo de cuasi-independencia es más parsimonioso que el modelo de independencia, satisfaciendo el criterio de suficiencia con una mejoría en sus valores de BIC (-175.04) e índice de disimilitud (6.3%). Puede afirmarse que el modelo de cuasi-independencia explica los datos observados en la tabla de movilidad social, un 72.8% mejor que el modelo de independencia.

El **modelo de esquinas de Hout**, con una razón de verosimilitud L^2 inferior a la del modelo de cuasi-independencia (40.642 y 32.678, respectivamente) y una probabilidad asociada superior al 5% (valor de 0.139 en la columna “Sig.” de la tabla 19), permiten concluir el ajuste a los datos observados y, por consiguiente, es posible concluir la aceptación de la hipótesis de la existencia de un “circuito cerrado” en la cumbre y base de la estructura de clases sociales que sugiere la existencia de una movilidad social en los extremos de la estructura cercana a la reproducción. Mejoran el índice de disimilitud (6.1%) y la capacidad explicativa de los datos observados (78.1%) respecto al modelo de referencia como al de cuasi-independencia. El BIC no mejora sustantivamente respecto al modelo de cuasi-independencia, aunque si lo hace respecto al modelo de base (modelo de independencia). Puesto en comparación con el **modelo topológico de Hauser**, que afirma la existencia de una mayor rigidez y reproducción en las clases más bajas que en las clases más altas —las que estarían dotadas de una mayor fluidez social—, este último muestra una razón de verosimilitud L^2 (80.144) para 32 grados de libertad que no mejora las de los modelos de esquinas de Hout y cuasi-independencia. Si bien registra un BIC (-157.85) bajo y un índice de disimilitud (4.1%) que resulta ser el más reducido de la comparación entre modelos, solo explica un 46.3% mejor los datos que el modelo de referencia (modelo de independencia), acompañado de una probabilidad asociada a L^2 inferior al 5% (0.05 nivel de significación), lo que permite concluir el rechazo de la hipótesis formulada por el modelo dado su desajuste a los datos observados en la tabla de movilidad.

Con relación al análisis de la movilidad social relativa para las variables origen de clase (O), destino de clase (D) y cohortes de nacimiento (C), el **modelo de independencia condicional**, que afirma la inexistencia de condicionamiento de los orígenes sobre los destinos —una hipótesis para la que es difícil encontrar evidencia empírica suficiente que la sustente—, presenta un valor de su razón de verosimilitud L^2 (192.989) y un índice de disimilitud (11%), que son los más altos entre los modelos comparados y que junto a una probabilidad asociada menor al 5%, permiten concluir el desajuste del modelo a los datos observados y, por consiguiente, el rechazo de la hipótesis que el modelo formula. El modelo de independencia condicional sirve, por consiguiente, como modelo de referencia en la comparación con el modelo CnSF. El **modelo de fluidez social constante**, presenta un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 53.894, mejorando la del modelo de independencia condicional. La probabilidad asociada a este (0.945), es superior al 5% (0.05 nivel de significación), mejorando el índice de disimilitud (4.5%) y la capacidad explicativa de los datos respecto al modelo de independencia condicional. La razón de verosimilitud L^2 ajustada por la estandarización de Schwartz —estadístico que resulta conveniente considerar tras la observación del L^2 no ajustado—, ofrece un valor de su probabilidad asociada (0.700) superior al 5% (tabla 19). En este sentido, la hipótesis que formula el modelo de fluidez social constante —existencia de una pauta de movilidad y herencia que se presenta invariante a través del tiempo— es acogida. El modelo de fluidez social constante es más parsimonioso que el modelo de independencia condicional y si bien no mejora su valor de BIC, si presenta un valor de L^2 menor para menos grados de libertad, así como un índice de disimilitud que es el más bajo de la comparación entre modelos —tan solo 4.5 casos de cada cien en la muestra deberían ser reclasificados para llegar a la situación de independencia estadística—, logrando explicar los datos observados en la tabla de movilidad social un 72.1% mejor que el modelo de base.

El **modelo de la diferencia uniforme** (unidiff), que afirma la existencia de un patrón de cambio uniforme (monótono) entre orígenes y destinos de clase desde una generación a otra (intercohortes), muestra un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 48.200, con una probabilidad asociada superior al 5% (tabla 19). Al ajustar la razón de verosimilitud L^2 por el estandarizador de Schwartz, se obtiene el valor 61.873, inferior al observado para los modelos de independencia condicional y fluidez social constante, con una probabilidad asociada (0.744) superior al 5% (0.05 nivel de significación). Con base en estos valores, puede afirmarse que no hay diferencias significativas entre las frecuencias esperadas que propone el modelo teórico y los datos observados en la tabla de movilidad social, por consiguiente, se puede concluir el ajuste del modelo

acogiéndose la hipótesis que formula. El modelo unidiff es más parsimonioso que los modelos de independencia condicional y fluidez social constante, con una mejorada capacidad explicativa de los datos observados (75%) respecto a ambos modelos (véase columna “Pseudo R²” en tabla 19).

Tras acoger el modelo de la diferencia uniforme (unidiff), se procede a interpretar los parámetros ϕ que informan sobre la naturaleza de la movilidad social relativa en términos de variabilidad intergeneracional y grado de fluidez social que caracteriza al patrón de movilidad relativa. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1935 y 1950 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de fuerte variabilidad hacia la cohorte intermedia (1951-75) (coeficiente de 0.6140), en la que se observa un aumento de la fluidez social, y variabilidad moderada desde esta última hacia la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 0.7884), evidenciando una reducción de la fluidez social (tabla 20). En otros términos, el comportamiento del patrón de fluidez social, es de una variabilidad que se expresa fuertemente hacia la cohorte intermedia para atenuarse hacia la cohorte joven, constatándose un patrón que indica que la fluidez social —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez, mientras que valores superiores a 1 rigidez— aumenta en el cambio de las dos primeras cohortes (antigua e intermedia) perdiendo intensidad hacia la tercera.

Tabla 19.
Movilidad social relativa (Reino Unido). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	149.238	36	0.000	-118.50	0.0%	9.9%	—	—
Cuasi-independencia	40.642	29	0.074	-175.04	72.8%	6.3%	—	—
Esquinas	32.678	25	0.139	-153.25	78.1%	6.1%	—	—
Topológico	80.144	32	0.000	-157.85	46.3%	4.1%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	192.989	108	0.000	-610.23	0.0%	11.0%	139.683	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	53.894	72	0.945	-481.58	72.1%	4.5%	65.250	0.700
Unidiff	48.200	70	0.980	-472.40	75.0%	4.7%	61.873	0.744

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la European Social Survey, 2010.

Tabla 20.
Movilidad social relativa (Reino Unido) Parámetros Phi (unidiff)

Cohortes	Parámetros
Nacidos entre 1935-50	1.0000
Nacidos entre 1951-75	0.6140
Nacidos entre 1976-86	0.7884

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

15.2.4. Alemania: Escasa fluidez social en la zona de amortiguación, polarización de la fluidez y rigidización social en la generación joven 1976-86

En el análisis de movilidad social relativa en **Alemania**, se observa un **modelo de independencia** que presenta un valor de razón de verosimilitud L² igual a 453.087 para 36 grados de libertad, una probabilidad asociada (Sig.) inferior al 5% (nivel de significación 0.05) y un índice de disimilitud elevado igual 15.5% (tabla 21). El modelo no satisface el criterio de suficiencia, pudiéndose afirmar que no se ajusta a los datos observados. A razón del desajuste del modelo de independencia, puede afirmarse que existe asociación entre los orígenes y los

destinos de clase, esto es, que existe un condicionamiento de los primeros sobre los segundos (ausencia de movilidad perfecta). El modelo de independencia se rechaza y se emplea como modelo de referencia en la comparación entre modelos.

El **modelo de cuasi-independencia**, que afirma la existencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos de clase que trasciende el efecto de la reproducción, muestra un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 137.284, para 29 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (tabla 21). El modelo de cuasi-independencia reduce (mejora) sensiblemente sus valores de L^2 , su BIC e índice de disimilitud —que en conjunto informan de la capacidad y nivel de probabilidad de ajuste del modelo teórico a los datos—, respecto al modelo de independencia, logrando explicar los datos observados un 69.7% mejor que el modelo de independencia. No obstante, no satisface el criterio de suficiencia, por lo que se concluye el rechazo de la hipótesis que formula. El **modelo de esquinas quebradas de Hout**, que afirma la existencia de circuitos cerrados de movilidad en las clases sociales que ocupan posiciones superiores y las que ocupan posiciones bajas en la estructura de clases sociales, que se acompañan con la existencia de una movilidad social restringida (rigidez) cercana a la herencia social, presenta una razón de verosimilitud L^2 que es la más baja en la comparativa entre modelos (104.368) para 25 grados de libertad y una probabilidad asociada a L^2 inferior al 5%. Aunque el ajuste del modelo de esquinas quebradas de Hout no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, es decir, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), el modelo resulta ser el más parsimonioso, registrando un valor de BIC (-87.32) e índice de disimilitud (7.3%), que se encuentran entre los más bajos en la comparativa intermodelos para los orígenes y destinos, explicando en un 77% mejor los datos que el modelo de independencia (tabla 21), presentando la razón de verosimilitud más baja. De la valoración de este conjunto de indicadores —los que mejoran a los observados en el resto de los modelos, incluyendo el de referencia (modelo de independencia)—, surge que el modelo de esquinas de Hout es preferible al resto de los hasta aquí evaluados, por lo que, con las reservas del caso previamente señaladas, se acoge la hipótesis que formula pudiéndose sostener que la tendencia hacia la movilidad de corto alcance es típica y tiene lugar en las clases de la cumbre y base de la estructura en comparación con las clases intermedias de la zona de amortiguación.

Por su parte, el **modelo topológico de Hauser**, cuya hipótesis sostiene que en las clases sociales más bajas existe una mayor rigidez y herencia que en las clases más altas, en las cuales tiene lugar una mayor fluidez social, presenta un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 254.368 para 12 grados de libertad

que no mejora el registrado por el modelo de esquinas de Hout, con una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). Adicionalmente, exhibe un BIC que no mejora el registrado por los modelos de esquinas quebradas e independencia, explicando tan solo el 43.9% mejor los datos que este último (tabla 21). El modelo no satisface el criterio de suficiencia, por lo que se concluye el desajuste del mismo a los datos, rechazándose la hipótesis que formula.

En el análisis de la movilidad social relativa que incorpora la dimensión temporal, mediante la variable de las cohortes de nacimiento (C), a las de origen (O) y destino (D) de clase, el **modelo de independencia condicional** muestra un valor de su razón de verosimilitud L^2 igual a 514.654 que, ajustado por el estandarizador de Schwartz, se reduce a 229.540 para 108 grados de libertad con una probabilidad asociada inferior al 5% y un índice de disimilitud bastante elevado de 16% (tabla 21). Con base en los resultados de los estimadores analizados, se concluye que el modelo no se ajusta a los datos, rechazándose la hipótesis de la existencia de una situación “ideal” de no condicionamiento de los orígenes sobre los destinos de clase social. El modelo de independencia condicional, se asume como modelo de base en la comparación entre los modelos que ponen en relación las cohortes de nacimiento con los orígenes y destinos de clase. El **modelo de fluidez social constante**, con un valor de su razón de verosimilitud de 64.742 para 72 grados de libertad y una probabilidad asociada (0.716) superior al 5% (0.05 nivel de significación), muestra ajuste a los datos observados en la tabla de movilidad social. Si se repara en el valor de su razón de verosimilitud L^2 tras su estandarización —que resulta más fiable que el desestandarizado para el análisis entre origen-destino-cohortes—, se observa que es de 69.831 con una probabilidad asociada (0.550) superior al 5% (nivel de significación de 0.05). El modelo CnSF es el más parsimonioso en la comparativa intermodelos, con un BIC (-487.33) e índice de disimilitud (4.4%) que son los más bajos entre modelos y una precisión explicativa de los datos observados un 87.4% mayor que la del modelo de independencia condicional (tabla 21). El modelo CnSF satisface el criterio de suficiencia, pudiéndose concluir su ajuste a los datos y acogida de la hipótesis que formula.

El **modelo de diferencia uniforme** (unidiff), que afirma la existencia de un patrón de cambio uniforme (monótono) entre orígenes y destinos de clase desde una generación a otra (intercohortes), muestra un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 64.000 para 70 grados de libertad que mejora la observada para el modelo CnSF, con una probabilidad asociada (0.680) superior al 5% (tabla 21). Al ajustar la razón de verosimilitud L^2 por el estandarizador de Schwartz, esta pasa a ser de 68.207, inferior a la observada para el modelo de

fluidez social constante y con una probabilidad asociada (0.538) superior al 5% (0.05 nivel de significación) (columna “Sig. L^2 (S)” en tabla 19). Con base en estos valores, puede afirmarse que no hay diferencias significativas entre las frecuencias esperadas que propone el modelo teórico y los datos observados en la tabla de movilidad social, en consecuencia, se concluye el ajuste del modelo acogiendo la hipótesis que formula. El modelo unidiff, es más parsimonioso que el modelo de independencia condicional, mejorando su bondad de ajuste L^2 respecto a los modelos de independencia condicional y CnSF, conservando un índice de disimilitud bajo (4.4%) y explicando los datos un 87.4% mejor que el modelo de referencia (independencia condicional).

Tras acoger el modelo de la diferencia uniforme (unidiff), se procede a interpretar a los parámetros phi (ϕ) que ofrece e informan sobre la naturaleza de la movilidad social relativa en términos de variabilidad intergeneracional y grado de fluidez social que caracteriza al patrón de movilidad. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1935 y 1950 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de variabilidad moderada hacia la cohorte intermedia (1951-75) (coeficiente de 0.9815), en la que la sociedad alemana experimenta un ligero aumento de la fluidez social, y variabilidad fuerte desde esta última hacia la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 1.1245), invirtiéndose la naturaleza de la movilidad que pasa de la fluidez social a la rigidez (tabla 22). Se constata un patrón que indica que la fluidez social —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez, mientras que valores superiores a 1 rigidez—, aumenta tenuemente en el cambio de cohortes desde la antigua hacia la intermedia, pasando a ser un patrón de rigidez hacia la cohorte más joven (1951-75).

Tabla 21.
Movilidad social relativa (Alemania). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	453.087	36	0.000	177.05	0.0%	15.5%	—	—
Cuasi-independencia	137.284	29	0.000	-85.08	69.7%	9.0%	—	—
Esquinas	104.368	25	0.000	-87.32	77.0%	7.3%	—	—
Topológico	254.264	32	0.000	8.90	43.9%	6.4%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	514.654	108	0.000	-313.45	0.0%	16.0%	229.540	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	64.742	72	0.716	-487.33	87.4%	4.4%	69.831	0.550
Unidiff	64.000	70	0.680	-472.73	87.6%	4.4%	68.207	0.538

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 22.
Movilidad social relativa (Alemania). Parámetros Phi (unidiff)

Cohortes	Parámetros
Nacidos entre 1935-50	1.0000
Nacidos entre 1951-75	0.9815
Nacidos entre 1976-86	1.1245

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

A modo de síntesis, se recogen para los casos europeos los resultados del análisis de la movilidad social relativa a partir de los modelos de fluidez social (CnSF) y diferencia uniforme (unidiff), con el objetivo de responder a la interrogante de *cómo* ha evolucionado la fluidez social al interior de cada país en las tres fases de desarrollo de sus regímenes de bienestar —es decir, desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad—, así como *cuáles* países son los más y *cuáles* los menos abiertos en términos de movilidad. Cuando se analiza el caso de **Reino Unido**, se observa que el modelo de fluidez social se ajusta a los datos (con un valor crítico igual a 92.8 para una $p \leq .05$ y 72 grados de libertad en la prueba chi-cuadrado), siendo posible rechazar la hipótesis de la existencia de un cambio de la fluidez social a través del tiempo en las tres etapas (edades)

de desarrollo de su régimen de bienestar. A una conclusión análoga llega Breen (2004) tras aplicar el modelo CnSF a la sociedad de Reino Unido sobre una muestra de varones y en tres puntos diferentes del tiempo (décadas de 1970, 1980 y 1990), que coinciden con las dos primeras “edades” (oro y plata) del desarrollo del régimen de bienestar anglosajón.

En este sentido, un aporte sustantivo de esta investigación es que permite conocer *qué* ha ocurrido con la fluidez social en la tercera “edad” (bronce) del desarrollo de los regímenes de bienestar europeos; edad que no se ve representada en las cohortes temporales analizada por Breen (2004). En contraste con el análisis de Breen (2004, pp. 51-54), del que se desprende que los parámetros phi (ϕ) del modelo unidiff para el caso de Reino Unido entre las décadas por este estudiadas —que guardan una relativa correspondencia con las primeras dos “edades” de este régimen de bienestar— no muestran grandes diferencias (cambios), el análisis aquí desarrollado a partir de los datos ofrecidos por la ESS, ofrece evidencia de un efecto intensificador de la fluidez social entre la primera y segunda “edad” del régimen de bienestar anglosajón; el parámetro phi del modelo unidiff se reduce a 0.6140 (edad de plata) respecto al parámetro de referencia de 1.000 (edad de oro), lo que advierte de una variación hacia una mayor fluidez social. El análisis que desarrollo en esta investigación comprende una temporalidad más extensa que la definida por el estudio de Breen (2004), lo que podría explicar algunos de los diferenciales entre resultados de ambos análisis, al tiempo que permite ampliar la interpretación de esta investigación hacia la edad de “bronce” del desarrollo del régimen de bienestar, para la que se demuestra que el régimen de movilidad social endógeno de la sociedad anglosajona, reduce su carga de fluidez social respecto a la edad de “plata”, con un parámetro phi (ϕ) que pasa de 0.6140 a 0.7884.

En el caso **alemán**, el modelo de fluidez social se ajusta a los datos (con un valor crítico igual a 46.2 para una $p \leq .05$ y 32 grados de libertad en la prueba chi-cuadrado), confirmando la existencia de cierta estabilidad en la fluidez social a través de las edades (oro, plata y bronce), al tiempo que el modelo de diferencia uniforme (unidiff), no alcanza a mejorar —no se ajusta— la explicación de los datos observados. En su análisis, Breen (2004, p. 52) constata esta estabilidad en la fluidez social para Alemania durante las décadas que se corresponden con las dos primeras edades (oro y plata), ofreciendo un valor del coeficiente phi (ϕ) de unidiff que el análisis de esta investigación refrenda (0.98 en ambos análisis). Entre estas dos primeras “edades” las variaciones en los valores del coeficiente phi (ϕ) no resultan estadísticamente significativos, sugiriendo a la par con Breen (2004, p. 54), que no hay cambios significativos en la fluidez social de la sociedad alemana. Es respecto a la edad de “bronce” del régimen de bienestar

alemán que esta investigación pone luz, ofreciendo resultados que permiten concluir el pasaje de la fluidez social hacia la rigidización de la estructura de oportunidades de movilidad en la transición desde la edad de plata hacia esta última.

En el caso de **Suecia**, el modelo de fluidez social constante exhibe ajustes a los datos de la tabla de movilidad social, indicando que la asociación entre orígenes y destinos de clase es la misma en cada edad del desarrollo de su régimen de bienestar (oro, plata y bronce). El modelo unidiff presenta unos parámetros phi (ϕ), que advierten de un incremento de la fluidez social (debilitamiento de la asociación entre orígenes y destinos de clase) desde la edad de “oro” hacia la de “plata” del régimen de bienestar sueco —en sintonía con lo observado por Breen (2004, p. 54) para una muestra de varones durante las décadas de 1970 y 1980, correspondientes a las dos primeras edades del RB sueco—, que luego pierde intensidad hacia la edad de “bronce”. En el análisis de Breen (2004), las variaciones intercohortes —representadas por décadas en Breen y cohortes de nacimiento correlativas con las “edades” del RB en esta investigación—, emparejan en magnitud con las que ofrece el análisis de esta investigación.

El caso **español** no es integrado en el análisis comparativo internacional desarrollado por Breen (2004) con base en los modelos de fluidez social CnSF y diferencia uniforme (unidiff), lo que potencia la relevancia del análisis aquí realizado al contemplar su introducción en la comparativa a nivel europeo. Del análisis de la sociedad mediterránea, se desprende que el modelo CnSF se ajusta a los datos observados, indicando la estabilidad de la fluidez social entre las edades (oro, plata y bronce) de desarrollo de su régimen de bienestar; hallazgo que empata con lo observado por Echeverría Zabalza (1999, pp. 582-587) para una muestra de varones que le permite acoger la hipótesis de la existencia de la fluidez social constante en España para dos cohortes temporales que se corresponden con las dos primeras edades de (oro y plata) del RB español. Por su parte, el modelo unidiff se ajusta a los datos, presentando parámetros phi (ϕ) que indican una *fuerte* apertura social durante la edad de “plata” respecto a la de “oro”, coincidiendo con lo observado por Echeverría Zabalza (1999, p. 595) para las tres primeras cohortes por este definidas que se corresponden con las dos primeras edades (oro y plata) del RB español, y que se atenuará luego hacia el período de la edad de “bronce”.

15.3. Patrones de fluidez social en selección de países latinoamericanos

15.3.1. Chile: Rigidización social sostenida con tendencia incremental progresiva intercohortes

Para los países latinoamericanos, en el análisis de la movilidad social relativa, el caso de **Chile** presenta un **modelo de independencia** que, con un valor de su razón de verosimilitud L^2 igual a 821.339 para 36 grados de libertad y una probabilidad asociada menor a 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 23), muestra desajuste respecto a los datos observados en la tabla de movilidad. La hipótesis de la ausencia de condicionamiento de los orígenes sobre los destinos de clase social es rechazada. El modelo de independencia se empleará como modelo de referencia en la comparación entre modelos. El **modelo de cuasi-independencia** mejora su valor de razón de verosimilitud L^2 , que pasa a ser 357.182 para 29 grados de libertad y con una probabilidad asociada menor a 5% (tabla 23). El modelo de cuasi-independencia también mejora los valores de su BIC (133.33) e índice de disimilitud (13.7%), lo que supone una mayor probabilidad de ajuste a los datos observados respecto al modelo de independencia. Más allá de estas mejoras observadas en los estimadores, el modelo de cuasi-independencia no satisface el criterio de suficiencia, lo que conduce a concluir el desajuste respecto a los datos observados, pudiéndose rechazar la hipótesis de la presencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos que excede el efecto de herencia.

En contraste con los modelos de independencia y cuasi-independencia, el **modelo de esquinas** de Hout formula la hipótesis de la existencia de un “circuito cerrado” en la cumbre y base de la estructura de clases sociales, suponiendo a su vez la existencia de una movilidad social bastante estrecha y próxima a la reproducción. Aunque el ajuste del modelo de esquinas quebradas de Hout no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.05$, es decir, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), el modelo registra la más baja razón de verosimilitud L^2 (162.147) para un número de grados de libertad (25), un BIC (-30.83) y un índice de disimilitud (11.2%), que resultan ser los más bajos en la comparación entre los modelos. En adición, el modelo de esquinas quebradas de Hout explica un 80.3% mejor los datos que el modelo de independencia, siendo el modelo con mayor capacidad explicativa respecto al modelo de referencia (véase columna “Pseudo R^2 ” en tabla 23). De la valoración de este conjunto de indicadores, surge que el modelo de esquinas de Hout es preferible al resto de modelos hasta aquí evaluados, por lo que, con las reservas del caso previamente señaladas, se acoge la hipótesis que formula el modelo, pudiéndose sostener que la tendencia hacia la movilidad de corto

alcanza es típica y tiene lugar en las clases de la cumbre y base de la estructura en comparación con las clases intermedias (zona de amortiguación).

Por su parte, el **modelo topológico de Hauser** presenta un valor de su razón de verosimilitud L^2 inferior al observado en el modelo de referencia (modelo de independencia) y cuasi-independencia, pero no mejora el observado para el modelo de esquinas de Hout. El valor de L^2 del modelo topológico es de 299.898 para 32 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). Sus valores de BIC (52.89) e índice de disimilitud (13.2%), si bien óptimos respecto a los modelos de independencia y cuasi-independencia, tampoco logran mejorar los registrados por el modelo de esquinas (tabla 23). El modelo no satisface el criterio de suficiencia, pudiéndose concluir su desajuste a los datos observados de la tabla de movilidad social y consecuente rechazo de la hipótesis de la presencia de una rigidez y herencia, que son más intensas en las clases bajas que en las clases altas, en las que predominaría una mayor fluidez social.

Con relación al análisis de la movilidad social relativa que pone en relación las variables de origen (O) y destino (D) de clase con la de las cohortes (C), el **modelo de independencia condicional** muestra un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 948.013 para 108 grados de libertad y con una probabilidad asociada inferior a 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 23). El ajuste del estadístico L^2 por el estandarizador de Schwartz, muestra un valor que se reduce a 175.000 con una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). Con base en los resultados referidos, se concluye el desajuste del modelo de cuasi-independencia a los datos observados de movilidad social, en consecuencia, se rechaza la hipótesis de la ausencia de condicionamiento de los orígenes sobre los destinos de clase social. El modelo de independencia condicional se emplea como modelo de base en la comparación entre modelos. El **modelo de fluidez social constante** mejora el ajuste respecto al modelo de base (independencia condicional), con una razón de verosimilitud L^2 igual a 134.803 para 72 grados de libertad y una probabilidad asociada superior a 5% (tabla 23). Cuando se ajusta el estadístico L^2 mediante la estandarización de Schwartz, el valor se reduce a 77.078 para 72 grados de libertad y una probabilidad asociada (0.319) que también es mayor al 5%. El modelo muestra mejorías respecto al modelo de referencia en sus valores de BIC (-420.97) e índice de disimilitud (6.5%), lo que sugiere una mayor probabilidad de lograr ajuste a los datos, al tiempo que explica los datos observados un 85.8% mejor que el modelo de independencia condicional (tabla 23). Se trata del modelo más parsimonioso en la comparación entre orígenes (O), destinos (D) y cohortes (C), que satisface asimismo el criterio de suficiencia. Se concluye que el modelo se ajusta, acogién-

dose la hipótesis de la existencia de una pauta de movilidad y herencia social que se conserva constante en la evolución a través del tiempo.

El **modelo de la diferencia uniforme** (unidiff) presenta un valor de su razón de verosimilitud L^2 menor a los que se observan para el modelo de independencia condicional y fluidez social constante. El valor de su razón de verosimilitud L^2 es igual a 133.800 para 70 grados de libertad con una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 23). Sin embargo, cuando se ajusta el estadístico L^2 mediante el estandarizador de Schwartz, su valor se reduce a 75.158 con una probabilidad asociada (0.315) ahora superior al 5%. Con valores para un BIC y un índice de disimilitud que resultan bajos en la comparación entre modelos —inferiores a los observados para el modelo de independencia condicional y próximos a los constatados para el modelo de fluidez social constante—, el modelo unidiff es parsimonioso, satisfaciendo el criterio de suficiencia. Se concluye su ajuste respecto a los datos observados, acogándose la hipótesis de la presencia de una pauta monótona (cambio uniforme) entre orígenes y destinos de clase en el relevo intergeneracional.

Acogido el modelo de la diferencia uniforme (unidiff), se procede a interpretar a los parámetros phi (ϕ) que ofrecen información sobre la naturaleza de la movilidad social relativa en términos de variabilidad intergeneracional y grado de fluidez social del patrón intercohortes. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1930 y 1950 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de variabilidad entre moderada y débil hacia la cohorte intermedia (1951-75) (coeficiente de 1.0302), en la que se advierte una rigidización social, y de variabilidad moderada desde esta última hacia la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 1.1258), en la que se intensifica la rigidez de la estructura de oportunidades para la movilidad social (tabla 24). El comportamiento del patrón de rigidez social, es de una variabilidad que se expresa de tenue a moderado desde la cohorte vieja (1930-50) hacia la cohorte joven (1976-86). Se constata un patrón que indica que la rigidez social —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez y superiores a 1 rigidez— aumenta en los cambios de cohortes desde la antigua hacia la intermedia, pero bastante más desde esta última hacia la generación joven (1951-75).

Tabla 23.
Movilidad social relativa (Chile). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	821.339	36	0.000	543.45	0.0%	19.1%	—	—
Cuasi-independencia	357.182	29	0.000	133.33	56.5%	13.7%	—	—
Esquinas	162.147	25	0.000	-30.83	80.3%	11.2%	—	—
Topológico	299.898	32	0.000	52.89	63.5%	13.2%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	948.013	108	0.000	114.35	0.0%	20.6%	175.918	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	134.803	72	0.000	-420.97	85.8%	6.5%	77.078	0.319
Unidiff	133.800	70	0.000	-406.54	85.9%	6.6%	75.158	0.315

Fuente: Elaboración propia con base en ENES, 2009.

Tabla 24.
Movilidad social relativa (Chile). Parámetros Phi (unidiff)

Cohortes	Parámetros
Nacidos entre 1930-50	1.0000
Nacidos entre 1951-75	1.0302
Nacidos entre 1976-86	1.1258

Fuente: Elaboración propia con base en ENES, 2009.

15.3.2. México: Trayectorias de corto alcance, fluidización hacia la cohorte intermedia 1961-75 y pérdida de fluidez hacia la generación joven 1976-86

En **México**, el análisis de la movilidad social relativa muestra un **modelo de independencia** con un valor de su razón de verosimilitud L^2 igual a 1512.268 para 36 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 25). Como se ha observado para el resto de los países europeos como latinoamericanos, el modelo no se ajusta a los datos observados y la hipótesis que afirma la ausencia de influencia de los orígenes sobre los destinos de clase se rechaza. El modelo de independencia se asume como referencia en la comparación entre modelos. El **modelo de cuasi-independencia**,

disminuye su valor de razón de verosimilitud L^2 a 545.616 respecto al modelo de independencia, para 29 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5%. El modelo mejora su BIC (295.89) e índice de disimilitud (11.9%) con relación al modelo de referencia, explicando los datos con un 63.9% más de precisión (tabla 25). A pesar de las mejoras observadas en los estimadores, el modelo de cuasi-independencia no se ajusta a los datos observados, por lo que se decide el rechazo de la hipótesis de la existencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos que va más allá del efecto de la reproducción.

El **modelo de esquinas de Hout**, presenta una mejora en su razón de verosimilitud L^2 (320.966) respecto a los dos modelos previamente evaluados, para menos grados de libertad (25) y con una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 25). El modelo mejora sus valores de BIC (105.69) e índice de disimilitud (10.3%), siendo estos los más bajos en la comparación entre modelos y explicando los datos observados un 78.8% mejor que el modelo de referencia (independencia) (tabla 25). Si bien el ajuste del modelo de esquinas quebradas de Hout no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, es decir, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), este exhibe mejoras en los estimadores referidos, al tiempo que resulta ser el más parsimonioso, todo lo cual lo hace preferible al resto de modelos que conduce, con las reservas del caso previamente señaladas, a acoger la hipótesis de la existencia de una propensión hacia la movilidad de corto alcance predominante en las clases de la cumbre y base de la estructura en comparación con las clases intermedias (*buffer zone*), generando una movilidad social bastante restringida y cercana a la reproducción. Por su parte, el **modelo topológico de Hauser** eleva el valor de su razón de verosimilitud L^2 respecto a los modelos de cuasi-independencia y esquinas quebradas, con un valor de 576.777 para 32 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). Empeora el valor de BIC (301.22) en comparación con ambos modelos y el del índice de disimilitud (11.6%) respecto al modelo de esquinas de Hout (tabla 25). Se concluye que el modelo no se ajusta a los datos observados y se rechaza la hipótesis de la presencia de una menor fluidez y mayor herencia en las clases sociales bajas de la estructura respecto a las clases altas en las que existiría una mayor fluidez social.

En el análisis de la movilidad social relativa, con base en las variables de origen (O), destino (D) y cohorte (C), el **modelo de independencia condicional** presenta un valor de razón de verosimilitud igual a 1789.543 para 108 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (tabla 25). Cuando el valor de la razón de verosimilitud es ajustado por el estandarizador de Schwartz, disminuye a 457.901 con una probabilidad asociada que continúa

siendo inferior al 5% (tabla 25). Con base en los resultados ofrecidos por los estimadores del modelo de independencia condicional, se concluye su falta de ajuste respecto a los datos observados, pudiéndose rechazar la hipótesis de la inexistencia de influencia de los orígenes sobre los destinos de clase social. El modelo de independencia condicional se emplea como referencia en la comparación entre modelos. El **modelo de fluidez social constante** mejora el valor de razón de verosimilitud L^2 , que es igual a 312.388 para 72 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). Cuando se normaliza el valor de la razón de verosimilitud L^2 mediante el estandarizador de Schwartz, disminuye a 122.021 con una probabilidad asociada que sigue siendo inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 25). Si bien el ajuste del modelo de fluidez social constante no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, esto es, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), registra bajos valores de su razón de verosimilitud L^2 (312.388) BIC (-307.62) e índice de disimilitud (7.4%), inferiores a los del modelo de referencia (independencia condicional) para un menor número de grados de libertad, explicando un 82.5% mejor los datos que el modelo base (tabla 25). De la valoración de este conjunto de indicadores, surge que el modelo de fluidez social constante es preferible al modelo de referencia, con valores de sus estimadores más óptimos, por lo que, con las reservas del caso previamente señaladas, se acoge la hipótesis de la presencia de una pauta de movilidad y reproducción que se muestra constante a través del tiempo.

El **modelo de la diferencia uniforme** (unidiff) mejora el valor de su razón de verosimilitud L^2 (288.700) frente a los modelos de referencia y CnSF, para 70 grados de libertad con una probabilidad asociada inferior 5% (tabla 25). Cuando se ajusta el valor del estadístico L^2 mediante el estandarizador de Schwartz, disminuye a 115.508 con una probabilidad asociada que sigue siendo inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 25). De forma análoga al modelo CnSF, el ajuste del modelo unidiff no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, esto es, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), no obstante, resulta ser el más parsimonioso con valores de su razón de verosimilitud L^2 (288.700), BIC (-314.09) e índice de disimilitud (7%) que son los más bajos en la comparación entre modelos para un menor número de grados de libertad, explicando un 83.9% mejor los datos que el modelo base (tabla 25). En consecuencia, y acorde a la valoración de este conjunto de estimadores, el modelo de la diferencia uniforme (unidiff) es preferible al modelo de referencia, mostrando valores más óptimos, todo lo cual, con las reservas del caso previamente señaladas, conducen a acoger la hipótesis de la existencia de una pauta monótona (cambio uniforme) entre orígenes y

destinos de clase a través del tiempo (intercohortes). Por lo tanto, se describirá el patrón de movilidad social intergeneracional con base en los coeficientes phi del modelo.

Tras acoger el modelo de la diferencia uniforme, se interpretan los parámetros phi (ϕ) que informan sobre el comportamiento de la movilidad social relativa en cuanto a su variabilidad entre generaciones y el nivel de fluidez social que caracteriza al patrón de movilidad. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1947 y 1960 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de variabilidad fuerte hacia la cohorte intermedia (1961-75) (coeficiente de 0.6801) y desde esta última hacia la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 0.8931) en la que la fluidez social se reduce (tabla 26). Se constata un patrón que indica que la fluidez social —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez y superiores a 1 rigidez— aumenta en el pasaje de la cohorte antigua hacia la intermedia para disminuir *a posteriori* desde esta última hacia la cohorte joven (1951-75).

Tabla 25.
Movilidad social relativa (México). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	1512.268	36	0.000	1202.26	0.0%	17.1%	—	—
Cuasi-independencia	545.616	29	0.000	295.89	63.9%	11.9%	—	—
Esquinas	320.966	25	0.000	105.69	78.8%	10.3%	—	—
Topológico	576.777	32	0.000	301.22	61.9%	11.6%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	1789.543	108	0.000	859.53	0.0%	18.6%	457.901	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	312.388	72	0.000	-307.62	82.5%	7.4%	122.021	0.000
Unidiff	288.700	70	0.000	-314.09	83.9%	7.0%	115.508	0.000

Fuente: Elaboración propia con base en EMOVI, 2011.

Tabla 26.
Movilidad social relativa (México). Parámetros Phi (unidiff)

Cohorte	Parámetros
Nacidos entre 1947-60	1.0000
Nacidos entre 1961-75	0.6801
Nacidos entre 1976-86	0.8931

Fuente: Elaboración propia con base en EMOVI, 2011.

15.3.3. Uruguay: Rigidización, pérdida de fluidez en las clases bajas y en la generación joven 1976-86 respecto a las cohortes senior 1931-50 e intermedia 1951-75

El análisis de la movilidad social relativa entre origen (O) y destino (D) de clase para el caso de **Uruguay**, presenta un **modelo de independencia** que exhibe una razón de verosimilitud L^2 con un valor de 293.694 para 16 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 27). Con un valor de BIC igual a 166.79 y un índice de disimilitud de 18.2%, estimadores que tanto en términos comparativos como en sí mismos no resultan óptimos, el modelo de independencia no se ajusta a los datos observados. Se rechaza la hipótesis que formula de la inexistencia de condicionamiento de los orígenes sobre los destinos de clase social, siendo el modelo de independencia empleado como referencia en la comparación entre modelos. El **modelo de cuasi-independencia** mejora su valor de razón de verosimilitud L^2 , al reducirse a 127.938 respecto al modelo anterior, para 11 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 27). Con valores de BIC (77.48) e índice de disimilitud (17.1%) menores a los observados en el modelo de independencia, aunque igualmente elevados, y explicando los datos con apenas un 43.9% de mayor exactitud (tabla 27), el modelo de cuasi-independencia advierte la necesidad de rechazar la hipótesis que formula la existencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos de clase que va más allá del efecto de herencia.

El **modelo de esquinas de Hout** resulta más parsimonioso que los dos modelos anteriores, registrando una razón de verosimilitud L^2 igual a 32.185 para tan solo 7 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación) (tabla 27). Con un valor de BIC igual a -23.33 y un índice de disimilitud de 8.8%, que mejoran sustantivamente los advertidos en los modelos previos, el modelo de esquinas explica los datos un 89% mejor que el modelo de independencia (tabla 27). Si bien el ajuste del modelo de esquinas

quebradas de Hout no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, esto es, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%), exhibe mejoras significativas en los indicadores referidos, adecuándose mejor al criterio de simplicidad (parsimonia) que los modelos de referencia y cuasi-independencia, tornándolo preferible a estos. Con las reservas del caso, se acoge la hipótesis formulada por el modelo, la cual sugiere la existencia de una propensión hacia la movilidad de corto alcance predominante en las clases de la cumbre y base de la estructura en comparación con las clases intermedias (zona de amortiguación), generando una movilidad social bastante restringida y cercana a la reproducción.

El **modelo topológico de Hauser** ofrece un valor de su razón de verosimilitud L^2 (42.529) reducido y muy próximo al registrado por el modelo de esquinas de Hout, para 12 grados de libertad y una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). El modelo mejora su valor de BIC (-52.65) e índice de disimilitud (5.3%) con relación al modelo de esquinas, siendo ambos indicadores los más bajos de la comparación entre modelos (tabla 27). El modelo topológico explica los datos casi tan bien como el modelo de esquinas, advirtiendo un 85.5% de mayor precisión que el modelo de referencia (modelo de independencia), al tiempo que muestra ser tan parsimonioso como el modelo de esquinas quebradas. Por tanto, y de modo semejante a lo advertido para el modelo de esquinas de Hout, el ajuste del modelo topológico no es aceptable bajo criterios estadísticos estándar ($\alpha \geq 0.5$, es decir, la probabilidad asociada a la razón de verosimilitud L^2 no es mayor o igual a 5%). Sin embargo, sobre la base del análisis comparado de los estimadores y en la evidencia de una alta parsimonia del modelo topológico, que lo coloca a la par del modelo de esquinas de Hout en términos de satisfacción del criterio de simplicidad, se concluye la acogida de la hipótesis de la presencia de una menor fluidez y mayor herencia en las clases más bajas respecto a las más altas, caracterizadas por una mayor fluidez social.

En el análisis de la movilidad social relativa entre origen (O), destino de clase (D) y cohortes de nacimiento (C) para el caso uruguayo, el **modelo de independencia condicional** registra un valor de razón de verosimilitud L^2 igual a 321.149 para 48 grados de libertad, con una probabilidad asociada inferior al 5% (0.05 nivel de significación). Con un valor de BIC de -59.55 y un elevado índice de disimilitud igual a 18.6% (tabla 27), el modelo de independencia condicional muestra desajuste a los datos observados, siendo posible rechazar la hipótesis que afirma la ausencia de influencia de los orígenes sobre los destinos de clase social. El modelo de independencia condicional pasa asumirse como referencia en la comparación entre modelos. El **modelo de fluidez social**

constante, presenta un valor de razón de verosimilitud (27.212) que mejora significativamente la observada para el modelo de referencia, para 32 grados de libertad y una probabilidad asociada (0.708) superior a 5% (tabla 27). Cuando se normaliza el estadístico L^2 mediante el estandarizador de Schwartz, este se reduce a 31.842, con una probabilidad asociada (0.474) que se mantiene superior a 5% (0.05 nivel de significación). Con un BIC (-226.59) que resulta ser el más bajo en la comparación entre modelos, un índice de disimilitud (4.4%) reducido y entre los más bajos, y explicando los datos observados en la tabla de movilidad social un 91.5% mejor que el modelo de independencia condicional (tabla 27), el modelo de fluidez social constante ofrece resultados de ajuste a los datos observados en la tabla de movilidad, pudiéndose acoger la hipótesis de la presencia de una pauta de movilidad y herencia que se presenta como constante a través del tiempo de una generación a otra. El **modelo de diferencia uniforme** (unidiff), registra un valor de su razón de verosimilitud L^2 (42.529) que mejora el observado para el modelo CnSF, para 30 grados de libertad y con una probabilidad asociada (0.474) superior a 5% (tabla 27). Cuando se ajusta el estadístico L^2 mediante el estandarizador de Schwartz, disminuye a 29.858 con una probabilidad asociada superior a 5%. Con un valor de BIC igual a -212.24, un índice de disimilitud de 4.1%, el más bajo del conjunto de modelos, y explicando los datos observados un 92% mejor que el modelo de referencia (independencia condicional) (tabla 27), se advierte que el modelo unidiff satisface el criterio de suficiencia ajustándose a los datos observados. Se acoge la hipótesis de la existencia de un patrón monótono (cambio uniforme) entre orígenes y destinos de clase en la comparación entre generaciones.

Acogido el modelo de la diferencia uniforme (unidiff), se examinan los parámetros phi (ϕ) que se le asocian y permiten profundizar en el conocimiento de la naturaleza de la movilidad social relativa en términos de cambio temporal y fuerza de fluidez social en el patrón observado. Considerando la cohorte antigua de los nacidos entre 1931 y 1950 como cohorte de referencia, se observa la existencia de una pauta de variabilidad moderada hacia la cohorte intermedia (1951-75) (coeficiente de 0.8643) y de esta hacia la cohorte joven (1976-86) (coeficiente de 1.0222), entre las que se constata un comportamiento variable entre fluidez social y rigidez de la estructura de oportunidades (tabla 28). El patrón de fluidez social registra una variabilidad muy moderada entre las tres cohortes, siendo mayor la que tiene lugar desde la cohorte antigua hacia la cohorte intermedia respecto a la que se advierte desde esta última hacia la joven (1976-86). Se constata una pauta que indica que la fluidez social aumenta —valores del coeficiente por debajo de 1 indican fluidez y superiores a 1 rigidez— moderadamente desde la cohorte vieja (1931-50) hacia la intermedia

(1951-75), pasando a ser un patrón de rigidez hacia la cohorte de la generación joven (1975-86).

Tabla 27.
Movilidad social relativa (Uruguay). Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Origen y Destino								
Saturado [O D]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	—	—
Independencia [O] [D]	293.694	16	0.000	166.79	0.0%	18.2%	—	—
Cuasi-independencia	164.723	11	0.000	77.48	43.9%	17.1%	—	—
Esquinas	32.185	7	0.000	-23.33	89.0%	8.8%	—	—
Topológico	42.529	12	0.000	-52.65	85.5%	5.3%	—	—
Origen, Destino y Cohorte								
Saturado [O D C]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O C] [D C]	321.149	48	0.000	-59.55	0.0%	18.6%	57.030	0.000
Fluidez constante [O D] [O C] [D C]	27.212	32	0.708	-226.59	91.5%	4.4%	31.842	0.474
Unidiff	25.700	30	0.690	-212.24	92.0%	4.1%	29.858	0.472

Fuente: Elaboración propia con base en Boado, 2010.

Tabla 28.
Movilidad social relativa (Uruguay). Parámetros Phi (unidiff)

Cohorte	Parámetros
Nacidos entre 1931-50	1.0000
Nacidos entre 1951-75	0.8643
Nacidos entre 1976-86	1.0222

Fuente: Elaboración propia con base en Boado, 2010.

A modo de síntesis, se recuperan los resultados del análisis de la fluidez social con base en los modelos de fluidez social (CnSF) y diferencia uniforme (unidiff) con el objetivo de responder a la interrogante de *cómo* ha evolucionado la fluidez social al interior de cada país latinoamericano en las tres fases de desarrollo de sus regímenes de bienestar —esto es, en los dos últimos tercios del siglo XX hasta la actualidad—, así como *cuáles* países son los más y *cuáles* los menos abiertos. En el caso de Chile, el modelo de fluidez social constante muestra ajuste a los datos (con un valor crítico igual a 92.8 para una $p \leq .05$ y

72 grados de libertad en la prueba chi-cuadrado), siendo posible acoger la hipótesis de la existencia de una estabilidad en la fluidez social a través del tiempo durante las tres fases de desarrollo de su régimen de bienestar. Este hallazgo debe ampliarse con el hallazgo de Espinoza (2014) respecto al patrón de fluidez social que rige para la fase de “giro a la izquierda” del desarrollo del RB chileno.

Al comparar parámetros del modelo de CnSF Espinoza advierte que, hacia finales de la primera década del siglo XXI, se aprecia la desaparición de dos zonas de fluidez social otrora existentes hacia inicios del siglo XXI. Según Espinoza, una de esas zonas de fluidez social “comprende las posiciones de mayor estatus (la clase de servicio, la clase en gestión rutinaria y los pequeños empresarios)” (2014, p. 189), la otra “corresponde a la movilidad en ocupaciones manuales calificadas y de baja-calificación” (pp. 189-190). La extinción de estas zonas de fluidez durante la fase de “giro a la izquierda”, parece no afectar el patrón general de movilidad social relativa entre las diferentes fases de desarrollo del RB chileno (hipótesis de la fluidez social constante), según resultados obtenidos en esta investigación. Un segundo hallazgo que complementa y redimensiona la interpretación de los resultados obtenidos aquí tras la aplicación del modelo CnSF, surge del análisis de Solís y Boado (2014), a partir del cual es posible afirmar que, si bien el patrón de fluidez social se mantiene estable entre las distintas fases del desarrollo del RB, este se acompaña de un alto nivel de rigidez y, que según surge de esta investigación, tiende a intensificarse hacia la fase de “giro a la izquierda”.

En el caso de México, el modelo de fluidez social es acogido, siendo posible sostener la existencia de una estabilidad en la fluidez social a través del tiempo durante las tres fases de desarrollo de su régimen de bienestar. La interpretación de este hallazgo se redimensiona con las constataciones de Solís (2014c) respecto a las variaciones del patrón de fluidez social con base en su análisis de los parámetros phi del modelo unidiff para diferentes cohortes de nacimiento, que sincronizan con las distintas fases de desarrollo del RB mexicano. En su análisis, Solís define tres cohortes de nacimiento (1947-66, 1967-81 y 1982-86) emparejables con las definidas en este estudio (1947-60, 1961-75 y 1976-86). En el caso de la cohorte de nacimiento 1947-66, se corresponde con la fase de “constitución” y parcialmente con la fase de “reformas y crisis de las reformas” del RB mexicano, así como con el ocaso de su modelo ISI, coincidiendo asimismo con la cohorte *vieja* (1947-60) definida en esta investigación. En el caso de la cohorte de nacimiento 1967-81, se corresponde con la fase de “reformas y crisis de las reformas” (apogeo y crisis), crisis y efectos de esta durante la “década perdida” de los años 1980, e implementación del modelo de desarrollo neoliberal, coincidiendo en gran medida, con la cohorte *intermedia* (1961-75)

definida en esta investigación. En el caso de la cohorte de nacimiento 1982-86, se corresponde con la fase de “giro a la mexicana” y parte del apogeo (reestructuración y reforma económica) y crisis del modelo neoliberal, coincidiendo en gran medida con la cohorte *joven* (1976-86) definida en esta investigación.

En el análisis de los parámetros phi (ϕ) desarrollado por Solís (2014c), se constata un debilitamiento de la asociación entre orígenes y destinos de clase en el pasaje de la cohorte vieja a la intermedia, sugiriendo un aumento en el nivel de fluidez social en el cambio de cohortes. Dicho aumento de la fluidez social resulta estadísticamente significativo en el análisis aquí desarrollado entre la fase de “constitución” y “reformas y crisis de reformas” del RB mexicano. En contraste, de la cohorte intermedia hacia la joven, en sintonía con lo observado por Solís, tiene lugar un aumento en el valor de los parámetros phi (ϕ) —que supera el valor observado en la cohorte vieja—, sugiriendo la intensificación de la asociación entre orígenes y destinos de clase, siendo esta también estadísticamente significativa. Emparejando los resultados del análisis desarrollado en esta investigación para el caso mexicano con los obtenidos por Solís (2014c), puede afirmarse que la fluidez social aumenta entre las fases de “constitución” y “reformas y crisis de las reformas” para reducirse con una tendencia al cierre de la estructura de oportunidades hacia la fase de “giro a la mexicana”. En síntesis, y bajo la aclaración de Solís de que la evidencia de su análisis no es plenamente concluyente, los resultados pueden ser interpretados como “que no existe una tendencia hacia la mayor fluidez en la movilidad social en México (...) por el contrario, es muy probable que nos encontremos ante una tendencia a la mayor rigidez en la cohorte más joven” (2014c, p. 243), esto es, “entre quienes nacieron durante la crisis económica y crecieron a la sombra de los procesos de cambio estructural que ha experimentado el país desde la segunda mitad de la década de 1980” (p. 243).

Respecto a la sociedad uruguaya, el modelo de fluidez social constante muestra ajuste a los datos observados sobre movilidad social (con un valor crítico igual a 46.2 para una $p \leq .05$ y 32 grados de libertad en la prueba chi-cuadrado), siendo posible acoger la hipótesis de la existencia de una estabilidad en la fluidez social a través del tiempo durante las tres fases de desarrollo de su régimen de bienestar. A un hallazgo análogo llega Boado (2014), en un estudio sobre la sociedad uruguaya con una muestra probabilística de varones y en la que el modelo CnSF muestra ajuste,³ concluyendo el autor que es posible acoger

³ Si bien la muestra que emplea Boado es representativa para tres centros urbanos de Uruguay (Montevideo, Maldonado y Salto), es preciso indicar que tan solo en Montevideo se concentra más de la mitad de la población del país.

la hipótesis de una fluidez social constante entre dos puntos temporales que se corresponden con la fase de “reforma y crisis de las reformas” (mediados de la década de 1990 en el análisis de Boado) y la fase de “giro a la izquierda” (finales de la primer década del siglo XXI en el análisis de Boado).

Por su parte, el modelo unidiff para el caso uruguayo ajusta a los datos (con un valor crítico igual a 43.7 para una $p \leq .05$ y 30 grados de libertad en la prueba chi-cuadrado), con una interpretación de los parámetros phi (ϕ) que hablan de un aumento de la fluidez social desde la fase de “constitución” a la fase de “reformas y crisis de las reformas” del desarrollo de su RB, que luego invierte su naturaleza ofreciendo resultados que hablan más de una propensión a la rigidez que a la apertura de la estructura de movilidad social en la última fase de “giro a la izquierda”. Este hallazgo es consistente con la constatación del ajuste del modelo unidiff en el análisis desarrollado por Boado (2014, pp. 306-309), el que sugiere que al relajamiento de la asociación entre orígenes y destinos de clase (mejora en la fluidez social), le sigue una tendencia incremental de la desigualdad social en términos de oportunidades para la movilidad social de las mujeres —lo que explicaría la pérdida de fluidez— en la transición entre dos puntos temporales definidos por Boado, que se corresponden con las dos últimas fases de desarrollo del RB en Uruguay, a saber; “reformas y crisis de las reformas” y “giro a la izquierda”.

CAPÍTULO VIII

Conclusiones

Este capítulo dedicado a las conclusiones articula dos secciones corolarias, una primera en la que se retorna sobre las hipótesis centrales de investigación a la luz de los resultados obtenidos de la fase de análisis y las perspectivas teóricas, así como a sintetizar los principales resultados ofreciendo una mirada tanto panorámica como sinóptica de los hallazgos y una segunda en la que se proponen líneas de avance para futuras investigaciones que consideren a la presente como punto de partida.

16. Resultados en perspectiva comparada a la luz de las hipótesis

Con relación a la hipótesis que formula *la correspondencia entre determinados niveles de movilidad social y diferentes regímenes de bienestar (asociados a diferentes arreglos institucionales y perfiles de generación y provisión del bienestar)*, los resultados obtenidos en esta investigación demuestran que existe cierta proximidad en los niveles de reproducción y movilidad social entre los países europeos y latinoamericanos —con niveles de la primera que oscilan en un rango aproximado de 27% a 31% y, por consiguiente, de la segunda en uno de 69% a 73%— resultados que se hallan en sintonía con las conclusiones a las que arriban otras investigaciones (Solís y Boado, 2014; Torche y Wormald, 2004, 2007). No obstante, se observa que es entre los regímenes europeos socialdemócrata (Suecia), anglosajón (Reino Unido) y conservador (Alemania) en los que se advierte un nivel, si bien débilmente, por encima del observado tanto en los regímenes latinoamericanos como en el régimen mediterráneo español. Análisis como los desarrollados por Erikson, Goldthorpe y Portocarero (1983) y Beller y Hout (2006), ponen en evidencia la existencia de grados más débiles de asociación entre orígenes y destinos de clase en aquellos regímenes de corte socialdemócrata (e.g. Suecia) res-

pecto a los de corte liberal (e.g. Reino Unido) y conservador (e.g. Alemania), encontrando cierto correlato con los resultados obtenidos en esta investigación. No obstante, y a partir de las bases de datos explotadas para esta investigación, las diferencias entre el primero y los otros resulta pequeña. Por su parte, el caso español (régimen mediterráneo) muestra mayor “apertura” con niveles próximos a los obtenidos en el análisis desarrollado por Martínez-Celorio y Marín Saldo (2012, p. 141 y ss.) a partir de esquemas EGP7 y CASMIN con datos del estudio 2.634 del CIS sobre clases y estructura social (gráfico I). Con fuentes de datos algo más antiguas (de los años 90) Echeverría Zabalza (1999, pp. 495-497) advierte en la comparación entre tasas de movilidad y reproducción social para los idénticos regímenes europeos bajo análisis en esta investigación, mejores niveles en el régimen mediterráneo respecto a sus pares europeos hacia mediados del siglo XX, así como un efecto de convergencia entre los mismos también observable en el análisis desarrollado en esta investigación.

Por su parte, los regímenes de bienestar latinoamericanos presentan niveles de reproducción de clase (levemente) más bajos que los evidenciados en los regímenes europeos —y entre ellos el régimen dual mexicano el más reducido y el universalista uruguayo el más elevado— a excepción del denominado *Latin Rim Regime*—i.e. “régimen cercano a los latinoamericanos”— europeo (España) por Barlow y Duncan (1994), respecto al cual muestra mayor aproximación. Más allá de las diferencias observadas y recién referidas sobre los niveles de movilidad social de los países que componen los regímenes bajo análisis así como de las diferencias en cuanto a la naturaleza de sus arreglos institucionales que les caracterizan en la provisión de bienestar (i.e. elevado familiarismo en la provisión en el caso del RB mediterráneo, centralidad del Estado en el socialdemócrata, residualización del Estado en el liberal, Estado subsidiario en el conservador, universalismo estratificado en los universalistas latinoamericanos —con posterior tendencia a la residualización en el caso chileno particularmente— y dualismo institucionalizado regresivo dual con tendencia más reciente hacia una mayor segmentación del sistema de protección social y robustecimiento de núcleos mercantilizados, el análisis ofrece evidencia como para concluir bajo una mirada sincrónica (en un momento determinado del tiempo) la existencia de una tendencia a la convergencia de las tasas de movilidad social.

Ahora bien ¿qué ocurre cuando se integra a la comparación la mirada diacrónica (evolución en el tiempo) sobre los niveles de movilidad y reproducción social para los diferentes regímenes de bienestar? Se observa una tendencia incremental progresiva de la reproducción social a través de las cohortes en los regímenes europeos liberal de Reino Unido y conservador alemán, o lo que es lo mismo, en otros términos, los niveles de movilidad social decrecen en la transición a través de las distintas

“edades” (*Golden, Silver y Bronze Age*) de sus regímenes de bienestar (gráfico III al VI). En este sentido, ha de tenerse en cuenta el deterioro que ha experimentado la provisión del bienestar en términos de calidad, cobertura y condiciones en ambos países en el proceso de desarrollo, maduración y cambio de sus regímenes. Hacia la etapa “plateada” del régimen liberal de Reino Unido tienen lugar cambios, algunos de ellos estructurales otros asociados a una coyuntura marcada por la crisis del petróleo del año 1973 que termina afectando las estructuras (e.g. ocupacional), que inciden en las dinámicas de la movilidad social. La inflación, el desempleo y más tarde el desempleo de larga duración y las dificultades para contar con una trayectoria laboral duradera que permita generar derechos a prestaciones (contributivas) marcaron el pasaje de la edad dorada a la de plata del régimen de bienestar liberal. Hacia la edad de bronce, a pesar de la implementación de medidas como el subsidio no contributivo para desempleados, se produce una reducción significativa de la seguridad promovida por políticas poco solidarias y de escaso apoyo inspiradas en el lema “a menor protección mayor presión sobre el desempleado para que busque reinsertarse en el mercado laboral” (cuadro 17 anexo).

En el caso alemán, su régimen conservador ya parte en su edad de oro de un esquema de provisión de bienestar que a diferencia de lo que ocurría por ejemplo en Suecia y otros países europeos, no es de carácter universal de modo que no solo no integra a toda la población sino que se expande progresivamente con una cobertura focalizada en el trabajador varón (fuerza laboral masculina) dejando desprotegida ante los riesgos asociados al mercado de trabajo a la mujer frente a la creencia de que sus labores girarían sobre todo en torno al cuidado y las tareas del hogar. El esquema de provisión no mejora hacia la edad de plata a pesar de las medidas adoptadas en los años 80 como respuesta a la crisis económica, continuando con la orientación hacia la protección de la fuerza laboral masculina bajo el precepto del varón como principal proveedor del hogar —el impacto negativo sobre la movilidad social en términos de condiciones de vida de las personas pero principalmente de los hogares como unidad a lo largo del trayecto vital que generan los sistemas de provisión de bienestar social basados en la concepción y supuesto del *male breadwinner* se encuentra bien desarrollado en DiPrete (2002)—¹, a la que se le suman medidas desregu-

¹ Una concepción basada en el supuesto del varón proveedor principal falla en la incorporación de las actividades laborales y, por consiguiente, de una respectiva cobertura de protección de otros/as adultos del hogar (i.e. mujeres), que realizan aportes (bajo la forma de ingreso, por ejemplo) a la unidad colectiva familiar. En síntesis, el estándar de vida de los hogares en los regímenes de bienestar modernos se ve afectado por los pro-

larizadoras y flexibilizadoras de la legislación laboral y del empleo en general durante esta fase del RB alemán. La coyuntura no parece mejorar hacia la edad de bronce del RB conservador alemán en la que se intensifican para colectivos cada vez más amplios las dificultades para incorporarse al mercado laboral, acompañadas de una mayor precarización de la protección en materia de prestaciones, desempleo, accidentes y discapacidad. Durante esta etapa se acentúa lo que venía gestándose en la fase anterior, a saber, los procesos de dualización social que llevan a diferenciar los denominados “*insiders*”, protegidos por el sistema, con carreras laborales estables y de larga duración, de los “*outsiders*”, carentes de las anteriores (cuadro 17, anexo).

En cuanto a los casos de los regímenes mediterráneo español y socialdemócrata sueco, estos advierten tendencias contrastantes con las anteriores de sus pares europeos. La sociedad sueca registra una tendencia incremental de su reproducción social —es decir, una tendencia decreciente de su movilidad social— en la transición desde la cohorte antigua hacia la intermedia para luego mantenerse constante en la transición desde esta última hacia la cohorte joven. El reducido nivel de reproducción social que registra el caso sueco para los nacidos en la cohorte antigua (1935-50) ocurre en un momento en que estos se encontraban en un mercado laboral caracterizado por una coyuntura favorable de bajos niveles de desempleo y alta movilidad ocupacional, un esquema de protección de pensiones básicas universales no condicionadas a pruebas de medios, recursos ni cuantías que impactaba favorablemente sobre la prevención y salida del riesgo social. La movilidad social decrece y la reproducción social se incrementa para quienes nacidos en la cohorte intermedia experimentan un contexto de globalización e incremento de la competitividad económica internacional y reducción de la nacional, acompañado por procesos iniciales de condicionamiento de las prestaciones de seguridad y dificultades de sostenibilidad económica de los generosos niveles de protección universales que caracterizaron al RB socialdemócrata sueco —condiciones que luego se verán agravadas con la crisis sueca de los años 90— durante la edad de oro de este último. Si bien se han observado hacia la edad de bronce del RB sueco procesos de reformas que han definido una tendencia hacia la mercantilización de derechos sociales, la focalización de algunas de sus políticas y la reducción de la solidaridad, la inercia de etapas previas (de esplendor, doradas) de un régimen de bienestar que se ha caracterizado por una concepción keynesiana del mismo bienestar,

gramas de bienestar en la medida que las reglas de elegibilidad y la solidaridad de estos no se encuentran directamente asociadas a la clase u ocupación del varón proveedor principal (*cfr.* DiPrete, 2002).

políticas activas de empleo, el igualitarismo, la promoción de un elevado grado de movilidad social, una igualdad de género y el control de los niveles bajos de desempleo, constituyen factores que explicarían la contención al incremento de los niveles de reproducción social en la transición entre edades (de la de plata hacia la de bronce) del RB socialdemócrata sueco.

La investigación ofrece resultados que permiten afirmar que en el marco del régimen de bienestar mediterráneo español la reproducción de clase social registra una disminución entre los nacidos en la cohorte intermedia que han iniciado y transitado su experiencia laboral durante la edad plateada respecto a los que los hicieron durante la edad de oro y bronce del mismo (cohorte antigua y joven). Hay que tener en cuenta que la sociedad mediterránea no ha comenzado a experimentar para entonces (para los nacidos en la cohorte intermedia) los efectos de la crisis económica del 2007-08 con sus elevadísimos niveles de desempleo y paro —los que podrían encontrarse detrás de la explicación de la disminución de los niveles de movilidad social observados en el análisis de esta investigación durante la edad de bronce de su régimen de bienestar— encontrándose por el contrario en un contexto de reformas en materia de políticas de protección por desempleo y pensiones encaminadas a atenuar los efectos de (a) las proyecciones demográficas desfavorables y (b) la concentración de privilegios de los grupos mejor y más protegidos.

En contraste, en los casos latinoamericanos lo que se observa en todos ellos es un aumento de la reproducción social hacia la fase de “giro a la izquierda” de sus regímenes de bienestar respecto a la etapa marcada por las reformas y crisis de las reformas neoliberales. En los casos de Chile y Uruguay se advierte una mayor movilidad social entre quienes se encuentran en el mercado de trabajo durante la fase de desarrollo y apogeo del modelo ISI —momento en que tiene lugar un dinamismo económico y expansión de oportunidades de desarrollo producto de la industrialización, así como la creación de un proletariado y clase media, acompañado de una menor informalidad en los dos casos del Cono Sur respecto a su par mexicano— e inicio incipiente de implementación del modelo de desarrollo neoliberal, fase en que los regímenes de Chile y Uruguay se caracterizan por su tenor universalista (aunque segmentados), de incorporación movilizadora y democratizador del acceso a la ciudadanía social —en contraste con el carácter más regresivo, dual y de incorporación corporativista que caracterizó al régimen mexicano durante dicha fase de apogeo y ocaso de la “constitución” e inicio incipiente de la de “reformas y crisis de las reformas”— así como por una alta cobertura y desmercantilización de la protección social.

El aumento de la reproducción social a través de las distintas fases de desarrollo de los regímenes de bienestar universalistas de Chile y Uruguay resulta ser

progresivo; i.e. aumenta en las transiciones intercohortes hacia la cohorte más joven. Es en la fase de “giro a la izquierda” de los RB universalistas chileno y de Uruguay que más aumenta la reproducción social afectando a los nacidos en la cohorte joven que encuentran un mercado laboral caracterizado por una mayor informalidad, flexibilidad y desregulación, procesos iniciados en la fase previa. En el caso concreto de Uruguay además de la crisis económica que enfrenta el país a inicios de siglo (2002), durante esta fase tiene lugar el debilitamiento del empleo no-manual no calificado, el empresariado medio y manual calificado.

A diferencia, es durante la fase de “reformas y crisis de las reformas” e inicio incipiente del “giro a la mexicana” del régimen de bienestar mexicano que tiene lugar una reducción en los niveles de reproducción social, cuando comenzaba a abandonarse el modelo de desarrollo ISI por un modelo de crecimiento y desarrollo neoliberal. Hay que tener en cuenta que durante esta fase en México se mantiene la expansión de ocupaciones vinculadas a los servicios y se contraen las asociadas al agro, asimismo la inercia de la fase de desarrollo basada en el modelo ISI continuó operando sobre la ampliación de las actividades manuales vinculadas a la industria. La reproducción social vuelve a repuntar —como se advierte también para el caso chileno y uruguayo— para los nacidos en la cohorte joven y hacia la fase de “giro a la mexicana” y apogeo y crisis del modelo de desarrollo neoliberal en un marco en el que el ritmo del cambio de la estructura ocupacional había comenzado a reducirse a partir de los años 1990 (*cfr.* Solís, 2012).

¿Y qué ocurre en cuanto a la fluidez social? Si se analizan los patrones de fluidez social estos indican que las tasas de movilidad relativa se mantienen bastante constantes a lo largo de las diferentes cohortes en buena parte de los regímenes (España, Suecia, Reino Unido, Alemania, Chile y Uruguay). Cuando se observan los cambios en los patrones de fluidez social al interior de su uniformidad se constata que, entre los nacidos en la cohorte intermedia, que experimentaron su formación e inicio de su experiencia laboral durante la edad de plata de los RB europeos, se atenúa la intensidad de la asociación entre orígenes y destinos de clase en contraste con aquellos nacidos en la cohorte antigua que experimentaron su formación e inicio de experiencia laboral durante la edad de oro. Hay que señalar que los RB europeos experimentan sus procesos de expansión educativa en los niveles secundario, terciario y de formación profesional durante la etapa que denominamos edad de plata, mientras que la regla hacia la edad de oro era la de poblaciones que en el mejor de los casos alcanzaba niveles de educación media obligatoria cuando no contaban con tan solo la educación mínima elemental. A lo que se le suma que el análisis de fluidez social entre orígenes y destinos de clase aquí desarrollado no controla el efecto (indirecto)

ejercido por la educación, lo que posiblemente esté explicando las mejoras en términos de movilidad social relativa en este período. La industrialización de la producción (procesos de industrialización) se robustece hacia la edad de plata de los regímenes de bienestar europeos, abandonando su carácter incipiente, la producción predominantemente agraria (frente a la industrial) y los vestigios de un régimen tradicional de división familiar del trabajo de la etapa anterior (edad de oro). El fordismo como régimen de división del trabajo y definición de las unidades productivas, así como la entrada en la fase capitalista de consumo de masas impulsan la fluidización de la estructura de clases.

Es en la transición hacia la edad de bronce de los regímenes de bienestar europeos, es decir, entre los nacidos en la cohorte más joven que experimentan su formación e ingreso en el mercado laboral durante esta fase, que crece la intensidad en la asociación entre orígenes y destinos de clase. El caso del RB mediterráneo es en el que menos acusada es la variación, aunque indicando una tendencia hacia la disminución de la fluidez posible reflejo de los primeros efectos germinales de la crisis que atravesaría el país y su régimen de bienestar hacia comienzos de siglo XXI. En los regímenes socialdemócrata de Suecia y liberal de Reino Unido el cambio hacia la intensificación de la asociación entre orígenes y destinos de clases en la edad de bronce respecto a la de plata resulta más significativo. Hay que considerar que hacia esta fase existen cambios que estarían transformando los RB y patrones de fluidez social en ambos países. En el caso concreto del RB liberal de Reino Unido tiene lugar una reducción importante de los niveles de protección ante el riesgo de desempleo y de salida de este (del riesgo), acompañados de políticas de recortes del gasto social que impactan negativamente sobre los grupos más vulnerables de la sociedad (cuadro 17 anexo).² En el caso del RB socialdemócrata sueco los inconvenientes para reducir los riesgos asociados a niveles de desempleo que muestran dificultades para mantenerse bajos, los recortes que afectan la calidad de la provisión de bienestar, la apertura a una tendencia a la remercantilización de los servicios de provisión de bienestar y los nuevos riesgos sociales (NRS) asociados a la pobreza y desigualdad que afecta a grupos vulnerables (familias monoparentales con jefas de hogar femeninas, dependientes y jóvenes), han marcado la transformación del RB sueco hacia su edad de bronce afectando (muy probablemente) el cambio en su patrón de fluidez social.

Asimismo, hay que tener en cuenta que, hacia la etapa de la edad de bronce de los regímenes de bienestar europeos bajo estudio, tienen lugar cambios en el

² Los mayores recortes en los últimos noventa años tras la crisis de 2007 y la coalición entre conservadores y liberales (cuadro 17, anexo).

matrimonio como institución, pero también como estrategia de movilidad —es decir, como medio para el aumento o reconversión de los capitales, recursos y/o bienes productivos que puedan facilitar el acceso a una mejor posición de clase— y reconversión-reproducción social. Conviene recordar, como evidencian los trabajos de Echeverría Zabalza (1999) y DiPrete (2002), que las transformaciones en la institución del matrimonio, y por extensión en las distintas formas de unión marital, influyen sobre los riesgos asociados a una mayor (i.e. unión marital o conyugal) o menor (i.e. disolución de la unión) movilidad social de las unidades colectivas (hogares) e individuales (trabajadores). Hacia la edad de oro de los RB europeos el patrón de la unión marital y no marital (conyugal) se transforma, pasando de una tendencia más marcada por el matrimonio universal temprano, la natalidad temprana y tasas de fertilidad de nivel medio, al retraso en el matrimonio, formas de matrimonio parcial, reducción de la fertilidad y aumentos de las tasas de divorcio y disolución del vínculo conyugal (*cfr.* Mayer, 2004a, 2004b).

Por su parte, en el régimen conservador alemán en la cohorte de nacidos que experimentan su ingreso al mercado de trabajo durante la edad de bronce del RB, y en contraste con lo observado en la evolución temporal entre edades e intercohortes de los regímenes mediterráneo, socialdemócrata y liberal, la tendencia registrada es hacia la rigidización —más que hacia la reducción de la fluidez— de la estructura de oportunidades de movilidad social. Es una etapa en la que el RB conservador alemán atraviesa el agravamiento de la precarización de la protección social de los ya referidos *outsiders* (segmentos sociales vulnerables y/o en riesgo de exclusión social) como de los trabajadores escasamente calificados. El *welfare state* se torna más ineficaz en sus compromisos y rol de proveedor de prestaciones sociales, se agudiza la polarización de la sociedad (intensificación de mecanismos sociales dualizadores) y se recrudecen los efectos de las reformas de la fase previa que intensificaron el condicionamiento y redujeron la generosidad de las prestaciones. Es el caso del RB conservador alemán el que evidencia con mayor nitidez un debilitamiento del nivel de movilidad social relativa a través del tiempo (alcanzando la rigidización social) que aparece emparejada con una erosión gradual de su régimen de bienestar (por sus distintas edades).

En los casos latinoamericanos, en Chile se observa un efecto tenue (poco significativo) de las clases de origen sobre las clases de destino de quienes experimentaron su ingreso al mercado laboral durante el apogeo y ocaso del período de “reformas y crisis de las reformas” y crisis del modelo ISI y apogeo del modelo neoliberal (nacidos en la cohorte intermedia) respecto a aquellos que lo hicieron durante la fase de “constitución” del RB y apogeo y crisis del modelo

ISI (cohorte antigua). Esto sugiere que durante el período ISI y hasta su entrada en crisis —abandono de las consignas de la industrialización autónoma— e inicios de las políticas de reducción de la desmercantilización de los servicios de provisión de bienestar, apertura liberal e incentivación del residualismo de las reformas neoliberales y crisis de estas, la intensidad de la asociación entre los orígenes y destinos de clase fue débil o escasa. En contrapartida, hacia los nacidos en la cohorte joven la fuerza de la asociación entre orígenes y destinos de clase aumenta siendo significativa la rigidización de la estructura de oportunidades para la movilidad social. De esta manera la probabilidad de movilidad relativa se ve afectada (negativamente) para la cohorte de nacimiento joven expuesta al apogeo y crisis del modelo de desarrollo neoliberal y la fase de “giro a la izquierda” del régimen de bienestar chileno, caracterizada por (a) un acceso a mínimos garantizados de protección y promoción social, (b) competitividad sistémica, (c) un estado subsidiario, (d) apuesta al capital humano y (e) riesgos asociados a las reformas regresivas y desiguales impulsadas en la fase anterior bajo la influencia del Consenso de Washington (cuadro 18 anexo).

En el marco del régimen dual mexicano y su progresión temporal el análisis ofrece evidencia de una mejora en la magnitud de la asociación entre orígenes y destinos de clase para los nacidos en la cohorte intermedia que experimentaron su formación e inicios de su carrera laboral hacia el apogeo y ocaso de la fase de reformas y crisis de las reformas neoliberales de su régimen de bienestar e inicio incipiente de la etapa de “giro a la mexicana” cuando se los compara con los nacidos en la cohorte antigua que experimentaron su inicio de la trayectoria laboral hacia la fase de constitución y parte de la de reformas neoliberales y crisis de estas. Durante y hasta la fase de crisis del modelo ISI e inicios y apogeo del modelo neoliberal de desarrollo la variación en términos de fluidez social parece no generar un impacto negativo sobre los miembros de la sociedad —incluso sugiere una tendencia que mejora, como también lo evidencia el análisis de Solís (2014c) al trabajar en la comparación de la cohorte de nacimiento 1961-81 respecto a la de 1947-66 asumida como referencia— respecto a la fase de apogeo del modelo ISI. Sin embargo, para los nacidos en la cohorte joven se presenta un aumento de la intensidad en la asociación entre orígenes y destinos de clase respecto a las cohortes previas (antigua e intermedia) sugiriendo que no existe una tendencia hacia la mayor fluidez en la movilidad social para quienes experimentaron su inicio de carrera laboral en el marco de un régimen de bienestar en el que tiene continuidad la tendencia a la residualización, mercantilización y focalización de la protección social promovida por coaliciones de corte liberal promercado, así como en un contexto *residualmente* afectado por una coyuntura de alto desempleo, alta inflación (y posterior devaluación), crisis

de las reformas de cambio estructural y posteriores crisis económicas del 94' y actual de 2007-08. Estudios que desarrollan análisis de evolución temporal de la fluidez social con base en cohortes de nacimiento aproximadas a las definidas en esta investigación arriban a conclusiones semejantes (*cf.*: Zenteno y Solís, 2006; Solís 2012, 2014c).

En el caso de Uruguay y en el marco de los cambios graduales de su régimen universalista, el análisis ofrece resultados que informan de un debilitamiento de la fuerza en la asociación entre orígenes y destinos de clase para quienes experimentan el inicio de su carrera laboral durante la etapa de apogeo y ocaso de la fase de las reformas neoliberales y crisis de estas e inicio incipiente del “giro a la izquierda” (cohorte intermedia) respecto a quienes lo hacen durante la fase de apogeo y crisis de la fase de constitución del RB universalista uruguayo. Hay que considerar que durante la fase de reformas neoliberales y más allá de los procesos de desregulación y flexibilidad laboral que comienzan a tener lugar, ocurre un incremento de la participación de la fuerza laboral femenina en la PEA respecto a la etapa anterior (25% en 1963 frente a 44% en 1996) lo que podría asociarse a la fluidización observada. Adicionalmente, como lo evidencia el estudio más reciente de Boado (2014) habría que matizar —si no es que descartar— la hipótesis del retraimiento de la estructura social y movilidad ocupacional por una suerte de “incongruencia de estatus” (bloqueo de oportunidades ocupacionales e ingresos para los jóvenes mejor educados) formulada para el período de esta fase en trabajos pioneros como el de Filgueira (1973).

Asimismo, Uruguay experimenta su expansión educativa sobre el principio de universalidad educativa acompañada de una profundización de la tendencia hacia el régimen incluyente en protección básica durante las fases (constitución y crisis de las reformas) en que mejor es su panorama de fluidez social. Será hacia la fase de “giro a la izquierda” y apogeo y crisis del modelo de desarrollo neoliberal afectando a los nacidos en la cohorte joven que experimentan su formación e inicio de carrera laboral en esta etapa, que se intensifica la asociación entre orígenes y destinos de clase rigidizándose la estructura de oportunidades para la movilidad social relativa. Durante esta fase de “giro a la izquierda” de los RB universalistas (Chile y Uruguay) y “giro a la mexicana” del RB dual (México) es común a los tres casos latinoamericanos el registro de una pauta hacia la disminución de la fluidez y aumento de la rigidización de oportunidades de movilidad. Durante este período pueden identificarse procesos meso y micro-productores de desigualdad de oportunidades de movilidad que podrían estar explicando dicha variación. Entre los que refieren algunos autores (Kessler y Espinoza, 2003; Solís, 2012) con carácter extensivo a estos regímenes de bienestar se encuentra el de la denominada “movilidad espuria”, que ya venía cre-

ciendo en la fase anterior (“reformas y crisis de las reformas”) del RB mexicano y en la década de 1990 en las sociedades del Cono Sur (el mejor ejemplo es Argentina), según la cual la movilidad ocupacional entre destinos de clases —principalmente entre las clases manuales hacia las no-manuales— no es seguida por una movilidad en las recompensas sociales asociadas a las mismas, generándose la denominada movilidad espuria pero también mecanismos desalentadores que hacen menos atractiva para los agentes la inversión de recursos para experimentar ascenso social.

Con relación a la hipótesis que afirma la existencia de *fuertes trabas a la movilidad social hacia y desde el sector más aventajado en los casos de los regímenes de bienestar latinoamericanos (universalistas de Chile y Uruguay y dual de México)*, la evidencia obtenida demuestra que a pesar de los niveles de reproducción relativamente bajos en la clase más favorecida (clase de servicio) en los países latinoamericanos en su conjunto, tanto el acceso a la misma *desde* otras clases sociales como el enclasmamiento desde la misma hacia estas últimas supone en varios casos vencer fuertes trabas. Si se consideran las tasas de movilidad vertical ascendente y descendente extensas (TVEA y TVED) como indicadores de la probabilidad de experimentar un enclasmamiento desde el sector más aventajado (clase de servicio) hacia el sector menos aventajado de la estructura de clase (asalariados agrícolas u obreros de baja calificación) y viceversa —de experimentarla desde el sector menos hacia el más aventajado—, sus niveles no son tan modestos alineándose inclusive, como se verá en las conclusiones en torno a la hipótesis 3, con los observados entre los casos europeos. Al interior del *cluster* de regímenes latinoamericanos cabe destacar la constatación de una mayor probabilidad en el régimen universalista chileno y dual mexicano respecto al universalista uruguayo —pero también, como se verá más adelante, respecto al mediterráneo español y conservador alemán— de que los agentes móviles experimenten un ascenso de clase social extenso trazando un recorrido desde las clases trabajadoras manuales y agrarias hacia la clase de servicio. Sin embargo, la diferencia entre los dos primeros y el último podría explicarse (se ve afectada) por la exclusión de las clases agrícolas del esquema de clases empleado para el caso uruguayo dada precisamente la idiosincrasia de su estructura de clases; en la que las clases agrarias, en un país demográfica y territorialmente pequeño con alta concentración urbana de su población, resultan ser demasiado pequeñas (bajo peso relativo) como para formar parte integral de la base de la estructura de clases, quedando conformada esta última en el esquema de clases uruguayo por la clase obrera manual. En cuanto a las probabilidades de que los individuos experimenten un descenso de clase social extenso “cayendo” desde el sector más aventajado hacia el menos favorecido de la estructura de clase, se

constata una tendencia hacia la convergencia en el nivel (bajo) de las mismas entre los tres regímenes latinoamericanos. Por consiguiente, podría afirmarse en términos de movilidad vertical extensa que lo que las trabas de carácter más fuerte en los regímenes de bienestar latinoamericanos ocurren con relación a la “caída” extensa desde la clase más favorecida que a la “subida” extensa hacia esta.

Las tasas de movilidad vertical extensa se compensan con los análisis de flujos de salida desde y hacia el sector más aventajado de la estructura de clases. Si se repara como primera aproximación a los flujos de salida en la medida de los efectos de compensación recíproca entre las clases polares de la estructura —esto es, en la fortaleza de los mecanismos de contención de agentes móviles de tipo atracción-repulsión entre los extremos opuestos de la estructura— que informan de la probabilidad (grado de dificultad) de experimentar ascenso hacia la clase de servicio como producto de la probabilidad (grado de dificultad) de experimentar descenso hacia la clase menos favorecida (VIIb o VIIa). Los resultados que ofrece esta investigación al respecto informan de un fuerte (Chile) y muy fuerte (México y Uruguay) mecanismo de compensación, lo que se puede interpretar como la existencia de cierto equilibrio compensatorio entre los que ascienden hacia la cima y los que descienden hacia la base de la estructura, o en otros términos, que la proporción de los que suben hacia la primera desde la base es relativamente equilibrada con la proporción de los que bajan desde la primera hacia esta última. Vale decir que más allá de la existencia de fuertes trabas a la movilidad social *desde y hacia* el sector más aventajado de la estructura en los casos de los regímenes latinoamericanos —i.e. como se observó al analizar las tasas de disparidad en esta investigación—, cuando se toma por referencia en el cotejo la clase menos aventajada, puede concluirse que en los casos latinoamericanos las dificultades (trabas) para moverse *hacia* la clase más favorecida mantiene un equilibrio (se aproximan) en cuanto a su fuerza con las dificultades (trabas) para moverse *desde* la misma.

Ahora bien, un indicador más confiable y que pone mayor luz sobre la afirmación contenida en la hipótesis 2 es el producto de la división de la proporción de la reproducción de salida que tiene lugar en la cumbre de la estructura (clase de servicio) por la proporción de movilidad ascendente de salida hacia esta desde los orígenes de clase en la base de la estructura (asalariados agrícolas, u obreros de baja calificación en el caso concreto de Uruguay). Esta medida se conoce como tasa de disparidad y ofrece evidencia en el análisis de esta investigación como para concluir respecto a la presencia o no de sólidas barreras para la movilidad *hacia* el sector más aventajado de la estructura de clase (clase de servicio). En este marco, el régimen dual mexicano presenta las barreras más

sólidas (tasa de disparidad más alta) a cuya consolidación contribuyen, como ha observado Solís (2012), el reducido tamaño de las clases altas (directivos de alto nivel, profesionales, técnicos y profesionales asociados) que suma apenas una fracción minoritaria de la fuerza laboral mexicana; si bien las clases altas (clase I-II) han experimentado una expansión considerable a través del tiempo —en las distintas fases de desarrollo del RB mexicano, desde los años 60 hasta inicios del siglo XXI— esta no ha supuesto la reducción sustantiva de las dificultades que encuentran aquellos con origen de clase más bajo para ascender hacia la clase más favorecida, a lo que se le suma la desaceleración y declive del ritmo expansivo de la clase (alta) hacia entrado el siglo XX. Le sigue en términos de solidez de barreras (tasa de disparidad) el régimen universalista chileno en el que, si bien a diferencia de otros países latinoamericanos se ha robustecido la clase de servicio, las dificultades para ser reclutado por esta cuando se posee un origen de clase en la base de la estructura y niveles educativos que no alcanzan los 14 años de escolaridad promedio, siguen siendo muy fuertes (Espinosa, 2014; Torche y Wormald, 2007). El régimen universalista uruguayo presenta las trabas menos sólidas (tasas de disparidad más bajas) del grupo latinoamericano bajo estudio, con niveles semejantes a los observados por Boado (2014, p. 295).

Las conclusiones a partir de las tasas de disparidad mejoran tras incorporar los registros en los flujos de movilidad de salida (*outflows*) desde y hacia el sector más favorecido de la estructura social. Estos ofrecen evidencia suficiente como para afirmar que en los países latinoamericanos —y claramente como se concluirá más adelante, respecto a sociedades europeas como la española y de Reino Unido, por ejemplo— el autoreclutamiento en la cima de la estructura tiende a ser intenso indicando la presencia de fuertes barreras para el descenso (de salida) desde el sector más favorecido hacia el resto de clases sociales. Con base en el examen de los flujos de salida es posible concluir también que en los países latinoamericanos existen amplias dificultades para el ascenso (de salida) hacia el sector más favorecido, siendo evidente su mayor persistencia para los orígenes de clase de trabajadores agrarios (Chile y México) y asalariados manuales poco calificados (Uruguay), y en segundo término para aquellos cuyos orígenes sociales tienen lugar en la clase obrera de baja calificación (Chile y México) y obrera calificada (Uruguay). Cuando el análisis se dirige hacia la fluidez social, esto es, hacia la evaluación de la igualdad de oportunidades relativas de acceder a los destinos de clase desde diferentes orígenes de clase que tienen las personas, la investigación demuestra que es posible concluir la presencia de fuertes trabas a la movilidad (relativa) desde y hacia el sector más aventajado de la estructura social tras comprobarse la existencia de un recinto cerrado y poco permeable en la cumbre y base de la estructura social advertido

en el ajuste (con reservas) del modelo de esquinas quebradas de Hout para el conjunto de países latinoamericanos.

Respecto a la hipótesis que afirma que *las fuertes trabas a la movilidad social hacia y desde la cumbre de la estructura de clases es una particularidad de los países de industrialización tardía (o intermedia) latinoamericanos respecto a los países tempranamente industrializados europeos*, la investigación desarrollada ofrece resultados que advierten de tasas de movilidad social vertical extensa ascendente (TVEA) más bajas en las sociedades europeas española y alemana, sugiriendo una menor permeabilidad en la clase de servicio para experimentar ascenso hacia la misma desde la base de la estructura (trabajadores manuales de baja calificación y propietarios y asalariados agrícolas). En contrapartida, casos como el de las sociedades sueca y de Reino Unido registran TVEA más elevadas que sus pares europeos, esto es, barreras más débiles (mayor permeabilidad) para experimentar el ascenso desde la base hacia la cima de la estructura. Los niveles de estas dos últimas sociedades son próximos a los registrados por los casos de las sociedades de industrialización tardía chilena y mexicana, advirtiéndose en estas la más alta permeabilidad (en términos de TVEA) para el ascenso a la clase de servicio desde la base de la estructura en la comparación internacional entre los siete países bajo estudio. Por su parte, el restante caso latinoamericano de la sociedad uruguaya advierte una permeabilidad algo menor a la registrada por sus pares latinoamericanos (Chile y México) pero mayor (fronteras más laxas) a las sociedades española y alemana (tabla 36).

Ahora bien, si se consideran las tasas de movilidad social vertical extensa descendente (TVED) como indicador del recorrido desde las clases más favorecidas (cima) hacia la menos favorecidas de la estructura social, el análisis demuestra la existencia de una relativa convergencia entre los casos de uno y otro continente con niveles que oscilan aproximadamente entre valores del 2% y 4%, lo que sugiere un acercamiento entre los países en cuanto a la dificultad (alta) de experimentar el descenso social desde la clase de servicio (casos europeos) y servicio y no-manual de rutina (casos latinoamericanos) hacia la clase de la base de la estructura, a saber, asalariados manuales de baja calificación y agrarios (casos europeos), propietarios y asalariados agrícolas (Chile y México) y clase manual calificada y de baja calificación (Uruguay). En otros términos, las probabilidades de experimentar este tipo de recorrido extenso descendente (TVED) que advierte de una baja permeabilidad, no varía demasiado entre los países latinoamericanos y europeos bajo estudio. Del conjunto de países se aparta el caso de la sociedad alemana, apareciendo como un *outlier* respecto al resto (casos europeos y latinoamericanos) en la medida que advierte de barreras más

laxas (menores dificultades) para experimentar el descenso vertical extenso (tabla 36).

Si se suma la evidencia que ofrece a la investigación los resultados obtenidos del análisis de los flujos de salida de movilidad social (*outflows*) —los cuales permiten una mirada en detalle de la retención y expulsión de agentes móviles desde las diferentes clases sociales a un nivel desagregado— la hipótesis revisada (hipótesis 3) encuentra débil asidero empírico cuando se tienen en cuenta los niveles de retención de posiciones en la clase más aventajada (herencia de salida en clase I-II). La investigación demuestra que en las sociedades europeas como latinoamericanas existen no solo niveles elevados, sino que próximos (similitud) de reproducción de salida en la cumbre de la estructura, los que oscilan entre los valores extremos mínimo y máximo de 42.7% (España) y 58.2% (Alemania) y entre los promedios de 50.9% para los casos europeos y 52.8% para los latinoamericanos. En otras palabras, no se observa evidencia que indique una propensión considerable mayor hacia la retención de posiciones en la clase de servicio en los casos latinoamericanos respecto a los europeos, por lo que se puede concluir que en los primeros y respecto a los segundos no se cumple la afirmación de la existencia de barreras más férreas para la movilidad de salida *desde* la clase más aventajada *hacia* el resto de clases sociales. Ahora bien, la movilidad de salida desde otras clases sociales hacia la clase más favorecida (clase I-II) sí evidencia barreras más fuertes en las sociedades de industrialización tardía latinoamericanas respecto a las de industrialización temprana europeas, dando lugar a la acogida parcial de la afirmación contenida en la hipótesis —i.e. trabas más fuertes en las primeras respecto a las segundas en la movilidad (de salida) *hacia* la clase social más aventajada— (tablas 5 a 11). Cuando se complementa la evidencia obtenida del análisis de movilidad social (absoluta) con base en las tasas verticales extensas y flujos de salida, con los resultados obtenidos de la aplicación del modelo de esquinas de Hout (fluidez social) (tablas 15 a 28), es posible sostener que tanto para el conjunto de países latinoamericanos como europeos existen barreras poco o nulamente permeables para la movilidad social (relativa) tanto *desde* como *hacia* la clase social más aventajada (clase de servicio I-II), y esto en la medida que el modelo advierte un ajuste pleno (Suecia y Reino Unido) y limitado (España, Alemania, Chile, México y Uruguay) a los datos observados.

Tres aprendizajes pueden extraerse con base en las medidas y resultados conseguidos en el análisis de esta investigación que aportan a matizar la afirmación contenida en la hipótesis 3 inspirada en trabajos como el de Torche (2007). En *primer lugar*, es posible sostener que los casos de industrialización tardía latinoamericanos respecto a los de industrialización temprana europeos no exhiben

trabas más fuertes para experimentar la movilidad social extensa hacia y desde la cumbre de la estructura cuando —como se ha visto— se desarrolla la comparación con base en las tasas de movilidad vertical extensa. En *segundo lugar*, si es posible sostener que en términos de flujos de movilidad social de salida los casos latinoamericanos respecto a los europeos registran dificultades más severas para que los agentes móviles experimenten un enclasmiento en la clase más aventajada desde orígenes en el resto de las otras clases. Esta fuerte rigidez en el acceso a la cima de la estratificación social en los regímenes latinoamericanos ha sido también constatada en estudios recientes, acompañada en el caso chileno de una elevada movilidad entre las clases intermedias y bajas, es decir, de una alta movilidad de tipo no-vertical (entre niveles relativamente similares de recompensas que no suponen un cambio sustantivo en la condición de clase) (Solís, 2014b; Torche, 2005), o de limitaciones a la movilidad de recorrido extenso (y largo) con barreras ubicadas en los extremos de la distribución de clases en el caso de México, producto en buena medida de una alta reproducción de la pobreza que se materializa y hace patente en las sendas dificultades que tienen para experimentar este tipo de ascenso (extenso y largo) quienes pertenecen al quintil más pobre (Torche, s.f.).

Tercero, cuando se examinan algunas medidas de fluidez social como las que aporta en este estudio el modelo de esquinas quebradas de Hout, si bien puede afirmarse que en los casos latinoamericanos bajo estudio —históricamente caracterizados por mayores niveles de desigualdad en términos de distribución de ingresos y riqueza— se constata la presencia de un “circuito cerrado” en la cima de la estructura de clases que define la rigidez en el acceso las clases de servicio y no-manual de rutina, este no es exclusivo de las economías menos desarrolladas y de industrialización tardía (Chile, México y Uruguay) sino que su presencia es compartida a su vez por las sociedades industrializadas de economía avanzada europeas bajo estudio. Este carácter de proximidad en términos de movilidad social relativa (fluidez social) entre los países de un continente (latinoamericanos de industrialización tardía) y otro (europeos de temprana y mayor industrialización) ha sido igualmente observada —con mayor detenimiento y profundidad— en otros estudios (Costa Ribeiro, 2003; Torche, 2005).

En cuanto a la hipótesis que sostiene que *a menores niveles de desigualdad social mayores niveles de movilidad social*, es necesario efectuar antes algunas precisiones previas. En primer lugar, indicar que una de las medidas más atractivas para capturar el grado de desigualdad distributiva de una sociedad es el coeficiente de Gini, en la medida que se trata de un indicador sintético que ofrece información sobre la desigualdad en términos de ingresos mediante un único valor que varía entre la desigualdad perfecta (valor=1) y la igualdad perfecta (valor=0).

Presenta ventajas específicas que lo hacen preferible para la comparación internacional en el análisis de la movilidad social (*cf.* Breen, 2004; Martínez-Celorrío y Marín Saldo, 2010a; Pfeffer, 2007; Treiman y Yip, 1989). No obstante, se trata de un indicador que no está exento de problemas prácticos y técnicos (*cf.* Piketty 2014, p. 206; Solís, 2014c, p. 207).

Entre las limitaciones que presenta el índice de Gini como medida transversal para capturar la desigualdad social (su dimensión material, esto es, en términos de capital económico) se encuentra el hecho de estar parcialmente limitado para informar sobre el modo bajo el cual se distribuyen a largo plazo las oportunidades de bienestar y de vida de los individuos, hogares y generaciones (Solís, 2014c; Stiglitz, 2012). Otro inconveniente tiene lugar cuando se intenta medir la desigualdad social como desigualdad de ingresos, siendo que la desigualdad del capital (propiedad del capital, patrimonio y riqueza) tiende a ser mayor a la asociada al trabajo (ingreso) (Piketty, 2014).

En contrapartida, el uso del índice de Gini como medida de la desigualdad social en el análisis comparado internacional permite en la mayoría de los estudios sobre movilidad social enfrentar las limitaciones propias de disponibilidad y cobertura de datos para un conjunto de naciones y períodos (puntos temporales y series) bajo estudio (Pfeffer, 2007; Stiglitz, 2012). En adición, se ha constatado que si bien el nivel de desigualdad social capturado por el índice de Gini varía a través del tiempo (por ejemplo, los incrementos a partir de los años 80 en sociedades con regímenes liberales como la de Estados Unidos y Reino Unido y desde los años 90 en países con regímenes de corte socialdemócrata), la variabilidad tiende a ser tenue al tiempo que la posición relativa entre los países (diferenciales) permanece bastante estable (Pfeffer, 2007, p. 30). Como se apuntó, si bien en el marco de un análisis comparativo internacional los coeficientes de Gini sobre la concentración del ingreso resultan parcialmente limitados en el sentido de que no capturan de la mejor forma posible la desigualdad de bienestar, producto de las diferencias entre países en cuanto a sus esquemas de provisión, redes de seguridad y sistemas de protección social, sino que se centran directamente en la desigualdad de condiciones materiales, por sobre otras como el capital cultural y social, como las únicas determinantes de la desigualdad en las condiciones de vida, siguen constituyendo componentes centrales de esta última (DiPrete, 2002; Sørensen, 2000). En la perspectiva de Sørensen (2000, p. 1534) el ingreso (*income*) como tal —y de ahí la relevancia de la medida de su distribución bajo el coeficiente de Gini— conforma un indicador (indirecto) de las condiciones de vida de una persona u hogar al constituir el retorno material de los bienes (e.g. riqueza) controlados por la misma. Además, en la comparación entre niveles de movilidad y fluidez social y grados

de desigualdad social se integra una medida complementaria del coeficiente de Gini que informa de la desigualdad basándose en el cálculo del ingreso del 10% más alto como múltiplo del ingreso promedio del 10% más bajo en la escala de ingresos después de impuestos y transferencias y ajustados por la diferencia en el tamaño del hogar. Además de los indicadores sintéticos de desigualdad social referidos, se consideran los perfiles que históricamente han caracterizado a cada régimen de bienestar de los distintos países en términos de grados de desigualdad imperantes en los mismos.

Realizadas las precisiones respecto a las medidas a utilizar, conviene reparar en los resultados que ofrece el análisis y las conclusiones que se desprenden. Cuando se examinan en perspectiva comparada los niveles de movilidad social a la luz de los de desigualdad social, se tiene, por un lado, a los países pertenecientes a la región Latinoamérica, la de mayor desigualdad económica del mundo (IADB, 1999; UN, 2005), con causas históricas que hunden raíces en la marginación de la población étnica y de origen no europeo, una alta concentración de la tierra y hándicaps en el desarrollo educativo desde la Colonia (De Ferranti et al., 2004; Torche, 2007; Torche y Spilerman, 2008), aspectos que impactan negativamente sobre la provisión de protección social, los servicios de educación y salud, el crecimiento económico, la participación política y la cohesión social (Neckerman y Torche, 2007; Torche, 2007). Por otro lado, se agrupan los países de economías avanzadas europeas que se han caracterizado por menores niveles de desigualdad distributiva frente a las sociedades latinoamericanas. Asimismo, tanto al interior del primer grupo de países como del segundo, es posible establecer diferenciaciones entre grados de desigualdad (e.g. Suecia se ha caracterizado históricamente por reducidos niveles de desigualdad en contraste con Reino Unido que ha registrado niveles elevados).

Ahora bien, respecto a la hipótesis que afirma que a menores niveles de desigualdad social mayores niveles de movilidad social, cuando se cotejan las diferencias en los valores promedio del coeficiente de Gini para los distintos países con sus niveles de movilidad social bajo una mirada sincrónica (un momento en el tiempo), no se encuentra evidencia suficiente para concluir que se cumple. Sociedades con los grados más reducidos de desigualdad (i.e. Suecia y Alemania) como aquellas con los más elevados (i.e. Chile y México), registran niveles de movilidad social cercanos (gráfico I y tabla 41). Sociedades como la sueca, entre las de mayor igualdad distributiva con un coeficiente de Gini promedio de 0.22,³ o la alemana que también se encuentra entre las de

³ Se promedia el coeficiente de Gini a partir de tres puntos temporales (1970, 1990 y 2005).

menor desigualdad distributiva (*cf.* Stiglitz, 2012) con un coeficiente de Gini promedio de 0.27, registran tasas de movilidad social semejantes a las de las sociedades española y de Reino Unido históricamente caracterizadas por una mayor desigualdad y coeficientes de Gini promedio más elevados (0.32 y 0.33, respectivamente) (gráfico I y tabla 41).

Cuando se comparan las sociedades más igualitarias de los regímenes de bienestar europeos con las sociedades menos igualitarias de los regímenes de bienestar latinoamericanos, los niveles de movilidad social absoluta muestran ser cercanos, siendo posible afirmar que las variaciones en los grados de desigualdad no se acompañan de variaciones en los niveles de movilidad social. Inclusive, cuando la comparación se afina y se consideran las sociedades más igualitarias al interior del grupo de países europeos como son Suecia y Alemania, de por sí de menor grado de desigualdad, que las latinoamericanas con coeficientes de Gini promedio de entre 0.45 y 0.53, no se encuentran variaciones en los niveles de movilidad social absoluta que permitan concluir la correspondencia que afirma la hipótesis. Por el contrario, los niveles de reproducción social muestran ser incluso algo más bajos en los países con registros menos alentadores de desigualdad distributiva. Cuando en la comparación se deja de considerar como indicador de la desigualdad los valores del coeficiente de Gini para pasar a la medida del ingreso del 10% más alto como múltiplo del ingreso promedio del 10% más bajo en la escala de ingresos después de impuestos y transferencias y ajustados por la diferencia del tamaño del hogar, las conclusiones recién desarrolladas no se ven alteradas, sino que se refrendan.

El panorama aparentemente paradójico descrito a partir de los resultados que ofrece esta investigación, según la cual los niveles de movilidad social tienden a ser semejantes entre las sociedades tempranamente industrializadas de baja desigualdad distributiva y las sociedades latinoamericanas de alta desigualdad, se alinea con algunos antecedentes de investigación que, centrándose en la fluidez social más que en las tasas de movilidad social, han arribado a similar constatación (Costa Ribeiro, 2003; Torche, 2005). No obstante, hay que subrayar el hallazgo de que, si bien en los países de mayor desigualdad distributiva en la comparación internacional, como lo son Chile, México y en menor medida Uruguay, se observan niveles de movilidad social elevados que se aproximan con los observados en los países de menor desigualdad (Suecia, Alemania seguidos de Reino Unido y España), una fracción significativa de los desplazamientos que tienen lugar en los primeros —como lo atestiguan para los casos de Chile y México trabajos como el de Torche (2005) y Solís (2014b)— acontece entre clases poseedoras de jerarquías semejantes. En otras palabras, si la correspondencia entre desigualdad distributiva y movilidad social que expresa

la hipótesis encuentra algún asidero empírico, este se expresa en términos de los diferenciales de desigualdad de ingreso (baja en los países europeos y altos en los latinoamericanos) y los diferenciales de enclasmientos estrictamente verticales entre un contingente y otro de países, es decir, en los desplazamientos que tienen efectos significativos en la medida que suponen cambios de jerarquía de clase, recompensas y recursos.

Cuando se introduce la dimensión temporal de modo que se cotejan los cambios intercohortes de los niveles de movilidad social con la progresión en los coeficientes de Gini (mirada diacrónica), la relación de correspondencia no resulta ser más claramente identificable a partir de los resultados, que en la conclusión previamente desarrollada bajo la mirada sincrónica. Entre los casos europeos, la sociedad española muestra aumentos en los niveles de movilidad social en las cohortes más jóvenes respecto a la antigua, que se acompañan de disminución de la desigualdad hacia la cohorte joven, mientras que la sociedad sueca registra decrecimientos de sus niveles de movilidad social hacia las cohortes más jóvenes que se acompañan de un aumento en la desigualdad social (tablas 12 a 14 y 41). El caso más nítido es el de Reino Unido, en el que disminuciones progresivas y sostenidas intercohortes de la movilidad social se acompañan de incrementos graduales sostenidos de sus niveles de desigualdad. En el contexto latinoamericano, la sociedad chilena registra aumento de la desigualdad social hacia las cohortes más jóvenes que se acompañan de un aumento progresivo de la reproducción social (reducción de la movilidad), mientras que la sociedad mexicana registra un aumento de su movilidad social hacia las cohortes más jóvenes acompañado de reducción gradual sostenida de sus niveles de desigualdad. El caso de la sociedad uruguaya no evidencia una pauta entre cambios en la movilidad social y variaciones de la desigualdad social a través del tiempo que permita hablar de una posible relación.

Cuando se consideran las variaciones temporales de la fluidez social en la comparación con las variaciones de la desigualdad distributiva, la sociedad española muestra aumento de su fluidez social hacia las cohortes más jóvenes en las que tiene lugar niveles más bajos de desigualdad social (distributiva). Sociedades como la sueca y anglosajona de Reino Unido, registran reducción de su fluidez social hacia la cohorte más joven respecto a la intermedia, acompañada de un aumento en sus niveles de desigualdad social. En el contexto latinoamericano países como Chile evidencian disminución progresiva intercohortes de su fluidez social que se acompaña de incrementos de la desigualdad. Por su parte, el caso mexicano se aparta de la correspondencia enunciada en la hipótesis presentando disminución de su fluidez social hacia la cohorte joven respecto a la intermedia que se acompaña de un mejoramiento en los niveles de desigualdad.

El caso de Uruguay, sin estar realmente claro el patrón, muestra un registro semejante al anterior de México; una disminución de la fluidez social y rigidez de la estructura de oportunidades de movilidad social hacia la cohorte joven seguida de una reducción de la desigualdad (tablas 15 a 28 y 41). Si la afirmación contenida en la hipótesis que formula que a menor desigualdad social distributiva corresponde mayor movilidad social, encuentra algo de asidero en la evidencia ofrecida por la investigación, este tiene lugar más con relación a las variaciones temporales de las pautas de movilidad, fluidez y desigualdad social (mirada diacrónica), que con relación a las variaciones entre niveles de movilidad y desigualdad social entre países bajo una perspectiva estática que privilegia el análisis en un momento determinado en el tiempo (mirada sincrónica).

Con relación a la hipótesis que formula la existencia de *asociaciones más débiles entre orígenes y destinos de clase en sociedades con fuerzas laborales mejor educadas*, la evidencia empírica de la investigación demuestra que la relación no se cumple. Tomando como punto de partida el hallazgo desarrollado por Hout (1988), en el que se enfatiza la importancia de considerar la expansión educativa, y en específico la que tiene lugar en los niveles educativos superiores, como explicación de peso de las pautas de movilidad social, se advierte en esta investigación que: sociedades como la sueca, con niveles de educación de su fuerza laboral (en términos de proporción con logro educativo de nivel superior correspondiente a ISCED 5-6) entre los más elevados entre los países considerados, registra una fuerza de asociación entre orígenes y destinos de clase casi tan débil como la observada en sociedades con menor proporción de sus fuerzas laborales que logran el nivel de educación superior ISCED 5-6, como lo son al interior del contexto europeo la alemana y anglosajona de Reino Unido (gráfico I y tabla 41). Cuando se consideran las sociedades latinoamericanas de incluso más bajo logro educativo superior de sus fuerzas laborales, continuando con ISCED 5-6 como referencia, el análisis de resultados ofrece evidencia de que la fuerza de la asociación entre orígenes y destinos de clase (movilidad absoluta) no se diferencia significativamente de la observada para las sociedades europeas con fuerzas laborales mejor educadas (Suecia y España, seguidas de Reino Unido y Alemania) (gráfico I y tabla 41).

Cuando en el contraste consideramos la proporción de fuerza laboral con logro educativo ampliado al nivel terciario no universitario además del universitario (i.e. ISCED 4-5-6), las diferencias entre los países europeos y latinoamericanos se hacen más claras, siendo en los primeros respecto a los segundos donde se observa el mayor porcentaje de la fuerza laboral mejor educada —que alcanza el nivel ISCED 4-5-6—, pero que, sin embargo, no se acompaña de una debilitación de la fuerza de asociación entre orígenes y destinos de clase social.

Hay que recordar que las sociedades europeas bajo estudio registran mejores indicadores respecto a las latinoamericanas cuando se considera la educación a nivel de la sociedad en general —y no solo en términos de sus fuerzas laborales—, como resultan ser, por ejemplo, los porcentajes de población con el mínimo educativo completo,⁴ con al menos ciclo secundario completo,⁵ y con al menos ciclo terciario completo,⁶ así como la cobertura educativa (matriculación) a nivel terciario,⁷ en menor medida secundario y niveles de estratificación del sistema educativo, más reducidos en los casos europeos —a excepción del caso alemán, altamente estratificado— respecto a los latinoamericano (tabla 41). Los diferenciales educativos recién referidos, que marcan una clara escisión en materia de avance y logro educativo entre los casos europeos y latinoamericanos, no se acompañan de diferenciales significativos en la intensidad de la asociación entre orígenes y destinos de clase (movilidad social absoluta).

Cuando el cotejo del logro educativo de las fuerzas laborales de las distintas sociedades se lleva a cabo con base en los diferenciales de fluidez social, y teniendo en cuenta que el modelo de Hauser no ajusta para ninguno de los países mientras el modelo de fluidez constante (CnSF) si lo hace para la mayoría, a excepción de México, los resultados que ofrece la investigación permiten concluir que la relación que afirma la hipótesis no se cumple. Dado que el modelo de cuasi-independencia, que sostiene la existencia de un efecto de los orígenes sobre los destinos de clase que va más allá del efecto de herencia, por lo que tiene lugar fuera de la diagonal principal de la tabla de movilidad, ajusta a los datos en los casos de las sociedades sueca y anglosajona de Reino Unido, con fuerzas laborales “mejor educadas” e indicadores educativos favorables en la comparativa internacional, cabría esperar para estos dos países y en futuras investigaciones, un mayor soporte empírico a la relación que afirma la

⁴ En Suecia y Alemania son del orden del 100%, Reino Unido 99.8%, España 90.1%, Uruguay 88.9%, Chile 85.4% y México 78.1% para el año 2013, con base en cálculos propios con la herramienta *statalinks* de OCDE (2016).

⁵ En Alemania 82.3%, Reino Unido 74.7%, Suecia 74.4%, Chile 54%, España 47.2%, México 31.6% y Uruguay 28.4% para el año 2013, con base en cálculos propios con la herramienta *statalinks* de OCDE (2016).

⁶ En Reino Unido 29.3%, Alemania 24.1%, Suecia 22.5%, México 13.9%, Chile 12.1% y Uruguay 7.4% para el año 2013, sin datos para España, con base en cálculos propios con la herramienta *statalinks* de OCDE (2016).

⁷ En Suecia del 81.9%, España 67.3%, Reino Unido 59%, Chile 49.9%, Uruguay 45.3% y México 23.1% para el año 2005, sin datos para Alemania, con base en cálculos propios con la herramienta *statalinks* de OCDE (2016).

hipótesis. Con base en el análisis de resultados, se rechaza la hipótesis. Análisis que se encaminen en profundizar sobre esta hipótesis, deben integrar a la comparación internacional los esquemas nacionales específicos de políticas educativas —datos que pueden resultar de difícil y laboriosa recolección— asociables a los distintos regímenes de bienestar social. La investigación de Hega y Hokenmaier (2002), desarrollada sobre una muestra amplia de países, resultaría idónea como punto de partida.

Respecto a la hipótesis que afirma que *en las clases sociales de la base de la estructura tiene lugar mayor rigidez y herencia que en las clases altas, en las que se revela mayor movilidad y fluidez social*, el análisis ofrece resultados que indican que las tasas de movilidad vertical extensa ascendente (TVEA) respecto a las tasas de movilidad vertical extensa descendente (TVED), en cada una de las sociedades europeas como latinoamericanas, las primeras resultan más altas que las segundas sugiriendo que en las clases de la base de la estructura la retención de posiciones es menor a la que se experimenta en la cima (clase de servicio) cuando hablamos de enclasmientos entre los extremos de la estructura clase, restando sustentación empírica a la afirmación contenida en la hipótesis en términos de movilidad social absoluta (tabla 36). En las sociedades europeas de Suecia y Reino Unido y en las latinoamericanas de Chile y México, la movilidad ascendente extensa resulta más elevada (alta proporción de enclasmiento en las clases más favorecidas) que en el resto de países bajo análisis (España, Alemania y Uruguay), sin embargo, las diferencias entre la intensidad de la movilidad ascendente extensa y la descendente extensa resulta mayor en las sociedades latinoamericanas (Chile y México, y en menor medida Uruguay) que en las europeas (a excepción de la sociedad sueca que es elevada), lo que indica que son las sociedades latinoamericanas las que desafían con mayor fuerza la afirmación contenida en la hipótesis cuando el foco del examen recae sobre los movimientos cuya distancia de recorrido interclases es del tipo extensa.

Cuando el foco del examen recae en los flujos de salida (*outflows*) que permiten acceder a los registros pormenorizados de los procesos de retención y enclasmiento de los miembros de la sociedad, es posible concluir que la afirmación contenida en la hipótesis no puede ser acogida. En la clase social más favorecida (clase de servicio), se advierten niveles de reproducción de salida más elevados que en la clase menos favorecida (asalariados agrícolas y en el caso de Uruguay, obreros de baja calificación) tanto en las sociedades europeas como latinoamericanas; aunque siendo más elevada la diferencia entre los niveles de herencia de salida de ambas clases en el grupo de países europeos respecto al latinoamericano (tablas 5 a 11). Adicionalmente, si conviene reparar en que la permeabilidad en términos de flujos de movilidad de salida hacia la clase de

servicio desde el resto de las clases sociales es más alta tanto para el grupo de países europeos como latinoamericanos, que la permeabilidad en términos de flujos de movilidad de salida hacia la clase de asalariados agrícolas —y obreros de baja calificación en el caso uruguayo— desde el resto de las clases sociales, lo que sugiere una rigidez más baja en la cima respecto a la base de la estructura de clase para los enclasmientos con origen en las clases intermedias manuales y no-manuales (tablas 5 a 11). Cuando se examina la evidencia ofrecida por el análisis a partir de la aplicación del modelo de Hauser, el cual pone a prueba la afirmación contenida en la hipótesis en términos *stricto sensu* de fluidez social, se refuerza la conclusión de la imposibilidad de su acogida; el modelo muestra desajuste a los datos observados en el conjunto de países bajo análisis, por lo cual se rechaza la existencia de una mayor herencia de clase y rigidez en la clase social menos favorecida respecto a la más favorecida, la que se caracterizaría (la más favorecida) por una menor reproducción de clase (tablas 15 a 28).

En cuanto a la hipótesis que sostiene que *en la cima y base de la estructura de clase se conforman circuitos cerrados que suponen una movilidad social estrecha (herencia)*, y retornando sobre la evidencia disponible a partir del análisis de la movilidad vertical extensa (TVE) como interpretación *prima facie* de los grados de permeabilidad a los enclasmientos ascendentes y descendentes que tienen lugar desde y hacia las clases extremas de la estructura, se constata que la movilidad vertical extensa ascendente (TVEA) resulta más elevada en los casos europeos de Suecia y Reino Unido y latinoamericanos de Chile y México, lo que sugiere en estas sociedades una permeabilidad fuerte en las clases más aventajadas para el enclasmiento ascendente desde la base de la estructura de clases. Menos fuertes, aunque igualmente significativas, resulta ser la movilidad vertical extensa descendente (TVED) en las sociedades española, alemana y uruguaya, no obstante, en el conjunto de países de ambos continentes (Europa y América Latina) las TVEA resultan ser mayores que las TVED, siendo estas últimas bastante reducidas —a excepción de Alemania, en que no lo es tanto— sugiriendo una menor permeabilidad de las clases menos favorecidas (respecto a las más favorecidas) al enclasmiento descendente de individuos móviles desde la cima de la estructura de clase. Lo expuesto desafía la formulación contenida en la hipótesis que afirma la existencia de un recinto cerrado en la cima de la estructura, sin embargo, ofrece cierta sustentación empírica a la afirmación de la presencia de un circuito cerrado en la base de la estructura de clase para el conjunto de países bajo estudio (a excepción de Alemania) (tabla 36).

Si se examinan los flujos de movilidad de salida (*outflows*), que informan con mayor detalle para esta hipótesis del grado de dificultad para acceder a la cima como a la base de la estructura de clases sociales cuando se proviene de

determinada clase social —en otros términos, que informan del grado de permeabilidad social en la cumbre y base de la estructura de clases—, se observa que son en los casos europeos de Suecia y Alemania en los que existe menor enclasmamiento de posiciones desde y hacia fuera de la cumbre cuando se tiene por origen la clase más favorecida (herencia de salida elevada en clase I-II) superando a sus pares europeos de España y Reino Unido —que registran las más bajas de entre los casos bajo análisis— y latinoamericanos de Chile, México y Uruguay, de niveles intermedios entre las primeras y las segundas. Con base en la evidencia ofrecida por los *outflows* y los diferenciales que estos expresan, es posible concluir la existencia de una tendencia hacia la conformación de un “recinto cerrado” en la cumbre de la estructura de clases en las sociedades europeas sueca y alemana frente, principalmente, a las sociedades española, anglosajona de Reino Unido y latinoamericana uruguaya. Si se observan los flujos de movilidad de salida (*outflows*) de la clase menos favorecida (asalariados agrícolas y en el caso de Uruguay, obreros de baja calificación) se advierte que es en el grupo de sociedades de economía avanzada europeas (Suecia, Reino Unido, Alemania y en menor medida España) respecto a las latinoamericanas (de alta reproducción de clase en la base de la estructura), en el que se constata un mayor enclasmamiento de posiciones tanto desde la base de la estructura hacia la cima como hacia las demás clases sociales, expresando una reducida herencia de salida en la base y sugiriendo que de existir un “circuito cerrado” en la base de la estructura, este tendría lugar entre los casos latinoamericanos más que entre los europeos (tablas 5 a 11).

Cuando se considera el análisis de los resultados sobre fluidez social obtenidos tras la aplicación del modelo de esquinas quebradas de Hout, la investigación demuestra que la afirmación de la existencia de un circuito cerrado en la cumbre y base de la estructura de clase, que supone una movilidad social relativa estrecha, se cumple para los casos de las sociedades sueca y anglosajona de Reino Unido (ajuste del modelo a los datos), mientras que en el resto de las sociedades (española, alemana, chilena, mexicana y uruguaya) el ajuste del modelo es limitado y solo bajo ciertas reservas —explicadas en las secciones de análisis— puede acogerse la hipótesis de la persistencia de “circuitos cerrados” en los extremos de la estructura de clases (tablas 15 a 28). Si nos enfocamos en la evidencia que ofrece esta investigación en torno a movilidad social absoluta y fluidez social, es posible concluir que, en primer lugar, la mayor igualdad de oportunidades y <<apertura social>> defendida en la tesis liberal funcionalista de los teóricos de la industrialización parece encontrar escaso asidero empírico, haciendo más admisibles fundamentos acordes con las tesis desarrolladas por los teóricos de la reproducción social, a razón de la presencia de una

fuerte tendencia hacia la reproducción y desplazamientos de corta distancia en los extremos de la estructura. En este sentido, y como se verá más adelante, tampoco encuentra sustento empírico el fundamento de la tendencia hacia una creciente fluidez social y alta movilidad que según los teóricos funcionalistas tendría lugar en las sociedades industrializadas, no obstante, si se observa una tendencia hacia la estabilidad de la fluidez social a través del tiempo (fluidez social constante) cuando se analiza cada nación (*cf.* Erikson y Goldthorpe, 1993) pero sin validar la hipótesis FHJ, en la medida que la fluidez social que se advierte constante a través del tiempo, lo hace desde una perspectiva que examina cada nación en sí misma y por separado, con base en cohortes de nacimiento y sobre un modelo de fluidez constante (CnSF) y no sobre un modelo central de fluidez social (CrSF).

Asimismo, en el cotejo de esta hipótesis se han analizado las tasas de movilidad vertical para conocer la amplitud de la movilidad (distancia del desplazamiento), lo que permite concluir que, la hipótesis que sostiene que las variaciones en las tasas de movilidad vertical entre naciones son resultado de factores asociados a los regímenes sociopolíticos, como por ejemplo el paradigma que propone Parkin (1971, p. 157), tiene poco o nulo asidero empírico; la hipótesis que defiende Parkin sostiene que los movimientos de *larga* distancia son más frecuentes (TVL más elevadas que las TVC) en sociedades post-socialistas o socialdemocráticas (i.e. Suecia) que en las sociedades capitalistas liberales (i.e. Reino Unido), en las que priman los movimientos de corta distancia (TVC más elevadas que TVL) (véase tabla 36).⁸ Tampoco encuentra sustento empírico en los resultados obtenidos en esta investigación la posición excepcionalista (tesis del *excepcionalismo*) propugnada por Olson, según la cual la sociedad de Reino Unido presentaría unas tasas de movilidad social más bajas que el resto de naciones europeas tras haber ido abandonando su carácter original de sociedad particularmente <<abierta>> para incrementar su rigidez; proceso de *esclerotización* de la sociedad británica convirtiéndola excepcionalmente rígida (Olson, 1982). Este efecto no se observa para Reino Unido en la comparación internacional bajo una mirada sincrónica (tasas de movilidad para la población entre

⁸ La hipótesis planteada por Parkin sigue siendo atractiva y merece posterior profundización, en la medida que si bien en el caso de Reino Unido no se cumple *stricto sensu* con la observación de tasas de movilidad de corta distancia que superen a las tasas de larga distancia, cuando se compara el país con Suecia se observa que la movilidad de larga distancia es mucho mayor a la de corta distancia en este último (Suecia) respecto a Reino Unido (12.8% de diferencia entre la TVL y la TVC en Suecia y 3.6% en Reino Unido, respectivamente).

25-65 años de edad) ni diacrónica (tasas de movilidad intercohortes) (véanse gráficos I y III al IX).

En cuanto a la hipótesis que formula que, *a mayores niveles de gasto social y gasto social en educación, persisten mayores niveles de movilidad social*, esta no se cumple cuando se consideran en el cotejo de los niveles de movilidad social los valores promedios de gasto social para cada país. Sociedades como la sueca y alemana, con los mayores niveles de gasto social promedio en la comparación internacional, registran niveles de movilidad social cercanos tanto a las sociedades europeas, como la española y anglosajona de Reino Unido con bajos niveles de gasto social promedio, como a las latinoamericanas (Chile, México y Uruguay) que registran los niveles de gasto social promedios más reducidos —sensiblemente menor en el régimen dual mexicano respecto a los universalistas chileno y uruguayo— del conjunto de países bajo análisis (gráfico I y tabla 41). Cuando el cotejo se realiza observando las variaciones intercohortes de la movilidad social absoluta asociadas al cambio temporal en las cuotas de gasto social, la afirmación contenida en la hipótesis no se cumple para la mayor parte de las sociedades europeas y conjunto de latinoamericanas; Suecia, Reino Unido y Alemania dentro de las europeas registran incrementos graduales intercohortes en sus niveles de reproducción social acompañados de aumentos progresivos en sus niveles de gasto social. Solamente el caso de la sociedad española entre las europeas advierte reducciones graduales en sus niveles de reproducción social que se acompañan de aumentos graduales en sus niveles de gasto social (gráficos III a VI y tabla 41). En el contexto latinoamericano, la sociedad mexicana muestra que ante la disminución gradual de su nivel de gasto social se advierten niveles de reproducción social que también disminuyen en el tiempo, mientras que en el caso de la sociedad uruguaya aumentos progresivos en sus niveles de gasto social no se acompañan de disminuciones progresivas en sus niveles de reproducción de clase social. Entre los latinoamericanos, el caso chileno es el que podría ajustarse a la afirmación contenida en la hipótesis, en el cual disminuciones progresivas de la movilidad social se acompañan de reducciones graduales en los niveles de gasto social (gráficos VII al IX y tabla 41).

Cuando en el cotejo de las variaciones temporales en los niveles de gasto social se consideran las variaciones intercohortes de la fluidez social (parámetros beta del modelo unidiff), la afirmación contenida en la hipótesis no se cumple para la mayoría de las sociedades europeas (Suecia, Reino Unido, Alemania) y la uruguaya entre las latinoamericanas. Estas sociedades presentan incrementos progresivos de sus niveles de gasto social que no se acompañan de aumentos graduales intercohortes de la fluidez social, por el contrario, esta última tiende a decrecer. En otro pequeño grupo de países, España entre los

Europeos, Chile y México entre los latinoamericanos, la afirmación contenida en la hipótesis encuentra algo de sustento; aumento y desaceleración en los niveles de gasto social se acompañan de aumento y desaceleración de la fluidez social intercohortes (España), así como disminuciones de los niveles de gasto social se acompañan de aumentos intercohortes de la rigidez social (Chile) o reducciones de la fluidez social (México) (tablas 15 a 28 y 41). A partir de la evidencia que ofrece esta investigación, es posible concluir que tanto la movilidad como la fluidez social y el gasto social no guardan una correspondencia unívoca ni lineal en la comparación estática entre países —lo cual valida conclusiones como a las que arriba Martínez-Celorio y Marín Saldo (2010a, pp. 223-228) en la comparación internacional que realizan entre gasto social y niveles de movilidad social— y dinámica entre generaciones (intercohortes). No obstante, sociedades como la sueca, que destaca por un elevado gasto social y fiscalidad (Esping-Andersen, 2005), no se distancia notablemente del conjunto de sociedades europeas estudiadas en términos de movilidad social, como si lo sugirió el análisis de la década de 1980 desarrollado por Grusky y Hauser (1984) —en un estudio con debilidades como la de desarrollar los análisis con un grado de agregación muy alto en sus esquemas de clase y tablas de contingencia cuadradas de 3x3 categorías— y, en cierta medida también, el más reciente de Breen (2004), aunque para este último existe evidencia que interpela la relación entre elevado gasto social, baja desigualdad social y alta fluidez social en la sociedad sueca.

Los resultados que ofrece esta investigación se alinean con lo sostenido por Beller y Hout (2006) en cuanto que, si bien es posible ofrecer con relativa facilidad evidencia que soporte la relación estrecha entre regímenes de bienestar y políticas de igualdad (i.e. gasto, fiscalidad, distribución), no lo es tanto en cuanto a la asociación entre regímenes socialdemocráticos y mejores (más elevados) niveles de fluidez social. En esta línea argumentativa a la que se aproximan los resultados de esta investigación, se ubica la posición de Wong (1992), en la que advierte que la mayoría de los estudios que ofrecen evidencia parcial o total para asociar las políticas socialdemocráticas con mayores grados de fluidez social (e.g. Breen, 2004; Hauser y Grusky, 1988), se basan en modelos que centran su atención fuera de la diagonal principal de la tabla de movilidad social. Esta constituye una advertencia relevante en la medida que, como demuestra el propio Wong (1992), es posible encontrar una reproducción de clase relativamente mayor en países con regímenes de bienestar socialdemocráticos o de raigambre socialistas, que en los liberales y capitalistas (Beller y Hout, 2006, pp. 355-356). Inclusive, Erikson y Goldthorpe (1993) encuentran dificultades de evidencia empírica robusta como para arribar a conclusiones sólidas respecto al mayor grado de apertura social (mayor igualdad de oportunidades

para experimentar fluidez social) de la sociedad de régimen socialdemócrata sueca respecto a la de régimen liberal británica —así como respecto a la francesa de régimen de bienestar conservador— tras adicionar más casos (países) al modelo de comparación internacional respecto al que habían considerado en su estudio previo (Erikson et al., 1983) en el que, efectivamente, si se concluía un mayor grado de apertura para Suecia.

Si se atiende el panorama global de la movilidad y fluidez social en Suecia que ofrece esta investigación, es posible sostener una valoración favorable del mismo tras la comparación internacional —en la observación de una herencia social baja, aunque próxima al resto de sociedades europeas, alta movilidad ascendente y baja descendente y niveles de movilidad relativa que expresan fluidez más que rigidez social a través del tiempo—, con base en lo cual es posible sostener que la sociedad sueca de régimen de bienestar socialdemócrata, conserva niveles favorables en sus indicadores de gasto social, igualdad distributiva y fluidez social intercohortes. En este sentido, el proceso hacia una mayor apertura social que experimentó la sociedad sueca estuvo marcado a partir de los años 40 por decrecimientos progresivos de los niveles de desigualdad educativa, proceso que se extendió hasta mediados de los años 70. Esta especificidad del desarrollo social de Suecia, condujo a que se constituyera en una de las sociedades con mayor igualdad de oportunidades en el mundo (Jonsson, 2004, p. 247). El análisis del cambio temporal de la fluidez social desarrollado en esta investigación, ofrece evidencia del referido proceso, a través de la constatación de la ampliación de la estructura de oportunidades netas de movilidad social relativa (fluidez) observada para los nacidos en la cohorte intermedia (1951-75) respecto a los nacidos en la cohorte antigua (1930-50). Sin embargo, la investigación demuestra también que la fluidez social de la sociedad sueca se mantiene estable, aunque con signos de pérdida hacia la generación de la cohorte joven, nacidos entre 1976-86, aproximando los hallazgos de la investigación con los obtenidos por Jonsson (2004, p. 248), los que refrendan el freno a la fluidez social que experimenta la sociedad sueca desde el último cuarto de siglo XX.

Si se profundiza en la relación entre niveles de movilidad social y gasto social promedio específico en educación (gasto educativo promedio), la correspondencia que sostiene la hipótesis (a mayores niveles de gasto social en educación, persisten mayores niveles de movilidad social), no encuentra asidero empírico cuando el cotejo se desarrolla bajo una mirada sincrónica. Sociedades con niveles elevados de gasto social en educación como son los casos de Suecia, Reino Unido y, en menor medida, Alemania, informan de niveles de movilidad social cercanos a los observados en sociedades de menor gasto educativo como lo es la española, entre las europeas, y el conjunto de latinoamericanas (Chile,

México y Uruguay) (gráfico I y tabla 41). Cuando la comparación integra la dimensión temporal contrastando los niveles de movilidad social intercohortes y las variaciones en el gasto social en educación, se puede concluir que la afirmación contenida en la hipótesis se cumple (con reservas) en las sociedades española y sueca entre las europeas —disminución de la reproducción social se acompaña de incrementos en el gasto educativo en la primera y aumentos en la reproducción social se acompañan de disminuciones del gasto social en educación en la segunda— y las latinoamericanas de Chile, en la que aumentos graduales de la reproducción social se acompañan de reducciones en los niveles del gasto educativo, mexicana, en la que la disminución de la reproducción social se acompaña de incrementos graduales del gasto social en educación, y uruguaya, en la que incrementos progresivos de la reproducción social se acompañan de reducciones en el gasto educativo (tablas 12 a 14 y 41). En el caso de Alemania, si bien las reducciones graduales intercohortes de la movilidad social se acompañan de reducciones en los niveles de gasto educativo, las variaciones en estos últimos son pequeñas (en algunos casos, residuales) como para considerarlas significativas.

Si en el cotejo de las variaciones temporales en los niveles de gasto social en educación (gasto educativo) se consideran las variaciones intercohortes de la fluidez social (movilidad relativa), la afirmación contenida en la hipótesis se cumple para la sociedad sueca entre las europeas, en la que disminuciones intercohortes en la fluidez social se acompañan de reducciones en los niveles de gasto educativo, y en las latinoamericanas de Chile y Uruguay, en las que aumentos intercohortes de la rigidez social se siguen de disminuciones en los niveles de gasto educativo. Sociedades como la española, anglosajona de Reino Unido y alemana entre las europeas y mexicana entre las latinoamericanas, ofrecen evidencia que desafían la afirmación contenida en la hipótesis (tablas 15 a 28 y 41).

En buena medida, cuando el examen se lleva a cabo con el gasto social específico en educación, es posible concluir, al igual que en el cotejo con el gasto social, que la movilidad, fluidez y el gasto social en educación no guardan una correspondencia unívoca o claramente lineal entre países, ni entre generaciones (cohortes), cuando se les considera en el análisis comparativo conjunto. No obstante, si es posible sostener que, en términos de movilidad social Suecia y España muestran variaciones temporales que podrían explicarse por cambios en sus niveles de gasto educativo en tanto, (a) constituye este una manifestación bajo la forma de política social del gasto público en activos de bienestar (*welfare items*) como es la educación y (b) que cada sociedad asigna diferente cantidad

de recursos a la promoción de tales activos de bienestar (Hagfors y Kajanoja, 2007, p. 4).

Las disminuciones en los niveles de movilidad social intercohortes en Suecia se asociarían no solo a la caída —drástica, si se piensa que la reducción en 1990 respecto a 1970 ha sido de casi 4 puntos porcentuales— del gasto social en educación, sino a dinámicas que tienen lugar al interior del sistema educativo y procesos de enseñanza; tal es el caso de (i) la alta dependencia de las diferencias de clases en los logros educativos alcanzados respecto a los procesos de socialización temprana (Jonsson, 2004, p. 248), (ii) la distribución de recursos y modo en que la educación es organizada (Erikson y Jonsson, 1996), factores que regularon con mayor fuerza las diferencias de clases en cuanto a aspiraciones absolutas y logros educativos desde mediados de los años 40 y hasta el primer lustro de los 70', período en que se fortalecieron que *a posteriori* (Jonsson, 2004) y (iii) los cambios graduales que a partir de los años 70 comienza a experimentar la estructura integral educativa (*comprehensive structure*) sueca, en dirección hacia una mayor estratificación del sistema educativo, centralización de la administración y control educativo (intensificación de la estandarización educativa) (Pfeffer, 2007). Cabe recordar el rol que juega el proceso de reformas ampliamente orientadas al mercado que tuvieron lugar en Suecia desde los años 90, relacionadas con diversos recortes entre los que destaca el del gasto social en educación como parte de un esquema más amplio de estrechamiento de la política social y esquemas de provisión de bienestar social; lo que deriva en que a inicios del siglo XXI sea posible clasificar a la sociedad sueca ocupando una posición de nivel “medio” en términos de igualdad de oportunidades educativas, por debajo de Nueva Zelanda, Canadá o Rusia (niveles “altos”) y algunos pequeños países post-socialistas de Europa del Este (e.g. Letonia y Eslovaquia) (Beller y Hout, 2006).

En el caso español, en el que se observa variación en la movilidad social (aumento) acompañada de variación en el gasto educativo (aumento) a través del tiempo, debe considerarse que la relación entre este último (gasto educativo) y la movilidad social puede explicarse por la especificidad que asume el esquema de intervención estatal a partir de los años 80, mediante políticas públicas que buscan influir sobre la estructura de oportunidades para la movilidad social a través de mecanismos de reforzamiento de los presupuestos de becas, aumento del gasto educativo promedio por alumno —que se fortalece con la Ley de Orgánica del Derecho a la Educación de inicios de los años 80— y el aumento de las inversiones que beneficia la escolarización en el medio rural (Carabaña, 2004).

Es altamente probable que las mejoras graduales observadas en los presupuestos y gastos en educación en España, impacten favorablemente sobre la movilidad social de las clases no manuales, al interior de estas, sobre las conformadas por profesionales y dentro de estas últimas, sobre el segmento universitario (Carabaña, 2004, *passim*). Las mejoras progresivas en la movilidad social advertidas en la sociedad española, podrían estar relacionadas con, además de las mejoras graduales en el gasto social, cambios de orden coyuntural más que estructural en el régimen de provisión de bienestar familiarista español, sobre los cuales es necesaria mayor investigación; por ejemplo, parece bien justificada la relación entre mayor calidad y gasto educativo con la ampliación de oportunidades de movilidad social, no obstante, se sabe poco respecto al impacto que hacia finales de siglo XX e inicios del XXI ejercen sobre esta última (i) las reformas de tipo comprensivas plasmadas en la Ley General de Educación (LGE) y Ley de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE), (ii) los procesos de devaluación de los títulos universitarios de las generaciones jóvenes y (iii) las políticas de impulso a la matriculación educativa de las mujeres (Carabaña, 1996b, 1997, 2004). Finalmente, se tiene consciencia de las limitaciones que suponen las series de puntos temporales empleadas en esta investigación para cotejar los niveles de gasto educativo —pero también las correspondientes a gasto social y desigualdad distributiva— y los de movilidad y fluidez social, tanto para el caso español como para el resto de las sociedades analizadas. Series que integren datos para un número más amplio de puntos temporales (años), mejorarían el margen de validación de las conclusiones alcanzadas en torno a las hipótesis planteadas. Restricciones en cuanto a la disponibilidad retrospectiva de información, así como aspectos vinculados a garantizar la confiabilidad de las fuentes que la proporciona, han limitado el análisis a los puntos temporales contenidos en esta investigación.

Cuando se cotejan las variaciones temporales de los niveles de fluidez social y gasto educativo, en el caso de Suecia, los factores y explicaciones desarrolladas más arriba en el análisis de los cambios de la movilidad social absoluta y gasto educativo, se aplican para el mismo, y esto en la medida que tanto el patrón de fluidez como el de movilidad social, muestran decrecimiento a través de las cohortes de nacimiento el cual se acompaña de la reducción gradual en el gasto social en educación. La sociedad europea alemana se aproxima a la pauta observada en Suecia —reducción de la fluidez social a través del tiempo acompañada de reducción en el gasto educativo—, aunque la interpretación de este patrón debe realizarse con cautela, en la medida que la disminución gradual del gasto educativo resulta eventualmente residual y poco significativa. En este sentido, el cuadro explicativo del estrechamiento de la fluidez social en Alemania que

podría relacionarse con la reducción gradual del gasto social educativo, debe complementarse con la introducción de otras variables al modelo, tales como la existencia de procesos que son estables y resistentes al cambio en la sociedad alemana, y en general en las de regímenes de bienestar conservadores, como es la tendencia a dar escasa centralidad al gasto en educación, por ejemplo, respecto a las sociedades del resto de regímenes de bienestar europeos bajo estudio (Hega y Hokenmaier, 2002); como se demuestra con el análisis, en el que Alemania registra el menor nivel de gasto educativo entre los regímenes de bienestar europeos exceptuando el que se observa en el régimen familiarista español.

Este rezago en el gasto social en educación del caso alemán constituye un patrón estructural *dominante y persistente* (cfr. Hega y Hokenmaier, 2002). El cuadro de factores explicativos que se encontraría detrás de la explicación del aumento de la rigidez social de la estructura de oportunidades hacia las cohortes más jóvenes en la sociedad alemana, contempla también la perpetuación del elevado nivel de *estratificación* del sistema educativo nacional alemán, el que produce mayores dificultades de acceso a los niveles educativos superiores creando lo que algunos autores denominan “callejones sin salida” (*dead-end pathways*) para buena parte de la población de estudiantes (Allmendinger, 1989; Hopper, 1968; Pfeffer, 2007), asimismo, la baja igualdad de oportunidades educativas para acceder a la educación postsecundaria que caracteriza a la sociedad alemana a lo largo del tiempo y cuando se la compara tanto con sociedades con las que comparte el mismo régimen de bienestar conservador (e.g. Francia, Israel, Chipre) como con las agrupadas en otros diferentes (e.g. Canadá, EUA, Nueva Zelanda entre los liberales, Noruega y Suecia entre los socialdemócratas, Rusia entre los post-socialistas) (Beller y Hout, 2006).

No perder de vista los factores extra-educativos y contextuales asociados a los *efectos de cohorte*, esto es, que influyen sobre un segmento de la población que ha nacido en un período de tiempo limitado, resulta fundamental en la explicación del aumento de la fluidez (cohorte intermedia respecto a la antigua) y posterior rigidización (cohorte joven) en el caso alemán. Entre estos, destacan los eventos históricos dramáticos para la sociedad alemana como lo fueron la Segunda Guerra Mundial, los flujos de expulsados y refugiados de guerra y el ulterior derrumbe económico (Pollak, 2001; Müller y Pollak, 2004), los cuales impactaron de forma diferencial en la estructuras de oportunidades para las diferentes cohortes de nacimiento afectando con mayor fuerza a quienes vieron afectados directamente etapas de sus cursos de vida bajo otras circunstancias

susceptibles de movilidad social relativa, esto es, como lo confirma el análisis, los nacidos en la cohorte antigua (1930-50).⁹

En el grupo latinoamericano, Chile y Uruguay advierten debilitamiento de la fluidez social a través del tiempo acompañado de reducciones del gasto social en educación. Autores como Reimers (1991) y Torche (s.f.) han destacado la relación existente entre las chances de movilidad social relativa en sociedades latinoamericanas y la declinación del gasto educativo, en un contexto de restricciones de los ingresos familiares y desaceleración o estancamiento de la expansión de la matrícula educativa; cuando la reducción del gasto educativo es acompañada de la reducción en la matrícula en los niveles post-secundarios, como observan Beller y Hout (2006) para Chile, se induce la escasez relativa de trabajadores con altas calificaciones, lo que repercute en las oportunidades de movilidad relativa, y con mayor fuerza la que tiene lugar hacia las clases más aventajadas (*cf.* Troche, 2007, pp. 10-15).

Estas barreras afectan con mayor fuerza a los segmentos de la población chilena con padres de nivel educativo bajo (primaria y secundaria incompleta) y procedentes de hogares pobres, respecto a los que provienen de padres con nivel educativo medio superior y superior, situación que refuerza el cierre social para los sectores menos favorecidos de la sociedad. Las fuertes diferencias en los retornos según los distintos niveles educativos de origen y alcanzados, así como los elevados retornos a las credenciales universitarias (educación superior) que caracterizan a la sociedad chilena, explican la alta desigualdad social (Duryea y Pages, 2002; Torche, 2007) y constituyen uno de los determinantes que, sumado a la reducción del gasto educativo, ofrece explicación a la progresiva rigidización de su estructura de oportunidades para experimentar fluidez social. A su vez, los diferenciales en los retornos económicos a la educación, fundamentalmente a la de nivel superior, se han incrementado en Chile desde mediados de la década de 1980 en el contexto de la liberalización económica (Robbins, 1995; Torche, 2007), lo que podría influir en la reducción de la fluidez y tendencia a la rigidización social observada en las cohortes más jóvenes (intermedia y joven).

En el caso uruguayo, que muestra una pérdida de fluidez social hacia la cohorte de nacimiento joven, acompañada de deterioros en sus niveles de gasto educativo, es altamente probable que la reducción de estos últimos afecte con mayor fuerza la movilidad social de quienes provienen de los sectores más

⁹ Este hallazgo es coincidente con el de Müller y Pollak (2004), el cual evidencia una reducción de la fluidez social en Alemania, para una cohorte de nacimiento similar a la denominada “cohorte antigua” en esta investigación, empleando una muestra de individuos varones.

pobres, los que resultan ser más vulnerables a las variaciones en el gasto público en educación que generan contextos de regresión educativa. De igual forma, es probable que las reducciones graduales del gasto educativo en la sociedad uruguaya, hayan ido generando un reforzamiento de la influencia de los orígenes educativos sobre los destinos educativos (reproducción educativa) y debilitado la promoción del acceso igualitario a la educación con independencia del origen social, robusteciendo así las barreras interclases para experimentar movilidad social relativa. La relación entre el deterioro en la inversión pública en educación, que compensa las carencias asociadas al origen social y la familia, y el cierre de clase social se encuentra bastante bien argumentada (e.g. Torche, 2007; Torche y Spilerman, 2008).

Hay que tener en cuenta, como se indicó en líneas anteriores, la especificidad del contexto latinoamericano —que aplica en el contraste con los regímenes de bienestar europeos— cuando se considera el factor del gasto social, en la medida que, como lo demuestran algunas investigaciones (De Ferranti et al., 2004; Uthoff, 2006; Pribble, 2011), resulta particularmente problemático en cuanto a que algunas formas de este tienden a favorecer a los sectores mejor posicionados y de mayores ingresos (e.g. sesgo del gasto a través de programas contributivos de seguridad social) y afectar negativamente a los más desfavorecidos (e.g. recortes en el gasto educativo que afectan las oportunidades de movilidad social). Esta naturaleza regresiva del gasto social y específico en educación se ve agravada hacia la fase de liberalización y apertura económica de Chile y Uruguay, reflejando patrones de menor fluidez social. Teniendo en cuenta que en el contexto latinoamericano las sociedades de Chile y Uruguay, se han caracterizado por contar con lo que Pribble (2011) denomina como “regímenes industrialistas de incorporación movilizadora”, dotados de estructuras de “alta prevención del riesgo social” (*high risk prevention*), caracterizadas por esquemas de políticas sociales orientadas a mejorar los estándares de vida y las dotaciones de capital humano —como por ejemplo, la inversión educativa que previene la caída de los individuos en la pobreza o exclusión— y estructuras de “alta capacidad de sobrellevar el riesgo social” (*high risk coping*), —caracterizadas por programas universales de asistencia para las familias e individuos que ya se encuentran en situación de riesgo social—, los resultados ofrecidos en esta investigación respecto a la hipótesis que afirma que “a mayores niveles de gasto social y educativo, persisten mayores niveles de movilidad social”, conducen a formular nuevas interrogantes respecto a si en los regímenes de bienestar de ambas sociedades (Chile y Uruguay) hacia finales del siglo XX e inicio del siglo XXI, se han ido deteriorando progresivamente las estructuras de prevención y protección del riesgo social y cómo este deterioro ha impactado —negativa-

mente, a razón de que se advierte una pérdida de la fluidez hacia la cohorte joven— sobre el patrón temporal de fluidez social. Esta es una tarea pendiente para una futura y más profunda investigación sobre movilidad social en perspectiva comparada internacional.

Refrenda la necesidad de abordar en futuras investigaciones la tarea recién referida, la constatación de que en la sociedad mexicana, con un régimen de bienestar definido como “industrialista de incorporación corporativista” (Pribble, 2011), caracterizado por una estructura estrecha de “prevención del riesgo social” e inercias de una dependencia de sendero que condicionan la expansión de la fluidez social, registra, en contraste con Chile y Uruguay, mejoras en el gasto educativo a través del tiempo que se acompañan de una reducción de la fluidez social a través de las cohortes que no es tan fuerte como la experimentada por Chile y Uruguay.

Respecto a la hipótesis que sostiene la existencia de una *movilidad definida por un patrón de fluidez que es constante (estable) a través del tiempo y que expresa variabilidad al interior de su uniformidad (presentando una fluidez creciente cuanto más joven se hace la cohorte)*, la investigación ofrece resultados que permiten concluir que en el grupo de países europeos (España, Suecia, Reino Unido y Alemania) como latinoamericanos (Chile y Uruguay), el patrón de fluidez social es constante a través de las cohortes de nacimiento (antigua, intermedia y joven), esto es, que la fuerza de la asociación entre orígenes y destinos de clase social se aproxima en cada una de las cohortes tras registrar el ajuste del modelo de fluidez social constante (CnSF). En contraste, entre las sociedades latinoamericanas, México ofrece registros de un patrón de fluidez social que tiende a no ser constante entre las cohortes, en la medida que el modelo de fluidez constante (CnSF) no se ajusta a los datos. En cuanto a la variabilidad al interior de la uniformidad, es decir, cuando se observan los valores de los coeficientes unidiff, la sociedad española, sueca, de Reino Unido y mexicana, advierten un incremento de la fluidez social hacia la cohorte joven respecto a la cohorte antigua, ofreciendo sustento empírico a la afirmación contenida en la hipótesis.

No obstante, el aumento de la fluidez social en este grupo de países tiene lugar en la cohorte joven respecto a la cohorte antigua, pero no así respecto a la intermedia —frente a la cual la fluidez social exhibe una reducción—, lo que implica tanto que el incremento no es gradual (progresivo), como que el punto álgido de la mayor fluidez tiene lugar en la cohorte intermedia (tablas 15 a 28). En la sociedad europea alemana y sociedades latinoamericanas de Chile y Uruguay, la investigación demuestra que la rigidez social se incrementa hacia la cohorte joven respecto a las cohortes antigua e intermedia, restando soporte empírico a la afirmación contenida en la hipótesis. No obstante, en este grupo

de países (Alemania, Chile y Uruguay), hacia la cohorte intermedia y respecto a la cohorte antigua, el panorama de la fluidez social resulta más favorable que hacia la cohorte joven respecto a la antigua; expresado por una mayor fluidez en los casos de Alemania y Uruguay y una menor rigidez social en el de Chile (tablas 15 a 28).

Con las limitaciones propias del análisis desarrollado en esta investigación sobre una selección de medidas de movilidad social absoluta y modelos loglineales de fluidez social,¹⁰ puede concluirse con base en el análisis de resultados en torno a la hipótesis de la fluidez social constante, cuando la comparación es de orden internacional, enfocada hacia el interior de cada país y sobre la integración del factor temporal —como lo hacen Breen y Luijkx (2004, pp. 37-75)—y, en la presente investigación, mediante las cohortes de nacimiento —como lo hacen Müller y Pollak (2004)—, que en las sociedades de economía avanzada europeas como en las latinoamericanas (exceptuando México), el patrón de fluidez social sigue una pauta constante a través del tiempo (intercohortes), pero que no supone que la fluidez social sea constante entre las distintas clases sociales o similar (tesis de la *similaridad*) entre los países bajo estudio ya sea en un momento dado (perspectiva sincrónica) o a través del tiempo (perspectiva diacrónica). Esta última tarea la emprendieron Erikson y Goldthorpe (1993), descubriendo que las pautas de fluidez social sí se diferenciaban según las clases sociales (no-manuales, pequeña burguesía, agrarias y manuales), pero que persistían en su estabilidad a través del tiempo y similaridad entre los diferentes países por estos analizados.

Lo que se prueba en esta investigación tras la aplicación del modelo CnSF, como subraya Fachelli y López-Roldán (2012, p. 25), es que el patrón de movilidad relativa y reproducción social se conserva constante a través de las generaciones, tanto en los países avanzados de Europa, y en particular en la sociedad desarrollada anglosajona de industrialización temprana e inspiración liberal de Reino Unido (*cf.* Erikson y Goldthorpe, 1993), como latinoamericanos de Chile y Uruguay. La evidencia ofrecida por esta investigación, se alinea con el hallazgo alcanzado por Goldthorpe y Mills (2004, pp. 195-224), en un análisis con base en una submuestra de varones y otra de mujeres de la sociedad anglosajona en

¹⁰ Se emplean modelos pertinentes que responden a los objetivos e hipótesis planteados en esta investigación, sin embargo, quedan fuera del test modelos relevantes tales como, el modelo nuclear o central de fluidez social (*Core Social Fluidity*, CrSF) propuesto por Erikson y Goldthorpe (1993) y el modelo “de cruce” (*Crossing model*), propuesto por Powers y Xie (2000), cuya futura integración resultaría de gran provecho a esta investigación.

el último cuarto del siglo XX (inicios de la década de 1970 hasta mediados de la de 1990), según el cual “se encuentra escasa evidencia general y convincente de que las tasas varíen incremental o decrecientemente en términos de la fluidez social en la estructura de clase de Reino Unido” (Goldthorpe y Mills, 2004, p. 222), advirtiendo que esta (la fluidez) tiende a ser más bien constante, o como los mismos autores indican, estos resultados sirven para extender en el tiempo los hallazgos del Estudio de Movilidad de Oxford (*Oxford Mobility Study*) de 1972, según el cual persiste en la sociedad británica un alto grado de estabilidad como característica de la pauta de fluidez social (2004, p. 222).

Asimismo, también demuestra que en el caso español se valida la hipótesis de la fluidez social constante a través del tiempo, esto es, que las razones de probabilidades (*odds ratio*) se muestran relativamente estables entre las generaciones o cohortes, refrendando lo concluido en el estudio de Carabaña (1999) con base en la Encuesta Sociodemográfica ESD —pero también en la investigación de Echeverría-Zabalza (1999) y, más recientemente en la de Marqués y Herrera-Usagre (2010) y Fachelli y López-Roldán (2012)—,¹¹ según el cual la sociedad española si se ajusta a la hipótesis de la fluidez constante planteada por el enfoque neoweberiano de Erikson y Goldthorpe (1993) para los países europeos. Lo que esta investigación también demuestra, y que se desarrolló líneas más arriba, entra en conformidad con lo planteado por Carabaña (1999, pp. 381-415) en cuanto a que se evidencia un mejoramiento en la fluidez social en España —pero también, y como deja evidencia esta investigación, en el resto de las sociedades europeas bajo estudio— tras la transición de una sociedad de economía tradicional a una de economía moderna —expresada en las diferencias entre los nacidos en la cohorte intermedia y los nacidos en la cohorte

¹¹ Fachelli y López-Roldán (2012) prueban la hipótesis de la fluidez social constante con base en datos del *Panel de Desigualtats 2009* y Marqués y Herrera-Usagre (2010) a partir de la Encuesta de Condiciones de Vida, mientras que Echeverría-Zabalza (1999) emplea la Encuesta de Estructura, Conciencia y Biografía de Clase (ECBC). Por una parte, el uso de distintas fuentes de información que difieren en sus características centrales, valida una conclusión análoga a la que llegan los mencionados autores (e.g. fluidez social constante a través de las cohortes en España), pero por otra, explica también las diferencias en otras; i.e. Carabaña (1999) empleando la ESD confirma que la sociedad española además de fluidez constante muestra ajuste al modelo nuclear de fluidez (*core model*) de las sociedades europeas propuesto por Erikson y Goldthorpe, mientras que Echeverría-Zabalza (1999) valiéndose de la ECBC valida la hipótesis de la fluidez constante del caso español pero no su ajuste al modelo nuclear (*core model*).

antigua— que conlleva procesos de desarrollo y modernización socioeconómica.¹² El análisis de resultados de esta investigación respecto a la evolución de los patrones de fluidez social de las sociedades europeas —y también de las latinoamericanas—, permite concluir la exclusión de la tesis de la perspectiva liberal funcionalista del <<mejoramiento creciente>>, pero también la de la perspectiva marxiana del <<empeoramiento creciente>> (Boado, 2008, p. 143), al igual que la de los teóricos de la <<proletarización creciente>> y <<reproducción social ampliada>> de las posiciones de clase.

17. Desarrollos pendientes de investigación a futuro que se desprenden de esta investigación

En esta sección se identifican y proyectan aportes que sumarían a los resultados y hallazgos sobre movilidad social a los que arriba la presente investigación.

En *primer* lugar, una de las contribuciones más significativas que realiza la investigación es la de desarrollar una comparación entre *clusters* de sociedades de dos continentes (Europa y América Latina) en principio y aparentemente, difíciles de comparar, así como la de integrar al análisis de la fluidez social a la sociedad española, otrora no integrada en el cluster de países europeos para el desarrollo de análisis comparados internacionales sobre movilidad social. A esta contribución se suma el ofrecer resultados con base en la aplicación del modelo de fluidez social constante (CnSF) que refrenda y rechaza hallazgos de estudios previos sobre movilidad relativa para las sociedades europeas y, dentro de estas, para el caso concreto español. Esta investigación se verá beneficiada de futuras investigaciones que logren sumar al análisis del modelo de fluidez social constante, en el marco de la comparación internacional, un análisis con base en el modelo de fluidez nuclear (*Core Fluidity model*) mediante el cual se ponga a prueba la hipótesis del ajuste la sociedad española al modelo de fluidez nuclear del resto de los países europeos (Suecia, Reino Unido y Alemania). Si bien esta

¹² Sin suponer con ello la confirmación de la tesis industrialista de los teóricos liberales, según la cual una mayor apertura e igualdad de oportunidades para la movilidad social relativa son el resultado de los procesos de desarrollo industrializador, lo que se descarta, entre otras razones, al confirmarse el ajuste del modelo de fluidez social constante (CnSF) para el caso español, tanto en el estudio de Carabaña (1999) como en la presente investigación. Los resultados obtenidos para el caso español, alejan esta investigación de las teorías funcionalistas del desarrollo industrial para acercarla a lo advertido por en el estudio de Erikson y Goldthorpe (1993).

inquietud ha sido planteada en algunos estudios y abordada en otros (Carabaña, 1999; Marqués y Herrera-Usagre, 2010), no se encuentra aún zanjada ni exhaustivamente desarrollada.

Un *segundo* aporte significativo que futuras investigaciones que partan de la presente pueden realizar, consiste en el análisis de los patrones y niveles de movilidad y fluidez social en perspectiva comparada internacional integrando la variable sexo (población diferenciada en varones y mujeres), lo que permitirá conocer y evaluar con mayor precisión el impacto que ha tenido sobre la evolución de regímenes de movilidad social, la incorporación de la fuerza laboral femenina en las economías europeas y latinoamericanas, la que ha tenido lugar en los sectores productivos más precarizados de la economía, en los que tiende a concentrarse (Braverman, 1983; Crompton y Jones, 1984), y en las ocupaciones de rutina (clase IIIa+b) y descualificadas (clase VIIa). Permitirá explorar también, bajo una perspectiva comparada e internacional, el impacto que tienen, y han tenido, los diferentes arreglos institucionales de provisión de bienestar (regímenes de bienestar), mediante los alcances de sus políticas de cuidado familiar y fomento de la vida profesional de la mujer, sobre los niveles y patrones de movilidad y fluidez social de la población masculina; poniendo a prueba, por ejemplo, la hipótesis sugerida por Crompton y Mann (1986), de que esta se vio favorecida en términos de movilidad social ascendente (puestos de mayor jerarquía, responsabilidad y cualificación) con la expansión de la inserción laboral precarizada de la mujer.

Un paso dado en esta dirección, esto es, introduciendo la diferenciación por sexo, abriría el camino hacia la explicación tanto de cómo se *distribuyen* diferencialmente los agentes (varones y mujeres) entre las diferentes posiciones de clase, como de los *cambios* acaecidos en las propias estructuras de clases (masculina y femenina). Estudios importantes y recientes sobre las sociedades de Europa (Goldthorpe y Mills, 2004; Jonsson, 2004; Martínez-Celorio y Marín Saldo, 2012a; Müller y Pollak, 2004) como de América Latina (Boado, 2014; Espinoza, 2014; Solís y Boado, 2014) aquí analizadas, desarrollan el análisis de la movilidad y fluidez social diferenciando según sexo, no obstante, una investigación de validación o rechazo de los resultados por estos obtenidos es ahora más que nunca necesario. De igual modo, no resulta menos relevante en las sociedades latinoamericanas de Chile, México y Uruguay y europeas de España, Suecia, Reino Unido y Alemania, poner a prueba la hipótesis de la similaridad entre los patrones de movilidad social femenina y masculina (Goldthorpe, 1980; Stanworth, 1984).

Una *tercera* contribución sustantiva se alcanzaría con la introducción de la variable de diversidad étnica en la comparación nacional e internacional.

Como advierten algunos estudios, las diferentes conformaciones históricas que permite diferenciar países con mayores (México y, en menor medida, Chile) y menores (e.g. Uruguay) grados de heterogeneidad étnico-racial, han influido en el desarrollo de las estructuras y lógicas de provisión de bienestar de los diferentes regímenes latinoamericanos y en la definición y determinación de los sectores sociales integrados y excluidos del proyecto industrializador así como de los grupos perceptores de los beneficios inherentes al propio proceso modernizador que conlleva; protección social, acceso a cobertura sanitaria, vivienda y educación (Barba, 2009; Barba y Valencia, 2014; Pribble, 2011). Esta suerte de *path dependency* estrechamente relacionado con los diferenciales nacionales e internacionales en cuanto a los grados de heterogeneidad étnica, sugiere la necesidad de profundizar en los diferenciales que se definen en términos de movilidad de clase social la población étnica o indígena y la población no étnica y ni indígena, pero también haría posible el análisis de diferenciales de movilidad social por grupo étnico de pertenencia al interior de la primera (*cf.* Díaz, 2012). La diferenciación entre población étnica y no-étnica en el análisis de las estructuras de oportunidades para la movilidad de clase social, es aplicable a las sociedades del contexto europeo; por ejemplo, la etnia gitana en el caso español.

Un *cuarto* aporte relevante residiría en la introducción de la tercera variable del hábitat o medio de los individuos en tanto agentes móviles, distinguiendo entre medio urbano, suburbano y rural que permita focalizar el análisis comparativo en los diferentes condicionantes de la movilidad según medio de procedencia. Esta diferenciación entre medio urbano y medio rural, es relevante en el estudio de la movilidad social en sociedades con media o alta concentración de población rural, por lo que casos como el de Uruguay, de alta concentración urbana y baja rural, quedan fuera del análisis, en contraste, en sociedades como la mexicana o chilena resultaría de fértil valor heurístico. La integración de la diferenciación rural/urbano al análisis de la movilidad social en la sociedad mexicana —también en la peruana, brasilera y, en menor medida, chilena en el contexto latinoamericano, y española y alemana, en el europeo— permite explicar con mayor precisión las transformaciones de las estructuras de clases y patrones de fluidez social que trae consigo la movilidad entre sectores de actividad y ocupaciones agrarias a no-agrarias (Solís, 2012; Solís y Boado, 2014). El flujo de movilidad entre clases agrarias (medio rural) a no-agrarias (urbano), sigue teniendo una fuerte influencia sobre los patrones de movilidad social intergeneracional en la región latinoamericana, siendo muestra de ello los elevados porcentajes a los que llegan los individuos con orígenes en las clases

agrícolas (Solís y Boado, 2014).¹³ Por otra parte, la integración de la variable del medio o hábitat, permitirá la exploración de los mecanismos de asimilación de los migrantes del medio rurales, por parte de los mercados ocupacionales y estructuras de clases del medio urbano en el que se instalan, así como el fenómeno de la “marginalidad urbana” —producto de la no absorción de los migrantes rurales por parte del mercado laboral—, que les acompaña a lo largo de sus cursos de vida.

Aledañamente, podría ponerse a prueba para el caso mexicano, la hipótesis que afirma que las oportunidades de movilidad ascendente en las áreas urbanas se hallan disponibles por igual tanto para los nativos de la ciudad como para los que provienen del medio rural (migrantes rurales) (Solís, 2012). Además de la integración de la variable de migración interna, la investigación se beneficiaría de la incorporación al análisis de la de migración internacional, fértiles para el análisis de relación entre movilidad social y las altas tasas de migración a EUA en México, la emigración de fuerza laboral altamente calificada en Uruguay, la suerte en términos de movilidad social de los contingentes migratorios desde el continente africano —principalmente de los países del Magreb— hacia España y, en el análisis de cohortes, la influencia de los flujos de expulsados y refugiados durante y luego de la Segunda Guerra Mundial en Alemania. En el caso de México, por ejemplo, las elevadas tasas de migración exterior —además de la *interna*, que podría encontrarse detrás de la explicación de los incrementos de la movilidad social, al distribuir internamente la población entre regiones nacionales con mayores oportunidades de ascenso social— hacia EUA, podrían explicar el aumento de la movilidad social intergeneracional del país como resultado de la selección de migrantes mexicanos hacia el país vecino que, de otro modo, competirían por mejores oportunidades de movilidad social ascendente dentro de México (Solís, 2012). Esta es una hipótesis que se ha sugerido y permanece a la espera de su prueba.

Un *quinto* aporte significativo que experimentaría esta investigación se alcanzaría con la introducción de la variable de los logros educativos de los individuos, mediante el uso de esquemas de niveles educativos, en un intento de capturar las principales relaciones de determinación que constituyen los senderos (*paths*) que vinculan orígenes con destinos de clase social. Algunas investigaciones (Blau y Duncan, 1967; Breen, 2004; Ishida et al., 1995), han

¹³ Estudios recientes como el de Solís (2014b), informan que, en el caso de Chile el porcentaje con origen de clase agrario llega a ser de 23%, una proporción nada desestimable, en México 33%, y en casos como Perú alcanza casi a dos terceras partes del total, representando un 64% de los orígenes de clase.

demostrado que el logro educativo constituye un factor de peso en la expansión de las oportunidades de fluidez social de los individuos, lo que justifica ampliamente su incorporación en el análisis de investigaciones futuras que asuman la presente como punto de partida. La aplicación, por ejemplo, del modelo O-E-D (triángulo origen de clase-nivel educativo-destino de clase) propuesto por Blau y Duncan (1967), a los regímenes de movilidad social nacionales en el marco de los diferentes regímenes de bienestar social (europeos como latinoamericanos) en los que tienen lugar, enriquecería la comparación internacional, en la medida que hace posible conocer los efectos residuales directos e indirectos de las asociaciones entre orígenes y destinos cuando son mediados, y no, por la educación.

Probablemente, el mayor desafío estaría en lograr la construcción de un modelo log-multiplicativo o log-linear que capture todos los senderos (*paths*) con la capacidad de descomponer los diferentes efectos (*path analytic decomposition*) (cfr. Breen y Luijkx, 2004, pp. 392-94). Además, la integración al análisis del logro educativo de los/as hijos/as sumaría a esta investigación la capacidad de identificar y explicar, siempre en perspectiva comparada e internacional, los factores estructuradores de las desigualdades, y esto, en la medida que se conocerían con mayor cabalidad los *patrones* que determinan —y en qué grado— el acceso a unos, y no otros, destinos de clase social; en un ejemplo básico, si los destinos de clase se encuentran determinados con mayor fuerza por los orígenes de clase, nos encontramos ante una sociedad cuyo patrón es *adscriptivo*, mientras que si se encuentran determinados por la educación, el patrón dominante es *meritocrático* donde la educación cumple una función más fuerte en los procesos de la estratificación (cfr. Martínez-Celorrio y Marín Saldo, 2010a). Igualmente significativo resultaría considerar dimensiones asociadas a la educación que revelen diferenciales (o similitudes) al efecto que ejercen sobre la fluidez social en los diferentes regímenes bienestar; por ejemplo, si se integran los niveles de igualdad de oportunidades educativas (*equality of educational opportunity* EEO) con miras a examinar si tienen, y en qué grado, un impacto significativo (Beller y Hout, 2006), o no (Erikson y Goldthorpe, 1993), sobre las variaciones del patrón de fluidez social.

La necesidad y pertinencia de seguir avanzando, así como de definir nuevos baremos de medición y evaluación sobre la relación entre educación (logro educativo, acceso a niveles postsecundarios, igualdad de oportunidades educativas) y patrones de movilidad y fluidez social, se encuentra ampliamente justificada para el caso de las sociedades de Europa estudiadas (Boudon, 1983a; Breen, 2004; Hout y DiPrete, 2006; Ishida et al., 1995; Marshall et al., 1997; Müller y Karle, 1993, entre otros) como latinoamericanas (Espinoza, 2014; Solís, 2012;

Solís y Boado, 2014; Torche, 2005, 2007; Torche y Wormald, 2004, entre otros). Mayor grado de avance representaría ahondar en esta relación a través del análisis comparativo internacional que integre casos (países) pertenecientes al régimen de bienestar *post-socialista* europeo (e.g. Rusia, Letonia, Polonia) caracterizado por —a excepción de Rusia, en la que tienden a ser más débiles las barreras y los niveles de igualdad educativa elevados— fuertes barreras en el acceso a la educación superior y niveles medios-altos de igualdad de oportunidades educativas, *liberal* (Hega y Hokenmaier, 2002) o *híbrido* (Esping-Andersen, 1999) asiáticos (e.g. Japón),¹⁴ caracterizado por un sesgo familiarista que tiene fuertes consecuencias sobre el empleo y la provisión del bienestar, y *excluyente* latinoamericano (e.g. Guatemala, Nicaragua, Honduras, Bolivia) caracterizado por reducidos niveles de cobertura en protección social, escasa presencia de los procesos industrializadores y conservación de sistemas oligárquicos enraizados en la actividad agrícola intensiva. De igual forma, la extensión del número de casos que se sumen a los ya analizados (España, Suecia, Reino Unido, Alemania, Chile, México y Uruguay), pertenecientes a los diferentes paraguas de regímenes de bienestar (mediterráneo, socialdemócrata, liberal, conservador, universalista y dual), robustecería el análisis y ampliaría los resultados hasta ahora aquí obtenidos.¹⁵

Finalmente, pero no menos importante, resultaría avanzar en una estrategia comparativa complementaria de la desarrollada en esta investigación. Como se ha advertido, el análisis de la fluidez social siguió una ruta de comparación a

¹⁴ Híbrido de los regímenes liberal y conservador con un fuerte componente familiarista, entiende Esping-Andersen (1999).

¹⁵ Este aspecto remite a la discusión sobre significación estadística de los países agrupados en torno a un mismo régimen de bienestar, cuando se desarrolla el análisis con base en un solo caso (país) perteneciente al mismo. Esta investigación asume el criterio por el cual para cada uno de los regímenes de bienestar, se mantiene significativa si se incorpora un solo caso al análisis en calidad de “tipo ideal”, en la medida que varios estudios para los regímenes latinoamericanos (Filgueira, 2005; Martínez Franzoni, 2007; Pribble, 2011) y europeos (Beller y Hout, 2006; Hega y Hokenmaier, 2002), han demostrado una baja variabilidad interna al interior de cada régimen de bienestar entre las sociedades que la componen cuando se consideran variables asociadas tanto a los perfiles de provisión de bienestar (e.g. cobertura educativa, políticas de igualdad de oportunidades educativas, grado de mercantilización o desmercantilización de la protección social, cobertura de salud y pensiones, entre otras), como a los niveles de movilidad social (Beller y Hout, 2006), siendo precisamente esta especificidad lo que da lugar a la agrupación de los países dentro de un mismo *cluster* de régimen de bienestar.

través del tiempo con base en la definición de cohortes de nacimiento, adoptando similar estrategia a la aplicada entre otros por Müller y Pollak (2004), con un enfoque interpretativo que recae en principio sobre cada país en sí mismo y en perspectiva con el resto luego, siguiendo el derrotero aplicado entre otros por Breen y Luijckx (2004, pp. 37-75). No obstante, una estrategia inspirada en el trabajo de Erikson y Goldthorpe (1993) que avance sobre una comparación de las naciones entre sí sobre modelos CnSF, CrSF y Unidiff en diferentes puntos temporales, cohortes o períodos determinados redimensionaría las conclusiones alcanzadas en esta investigación. En el corolario de esta investigación se ha incursionado en el desarrollo de un ejercicio comparativo asumiendo una estrategia que compara el grupo de siete países entre sí a través de los modelos CnSF y Unidiff al interior de dos de las cohortes de nacimiento definidas (antigua y joven) con miras a capturar si es o no estable (constante) el patrón de la fluidez social entre países y cómo este ha evolucionado (variado o no) para los nacidos en la cohorte más joven.

Un resultado interesante derivado de esta investigación es que, cuando se aplica el modelo que hipotetiza que el nivel de fluidez social es similar (constante) *entre* países (CnSF {OD*P}), este muestra desajuste a los datos para los nacidos en la cohorte antigua y ajuste para los nacidos en la cohorte joven, ofreciendo sustentación empírica de que la fuerza de la fluidez social varía significativamente entre los países en la cohorte antigua, pero no así en la cohorte joven (tablas 37, 38 y gráfico X anexo). Este resultado que invita a ir más allá de una interpretación simplificante, representando en tal sentido un desafío para investigaciones futuras, expresa una aproximación entre países bajo estudio en el grado de intensidad de la asociación neta entre orígenes y destinos hacia la cohorte de la generación joven, posiblemente asociada a los efectos de los procesos de desagrarización de la estructura de clases, la expansión de las ocupaciones en las clase de servicio y de rutina no manual y la distribución interna de la población entre regiones con mayores oportunidades al interior de las sociedades latinoamericanas,¹⁶ aproximando a estas últimas por sus grados de

¹⁶ Otros factores que podrían estar influyendo y encontrarse detrás de la explicación al carácter constante (acercamiento) en los niveles de fluidez social entre los países latinoamericanos y europeos bajo estudio hacia la cohorte joven estarían vinculados a procesos demográficos (e.g. impacto residual del incremento de la brecha de los niveles de fertilidad a través de las clases sociales que induce una redistribución de las oportunidades), procesos de asignación (*allocation processes*) en los niveles medio y micro que generan movilidad, así como cambios en los mecanismos meso y micro productores de desigualdad de oportunidades. Una línea investigativa escasamente explorada que

intensidad en la asociación, agrupándolas en un mismo racimo, por un lado, y a las sociedades europeas en otro (gráfico X, anexo). No obstante, más investigación futura es necesaria para dar respuesta al desafío explicativo que plantea el resultado.

Veamos primero cómo varía la intensidad de la asociación en cada sociedad para los nacidos en la cohorte antigua y valiéndonos de los parámetros que ofrece el modelo Unidiff a partir del cual es posible sintetizar un coeficiente único de variación de la fuerza de la asociación en cada país. El modelo unidiff introduce mejoras entre las que se cuenta la de la bondad de ajuste respecto al modelo CnSF, con lo que se refrenda el rechazo de la hipótesis de la fluidez social constante *entre* países. Las diferencias entre países se observan en la tabla 39, 40 y gráfico X (anexo), donde el aumento en el valor del parámetro indica una menor fluidez (intensificación de la asociación entre orígenes y destinos de clase), mientras que la disminución del mismo una mayor. Siguiendo un criterio conservador de asumir como referencia en la comparación una sociedad que evidencie ajuste a los datos del modelo CnSF y fluidez social a través de tiempo (en este análisis Suecia, entonces, Suecia=1) (*cf.* Breen y Luijckx, 2004, p. 59), una primera constatación relevante indica que la mayor parte de las sociedades muestran menor fluidez social y tendencia hacia la rigidización social (asumiendo a Suecia como la sociedad de referencia). Una segunda constatación destacable, es la de la sociedad anglosajona de Reino Unido evidenciando la intensidad más débil de la asociación entre orígenes y destinos en la comparación internacional para ambas cohortes (antigua y joven).

En el análisis de resultados para la hipótesis de fluidez social constante *entre* países en la *cohorte antigua* (tabla 39 y gráfico X anexo), es posible ensayar una agrupación de países en la que encontramos en un primer escalón a las sociedades sueca y de Reino Unido, presentando los mayores niveles de fluidez social, seguido de un segundo escalón conformado por la sociedad alemana y caracterizado por una menor fluidez social, y un tercer escalón que se distancia del primero, conformado por España y Uruguay con una tendencia a una mayor pérdida de fluidez social. Un cuarto escalón se encuentra conformado por Chile y México, siendo este último el que más destaca por su mayor rigidez social. En resumen, lo que se advierte es un patrón de fluidez *entre* países que no es homogéneo y donde países europeos como Suecia y Reino Unido

podría explotarse en aras de desarrollar explicaciones al resultado obtenido remite, por ejemplo, a los efectos de las redes sociales (capital social) en la reproducción de desigualdad y las diversas formas en que las desigualdades en los orígenes (progenitores/as) se institucionalizan en el campo educativo (*cf.* Solís, 2012).

se ubican entre los más fluidos, latinoamericanos como Chile y México entre los menos y sociedades como la española (con su *Latin Rim regime* de bienestar, que la aproxima a los latinoamericanos) y uruguaya, articulan y se ubican en el medio de ambos contextos continentales de fluidez social (tabla 39 y gráfico X anexo). Los resultados obtenidos en este ejercicio analítico no empatan completamente con los alcanzados en estudios recientes (Solís y Boado, 2014) en cuanto a cómo se ordenan y distribuyen los países bajo estudio según sus niveles de fluidez social,¹⁷ sin embargo, si entran en sintonía con otros, tanto en términos de cómo se distancian algunos países latinoamericanos entre sí y respecto a algunos de los europeos, cómo en cuánto a que los niveles de fluidez social de las sociedades europeas entre sí como respecto a las latinoamericanas, no muestran una tendencia a ser uniformes (Breen, 2004; Erikson y Goldthorpe, 1993; Solís, 2014b).

Si bien se ha señalado que el modelo CnSF aplicado a la comparación internacional mostró ajuste a los datos en la cohorte joven, indicando que el cambio es débil y predomina la estabilidad en la fluidez *entre* países (tabla 40 y gráfico X anexo), el examen de los parámetros ofrecidos por el modelo unidiff—modelo que mejora la bondad de ajuste de sus parámetros respecto al modelo CnSF—, que indica en qué dirección tiene lugar el débil cambio observado entre las naciones, sigue resultando interesante (*cf.* Torche, s.f., p. 17). Por consiguiente, cuando la comparación internacional de los parámetros unidiff se realiza para los nacidos en la cohorte joven —y siendo consciente de que esta podría estar afectada en mayor o menor medida por los *efectos de edad*— las interpretaciones efectuadas en el párrafo anterior respecto a la fluidez social entre países en la cohorte antigua, por un lado, se mantiene, mientras que, por el otro, varía (tabla 39, 40 y gráfico X anexo). Al primer escalón de sociedades de mayor fluidez social en la cohorte antigua y que continúan siéndolo en la cohorte joven (Suecia y Reino Unido), se le suma el caso español, con una reducción significativa de sus niveles de rigidez social. Un segundo escalón lo conforma la

17 Las diferencias se explican, entre otros a factores, a que (a) las estimaciones efectuadas para revelar el patrón de fluidez social *entre* países en la presente investigación, se efectúan para *cohortes de nacimiento* (antigua y joven) y no un único y amplio *grupo de edad* como en la investigación de Solís (2014); (b) el número de casos (países) integrados a la comparación es de siete en la presente investigación y de 11 en la de Solís (2014), (c) las diferencias en los tamaños de las muestras y (d) la diferencia en las fuentes de datos empleadas para los países europeos; i.e. datos de la Encuesta Social Europea (ESE) para el año 2010 en esta investigación y datos empleados por Breen y Luijckx para Europa del año 1990 en la de Solís (2014).

sociedad alemana, tal y como se observó en el análisis para la cohorte antigua, y un tercero los casos latinoamericanos de Chile, México y Uruguay aproximándolos entre sí (tabla 39, 40 y gráfico X anexo). Como se ha podido advertir, el orden de los conglomerados y los países agrupados con base en el examen de los parámetros unidiff varía de una cohorte a otra (cohorte joven comparada con la antigua), aunque mantienen cierto patrón de agrupamiento (aproximación-distanciamiento). Asimismo, hacia la cohorte joven y respecto a la antigua, puede afirmarse que un grupo de países mejoran su nivel de fluidez social (Reino Unido y España), otro lo conservan casi invariante (Alemania y México) y un tercero lo debilita (Chile y Uruguay) (gráfico X).

En síntesis, pueden extraerse tres aprendizajes significativos de este último ejercicio comparativo recién desarrollado: (a) que no existe evidencia que permita afirmar la existencia de un patrón homogéneo de fluidez social para cada región continental como para el conjunto de casos individuales (países), sin embargo, si es posible establecer agrupaciones entre países (conglomerados) según proximidades en sus niveles de fluidez social; que (b) las diferencias nacionales emergen del examen de las variaciones al interior de la estabilidad de la fluidez social (constante) entre países, tanto en la cohorte antigua como en la joven, indicando que en ambas existen diferencias en los niveles de fluidez de los países latinoamericanos entre sí (al interior del *cluster* latinoamericano) como de los europeos entre sí (al interior del *cluster* europeo); (c) que es posible identificar una tendencia hacia una mayor fluidez social en las sociedades europeas respecto a los países de la región latinoamericana, tanto en la cohorte antigua como en la joven. Este último hallazgo (aprendizaje “c”), representa un desafío explicativo en la medida que, si bien congenia con investigaciones que demuestran sociedades europeas como la sueca y de Reino Unido con mayores niveles de fluidez social que las latinoamericanas de Chile y México (Solís y Boado, 2014), se distancia de otras que han sugerido una menor disparidad entre el primero (Chile) y las sociedades de economía avanzada europeas (Torche, 2005). Mayor profundización futura mediante la integración al análisis de un número más amplio de países para ambas regiones y nuevos modelos loglineales de fluidez social resulta necesaria.

Sin duda, aún resta mucho por hacer y avanzar en la dirección del análisis comparativo internacional de los regímenes de movilidad intergeneracional de clase social y la relación que guardan con las especificidades en un período específico (sincrónicas) y a través del tiempo (diacrónicas) de los regímenes de bienestar social nacionales de Europa y América Latina. Se espera que esta investigación sirva de insumo y alimento al desarrollo de futuros análisis sociológicos comparativos y transnacionales más potentes, tanto sobre los sistemas

de estratificación y comportamiento de los patrones de movilidad social como de los cambios en los arreglos institucionales de provisión de bienes y servicios bienestar social que resultan necesarios, y factibles con base en políticas públicas, para la ampliación de la igualdad de oportunidades para la movilidad ascendente de clase social.

Anexo

Tabla29.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (España). Frecuencias absolutas y porcentajes

España			Clase del hijo/a (destino)							Total
			Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc	Clase V+VI	Clase VIIa	Clase VIIb	
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta % del total	112 10.1	75 6.8	15 1.4	1 0.1	22 2.0	33 3.0	4 0.4	262 23.6
	Clase IIIa+b	Cuenta % del total	33 1.7	26 2.3	6 0.6	1 1.4	9 1.8	19 0.0	1 0.0	95 7.8
	Clase IVa+b	Cuenta % del total	32 2.9	35 3.2	18 1.7	3 0.3	23 2.1	15 1.4	4 0.4	130 11.9
	Clase IVc	Cuenta % del total	13 1.2	19 1.7	8 0.7	7 0.6	11 1.0	28 2.6	8 0.7	94 8.5
	Clase V+VI	Cuenta % del total	34 3.1	55 5.0	10 0.9	0 0.0	39 3.5	40 3.6	4 0.4	182 16.4
	Clase VIIa	Cuenta % del total	42 3.8	63 5.7	12 1.1	2 0.2	45 4.0	77 7.0	4 0.4	245 22.1
	Clase VIIb	Cuenta % del total	9 0.8	21 1.9	9 0.8	1 0.1	15 1.4	34 3.1	17 1.6	106 9.6
Total	Cuenta % del total	275 23.5	294 26.4	78 7.2	15 2.7	164 15.8	246 20.6	42 3.8	1114 100	

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 30.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Suecia). Frecuencias absolutas y porcentajes.

Suecia		Clase del hijo/a (destino)							Total	
		Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc	Clase V+VI	Clase VIIa	Clase VIIb		
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta	224	82	14	1	27	38	3	389
		% del total	19.5	7.1	1.2	0.1	2.3	3.3	0.3	33.8
	Clase IIIa+b	Cuenta	16	20	1	0	4	5	1	47
		% del total	1.4	1.7	0.1	0.0	0.3	0.4	0.1	4.1
	Clase IVa+b	Cuenta	21	14	12	0	5	4	0	56
		% del total	1.8	1.2	1.0	0.0	0.4	0.3	0.0	4.9
	Clase IVc	Cuenta	43	27	4	15	16	21	1	127
	% del total	3.7	2.3	0.3	1.3	1.4	1.8	0.1	11.0	
Clase V+VI	Cuenta	128	87	10	3	56	34	4	322	
	% del total	11.1	7.6	0.9	0.3	4.9	3.0	0.3	28.0	
Clase VIIa	Cuenta	43	59	9	1	27	32	4	175	
	% del total	3.7	5.1	0.8	0.1	2.3	2.8	0.3	15.2	
Clase VIIb	Cuenta	11	11	1	0	5	7	0	35	
	% del total	1.0	1.0	0.1	0.0	0.4	0.6	0.0	3.0	
Total	Cuenta	486	300	51	20	140	141	13	1151	
	% del total	42.2	26.1	4.4	1.7	12.2	12.3	1.1	100	

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 31.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Reino Unido). Frecuencias absolutas y porcentajes

Reino Unido		Clase del hijo/a (destino)							Total	
		Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc	Clase V+VI	Clase VIIa	Clase VIIb		
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta	262	169	21	4	48	74	3	581
		% del total	21.2	13.7	1.7	0.3	3.9	6.0	0.2	46.9
	Clase IIIa+b	Cuenta	14	19	1	0	4	10	1	49
		% del total	1.1	1.5	0.1	0.0	0.3	0.8	0.1	4.0
	Clase IVa+b	Cuenta	9	4	2	0	1	3	0	19
		% del total	0.7	0.3	0.2	0.0	0.1	0.2	0.0	1.5
	Clase IVc	Cuenta	13	7	1	4	2	7	0	34
		% del total	1.1	0.6	0.1	0.3	0.2	0.6	0.0	2.7
Clase V+VI	Cuenta	80	74	9	1	28	49	0	241	
	% del total	6.5	6.0	0.7	0.1	2.3	4.0	0.0	19.5	
Clase VIIa	Cuenta	74	84	20	1	26	79	2	286	
	% del total	6.0	6.8	1.6	0.1	2.1	6.4	0.2	23.1	
Clase VIIb	Cuenta	5	7	2	1	5	8	0	28	
	% del total	0.4	0.6	0.2	0.1	0.4	0.6	0.0	2.3	
Total	Cuenta	457	364	56	11	114	230	6	1238	
	% del total	36.9	29.4	4.5	0.9	9.2	18.6	0.5	100	

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 32.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Alemania). Frecuencias absolutas y porcentajes

Alemania		Clase del hijo/a (destino)							Total	
		Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase IVc	Clase V+VI	Clase VIIa	Clase VIIb		
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta	273	92	17	3	42	36	6	469
		% del total	16.3	5.5	1.0	0.2	2.5	2.1	0.4	27.9
	Clase IIIa+b	Cuenta	49	39	0	0	9	14	1	112
		% del total	2.9	2.3	0.0	0.0	0.5	0.8	0.1	6.7
	Clase IVa+b	Cuenta	15	0	13	0	8	1	0	37
		% del total	0.9	0.0	0.8	0.0	0.5	0.1	0.0	2.2
	Clase IVc	Cuenta	4	0	2	9	1	1	0	17
	% del total	0.2	0.0	0.1	0.5	0.1	0.1	0.0	1.0	
Clase V+VI	Cuenta	236	180	9	4	134	97	9	669	
	% del total	14.1	10.7	0.5	0.2	8.0	5.8	0.5	39.9	
Clase VIIa	Cuenta	56	73	8	0	52	54	5	248	
	% del total	3.3	4.4	0.5	0.0	3.1	3.2	0.3	14.8	
Clase VIIb	Cuenta	27	32	0	0	30	32	5	126	
	% del total	1.6	1.9	0.0	0.0	1.8	1.9	0.3	7.5	
Total	Cuenta	660	416	49	16	276	235	26	1678	
	% del total	39.3	24.8	2.9	1.0	16.4	14.0	1.5	100	

Fuente: Elaboración propia con base en ESE, 2010.

Tabla 33.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Chile). Frecuencias absolutas y porcentajes

Chile		Clase del hijo/a (destino)							Total	
		Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase V+VI	Clase VIIa	Clase IVc	Clase VIIb		
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta	144	36	39	12	31	2	3	267
		% del total	5.1	1.3	1.4	0.4	1.1	0.1	0.1	9.4
	Clase IIIa+b	Cuenta	49	63	15	37	51	0	0	215
		% del total	1.7	2.2	0.5	1.3	1.8	0.0	0.0	7.6
	Clase IVa+b	Cuenta	89	64	63	57	44	2	14	333
		% del total	3.1	2.3	2.2	2.0	1.6	0.1	0.5	11.8
	Clase V+VI	Cuenta	126	99	71	153	143	6	16	614
	% del total	4.5	3.5	2.5	5.4	5.1	0.2	0.6	21.7	
Clase VIIa	Cuenta	106	154	83	116	287	8	18	772	
	% del total	3.7	5.4	2.9	4.1	10.2	0.3	0.6	27.3	
Clase IVc	Cuenta	26	19	32	31	66	46	42	262	
	% del total	0.9	0.7	1.1	1.1	2.3	1.6	1.5	9.3	
Clase VIIb	Cuenta	20	32	17	74	87	44	90	364	
	% del total	0.7	1.1	0.6	2.6	3.1	1.6	3.2	12.9	
Total	Cuenta	560	467	320	480	709	108	183	2827	
	% del total	19.8	16.5	11.3	17.0	25.1	3.8	6.5	100	

Fuente: Elaboración propia con base en ENES, 2009.

Tabla 34.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (México). Frecuencias absolutas y porcentajes

México		Clase del hijo/a (destino)							Total	
		Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase V+VI	Clase VIIa	Clase IVc	Clase VIIb		
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta	190	59	31	31	32	4	6	353
		% del total	3.4	1.0	0.5	0.5	0.6	0.1	0.1	6.2
	Clase IIIa+b	Cuenta	81	86	28	37	87	0	9	328
		% del total	1.4	1.5	0.5	0.7	1.5	0.0	0.2	5.8
	Clase IVa+b	Cuenta	276	198	263	118	211	1	4	1071
		% del total	4.9	3.5	4.6	2.1	3.7	0.0	0.1	18.9
	Clase V+VI	Cuenta	102	117	83	136	178	2	22	640
		% del total	1.8	2.1	1.5	2.4	3.1	0.0	0.4	11.3
Clase VIIa	Cuenta	214	248	215	230	529	14	30	1480	
	% del total	3.8	4.4	3.8	4.1	9.3	0.2	0.5	26.1	
Clase IVc	Cuenta	152	98	201	113	313	204	107	1188	
	% del total	2.7	1.7	3.5	2.0	5.5	3.6	1.9	21.0	
Clase VIIb	Cuenta	27	77	71	59	199	34	143	610	
	% del total	0.5	1.4	1.3	1.0	3.5	0.6	2.5	10.8	
Total	Cuenta	1042	883	892	724	1549	259	321	5670	
	% del total	18.4	15.6	15.7	12.8	27.3	4.6	5.7	100	

Fuente: Elaboración propia con base en EMOVI, 2011.

Tabla 35.

Movilidad social clases de origen y clases de destino, padres e hijos/as 25-65 años de edad (Uruguay). Frecuencias absolutas y porcentajes

Uruguay		Clase del hijo/a (destino)					Total	
		Clase I-II	Clase IIIa+b	Clase IVa+b	Clase V+VI	Clase VIIa		
Clase del padre (origen)	Clase I-II	Cuenta	121	42	31	17	27	238
		% del total	7.6	2.6	1.9	1.1	1.7	14.9
	Clase IIIa+b	Cuenta	95	53	31	26	32	237
		% del total	5.9	3.3	1.9	1.6	2.0	14.8
	Clase IVa+b	Cuenta	103	43	49	24	66	285
		% del total	6.4	2.7	3.1	1.5	4.1	17.8
	Clase V+VI	Cuenta	56	54	51	75	146	382
		% del total	3.5	3.4	3.2	4.7	9.1	23.9
	Clase VIIa	Cuenta	46	57	72	85	195	455
		% del total	2.9	3.6	4.5	5.3	12.2	28.5
Total	Cuenta	421	249	234	227	466	1597	
	% del total	26.4	15.6	14.7	14.2	29.2	100	

Fuente: Elaboración propia con base en Boado, 2010.

Tabla 36.
Diferentes tasas de movilidad social. Selección de países de Europa
y América Latina, 25-65 años de edad

Tasas	Selección de países						
	España	Suecia	Reino Unido	Alemania	Chile	México	Uruguay
TMT	73.2	68.8	68.2	68.6	70.1	72.6	69.1
TV	51.2	55.2	59.2	53.8	44.3	45.7	50.0
TNV	22.0	13.6	9.0	14.8	25.8	26.9	19.1
TV/TNV	2.3	4.0	6.6	3.6	1.7	1.7	2.6
TA	31.9	36.7	28.4	34.9	32.6	34.6	33.4
TD	19.3	18.5	30.9	19.0	11.6	11.1	16.6
H	26.8	31.2	31.8	31.4	29.9	27.4	30.9
TA/TD	1.7	2.0	0.9	1.8	2.8	3.1	2.0
TVC	17.2	15.2	21.0	17.3	7.5	6.0	13.3
TVL	25.0	28.0	24.6	28.8	23.4	28.0	27.6
TVE	9.1	12.0	13.7	7.7	13.3	11.7	9.1
TVCA	6.8	5.1	3.4	6.1	4.2	2.9	9.1
TVLA	19.4	23.1	17.5	23.6	18.6	23.0	17.9
TVEA	5.7	8.4	7.4	5.2	9.8	8.7	6.4
TVCD	10.4	10.1	17.6	11.3	3.3	3.1	4.1
TVLD	5.6	4.9	7.0	5.2	4.8	5.0	9.7
TVED	3.3	3.6	6.2	2.5	3.5	3.0	2.8
<i>n</i>	1114	1151	1238	1678	2827	5670	1597

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESS 2010 y EMOVI 2011.

Tabla 37.
Movilidad social relativa comparación internacional (cohorte antigua).
Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Países, origen y destino								
Saturado [O D P]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O P] [D P]	1167.200	232	0.000	-719.72	0.0%	20.0%	349.518	0.000
Fluidez constante [O P] [O P] [D P]	527.800	196	0.000	-1066.33	54.8%	12.8%	237.694	0.022
Unidiff	414.700	190	0.000	-1130.63	64.5%	9.0%	218.236	0.078

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010 y EMOVI 2011.

Tabla 38.
Movilidad social relativa comparación internacional (cohorte joven).
Modelos log-lineales de movilidad

Modelo	L ²	Grados de libertad	Sig.	BIC	Pseudo R ²	Índice de disimilitud	L ² (S)	Sig. L ² (S)
Países, origen y destino								
Saturado [O D P]	0.000	0	1.000	0.00	100.0%	0.0%	0.000	1.000
Independencia condicional [O P] [D P]	1413.000	232	0.000	-554.10	0.0%	19.0%	280.840	0.015
Fluidez constante [O P] [O P] [D P]	480.000	196	0.000	-1181.86	66.0%	9.4%	207.745	0.269
Unidiff	343.800	190	0.000	-1267.18	75.7%	7.9%	196.360	0.360

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010 y EMOVI 2011.

Tabla 39.
Movilidad social relativa (países) cohorte antigua
Parámetros Phi (unidiff)

Países	Parámetros
Suecia	1.0000
Reino Unido	0.7492
Alemania	1.5369
España	2.1646
Chile	3.1061
México	4.3270
Uruguay	2.5850

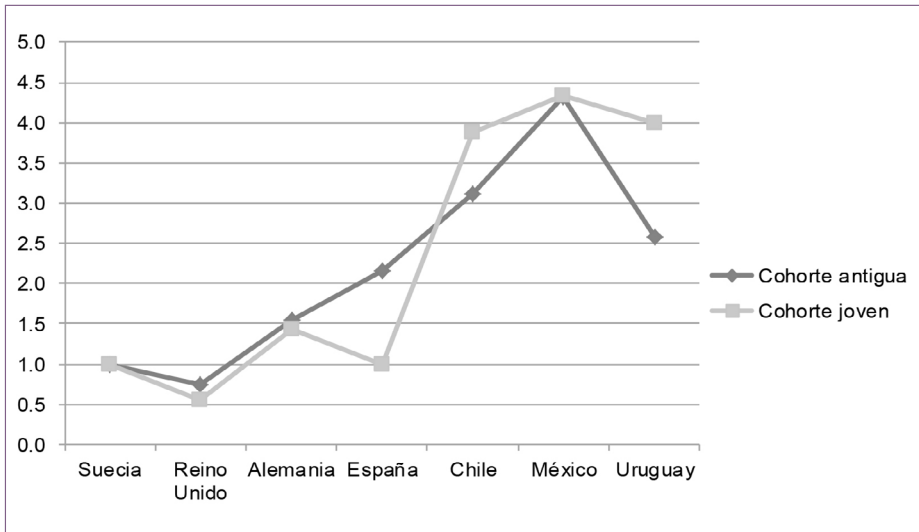
Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010 y EMOVI 2011.

Tabla 40.
Movilidad social relativa (países) cohorte joven
Parámetros Phi (unidiff)

Países	Parámetros
Suecia	1.0000
Reino Unido	0.5567
Alemania	1.4226
España	0.9932
Chile	3.8757
México	4.3337
Uruguay	3.9896

Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010 y EMOVI 2011.

Gráfico X.
 Parámetros unidiff (países). Cohorte antigua y cohorte joven



Fuente: Elaboración propia con base en ENES 2009, Boado 2010, ESE 2010 y EMOVI 2011.

Cuadro 17.
Cambios y evolución histórica de los regímenes de bienestar
(path dependency) en Europa*

Patrones	Edad de Oro (<i>Golden Age</i>) (1945-75)
Mercado de trabajo	Relación salarial, paternalismo empresarial y desempleo. Vestigios del período anterior de dependencia personal y división familiar del trabajo. Pensiones de retiro regulatorias o por invalidez (incapacidad). Pensiones bajas. Vestigios de la fase anterior caracterizada por alta dependencia de los adultos mayores y muerte temprana (EUR)**. En lugar de integrar a toda la población dentro de un esquema universal (como ocurría en otros países) lo expandieron progresivamente para cubrir a todos los trabajadores partiendo del supuesto de que serían los varones los que formarían parte de la fuerza laboral y que las mujeres se mantendrían en el hogar en labores de cuidado (ALE). Inflación y desempleo crecen tras la crisis del petróleo (RU). Desarrollo progresivo de la segmentación, y hasta mediados de los años 70 se facilitó (por parte del EB) un empleo abundante y ensanchamiento de las clases medias posibilitado por la movilidad social ascendente (aspecto común a los cuatro casos europeos) con prácticamente pleno empleo en el caso de los hombres; situación que comienza a erosionar con los shocks petroleros de la década del 70 (ESP). Bajos niveles de desempleo y alta movilidad caracterizan a los RB socialdemócratas (Suecia) (SUE).
Familia	Retraso universal en el matrimonio. Reducción de la fertilidad. Vestigios del período anterior de inestabilidad debido a fallecimiento, familia centrada en torno a la propiedad, defunción a temprana edad (EUR).
Educación	Mínima elemental y media obligatoria (EUR).
Estado de bienestar	Acceso a la seguridad social basado principalmente en cotizaciones de los trabajadores y patronos a lo largo de sus trayectorias laborales (ALE). Prestaciones, entre ellas las sanitarias, condicionadas al pago de cotizaciones sociales y proporcionales al ingreso mientras se disponga de un empleo (ALE). Hacia el final de esta etapa (y con extensión hacia la posterior) se da una reacción de los gobiernos (laboristas) ante la crisis, reforzando el sistema de bienestar para moderar los salarios de forma que se conserva la competitividad económica (RU). Los dos pilares principales del EB español (sanidad y pensiones públicas y la protección por desempleo) se fortalecen, al tiempo que los sistemas de protección social se expanden basados en las altas tasas de actividad laboral masculina, en la acción complementaria de la familia y en el trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares (ESP). Pensiones básicas universales no condicionadas a la comprobación de recursos ni a cuantías recibidas de otras pensiones (SUE).
Desarrollo y producción	Procesos de industrialización. Producción agraria e industrial.
Fase capitalista	Tradicional (EUR).
Régimen del curso de vida (<i>life course regime pattern</i>)	Tradicional e industrial. La unidad del régimen es el proveedor asalariado (<i>wage earner</i>). Hay vestigios del régimen tradicional de división familiar del trabajo con unidad productiva familiar (<i>family farm/firm</i>) (EUR).

Riesgos sociales y NRS (Nuevos Riesgos Sociales)	Pobreza, ciclos vitales de pobreza. Desempleo (EUR). Seguros que protegen a los trabajadores contra riesgos de vejez, enfermedad y accidente laboral se hacen obligatorios para todos los empleados por cuenta ajena y propia (se generaliza) (ALE). Crisis del petróleo en 1973 afecta sustantivamente al régimen de bienestar anglosajón siendo punto de partida de riesgos sociales y cambios sustantivos que se extienden al período posterior (RU). La desigualdad social, aunque esta posee un carácter "circunstancial" en el sentido de que "rico" o "pobre" conforman etapas de un perpetuo móvil en función de capacidades y deseos por mejorar, la combinación de políticas sociales y un keynesianismo que facilitó el crecimiento económico y la constitución del "trabajador próspero" (un tipo de empleado representativo de la fuerza laboral asalariada profesional y técnica) (ESP). Los riesgos sociales se ven atenuados por la sostenibilidad económica de los generosos niveles de protección social y una eficiencia económica que alimenta la competitividad de la economía en el contexto previo a la globalización (SUE).
--	---

Patrones	Edad de Plata (<i>Silver Age</i>) (1976-2007)
Mercado de trabajo	Empleo a lo largo de la vida. Movilidad social ascendente (Mayer, 2004b, p. 171) y progresión del ingreso. Crisis económica sueca de 1992 (Pfeffer, 2007) (EUR). Pensiones de retiro regulatorias y de nivel medio. Las medidas adoptadas a lo largo de los años 80 como reacción a la crisis económica estuvieron orientadas a la protección del empleo del varón en su papel de proveedor principal del hogar, entendiéndose que preservándolo se salvaguardaría también la protección del hogar (familia) en un sistema de modalidad tipo <i>breadwinner</i> (ALE). Como estrategia asociada a lo anterior, se desanimó el empleo femenino, se prologó la etapa estudiantil para los jóvenes y se estimuló la salida del mercado laboral de trabajadores sin cualificación, trabajadores mayores y discapacitados, todo ello mediante mecanismos de (des)incentivos fiscales o los subsidios (ALE). Se identifican medidas desreguladoras y flexibilizadoras de la legislación laboral y del empleo en general (ALE). Las personas afectados por desempleo de larga duración, o no cuentan con una trayectoria laboral lo suficientemente larga como para generar derecho a prestaciones contributivas, pasan a percibir subsidios condicionados a la comprobación de que el beneficiario se encuentre en situación de necesidad (RU). Las prestaciones contributivas por desempleo (<i>Jobseekers benefits</i>) incorporan requisitos de activación, recortándose su cuantía como su duración (RU). Profundización de la segmentación e indicios de ampliación de sectores de excluidos al tiempo que se dan reformas en políticas de protección por desempleo y de pensiones con objetivos de anticipar los efectos de proyecciones demográficas muy desfavorables, así como atenuar los privilegios de los grupos más protegidos (ESP). Frente a los programas puestos en marcha en otros países, basados exclusivamente en el castigo de quienes no encuentran un empleo, las políticas activas nórdicas incluyen esquemas de acompañamiento personalizado, programas de formación, itinerarios para cambiar empleos pero remunerados por otros mejores, e incluso apoyo para el cuidado de los hijos (SUE).

Familia	Matrimonio universal temprano. Natalidad temprana y tasas de fertilidad de nivel medio (EUR).
Educación	Expansión de la educación secundaria, terciaria y formación profesional (EUR).
Estado de bienestar	Inercia de la modalidad de acceso y estructura de la seguridad social de la etapa anterior (ALE). Con una clara orientación al mercado y al empleo, y con el objetivo de escapar de la trampa del "bienestar sin trabajo", tiene lugar una tendencia generalizada ha sido la introducción de las políticas activas de empleo que, junto a nuevas medidas de formación y seguimiento de los desempleados, incluyen otras que han supuesto un endurecimiento de los requisitos tanto para ser elegible para las prestaciones sociales, como para seguir percibiéndola (ALE). Tendencia a la privatización de muchas funciones del bienestar social (ALE). Implementación de la creencia de que la participación de proveedores privados y tercer sector en la prestación de servicios y bienestar hacen al sistema más eficiente; puesta en marcha de una "Nueva Gestión Pública" (RU). Proceso "remercantilizador". El estado comienza a contar con proveedores privados y del tercer sector para la prestación de los servicios de bienestar (RU). Se comienza a desarrollar una "última red" de seguridad para los colectivos más vulnerables y se expande el gasto social en capítulos tradicionalmente desatendidos por los Estados en el régimen de bienestar mediterráneo español (e.g. Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia y a las familias y Ley de Igualdad) (ESP). A partir de los años 90 en Suecia la pensión básica universal se condiciona a la comprobación de recursos (SUE).
Desarrollo y producción	Industrialización. Producción industrial, fordismo.
Fase capitalista	Consumo de masas (EUR).
Régimen del curso de vida (<i>life course regime pattern</i>)	Fordista y welfare state. La unidad del régimen es el trabajador asalariado, el varón proveedor y la familia nuclear (EUR).
Riesgos sociales y NRS (Nuevos Riesgos Sociales)	Reformas que sin romper la lógica del sistema, suponen un endurecimiento de las condiciones para recibir determinadas prestaciones sociales, que son además menos generosas, que previenen y ayudan a lidiar con los riesgos sociales (ALE). Las reformas que tienen lugar y que han sido mencionadas, suponen en definitiva un proceso "remercantilizador" de la protección social, que corre el riesgo de agravar la creciente dualización social que se pone de manifiesto entre aquellos con carreras laborales estables y aquellos que no las tienen, entre los que pueden complementar la protección pública con seguros privados y los que no pueden hacerlo, o entre los que disponen de prestaciones generosas y servicios de calidad y los que se benefician de prestaciones focalizadas y servicios asistenciales (ALE). NRS asociados a la postura de gobiernos conservadores que apuestan a la "venta" del Estado de Bienestar provocando con ello un marcado incremento de la desigualdad social, a la estimulación por parte del gobierno desde mediados de los años 80 a la contratación de pensiones privadas y a procesos de remercantilización que conduce al ciudadano a financiar su propio bienestar a través de deducciones fiscales y recortes de prestaciones por desempleo (RU). Los NRS vienen asociados a las dificultades que enfrenta la familia para asegurar tareas de cuidado basadas en el familismo generando un marcado déficit en el cuidado y poniendo en riesgo las relaciones de solidaridad intergeneracional (ESP). Hacia los primeros años de los 90' comienza a consolidarse la observación de la difícil sostenibilidad económica de los generosos niveles de protección social, y de una falta de eficiencia económica que obstaculiza la competitividad de la economía en el contexto de la globalización. Las reformas impulsadas ponen en cuestión algunos de los rasgos más notables del modelo de bienestar socialdemócrata (SUE).

Patrones	Edad de Bronce (<i>Bronze Age</i>) (2008-...)
Mercado de trabajo	<p>Entrada retrasada al mercado laboral, trayectorias de ingreso invariante (<i>flat income trajectories</i>), desempleo y alta movilidad entre empresas y ocupaciones. Pensiones de retiro que decrecen, retiro temprano, aumento de la longevidad y de las enfermedades crónicas (EUR). En la etapa anterior ya comenzaba a gestarse lo que alcanzaría mayor expresión en la presente, el hecho de que a extensos colectivos les resulta más difícil la incorporación al mercado laboral, precarizándose su protección en materia de prestaciones, desempleo, accidentes o discapacidad (lo que contribuye a la dualización social); en otros términos, mientras aquellos que tienen una carrera laboral larga y estable, los llamados "<i>insiders</i>", están bien protegidos por el sistema, mientras que los demás, los "<i>outsiders</i>", disponen de una protección precaria (ALE). Se retrasa la edad de jubilación, se aumenta el número de años necesarios para cobrar el 100% de la pensión y se introducen incentivos para que el jubilado pueda continuar trabajando (RU). Los desempleados comienzan a percibir el subsidio no contributivo (<i>Jobseekers allowance</i>) lo que supone una disminución significativa del nivel de protección una vez más bajo la creencia de que "en esta situación el trabajador hará lo posible por reintegrarse con premura en el mercado laboral" (RU). Con la crisis del 2007 las prestaciones por desempleo, las pensiones, el gasto farmacéutico y las políticas activas de empleo se han recortado y los beneficios han visto endurecer sus criterios para percibirlos (ESP). Agotamiento del keynesianismo asociado al proceso de globalización y refuerzo de las políticas activas de empleo que contaban allí con larga tradición, especialmente en el caso de Suecia; cuyo régimen ha gozado siempre de la reputación de ser igualitario, promover un elevado grado de movilidad social, garantizar la igualdad de género y mantener bajos niveles de desempleo (SUE).</p>
Familia	<p>Retraso y matrimonio parcial. Formas pluralizadas de familia, baja fertilidad, alta tasa de divorcio, promiscuidad secuencial (EUR).</p>
Educación	<p>Aprendizaje para toda la vida prolongado e interrumpido (EUR).</p>
Estado de bienestar	<p>Debilitamiento e ineficacia del estado para cumplir con sus compromisos en materia de prestaciones sociales (ALE). Recortes en el gasto social —los mayores en los últimos 90 años tras la crisis de 2007 y la coalición entre conservadores y liberales— lo que impacta negativamente sobre las mujeres, el sistema sanitario, los dependientes, los niños, los ancianos y los más desfavorecidos (RU). El sistema de protección por desempleo articula EB español en esta fase, que aun habiendo sufrido sucesivas reformas en los últimos años no ha visto modificarse su naturaleza como sí ha ocurrido en otros países como Reino Unido; aunque si se han realizado diversas reformas sobre el sistema de pensiones contributivas y no contributivas que posee España orientadas a afrontar el inminente problema del envejecimiento de la población. Además las actuaciones de los gobiernos en y tras la crisis (2007) no se ha limitado a racionalizar o recalibrar el EB mediterráneo español sino que buena parte de los esfuerzos han ido encaminados a contener el gasto presente en capítulos centrales de los presupuestos sociales (ESP). Las pensiones universales de las que disfrutaban todos los ciudadanos nórdicos una vez llegada la jubilación también se han visto retocadas de distintas formas (SUE). En Suecia se ha incrementado la provisión privada de servicios de bienestar así como otras medidas inspiradas en la Nueva Gestión Pública, tal y como la libre elección del proveedor, especialmente en educación y sanidad, y la creación de cuasi-mercados en el sector público (SUE). En general, en Suecia y por extensión en los países de RB socialdemócrata, se puede identificar una tendencia hacia la "re-mercantilización" de los derechos sociales, la focalización de algunas de sus políticas y la disminución de la generosidad de las prestaciones (SUE).</p>
Educación	<p>Aprendizaje para toda la vida prolongado e interrumpido (EUR).</p>

Estado de bienestar	Debilitamiento e ineficacia del estado para cumplir con sus compromisos en materia de prestaciones sociales (ALE). Recortes en el gasto social —los mayores en los últimos 90 años tras la crisis de 2007 y la coalición entre conservadores y liberales— lo que impacta negativamente sobre las mujeres, el sistema sanitario, los dependientes, los niños, los ancianos y los más desfavorecidos (RU). El sistema de protección por desempleo articula EB español en esta fase, que aun habiendo sufrido sucesivas reformas en los últimos años no ha visto modificarse su naturaleza como sí ha ocurrido en otros países como Reino Unido; aunque si se han realizado diversas reformas sobre el sistema de pensiones contributivas y no contributivas que posee España orientadas a afrontar el inminente problema del envejecimiento de la población. Además las actuaciones de los gobiernos en y tras la crisis (2007) no se ha limitado a racionalizar o recalibrar el EB mediterráneo español sino que buena parte de los esfuerzos han ido encaminados a contener el gasto presente en capítulos centrales de los presupuestos sociales (ESP). Las pensiones universales de las que disfrutaban todos los ciudadanos nórdicos una vez llegada la jubilación también se han visto retocadas de distintas formas (SUE). En Suecia se ha incrementado la provisión privada de servicios de bienestar así como otras medidas inspiradas en la Nueva Gestión Pública, tal y como la libre elección del proveedor, especialmente en educación y sanidad, y la creación de cuasi-mercados en el sector público (SUE). En general, en Suecia y por extensión en los países de RB socialdemócrata, se puede identificar una tendencia hacia la "re-mercantilización" de los derechos sociales, la focalización de algunas de sus políticas y la disminución de la generosidad de las prestaciones (SUE).
Desarrollo y producción	Posindustrial. Terciarización.
Fase capitalista	Producción en masa flexible y universalización competitiva (en intensidad y extensión) (EUR).
Régimen del curso de vida (<i>life course regime pattern</i>)	Posfordista. La unidad del régimen es individual (EUR).
Riesgos sociales y NRS (Nuevos Riesgos Sociales)	Divorcio, altas tasas de disolución del vínculo matrimonial y separación conyugal. Alta movilidad interocupacional y entre firmas. Desempleo de larga duración (EUR). Precarización de las medidas de protección social de los colectivos "outsiders" (mujeres, jóvenes, adultos mayores, discapacitados, trabajadores descualificados) (ALE). NRS asociados a un contexto en que los trabajadores con empleos estables pueden confiar en sus acuerdos privados con sus empleadores para lograr condiciones ventajosas si son despedidos, mientras que la mayoría de los trabajadores precarios dependen de subsidios marginales que les abocan a la pobreza o la permanencia prolongada en empleos precarios (RU). Riesgos sociales asociados a la presión que experimentan los ciudadanos de contratar una pensión complementaria o secundaria (privada o pública) que depende de las cotizaciones del trabajador, así como a recortes en el gasto social —los mayores en los últimos 90 tras la crisis de 2007 y la coalición entre conservadores y liberales— lo que impacta negativamente sobre las mujeres, el sistema sanitario, los dependientes, los niños, los ancianos y los más desfavorecidos (RU). Todas las carencias y desafíos que plantean los NRS se han agudizado a medida que las crisis económica internacional se ha hecho más severa, además los RB mediterráneos como el español deben afrontar problemas similares a los que encarna otros países europeos y carecen de políticas orientadas a dar solución a los desafíos derivados de los NRS (e.g. transformaciones del mercado laboral y conciliación entre vida laboral y vida familiar) (ESP). Los NRS se asocian al impacto de las recientes reformas, aunque Suecia continua siendo un referente mundial en términos de equidad y cohesión social, en los últimos años se ha detectado un incremento de las tasas de pobreza y desigualdad que afectan de manera especial a determinados colectivos como las madres solteras, los inmigrantes, los jóvenes y las familias con hijos (SUE).

* El contenido de las dimensiones presentadas en esta tabla no es exhaustivo ni excluyente y posee un carácter orientativo funcionando como caja de resonancia en la interpretación.

** Europa (EUR), Alemania (ALE), Reino Unido (RU), Suecia (SUE), España (ESP).

Fuente: Elaboración propia con base en Mayer 1986, 1997, 2004a, 2004b, Moreno y Sarasa 1992, Echeverría Zabalza 1999, Carabaña 1999, Esping-Andersen 1999, Hega y Hokenmaier 2002, Breen 2004, DiPrete 2006, Pfeffer 2007, Moreno 2012, Moreno et al. 2014.



Cuadro 18.
**Cambios y evolución histórica de los regímenes de bienestar (*path dependency*)
en América Latina***

Patrones	Constitución (1930-70 Chile y Uruguay) y (1940-80 México)
Mercado de trabajo	Rápida industrialización de la estructura ocupacional (Mx)***. Migración de mano de obra rural hacia mercado laboral urbano (Mx). Ocupaciones agrícolas predominantes en la estructura ocupacional, seguidas de las ocupaciones manuales en el sector manufacturero, que hacia fines del período reducen su participación las primeras y aumentan las segundas. Aumentan las ocupaciones directivas y profesionales hacia fines del período (Mx). Dinamismo económico y oportunidades de desarrollo resultantes de la industrialización, creación de un proletariado y clase media (Ury). Alta informalidad (Mx) y baja informalidad laboral (Chi y Ury).
Familia	Inicio del declive de la fertilidad en los 70' ("brecha de los niveles de fertilidad") (Mx). Familiarismo (en el reparto de las acciones de bienestar social) (Mx). Sistema de cuidados centrado fundamentalmente en la familia (hogar) y la figura de la mujer como responsable de las tareas reproductivas y labores de cuidado de dependientes (Mx). Sistema de cuidados no dependiente de la familia y de la figura de la mujer, más baja reciprocidad familiar para hacer frente a las situaciones de vulnerabilidad social (Chi y Ury).
Educación	Tendencia a la universalización de la cobertura de la educación media y básica, mientras que la cobertura en la superior continuaba siendo muy elitista (Mx). Universalidad educativa (Chi y Ury).
Régimen de bienestar	Régimen democratizador y universalista; tendencia universalista, acceso a la ciudadanía social y fuerte presencia del Estado (Chi y Ury). Régimen dual regresivo y jerarquizado con débil desempeño social; tendencia dual, estratificado, fragmentación entre incluidos y excluidos de las prestaciones sociales e incorporación corporativista (Mx). Baja colectivización de riesgos sociales (Mx). Sistema de "incorporación selectiva" a la protección social y de "beneficios segmentados" (para limitados pero poderosos grupos ya incorporados en el sistema) (Mx). Débiles procesos de desmercantilización, acceso limitado a la ciudadanía social y alto estatismo (incorporación política vía corporativismo estatal) y bajo corporativismo (corporativismo social) (Mx). Procesos de desmercantilización y baja estratificación de los sistemas de protección e incorporación movilizadora (frente a la de tipo "corporativista"), baja informalidad en la protección (Chi y Ury). Protección a la mayor parte de la población a través de mecanismos de seguridad social altamente estratificados y altos grados de desmercantilización (Chi y Ury).
Desarrollo y producción	Vestigios del modelo agroexportador y desarrollo del modelo ISI**.
Fase capitalista	Participación de países latinoamericanos en la economía mundial basada en las ventajas comparativas como productores de bienes primarios e importadores de bienes industrializados, manufacturas y tecnología de las economías avanzadas.
Régimen del curso de vida (<i>life course regime pattern</i>)	Marginalidad urbana a lo largo del curso de vida en migrantes rurales (Mx). Efectos sociales negativos de la crisis (Mx). Reproducción de viejas desigualdades y generación de otras nuevas hacia el final de la etapa; concentración de la pobreza en el campo y repunte de la pobreza moderada en las ciudades, crecimiento significativo del sector informal y profundización de la desigualdad entre quienes poseen empleo formal y quienes lo hacen en el sector informal (e.g. garantías de seguridad social para los primeros y asistencia pública para los segundos) (Mx). Debilitamiento de la desigualdad social preexistente (etapa anterior) profunda y duradera (Ury). Incorporación política de grupos marginalizados, expansión de la cobertura en políticas de prevención del riesgo, universalización de los programas de nutrición y salud (Chi).

Riesgos sociales y NRS (Nuevos Riesgos Sociales)	Procesos de marginalidad urbana (Mx). Los riesgos sociales (un sector importante de la sociedad debe enfrentarlos recurriendo a la familia, las instituciones civiles y comunidad) (Mx). Baja capacidad de desmercantilizar los riesgos sociales (de no padecerlos mediante el acceso a servicios ofrecidos por el estado) (Mx) frente a alta capacidad (Chi y Ury). Tendencia al enfrentamiento de los riesgos sociales sobre arreglos familiares y comunales (mayor informalidad del bienestar) (Mx) que en el acceso a servicios estatales de protección y/o participación en el mercado de trabajo (Chi y Ury).
Cambios fundamentales en el período	Migración interna rural-urbana (urbanización) (Mx). Procesos de agitación y polarización social (Mx). La movilidad social como uno de los objetivos del desarrollo que permitía el surgimiento de la clase media como clase predestinada a consolidarlo (Ury). Expansión de la industrialización, emergencia de la clase trabajadora y rápido crecimiento del sistema de seguro social (Chi).

Patrones	Reformas y crisis neoliberal (1971-99 Chile y Uruguay) y (1981-99 México)
Mercado de trabajo	Se mantiene la expansión de las ocupaciones vinculadas a los servicios, decreciendo el ritmo de cambio hacia los años 90' con actividades agrícolas que se mantuvieron su declive. Aumento de la brecha salarial entre ocupaciones de más alto nivel y el resto de ocupaciones, y salarios para ocupaciones manuales calificadas y no calificadas permanece básicamente inalterado a través de las tres etapas (desde 1960 al 2000) (Mx). No se crean empleos formales suficientes para la incorporación a las instituciones de seguridad social, la tendencia de la cobertura hacia la universalización es selectiva (fortalece a los ya asegurados con nuevos servicios e inicia una extensa serie de programas focalizados hacia los pobres) (Mx). Desregulación y flexibilidad laboral (Mx, Chi, Ury). Hacia inicios de los 70' retraimiento de la estructura social y movilidad social, bloqueo de oportunidades e "incongruencia de estatus" (tesis matizada por estudio de Boado) (Ury). Incremento de la participación de la fuerza laboral femenina en la PEA respecto a la etapa anterior (25% en 1963 y 44% en 1996) (Ury). Desregulación de los mercados de trabajo (Chi y Ury).
Familia	Alta desfamiliarización (Chi y Ury) y baja desfamiliarización (Mx) (en la asignación de recursos, <i>resource allocation</i> , como es el cuidado infantil, por ejemplo). Tendencia al modelo de familia nuclear con un varón proveedor (<i>breadwinner</i>) (Chi y Ury). Tendencia al modelo de familia extensa con proveedor dual en el que la mujer se reparte labores de cuidado y provisión de ingreso como forma de compensar los bajos salarios y débiles políticas de desfamiliarización y cuidado (Mx).
Educación	Universalismo minimalista (Mx). Expansión educativa (Ury). Tendencia a la reducción de la desmercantilización educativa (aumento de la matrícula en educación privada) (Chi).
Régimen de bienestar	Reducción de la desmercantilización, apertura liberal y residualismo (régimen universalista residual liberal) (Chi). Tendencia hacia un régimen incluyente de protección básica (Ury). Mayor resistencia a la agenda de reformas estructurales y sociales (Ury), alta permeabilidad a las mismas (Mx y Chi) y tránsito hacia régimen universalista plenamente liberalizado (Chi). Crisis del régimen de bienestar dual y procesos de reformas estructurales impulsadas por coaliciones promotoras de nuevas políticas sociales (Mx). Desarrollo de programas de transferencias que condicionan las prestaciones (Mx). Mayor presencia del mercado asociada a acciones focalizadas del Estado para garantizar mínimos de bienestar (sobre todo en el área de vivienda y pensiones) (Mx). Como en la etapa anterior y sucesiva, la alta segmentación de los sistemas de seguridad social favorecen con beneficios adicionales y trato especial a los empleados más favorecidos, y de entre estos a los funcionarios de alto nivel (las posiciones de clase intermedias de E. O. Wrigth) (Mx).

Desarrollo y producción	Crisis del modelo ISI e instalación del modelo neoliberal (Portes y Hoffman, 2003).
Fase capitalista	Menor vulnerabilidad y sujeción de las economías latinoamericanas a los vaivenes de los mercados externos (aunque el sistema sigue siendo de capitalismo dependiente). Implementación de políticas económicas nekeynesianas. Industrialización autónoma.
Régimen del curso de vida (<i>life course regime pattern</i>)	Empeoramiento de la calidad de vida en muchos sectores de la sociedad (Ury). Limitación y/o supresión de los regímenes contributivos de reparto y de aseguramiento solidario mediante reformas liberales; por ejemplo el de salud (vertical) (Chi). Expansión de diversas modalidades no contributivas en pensiones y jubilaciones y aumento del porcentaje de la fuerza laboral asegurada (Mx).
Riesgos sociales y NRS (Nuevos Riesgos Sociales)	Desigualdad de oportunidades disponibles para individuos de diferentes trasfondos sociales y orígenes migratorios (Mx). Crecimiento del ingreso per cápita, distribución relativamente estable y pobreza decreciente hasta mediados de los 90', iniciando una fase descendente del ingreso, aumento de su concentración e inicio de etapa de incremento de la pobreza, comenzándose a gestar una grave recesión económica hacia 1999 (Ury). Creciente tendencia al debilitamiento de la desmercantilización de riesgos sociales (el no padecerlos se asocia al acceso a servicios ofrecidos por el mercado) (Chi) mientras que casos (Ury) se muestran más reticentes a encaminarse en esa dirección (" <i>reluctant adjusters</i> " de Thorp, Uruguay y Costa Rica, por ejemplo) (Ury).
Cambios fundamentales en el período	Crisis de los 80 (recesión económica 1982) y cambios estructurales de los 90 (reestructuración económica) (Mx). Crisis financiera 1994 (Mx). Modelo económico aperturista y políticas liberales amigables con los mercados promovidas por una coalición financierista hegemónica (Mx). Durante la crisis la migración internacional se convierte en la principal tendencia demográfica, con un saldo migratorio negativo de 100 mil personas entre los años 2000-04 (Ury). Enfrentamiento a una crisis sistemática que afecta la economía, la sociedad y el régimen político con el derrumbamiento del régimen democrático que llevan al estado social del país en dirección orientada hacia el mercado (Chi).

Patrones	Giro a la izquierda (2000-...)
Mercado de trabajo	Ocupaciones manuales en actividades manufactureras mantienen su participación en relación al período anterior. Expansión de ocupaciones de servicio (elementales, no calificadas y ventas) (Mx). El ritmo del cambio de la estructura ocupacional se reduce luego de 1990 (Mx). Se reducen las retribuciones financieras que propicia el ascenso desde ocupaciones manuales altas a las no-manuales bajas, siendo la movilidad de larga distancia hacia posiciones profesionales y técnicas o directivas la que conlleva un ascenso de las retribuciones (<i>movilidad espuria</i>) (Chi, Ury y Mx). Debilitamiento respecto a la etapa anterior del empleo no manual no calificado, empresariado medio y manual calificado (Ury). Signos de aproximación entre países (Chi, Ury y MX) en la proporción de trabajadores asalariados con protección social (alta en los tres casos en la comparativa regional).
Familia	Continuidad de la alta orientación familiarista; alta responsabilidad corresponde a las redes familiares u otras formas de capital social (e.g. cobertura reducida de las guarderías públicas, 11%) (Mx). No obstante la continuidad del peso familiar en la producción de bienestar (familiarismo) se aumenta (tenuemente) el peso del Estado mediante el débil pilar de protección no contributiva y se fortalece el mercado (Mx). Diferentes grados de división sexual del trabajo en materia de políticas sociales de asignación familiar (<i>family allowances</i>); si bien comparten un mismo nivel de inversión social el apoyo social a la familia tiene requerimientos similares en Uruguay mientras que en Chile no se reconoce al varón como esposo dependiente o cónyuge desempleado (Chi y Ury).

Educación	Fase de expansión se interrumpe en el 2004 (Ury). Cae la matrícula en Educación Media y educación técnica (Ury). La disminución total de la matrícula se explica tanto por el descenso en los egresos de educación primaria como por la emigración internacional (Ury). Desaceleración de la expansión educativa (Mx y Chi).
Régimen de bienestar	Programas de transferencia directas a los sectores de menores ingresos y ampliación de la cobertura (e.g. programas PTC, TMC, PROGRESA luego Oportunidades) (Mx). Desarrollo de perspectivas universalistas (pilares no contributivos que tienden a la universalidad) (Mx). Continuidad respecto a la fase previa de una tendencia creciente a la residualización, mercantilización y focalización de la protección social promovida por coaliciones liberales pro-mercado (Mx). Alto nivel de desprotección (40% de la población del país) (Mx). El dualismo no ha desaparecido, sino que parece incluso haberse institucionalizado aún más, con un incremento de la segmentación en los sistemas de protección social que operan como mecanismos reproductores de la desigualdad social (Mx). Baja desmercantilización (núcleos mercantilizados en pensiones y vivienda) y creación de polo de protección no contributiva (Mx). Reformas de los sistemas de asignaciones familiares que abandonan su perfil contributivo para generar un pilar no contributivo buscando universalizar las prestaciones a las familias con hijos o abarcar a toda la población infantil en condición de pobreza o vulnerabilidad (Ury). En la comparativa, registra el gasto en programas de transferencias condicionadas como porcentaje del PBI respecto a México (que registra el más elevado) y Uruguay (que registra un nivel medio entre ambos) lo que podría estar sugiriendo un cambio en la matriz de protección respecto a los pilares tradicionales de protección social (Chi).
Desarrollo y producción	Modelo neoliberal (vuelta a una versión de modelo agroexportador) (Portes y Hoffman, 2003).
Fase capitalista	Abandono de la consigna de la industrialización autónoma. Participación en la economía mundial basada en la competencia global de las economías abiertas.
Régimen del curso de vida (<i>life course regime pattern</i>)	Lucha por mantener las ventajas adquiridas ("diferenciadores de estatus") de los privilegiados (elite, burocracia, petroleros), "diversas ciudadanía social" y recreación de viejas prácticas de jerarquización y segmentación por las instituciones para pobres (Mx). Exposición a una inercia muy grande de la desigualdad social acompaña varias fases de la historia ocupacional (Ury). El impacto (shock) económico negativo afecta con mayor intensidad a grupos vulnerables de la sociedad tanto en términos económicos como en oportunidades sociales y de movilidad (Ury). Ajuste de la expansión de la calidad y costos a niveles actuarialmente sustentables de las prestaciones contributivas y límite a las coberturas universales en materia de derechos sociales en base no contributiva (Chi); focalización de los beneficios de los sectores vulnerables, con baja calidad de los beneficios y mercantilización de los sectores medios (Chi).
Riesgos sociales y NRS (Nuevos Riesgos Sociales)	Más allá de las reformas de las instituciones de seguridad social con miras a la protección social para los pobres a través de paquetes de servicio mínimos, sigue siendo alta la protección informal (Mx). Disminución de la fluidez social femenina a favor de la herencia y la desigualdad social respecto a la etapa anterior (Ury). La fluidez ha mejorado algo en los varones respecto a la etapa anterior, aunque no así la desigualdad de clase ni de ingresos (Ury). Si bien se han implementado iniciativas encaminadas a enfrentar riesgos sociales (como programa Chile Solidario, o el más reciente Plan AUGE de salud), la tendencia ha mostrado ser hacia la rectificación de las reformas regresivas y desiguales que comenzaron a tener lugar en el período anterior bajo la influencia del Consenso de Washington (Chi).

Cambios fundamentales en el período	Crisis financiera 2002 (Ury) Crisis financiera 2008. Crecimiento exportador de alimentos y servicios y retorno de la regulación (Ury). Coalición promotora del universalismo débil frente a coaliciones liberales que favorecen políticas de mercado en materia de seguridad social (Mx). Reorientación exportadora, austeridad fiscal y competitividad sistémica con énfasis en el capital humano en un contexto normativo que prioriza la titularidad de derechos y el acceso a mínimos garantizados de seguridad social (Chi).
-------------------------------------	---

* El contenido de las dimensiones presentadas en esta tabla no es exhaustivo ni excluyente y posee un carácter orientativo funcionando como caja de resonancia en la interpretación.

** Es preciso indicar que al interior de la etapa de desarrollo bajo el modelo ISI pueden distinguirse subetapas, como resulta ser para el caso de México por ejemplo la fase "posguerra" que se extiende hasta 1958 (primera fase), la fase de "desarrollo estabilizador" (segunda fase, entre 1958-70) y la fase que puede denominarse como de "desarrollo compartido" (tercera fase, entre 1971-80). No obstante, por razones de limitar la dispersión y aumentar la capacidad de síntesis, se ha optado por referirse al período como una unidad (período ISI, 1940-80).

*** México (Mx), Chile (Chi), Uruguay (Ury).

Fuente: Elaboración propia con base en Thorp 1998, Portes y Hoffman 2003, Torche y Wormald 2004, Torche s.a., 2007, Filgueira 2005, 2013, Barba 2009, 2015, Martínez Franzoni 2008, Pribble 2011, Oreiro y Valenzuela 2012, Solís 2012, Solís y Boado 2014, Barba y Valencia 2014.

Tabla 41.
Indicadores comparados de desigualdad, gasto social, industrialización,
estratificación educativa y nivel educativo de la fuerza laboral.

Selección de países de Europa y América Latina

Desigualdad social (coef. de Gini, total nacional)				
Países	1970	1990	2005	\bar{X}
España	0.34 (1)	0.34	0.30	0.32
Suecia	0.21 (2)	0.21	0.22	0.22
Reino Unido	0.26 (3)	0.31	0.34	0.33
Alemania	0.28 (4)	0.28	0.25	0.27
Chile	0.48	0.55	0.55	0.53
México	0.59	0.53 (6)	0.51	0.55
Uruguay	0.49 (5)	0.49 (7)	0.45	0.45

Gasto social (% PBI)				
Países	1970	1990	2005	\bar{X}
España	15.4%	19.7%	20.9% (11)	18.7%
Suecia	26%	28.5%	31.5% (12)	28.7%
Reino Unido	16.3%	16.3%	26.3% (13)	19.6%
Alemania	21.8%	21.4%	29.7% (14)	24.3%
Chile	18.4% (8)	11.9%	12.9%	14.4%
México	9.2% (9)	5.5%	6.4%	7%
Uruguay	15.4% (10)	16.8%	19.7%	17.3%

Gasto social en educ. (% PBI)				
Países	1970	1990	2005	\bar{X}
España	2.6% (15)	3.6%	4.1%	3.4%
Suecia	9% (16)	5.3%	6.6%	7%
Reino Unido	5.6% (17)	4.2%	5.2%	5%
Alemania	4.7% (18)	4.4% (21)	4.3% (23)	4.5%
Chile	4.1%	2.4%	3.2%	3.2%
México	1.9% (19)	2.3%	4.9%	3.4%
Uruguay	3% (20)	2.5% (22)	2.7%	2.7%

	Desigualdad social (10% sup. vs. 10% inf.)	Índice de Industrialización	Industrialización (tiempo)
Países	2012	1975	
España	11.7	s.d.	temp/tardía (26)
Suecia	6.3	0.46	temp/intermedia
Reino Unido	10.5	0.58	temprana/temp
Alemania	6.6	0.42	temp/intermedia
Chile	26.5 (24)	-1.42	tardía/temp (27)
México	30.5	s.d.	tardía/tardía
Uruguay	s.d. (25)	s.d.	tardía/temp (27)

	Educ. fuerza lab. ISCED 5-6	Nivel educ. fuerza lab. ISCED 5-6	Educ. fuer. lab. ISCED 4 5-6	Niv. educ. fuer. lab. ISCED 4 5-6
Países	2009-2011	2009-11	2009-11	2009-11
España	25.3%	alta	33.6%	alta
Suecia	22.8%	alta	40.4%	alta
Reino Unido	19.7%	media	35.2%	alta
Alemania	18.3%	media	37.2%	alta
Chile	10.6%	baja	17.6%	baja
México	17%	media	18.7%	baja
Uruguay	14.6%	baja	14.6%	baja

Nota: (1) Datos para 1980; (2) Datos para 1975; (3) Datos para 1975; (4) Datos para 1981; (5) Coeficiente de Gini urbano; (6) Datos para 1989; (7) Coeficiente de Gini urbano; (8) Datos para 1980-81; (9) Datos para 1980-81; (10) Datos para 1980-81; (11) Datos para 2006; (12) Datos para 2006; (13) Datos para 2006; (14) Datos para 2006; (15) Datos para 1980; (16) Datos para 1980; (17) Datos para 1980; (18) Datos para 1980; (19) Promedio 1970-74; (20) Promedio 1970-74; (21) Datos para 1993; (22) Datos para 1991; (23) Datos para 2006; (24) Datos para 2011; (25) Sin datos (s.d.); (26) "Temprana" respecto al grupo de casos latinoamericanos y "tardía" respecto al grupo de casos europeos (27) "Tardía" respecto al grupo de casos europeos y "temprana" respecto al grupo de casos latinoamericanos.

Fuente: Elaboración propia con base en Amarante et al. 2005, Banco Mundial Stats, Barba 2009, Castillo et al. 2015, CEPAL Stats, Echeverría 1999, Martínez-Celorio y Marín 2010, OECD Statalinks, Pfeffer 2007, Tanzi y Schunknecht 2000, Waisman 1979.

BIBLIOGRAFÍA

- Åberg, R. (1984). Teorierna om arbetets degraderin och arbetsmarknadens dualisering—ett forsook till empirisk proving. *Sociologisk Forskning*, 21 (2), 50-68.
- Acker, J. (1973). Woman and Social Stratification: A case of Intellectual Sexism. *American Journal of Sociology*, 78(4), 936-45. <https://doi.org/10.1086/225411>
- Altimir, O. (1992, 8-9 de mayo). *Cambios en las desigualdades de ingreso y en la pobreza en América Latina* [ponencia]. Fifth Interamerican Seminar on Economics, Buenos Aires, Argentina.
- _____. (1995). *Changes in Inequality and Poverty in Latin America*. CEPAL en Santiago de Chile.
- _____. (2008). Distribución del ingreso e incidencia de la pobreza a lo largo del ajuste. *Revista de la CEPAL*, 96, 95-119. <https://doi.org/10.18356/886cc618-es>
- Allmendinger, J. (1989). *Career Mobility Dynamics*. Berlin: Max-Planck-Institut für Bildungsforschung.
- Amarante, V., Arim, R., Furtado, M., Grau Pérez, C., Lazarov, L., Llambí, C. y Mieres, G. (2005) *Inversión en la infancia en Uruguay: Análisis del gasto público social, tendencias y desafíos*. Montevideo: UNICEF.
- Anderson, C. A. (1961). A Skeptical Note on Education and Mobility. En A. M. Halsey (Ed.), *Education, Economy and Society*. New York: Mcmillan. pp. 164-79.
- Atria, R. (2004). *Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales*. (Serie Políticas Sociales 96). CEPAL en Santiago de Chile.
- Azevedo, V. y Bouillon C. (2009). *Social mobility in Latin America: A review of existence evidence*. (Research Department Working Papers 689). IADB. <https://doi.org/10.2139/ssrn.1821924>
- Balan, J., Browing, Y. y Jelin E. (1973). *Migración, estructura ocupacional y movilidad social: el caso de Monterrey*. México DF: UNAM-IIS.

- Barba, C. (2003). *El nuevo paradigma de bienestar residual y deslocalizado. Reforma de los regímenes de bienestar en la OCDE, América Latina y México* [tesis de doctorado, Universidad de Guadalajara, México].
- _____. (2004). *Régimen de bienestar y reforma social en México*. (Serie Políticas Sociales 92). CEPAL en Santiago de Chile.
- _____. (2007). *¿Reducir la pobreza o construir ciudadanía social para todos? América Latina: regímenes de bienestar en transición al iniciar el siglo XXI*. Guadalajara, JC Universidad de Guadalajara.
- _____. (2009). Los regímenes de bienestar latinoamericanos y la reforma social. En C. Barba Solano, G. Ordóñez Barba y E. Valencia Lomelí (Eds.), *Más allá de la pobreza: Regímenes de Bienestar en Europa, Asia y América*. Guadalajara, JC: El Colegio de la Frontera Norte/Universidad de Guadalajara. pp. 327-370.
- _____. (2015). La política social en México. ¿Cambio de época o matiz universalista a una trayectoria dual? *Revista Latinoamericana de Investigación Crítica*, 2, 199-210.
- Barba, C. y Valencia Lomelí, E. (2014, 21-24 de mayo). *Brasil y México: Regímenes duales en transición divergente* [ponencia]. XXXII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA2014), Chicago, Estados Unidos de América.
- Barlow, J. y Duncan S. (1994). *Success and Failure in Housing Provision: European systems compared*. Oxford: Elsevier Science. <https://doi.org/10.1177/095892879600600409>
- Baudelot, C. y Establet R. (1976). *La escuela capitalista en Francia*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (1971). Social Dissent in the East European Political System. *Archives Européennes de Sociologie*, 12(1), 25-51. <https://doi.org/10.1017/S000397560002186>
- Beccaria, L. A. (1978). Una contribución al estudio de la movilidad social en la Argentina: Análisis de los resultados de una encuesta para el Gran Buenos Aires. *Revista Desarrollo Económico*, 17(68), 593-618. <https://doi.org/10.2307/3466410>
- Beck, U. (1986). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beller, E. y Hout M. (2006). Welfare states and social mobility: how educational and social policy may affect cross-national differences in the association between occupational origins and destinations. *Research in Social Stratification and Mobility*, 24(4), 353-365. <https://doi.org/10.1016/j.rssm.2006.10.001>

- Bernstein, B. (1971). *Class, Codes and Control* [Clase, Códigos y Control]. Londres: Kegan Paul. <https://doi.org/10.4324/9780203014035>
- Bertaux, D. (1969). Sur l'analyse des tables de mobilité sociale: Le domaine d'étude de la mobilité sociale. *Revue française de sociologie*, 10(4), 448-490. <https://doi.org/10.2307/3320436>
- Birdsall, N. y Lodoño J. L. (1997). Asset inequality does matter: lessons from Latin America. *The American Economic Review*, 87(2), 32-37. <https://doi.org/10.2139/ssrn.1815972>
- Blau, P. M. y Duncan O. D. (1967). *The American Occupational Structure*. New York: Free Press.
- Blossfeld, H. P. y Hakim, C. (eds.) (1996). *Between Equalization and Marginalization: Women Working Part-Time in Europe and the United States of America*. Oxford: Oxford University Press.
- Blossfeld, H. P. y Huinink, J. (1991). Human capital investments or norms of role transition? How women's schooling and career affect the process of family formation. *American Journal of Sociology*, 97(1), 148-63. <https://doi.org/10.1086/229743>
- Blossfeld, H. P., Klijzing, E., Mills, M. y Kurz K. (eds.) (2005). *Globalization, Uncertainty and Youth in Society*. New York: Routledge and Taylor and Francis Group. <https://doi.org/10.4324/9780203003206>
- Blumen, I., Kogan, M. y McCarthy, P. J. (1966). Probability models for mobility. En P. Lazarsfeld y N. W. Henry (Eds.), *Readings in mathematical social science* (pp. 310-34). Chicago: Science Research Associates.
- Boado, M. (2003). *Movilidad ocupacional en dos ciudades del interior del país: Estudio de los efectos de los desarrollos locales de Maldonado y Salto*. (Serie Informes de Investigación 34). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República en Montevideo.
- _____. (2008). *La movilidad social en el Uruguay contemporáneo* [tesis de doctorado, Universidad Cándido Mendes, Instituto Universitario Pesquisa, Río de Janeiro].
- _____. (2010, diciembre 2009). *Modelos de movilidad social: Una aproximación al funcionamiento de la desigualdad en ciudades del Uruguay* [ponencia]. VIII Reunión Anual de Investigadores del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, Uruguay.
- _____. (2011). *Re-revisión de análisis de tablas e introducción a modelos log-lineales* [Mimeo]. Departamento de Sociología. Universidad de la República de Montevideo.
- _____. (2014). Movilidad social en Montevideo 1996-2010: Un contraste de hallazgos. En P. Solís y M. Boado (Coords.), *Y sin embargo se mueve: estratifi-*



- cación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 283-328.
- Boudon, R. (1973). *Li négalité de chances: La mobilité sociale dans les sociétés industrielles*. París: Armand Colin.
- _____. (1983a). *La desigualdad de oportunidades. La movilidad social en las sociedades industriales*. Barcelona: Laia. (Original publicado en 1973).
- _____. (1983b). Educación y movilidad: un modelo estructural. *Educación y Sociedad*, 2, 173-185.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus. (Original publicado en 1979).
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1970). *La reproducción. Eléments poru une théorie du système d'enseignement* [La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza]. París: Les Editions de Minuit.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1992). *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bowles, S. y Gintis H. (1976). *Schooling in Capitalist America. Educational Reform and the Contradictions of Economic Life* [Escolarización en la América Capitalista. Reforma Educativa y las Contradicciones de la Vida Económica]. London: Routledge and Kegan Paul.
- Braverman, H. (1983). La estructura de la clase trabajadora y sus ejércitos de reserva. En L. Toharia (Ed.), *El mercado de trabajo. Teorías y aplicaciones*. Madrid: Alianza Universidad. pp. 321-339.
- Breen, R. (2004). *Social Mobility in Europe*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199258457.001.0001>
- Breen, R. y Jonsson J. (2005). Inequality of Opportunity in Comparative Perspective: Recent Research on Educational Attainment and Social Mobility. *Annual Review of Sociology*, 31(1), 223-43. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.31.041304.122232>
- Breen, R. y Luijckx, R. (2004). Social Mobility in Europe between 1970 and 2000. En R. Breen (ed.) *Social Mobility in Europe* (pp. 37-75). Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199258457.003.0003>
- Broom, L. y Jones, F. L. (1969). Father-to-Son Mobility: Australian in Comparative Perspective. *American Journal of Sociology*, 74(4), 333-42. <https://doi.org/10.1086/224660>
- Cachón Rodríguez, L. (1989). *¿Movilidad social o trayectorias de clase? Elementos para una crítica de la sociología de la movilidad social*. Madrid: CIS.
- Calzada, I. y Del Pino E. (2008). Perceived Efficacy and Citizens' Attitudes towards Welfare State Reform. *International Review of Administrative Sciences*, 74(4), 555-574. <https://doi.org/10.1177/0020852308098468>



- Carabaña, J. (1990). La movilidad social en Madrid: una comparación con Cataluña, el País Vasco y Castilla-La Mancha. *Economía y Sociedad*, 4, 37-54.
- _____. (1996a). ¿Se devaluaron los títulos? REIS, 75, 173-213. <https://doi.org/10.2307/40184033>
- _____. (1996b). Estado del bienestar y movilidad social: acerca de los trabajadores de los servicios en España. VV. AA., *Dilemas del Estado del Bienestar*. Madrid: Visor-Argentaria. pp. 147-72.
- _____. (1997). La pirámide educativa. En M. Fernández Enguita (Ed.), *Sociología de las instituciones de educación secundaria*. Barcelona: ICE-Horsori. pp. 90-106.
- _____. (1999). *Dos estudios sobre movilidad intergeneracional*. Madrid: Fundación Argentaria Visor.
- _____. (2004). Educación y movilidad social. En V. Navarro (Ed.) *El Estado del Bienestar en España*. Madrid: Tecnos. pp. 246-288.
- Carabaña, J. y Gómez Bueno C. (1996). *Escalas de prestigio profesional*. (Serie Cuadernos Metodológicos 19). CIS en Madrid.
- Carchedi, G. (1977). *On the Economic Identification of Classes*. London: Routledge.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castillo, J., Dufrechou, H., González V., Jauge M., Messina, P. y Sanguinetti, M. (2015). El gasto en educación en Uruguay y su repercusión en las condiciones de trabajo de los docentes: una mirada histórica y comparada. *Revista Contrapunto*, 6, 13-26.
- Castles, F. G. y Mitchell D. (1992). Identifying Welfare State Regimes: The Links Between Politics, Instruments and Outcomes. *Governance*, 5(1), 1-26. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0491.1992.tb00026.x>
- CEPAL (2000). *Panorama Social de América Latina 1999-2000*. CEPAL en Santiago de Chile.
- Collins, R. (1984). *La sociedad credencialista*. Madrid: Akal.
- Cominetti, R. y Ruíz, G. (1998). *Evaluación del gasto público social en América Latina: 1980-1995*. (Serie Cuadernos 80). CEPAL en Santiago de Chile.
- Cortés, F. y Escobar, A. (2005). Movilidad social intergeneracional en los años de reforma económica, un estudio del México urbano. *Revista CEPAL*, 85, 149-67. <https://doi.org/10.18356/e53927eb-es>
- Cortés, F. y Solís, P. (2006). Notas sobre la generación de información para estudios de movilidad social. *Estudios Sociológicos*, 24(71), 491-99.
- Cortés, F., Escobar, A. y Solís, P. (eds.) (2007). *Cambio estructural y movilidad social en México*. México DF: COLMEX-CES. <https://doi.org/10.2307/j.ctv6mtcv2.5>



- Costa-Ribeiro, C. A. (2003). *Estructura de clase e mobilidade social no Brasil*. Bauru, SP: Edusc.
- Costa-Pinto, E. (1956). *Social Stratification in Brazil: A General Survey of some Recent Changes* [ponencia]. Third World Congress of Sociology, Amsterdam.
- _____. (1959). *Estratificação social e desenvolvimento econômico*. (Boletim do Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais vol. 2, n° 3). Rio de Janeiro.
- Crompton, R. (1980). Class Mobility in Modern Britain. *Sociology*, 14(1), 117-119. <https://doi.org/10.1177/003803858001400108>
- Crompton, R. y Jones, G. (1984). *White-Collar Proletariat: Deskilling and Gender in Clerical Work*. London: Mcmillan. <https://doi.org/10.1007/978-1-349-17477-5>
- Crompton, R. y Mann, M. (eds.) (1986). *Gender and Stratification*. Cambridge: Polity Press.
- Chan, T. W. y Goldthorpe J. H. (2007). Class and status: The Conceptual Distinction and its Empirical Relevance. *American Sociological Review*, 72(4), 512-532. <https://doi.org/10.1177/000312240707200402>
- Chaplin, D. (1968). Peruvian Social Mobility: Revolutionary and developmental potential. *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, 10(4), 547-70. <https://doi.org/10.2307/165316>
- Darbel, A. (1975). Debat sur l'egalité des chances de R. Boudon. Autre point de vue. *Revue Française de Sociologie*, 16(1), 103-112. <https://doi.org/10.2307/3321133>
- De Ferranti, D., Ferreira, F., Perry, G. y Walton, M. (2004). *Inequality in Latin America and the Caribbean. Breaking with History?* Washington DC: World Bank. <https://doi.org/10.1596/0-8213-5665-8>
- Del Valle, A. (2008). Regímenes de Bienestar: Relaciones entre el caso asiático y la realidad latinoamericana. *Nómadas: Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 19(3), 385-411.
- _____. (2010). Comparando regímenes de bienestar en América Latina. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 88, 61-76. <http://doi.org/10.18352/erlacs.9596>
- Díaz, G. (2012). Social stratification and mobility in Guatemala. *Revista CEPAL*, 107, 31-48. <https://doi.org/10.18356/e4233f5d-en>
- DiPrete, T. A. (2002). Life Course Risks, Mobility Regimes, and Mobility Consequences: A Comparison of Sweden, Germany, and the United States [Riesgos del Curoso de Vida, Regímenes de Movildiad y Consecuencias de Movilidad: Una comparación de Suecia, Alemania y Estados Unidos]. *American Journal of Sociology*, 108(2), 267-309. <https://doi.org/10.1086/344811>



- DiPrete, T. A. y McManus P. A. (2000). Family Change, Employment Transitions, and the Welfare State: Household Income Dynamics in the United States and Germany [Cambio familiar, transiciones de empleo y estado de bienestar: Dinámicas del ingreso del hogar en Estados Unidos y Alemania]. *American Sociological Review*, 65(3), 343-70. <https://doi.org/10.2307/2657461>
- Do Valle Silva, N. (1978). *Posição social das ocupações* [Mimeo]. IBGE, Río de Janeiro.
- _____. (1979). *As duas faces da mobilidade. Dados*, 21, 49-67.
- Duncan, O. (1961). A Socioeconomic Index for All Occupations. En A. J. Reiss (Ed.), *Occupations and Social Status*. New York: Free Press of Glencoe. pp. 109-138.
- _____. (1966). Methodological Issues in the Analysis of Social Mobility. En N. J. Smelser y S. M. Lipset (Eds.), *Social Structure and Mobility in Economic Development*. Chicago: Aldine. pp. 52-97.
- Duryea, S. y Pages, C. (2002). *Achieving High Labor Productivity in Latin America: Is Education Enough?* [Mimeo]. IADB, Washington D.C.
- Echeverría Zabalza, J. (1999). *La movilidad social en España 1940-1991*. Madrid: ISTMO.
- Elias, P. (1997). *Occupational Classifications: Concepts, Methods, Reliability, Validity and Cross-National Comparability*. (Labour Market and Social Policy Occasional Paper 20). OECD Publishing.
- Encel, S. (1970). *Equality and Authority: A Study of Class, Status and Power in Australia*. London: Tavistock.
- Erikson, R. (1984). Social Class of Men, Women, and Families. *Sociology*, 18(4), 500-14. <https://doi.org/10.1177/0038038584018004003>
- Erikson, R. y Goldthorpe, J. H. (1992). The CASMIN Project and the American dream. *European Sociological Review*, 8(3), 283-305. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.esr.a036642>
- _____. (1993). *The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies* [El flujo constante. Un estudio de movilidad de clase en sociedades industriales]. Oxford: Clarendon Press.
- _____. (2002). Intergenerational Inequality: A Sociological Perspective [Desigualdad intergeneracional: Una perspectiva sociológica]. *Journal of Economic Perspectives*, 16(3), 31-44. <https://doi.org/10.1257/089533002760278695>
- Erikson, R., Goldthorpe J. H. y Portocarero L. (1979). Intergenerational Class Mobility in Three Western European Society. *British Journal of Sociology*, 30(4), 415-41. <https://doi.org/10.2307/589632>
- _____. (1982). Social Fluidity in Industrial Nations. *British Journal of Sociology*, 33(4), 1-34. <https://doi.org/10.2307/589335>



- _____. (1983). Intergenerational class mobility and the convergence thesis: England, France, and Sweden. *British Journal of Sociology*, 34(3), 303-343. <https://doi.org/10.2307/590252>
- Erikson R., y Jonsson, J. O. (eds.) (1996). *Can Education Be Equalized?* Oxford: Westview Press.
- Escobar Latapi, A. (1993, 22-26 de noviembre). *Reestructuración económica y desigualdad social en México: el caso de Guadalajara* [ponencia]. Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Ciudad de México.
- Escobar Latapi, A. (1995). Movilidad, reestructuración, y clase social en México. El caso de Guadalajara. *Estudios Sociológicos*, 13(38), 231-59.
- Escobar Latapi, A. y Cortés, F. (2002). *Modelos de acumulación de capital y movilidad social: un estudio del México urbano* [Mimeo]. Ciudad de México.
- Esping-Andersen, G. (1987). The Comparison of Policy Regimes: An Introduction. En G. Esping-Andersen, M. Rein y L. Rainwater (Eds.), *Stagnation and Renewal in Social Policy. The Rise and Fall of Policy Regimes*. New York: M.E. Sharpe Inc. Press. pp. 3-12.
- _____. (1990). *The Three Worlds of Welfare Capitalism* [Los tres mundos del capitalismo de bienestar]. Cambridge: Polity Press.
- _____. (1993). *Changing Classes. Stratification and Mobility in Post-industrial Societies* [Clases cambiantes. Estratificación y movilidad en sociedades posindustriales]. London: SAGE Publications.
- _____. (1996). *Welfare States in Transition. National Adaptations in Global Economy*. London: Sage Publications.
- _____. (1999). *Social Foundations of Postindustrial Economies* [Fundamentos Sociales de las Economías Posindustriales]. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0198742002.001.0001>
- _____. (2001). Reestructuración de la protección social. Nuevas estrategias de reforma en los países adelantados. En R. Franco (Ed.), *Sociología del desarrollo, políticas sociales y democracia* (pp. 202-16). México DF: CEPAL/Siglo XXI.
- _____. (2005). Social Inheritance and Equal Opportunity Policies. En R. Delorenzi y P. Robinson (Eds.). *Maintaining Momentum: Promoting Social Mobility and Life Chances from Early Years to Adulthood* (pp. 14-30). London: IPPR.
- Espinoza, V. (2002). La movilidad ocupacional en el Cono Sur. Acerca de las raíces estructurales de la desigualdad social. *Proposiciones*, 34(31), 31-40.
- _____. (2006). La movilidad ocupacional en el Cono Sur. Oportunidades y desigualdad social. *Revista de Sociología de la Universidad de Chile*, 20, 131-46. <https://doi.org/10.5354/0719-529X.2006.27534>
- _____. (2014). Pautas de la movilidad ocupacional chilena en la década del 2000. En P. Solís y M. Boado (Coords.), *Y sin embargo se mueve: estratificación y*



- movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 167-206.
- Eurostat (2008a). *The social situation in the European Union 2007*. Bruselas: Comisión Europea.
- _____. (2008b). *Living conditions in Europe. Data 2003-2006*. Bruselas: Comisión Europea.
- Fachelli, S. y López-Roldán, P. (2012). *Análisis de Movilidad Social*. (Serie Depòsit Digital 88747). UAB, Barcelona.
- Featherman, D. L., Jones F. L. y Hauser R. M. (1978). Assumptions of social mobility research in the US: The case of occupational status [Supuestos de la investigación sobre movilidad social en Estados Unidos: El caso del estatus ocupacional]. En W. Wesolowski, K. Slomczynski y B. Machy (Eds.), *Social mobility in comparative perspectives*. Varsovia: ISA. (Original publicado en 1975). pp. 81-109.
- Ferrera, M. (2005). *The Boundaries of Welfare: European Integration and the New Spatial Politics of Social Protection*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199284660.001.0001>
- _____. (2008). The European Welfare State: Golden Achievements, Silver Prospects. *West European Politics*, 31(1-2), 82-107. <https://doi.org/10.1080/01402380701833731>
- Ffrench-Davis, R., y Raczynski D. (1987). *The Impact of Global Recession on Living Standards*. (Notas Técnicas 97). CIEPLAN en Santiago de Chile.
- Filgueira, C. (1973) *Imbalance y Movilidad Parcial en la Estructura Social. El caso uruguayo*. (Cuadernos del Instituto de Ciencias Sociales 3). Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en Montevideo.
- _____. (1976). *Expansión educacional y estratificación social en América Latina*. (Documento CEPAL). CEPAL en Buenos Aires.
- _____. (2001). *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. (Serie Políticas Sociales 51). CEPAL en Santiago de Chile.
- _____. (2007). Actualidad de las viejas temáticas: clase, estratificación y movilidad social en América Latina. En R. Franco, A. León y R. Atria (coords.), *Estratificación y movilidad social en América Latina: Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo* (pp. 73-120). Santiago de Chile: CEPAL.
- Filgueira, C. y Geneletti, C. (1981). *Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina*. (Serie Cuadernos 39). CEPAL en Santiago de Chile.
- Filgueira, F. (1997). La nueva arena de las políticas sociales: vectores internacionales y mediación doméstica en la reforma del sector social en América Latina. En A. Pérez Baltodano (Ed.), *Globalización, ciudadanía y política social*



- en América Latina: Tensiones y Contradicciones*. Caracas: Nueva Sociedad. pp. 67-96.
- _____. (1998). El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: Eficiencia, residualismo y ciudadanía estratificada. En B. Roberts (ed.), *Ciudadanía y Política Social*. San José: FLACSO/SSRC. pp. 71-116.
- _____. (2005). Welfare and Democracy in Latin America: The Development, Crises and Aftermath of Universal, Dual and Exclusionary Social States. (Working Document). UNRISD en Ginebra.
- _____. (2013). Los regímenes de bienestar en el ocaso de la modernización conservadora: Posibilidades y límites de la ciudadanía social en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 22(2), 17-46.
- Fischer, C. S., Hout, M., Jankowski, M. S., Lucas, S. R., Swidler, A. y Voss, K. (1996). *Inequality by design*. Princeton: Princeton University Press.
- Flora, P., Alber, J., Eichenberg, R., Kohl, J., Kraus, F., Pfenning, W. y Seebohm, K. (1983). State, Economy and Society in Western Europe 1815-1975. A data handbook, vol. I, *The Growth of Mass Democracies and Welfare States*. Frankfurt am Main: Campus Verlag. <https://doi.org/10.1007/978-1-349-06936-1>
- FOESSA (1971). Estratificación y movilidad social. En FOESSA, *Informe sociológico sobre la situación social en España 1970* (pp. 527-49). Madrid: Euroamérica.
- _____. (1985). Estructura social y desigualdad en España. En FOESSA, *Estudio sociológico sobre el cambio social en España de 1975 a 1983*. Madrid: Euroamérica. pp. 7-155.
- Forquín, J. C. (1985). El enfoque sociológico del éxito y el fracaso escolares: desigualdades de éxito escolar y origen social. *Educación y Sociedad*, 3, 177-224.
- Francés García, F. (2005). La medición del status: escalas de estratificación social. En A. Alaminos Chica, F. Francés García y O. Santacreu Fernández (Eds.) *Reflexiones teóricas y modelos empíricos sobre identidad, diversidad y participación social*. Alicante: OBETS. pp. 57-74.
- Franco, R., León A. y Atria R. (2007). *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile: Lom.
- Gallie, D. (1988). *Technological Change, Gender and Skill*. (Working Paper 4). ESRC en Oxford.
- Ganzeboom, H. B. G. y Treiman D. J. (1996). Internationally Comparable Measures of Occupational Status for the 1988 International Standard Classification of Occupations. *Social Science Research*, 25(3), 201-239. <https://doi.org/10.1006/ssre.1996.0010>



- Ganzeboom, H. B. G., De Graaf P. y Treiman D. J. (1992). A Standard International Socio-Economic Index of Occupational Status. *Social Science Research*, 21(1), 1-56. [https://doi.org/10.1016/0049-089X\(92\)90017-B](https://doi.org/10.1016/0049-089X(92)90017-B)
- Ganzeboom, H. B. G., Luijkx R. y Treiman D. J. (1989). Intergenerational class mobility in comparative perspective. *Research in Social Stratification and Mobility*, 8, 3-84.
- Garnier, M. y Hazelrigg, L. (1974). Father-to-Son Occupational Mobility in France: Evidence from the 1960s. *American Journal of Sociology*, 80(2), 478-502. <https://doi.org/10.1086/225809>
- Gereffi, G. (1989). Rethinking Development Theory: Insights form East Asia and Latin America. *Sociological Forum*, 4(4), 505-533. <https://doi.org/10.1007/BF01115062>
- _____. (1999). International Trade and Industrial Upgrading in the Apparel Commodity Chain. *Journal of International Economics*, 48(1), 37-70. [https://doi.org/10.1016/S0022-1996\(98\)00075-0](https://doi.org/10.1016/S0022-1996(98)00075-0)
- Germani, G. (1963). La movilidad social en la Argentina. En S. M. Lipset y R. Bendix (Eds.), *Movilidad social en la sociedad industrial*. Buenos Aires: EUDEBA. pp. 317-65.
- Giddens, A. (1973). *The Class Structure of the Advanced Societies*. London: Hutchinson.
- Gintis, H. (1974). Welfare Criteria with Endogenous Preferences: The Economics of Education. *International Economic Review*, 15(2), 415-30. <https://doi.org/10.2307/2525867>
- Girod, R. (1977). *Inégalité, inégalités. Analyse de la mobilité sociale*. París: PUF.
- Glass, D. (1954). *Social mobility in Britain*. Illinois: Free Press.
- Glenn, N. D. (2007). Age, period, and cohort effects [Efectos de edad, período y cohorte]. En G. Ritzer (Ed.), *Blackwell Encyclopedia of Sociology* (pp. 52-6). Oxford: Blackwell Publishing. <https://doi.org/10.1002/9781405165518.wbeosa022>
- Goldberger, A. S. (1989). Economic and Mechanical Models of Intergenerational Transmission. *American Economic Review*, 79(3) 504-13.
- Goldthorpe, J. H. (1980). *Social mobility and class structure in Modern Britain*. Oxford: Clarendon Press.
- _____. (1982). On the Service Class: Its Formation and Future. En A. Giddens y G. Mackenzie (Eds.), *Social Class and the Division of Labour*. Cambridge: Cambridge University Press. pp. 453-473.
- _____. (1983). Women and class analysis: In defense of the conventional view. *Sociology*, 17(4), 465-488. <https://doi.org/10.1177/0038038583017004001>



- _____. (2012). Back to Class and Status: Or Why a Sociological View of Social Inequality Should Be Reasserted. *Reis*, 137, 201-216. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.137.201>
- Goldthorpe, J. H. y Hope, K. (1974). *The Social Grading of Occupations: A New Approach and Scale*. Oxford: Clarendon Press.
- Goldthorpe, J. H. y McKnight, A. (2006). The Economic Bases of Social Class. En S. Morgan, D. Grusky y G. Fields (Eds.), *Mobility and Inequality: Frontiers of Research in Sociology and Economics*. Stanford (CA): Stanford University Press. pp. 109-136.
- Goldthorpe, J. H. y Mills, C. (2004). Trends in Intergenerational Class Mobility in Britain in the Late Twentieth Century. En R. Breen (Ed.), *Social Mobility in Europe* (pp. 195-224). Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199258457.003.0008>
- Gough, I. y Wood G. (2004). Introduction. En I. Gough y G. Wood (Eds.), *Insecurity and Welfare Regimes in Asia, Africa and Latin America* (pp. 1-11). Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511720239>
- Grusky, D. B. (1983). Industrialization and the status attainment process: the thesis of industrialism reconsidered [Industrialización y proceso de logro de estatus: la tesis del industrialismo reconsiderada]. *American Sociological Review*, 48(4), 494-506. <https://10.2307/2117717>
- Grusky, D. B. y Hauser R. M. (1984). Comparative Social Mobility Revisited. *American Sociological Review*, 49(1), 19-38. <https://doi.org/10.2307/2095555>
- Grusky, D. B. y Sørensen J. (1998). Can Class Analysis Be Salvaged? *American Journal of Sociology*, 103(5), 1035-1137. <https://doi.org/10.1086/231351>
- Hagfors, R. y Kajanoja, J. (2007, 29-31 de marzo). *The Welfare State, Inequality and Social Capital* [ponencia]. Conference on Risk and Rationalities, Queens' College, SCARR, Cambridge.
- Hauser, R. (1976). Review essay: on Boudon's model of social mobility. *American Journal of Sociology*, 81(4), 911-28. <https://doi.org/10.1086/226155>
- _____. (1977). *A Structural Model of the Mobility Tables*. (Working Paper 13). Center for Demography and Ecology CDE en Madison, Wisconsin.
- Hauser, R. y Grusky D. (1988). Cross national variation in occupational distributions, relative mobility chances, and intergenerational shifts in occupational distributions. *American Sociological Review*, 53(5), 723-74. <https://doi.org/10.2307/2095818>
- Hauser, R. y Logan, J. A. (1992). How Not to Measure Intergenerational Occupational Persistence. *American Journal of Sociology*, 97(6), 1689-711. <https://doi.org/10.1086/229944>



- Hauser, R. y Warren, J. R. (1996). *Socioeconomic Indexes for Occupations: A Review, Update, and Critique*. (Working Paper 1). Center for Demography and Ecology CDE en Madison, Wisconsin. <https://doi.org/10.1111/1467-9531.271028>
- Hauser, R., Dickinson, P., Travis, H., y Koffel, J. (1975a). Structural changes in occupational mobility among men in the United States. *American Sociological Review*, 40(5), 585-98. <https://doi.org/10.2307/2094197>
- Hauser, R., Koffel, J., Travis, H. y Dickinson, P. (1975b). Temporal change in occupational mobility: evidence for men in the United States. *American Sociological Review*, 40(3), 279-97. <https://doi.org/10.2307/2094459>
- Hauser, R., Warren, J. R., Huang, M-H. y Carter, W. (1996). *Occupational Status, Education, and Social Mobility in the Meritocracy*. (Working Paper Series 18). Center for Demography and Ecology CDE en Madison, Wisconsin.
- Hazelrigg, L. y Garnier, A. (1976). Occupational mobility in industrial societies: A comparative analysis of different access to occupational ranks in seventeen countries. *American Sociological Review*, 41(3), 498-510. <https://doi.org/10.2307/2094256>
- Hega, G. M. y Hokenmaier, K. G. (2002). The Welfare State and Education. A Comparison of Social and Educational Policy in Advanced Industrial Societies. *German Policy Studies*, 2(1), 1-29.
- Herrera-Usagre, M. (2010). *Estratificación social y estilos de vida culturales*. (Serie Documentos de Trabajo 4). Fundación Centro de Estudios Andaluces.
- Hicks, A. M., Misra, J. y Nah Ng, T. (1995). The programmatic Emergence of the Social Security State. *American Sociological Review*, 60(3), 329-349. <https://doi.org/10.2307/2096417>
- Hoekstra, J. S. (2010). *Divergence in European Welfare and Housing Systems*. Amsterdam: Delft University Press.
- Hoem, J. M. y Linneman, P. (1988). The Tails in Moving Average Graduation. *Scandinavian Actuarial Journal*, 20, 193-229. <https://doi.org/10.1080/03461238.1988.10413848>
- Hope, K. (1971). Social mobility and fertility. *American Sociological Review*, 36(6), 1019-32. <https://doi.org/10.2307/2093762>
- _____. (1980). *A counterfactual theory of comparative mobility analysis* [mimeo]. Oxford: Nuffield College.
- _____. (1981). Vertical mobility in Britain: a structured analysis. *Sociology*, 15(1), 14-55. <https://doi.org/10.1177/003803858101500102>
- _____. (1982). Vertical and Non-vertical Class Mobility in Three Countries. *American Sociological Review*, 47(1), 99-113. <https://doi.org/10.2307/2095045>
- Hopper, E. I. (1968). A Typology for the Classification of Educational Systems. *Sociology*, 2(1), 29-46. <https://doi.org/10.1177/003803856800200103>



- Hout, M. (1983). *Mobility Tables*. Beverly Hills, CA: Sage Publications. <https://doi.org/10.4135/9781412985086>
- _____. (1988). More universalism, less structural mobility: The American occupational structure in the 1980s. *American Journal of Sociology*, 93(6), 1380-1400. <http://dx.doi.org/10.1086/228904>
- _____. (2004). How inequality might affect intergenerational mobility. En K. Neckerman (Ed.), *Social inequality*. New York: Russell Sage Foundation. pp. 969-87.
- Hout, M. y DiPrete, T. A. (2006). What have we learned: RC28'S contributions to knowledge about Social Stratification. *Research in Stratification and Social Mobility*, 24(1), 1-24. <https://doi.org/10.1016/j.rssm.2005.10.001>
- Hout, M. y Hauser R. M. (1992). Symmetry and hierarchy in occupational mobility: A methodological analysis of the CASMIN Model of class mobility. *European Sociological Review*, 8(3), 239-66. <https://doi.org/10.1093/oxford-journals.esr.a036640>
- Hutchison, B. (1958). Structural and Exchange Mobility in the Assimilation of Immigrants to Brazil. *Population Studies*, 12(2), 111-20. <https://doi.org/10.2307/2172184> <https://doi.org/10.1080/00324728.1958.10405012>
- IADB (1999). *Facing Up to Inequality in Latin America: 1998-99 Report*. Washington DC: The Johns Hopkins University Press.
- Ishida, H., Müller, W. y Ridge, J. (1995). Class origin, class destination, and education: A cross-national study of industrial nations. *American Journal of Sociology*, 101(1), 145-93. <https://doi.org/10.1086/230701>
- Jencks, Ch., Smith, M., Acland, H., Jo Bane, M., Cohen, D., Gintis, H., Heyns, B. y Michelson, S. (1972). *Inequality: A Reassessment of the Effect of Family and Schooling in America*. New York: Basic Books.
- Johnson, P. M. (1981). Changing Social Structure and the Political Role of Manual Workers. En J. F. Triska y C. Gati (Eds.), *Blue-Collar Workers in Eastern Europe*. London: Allen and Unwin. pp. 29-49.
- Jones F. L. y McMillan J. (2001). Scoring Occupational Categories for Social Research: A Review of Current Practice, with Australian Examples. *Work, Employment and Society*, 15(3), 539-63. <https://doi.org/10.1177/09500170122119147>
- Jonsson, J. O. (2004). Equality at a Halt? Social Mobility in Sweden 1976-99. En R. Breen (Ed.), *Social Mobility in Europe* (pp. 225-50). Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199258457.003.0009>
- Jorrat, J. R. (2000). *Estratificación social y movilidad ocupacional intergeneracional masculina en el Gran Buenos Aires*. Tucumán: UNT-EUDET.



- Kahl, J. A. (1953). Educational and occupational aspirations of 'common man' boys. *Harvard Educational Review*, 23(3), 186-203.
- _____. (1957). *The American Class Structure*. New York: Rinehart.
- Kessler G. y Espinoza V. (2003). *Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina. Rupturas y algunas paradojas del caso de Buenos Aires*. (Serie Políticas Sociales 66). CEPAL en Santiago de Chile.
- Kessler, G. (2007). Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires. Continuidades, rupturas y paradojas. En R. Franco, A. León y R. Atria (Coords.) *Estratificación y movilidad social en América Latina: Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile: CEPAL. pp. 259-302.
- Kohn, M. L. (1959). Social class and the exercise of parental authority. *American Sociological Review*, 24(3), 352-66. <https://doi.org/10.2307/2089384>
- Korpi, W. (2003). Welfare-state regress in Western Europe: Politics, institutions, globalization, and Europeanization. *Annual Review of Sociology*, 29(1), 589-609. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.29.010202.095943>
- Korpi, W. y Palme J. (1998). The paradox of redistribution and strategies of equality: welfare institutions, inequality and poverty in the western countries. *American Sociological Review*, 63(5), 661-687. <https://doi.org/10.2307/2657333>
- Kurz, K. y Müller, W. (1987). Class mobility in the industrial world. *Annual Review of Sociology*, 13, 73-96. <https://doi.org/10.1146/annurev.so.13.080187.002221>
- Labbens, J. y Solari, A. (1961). Movilidad social en Montevideo. *Boletim do Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais do Rio de Janeiro*, 4(4), 349-76.
- Llach, J. J. (1978). Estructura ocupacional y dinámica del empleo en la Argentina: Sus peculiaridades. 1947-1970. *Revista Desarrollo Económico*, 17(68), 539-91. <https://doi.org/10.2307/3466409>
- Lautman, J. (1975). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE.
- Leibfried, S. (1992). Towards a European Welfare State. En Z. Ferge y J. F. Kolberg (Eds.), *Social Policy in a Changing Europe* (pp. 245-80). Boulder, CO: Westview Press.
- Leiulfsrud, H., Bison I. y Solheim, E. (2010). *Social Class in Europe II: The European Social Survey 2002-2008*. Trondheim: Norwegian University of Science and Technology.
- Lewis, J. (2001). The decline of the male breadwinner model: the implications for work and care. *Social Politics*, 8(2), 152-70. <https://doi.org/10.1093/sp/8.2.152>
- Lipset, M. y Bendix, R. (1959). *Movilidad Social en la Sociedad Industrial*. Buenos Aires: Eudeba.

- Lipset, M. y Zetterberg, H. (1959). Movilidad social en las sociedades industriales. En M. Lipset y R. Bendix (Eds.), *Movilidad Social en la Sociedad Industrial*. Buenos Aires: Eudeba. pp. 27-92.
- Lustig, N. (1992). *Mexico: The Remaking of an Economy*. Washington, DC: The Brookings Institution Press.
- Hutchinson, B. (1962). Social mobility rates in Buenos Aires, Montevideo and Sao Paulo: A preliminary comparison. *Revista América Latina*, 5(4), 3-18.
- Malloy, J. (1986). *Statecraft*, política y crisis de la seguridad social. Una comparación de la América Latina y los Estados Unidos. En C. Mesa-Lago (Ed.), *La crisis de la seguridad social y la atención a la salud. Experiencias y lecciones latinoamericanas*. México: Fondo de Cultura Económica. pp. 29-68.
- Marqués Perales, I. y Herrera-Usagre, M. (2010). ¿Somos más móviles? Nuevas evidencias sobre la movilidad intergeneracional de clase en España en la segunda mitad del siglo XX. *REIS*, 131, 43-73. <https://doi.org/10.2307/25746567>
- Marshall, G. (2005). *Dictionary of Sociology*. Oxford: Oxford University Press.
- Marshall, G. y Rose, D. (1988). Proletarianization in the British Class Structure? *British Journal of Sociology*, 34(4), 498-518. <https://doi.org/10.2307/590498>
- Marshall, G., Swift, A. y Roberts, S. (1997). *Against the Odds? Social Class and Social Justice in Industrial Societies*. Oxford: Clarendon Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198292401.001.0001>
- Martínez Franzoni, J. (2005). Regímenes de bienestar en América Latina: Consideraciones generales e itinerarios regionales. *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales de FLACSO*, 4(2), 1-31.
- Martínez Celorrio, X. y Marín Saldo, A. (2010). *Educació i mobilitat social a Catalunya*. (Col·lecció Polítiques 71). Fundació Jaume Bofill en Barcelona.
- _____. (2012). *Educación y movilidad social en España*. (Serie Informes España 19). CECS Fundación Encuentro en Madrid.
- Marx, K. (1976). *El Capital*. Barcelona: Grijalbo. (Original publicado en 1895).
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *El manifiesto comunista*. Madrid: Ayuso.
- Mason, K. O., Mason, W. M., Winsborough, H. H. y Poole, W. K. (1973). Methodological Issues in Cohort Analysis of Archival Data. *American Sociological Review*, 38(2), 242-58. <https://doi.org/10.2307/2094398>
- Mayer, K. U. (1986). Structural Constraints on the Life Course [Constricciones estructurales al curso de vida]. *Human Development*, 1(3), 163-170. <https://doi.org/10.1159/000337846>
- _____. (1997). Notes on Comparative Political Economy of Life Courses [Notas sobre economía política comparativa de los cursos de vida]. *Comparative Social Research*, 16, 203-226.

- _____. (2004a, 24-25 de noviembre). *Life Courses and Life Chances in a Comparative Perspective* [ponencia]. Symposium in Honor of Robert Erikson, Life Chances and Social Origins, Swedish Council for Working Life and Social Research, Sigtunahöjden.
- _____. (2004b). Whose Lives? How History, Societies, and Institutions Define and Shape Life Courses. *Research in Human Development*, 1(3), 161-187. https://doi.org/10.1207/s15427617rhd0103_3
- Mayer, K. U. y Müller, W. (1986). The state and the structure of the life course. En A. B. Sørensen, F. E. Weinert y L. R. Sherrod (Eds.). *Human development and the life course: Multidisciplinary perspectives*. Hillsdale (NJ): Lawrence Erlbaum Associates, Inc. pp. 217-45.
- Mayer, K. U. y Schoepflin, U. (1989). The state and the life course [El estado y el curso de vida]. *Annual Review of Sociology*, 15(1), 187-209. <https://doi.org/10.1146/annurev.so.15.080189.001155>
- McCrate, E. (1996). *American Economists of the Late of Twentieth Century* [Economistas Americanos de Finales del Siglo Veinte]. Michigan (US): Edward Elgar Publishing.
- McLanahan, S. y Casper L. (1995). Growing Diversity and Inequality in the American Family [Diversidad creciente y desigualdad en la familia americana]. En R. Farley (Ed.), *State of the Union: American in the 1990s*. New York: Russell Sage Foundation. pp. 1-45.
- Mesa-Lago, C. (1989). *Ascent to Bankruptcy*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press.
- _____. (1994) *Changing Social Security in Latin America: Towards Alleviating the Costs of Economic Reform*. London: Lynne Rienner Publisher.
- Mitchell, D. (1992). Welfare States and Welfare Outcomes in the 1980s. *International Social Science Review*, 45(1-2), 73-90. <https://doi.org/10.1111/j.1468-246X.1992.tb00904.x>
- Modell, J., Furstenberg, F. y Hershberg, T. (1976). Social change and transition to adulthood in historical perspective [Cambio social y transición a la adultez en perspectiva histórica]. *Journal of Family History*, 1, 7-32. <https://doi.org/10.1177/036319907600100103>
- Moreno, L. (2012). *La Europa asocial ¿camino hacia un individualismo posesivo?* Barcelona: Península
- Moreno, L. y Sarasa, S. (1992). *The Spanish 'Via Media' to the Development of Welfare State*. (Working Paper Series 13) Institutos de Estudios Sociales Avanzados en Madrid.

- Moreno, L., Del Pino, E., Marí-Klose, P. y Moreno-Fuentes F. J. (2014). *Los sistemas de bienestar europeos tras la crisis económica*. (Colección Documentos de Estudios 3). EUROsocial en Madrid.
- Müller, W. y Karle, W. (1993). Social Selection in Educational Systems in Europe. *European Sociological Review*, 9(1), 1-23. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.esr.a036652>
- Müller, W. y Pollak, R. (2004). Social Mobility in West Germany: The Long Arms of History Discovered? En R. Breen (Ed.), *Social Mobility in Europe* (pp. 77-113). Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/0199258457.003.0004>
- Müller, W. y Shavit, Y. (1998). The Institutional Embeddedness of Stratification Process. A Comparative Study of Qualification and Occupations in Thirteen Countries. En Y. Shavit y W. Müller (Eds.), *From School to Work. A Comparative Study of Educational Qualifications and Occupational Destinations*. Oxford: Clarendon Press. pp. 1-48.
- Muñoz, H., De Oliveira, O. y Stern, C. (1977). *Migración y Desigualdad Social en la Ciudad de México*. México DF: UNAM/COLMEX.
- Neckerman, K. M. y Torche, F. (2007). Inequality: Causes and Consequences. *Annual Review of Sociology*, 33(1), 335-57. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.33.040406.131755>
- Neumark, D., Polsky D. y Hanse D. (2000). Has Job Stability Declined Yet? New evidence for the 1990s. En D. Neumark (Ed.). *On the Job: Is Long-Term Employment a Thing of the Past?* (pp. 70-110). New York: Russell Sage Foundation. <https://doi.org/10.1086/209942>
- OCDE (2008a) Inequality in the distribution of economic resources: How it has changed and what Governments can do about it. En OECD (Ed.), *Growing Unequal?* (pp. 281-308). Paris: OECD Publishing.
- _____. (2008b) Intergenerational mobility. Does it offset or reinforce income inequality? En OECD (Ed.) *Growing Unequal?* Paris: OECD Publishing. pp. 203-221.
- _____. (2010a) A Family affair: Intergenerational Social Mobility across OECD Countries. En OECD (Ed.) *Going for Growth 2010*. Paris: OECD Publishing. pp. 181-98.
- _____. (2011) *Divided We Stand: Why Inequality Keeps Rising*. Paris: OECD Publishing.
- Olson, M. (1982). *The Rise and Decline of Nations*. New Haven: Yale University.
- Oreiro, C. y Valenzuela, J. P. (2012). "Determinants of educational performance in Uruguay, 2003-2006", *CEPAL Review*, 107, 63-87. <https://doi.org/10.18356/c3b9a60b-en>



- Parkin, F. (1969). Class Stratification in Socialist Societies. *British Journal of Sociology*, 20(4), pp. 355-74. <https://doi.org/10.2307/588921>
- _____. (1971). *Class Inequality and Political Order* [Desigualdad de Clase y Orden Político]. London: McGibbon and Kee.
- _____. (ed.) (1974). *Strategies of social closure in class formation*. London: Tavistock Publications.
- _____. (1978). *Orden político y desigualdades de clase. Estratificación de las sociedades capitalistas y comunistas*. Madrid: Debate.
- Parsons, T. (1968). *La estructura de la acción social. Estudio de teoría social, con referencia a un grupo de recientes escritores europeos*. Madrid: Guadarrama.
- _____. (1980). La clase como sistema social: alguna de sus funciones en la sociedad americana. En A. Gras (Ed.), *Textos fundamentales de la Sociología de la Educación*. Madrid: Narcea. pp. 53-60.
- _____. (1988). *El sistema social*. Madrid: Alianza.
- _____. (1990). El aula como sistema social. *Educación y Sociedad*, 6, 173-96.
- Pastore, J. (1979). *Desigualdade e mobilidade social no Brasil*. São Paulo: Quieiroz.
- Pastore, J. y Do Valle Silva, N. (2000). *Mobilidade social no Brasil*. São Paulo: Makron Books.
- Pfeffer, F. T. (2007). *Intergenerational Educational Mobility in Comparative Perspective: Persistent Inequality in Educational Attainment and its Institutional Context*. (Working Papers Serie 9). Center for Demography and Ecology CDE en Madison, Wisconsin.
- Piketty, Th. (2014). *El capital en el siglo XXI*. México DF: FCE.
- Pollack, M. y Uthoff, A. (1987). Pobreza y mercado de trabajo en el Gran Santiago 1969- 1985. *Estudios de Economía*, 14(1), 139-92.
- Pollak, R. (2001). *Bildung und soziale Mobilität in Deutschland. Institutionelle und historische Ursachen für die Entwicklung sozialer Mobilität über fünf Geburtskohorten 1920-1968*. Mannheim: Universität Mannheim.
- Pöntinen, S. (1983). *Social Mobility and Social Structure: A Comparison of Scandinavian Countries*. Helsinki: Societas Scientiarum Fennica.
- Portes, A. y Hoffman K. (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: Composición y cambios durante la época neoliberal*. (Serie Políticas Sociales 68) CEPAL en Santiago de Chile. <https://doi.org/10.2307/3455890>
- Poulantzas, N. (1973). *Clases sociales y alianza por el poder*. Madrid: Zero.
- _____. (1975). *Classes in contemporary capitalism*. London: New Left Review.
- _____. (1998). *Las Clases Sociales en el Capitalismo Actual*. Madrid: Siglo XXI. (Original publicado en 1974).
- Powers, D. y Xie Y. (2000). *Statistical Methods for Categorical Data Analysis*. London: Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-012563736-7/50005-7>



- Pribble, J. (2011). Words Apart: Social Policy Regimes in Latin America. *Studies in Comparative International Development*, 46(2), 191-216. <https://doi.org/10.1007/s12116-010-9076-6>
- Raczynski, D. (1971). Posición Socioeconómica y Consistencia de Status de las Ocupaciones. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- _____. (1974). *La Estratificación Ocupacional en Chile*. Santiago de Chile: Pacífico.
- _____. (1999). La crisis de los viejos modelos de protección social en América Latina. En V. Tokman y G. O'Donnell (Eds.), *Pobreza y Desigualdad en América Latina: Temas y Nuevos Desafíos*. Buenos Aires: Paidós. pp. 171-202.
- Raftery, A. E. (1986). Choosing Models for Cross-Classifications. Comment on Grusky and Hauser. *American Sociological Review*, 51(1), 145-46. <https://doi.org/10.2307/2095483>
- Reimers, F. (1991). The Impact of Economic Stabilization and Adjustment on Education in Latin America. *Comparative Education Review*, 35(2), 319-53. <https://doi.org/10.1086/447020>
- Robbins, D. (1995). *Trade, Trade Liberalization and Inequality in Latin America and East Asia: Synthesis of Seven Country Studies*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Robinson, W. (1996). *Promoting Polyarchy: Globalization, U.S. Intervention, and Hegemony*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511559129>
- Rossi, M. (1982). La simulazione dell'immaginario: Boudon e "l'ineglité des chances". En S. F. Capello, M. Dei y M. Rossi (Eds.), *L'immobilità sociale* (pp. 89-165). Bolonia: Il Mulino.
- Scalon, M. C. (1999). *Mobilidade Social no Brasil: Padrões e Tendências*. Rio de Janeiro: IUPERJ-UCAM.
- Schumpeter, J. A. (1965). *Imperialismo y clases sociales*. Madrid: Tecnos (Original publicado en 1927).
- Shavit, Y. y Blossfeld H. P. (eds.) (1993). *Persistent inequality: Changing educational attainment in thirteen countries*. Boulder (CO): Westview Press.
- Smelser, N. J. y Halpern, S. (1978). The historical triangulation of family, economy and education [La histórica triangulación de la familia, economía y educación]. *American Journal of Sociology*, Special Issue, 84, 288-315. <https://doi.org/10.1086/649243>
- Sobel, M. E. (1983). Structural Mobility, Circulation Mobility and the Analysis of Occupational Mobility: A Conceptual Mismatch [Movilidad estructural, movilidad circulatoria y análisis ocupacional: Un desajuste conceptual]. *American Sociological Review*, 48(5), 721-27. <https://doi.org/10.2307/2094930>



- Sobel, M. E., Hout, M. y Duncan, O. D. (1985). Exchange, Structure, and Symmetry in Occupational Mobility” [Intercambio, estructura y simetría en la movilidad ocupacional]. *American Journal of Sociology*, 91(2), 359-72. <https://doi.org/10.1086/228281>
- Solari, A. (1956). Las clases sociales y su gravitación en la estructura política y social del Uruguay. *Revista Mexicana de Sociología*, 18(2), 257-66. <https://doi.org/10.2307/3537811>
- Solís, P. (2002). *Structural Change and Men’s Work Lives. Transformations in Social Stratification and Occupational Mobility in Monterrey, México*. [tesis de doctorado, University of Texas at Austin, EUA].
- _____. (2010). Ocupaciones y clases sociales en México. En J. Serrano y F. Torche (Eds.), *Movilidad social en México. Población, desarrollo y crecimiento* (pp. 329-372). México DF: CEEY.
- _____. (2012). Social mobility in Mexico: Trends, recent findings and research challenges. *TRACE Review*, 62, 7-20.
- _____. (2014a). Aspectos metodológicos en el análisis de la movilidad social. En P. Solís y M. Boado (Coords.), *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 28-56.
- _____. (2014b). Movilidad intergeneracional de clase en América Latina: Una perspectiva comparada. En P. Solís y M. Boado (Coords.), *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 57-93.
- _____. (2014c). Estratificación social y movilidad de clase en México a principios del siglo XXI. En P. Solís y M. Boado (Coords.) *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 207-56.
- _____. (2014d). Algunos rasgos distintivos de la estratificación y movilidad de clase en América Latina: Síntesis y tareas pendientes. En P. Solís y M. Boado (Coords.) *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 330-67.
- Solís, P. y Boado, M. (coords.) (2014). *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY.
- Solís, P., Benza G. y Boado M. (2014). Movilidad intergeneracional de clase: Una aproximación sociológica al estudio de la movilidad social. En P. Solís y M. Boado (Coords.), *Y sin embargo se mueve: estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México DF: El Colegio de México/CEEY. pp. 7-27.

- Sørensen, J. B. (1992). Locating class cleavages in inter-generational mobility: Cross national commonalities and variations in mobility patterns. *European Sociological Review*, 8(3), 267-281. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.esr.a036641>
- _____. (1994). Women, Family and Class. *Annual Review of Sociology*, 20(1), 27-47. <https://doi.org/10.1146/annurev.so.20.080194.000331>
- Sørensen, J. B. (2000). Toward a Sounder Basis for Class Analysis. *American Journal of Sociology*, 101(5), 1333-65. <https://doi.org/10.1086/210463>
- _____. (2002). A Neo-Ricardian Framework of Class Analysis. En E. O. Wright (Ed.), *Alternative Foundations of Class Analysis* (pp. 167-216). Disponible en: <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/Found-all.pdf>
- _____. (2005). Foundations of a rent-based class analysis. En E. O. Wright (Ed.), *Approaches to Class Analysis* (pp. 119-51). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511488900.006>
- Sorokin, P. A. (1927). *Social and Cultural Mobility* [Movilidad social]. Glencoe: Free Press.
- _____. (1956). *Estratificación y movilidad social*. México DF: IIS-UNAM.
- Spilerman, S. (1977). Careers, labor markets and the process of socio-economic achievement. *American Journal of Sociology*, 83(3), 551-93. <https://doi.org/10.1086/226595>
- Stanworth, M. (1984). Women and Class Analysis: A Reply to John Goldthorpe. *Sociology*, 18(2), 159-70. <https://doi.org/10.1177/0038038584018002001>
- Stephens, J., Huber, E. y Ray, L. (1994, 9-11 de septiembre). *The Welfare State in Hard Times* [ponencia]. Conference on the Political Economy of Contemporary Capitalism, University of North Carolina, USA.
- Stiglitz, J. E. (2012). *El precio de la desigualdad: El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita*. Madrid: Taurus.
- Sunkel, O. (2005). The Unbearable Lightness of Neoliberalism. En C. H. Wood y B. R. Roberts (Eds.), *Rethinking Development in Latin America* (pp. 55-78). Pennsylvania: Pennsylvania University Press.
- Tanzi, V. y Schuknecht, L. (2000). *Public Spending in the 20th Century: A Global Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511625800>
- Taylor-Gooby, P. (2002). The Silver Age of Welfare State: Perspectives on Resilience. *Journal of Social Policy*, 31(4), 597-621. <https://doi.org/10.1017/S0047279402006785>
- _____. (2012). Root and Branch Restructuring to Achieve Major Cuts: The Social Ambitions of the Coalition. *Social Policy and Administration*, 46(1), 61-82. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9515.2011.00797.x>

- Thorp, R. (1998). *Progreso, pobreza y exclusión: Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Madison: BID.
- Thurow, L. C. (1972). Education and Economic Inequality. *The Public Interest*, 28(1), 66-81.
- _____. (1983). Educación y desigualdad económica. *Educación y Sociedad*, 2, 159-71.
- Torche, F. (2005). Unequal but Fluid: Social Mobility in Chile in Comparative Perspective. *American Sociological Review*, 70(3), 422-50. <https://doi.org/10.1177/000312240507000304>
- _____. (2007). *Movilidad intergeneracional y cohesión social. Análisis comparado de Chile y México* [documento preparado para el proyecto Nacsal]. Cieplan-iFHC.
- _____. (s.f.). *Movilidad Intergeneracional en México: Primeros Resultados de la Encuesta ESRU de Movilidad Social en México* [Mimeo]. CEEY.
- Torche, F. y Spilerman, S. (2008). Household Wealth in Latin America. En J. Davies (Ed.), *Personal Wealth from a Global Perspective* (150-176). Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199548880.003.0008>
- Torche, F. y Wormald, G. (2004). *Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro*. (Serie Políticas Sociales 98). CEPAL en Santiago de Chile.
- _____. (2007). Chile, entre la adscripción y el logro. En R. Franco, A. León y R. Atria (Coords.), *Estratificación y movilidad social en América Latina: Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile: CEPAL. pp. 339-87.
- Tréanton, J. R. (1975). Débat sur l'inegalité des chances de R. Boudon. Un innovateur. *Reveu Française de Sociologie*, 1, 73-80. <https://doi.org/10.3406/rfsoc.1960.1737> <https://doi.org/10.2307/3320068>
- Treiman, D. (1970). Industrialization and social stratification. En O. Laumann (Ed.), *Social Stratification: Research and Theory for the 1970s*. Indianapolis: Bob Merrill. pp. 207-34.
- Treiman, D., Yip, K. B. (1989). Educational and Occupational Attainment in 21 Countries. En M. L. Kohn (Ed.), *Cross-National Research in Sociology*. Newbury Park: Sage. pp. 373-94.
- Tyree, A., Semyonov, M. y Hodge R. W. (1979). Gaps and glissandos: inequality, economic development, and social mobility in 24 countries. *American Sociological Review*, 44(3), 410-24. <https://doi.org/10.2307/2094884>
- UN (2005). *Human Development Report*. New York: United Nations.
- Uthoff, A. (2006). Brechas del estado de bienestar y reformas. *Revista CEPAL*, 89, 9-37.

- Valencia Lomelí, E. (2010). Los debates de los regímenes de bienestar en América Latina y en el Este de Asia. Los casos de México y Corea del Sur. *Espiral*, 16(47), 65-103. <https://doi.org/10.32870/ees.v16i47.1453>
- _____. (2014, abril). Gøsta Esping-Andersen. Trabajo presentado en el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad de Guadalajara, Jalisco, México.
- Waisman, C. (1979). Modelos teóricos de industrialización tardía. *Papers Revista de Sociología*, 11, 269-299. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v11n0.1171>
- Whetten, N. (1963). El surgimiento de una clase media en México. En VV. AA., *Las Clases Sociales en México*. México DF: Tlapali. pp. 39-63.
- West, J. (1978). Women, Sex and Class. En A. Kuhn y A. Wolpe (Eds.). *Feminism and Materialism* (pp. 220-53). London: Routledge and Kegan Paul.
- Wilkinson, R. (2006). The impact of inequality. *Social Research: An International Quarterly*, 73(2), 711-32.
- Wilkinson, R. y Pickett, K. (2009). *The Spirit Level: Why Greater Equality Makes Societies Stronger*. New York: Bloomsbury Press.
- Wong, R. S. (1992). Vertical and non-vertical effects in class mobility: Cross national variations. *American Sociological Review*, 57(3), 396-410. <https://doi.org/10.2307/2096243>
- Wright, E. O. (1978). *Class, Crisis and the State*. New York: Verso.
- _____. (1979). *Class Structure and Income Determination*. New York: Academic Press.
- _____. (1985). *Classes*. New York: Verso.
- _____. (1992). Reflexionando una vez más, sobre el concepto de estructura de clases. *Zona Abierta*, 59(60), 17-125.
- _____. (1997). *Class Counts. Comparative Studies in Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511488917>
- Wright, E. O. (2000). *Class Counts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. (2002). Foundations of Class Analysis in the Marxist Tradition. En E. O. Wright (Ed.), *Alternative Foundations of Class Analysis* (pp. 6-40). Disponible en: <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/Found-all.pdf>
- Wright, E. O. y Martin, B. (1987). The Transformation of the American Class Structure 1960-1980 [La Transformación de la Estructura de Clase Americana 1960-1980]. *American Journal of Sociology*, 93(1), 1-29. <https://doi.org/10.1086/228704>
- Wright, E. O. y Singelmann, J. (1982). Proletarianization in the changing American class structure. *American Journal of Sociology*, 88, 176-209. <https://doi.org/10.1086/649256>

- Yasuda, S. (1964). A Methodological Inquiry into Social Mobility. *American Sociological Review*, 29(1), 16-23. <https://doi.org/10.2307/2094637>
- Zenteno, R. y Solís, P. (2006). Continuidades y discontinuidades de la movilidad ocupacional en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 21(3), 515-46. <https://doi.org/10.24201/edu.v21i3.1241>
- Zimmerman, D. J. (1992). Regression Toward Mediocrity in Economic Stature. *American Economic Review*, 82(3), 409-29.



Movilidad intergeneracional de clase social en perspectiva comparada
en México y selección de países de América Latina y Europa:
Modelos explicativos y estudio de cohortes
Número 3

Se editó para su publicación electrónica en diciembre de 2020
en Trauco Editorial
Camino Real a Colima 285-56, Colonia Antares 1
Tlaquepaque, Jalisco, México